

CHARLOTTE LINK

LA BÚSQUEDA



Lectulandia

Noviembre de 2013. Hannah Caswell, una adolescente de 14 años que había ido a visitar a su abuela, pierde el tren de vuelta a Scarborough. Temiendo que su padre se enfade, Hannah acepta que la lleve Kent, un vecino suyo de 19 años con fama de mujeriego. Cuando Kent la deja en la estación, ella intenta localizar a su padre para que vaya a buscarla, pero no lo consigue. Hannah decide entonces salir a la carretera y alguien la llama desde un coche. Desaparecerá sin dejar rastro.

Octubre de 2017. Kate Linville, detective de Scotland Yard afincada en Londres, vuelve a Scarborough para vender la casa de su difunto padre. Pero los últimos inquilinos han destrozado la vivienda y Kate, muy afectada, debe contratar a alguien que arregle los desperfectos. Entretanto se alojará en casa de un matrimonio que alquila habitaciones. Se llaman Goldsby y su hija Amelia de 14 años ha desaparecido.

Charlotte Link

La búsqueda

ePub r1.0

Titivillus 28.03.2020

Título original: *Die Suche*
Charlotte Link, 2018
Traducción: Claudia Toda Castán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Noviembre de 2013

Primera parte

Viernes, 13 de octubre de 2017

Sábado, 14 de octubre

Domingo, 15 de octubre

Lunes, 16 de octubre

Sábado, 21 de octubre

Domingo, 22 de octubre

Lunes, 23 de octubre

Lunes, 30 de octubre

Miércoles, 1 de noviembre

Viernes, 3 de noviembre

Segunda parte

Lunes, 6 de noviembre

Martes, 7 de noviembre

Miércoles, 8 de noviembre

Jueves, 9 de noviembre

Viernes, 10 de noviembre

Lunes, 13 de noviembre

Martes, 14 de noviembre

Miércoles, 15 de noviembre

Jueves, 16 de noviembre

Viernes, 17 de noviembre

Sábado, 18 de noviembre

Martes, 21 de noviembre

Sábado, 25 de noviembre

Noviembre de 2013

1

Estaba oscuro. Hacía frío. Y el tren a Scarborough se le había escapado en la cara. El tren que había acordado con su padre. Hannah le había jurado que lo alcanzaría.

—Pues sería la primera vez que eres puntual —había contestado este—. No estoy seguro de si es buena idea dejarte ir sola a Hull.

—Pero la abuela tiene muchas ganas. ¡Es su cumpleaños!

—¡Tú y tu abuela! La verdad, no entiendo... —Se calló el resto de la frase. Nunca había tenido una buena relación con su madre. Hannah no sabía cuál era el motivo, pero como nadie se llevaba bien con él, pensaba que tenía que ver con su forma de ser. Estaba casi siempre de mal humor, era desagradable y seco. Su esposa tampoco lo había aguantado: cuando Hannah cumplió cuatro años, se esfumó.

Aquel lluvioso día de noviembre, sábado, por fin Ryan se dejó camelar y permitió a su hija de catorce años ir sola a Kingston upon Hull a visitar a su abuela por su cumpleaños. Pero dejó muy claro que todo aquello le tocaba las narices.

—Siempre estás en las nubes. Siempre llegas tarde. No eres capaz de sacar nada adelante. Tengo mis dudas de que esto salga bien.

Hannah sabía que la tenía por una inútil, pero en esa ocasión no se dejó disuadir. Suplicó, le dio la lata y al final consiguió que le diera permiso. Eligieron juntos los trenes, el de Scarborough a Hull y el de regreso. A la vuelta, él la estaría esperando con el coche y desde allí irían a Staintondale, donde vivían. Era un pueblo muy pequeño con un pésimo servicio de autobús.

El tren se había ido, no había nada que hacer. Hannah se quedó de pie en el andén, luchando contra las lágrimas. ¿Cómo le había podido pasar? Se había propuesto muy en serio no decepcionar a su padre. Quería demostrarle

que se podía confiar en ella, que era independiente y casi una adulta. En vez de eso, no hacía más que confirmar sus prejuicios.

Se secó las lágrimas. Llorar no le serviría de nada. Preguntó a un empleado y este le dijo que el próximo tren a Scarborough saldría casi dos horas después. No le quedaba otra opción: revolvió en el bolso hasta dar con el móvil y llamó a su padre, empleado en una empresa de limpieza de fachadas para la que se había ofrecido a trabajar el sábado. Como era de esperar, se enfadó mucho.

—¡Te quería recoger a las siete y cuarto! Y ahora ¿qué hago esas dos horas? ¡A las siete habremos acabado aquí! Por Dios, Hannah, ¿por qué siempre pasa lo mismo contigo? ¿Es tan difícil salir puntual por una vez?

Ella tragó saliva. ¿Qué podía decir? Su abuela le había pedido en el último momento que sacara la ropa de la lavadora y la pusiera en el cesto, y quizá esos habían sido los dos minutos decisivos, los que le habían faltado. Aunque debía admitir que había calculado con muy poco margen. Como siempre.

—¡Como siempre! —Su padre terminaba con su retahíla de reproches, que en realidad no había escuchado—. ¿Y sabes qué? ¡A ver cómo vuelves a casa! ¡Estoy harto de sacarte siempre de tus líos! —Y colgó furioso.

Hannah se preguntó qué hacer. Salió despacio del andén, cruzó el edificio de la estación y dudó un momento al pasar por una de las cafeterías, un Pumpkin. Llevaba algo de dinero encima, quizá podía entrar, pedir una Coca-Cola y un *muffin* y esperar... Eso sería muy adulto. Pero entonces recordó la dureza de la voz de su padre y se le volvieron a saltar las lágrimas. Regresaría a casa de su abuela. Deseaba que la abrazara y la consolara.

Salió a la plaza de la estación. Por los cuatro carriles de la avenida Ferensway discurría un tráfico denso, no mucho menor que el de un día laborable. Había comenzado a anochecer, el aire era frío y lloviznaba. Se estremeció y se encogió en el abrigo.

Lo peor de todo era que aquel contratiempo encajaba a la perfección con la idea que su padre tenía de ella. Por desgracia, no conseguía convencerlo de que ya no era una niña pequeña y tonta. A él todo le parecía mal, refunfuñaba, siempre le hacía reproches. Hannah se preguntaba con frecuencia cómo sería su vida si su madre siguiera con ellos. No tenía un recuerdo claro de ella, pero en las fotos se la veía joven y muy guapa, con una sonrisa preciosa. Comprendía que se hubiera separado de un hombre como Ryan, pero no entendía por qué se había marchado tan lejos.

—A Australia, probablemente —gruñó él cuando, años atrás, le preguntó con timidez adónde había ido su madre—. Tiene familia allí.

Nunca volvieron a contactar.

Se puso los auriculares del móvil. Los bajos de la música lo ahogaban todo, el tráfico, el murmullo de la gente. Incluso la furiosa voz de su padre, que seguía resonando en su cabeza. Casi siempre llevaba los cascos, aunque a él no le gustara nada. Pero con la música podía evadirse, olvidar los problemas y dificultades de la vida. Al menos por un tiempo. Por desgracia, no desaparecían como por arte de magia. Siempre regresaban, una y otra vez.

Retrocedió sobresaltada al notar unos insistentes toques en el hombro. Se giró bruscamente y se quitó los auriculares.

Se encontró con los ojos oscuros de un joven.

—¿Hannah? —preguntó—. ¿Hannah Caswell?

—¿Sí? —Con la capucha puesta y los mechones de pelo mojado que le caían sobre los ojos no lograba reconocerlo.

—Perdona, no quería asustarte —dijo él—. Te he llamado un par de veces, pero no me oías.

Ahora sabía quién era. Kevin Bent. Vivía con su madre y su hermano mayor en una granja situada en una zona tranquila de Staintondale, a pocos kilómetros de Hannah. No había padre, nadie sabía con exactitud qué había sido de él. Ryan hablaba sobre los Bent con el mayor desprecio, y le había prohibido terminantemente acercarse a esos chicos. Ella no entendía su actitud. La señora Bent era muy simpática, y de ningún modo se la podía culpar por padecer esclerosis múltiple; iba en silla de ruedas y no podía trabajar en la granja. Era cierto que los Bent vivían de las ayudas sociales, pero era injusto demonizarlos por ello.

—Hola, Kevin —contestó, deseando que no notara el rastro de las lágrimas. Él tenía diecinueve años, no quería que la viera como una niña llorosa.

—¿Estás sola? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Acabo de perder el tren.

Él le enseñó la llave del coche.

—Puedo llevarte. Bueno, solo hasta Scarborough. Voy a Cropton a ver a unos amigos, pero a lo mejor tu padre puede recogerte.

Hannah se lo pensó. Si se iba con él llegaría a Scarborough casi a la hora acordada. Obviamente, a su padre no podía decirle que la había llevado Kevin Bent, pero ya se le ocurriría otra explicación. Y puede que hasta consiguiera impresionarlo al cumplir con su palabra.

—Tienes que dar un rodeo —apuntó—. Llegarás mucho antes a Cropton si no pasas por Scarborough.

Él se encogió de hombros.

—Es solo un cuarto de hora.

Hannah sospechaba que era más de un cuarto de hora, pero no lo corrigió. Se sentía halagada. El guapo de Kevin Bent iba a perder tiempo por ella, y no parecía importarle. ¿Lo hacía por su compañía? No lo creía. Al fin y al cabo, ¿quién era ella? Una chica insignificante por la que no se interesaba ningún chico.

—Bueno, ¿vienes o no? —preguntó él.

Hannah dio el paso. Se sentía muy insegura, pero si le decía que no después lo lamentaría. Lo sabía muy bien.

—Sí. Muchas gracias, de verdad —contestó.

Uno al lado del otro, cruzaron la calle y llegaron a un gran aparcamiento lleno de coches. Él sacó un tique del bolsillo y pagó en la máquina. Después siguieron avanzando hasta que se detuvo ante un Fiat pequeño, algo abollado, pero reluciente. Le abrió la puerta y ella se acomodó en el asiento del copiloto, aliviada de poder ocultarse. Su padre no debía enterarse jamás de que se había ido con Kevin Bent. Ryan estaba convencido de que se trataba de una familia de criminales peligrosos. Solo para empezar, eran unos inútiles y unos gandules. Pero además eran ladrones y estafadores, y quizá cosas peores.

En efecto, ocho años atrás el hermano de Kevin estuvo en el punto de mira de la policía. Se investigaba la violación de una chica de quince años a la que varios jóvenes abordaron de camino a clase y convencieron para que fuera con ellos a una fábrica abandonada. Después la maltrataron y agredieron sexualmente durante horas. El hermano de Kevin, que entonces tenía dieciséis años, siempre negó su implicación y al final no pudo probarse nada en su contra. Lo que, claro está, no convenció a Ryan en absoluto.

—Claro que participó —había sentenciado en aquel momento—. La policía no investiga a la gente sin motivos. Ya es mala suerte que no hayan podido demostrar nada. ¡Esos tipos deberían estar todos entre rejas!

Kevin arrancó, salieron del aparcamiento y se incorporaron al tráfico denso de Ferensway.

—Casi no te reconozco —le dijo—. Te has hecho muy mayor.

Hannah se puso colorada de alegría.

—Bueno, verás... —Por favor, ¿cómo podía ser tan torpe?—. Cumplo quince en abril.

—¡Madre mía! —exclamó él.

Ella lo miró por el rabillo del ojo. Sonreía burlón. Pues claro. Acababa de quedar como una niña pequeña que cuenta los días que faltan para su cumpleaños.

«Olvídate, Hannah —se dijo—. Olvídate de querer impresionarlo. Solo está siendo amable, por eso te lleva. Pero no ve nada en ti ni lo verá en el futuro si haces estas tonterías».

No hablaron hasta que llegaron a la periferia y tomaron el desvío hacia la A165, la carretera que iba desde Hull hasta Scarborough. En algunos tramos discurría cerca del mar y, en otros, se encontraba flanqueada por arbustos bajos maltratados por el viento, ocultos en ese momento por la oscuridad. El tráfico aún era denso, avanzaban en caravana y también en el otro carril se veía un vehículo tras otro. Tardarían casi una hora y media en llegar.

La temperatura y el ambiente del coche eran muy agradables, pero Hannah sentía tanta tensión que deseó haber esperado al próximo tren. Se encontraba en un espacio reducidísimo con uno de los chicos más atractivos de Scarborough, y sabía que no era la única en pensarlo. De Kevin se hablaba mucho en el colegio y en las redes sociales que usaban las compañeras de Hannah. Todas y cada una de ellas habrían dado lo que fuera por una cita con él. Cambiaba mucho y muy rápido de novia. En aquel momento estaba sin pareja, lo que no quería decir que no tuviera algún que otro lío.

Eufórica, era consciente de que todas envidiarían su situación, pero también sabía que no tenía nada que hacer. No era lo que se dice atractiva, no como las otras chicas. Le sobraban kilos en las caderas, sus mofletes eran infantiles y llevaba una ropa horrible. Su padre decidía lo que se ponía y le compraba las cosas. Como el dinero escaseaba, el único criterio a seguir eran los bajos precios. Las prendas eran como cabía esperar. Baratas y amorfas, descoloridas a los pocos lavados. Además, siempre las compraba como mínimo una talla más grande, para que fueran crecederas y no hubiera que sustituirlas tan pronto.

Soltó un suspiro.

—¿Qué hacías en Hull? —preguntó Kevin de repente—. Está muy lejos de tu casa.

—He ido a ver a mi abuela. Vive allí.

—¿Y tu padre te ha dejado ir sola?

En Staintondale todo el mundo sabía que Ryan Caswell era muy estricto y vigilaba cada paso de su hija. Como si a la primera ocasión pudiera fugarse a Australia, igual que hizo su esposa diez años atrás. A la pobre Hannah casi no la dejaba ni respirar.

—No fue fácil —confesó Hannah—. Al principio se negó, decía que no sería capaz. Lo malo es...

—Que has perdido el tren —completó la frase al ver que se atascaba.

Ella asintió.

—Sí. Y ahora mi padre ha visto, una vez más, que tiene razón.

—Creo que solo cometes esos errores porque te mete en la cabeza que los vas a cometer. Si le quitas a alguien la confianza en sí mismo, acaba haciendo mal las cosas. Debes creer en ti, Hannah. Y todo irá bien.

Ella reflexionó un momento.

—Es difícil creer en ti misma cuando...

—¿Cuando se tiene un padre como el tuyo?

—No es solo por mi padre. También es... Bueno, es que yo...

Se interrumpió. Notaba su mirada.

—¿Es que tú...?

Quizá no debía decirlo, pero ya daba igual.

—Pues que no soy como las otras chicas. No soy tan... guay.

En realidad iba a decir «guapa», pero por suerte evitó la palabra. Él era capaz de darse cuenta solito, no necesitaba que se lo pusiera en bandeja.

—¿Y por qué todo el mundo tiene que ser guay? —replicó el—. Tú tienes algo especial. No eres como las demás. ¡Eso es mucho más interesante!

Ella tragó saliva. ¿Lo decía en serio?

¿Qué se contestaba en una situación así?

«Las otras sabrían qué decir —pensó desesperada—. ¡Lo sabrían!».

Volvieron a guardar silencio. Entretanto habían pasado un gran número de pueblos y muchos coches se habían desviado. La carretera se iba quedando vacía. Cuando miraba por la ventanilla, Hannah podía intuir las praderas, que se perdían en el horizonte. En algún lugar allá detrás estaba el mar.

«Esto es la libertad —pensó de repente—. La noche. Kevin. Mi padre, que no tiene ni idea de dónde estoy».

Por decir algo, le preguntó:

—¿Y qué hacías tú en Hull?

—Un colega mío va a abrir un pub allí. Lo he ayudado a montar y colocar los muebles. Mañana tengo que volver.

—Ah. Qué... amable.

—Somos amigos desde hace siglos. La inauguración es a primeros de diciembre. Si quieres, te enviaré una invitación.

¡Cielo santo!

—Yo... bueno...

—Una Coca-Cola te podrás beber, digo yo.

—Claro. Desde luego. Gracias.

Su padre no se lo permitiría en la vida. Un pub en Hull. De un amigo de Kevin Bent. Imposible... A no ser que se le ocurriera una excusa. Contaba con su amiga Sheila. A veces, solo a veces, su padre la dejaba ir a dormir a su casa. ¿Y si le decía que se quedaba con Sheila y en lugar de eso iba a Hull?

—¿Me llevarías en coche? —le preguntó—. A la inauguración, quiero decir.

—Claro. ¿Te dejará tu padre?

—No, pero no tiene por qué enterarse. —Le pareció que por fin estaba siendo guay.

Él esbozó otra vez una sonrisa burlona.

—Vale. Si lo consigues...

Quedaban muy pocos coches en la carretera.

Kevin encendió la radio. Ariana Grande.

—¿Te gusta esta música? —inquirió.

—Sí. Me encanta.

Callaron. El volumen estaba muy alto, la música llenaba todo el coche. Fuera se extendía la oscuridad.

«A lo mejor —pensó Hannah— ahora empieza una nueva vida».

2

Eran poco después de las siete cuando entraron en Scarborough. Kevin la llevó a la estación. Le había preguntado si quería avisar a su padre de que llegaba antes, pero ella respondió, intentando sonar natural, que aún estaría en la oficina. Iría andando hasta allí. Por supuesto, ni se planteaba llamarlo desde el coche. Querría averiguar de inmediato quién la había llevado y, aunque no le nombrara a Kevin Bent, se enfadaría muchísimo. Siempre repetía que nunca, jamás, debía subirse al coche de nadie, a menos que conociera muy bien a la persona. Hannah no podía fingir que se trataba de una persona cercana porque corría el riesgo de que su padre lo comprobara. Ryan Caswell desconfiaba de todo el mundo.

La gran pregunta era qué iba a contarle. Le había dado mil vueltas sin encontrar solución. Sin embargo, para su sorpresa, el destino se puso de su parte: llegaron a la estación casi al mismo tiempo que el tren de Hull. Podía

decirle a su padre que había logrado subirse en el último momento. Él le reprocharía que no lo hubiera llamado, pero esa regañina no le importaba. Aquello era lo mejor que le podía pasar.

—¿Dónde está la oficina? —preguntó Kevin—. Puedo dejarte allí.

—No, aquí me va bien. Le diré a mi padre que al final he venido en tren.

—Vale. —Paró el coche—. Pero ahora te vas de verdad con él, ¿no? —quiso asegurarse.

—Sí, claro.

Lo más probable era que su padre se hubiera marchado a casa, pero eso Kevin no necesitaba saberlo. Cuando lo llamara se cabrearía por tener que volver a sacar el coche y la reñiría por no saber usar la cabeza, pero a pesar de todo vendría a buscarla.

Al bajar del vehículo se estremeció. El aire húmedo y frío resultaba mucho más desagradable tras el confortable viaje. Kevin se inclinó sobre el asiento del copiloto.

—Ya hablaremos para la inauguración, ¿vale?

—Sí, ¡desde luego!

—Prométeme que no vas a hacer autostop hasta Staintondale. ¡Es peligroso!

—Claro.

—Bien. Hasta pronto, Hannah.

Ella cerró la puerta y siguió el coche con la mirada.

Madre mía, ¿todo aquello era real? En cierto modo tenía una cita con Kevin Bent. No era exactamente un encuentro romántico, porque irían a una fiesta, pero qué importaba. Saldría con él. Por primera vez en su vida un chico le proponía llevarla a algún sitio. ¡Y era Kevin! Emocionada, sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros. Si no se lo contaba a Sheila en ese instante reventaría.

Su amiga, que vivía pegada al teléfono, contestó al momento.

—¡Hola! ¿Qué hay?

—Estoy en la estación de Scarborough, vengo de Hull. Adivina cómo he llegado hasta aquí.

—En tren, supongo —repuso, algo aburrida.

—Pues no. Me ha traído alguien en coche.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —Su voz sonaba algo irritada.

Hannah disfrutó el momento.

—Kevin.

Sheila se quedó callada un momento. Después preguntó, perpleja:

—¿Bent? ¿Kevin Bent?

—El mismo.

—¡Vaya! ¿Kevin Bent te ha subido en su coche? ¿Cómo lo has conseguido?

—No he «conseguido» nada. Simplemente nos encontramos y me preguntó si quería volver con él.

—¡Menuda suerte tienes! —Apenas lograba esconder su envidia—. ¿Y qué tal él? ¿Y qué tal tú? Espero que no hayas sido demasiado tímida como para no abrir la boca. —Ese era justo el miedo de Hannah—. No se habrá aburrido contigo, ¿verdad? —insistió Sheila.

Para ser su mejor amiga, no estaba siendo muy amable. Lo más seguro es que fuera la envidia la que hablaba por su boca. Por desgracia, conocía bien los puntos débiles de Hannah y conseguía darle donde más le dolía.

Por eso, esta decidió sacar su mejor baza.

—Pues dudo mucho que se haya aburrido. Hemos quedado. A primeros de diciembre.

—¿Qué?

—Para ir a una fiesta. —Dicho de ese modo sonaba más atractivo que la inauguración de un pub—. Me ha pedido que vaya con él.

—¿Kevin Bent quiere ir contigo a una fiesta? —repitió con tal incredulidad que la ofendió de nuevo.

—Sí.

—No me lo puedo creer. ¡En serio! Kevin y tú...

—El problema es mi padre. No me va a dejar.

—Seguro que no —reconoció, casi aliviada.

—Por eso he pensado decirle que me quedo a dormir en tu casa. ¿Qué te parece? ¿Me ayudarías?

—Mmm...

Resultaba evidente lo poco que le gustaba su papel en aquella historia. Hannah iría a una fiesta con Kevin Bent (el chico más atractivo de la zona) mientras ella se quedaba en casa limitándose a proporcionar una coartada. Se creía más guapa y guay que su amiga, más fuerte e inteligente. Y su ropa era mucho mejor. ¿Dónde demonios tenía Kevin los ojos?

Como si pudiera leerle el pensamiento, Hannah añadió:

—¿Y me prestarías algo para ponerme? Ya sabes que mis cosas...

—Ni se te ocurra llevar nada tuyo, tu ropa es lo peor. Me extraña que hoy Kevin no te haya dicho nada. Su última novia era superguapa y vestía genial.

Aunque cada palabra le caía como una bofetada, se esforzó para que no se le notara.

—¿Me ayudarás o no?

Sheila comprendió que no tenía elección si no quería quedar como una mala amiga. Además, si colaboraba se aseguraba información de primera mano.

—Vale —aceptó, arrastrando la palabra.

—Gracias. ¡Eres estupenda!

—Oye, ¿y por qué no te ha llevado a Staintondale? Él vive por allí.

—Tenía que ir a Cropton, a casa de unos amigos. Además, ¿qué iba a contarle a mi padre? Así puedo decirle que he vuelto en tren.

Su amiga se mostró de acuerdo. Charlaron aún varios minutos, porque Sheila quería conocer todos los detalles del viaje y de la conversación. Después se despidieron y Hannah marcó el móvil de su padre. Como no contestó, probó con el fijo de casa. Otra vez nada. Aunque en las dos llamadas saltó el buzón de voz, no dejó ningún mensaje.

Tampoco tuvo suerte al segundo, tercero, cuarto intento. Su padre no contestaba.

Hannah empezó a pensar qué podía hacer. ¿Acaso estaba tan enfadado que la ignoraba a propósito? ¿Quizá iba conduciendo y no tenía cobertura?

Se encontraba ante el edificio de ladrillo de la estación, con su alta torre adornada con un gran reloj y una cúpula imponente. Cada vez sentía más frío en aquella desagradable mezcla de niebla y llovizna. Un sábado por la tarde a esa hora había poca gente en el vestíbulo, y casi nadie en la plaza de delante. Todo el que podía se quedaba en casa frente a la chimenea. A pesar de la alegre emoción de las últimas horas, empezó a notar que el cansancio y el miedo se apoderaban de ella. Su padre la esperaba mucho más tarde, ¿y si permanecía ilocalizable hasta entonces?

Podía entrar en la estación y esperar resguardada del frío y de la humedad. También había un café Pumpkin. Pero la idea de sentarse allí sola casi hasta las nueve no la atraía mucho.

Lo intentó otra vez con su padre, de nuevo sin éxito.

Indecisa, avanzó unos pasos por la calle. Entonces un coche paró a su lado y alguien bajó la ventanilla.

—¡Hannah!

Ella se detuvo.

3

El revisor Dustin Walker había estado de servicio en el tren que iba de Londres King's Cross a Scarborough y se alegraba de haber llegado puntual a las nueve y media. Recorría el andén con paso acelerado. Quería irse a casa cuanto antes. Había sido un día largo, la mitad de los pasajeros estaban resfriados. Aquello era un mar de toses y narices congestionadas; en cuanto llegara a casa tendría que tomarse unas vitaminas. Esperaba no haberse contagiado ya.

Un hombre se interpuso en su camino. Intentó esquivarlo, pero él dio también un paso hacia un lado. Al final se detuvo, molesto.

—¿Sí? —preguntó.

—El tren de Hull ha llegado hace mucho —dijo el hombre, muy pálido y con los ojos muy abiertos—. Puntual. Hace tres cuartos de hora.

—Es posible. Yo vengo de Londres —respondió Dustin.

—Mi hija tenía que ir en ese tren. ¡No ha llegado!

—Siento no poder ayudarle. Como le digo, acabo de llegar de...

—¡Nadie puede ayudarme! —gritó el hombre. Parecía al borde de una crisis de ansiedad—. Las ventanillas están cerradas. He utilizado el intercomunicador de emergencia, pero no sabían nada. ¡Nadie es responsable!

Dustin tampoco era responsable, pero sintió compasión.

—¿Su hija venía de Hull? —preguntó.

—Sí. Tiene catorce años. En realidad pretendía coger el tren anterior y lo perdió. Me llamó y acordamos que vendría en el siguiente. Pero no estaba.

—¿Usted vino puntual? Igual ha ido a algún sitio a...

—¡Pues claro que vine puntual! Estaba en el andén correcto diez minutos antes de que llegara el tren. ¡Pero ella no se ha bajado!

—Quizá no la ha visto entre la multitud. Puede pasar.

—Pero en algún lado tendría que estar. Ya he revisado toda la estación, incluso los baños de señoras. No aparece por ningún sitio. También la he buscado fuera, en la calle. He mirado por todas partes... No está aquí.

—¿Su hija tiene móvil?

—Sí. La llamo sin parar, pero salta el buzón de voz.

Dustin suspiró. Creía que aquel padre se preocupaba sin motivo. Seguro que a la chica no le había pasado nada, pero las adolescentes de hoy en día... Estaría por ahí con su novio y habría perdido la noción del tiempo.

—¿Y qué hacía en Hull? —inquirió.

—Fue a visitar a su abuela. La he llamado, claro, pero en su casa tampoco está. La última vez que hablamos fue cuando me dijo que había perdido el tren.

—¿Después no ha sabido nada de ella?

—Tengo varias llamadas perdidas tuyas, entre las siete y las siete y veinte. Yo estaba haciendo tiempo en el coche, junto al mar, debajo del castillo. No hay cobertura, por eso lo he visto demasiado tarde. No dejé ningún mensaje, no sé desde dónde llamaba ni qué quería.

El revisor volvió a suspirar. Quién le mandaba pararse... Nunca se libraría de aquel hombre.

—Mire, señor...

—Caswell. Ryan Caswell. Vivo en Staintondale con mi hija, Hannah. Soy padre soltero y empleado en una empresa de limpieza de fachadas. El plan era que hoy trabajaría hasta las siete y después vendría a recogerla. Pero me tocó esperar al siguiente tren.

«Un tipo un poco raro —pensó Dustin—. Con este frío se queda casi dos horas esperando en el coche junto al mar en vez de meterse en un pub y tomarse al menos una taza de té. Tacaño como él solo, probablemente... No me extraña que la chica no tenga muchas ganas de volver a casa».

—Me enfadé bastante cuando me dijo que llegaría más tarde —continuó en voz baja—. La amenacé con no venir a buscarla. Me puse furioso porque siempre está en las nubes. Se olvida de las cosas, lo pierde todo... Perder el tren es típico de ella. ¡Era de esperar!

—Pobre... —susurró Dustin, para sí.

—Pero no se escaparía por eso —prosiguió—. Es... Aún es una niña. Ya sé lo maduras que son muchas chicas de catorce años, pero mi Hannah es completamente distinta. Soñadora, infantil...

«A veces los padres se equivocan en ese aspecto», reflexionó Dustin, pero dijo:

—¿Hannah tiene amigos? ¿Una mejor amiga? ¿Es posible que esté en casa de alguien?

—Aquí en Scarborough no puede estar en casa de nadie, ya le digo que no venía en el tren.

—Ya veo. Pero a lo mejor le ha dicho a alguna amiga adónde iba. Después de intentar hablar con usted.

La esperanza brilló en los ojos del hombre.

—Sheila. Sheila Lewis. Es su mejor amiga, vive aquí.

Se apresuró a marcar el número. El revisor pensó que ya podía marcharse, pero su estúpida bondad le impedía abandonar a su suerte a aquel hombre fuera de sí. De algún extraño modo, se sentía responsable.

—Sheila, soy Ryan. ¡Ryan Caswell! —Casi gritaba—. ¿Sabes dónde está Hannah? Estoy en la estación. Debería haber llegado en el tren de Hull hace cuarenta y cinco minutos, pero... No, no está aquí. ¿Por qué?

Escuchó con atención.

—No te entiendo... ¿Puedes parar de tartamudear? ¿Sabes dónde está o no? Escucha, Sheila, si me estás ocultando algo y al final le pasa algo malo a Hannah vas a tener problemas. Problemas de verdad, ¡te lo aseguro!

«Un tipo desagradable», pensó Dustin. Parecía claro que la chica sabía algo y le costaba decirlo. No iba a conseguir nada presionándola de esa manera. Pero así se las gastaba el tal Caswell. Ya se advertía en su expresión: amargado, siempre de mal humor, a disgusto consigo mismo y con el mundo.

El hombre volvió a prestar atención. De pronto le faltaba el aire.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

«Madre mía», pensó el revisor.

—¿Que ha venido en coche con quién? —bramó. Los pocos viajeros que todavía caminaban por los andenes se giraron para mirarlo.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Y ahora no está! ¡Ha desaparecido!

Terminó la conversación abruptamente y se volvió hacia Dustin. Parecía haber visto al mismísimo diablo.

—¡Ha venido con Kevin Bent! ¡En su coche!

Dustin no sabía quién era Kevin Bent pero, al parecer, que Hannah se subiera a su coche constituía poco menos que el fin del mundo.

—Es un delincuente peligroso. A su hermano lo acusaron de violación. —Marcó otro número en el móvil—. Voy a llamar a la policía.

PRIMERA PARTE

Viernes, 13 de octubre de 2017

1

—Eran unos salvajes —afirmó la señora frunciendo el ceño con repulsión—. Ahora está bien claro. ¡Por Dios santo! Ya desde el primer momento sus inquilinos me parecieron muy raros. Me daban mala espina.

Kate Linville se encontraba en el salón de casa de sus padres, situada en Scalby, cerca de Scarborough. Miraba a su alrededor aturdida. En su trayectoria como policía había visto muchas cosas, sobre todo desagradables, pero aquella escena lo superaba todo: latas vacías de conservas amontonadas en las esquinas, restos de pizza en platos de papel, botellas de alcohol volcadas que habían manchado la alfombra. Un arenero para gatos que nadie había limpiado en meses. Montañas de prendas. Ropa interior en la repisa de la ventana. Vómito en un sillón. Con algo que parecía sangre seca alguien había pintarrajeado un texto obsceno en la pared. Aunque solo se leían algunas partes, se distinguía la palabra «joder» al menos cinco veces.

—Dios mío... —murmuró Kate.

¿De verdad era lo peor que había visto en su vida? Quizá le parecía tan terrible porque la afectaba personalmente. De no haber estado presente su vecina, se habría echado a llorar. Tenía problemas para expresar sus sentimientos en presencia de otros.

—La cocina está aún peor —anunció la señora.

Siempre había tenido llave de la casa, desde que vivía el padre de Kate. Fue ella quien la había telefoneado a Londres.

—Hace dos semanas que no veo a sus inquilinos —le dijo—. Las botellas de leche se amontonan en la puerta. El buzón está a rebosar y el gato no para de maullar. Allí pasa algo, ¿quiere que vaya a mirar?

Ella le dio el visto bueno. Veinte minutos después la mujer volvió a llamar.

—Más vale que venga. ¡Lo antes posible!

Kate, sargento de Scotland Yard, decidió pedir unos días de vacaciones. En vista de la gran carga de trabajo del departamento, su jefe no se puso muy contento.

—Es la casa que heredé de mi padre. La había alquilado. Ahora parece que los inquilinos han desaparecido dejando un completo caos. Tengo que ir a ocuparme de eso, no me queda más remedio.

Su jefe se mostró irritado.

—Pensaba que ya habías vendido la casa.

—Aún no... —confesó ella.

Por fin le concedió las vacaciones. Ahora, mientras seguía a su vecina hacia la cocina y retrocedía espantada ante la suciedad y el mal olor (era peor que un vertedero), se preguntaba si estaría recibiendo el justo castigo a su debilidad. Sí, se había propuesto vender la casa. Y no, no lo había conseguido. Aunque sabía que le daría disgustos, optó por alquilarla. Obviamente, ni se imaginaba una catástrofe como la que tenía delante. Sabía que las casas conllevan gastos, necesitan reparaciones constantes y, con un poco de mala suerte, se da con inquilinos quisquillosos que llaman porque un grifo gotea o el suelo chirría y exigen soluciones inmediatas. No obstante, decidió correr el riesgo.

No podía desprenderse de la casa de sus padres, todavía no. Aunque allí había muerto su madre tras una larga y grave enfermedad. Aunque allí habían asesinado a su padre de forma brutal. Tres años atrás, Kate resolvió el caso y, al mismo tiempo, descubrió algunas cosas del pasado de su padre que jamás habría imaginado. Pero a pesar de todo eso, aún no se sentía capaz. Todavía no podía despedirse definitivamente de ella.

—Siempre tengo que ser yo la que se entera de que algo va mal —comentó la vecina. Sacó un pañuelo y se tapó la nariz—. ¡Menuda peste! Cuando asesinaron a su padre fui yo quien lo descubrió. Y ahora he vuelto a darme cuenta de que algo no iba bien. ¡Siempre yo! —Su tono era casi acusatorio.

«Eso te pasa por querer saber todo lo que sucede en el vecindario —pensó Kate, irritada—. ¡Aquí nadie da un paso sin que tú te enteres!».

Se esforzó por ocultar su enfado. Era injusto. En realidad, debería dar las gracias a la señora.

—Espero que sea la última vez que encuentra cosas desagradables.

—Quién sabe... —La mujer se encogió de hombros.

Kate sospechaba que en realidad disfrutaba de la situación. Al fin algo distinto en su existencia monótona y solitaria.

Continuaron su deprimente ronda por la casa. En todas partes encontraron lo mismo, también en los dormitorios del primer piso. Sobre todo, ropa sucia y comida podrida. Habían arrancado los cables, desenroscado los tiradores de

las ventanas y roto las manillas de las puertas. Habían desencajado la puerta del baño, sujeta a duras penas por la única bisagra intacta. En el aseo hacía siglos que no se tiraba de la cadena, el mal olor le revolvió el estómago. Alcanzó a verse en el espejo del lavabo: pálida y con la frente perlada de sudor. El pelo le caía húmedo sobre la cara.

—Es increíble —articuló con esfuerzo.

La vecina, sin quitarse el pañuelo, asintió.

—La bañera también da asco —dijo, aunque apenas se la entendía.

Efectivamente, en ella había un palmo de agua mezclada con algo repugnante. Parecía vómito.

—Pero ¿qué han hecho aquí? —preguntó Kate perpleja.

Había conocido a los inquilinos. Se trataba de una pareja de treintañeros. No muy simpáticos, pero tampoco desagradables. Algo misteriosos, quizá. Aunque él estaba buscando un empleo, ella había presentado un contrato de trabajo con una empresa de construcción y pudo demostrar unos ingresos fijos. Es cierto que el alquiler no siempre llegaba puntual, pero al final acababan ingresándolo. Nunca la llamaban, lo que suponía un gran alivio. No pusieron ninguna pega y aceptaron que la casa estuviera amueblada.

«Quizá eso me tenía que haber hecho desconfiar —pensaba Kate ahora—. Que no tuvieran muebles propios y que nunca se quejaran de nada».

En el dormitorio de sus padres encontraron al gato, al que claramente habían abandonado. Pequeño, tierno, negro como el carbón. Había sobrevivido todo ese tiempo alimentándose de los restos de comida desperdigados por todas partes. Estaba muy descuidado. Yacía en la cama, entre sábanas revueltas y llenas de mugre, y gemía débilmente.

—Ni siquiera han pensado en el gato —masculló Kate.

—Ayer le traje un poco de leche —informó la vecina—. Pero no me lo puedo llevar a casa. ¡Soy alérgica a los gatos! —Como para demostrarlo, estornudó.

Kate sintió el abrumador impulso de acurrucarse en un rincón, hundir la cara entre las manos y esperar a que llegara alguien que se encargara de todo y le asegurara que no debía preocuparse por nada. Deseó que un milagro volatilizara toda la suciedad y el caos, que la bonita casa en que se había criado volviera a ser, como por arte de magia, el hogar acogedor que siempre había sido. A lo largo de todos aquellos años, siempre había percibido una sensación de seguridad y protección en aquel lugar. Acudía allí para evadirse de su frío piso de Londres, de su soledad y de los problemas laborales. Y se sumergía en una atmósfera ya pasada y que, sin embargo, aún emitía calor.

Sin embargo, en aquel momento comprendió que aquello no regresaría. Incluso aunque arreglara todos los desperfectos, aunque todo volviera a estar bonito y en su sitio, la herida seguiría allí. La segunda herida, junto con el asesinato de su padre. La casa y su atmósfera ya nunca se recuperarían.

Pero nadie vendría a ayudarla. Estaba sola con el problema. Sacó fuerzas de flaqueza. No podía acurrucarse en un rincón. Debía pensar en los próximos pasos.

Solo había una cosa buena en medio de todo el infortunio: un acuerdo de finalización del contrato de alquiler más o menos legal. Se encontraba sobre la mesa del salón e iba dirigido a ella. Aunque deseaba mostrárselo a un jurista, suponía que con él recuperaba el derecho a utilizar la vivienda. Rescindir el contrato con unos inquilinos en paradero desconocido habría conllevado una agotadora sucesión de problemas.

—¿Y dónde se va a alojar los próximos días? —inquirió la vecina—. Aquí no puede vivir.

—Me buscaré un *Bed & Breakfast*. En esta época hay muy poca ocupación. Luego contrataré a una empresa para que vacíe la casa por completo. Es lo único sensato.

—¡Será caro!

—Ya. Pero no tengo otra opción.

—¿Va a denunciar a los inquilinos?

Asintió.

—Por supuesto. Pero no tengo muchas esperanzas de que los encuentren. Puede que hasta se hayan marchado del país.

—Deben de ser unos enfermos —se estremeció la vecina.

Kate bajó al salón, que, aunque también en pésimo estado, era la habitación más soportable. Se sentó al borde del sofá, sacó el portátil y buscó en Google posibles alojamientos en las proximidades. Encontró una pensión cerca del club de golf Scarborough North Cliff. Al lado de Scalby y, además, cerca del mar.

Aceptaban animales. Aunque nunca había tenido mascota, no podía dejar al gato allí. Algo en su interior se resistía a entregarlo a la protectora de animales. Se lo llevaría. Quizá más adelante encontrara a alguien que quisiera quedárselo.

Llamó al hostel y le dijeron que podía registrarse en cualquier momento y quedarse tanto tiempo como deseara.

—No hay más huéspedes por ahora —informó la amable mujer al otro lado del teléfono—. Estaremos encantados de recibirla.

Kate tenía la maleta en el coche. Empezó a buscar por la casa algo que le sirviera para meter al animal y encontró un transportín tirado en la cocina. Estaba asqueroso, como todo. Lo fregó con mucha agua caliente y unos tristes restos de detergente y esperó que en la pensión pudieran darle una manta para que hiciera de colchón. En la vivienda no quedaba nada que fuera mínimamente tolerable para el gato y para los propietarios del alojamiento.

Salió con la vecina y cerró con llave a conciencia. Era un suave día de otoño, el sol de octubre brillaba en un cielo azul adornado por jirones de nubes. El follaje de los árboles en los jardines delanteros destellaba en tonos rojos y dorados.

«A pesar de todo —pensó Kate—, aquí se sigue respirando mucha paz».

El coche también era heredado. Se aferraba a él como a todo lo que venía de su padre. Como a la casa. Experimentaba lo sucedido casi como un dolor físico.

—Seguimos en contacto —se despidió la vecina.

Kate metió el transportín en el asiento de atrás y se colocó al volante.

«Arreglaré todo esto y luego venderé la casa. Lo antes posible».

2

Carol Jones llevaba todo el día agobiada por aquella cita. Ese viernes había mucho jaleo en los servicios sociales de Scarborough pero, aun así, no lograba distraerse del caso Allard. Una voz torturadora le susurraba sin parar desde el fondo de la cabeza: «¡Tienes que ir a casa de los Allard! ¡Tienes que ir a casa de los Allard! ¡Tienes que...!».

Viernes por la tarde, las cuatro y media. Casi todos sus compañeros se habían marchado ya de fin de semana, quienes quedaban recogían sus cosas a toda prisa y procuraban no entretenerse. Carol metió el portátil en su funda con cierta desgana.

Irene Karimian, su jefa, se asomó a la puerta. Ya se había puesto el abrigo y llevaba el bolso al hombro.

—Me marcho, Carol. No te olvidas de los Allard, ¿verdad?

—Claro que no. Ahora mismo voy para allá.

Se esforzó en sonar diligente y motivada para que Irene no notara su mal humor.

Salieron juntas del triste edificio gris situado en el centro de la ciudad. Irene, que se había casado con un buen partido, se subió a su Mercedes; Carol, a un Renault pequeño y destartado que siempre amenazaba con no arrancar. Aquella vez le dio el gusto, menos mal. Era día 13. No le habría extrañado que decidiera dejarla tirada.

Los Allard vivían no muy lejos de la sede de los servicios sociales, en Roscoe Street, una calle larga y desangelada flanqueada por una hilera de adosados estrechos que necesitaban una reforma urgente; sin embargo, sus propietarios no podían permitírsela. Ventanas desvencijadas que en invierno dejaban escapar la calefacción mientras entraba el aire húmedo del mar. Ante cada casa, un minúsculo jardín de hormigón del tamaño de una toalla de playa.

Cada fachada se componía de una puerta de entrada con la pintura saltada y un mirador acristalado tapado con cortinas mugrientas. Sin ellas, sus moradores quedarían expuestos a las miradas de los transeúntes como si estuvieran en plena calle. En el primer piso había una única ventana. Los tejados tenían poca inclinación y no ofrecían la posibilidad de ampliar la vivienda utilizando la buhardilla.

Carol sabía que en la parte de atrás se encontraba la cocina, con una puerta que daba a un patio cuya tapia limitaba con el patio de la siguiente hilera de adosados. Algunos vecinos habían plantado un poco de césped e incluso cultivaban flores y verduras. Pero no los Allard, que lo habían asfaltado de cualquier manera y amontonaban allí todo lo que no necesitaban. Había una lavadora vieja y oxidada, y un sofá lleno de moho que se caía a pedazos. Entre aquellas cosas tendían la colada, que no recogían aunque lloviera. En la primera planta se encontraban el dormitorio de los padres, un baño y una habitación que compartían las dos hijas, Mandy y Lynn.

Mandy, de catorce años, llevaba toda la semana sin asistir a clase. Hasta en dos ocasiones se les había requerido a los padres una explicación. Finalmente, la directora había dado parte a los servicios sociales, porque sabía que atendían a la familia. Los problemas eran frecuentes: las chicas solían ir a clase en un estado muy descuidado y faltaban cada dos por tres sin justificación. Además, dos años atrás, Mandy se había roto el brazo en una discusión con su madre sin que se pudiera determinar si se había debido a un tropiezo desafortunado o a una agresión. Se barajó separar a las chicas de la familia, pero de momento se había decidido no hacerlo. Las plazas en familias de acogida escaseaban y los ingresos en centros de menores solo se indicaban en casos de extrema necesidad. Irene le había encargado a Carol que se

ocupara de los Allard y que los tuviera controlados. Ella estaba firmemente decidida a no decepcionar a nadie. Ni a su jefa, ni a las chicas, ni a sí misma.

Tuvo que aparcar un poco lejos, delante de un gimnasio ubicado en un edificio alargado y bastante ruinoso. Grandes carteles informaban de las ofertas. Unas letras luminosas de color rojo anunciaban «entrenador personal» en el escaparate de cristal esmerilado. Carol resopló. Luchaba contra su peso y quizá un entrenador personal era justo lo que necesitaba. Sin embargo, le faltaba energía para añadir una actividad más a los ya de por sí duros días de trabajo.

Avanzó un trecho por la calle, la cruzó y se detuvo ante la casa de los Allard. Las cortinas solo cubrían la mitad del mirador, si se agachaba un poco podía observar el interior de la habitación. Gracias a eso vio que la televisión estaba encendida, con sus inconfundibles destellos azulados. Había alguien en casa. Normalmente casi siempre había alguien. Marlon Allard, el padre, solo trabajaba de vez en cuando, si necesitaban refuerzos en alguna obra. Patsy Allard había sido dependienta en una droguería, pero la despidieron por robar. Desde entonces estaba en el paro y tiranizaba a la familia. Ella era el problema. Marlon a veces bebía demasiado, pero era un hombre aletargado y tranquilo. Patsy, por el contrario, podía convertirse en un verdadero monstruo. Odiaba su vida, odiaba a su marido. Aunque aseguraba querer a sus hijas, muy a menudo descargaba en ellas sus frustraciones.

Carol le tenía un poco de miedo. Y Patsy lo percibía. Mal plan.

Llamó al timbre y cuadró los hombros. Se preparó. Patsy Allard la había recibido en varias ocasiones con un aluvión de terribles insultos.

La puerta se abrió deprisa y la mujer apareció ante ella. Baja, enjuta. Su tinte rubio blanqueaba en las raíces. De joven quizá fue una mujer atractiva, pero llevaba profundamente grabada en el rostro su frustración vital. Se la veía amargada. Y bastante mayor de los treinta y nueve años que tenía. Había gente de cincuenta que parecía mucho más joven que ella. Llevaba unos vaqueros estrechos con una sudadera azul que le quedaba demasiado grande y acentuaba su delgadez.

—¿Qué? —espetó, descortés.

Carol sonrió. No con servilismo, sino mostrando disposición a resolver amistosamente los problemas que pudieran presentarse.

—Hola, Patsy. ¿Cómo está?

—¿Cómo voy a estar? Hecha una mierda, como siempre. Gracias por preguntar.

—¿Marlon tiene trabajo?

—No. Y yo tampoco. Lynn está de aprendiz desde hace ocho semanas. Pero eso ya lo sabe.

Claro que lo sabía. El servicio de protección de menores le había conseguido a Lynn, de dieciséis años, un contrato de aprendiz en una carpintería.

Por lo menos había un miembro de la familia por el que no era necesario preocuparse de momento.

Por experiencia, sabía que Patsy no le ofrecería entrar en la casa. Siempre debía preguntarlo ella, y podía tener suerte o no.

—¿Puedo pasar?

—Marlon está viendo un partido de fútbol en la tele. No podemos ir al salón.

—Vamos a la cocina, no hay problema.

La mujer resopló, pero dio un paso atrás.

Carol la siguió por el pasillo, que era estrecho y oscuro, y por el que dos personas solo podían avanzar una detrás de la otra. Por dentro, la vivienda siempre se encontraba muy ordenada. Los Allard sacaban sus trastos al patio, pero dentro se cuidaban de mantener cierto orden. En realidad, con una casa tan pequeña no les quedaba otra opción.

Aunque la cocina era minúscula, en un rincón había una pequeña mesa de madera, cuadrada y con cuatro sillas. Carol tomó asiento sin que se lo ofrecieran.

Patsy volvió a resoplar y se quedó de pie a propósito, apoyada en el fogón.

—Aún tengo mucha faena hoy —advirtió.

—No se preocupe, yo también quiero empezar bien el fin de semana —comenzó Carol con amabilidad—. Pero es que nos han llamado del colegio de Mandy. Falta desde el lunes, sin justificarlo. Desde la secretaría les han escrito ya dos correos pidiendo una explicación, pero no han obtenido respuesta.

—¿Y qué?

—Ya sabe que las faltas a clase las tienen que justificar los padres.

—Vale. Les mando un correo. ¿Eso es todo?

—¿Qué le pasa a Mandy?

—Gripe. Es normal en esta época del año.

Aquel octubre estaba siendo extraordinariamente suave y Carol no tenía noticia de ninguna epidemia de gripe. Aun así, asintió.

—Pobre. ¿Está en la cama?

—Claro.

—¿Puedo verla?

Patsy entornó los ojos.

—Está durmiendo. No podemos despertarla.

—No creo que se despierte por echarle un vistazo desde la puerta.

—Lo hará cuando subamos las escaleras. Los peldaños chirrían.

—De todos modos me gustaría verla.

—Lo siento.

Carol se levantó.

—¿Eso es un «no»?

—Exacto.

Una mujer como Patsy conocía sus derechos. Sabía que Carol no estaba autorizada a subir. Si las cosas se ponían feas, solo podía hacerlo acompañada de una patrulla de la policía, que a su vez necesitaba una autorización judicial. Las circunstancias aún no justificaban unas medidas tan drásticas.

—Patsy, ambas recordamos aquella fea historia... —añadió entonces—. Lo del brazo de Mandy.

—Eso fue hace dos años.

—Pero se lo rompió usted. Es algo muy grave.

—Solo fue una mala caída.

—Usted la empujó contra la pared.

—Estábamos discutiendo.

—Una discusión entre padres e hijos no debería acabar con un brazo roto.

—Fue un accidente.

—Estoy preocupada por Mandy.

—Tiene gripe, nada más.

—¿La ha visto un médico?

—Tampoco es para tanto. Unos días en la cama y listo.

La mujer se mostraba muy tranquila. ¿Demasiado tranquila? Por alguna razón, no le parecía del todo sincera.

—Póngase en contacto con el colegio. —Se resignó Carol.

—Lo haré.

Se dirigieron a la puerta. Desde el salón llegaba la voz del comentarista deportivo.

«Aquí hay algo que no cuadra», pensó Carol. Conocía a Patsy, no se preocuparía tanto por no despertar a su hija. Simplemente, carecía de instinto maternal. Existían otros motivos para no dejarla subir.

Quedaba Lynn, la hermana mayor. Se propuso visitarla el lunes en el taller donde trabajaba de aprendiz. Desde que había dejado los estudios, la chica intentaba mantener cierta distancia con su familia. Sin embargo, no abandonaría a su hermana. Si le había sucedido algo grave, Lynn acabaría por contárselo.

Salió a la calle. Se estaba poniendo el sol. El viento había cambiado, ahora venía del este, era más frío y traía el olor del mar.

—Llámeme en cualquier momento si quiere hablar de algo —dijo al despedirse—. Hablar siempre es bueno. Mucho mejor que ocultar las cosas.

—Claro. La llamaré si pasa algo.

Sus ojos decían otra cosa: «Lárgate. Antes me corto una mano que llamarte».

Carol regresó a su coche y se metió dentro. En el limpiaparabrisas había un folleto de pizzas a domicilio. Se quedó contemplando la deprimente calle.

Estaba preocupada por Mandy Allard.

Me pregunto cuándo darán con ella. Aunque no la he vuelto a ver, todavía tengo presente su imagen. La imagen de cuando aún vivía.

No era especialmente guapa, pero poseía un aire infantil muy atrayente. Ya hace casi un año que la encontré. Fue pura casualidad que yo pasara por esa calle oscura aquella tarde. Quería evitar un atasco causado por unas obras en la carretera principal, de lo contrario nunca habría entrado en ese barrio residencial. Pero las casualidades no existen. En la vida todo es destino, tengo esa certeza. Debía encontrarla aquella tarde.

Y ella a mí.

No quiere subir, aunque ya ha oscurecido, está lloviendo y yo me ofrezco a llevarla a casa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Saskia —contesta.

Me mira con desconfianza. Me he apeado y estoy delante de ella. Si se da la vuelta e intenta salir corriendo solo tengo que agarrarla.

Mientras hablamos vigilo la calle, las casas, los oscuros jardines. Si aparece alguien debo marcharme enseguida. Normalmente la gente no pasea en una tarde así, salvo los dueños de perros. Esos salen siempre. A las horas más intempestivas y con el tiempo más horrible.

Sin embargo, parece que hoy ni a los perros les apetece dar un paseo. Todo sigue en calma. Por las ventanas se ven luces encendidas. Pero no se asoma nadie.

—Debo irme —dice Saskia, con la respiración algo acelerada.

Tiene miedo. Lo huelo. Pero nunca gritaría ni me daría una patada en la espinilla. Es demasiado tímida para eso. Demasiado educada. Las chicas así aprenden buen comportamiento y modales perfectos, y eso les funciona mientras se mueven en sus círculos, es decir, entre gente como ellas. Sin embargo, cuando se enfrentan a los peligros de

la vida, a sus abismos, se encuentran completamente perdidas. No han aprendido nada que puedan utilizar como arma. No tienen nada que hacer.

Seguro que Saskia sabe bien que jamás debe subirse al coche de una persona desconocida. No obstante, cuando esa persona se planta delante de ella, a solo un palmo de distancia, cuando nota su determinación, cuando el peligro la acorrala... Contra eso no le han enseñado nada. Quizá le hayan recomendado que eche a correr. Pero su instinto le dice que no servirá de nada.

En realidad, ya sabe que ha perdido.

Intenta avanzar, pero le corto el paso al momento.

—Por favor... —susurra.

—Sube —contesto, con voz autoritaria.

Comienza a llorar.

La agarro del brazo y no opone ninguna resistencia. Mi intuición era cierta, esta niña ha aprendido a hacer lo que le dicen. En casa eso le da puntos, sus padres la quieren y la cuidan y se muestran orgullosos de tener una hija tan obediente. Lo que pierden de vista las personas como los padres de Saskia es que su hija siempre obedecerá. Siempre.

La sujeto con fuerza, sin hacerle daño pero con determinación. He ganado, lo sé. Ya ni siquiera importaría que se pusiera a gritar: la habría metido en el coche y me habría largado antes de que los vecinos se despegaran de la tele, buscaran las zapatillas y se asomaran a la ventana.

Pero no grita. La empujo al asiento del copiloto y le pongo el cinturón. Veo de refilón unos leotardos de color beis, unas botas marrones y una tela con estampado de flores; parece un vestido de pana.

Aún no tiene edad de llevar vaqueros rotos, tops y mucho maquillaje. No es que eso no me parezca atractivo. Sin embargo, cuando están en el punto de Saskia son más sumisas.

Más maleables.

La puerta del copiloto tiene cierre de seguridad para niños. Así no podrá tirarse del coche en un semáforo y pedir ayuda a los transeúntes.

Llora y llora. En silencio.

Me subo al coche, enciendo el motor. Los limpiaparabrisas se deslizan al compás.

Atravesamos la ciudad. Noto que mira angustiada por la ventanilla. En un momento paramos en un semáforo, justo al lado de otro coche. Me doy cuenta de que busca contacto visual con el conductor. Lo último que necesito es que, cuando su foto salga en todos los periódicos, ese tipo recuerde a la niña llorosa que lo miraba desesperada tras un cristal mojado por la lluvia.

—¡Mírame! —le ordeno.

Se gira hacia mí al instante. Tiembla de miedo. Ha comprendido hace rato que no la llevo a casa, estamos ya demasiado lejos de su barrio. Además, no es tonta. Presiente que esto solo es el principio de una larga historia. Nada más que el principio.

—¿Adónde vamos? —pregunta con la voz rota.

Le sonrío. Al fin y al cabo quiero ganarme su confianza. Si no, no llegaremos a nada.

—A tu nuevo hogar —respondo con suavidad.

Agacha la cabeza y llora más fuerte. Extiendo el brazo y le pongo la mano en el muslo. Al instante deja de temblar, se queda totalmente agarrotada.

—No tengas miedo. Te va a gustar. Todo irá bien.

Solloza.

¡Si hubiera sabido que no pararía en meses...! No tendría por qué haberme esforzado tanto.

No voy al sótano. No me resulta fácil. Pero no voy a bajar. Es mejor así.

Sábado, 14 de octubre

1

¿Cuándo había dejado de ser una niña pequeña y dulce que recogía florecillas y le hacía dibujos?

Desde el volante de su coche, Deborah Goldsby miraba a hurtadillas a su hija. Amelie, de catorce años, iba en el asiento del copiloto con los auriculares puestos y el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Se había echado hacia delante la larga melena rubia, de modo que casi le ocultaba la cara. Los brazos cruzados, la cabeza hundida. Todo en su postura, todo en su actitud, decía: «Déjame. En. Paz».

No había nada más agradable que salir de compras un sábado por la mañana con una adolescente malhumorada. La intención de Deborah había sido dejarla durmiendo y hacer los recados ella sola. El lunes, Amelie se iba de viaje con la clase y aún quedaba una larga lista de cosas pendientes.

—Pero si puedo hacerlo sola... —había dicho en el desayuno. Sin embargo, Jason, su marido, se opuso frontalmente.

—Es su viaje. Son cosas para ella. Maldita sea, ¡tendrá que ocuparse!

—Ella sola no puede...

—Pues por eso la llevas. Y la acompañas. Y lo pagas. Pero me cabrea que tú te pases la mañana de aquí para allá mientras ella duerme tan tranquila hasta mediodía. Son sus cosas, que se implique un poco al menos. Si no, nunca va a aprender a asumir sus responsabilidades.

Sin duda, Jason tenía razón. Pero no era él quien tendría que aguantar durante horas el mal humor y la agresividad de Amelie.

—Está bien —transigió—. ¡Pero la despiertas tú!

Entre tanto, había puesto la mesa en el comedor para que desayunara su único huésped. La familia comía en la cocina, porque la bonita y luminosa estancia con una cristalera hacia el mar se reservaba para los clientes. En realidad solo se veía una franja estrecha de mar, a lo lejos. Delante había una llanura con arbustos bajos y hierbas mecidas por la brisa que a Deborah le parecía preciosa y que había sido la razón de que, quince años atrás, se empeñara en comprar aquella casa al final de la calle. Aunque era demasiado

grande, demasiado cara y estarían pagándola «hasta la jubilación», como apuntó su marido con desánimo.

Sin embargo, Deborah se salió con la suya.

«Como siempre», comentó Jason, y no sonó muy en broma.

Más adelante nació Amelie, un bebé prematuro que durante años fue una niña débil y enfermiza necesitada de cuidados constantes. Ella dejó su puesto de profesora de educación secundaria para dedicarse a su hija, y Jason, que era médico de familia en una policlínica, se vio desbordado para afrontar él solo los intereses de la hipoteca.

En aquella época su relación se resintió mucho, Deborah lo recordaba a la perfección. Él le reprochaba que lo hubiera convencido para comprar una casa tan cara y, además, creía que ella se preocupaba en exceso por Amelie, hasta cierto punto sin motivos. Para aliviar la situación económica, a Deborah se le ocurrió la idea del *Bed & Breakfast*. Crearon tres habitaciones y convirtieron el trastero del primer piso en un baño para huéspedes. Aunque contrajeron nuevas deudas para pagar la reforma, ella argumentó que pronto recuperarían la inversión.

—Volveré a tener una profesión. Y como trabajaré aquí, al mismo tiempo podré cuidar de Amelie.

—Ya, y la casa y el jardín estarán llenos de extraños. Y en vez de un comedor, tendremos un restaurante —refunfuñó Jason.

Pero al final cedió. De algún modo necesitaban generar ingresos, con urgencia.

El proyecto no iba mal. En los meses de verano, desde principios de mayo hasta finales de septiembre, solían estar completos. Deborah contrató a una chica que la ayudaba a limpiar las habitaciones, y ella misma se encargaba con mucha dedicación de hacer la compra y preparar el desayuno y la cena. Conoció gente nueva y dejó de sentirse aislada por tener una hija con problemas. Sin embargo, no se le escapaba que a Jason seguía sin entusiasmarle compartir su hogar con extraños. Se consolaba pensando que en otoño y en invierno solían estar solos. ¿Quién iba a viajar a la costa noreste de Inglaterra en la época del frío y la humedad?

Evidentemente, en esos meses no entraba dinero, por lo que en conjunto los problemas económicos no se habían reducido tanto. Además, Deborah sufría algunos momentos de depresión: su marido se pasaba todo el día fuera, su hija las tres cuartas partes, y ella se quedaba sola en la gran casa, contemplando la pradera por la ventana de la cocina. Aquella llanura de la

que tanto se había enamorado, por la que avanzaban los temporales que sacudían las contraventanas.

Daba largos paseos a la orilla del mar, bien abrigada y con gafas de sol para protegerse los ojos del viento. Se repetía que todo iría bien, que la primavera volvería, que los huéspedes reaparecerían y que aquel intermedio era parte de su vida, una fase de descanso que debía disfrutar. En esas «fases de descanso» tenía lugar un continuo diálogo interior. En realidad no descansaba. Debía luchar para resistir a la depresión. Al final del invierno siempre acababa agotada.

Inesperadamente, en pleno mes de octubre, se había presentado una huésped. Un acontecimiento extraordinario que al instante animó a Deborah. Se trataba de una mujer con un gato. Debía ocuparse de su casa de Scalby porque sus inquilinos, que se habían esfumado, la habían devastado por completo. La mujer se registró el día anterior; parecía deprimida y preocupada. Era la casa de su padre, ya fallecido. Se imaginaba lo dura que debía de resultarle la situación.

Por fin habían reunido todos los artículos de la lista para el viaje de Amelie: una colchoneta aislante, zapatillas de deporte, una linterna, un bloc para las excursiones, un saco de dormir nuevo. Ya tenía uno, pero Deborah reconoció que su estampado de ciervos y hadas sería el hazmerreír de sus compañeros. Botas de montaña, un chubasquero, dos sudaderas gruesas... Pasarían una semana en las Highlands escocesas, en un espartano refugio de montaña. No era lugar para los tops cortos y las minifaldas de Amelie. Su hija se había arrastrado tras ella toda la mañana, con cara de ir al matadero. Con los auriculares y la música a todo volumen, no había forma de hablar con ella.

—No quiero ir —repitió en varias ocasiones—. ¡Paso de esa mierda de viaje! ¿Por qué tengo que ir?

Deborah suspiró. Llevaban semanas con el mismo cuento.

—Porque es obligatorio. Igual que las clases.

—¡Pero es una mierda! Lloverá todo el tiempo y allí no hay nada que hacer, ¡nada de nada! El refugio no tiene agua corriente, ¡ni electricidad! ¿Me quieres decir dónde voy a enchufar la plancha del pelo?

Su madre se rio.

—En ningún sitio, vas con la melena rizada.

—Imposible. Me queda como una mierda...

—¡Deja de decir esa palabra!

—¿Cuál?

—Mierda.

—Mierda, mierda, mierda —repitió Amelie.

Después volvió a echarse la melena hacia delante y se sumergió en su música y su humor sombrío.

Deborah se planteó por un momento llevarla a casa y luego regresar para hacer la compra del fin de semana. Sin embargo, eso le llevaría tiempo y quería terminar de una vez. Sabía que Amelie se enfadaría, pero eso no podía determinar su decisión. Debía dejar de temer el mal humor y los berrinches de su hija. Jason se lo advertía una y otra vez. Para él era fácil decirlo: nunca estaba en casa.

—No debiste dejar tu profesión —contraatacaba él cuando le reprochaba su ausencia—. También tú pasarías menos tiempo en casa. Y no os enfrentaríais constantemente.

Quizá tenía razón. Quizá había cometido un error. ¡A veces se sentía tan harta de la supuesta «vida familiar»! Se sobresaltó por aquel pensamiento.

—Vamos a pasar un momento por el Tesco —dijo, fingiendo alegría.

Amelie resopló de forma teatral.

—No quiero ir al viaje —insistió.

—Ya lo sé. Lo has dicho muchas veces. Pero no hay más remedio.

—Podrías hacerme un justificante de que estoy enferma.

—Solo sirven los certificados médicos. ¡Y estás como una rosa!

Su hija gruñó.

Deborah encendió la radio porque sabía que sería imposible mantener una conversación medianamente constructiva.

«... ha comunicado que podría tratarse del cadáver de Saskia Morris, de Scarborough, cuya desaparición se denunció hace casi un año», informaba el locutor en aquel momento.

—¡Oh, no! —exclamó horrorizada.

«Saskia, que tenía catorce años, había quedado con una amiga el 8 de diciembre de 2016 y no regresó a su casa aquella tarde. Sus padres denunciaron la desaparición esa misma noche. Pese a la intensa búsqueda y a los muchos avisos de los ciudadanos, que resultaron ser falsas alarmas, nunca fue encontrada. Hoy, unos senderistas han hallado su cuerpo en los páramos. Según las declaraciones del comisario jefe Hale, del departamento de investigación criminal de Scarborough...».

Apagó la radio. No podía seguir escuchando. Una niña desaparecida. Unos padres que durante meses habían ignorado qué había sido de ella. Que habían soportado un vaivén emocional entre la infinita desesperación y

cualquier rayo de esperanza. Y que ahora se enterarían de aquello: un cadáver en los páramos... su hija Saskia.

—¿Ves? —dijo Amelie, a quien la terrible noticia había sacado de sus pensamientos y por un momento era consciente de lo que sucedía a su alrededor—. Eso es lo que pasa cuando haces senderismo. Te encuentras cadáveres.

—Vamos, esas cosas no suceden casi nunca. A ti en Escocia seguro que no.

—Esa Saskia tiene suerte. Nunca más hará un viaje de clase.

—¡Amelie!

Volvió a gruñir y se escondió tras el pelo y los auriculares.

«No lo dice en serio —pensó Deborah—. Es solo que tiene miedo».

A su hija le gustaba dárselas de valiente y lanzada, pero en realidad le desagradaba separarse de su entorno conocido. La agobiaba verse metida una semana entera en un austero refugio escocés, aislada en un espacio reducido con sus compañeros de clase, muchos de los cuales le caían fatal.

Pero no había nada que hacer. Además, se lo pasaría mejor de lo que creía.

Deborah entró al aparcamiento del Tesco. Le costó encontrar sitio. Era sábado por la mañana, todo el mundo hacía la compra del fin de semana. Suspiró. El supermercado estaría llenísimo, le tocaría esperar una eternidad en la caja.

—Me imagino que no quieres acompañarme. —Se volvió hacia Amelie. Su hija negó con la cabeza.

—Vale. ¿Quieres alguna cosa para el viaje del lunes? ¿Algo para comer?

—No —contestó. Después hizo un esfuerzo y añadió—: No, gracias.

«Gracias» fue la última palabra que Deborah le oyó decir aquella soleada mañana de octubre. Cuando volvió al coche con el carro lleno, apenas media hora después, su hija había desaparecido.

2

—Tranquila —suplicó Jason—. Cálmate, por favor. Lo más probable es que no haya pasado nada.

Deborah había regresado a casa volando después de intentar en varias ocasiones localizarlo en el móvil y en el fijo. Él la encontró en la puerta al

volver de un paseo y se sobresaltó cuando le gritó:

—¡Joder! ¿Se puede saber para qué tienes móvil si nunca te lo llevas? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

Estaba fuera de sí y no paraba de gritar aquella palabra.

Con un movimiento rápido, él la agarró del brazo, la metió en casa y cerró la puerta. Aquellos gritos debían de oírse en toda la ciudad. Estaba blanca como el papel y tenía los ojos desorbitados.

—¡Ha desaparecido! ¡Amelie ha desaparecido!

Entonces él miró a su alrededor. Acababa de darse cuenta de que su esposa estaba sola.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Fuimos al Tesco. Se quedó en el coche mientras yo entraba a comprar. ¡Y cuando volví, no estaba!

—A lo mejor se ha ido a dar una vuelta. O al baño. Igual se ha encontrado con una amiga. Hay cientos de posibilidades. ¡No te vuelvas loca, Deborah! En pleno día, con el aparcamiento lleno a rebosar... ¿Qué puede pasar?

Ella rompió a llorar.

—He buscado por todas partes. ¡Por todo! En el aparcamiento, en el supermercado, por las calles de alrededor. Le he preguntado a todo el mundo... Nadie la ha visto. ¡Nadie!

—¿Qué sucede? —preguntó una voz desde arriba. Deborah levantó la vista. Su huésped se encontraba en la escalera. Obviamente, había oído sus gritos angustiados.

—Amelie ha desaparecido —explicó—. Nuestra hija.

Volvió a contar la historia.

Había pasado una media hora en el supermercado. Estaba tan lleno que resultaba difícil moverse por los pasillos y costaba llegar a los productos de las estanterías. Y luego encontró una cola casi interminable en la caja. Aunque intentó darse prisa porque deseaba acabar los recados de la mañana, al final tardó unos veinticinco minutos.

—Volví al coche y estaba vacío. Sin cerrar con llave, claro, porque me las llevé yo. Amelie no estaba por ningún sitio.

—¿Y antes?

—La dejé en el asiento del copiloto escuchando música en el móvil. No quiso entrar conmigo.

Deborah no cayó enseguida presa del pánico. Quizá su hija solo había salido a estirar las piernas. No obstante, tenía un mal presentimiento: ¿desde cuándo salía su hija «a estirar las piernas»? Y menos aún estando de pésimo

humor. En días como aquel solía quedarse totalmente inmóvil, sumergida en su música, sin prestar atención a nada ni a nadie.

Decidió meter la compra en el maletero. Al terminar, Amelie seguía sin volver. Pensó que quizá se le había ocurrido alguna cosa de última hora y había ido a buscarla.

—Así que volví a entrar. La busqué por todos los pasillos, por todas partes, gritando su nombre. La gente me miraba como si hubiera perdido la cabeza. El encargado me llamó la atención. Le expliqué que mi hija había desaparecido, pero no me hizo mucho caso. Después salí corriendo...

—A la gente no le saltan las alarmas cuando desaparece una chica de catorce años —intervino la mujer, cuyo nombre Deborah tardó un poco en recordar: Kate. Kate Linville—. Con los niños pequeños es distinto. —Bajó las escaleras y le tocó el brazo en un gesto de consuelo. Luego continuó—: Es así porque, en general, no suele ocurrir nada grave. Y menos aún en una situación tan cotidiana, en un aparcamiento lleno de gente y delante de un supermercado.

Deborah la miraba fijamente.

—Han encontrado un cadáver. Era Saskia Morris.

Kate y Jason la miraron igual de confusos.

—¿Que han encontrado a quién? —preguntó Jason.

—A Saskia Morris. La chica que desapareció en diciembre del año pasado. Lo han dicho por la radio. Unos senderistas hallaron el cuerpo en los páramos.

—Eso no tiene absolutamente nada que ver con su hija —le aseguró Kate con énfasis.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Es cuestión de probabilidad.

—¿Acaso es experta en estas cosas? —Se dio cuenta de la agresividad de su tono. Se encontraba al borde de la desesperación. Deseaba que la tranquilizaran pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que nadie se tomaba en serio un asunto que era terriblemente importante.

Kate asintió.

—Soy sargento de la policía metropolitana de Londres.

—¡Madre mía! —exclamó Jason, impresionado—. ¡Eso es Scotland Yard!

—¿Es de Scotland Yard? —repitió Deborah, casi chillando—. ¿Y podría...?

Ella la interrumpió:

—Aquí no puedo hacer nada, no es mi zona de competencia. Pero si lo desean los acompañaré a la comisaría. Pondremos una denuncia. Tengan en cuenta que, de entrada, no van a remover cielo y tierra. Hay muchas razones por las que su hija puede haber abandonado el coche y, según cuenta, también el aparcamiento.

—¿Qué razones? —preguntó Deborah.

La mujer se paró a pensar.

—¿Su hija tiene novio?

—No.

—Al menos que usted sepa.

—Lo sabría si...

—No, no lo sabrías —la cortó Jason—. Últimamente no estáis muy unidas. —Viendo que Deborah se preparaba para defenderse, añadió—: Es muy normal a la edad de Amelie.

—¿Cómo se comportaba esta mañana? ¿Se encontraba bien? —inquirió Kate.

—No —contestaron al unísono.

Jason puntualizó:

—Por las mañanas casi siempre está de mal humor. El fin de semana es aún peor. Si por ella fuera, dormiría hasta mediodía. Pero le ha tocado levantarse y salir de compras con su madre.

—¡Pero si insististe tú en que viniera! —chilló su esposa—. Yo quería ir sola, pero tú...

—¿Quieres parar de sentirte atacada? Sí, te dije que fuerais juntas, y sigo pensando que era lo correcto. —Se volvió hacia Kate—: Amelie se marcha este lunes a Escocia con su clase, pasarán una semana en las Highlands. Aún quedaban bastantes cosas por comprar y a mí no me parecía bien que Deborah se ocupara de todo mientras Amelie dormía como un lirón.

—Ojalá siguiera en la cama —murmuró Deborah.

Antes había logrado contener las lágrimas, que ahora brotaban de nuevo. Esa estupidez educativa de Jason, todas esas bobadas sobre la responsabilidad y la iniciativa... ¿Para qué habían servido? Solo para que ella pasara una mañana horrible en compañía de su hija malhumorada. Y, además, ahora Amelie había desaparecido. Deseó que la razón fuera su odio por la salida escolar.

—No quería hacer ese viaje de ninguna manera —expuso, secándose las lágrimas—. Cuando oímos en la radio la noticia de que habían encontrado muerta a Saskia Morris incluso dijo...

—¿Qué dijo? —la alentó Kate.

—Pues que tenía suerte porque nunca más tendría que ir a un viaje de clase.

—¡Menudo comentario infantil! —opinó Jason, enfadado.

—Pero demuestra hasta qué punto la agobia ese viaje —apuntó Kate—. Eso es buena señal, Deborah. Quiere evitar la situación como sea y se ha escapado. ¿Tienen los teléfonos de sus conocidos? Lo primero que deben hacer es llamarlos a todos. Apostaría cualquier cosa a que está escondida con una amiga. Quizá se encontró con ella en el aparcamiento.

—¡Pero no puede hacernos esto! —gritó Jason.

—Eso ni se lo ha planteado. Solo piensa en sí misma y en que el viaje se acerca peligrosamente. No se ha parado a pensar que desaparecer no le va a servir de nada. Ni que supone un susto terrible para sus padres y al final va a ir en su contra.

Deborah respiró profundamente. Notaba que la voz calmada de Kate Linville y la seguridad con que exponía sus opiniones la tranquilizaban. ¿Qué podía pasar en ese aparcamiento con tanta gente? Amelie no quería ir a Escocia y se había enfadado porque ella se había negado a hacerle un justificante.

«Por desgracia, es muy típico de ella —pensó—. Lo más seguro es que ahora mismo esté en una cafetería con una amiga pensando que, si nos preocupamos, nos está bien empleado».

—Voy a llamar a todo el mundo —decidió.

—¿Ha probado a llamarla al móvil? —preguntó Kate.

Deborah asintió.

—Unas cien veces. Salta el buzón de voz. No contesta.

3

Con el transcurrir de las horas, la confianza de Deborah se transformó de nuevo en desesperación. Kate la veía desmoronarse por momentos. Había telefoneado a casa de todas las amigas y conocidas de Amelie y había hablado con ellas o con sus padres. Nadie la había visto ni la había llamado, y todos se mostraron sinceramente preocupados. Lo más alarmante fue la conversación con Leonie, la mejor amiga de Amelie.

—Hay algo que me ha extrañado —reconoció la chica—. Esta mañana, a las once, me mandó un whatsapp. Decía que estaba en un aparcamiento, que se aburría muchísimo y que no quería ir al viaje. Le escribí, pero no me contestó. Y desde entonces no ha vuelto a aparecer en línea. Es muy raro, porque siempre está con el WhatsApp, a todas horas.

A primera hora de la tarde, Kate acompañó al matrimonio para denunciar la desaparición. Deborah le pidió que fuera con ellos. Esperaba que, como trabajaba en Scotland Yard, la policía de Scarborough se mostraría más dispuesta a tomarse el asunto en serio y a desplegar un gran dispositivo de búsqueda. Aunque el agente que los atendió no mostró falta de interés, recalcó que lo más probable era que su hija se hubiera escapado y apareciera antes del anochecer. Deborah se percató de que el hecho de que su hija deseara tanto librarse del viaje suponía un problema a la hora de hacer ver la urgencia de la situación a otras personas, incluida la policía. Cuando expuso los hechos, en la cara del agente se dibujó un clarísimo «¡Ah, bueno!».

«Y lo más seguro es que tenga razón —pensó entonces Kate—. Muchos elementos indican que está escondida en algún sitio».

No obstante, también existían indicios que apuntaban en otra dirección. Sobre todo, el hecho de que Amelie no estuviera en contacto con nadie. No había dado señales de vida desde las once de la mañana, en eso todos sus amigos coincidían. Normalmente se pasaba el día pegada al móvil e informaba a todo el mundo de cada cosa que hacía. Subía selfis, mandaba fotos graciosas de personas o animales, describía la comida y hasta informaba de cuando iba al baño. Kate sabía que aquello era común entre los adolescentes, pero esa disposición a exhibir su vida le resultaba inquietante.

Por otra parte, comenzaba a oscurecer, aunque fuera un poco pronto para la época del año. ¿Dónde se había metido, que ni siquiera la llegada de la noche la animaba a volver a casa? El día había sido templado, pero empezaba a refrescar.

—Va poco abrigada —sollozaba Deborah—. Estará pasando frío. ¿Por qué no viene a casa? Le ha pasado algo, lo sé. ¡Lo sé!

Finalmente, la policía comenzó a buscarla al caer el día. Partieron del aparcamiento del Tesco, el último lugar donde había sido vista. Los agentes peinaron las calles, preguntaron a los transeúntes e interrogaron uno por uno a sus amigos y compañeros de clase. Iban a intentar localizar la posición del móvil. Jason y Deborah no aguantaban en casa, querían salir a recorrer los lugares que su hija conocía y frecuentaba.

—¿Te quedas aquí? —pidió Deborah a Kate, entre lágrimas. Habían comenzado a tutearse—. Por si vuelve a casa...

—Claro que sí. Os llamo en el acto si aparece o si me entero de algo.

—¿Podrías responder al teléfono fijo?

—Por supuesto, no os preocupéis. Me quedo al cargo.

Jason también se mostraba ya muy agitado. Se había mantenido mucho más tranquilo que su esposa; en realidad, estaba enfadado porque pensaba que su hija les estaba gastando una broma pesada. Pero ahora se sentía cada vez más intranquilo. Amelie pasaría frío de verdad, estaría cansada y tendría hambre. Por lo que sabían, no contaba con la ayuda de ningún amigo o conocido. ¿Cómo iba a aguantar ella sola?

Él y Deborah se pusieron en marcha, acompañados por algunos vecinos que se sumaron a la búsqueda. Kate se sentó en el sofá del salón, desde donde veía el camino de hormigón iluminado que llevaba a la puerta de la casa; también tenía el teléfono a su alcance. El gato, que la seguía a todas partes, saltó a su lado y se hizo un ovillo. En realidad, el plan de Kate para aquel día era buscar una empresa que vaciara la casa, elaborar una lista de desperfectos y presentar la denuncia. En lugar de eso, se había visto inmersa en un caso de desaparición y no había avanzado nada en sus asuntos. Pero no podía dejar solos a los angustiados Goldsby. Al principio, Jason no parecía demasiado alterado, y ella también había pensado que quizá la chica quisiera hacerles una jugarreta a sus padres. Sin embargo, cada vez lo veía menos claro. Resultaba sospechoso que Amelie no se hubiera puesto en contacto absolutamente con nadie.

Abrió el portátil y buscó en Google el nombre que Deborah había mencionado: Saskia Morris.

No porque creyera que existía alguna conexión, ojalá no, pero tampoco estaba de más informarse.

El caso Saskia Morris ocupaba los titulares de todos los periódicos digitales de la zona. El *Daily Mail* también lo cubría, y en el *Observer* venía una breve nota. Kate se centró en los artículos extensos.

La chica se había despedido de su madre hacia las seis de la tarde del 8 de diciembre de 2016 para ir a casa de su amiga Melanie, que vivía en una calle próxima. Las dos estaban preocupadas por un examen de francés que tenían al día siguiente y habían decidido repasar el vocabulario y la gramática.

Estuvieron juntas hasta las nueve. Practicaron para el examen y también charlaron de sus cosas, se habían reído mucho. Según Melanie, Saskia estaba alegre y tranquila cuando se marchó.

Nunca llegó a casa.

Después de llamar a su amiga, los padres alertaron a la policía, que comenzó la búsqueda de inmediato. Las circunstancias resultaban más preocupantes que en el caso de Amelie: oscuridad y calles vacías. Nada hacía suponer que Saskia no quisiera regresar a casa. Algo le había ocurrido en ese breve trayecto. Alguien, esa era la terrible sospecha, se había cruzado en su camino.

Dos días después, unos paseantes encontraron su móvil en la cuneta de una carretera a las afueras de Scarborough.

Desde entonces no se localizaron más pistas. Hubo múltiples llamadas y avisos afirmando haberla visto, pero las esperanzas de que fuera ella se desvanecían enseguida. Finalmente había sido hallada. Casi un año después.

Según las informaciones, el estado del cadáver había entorpecido la identificación. Eso significaba que debía llevar bastante tiempo en los páramos. La cuestión era si ese tiempo comprendía los diez meses enteros. ¿Era posible que hubieran tardado tanto en encontrarla? Un periódico ofrecía un croquis del lugar. Al parecer, el cuerpo apareció cerca de un sendero, entre los arbustos y torpemente oculto con ramas. Resultaba poco probable que no hubiera sido hallado en todos esos meses, por ejemplo por algún perro. Sin duda por allí pasearían muchos senderistas con perros, era extraño que ninguno lo hubiera detectado.

—La han llevado allí después —murmuró Kate—. Hace un par de semanas, como mucho. —Eso concordaba con el avanzado estado de descomposición, favorecido por las suaves temperaturas—. Antes se encontraba en algún otro sitio, no sé si viva o muerta. Probablemente viva.

Siguió leyendo:

El comisario jefe Caleb Hale, del departamento de investigación criminal de Scarborough, es quien dirige la investigación. Según sus declaraciones, no puede descartarse que este caso esté relacionado con el de Hannah Caswell, una joven de Staintondale desaparecida en noviembre de 2013. No obstante, hasta el momento no hay pruebas de que exista alguna conexión.

Le dio un vuelco el corazón. Caleb Hale. Seguía en activo. Y conservaba su puesto. Eso no era del todo esperable, como ella bien sabía. Conocía sus problemas con el alcohol, y muchos de sus otros problemas. En su momento habían resuelto juntos el asesinato del padre de Kate. Para ser exactos, lo había resuelto ella. Él se empeñó en una teoría completamente errónea que lo llevó a seguir las pistas equivocadas. Al descubrir que había cometido un fallo detrás de otro, recayó en un alcoholismo que creía superado. Kate sabía que, a pesar de aquello, era un buen policía. La cuestión era si habría recuperado la fe en sí mismo. Al menos había sido capaz de conservar su puesto.

Todavía le dolía un poco leer su nombre, tres años después. Se había enamorado de él, pero él no sintió lo mismo ni por un segundo. No le sorprendió: los hombres nunca correspondían a sus sentimientos. Siempre había sido así, durante toda su vida, y ya estaba acostumbrada. Pero resultaba doloroso.

Se obligó a no pensar en él y a concentrarse en la información contenida en aquel párrafo: había desaparecido otra chica. Aunque hacía varios años, tampoco eran tantos. Hannah Caswell.

Buscó el nombre en Google. Empezaba a sentir cierto recelo. Hasta ese momento estaba bastante segura de que Amelie se había fugado en un arrebato. El hecho de que ese mismo día se hallara el cadáver de otra chica era una macabra coincidencia, terrible y aterradora para los padres, pero sin relación. Sin embargo, tras lo que había leído, comenzaba a sentirse inquieta. No de una forma abrumadora, pero ya no se sentía tan tranquila como al principio.

Sobre Hannah Caswell aparecían miles de resultados. El caso mantuvo en vilo a la región. Kate lo recordaba vagamente por la prensa, pero también por comentarios en los círculos policiales. A diferencia de Saskia Morris, Hannah nunca había aparecido, ni viva ni muerta. Tenía catorce años. Hubo dos sospechosos. Por un lado, un joven que la llevó en coche de Kingston upon Hull a Scarborough una tarde de noviembre. Según sus declaraciones, la dejó en la estación. Por otro lado, Ryan Caswell, el padre de la chica, que vivía solo con ella. La madre había abandonado a la familia muchos años atrás para irse a vivir a Australia.

No había nada extraño en que sospecharan del padre. En casos así, siempre se sospecha también de los progenitores.

La policía no había llegado a nada con Ryan Caswell. Al parecer, carecía de coartada para los momentos clave de la desaparición. Según declaró, aparcó cerca de la playa y estuvo esperando en el coche. No había testigos. En el interrogatorio admitió que se había puesto furioso con su hija. Como perdió el tren de Hull, se vio obligado a esperarla casi dos horas hasta la llegada del siguiente. Pero la chica nunca tomó ese tren. Porque en Hull la recogió un vecino de Staintondale, Kevin Bent, de diecinueve años.

El joven llegó a ser detenido y enviado a prisión preventiva, pero finalmente no pudo probarse nada en su contra. Sheila Lewis, amiga de Hannah, confirmó su declaración: en efecto, la dejó en la estación. De hecho, llamó a Sheila desde allí para contarle el viaje y que el chico la había invitado a una fiesta. Luego intentó varias veces localizar a su padre, las llamadas

quedaron registradas tanto en el móvil como en el fijo. El hombre no tenía cobertura en aquel momento. Aquellas llamadas sin éxito eran el último rastro de Hannah Caswell.

En cuanto a Kevin Bent, cometió el gran error de mentirle a la policía. Y lo hizo con tanta torpeza que se descubrió al momento. Afirmó que siguió camino hasta Cropton, fue a casa de sus amigos y pasó allí el resto de la tarde. Estos, sin embargo, prestaban declaración al mismo tiempo que él. Como no pudieron ponerse de acuerdo previamente, explicaron que Kevin los había llamado para cancelar el plan porque estaba cansado y había decidido irse a casa.

Presionado con esa información, el joven admitió que en realidad había dado la vuelta. Regresó a la estación. Su intención era recoger a Hannah y llevarla a Staintondale. En el periódico lo citaban:

Tenía un mal presentimiento. Se la veía tan sola delante del edificio... No sabía si lograría localizar a su padre, o si de verdad pensaba ir a su oficina. Me quedé preocupado. Y como estaba cansado y quería irme a casa, pensé en pasar por la estación y llevarla.

Pero Hannah ya no estaba allí. Se detuvo un momento y examinó los alrededores, pero no la vio. Entonces volvió a casa.

Justificó su mentira por un momento de pánico:

La había metido en mi coche. Fui la última persona en verla con vida. Sabía que sospecharían de mí. No quise reconocer que había dado la vuelta porque pensaba que eso empeoraría las cosas. Fue una tontería por mi parte, claro.

Kate resopló. En efecto, había sido una auténtica tontería. Algunas personas poseían un gran talento para hacer que su situación, ya de entrada difícil, resultara todavía más problemática. Y Kevin Bent era una de ellas.

Se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. A derecha e izquierda del camino de hormigón se balanceaban las ramas, aún cargadas de hojas otoñales. Bajo la luz artificial se veían de un gris amarillento, cuando en realidad eran rojo brillante y dorado intenso. Una casa bonita, la de los Goldsby, magníficamente ubicada junto a aquella llanura. Deborah le había contado que pasó mucho tiempo soñando con comprarla, y era comprensible. Luego había añadido, radiante: «Después se me ocurrió montar el *Bed & Breakfast*, y así encontré la vida que siempre había deseado».

Kate tendía a no dar por bueno lo que la gente contaba; más bien al contrario, solía cuestionarlo todo. Pues bien, pocas veces había escuchado una afirmación tan forzada y poco natural.

Se notaba a la legua que Deborah Goldsby era una mujer infeliz. Kate ignoraba a qué se debía su infelicidad, aún no la conocía lo bastante. Sin embargo, parecía claro que su actual profesión no era vocacional, sino más bien una solución de emergencia. Una casa tan grande en aquella ubicación...

Kate lo veía claro: apostaría cualquier cosa a que el matrimonio se había endeudado demasiado. Los ingresos de Jason no bastaban para costear los intereses, la hipoteca y los gastos domésticos. Por eso a Deborah se le había ocurrido alquilar tres habitaciones a turistas, lo que a él no le hacía ninguna gracia.

Kate lo notó nada más llegar, cuando Jason se ofreció a ayudarla con el equipaje. Aunque su tono era educado, tenía la boca tensa, contraída. Le disgustaba que se presentara una huésped inesperada en temporada baja. De mayo a septiembre la casa sería un constante entrar y salir de desconocidos, y seguramente cuando regresaba después de una larga jornada no encontraba la calma que necesitaba. Se veía en todo momento rodeado de extraños y, lógicamente, no todos le parecerían simpáticos. Sin embargo, se los encontraba en la cocina y en el salón, y se cruzaba con ellos en la escalera. Los huéspedes aliviaban la soledad de Deborah, pero eran una carga para Jason.

El doctor Goldsby. Padre de una chica desaparecida. Automáticamente, Kate analizó la posibilidad de que el matrimonio tuviera algo que ver con la desaparición. Aunque después se recordó a sí misma dos cosas. En primer lugar, que era muy probable que a Amelie no le hubiera ocurrido nada. Se había fugado para que sus padres no la mandaran de viaje.

Y, en segundo lugar, que aquel no era su caso. En absoluto. Además, tenía otros asuntos que atender. Debía organizar la reparación de la casa y luego decidir qué hacer con ella. No le sobraba el tiempo.

Aun así, se paró a reflexionar un momento: Deborah había salido de compras con su hija y, al volver al coche, no la había encontrado. En principio solo contaban con su declaración, aunque el mensaje que Amelie mandó a su amiga desde el aparcamiento la corroboraba. Además, en el Tesco habría testigos (el encargado, al menos) que podrían confirmar su búsqueda desesperada. En cuanto a Jason, no se encontraba en casa en el momento clave. Kate no lo había sentido salir, pero él mismo había dicho que regresaba de un paseo por la playa cuando se encontró con su esposa. Lo más seguro era que en su caso no hubiera ningún testigo. Podría haber ido a cualquier sitio.

¿Arriesgándose a que lo vieran los vecinos?

Y después, ¿qué? Obviamente, si se había presentado junto al coche, Amelie se habría ido con él sin desconfiar. Pero ¿cómo sabía que se encontraba allí? Quizá ella le había mandado un mensaje. Sin embargo, ¿para qué la iba a raptar? ¿Adónde la habría llevado en tan poco tiempo? Y, sobre todo, ¿por qué?

Demasiadas incongruencias. No obstante, había aprendido algo en sus largos años de profesión, sobre todo en la investigación de asesinatos: lo imposible era posible. Había visto los móviles más descabellados, las combinaciones más extrañas, las casualidades más increíbles. Personas que parecían incapaces de hacer daño a una mosca de repente cometían un asesinato brutal. Personas que en apariencia se amaban, en realidad alimentaban odios profundos. Había gente que presentaba una concatenación perfecta de coartadas, y era una tontería insignificante la que tiraba por tierra todo el conjunto. Kate había experimentado las situaciones más banales y disparatadas. Jamás descartaría una opción, por absurda que pareciera.

No obstante, abrigaba la esperanza de que todas aquellas reflexiones sobrarán en el caso de Amelie Goldsby. Porque la chica aparecería en cualquier momento, sana y salva.

Más allá del jardín, la noche era muy oscura. De un negro profundo. ¿Dónde se había metido Amelie? ¿Cómo estaría? A los catorce años, a Kate le habría dado un miedo atroz permanecer escondida sola, lejos de casa y en medio de la oscuridad. Sin duda, contaba con la ayuda de alguien. Los Goldsby habían interrogado a todos sus amigos, aunque, obviamente, no tenían por qué decir la verdad. Sin embargo, todos vivían en casa con sus familias. No podían esconderla sin que sus padres se enteraran. Y los padres jamás se prestarían a colaborar en algo así.

Kate se apartó de la ventana y paseó arriba y abajo por la habitación.

Con cada minuto que pasaba, la situación se hacía más crítica.

Domingo, 15 de octubre

1

Era un día soleado, el aire se calentaba deprisa tras las primeras horas frías de la mañana. Había que aprovecharlo, pues para la semana siguiente los meteorólogos habían previsto lluvia, niebla y un acusado descenso de las temperaturas.

A Megan Turner le parecía un detalle que se retrasara un poco el momento de que aquel inusual verano tardío se convirtiera definitivamente en otoño. El fin de semana estaba siendo estupendo. La víspera había acribillado a Edward, su marido, con planes para el domingo.

—Va a hacer otro día de sol y calor. Sería una lástima quedarse en casa. ¡Venga, vamos a algún sitio!

Él era bastante menos activo que su esposa.

—Siempre quieres hacer cosas. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí sin más? Levantarnos tarde, ver la tele, comer, estar a gusto...

—Eso lo dejamos para el fin de semana que viene. Hará tanto frío y lloverá tanto que no querremos ni asomarnos a la ventana. Pero ahora haz un esfuerzo, ¡venga!

Al final, Edward accedió a salir de excursión, aunque se negó a pensar en un destino concreto porque, como explicó, eso lo agobiaba. Sencillamente, abandonarían Scarborough y recorrerían un poco la zona de los páramos. Allí había pequeños valles idílicos, llanuras iluminadas por el sol y bosquecillos que lucían preciosas hojas otoñales. Pasearían un rato y después harían un picnic. Megan se levantó temprano para abastecer la neverita portátil: huevos duros, sándwiches, volovanes, un bizcocho de chocolate y botellas de agua. Metió también unas cervezas para Edward, eso lo animaría. Ella conduciría a la vuelta.

Llevaban viajando unos tres cuartos de hora cuando distinguieron un aparcamiento pequeño y rústico que les pareció un buen punto de partida para su paseo y un buen lugar para el picnic. Además, Megan ya tenía ganas de bajarse del coche. Se apartaron de la estrecha carretera. Hacía más de un cuarto de hora que no se cruzaban con otro coche. Se habían adentrado en los

páramos. Aunque se trataba de un lugar muy visitado, eran tan extensos que los senderistas y otros amantes de la naturaleza a veces se perdían allí. No resultaba extraño pasear durante horas sin encontrarse con nadie.

Por eso Edward lo encontraba bastante aburrido. Preferiría estar en casa viendo la tele. De acuerdo, hacía sol. Y aparte de eso, ¿qué? Praderas, praderas, y más praderas. Allá a lo lejos, un bosquecillo.

En fin, al menos Megan disfrutaba del domingo. El matrimonio exigía sacrificios. Además, había preparado cosas buenísimas para comer.

En realidad, el aparcamiento no era más que una pequeña explanada, separada de la carretera por una hilera de arbustos despeluchados. Allí solo cabían tres coches. En un extremo había varios tocones que habían sido pulidos para convertirlos en asientos. Junto a ellos se alzaba un tablón informativo sobre la flora y la fauna de la zona. Eso era todo. Por lo demás, soledad.

—¿Qué te parece si primero paseamos un rato y luego atacamos las delicias de la neverita? —propuso Megan.

Él suspiró. Le encantaría hacerlo al revés. Si era sincero, en realidad preferiría sentarse a comer y no pasear en absoluto. Pero bueno, sin duda a su barriga (prominente a pesar de su juventud) le iría bien un poco de ejercicio.

Caminaron bastante rato, ella por delante a paso ligero y él, pesado y jadeante, siguiéndola. El día estaba precioso, eso debía reconocerlo. Cálido, soleado y seco. Aunque la vegetación era más bien escasa, acá y allá centelleaban bajo el sol bellísimos colores: el naranja fuego de los pequeños arbustos, el dorado mate de los desperdigados árboles, el rojo radiante de las bayas en sus espinosas zarzas.

—Se está bien —admitió al cabo de un rato, en tono conciliador.

Megan se detuvo y se giró radiante:

—¿Verdad? Mejor que en casa, ¿a que sí?

—Bueno, sí. Pero... —Se detuvo también y se secó el sudor de la frente. Su forma física era pésima—. ¿Podemos dar ya la vuelta? Estoy agotado. Y tengo hambre.

Ella habría seguido caminando eternamente, pero aceptó. Al fin y al cabo él había cedido con la excursión. Iniciaron el camino de vuelta en un agradable silencio. Ya en el aparcamiento, Megan empezó a sacar la comida mientras él buscaba un sitio para hacer pis con discreción. Se ocultó tras un arbusto y entonces vio algo que brillaba entre las hierbas altas. Se agachó. Un neceser de maquillaje. Lo recogió.

—Qué raro —dijo—. ¿Cómo se puede perder aquí algo así?

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—He encontrado un neceser —contestó, saliendo de detrás del arbusto. Lo abrió y miró dentro—. Pintalabios... Máscara de pestañas, creo...

Megan se fijó en que era un artículo barato de color rosa chillón.

—Parece de una muchacha.

—¿Y qué pinta una muchacha aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Pues estaría de excursión. Con sus padres, por ejemplo.

—¿Y pierde su maquillaje detrás de un arbusto?

—Estaría haciendo lo mismo que tú y se le caería de la mochila o algo así. Podemos llevarlo a objetos perdidos.

—Mmm... Voy a mirar, a ver si encuentro algo más.

Comenzó a rodear el arbusto con pasos cortos y los ojos fijos en la hierba. En realidad no esperaba encontrar nada más, era raro que alguien perdiera varias cosas a la vez y no se diera cuenta. Sin embargo, a cierta distancia distinguió algo parecido a una piedra. Como las piedras no suelen ser de color rosa, se acercó. Era un bolso. Lo abrió: una cartera con un par de billetes, pañuelos de papel, un abono de autobús. Y un carnet escolar.

—Amelie Goldsby —leyó.

A continuación había una fecha de nacimiento, 2 de julio de 2003, y el nombre de un colegio de Scarborough. Tenía catorce años. La foto mostraba a una chica de grandes ojos azules y melena rubia. Miraba a la cámara con desgana, pero sin duda era muy atractiva.

—Esto sí que es raro —comentó—. ¡Megan, ven aquí!

Ella se acercó.

—¿Qué pasa?

Le enseñó el bolso.

—Dentro hay un carnet escolar, al parecer pertenece a una chica de catorce años. El bolso estaba tirado aquí, en la hierba. Y el neceser lo encontré allí delante. ¿Cómo se pueden perder dos cosas tan lejos una de la otra?

Megan compartía su extrañeza.

—Es verdad que resulta muy raro.

—Creo que las han tirado a propósito. Una aquí, la otra allá. Para deshacerse de ellas.

—Pero ¿quién se deshace de su maquillaje? ¿Y de su bolso?

—Con dinero y el abono de transporte dentro. Es... —Buscaba la palabra adecuada—. Es un poco inquietante.

Ella sintió un estremecimiento.

—Es cierto. ¿Qué nombre pone en el carnet?

—Amelie Goldsby.

—No me suena de nada.

—A mí tampoco. No parece que las cosas lleven mucho tiempo aquí, yo diría que como mucho desde ayer. Si a esta chica le ha pasado algo, aún no habrá salido en las noticias.

—¿Por qué tiene que haberle pasado algo?

—No lo sé. Pero no me extrañaría.

—Nos llevamos las cosas. Y debemos recordar bien este sitio.

—Claro que nos las llevamos —contestó Edward—. Pero no iremos a objetos perdidos, sino directamente a la policía.

2

El comisario jefe Caleb Hale se presentó aquella tarde en casa de la familia Goldsby. Se le veía tenso, por mucho que se esforzara en aparentar calma y tranquilidad. Ya habían informado al matrimonio de que una pareja joven que estaba de pícnic había encontrado varias pertenencias de Amelie en un aparcamiento del Parque Nacional. Aquello daba al caso un giro preocupante. Hasta aquel momento presuponían que la chica estaba harta y furiosa e intentaba librarse de una situación desagradable sin pensar en las consecuencias. Sin embargo, ahora debían considerar que se tratara de algo peor. Mucho peor.

Amelie Goldsby no pudo llegar por su propio pie al lugar donde aparecieron sus cosas. Alguien debió de llevarla en coche. Y ese alguien había arrojado allí, en mitad de la nada, su maquillaje y su bolso. Caleb sintió un escalofrío al pensar en el móvil de Saskia Morris: fue hallado en una cuneta poco después de su desaparición.

En aquel momento, un dispositivo policial peinaba los alrededores del solitario aparcamiento. El comisario no podía quitarse de la cabeza una idea que no lo dejaba dormir: las cosas de Amelie aparecieron no muy lejos de donde se halló el cadáver de Saskia. Serían unos veinticinco kilómetros, una distancia pequeña en el contexto de los extensísimos páramos.

Aquello tenía muy mala pinta.

En casa de los Goldsby, magníficamente ubicada y con vistas al mar, cundía el pánico. El doctor Goldsby se encontraba en el salón con el portátil en el regazo. Metido en internet, lo más seguro es que buscara información sobre el caso de Saskia Morris. También él había atado cabos y veía las semejanzas. Deborah ocupaba el sofá, blanca como el papel. Tenía el pelo revuelto y respiraba con dificultad, como si sufriera una crisis de ansiedad. Le temblaban las manos y tenía la frente perlada de sudor. A su lado, una agente de policía especializada en atención a las víctimas le daba la mano e intentaba tranquilizarla. Había otras dos mujeres en la sala, que le contaron a Caleb que eran vecinas y habían colaborado en la búsqueda nocturna. Querían ofrecer su ayuda. Se las veía agotadas y afectadas de verdad, no estaban allí por el morbo.

—Me gustaría hablar un momento a solas con los padres —pidió el comisario.

La agente y las vecinas abandonaron el salón. Las dos señoras quedaron en manos del sargento Robert Stewart, del equipo de Caleb. Aprovecharía la oportunidad para hacerles unas preguntas. ¿Qué impresión tenían de la familia? ¿Cómo era la relación entre los padres? ¿Y con su hija? ¿Habían notado algo extraño la mañana anterior, cuando Amelie desapareció?

Caleb cerró la puerta. Jason retiró el portátil, se levantó y avanzó hacia él.

—Saskia Morris —dijo sin rodeos—. ¿Está pensando lo mismo que yo?

—Bueno, dígame qué piensa usted —contestó, aunque ya lo sabía.

—Pues...

Miró un momento a su esposa, indeciso. Entonces Deborah también se levantó y se colocó a su lado. Caleb jamás había visto una persona tan pálida.

—Puedes decirlo —lo animó ella—. Verá, tenemos mucho miedo de que Amelie sea víctima de la misma persona que esa chica.

—El móvil de Saskia fue hallado poco después de su desaparición —completó Jason—. Y a la propia Saskia... Lo he mirado en Google Maps. Encontraron su... La encontraron no muy lejos de donde han aparecido las cosas de nuestra hija.

—Eso es cierto —admitió Caleb—. Pero sacar conclusiones me parece un poco precipitado.

—Es inevitable sacarlas —contestó Jason—. ¿Qué opina usted?

—¿Nos sentamos? —propuso el comisario—. Me gustaría repasarlo todo una vez más.

Se acomodaron en el sofá. Caleb conocía los detalles de la denuncia del día anterior: el aparcamiento del Tesco, el mal humor de Amelie, su rechazo

al viaje. Su: «Esa Saskia tiene suerte. Nunca más hará un viaje de clase».

Aquella frase infundía esperanzas. De que se hubiera escapado. De que hubiera desaparecido como Saskia, pero, a diferencia de ella, su ausencia fuera intencionada. Ojalá. Todavía existía un destello de esperanza. Aunque en realidad era muy tenue.

—Que el bolso y el neceser hayan aparecido en los páramos no tiene explicación lógica —afirmó Jason—. Es imposible que ella los dejara allí.

—Efectivamente. Pero existe la posibilidad de que le robaran. Quizá el ladrón tiró las cosas porque no sabía qué hacer con ellas.

—¿Cómo de probable le parece eso? —preguntó Deborah.

Caleb suspiró. Los padres reaccionaban de distintas formas ante situaciones así. Algunos querían que los tranquilizaran, se aferraban a las teorías más absurdas y deseaban oír que la policía haría todo lo que estaba en su mano, aunque no existía un peligro real. Por el contrario, otros preferían conocer la verdad en toda su crudeza porque, de todos modos, nada podía tranquilizarlos. Los Goldsby pertenecían al segundo grupo. Deborah, a pesar de su ansiedad, sus manos temblorosas y su cara palidísima, deseaba que Caleb le dijera lo que realmente pensaba.

De todas las cosas desagradables que suponía su profesión, aquella situación era la peor. Hablar con personas cuyos hijos habían desaparecido. Aconsejarles que, por si acaso, se prepararan para lo peor.

—Reconozco que me parece poco probable —respondió por fin a la pregunta—. Y siento decirles que la situación no es favorable. Al principio, los indicios apuntaban a que su hija se había escapado. Pero el hallazgo de sus cosas en mitad del campo, a unos cuarenta y cinco minutos en coche de aquí, juega en contra de esa hipótesis.

—Alguien se la llevó en un coche —afirmó la madre.

Él le lanzó una mirada de ánimo.

—Puede ser, y ese es un enfoque alentador. Era pleno día, había mucha gente en el aparcamiento y en las calles aledañas. Seguramente no la asaltaron, sino que Amelie se subió a un coche de forma voluntaria. Eso significaría que conocía al conductor.

—O a lo mejor hizo autostop —se le ocurrió a Deborah.

—¿Era habitual?

Los padres se miraron y luego negaron con la cabeza.

—En realidad no lo ha hecho nunca —contestó Jason—. Siempre le decimos que es peligroso, y parece que le da miedo. No digo que no lo haya hecho ahora, pero...

Dejó la frase inacabada. En una situación como aquella no se podía descartar nada. Eso era lo grave.

—Tendremos presente esa posibilidad —aseguró Caleb—. Pero debemos considerar la opción más probable: un conocido. ¿Alguno de sus amigos tiene carnet?

—Sus amigos más cercanos son como ella, tienen catorce años. Quince, como mucho —repuso Deborah—. Ninguno conduce.

—¿En el colegio se relaciona con chicos mayores? Quizá por el grupo de teatro, por actividades extraescolares o por algún deporte... O bueno, también fuera del colegio.

—Va a nadar dos veces por semana, en un equipo. Todos son de la misma edad menos el monitor. Pero solo tiene dieciséis años.

—Habla con él de todas formas. ¿Se les ocurre alguien más?

—Nadie en concreto —contestó Jason—. Claro que siempre están las fiestas del colegio y otras actividades. Ahí participan varios cursos y se relacionan entre sí.

—¿Algún nombre? ¿Alguien a quien se refiriera con frecuencia?

—No. Por desgracia, no nos contaba muchas cosas.

—Habla con todos sus amigos. A veces saben más que los padres, es normal a esta edad. ¿Podríamos llevarnos el ordenador de su hija? No podemos excluir que...

—Que haya conocido a alguien por internet —completó Jason—. Sí, también lo he pensado. Lléveselo, por supuesto.

—Supongo que lo tiene en su habitación, ¿no? ¿Puedo verla?

—Claro. —Deborah se levantó al instante.

Se sentía más tranquila que unos minutos atrás. Al fin pasaba algo. Por fin comprendían que el caso era grave. Les hacían preguntas, se planteaban analizar el ordenador. La situación seguía siendo espantosa, pero la policía hacía algo.

—Kate ya nos sugirió esta mañana que revisáramos el ordenador. Pero tiene contraseña y no pudimos acceder.

—Nuestros expertos entrarán sin problema —aseguró el comisario, incorporándose. Luego preguntó—: ¿Quién es Kate? Solo tienen una hija, ¿no?

—Se trata de una huésped, lleva aquí desde el viernes. Se llama Kate Linville y es de Londres. Imagínese, trabaja en Scotland Yard. ¡Seguro que puede ayudar!

—Kate Linville —repitió perplejo—. ¡No puede ser!

—¿La conoce? —preguntó Jason.

—Que si la conozco... —contestó Caleb— ¡Vaya que si la conozco!

3

Se encontraban en la habitación de Amelie. Caleb pensó que no había cambiado casi nada en los tres años transcurridos desde la última vez que se vieron. Seguía fiel a su aspecto anodino que, hasta cierto punto, resultaba atemporal. Pero no en el sentido que les gusta a las mujeres. Era más bien una atemporalidad derivada de su insignificancia: al pasar totalmente desapercibida, también pasaba desapercibido cualquier signo de envejecimiento. O cualquier cambio en sus rasgos. Era tan reservada que jamás se alteraban, ni siquiera ante las peores circunstancias o en las situaciones más dramáticas. Ocurriera lo que ocurriese en su interior (y Caleb sabía que no era fría ni le faltaba empatía), nunca se manifestaba: no marcaba sus rasgos, no cambiaba su expresión, no dejaba huella. Había aprendido a guardárselo todo porque temía las críticas ante cualquier revelación. Kate Linville estaba llena de desconfianza. Se encerraba en sí misma para no brindar a nadie la oportunidad de hacerle daño. Así, tampoco ofrecía a nadie la posibilidad de quererla. Y esa era la razón de que se sintiera continuamente rechazada.

Prisionera de sí misma. Si había alguien que encajaba en esa descripción, era Kate Linville.

—Eres la última persona que esperaba encontrarme —comenzó.

Ella se encogió de hombros.

—Tampoco es tan raro, aún tengo la casa. Estoy aquí porque mis inquilinos me han dado un buen disgusto.

—¿Insolvencia?

—Qué va. Se han largado sin dejar rastro después de destrozarlo todo. Son unos enfermos. Lo único bueno es que firmaron la rescisión del contrato. Pero ahora tengo que vaciarlo todo y sanear.

—¡Vaya faena! —Sabía lo mucho que significaban para ella la casa y sus padres. Sobre todo su padre—. Tus muebles... ¿no se salva nada?

Ella negó con la cabeza.

—A ver, con mucho esfuerzo se podría limpiar y reparar todo. Pero aun así, el daño ya está hecho. Nunca volverá a ser lo mismo. He decidido

despedirme definitivamente: renovaré la casa y la venderé.

Caleb sabía que se había propuesto eso mismo tres años atrás. Y no lo había conseguido. Sentía cierta curiosidad por ver si en esta ocasión lo lograba.

—¿Y se puede saber qué haces aquí? —preguntó—. En casa de los Goldsby, justo cuando su hija desaparece...

—Casualidad. Bueno, no del todo. Es la pensión más cercana a casa de mis padres. El viernes necesitaba un alojamiento con urgencia y no quería que estuviera muy lejos de Church Close. Busqué en Google y... aquí estoy. Por supuesto, no esperaba acabar en medio de un caso.

—Y no es... —comenzó él. Ella lo interrumpió al momento.

—Y no es asunto mío, por supuesto. No voy a interferir en nada, Caleb. Las circunstancias son completamente distintas a las de entonces.

Se refería a sus pasadas confrontaciones. Cuando se produjo el asesinato de su padre, Kate decidió investigar por su cuenta porque estaba convencida de que él seguía una línea equivocada. Actuó sin legitimidad y se enfrentaron una y otra vez. Al final, fue ella quien resolvió el caso. No obstante, se despidieron como amigos porque él fue capaz de reconocer que ella era mejor policía. Sin embargo, sufrió una grave recaída en su problema de alcoholismo, a pesar de su paso por una clínica de desintoxicación y de una abstinencia de meses. Ahora imaginaba que Kate se estaría preguntando si tenía el problema bajo control. Haría conjeturas sobre si bebía o lograba mantenerse sobrio.

—Tiene mala pinta —dijo entonces—. Este asunto pinta muy mal.

Había solicitado hablar con ella en cuanto se enteró de que se hospedaba en la casa. Se la llevó a la habitación de Amelie mientras los Goldsby se quedaban abajo con el sargento Stewart. Kate era importante. Aunque no conocía a la familia, al menos los había visto a los tres juntos el viernes. Como era policía, podía hablar con ella abiertamente. Caleb respetaba profundamente su conocimiento del ser humano y sus capacidades de investigación. Muy al contrario que ella: Kate confiaba muy poco en sí misma.

—¿Qué opinas de la situación? —le preguntó.

Ella resopló.

—Que ha empeorado desde que aparecieron las pertenencias. Al principio estaba bastante segura de que se había escapado, pero ahora... En fin, existe la posibilidad de que tenga un novio del que los padres no saben nada y se

haya fugado con él. Pero en ese caso, ¿por qué se desharían del bolso y del neceser? Es incomprensible, no tiene sentido.

—¿Qué crees que pasó ayer en el aparcamiento?

—Una posibilidad sería esta: una persona conocida se acercó al coche y la convenció de que se fuera con ella. En el mejor de los casos, con buenas intenciones.

—O quizá con malas intenciones...

—Exacto. Pero Amelie no desconfió porque la conocía. Además, quería librarse a toda costa del viaje de clase.

—¿Alguna otra posibilidad?

—También he pensado que simplemente se bajó del coche y se marchó, sin imaginarse el susto que le iba a dar a su madre. O quizá a propósito, justo para asustarla. Estaba enfadada porque Deborah se negó a hacerle un justificante que la eximiera del viaje. No descarto que se dirigiera a casa, es decir, que para nada planeara escaparse. Solo necesitaba desahogar su frustración.

—Y crees que por el camino...

—Quizá la secuestraron, sí. Conozco bien esta zona. Podía volver a casa por dos caminos. Bueno, siempre suponiendo que pretendiera hacer eso.

—Por la calle Burniston Road.

—Eso es. Hay acera y carril bici a derecha e izquierda. Un buen tramo discurre por una zona de campos y solares sin construir, antes de llegar a esta urbanización. Alguien podría parar en ese tramo y meterla en el coche.

—Sería muy arriesgado —opinó Caleb—. Es una calle con mucho tráfico.

—Aun así, muchas veces no pasa ningún coche. Según esta hipótesis, el secuestrador no lo había planeado. Va conduciendo y ve una chica rubia por la acera. Comprueba que en ese momento no tiene a nadie delante ni detrás. Y, sencillamente, para y se la lleva. No tarda ni medio minuto. Nadie ha visto nada.

—Pero ella se defendería.

—Si el móvil es sexual, es muy probable que se trate de un hombre. Sería mucho más fuerte que Amelie, que es muy menuda. Además, contaría con la ventaja del ataque por sorpresa. Seguro que ella llevaba los auriculares con la música a todo volumen. No lo oiría acercarse ni parar. Solo notaría su presencia cuando la agarrara.

—Y el otro camino...

—Avanzar hacia el mar por la avenida North Cliff. Es el trayecto más bonito, aunque no sé si estaba de humor para esas cosas.

—Allí las casas están pegadas unas a otras —apuntó él—. Nadie se habría atrevido a atacarla ahí.

—Al final del todo hay un aparcamiento grande. Quizá el agresor se encontraba allí. De nuevo asumimos que tuvo suerte: justo en ese momento estaban solos. Otra opción es que no pasara nada. Amelie prosiguió su camino, pudo tomar el sendero de las colinas o ir por Cleveland Way, junto a la orilla del mar.

—A ninguno de los dos sitios se puede acceder en coche.

—Pero a lo mejor se encontró con alguien que iba a pie, le dio conversación y la acompañó hasta el acuario. Allí hay otro aparcamiento.

El acuario Sea Life Sanctuary de Scarborough era un gran edificio situado al final de la bahía norte. Se trataba de un lugar muy visitado por sus espectaculares tanques poblados de exóticos animales marinos. Muchos niños celebraban su cumpleaños allí, y a menudo se organizaban campañas ciudadanas, como batidas de limpieza por la playa.

—En ese aparcamiento habría mucho ajetreo —objetó Caleb.

—No tanto, siendo sábado por la mañana. La gente está haciendo la compra. Además, recuerda que hablamos de puras casualidades. La oportunidad de actuar puede presentarse en cualquier momento, inesperadamente. A veces, el margen necesario es escasísimo. Solo hace falta decisión.

—Cleveland Way —repitió Caleb, pensativo—. En la playa. Según su propia declaración, el doctor Goldsby salió a pasear por allí cuando se produjo la desaparición. Quizá se encontró con su hija...

—¿Y después?

—¿Qué impresión te da la familia? ¿Los padres?

—Bueno, llegué el viernes por la tarde, en realidad no los conozco. Mi primera impresión es que son una familia bastante normal. Con una hija en la edad del pavo siempre dispuesta a discutir con la madre, lo que no resulta raro. Tiene menos conflictos con el padre, eso también es común. Jason es médico, trabaja en una clínica. Está estresado y saturado. Deborah se dedica al hostel y creo que tiene el problema contrario: en otoño y en invierno pasa mucho tiempo sola. Se alegró una barbaridad cuando llegué.

—¿Y más allá de la primera impresión? ¿Algo te ha llamado la atención?
Kate dudó.

—Bueno, debemos tomarlo con precaución, porque apenas me ha dado tiempo a observarla, pero Deborah no es feliz. Se siente sola. No sintoniza con su familia. Jason trabaja mucho porque las deudas aprietan. Esta es mi

teoría, no tiene por qué ser así. Pero la ubicación de esta casa es cara, seguramente pagan una hipoteca muy alta. A Jason le disgusta la idea del *Bed & Breakfast*. Siente que, sobre todo en verano, Deborah le ha arrebatado su refugio, su lugar de descanso. Yo diría que hay tensión en la pareja, pero dudo que desemboque en violencia.

—En ese caso, ¿crees que arrastrarían a su hija? Sabemos de padres de familia agobiados por las deudas que hacen cosas terribles...

—En efecto, montan una carnicería. En un arrebato, asesinan a su mujer y a sus hijos. Y luego se quedan bloqueados en medio de la escena que han montado y que son incapaces de asimilar. Pero este caso es distinto.

—A pesar de todo, investigaremos a fondo al doctor Goldsby. No tiene coartada para el momento clave.

—¿Ves conexión con Saskia Morris? ¿Y con Hannah Caswell?

Él la miró sorprendido.

—¿Hannah Caswell? Eso ocurrió hace cuatro años. Por lo tanto, tres años antes de la desaparición de Saskia Morris.

—Pero Hannah tenía la misma edad que Saskia y Amelie.

—¿Has estado investigando?

—En internet, sí.

—Entonces sabrás que no se halló ni rastro de ella. Ni móvil, ni bolso, ni nada. Menos aún, el cuerpo. Yo dirigí la investigación. Estábamos a oscuras.

—Bueno, eso no es definitorio. Las cosas de Saskia y Amelie aparecieron por casualidad.

—Es verdad. Pero un cadáver resulta más difícil de ocultar, más aún para que nadie lo encuentre en años. Aunque los páramos son una zona solitaria, en verano hay muchos excursionistas, senderistas, gente con perros... Lo que quiero decir es que, si Hannah Caswell está muerta, el asesino se ha esforzado mucho en esconderla tan bien que es imposible encontrarla. Al contrario que Saskia Morris, a la que dejaron semiocultas con unas ramas al lado de un sendero. Estaba claro que antes o después alguien la vería. Se trata de un *modus operandi* muy distinto.

—No estoy de acuerdo. Con el tiempo, los asesinos en serie se vuelven más negligentes. Si se salen con la suya una vez, pierden el respeto a los riesgos. Por eso al final llega un momento en que los pillamos, y entonces nos extraña muchísimo que hayan sido tan descuidados.

Caleb negaba con la cabeza.

—Hannah Caswell desapareció hace cuatro años. Saskia Morris, hace menos de uno. Tres años enteros después. Amelie Goldsby ha desaparecido

nada más encontrar el cadáver de Saskia. Me parece que entre Caswell y Morris hay mucha separación.

—Que nosotros sepamos —puntualizó Kate—. En estos tres años puede haber víctimas de las que no sabemos nada. Quizá son de otras zonas y por eso no se ha visto la conexión. O chicas de la calle, del mundo de las drogas. Como no tienen casa, nadie las echa en falta.

—Nuestro secuestrador, si es que lo hay, busca un perfil muy concreto, del que no creo que se aparte. Son chicas inocentes, ingenuas, muy protegidas, de familias acomodadas. No creo que se lance de repente sobre una yonqui de la calle.

—Estoy de acuerdo. Pero puede que la primera vez se quedara muy impresionado. Por eso puso muchísimo cuidado en no dejar rastro por ningún sitio. Años después, al ver que no lo han descubierto, que nadie sabe nada ni sospecha de él, se arriesga de nuevo. Y es mucho menos cuidadoso. En realidad resulta bastante típico.

Caleb comprendió que tenía razón. Suspiró. Tal vez se trataba de un asesino en serie cuyos crímenes empezaban a precipitarse.

Miró a su alrededor. Era una habitación muy bonita bajo el tejado, abuhardillada y con un tragaluz que miraba al mar. Se apreciaba perfectamente que Amelie estaba en fase de transición de niña a adolescente. Papel pintado de color rosa con flores estampadas, una alfombra mullida de color fucsia, un armario rosa con pomos en forma de flor. Sueños de niña. Pero sobre el papel pintado destacaban pósteres de grupos de música que Caleb no conocía; con su ropa negra, la cara pintada de blanco y los ojos sombreados de negro, tenían un aspecto demoníaco. Había un tocador con cantidades industriales de maquillaje, pintaúñas, las más variadas barras de labios, lacas. En la cama había unos tejanos rotos y descoloridos y un jersey de rejilla negro. Amelie se despedía del mundo color rosa de su infancia. Los Goldsby aseguraban que no tenía novio. Caleb solo estaba seguro de una cosa: aquellos padres no lo sabían todo de su hija.

Esperaba que el análisis del ordenador proporcionara alguna pista. Se lo llevarían enseguida, y el sargento Stewart y otros dos agentes revisarían el dormitorio al milímetro. De momento, Caleb abrió el armario y un par de cajones. A primera vista, allí no había nada que pudiera ayudar en la investigación. Una habitación normal de una adolescente normal.

Se volvió hacia Kate, que permanecía de pie, esperando.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —se interesó.

—Pues primero restaurar la casa. Mejor dicho, encontrar a alguien que la restaure. Después pondré la venta en manos de una inmobiliaria. Tengo que volver a Londres enseguida, estos días de vacaciones me los han concedido a regañadientes. —Sonrió—. Esta vez no me voy a inmiscuir en el caso, de verdad. Es tuyo. Ahora no tengo ninguna vinculación personal.

—Eres una buena investigadora, Kate. Ya entonces te dije que me alegraría de que te presentaras a un puesto para trabajar con nosotros. ¿Te lo pensarías?

Le constaba que no era feliz en Scotland Yard. Se sentía poco valorada personal y profesionalmente. Creía que sus compañeros la marginaban. Caleb no sabía hasta qué punto esas sensaciones estaban justificadas, quizá solo fueran imaginaciones suyas. Tenía un gran talento para ponerse trabas, y a veces veía ataques donde no los había por culpa de su baja autoestima. Se veía a sí misma a través de un cristal lleno de dudas y no imaginaba que alguien pudiera mirarla con otros ojos. Eso la hacía desconfiada, y a veces su comportamiento resultaba incluso hostil.

Kate negó con la cabeza.

—Me quedo en Londres. Es mejor.

No dijo por qué era mejor y él no preguntó. Su relación no era tan estrecha como para sacar temas personales. Menos aún cuando estaba claro que no quería dar explicaciones.

—Te dejo hacer tu trabajo —se despidió ella—. Estaré en mi habitación si tienes alguna pregunta.

—Muy bien. Gracias.

Se quedó mirándola mientras salía del dormitorio. Después contempló las floridas paredes, como si esperara encontrar en un rincón alguna respuesta. Una pista. Una base. Algo.

«Dame una señal», pensaba, sin saber a quién ni adónde dirigía su ruego. «Una pista que nos lleve a la chica. Que se la devuelva a sus padres. Que acabe con la pesadilla».

Pero la habitación permaneció en silencio.

Lunes, 16 de octubre

1

La carpintería donde trabajaba Lynn Allard se encontraba en Westwood Road, cerca del Tesco Superstore, un supermercado enorme. Lynn podía ir andando desde casa de sus padres. Era un taller pequeño, oculto en un patio trasero. Había que empujar una verja entre dos casas para acceder. Desprendía un intenso olor a madera y a resina fresca. Se oía el ruido de una sierra eléctrica, proveniente de un cobertizo.

Era una fría mañana de niebla; el verano tardío se había acabado de un día para otro. Tiritando, Carol se arrebujó en el abrigo. Decidió pasar por allí antes de ir a la oficina. Quizá Lynn ya había llegado.

La distinguió al instante. Fumaba apoyada en la pared del cobertizo. Era una chica flaca, vestida con vaqueros muy ajustados, jersey negro y una cazadora de cuero. Llevaba un anillo plateado en cada dedo de la mano derecha; las yemas, algo amarillentas, revelaban que fumaba en cantidad y desde hacía tiempo. Lucía unas profundas ojeras y se la veía falta de sueño, congelada y hambrienta.

«Fuma mucho. Come y duerme poco», pensó Carol.

Avanzó hacia ella.

—Hola, Lynn.

La chica, que no se había percatado de su presencia, se sobresaltó.

—Ah, Carol. No te había visto. —La mano del cigarrillo temblaba ligeramente—. Me estoy fumando un cigarro rápido antes de empezar. Al jefe le parece bien. Entro ahora mismo.

—No tienes que darme explicaciones. —La apenó que creyera que la controlaba—. Solo he venido a hacerte una pregunta.

—Vale.

Carol habría preferido no mantener la conversación en aquel patio frío y neblinoso, pero en el taller estaban ya el carpintero y sus ayudantes y no deseaba que las escucharan.

—Me han llamado del colegio de Mandy. Lleva ocho días sin ir a clase y las faltas no se han justificado. Espero que no se encuentre muy mal...

Lynn parpadeó nerviosa.

—¿Has ido a casa?

—Sí, el viernes. Tu madre comentó algo de una gripe. —La chica guardó silencio. Fumaba con ansiedad—. No me dejó subir a la habitación — continuó Carol—. Y... bueno, se me ocurrió preguntarte a ti. ¿Es un gripazo fuerte? —Permaneció muda—. ¿Lynn?

La joven tiró al suelo el cigarrillo casi consumido y lo aplastó con el tacón de la bota.

—Eso es cosa de mis padres —contestó.

—Ya sabes que tu madre no colabora mucho con nosotros.

Lynn se encogió de hombros.

—Tengo que irme a trabajar.

—Creo que puedes dedicarme un minuto.

Ya el viernes había intuido que algo no iba bien, y esa impresión se reforzó en aquel momento. La chica podía decirle tranquilamente: «Sí, Mandy ha pillado una buena. Tiene tos, dolor de garganta, fiebre... Está fatal». ¿A qué se debía su negativa a hablar, sus evasivas?

—¿Qué está pasando, Lynn? —le preguntó con suavidad.

De pronto, a la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Es que no puedes parar de hurgar en nuestra vida? —gritó—. Por primera vez me va bien. ¡Por primera vez! Parece que por fin he encontrado mi camino. A lo mejor hasta me sale bien. No quiero... ¡No quiero que todo se vaya a la mierda otra vez!

Carol lo comprendía pero, ahora más que nunca, debía mantenerse firme.

—Nadie quiere quitarte esta oportunidad, Lynn. Y yo menos. Hemos llegado juntas hasta aquí. Para mí es muy importante que salgas adelante.

El rímel le corría por las pálidas mejillas.

—¡Entonces deja en paz a mi familia!

—¿Qué le pasa a Mandy? Por favor, Lynn. Es tu hermana, no puede darte igual.

—No me da igual. Pero siempre lo estropea todo. Provoca a mi madre todo el tiempo. No entiende que a veces es mejor cerrar la boca. Malmete, replica... Ella tiene la culpa...

—¿De qué tiene la culpa?

Se secó las lágrimas con brusquedad.

—¡De que mi madre pierda el control!

A Carol se le puso la carne de gallina.

—¿Se han peleado?

—¿Se han peleado? —la remedó, exagerando la entonación—. Se pelean todos los días, ¡todos! ¡Y es culpa de Mandy!

Carol sabía que la chica podía ser provocadora y agresiva. Igual que su madre. Eran como la gasolina y el fuego.

—Vale, hubo una pelea. Da igual quién empezara. Pero ¿por qué Mandy lleva ocho días sin ir a clase? ¿Qué ha pasado?

Lynn apartó la mirada.

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que se ha ido. Después de la pelea recogió sus cosas. Dijo que estaba harta y que se marchaba.

—¿Así que fue una pelea fuerte de verdad?

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió?

—El domingo de la semana pasada.

—¿Dónde se fue?

—Ni idea. Igual a casa de una amiga.

—¿Tus padres han intentado averiguar dónde está?

—No creo.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¡Por Dios santo, Lynn! Mandy lleva ocho días desaparecida ¿y a ninguno os interesa saber dónde se ha metido?

—Conoce gente. Estará en casa de alguien.

—¡Tiene que ir a clase!

—No es responsabilidad mía.

—¿Cómo fue la discusión? Más fuerte que otras veces, ¿verdad? Si no, no se habría marchado.

El carpintero asomó la cabeza por la puerta.

—¿Vas a empezar hoy o no, Lynn?

Entonces vio a Carol y la saludó con la cabeza.

—Hola, señora Jones.

Se conocían. Fue ella quien le pidió que aceptara a la joven como aprendiz.

—Ya lo ves —aprovechó la chica—. ¡Tengo que trabajar!

—Necesito unos minutos —informó Carol.

El jefe asintió.

—¡Sin problema!

Desapareció en el taller. Lynn miraba a Carol, furiosa.

—Me lo estropeáis todo. Tú y Mandy. ¡Todo! Para una vez que me van bien las cosas...

—Yo no te estropeo nada. Y Mandy tampoco —repuso, levantando la voz. Le encantaría agarrarla y sacudirla—. ¡Lynn, escúchame! Tú me importas, pero también debo ocuparme de tu hermana. O me dices de una vez lo que ha pasado o estaremos aquí todo el día. No me iré hasta que lo sepa.

Lynn la fulminó con la mirada, pero encontró una determinación tan férrea en sus ojos que enseguida comprendió que lo decía en serio. No se marcharía. No permitiría que se la quitase de encima.

—No recuerdo bien por qué empezó todo. Estábamos cenando en la cocina y Mandy no paraba de lanzar puyas por unas cosas y otras. Luego se quejó de la comida. Mi madre odia cocinar. Había metido al microondas unas hamburguesas preparadas y, de acompañamiento, nos puso puré de patata de sobre. No es que fuera muy sano, pero... bueno, se podía comer. Mandy no paraba de refunfuñar, decía que esas cosas engordan un montón. En realidad, ese es un argumento que no funciona en nuestra familia, somos todos muy flacos.

—Y tu madre se enfadó —dedujo Carol.

—Sí, muchísimo. Acabaron chillándose. Mi padre no dijo ni media, como siempre. Se quedó mirando al plato. Y yo pensé... —De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pensé: «¿Por qué hace esto? ¿Por qué? ¿Es que no podemos tener una noche tranquila? Si ve que mamá está de buen humor, ¿por qué no da tregua?».

Carol suspiró. Patsy era una madre muy difícil, pero Mandy también era una hija complicada. No le gustaría vivir bajo el mismo techo con ninguna de las dos.

—Al final mi madre explotó. Dijo que se haría un té para tomárselo sola, y que su familia de mierda hiciera el favor de dejarla en paz. Puso agua en el hervidor, mi padre y yo salimos de la cocina. Le dije a Mandy que viniera y dejara de chingar, pero decidió quedarse. Buscaba bronca. De la buena. A veces es así.

—Lo sé.

—Al poco tiempo oí gritos y estrépito de cacharros. Corrí escaleras abajo. Mi padre salió del salón. Las encontramos frente a frente en la cocina, chillándose. Había agua por todas partes. Mandy se agarraba el brazo izquierdo. Entre sollozos y gritos decía...

—¿Qué decía?

—Que mi madre le había echado el agua del hervidor. Le había quemado el brazo. Tenía muy mala pinta.

—Dios mío... —murmuró Carol, horrorizada.

Lynn lloraba abiertamente. Ya no intentaba contener las lágrimas.

—De verdad, fue porque la provocó. No quisiera que... No quiero que le pase nada, ¿entiendes? Si acaba en la cárcel, mi padre se hundirá. Y yo perderé a mi familia justo ahora que empieza a irme bien.

Carol le posó la mano en el brazo. La comprendía, entendía por qué se había callado.

—Lo que hizo tu madre es grave, pero no acabará en la cárcel.

En realidad no estaba segura, pero lo importante era tranquilizarla. Arrojarle agua hirviendo a alguien no era ninguna tontería. Podía haberle quemado la cara a su hija. Y lo del brazo era bastante grave.

—¿Y entonces Mandy se fue de casa?

—Sí. Preparó una mochila y se envolvió el brazo con una toalla. Lloraba y estaba furiosa. Yo también. Aquella situación no tenía sentido. Era del todo innecesaria. Bastaba con que hubiera parado en algún momento.

—¿Dijo adónde iba?

—No.

Carol se paró a pensar.

—Tal vez necesite asistencia médica. No se puede jugar con quemaduras así.

Lynn se secó las lágrimas y se sorbió los mocos.

—Cuando se la vi tenía mala pinta, pero como luego la llevaba tapada... no sé si será muy grave.

—Debo hablar con tus padres —añadió Carol con cautela.

—Genial. A mi madre le encantará que la haya delatado.

—Yo no te he dado opción. Lo entenderá.

De eso tampoco estaba segura. Patsy Allard no era precisamente una persona comprensiva.

—¿Puedo irme ya a trabajar? —preguntó la joven. Sin esperar respuesta, se metió en el taller.

Carol se quedó plantada en mitad de la niebla, reflexionando. Joder. Mandy, una niña de catorce años, llevaba una semana desaparecida. Estaba herida. En el mejor de los casos la habrían alojado unos amigos. En el peor, andaría vagando por ahí.

Debían actuar de inmediato.

2

—Madre mía —dijo el hombre. Miraba a su alrededor y torcía el gesto con repulsión—. ¿Pero qué demonios han hecho aquí?

—Vivir —contestó ella.

—Muy peligrosamente, diría yo.

Kate y el operario de la empresa encargada de vaciar la casa habían recorrido ya todas las habitaciones. Ella vio su propio espanto reflejado en su expresión estupefacta. Todo le había parecido aún peor que el viernes. Le resultaba imposible acostumbrarse y, lejos de habituarse, se notaba aún más sensible. Porque en aquella segunda visita se estaba deteniendo más en los detalles. La cómoda del dormitorio de sus padres, con las esquinas desportilladas y un cajón arrancado. La alacena del comedor, donde se guardaban las copas; su madre la había heredado y le tenía mucho cariño. Pues bien, las puertas de cristal estaban rotas y las baldas habían desaparecido.

«¿Qué habrán hecho con ellas? —se preguntó—. ¿Leña para la chimenea?». Pero en aquella casa la chimenea era eléctrica. Se trataba de puro afán destructor.

Objetos mantenidos, cuidados y tratados con mimo durante décadas habían sido destruidos en poco tiempo. Inconcebible. Le parecía inconcebible.

—¿Y quiere sacarlo todo? —preguntó el hombre. Se llamaba Bolton, recordó Kate. El nombre estaba escrito en grandes letras azules en su furgoneta blanca—. Bastantes muebles se podrían arreglar sin ningún problema.

—No, lléveselos todos.

¿Qué iba a hacer con ellos? No cabían en su diminuto piso de Bexley, al este de Londres. ¿Venderlos? ¿Almacenarlos? ¿Para qué?

«Deja atrás tu antigua vida. ¡Sepárate del pasado! ¡Ya es hora!».

No obstante, se preguntaba si aquello realmente mejoraría las cosas. Si su soledad y su inseguridad cambiarían de algún modo. ¿Y si se atrevía a tomar una decisión drástica y no pasaba nada? Las revistas femeninas y los libros de autoayuda aseguraban que dar grandes pasos puede cambiarte la vida. Esos avances casi siempre estaban relacionados con desvincularse y separarse de las cosas. Kate dudaba que el proceso fuera necesariamente positivo. ¿Y si el gran paso no iba seguido de una recompensa? ¿Y si al final se lamentaba de haberlo dado?

Intentó reprimir esos pensamientos destructivos, seguir adelante con lo que se había propuesto y concentrarse en llevarlo a cabo. Fuera, la niebla era opresiva. Ascendió desde el mar durante la noche y se había extendido por toda la ciudad, tragándose su ruido. Una súbita llegada del otoño, tras el inusual calor y la luz dorada de octubre.

—De acuerdo —dijo el señor Bolton—, como usted quiera. Le vació toda la casa. Para eso estamos.

—Muy bien.

—Pero elija a los próximos inquilinos con más cuidado. No vaya a ser que se encuentre con esto otra vez.

—Voy a vender la casa.

El hombre asintió.

—Yo en su lugar haría lo mismo.

Kate había decidido contratar la reforma ese mismo día y pedirle a su vecina que les abriera a los trabajadores en cuanto la casa estuviera vacía. Esas cosas se podían hacer aunque ella no estuviera presente. Su jefe se alegraría de que regresara pronto. Dejando eso a un lado, deseaba marcharse lo antes posible. El ambiente en casa de los Goldsby era terrible. Aunque le daban muchísima pena, no podía ayudarlos. Sobre todo Deborah ansiaba su colaboración porque la consideraba la encarnación de Scotland Yard, el famosísimo cuerpo de policía. Veía en ella a la persona capaz de devolverles a su querida hija. Tenía más esperanzas puestas en ella que en el comisario jefe Caleb Hale. Al parecer, no sabía nada de cargos.

«De lo contrario —pensaba Kate—, se daría cuenta que, siendo sargento, no he ascendido mucho en el escalafón. En realidad, poquísimos para mi edad».

Tenía cuarenta y dos años. Podría haber tenido más éxito. Quizá debería haberlo tenido. Pero incluso el grado de sargento lo obtuvo con dificultad, y mucho más tarde que sus compañeros. Solo existía una persona que la consideraba una agente magnífica: Caleb Hale. Por desgracia, no trabajaban juntos. Y sus ascensos no dependían de él.

«Quizá debería pedir el traslado a la comisaría de Scarborough», se dijo.

Pero no. Había decidido cerrar definitivamente su pasado en el norte de Inglaterra.

—Barato no le va a salir —le advirtió el señor Bolton.

—Ya me imagino.

Puede que hasta necesitara pedir un préstamo al banco. No obstante, lo pagaría sin problemas tras la venta. La casa estaba libre de cargas. Por

primera vez en su vida tendría en la cuenta una considerable cantidad de dinero. Podría darse un capricho, como un crucero. Tal vez allí conociera al hombre de su vida.

Soltó un débil suspiro. ¿Se desvanecería aquella esperanza con el paso del tiempo? ¿O ese anhelo persistiría hasta su muerte? De ser así, le quedaban cuarenta años de alimentar ilusiones vanas. Bonito hilo conductor para su vida.

Se obligó a ser sensata. Había cosas peores. No quería ni imaginar lo que debían estar pasando en ese mismo momento los padres de Saskia Morris, tras mantener la esperanza durante diez meses. Por no hablar de Deborah y Jason Goldsby. La desaparición de Amelie había salido en todos los periódicos, en algunos casos con mucho sensacionalismo. Evidentemente, establecían una conexión con Saskia. El culpable ya tenía nombre: «el asesino del páramo».

Según la prensa, secuestraba a chicas muy jóvenes en la calle. Se las llevaba, las mantenía prisioneras, las torturaba y maltrataba hasta matarlas con brutalidad.

Una retahíla de afirmaciones sin demostrar.

Kate había comprado los periódicos de camino a la casa. Los leyó con repulsión y luego los tiró al contenedor más próximo. Por desgracia, eso no impediría que Deborah y Jason también leyeran aquellas cosas. ¿Es que nadie tenía en cuenta el dolor que esas conjeturas causaban a los familiares de las víctimas?

El señor Bolton prometió que la casa estaría vacía al final de la semana. Kate cerró con llave cuando salieron. Se quedó mirando la furgoneta que se alejaba.

Había dado el primer paso. Ahora necesitaba una empresa de reformas.

Cuando regresó a casa de los Goldsby a mediodía, los periodistas se agolpaban ante la puerta. Había incluso una unidad móvil de una cadena de televisión. Las desapariciones de adolescentes no solían despertar tanto interés por parte de los medios. Pero desde que el nombre «asesino del páramo» pululaba por ahí, todos preveían una historia jugosa. Los asesinos en serie tenían mucho tirón. Iban de maravilla para agotar la tirada.

Kate avanzó entre los reporteros, abrió la puerta y, una vez dentro, se apoyó en la pared y respiró profundamente. Lo que le faltaba. Había llegado el momento de marcharse. Nada de quedarse con los Goldsby, asediada

durante semanas. Era un asunto trágico, pero no era de su competencia. No quería implicarse más de lo que ya lo estaba por alojarse allí.

En el salón encontró a Caleb Hale hablando por teléfono. Cuando la vio entrar, se despidió de su interlocutor y guardó el móvil. Enseguida notó que estaba cansado y estresado.

—Ah, Kate. —Se pasó la mano por la cara. Tenía los ojos enrojecidos—. Esto es horrible.

—¿Dónde están los Goldsby?

—Arriba. Deborah se encuentra mal. Jason está con ella.

—Ha leído los periódicos... —supuso ella.

—No, pero una «buena» amiga la ha llamado para leerle algunas noticias. —Negó con la cabeza—. Es comprensible que acontecimientos así cambien por completo las amistades de la gente.

—¿Se sabe algo nuevo? —Nada más hacer la pregunta recordó que acababa de decidir no implicarse más bajo ningún concepto—. Perdón. No debería...

—Eres una compañera —la interrumpió—. Pues sí, en cierto sentido tenemos algo más, aunque añade mucha presión.

Lo miró expectante.

—Han llegado los resultados de la autopsia —explicó—. Saskia Morris murió hace aproximadamente seis semanas. Ya imaginaba que el cadáver no podía llevar mucho tiempo en los páramos, lo habrían encontrado antes. ¿Por qué el asesino la abandonó allí tanto tiempo después? En cualquier caso, eso significa...

—... que seguía viva nueve meses después de su desaparición —completó la frase donde la había dejado—. Sí, yo también me lo he planteado.

—Lo más probable es que estuviera prisionera. Un auténtico martirio.

—¿Cuál es la causa de la muerte?

—Según parece, murió de hambre y de sed.

—Dios mío... —murmuró horrorizada—. Eso quiere decir que el secuestrador la mantuvo viva mucho tiempo, y la alimentaba. ¿Y de pronto dejó de ocuparse de ella?

—Así debió de ser.

—Tal vez le ocurrió algo y no pudo acudir adonde la tuviera encerrada.

—Pero no olvides que sí pudo dejarla en los páramos —recordó Caleb—. No parece estar fuera de combate. Y por supuesto, es posible que estén implicadas varias personas.

Guardaron silencio durante unos segundos. Luego Kate retomó el hilo:

—Si estamos ante el mismo agresor, seguramente Amelie sigue con vida.

—Ya, pero no sabemos si es la misma persona. Y desconocemos cuál es su móvil. Saskia Morris no sufrió agresiones sexuales, por lo menos no presentaba lesiones físicas. Claro, siempre pudo utilizarla para hacer fotos o vídeos, no sé. De momento eso no está claro. Volviendo a Amelie, no logramos localizar su teléfono. El secuestrador lo habrá apagado para que no lo encontremos. Por otra parte, seguimos sin descartar que la chica se haya escapado para huir de sus problemas. Como ves, ahora mismo no hay ninguna certeza. Pero si su captor es el asesino de Saskia, hay muchas posibilidades de que siga con vida. En el noventa por ciento de los casos de este tipo la víctima no sobrevive a las primeras veinticuatro horas. A menos que se trate de una extorsión y se pida un rescate. Pero no creo que ese sea el caso ahora.

—Tenéis que encontrarla. Estará viviendo un infierno.

Caleb suspiró. Ella sabía lo que le pasaba por la cabeza: carecían de cualquier indicio. Ya habían perdido mucho tiempo. La chica podía seguir con vida, pero a saber dónde. Lejos, sin duda. En un lugar bien aislado. El secuestrador de Saskia Morris había logrado ocultarla durante meses sin que nadie notara nada.

Aquel lastre caía sobre las espaldas del comisario. Kate notaba cuánto le pesaba esa losa.

—Ha salido en todos los medios —lo tranquilizó—. Pronto llamará alguien que ha visto algo. A Saskia Morris la raptaron por la noche, en la más profunda oscuridad y en una solitaria zona residencial. Lo de Amelie ocurrió a plena luz del día en un aparcamiento lleno de gente que hacía la compra. Alguien tuvo que ver algo, estoy segura.

—Por desgracia, también llamarán personas que solo quieren darse importancia. Y algún loco. Y gente que realmente vio algo, pero al final descubriremos que es irrelevante —murmuró en tono lúgubre.

Kate conocía bien lo extenuante que era aquel proceso, lo frustrante que resultaba. Y la presión que suponía tener a la prensa encima. Habría artículos fruto de la indignación: «¿A qué se dedica nuestra policía?». «¿Cuánto tiempo más puede seguir matando tranquilamente el asesino del páramo?».

A eso se sumaban los desesperados padres, para quienes cada segundo representaba una tortura inconmensurable.

Sin embargo, no podía ayudar a Caleb, y tampoco era tarea suya. Tenía otros asuntos que atender.

Como si adivinara lo que estaba pensando, él preguntó:

—¿Y qué vas a hacer ahora, Kate? ¿Has sabido algo de los inquilinos?

Ella negó con la cabeza.

—No. Voy a poner una denuncia. Sin muchas esperanzas de conseguir nada, pero quiero hacer todo lo posible para que no se vayan de rositas. Todo esto me supone un estrés enorme y me está costando mucho dinero.

—Lo siento de verdad. Sé cuánto significa para ti esa casa.

—Bueno, solo es una casa. Los Goldsby temen por la vida de su hija. No tiene comparación.

—Aun así, tienes derecho a estar enfadada y triste. Aunque no sea más que una casa.

—He contratado una empresa para que se lo lleven todo. Y ya he encargado la reforma. Mi vecina tiene llaves y estará al tanto. Mañana puedo volver a Londres.

—¿Qué tal en el trabajo?

—Bien.

«Bien» era una exageración, pero Kate no quería profundizar en el tema. Seguía sin sentirse considerada y sus compañeros la marginaban. No se trataba de acoso laboral, nadie la atacaba, insultaba, descalificaba o trataba con desprecio. Pero tampoco se le acercaba nadie. Mantenían las distancias. Nadie se ofrecía a trabajar con ella. A nadie se le ocurría quedar con ella fuera del contexto laboral, ir a tomar algo o preguntarle siquiera por sus planes para el fin de semana. A menudo se planteaba si eran los compañeros los que mantenían las distancias o si en realidad era cosa suya. Tampoco sabía en qué momento había entrado en una espiral de la que no lograba salir. Se había esforzado por acercarse a los demás y no había funcionado. Quizá lo había hecho todo mal y aquella situación no tenía solución. Tal vez necesitaba un cambio total: ciudad nueva, trabajo nuevo, gente nueva.

Había quien afirmaba que empezar de cero hacía milagros.

Otros opinaban que los problemas los llevamos dentro. Son siempre los mismos, no importa adónde vayamos.

Kate temía que ese era su caso.

—En noviembre tengo vacaciones —dijo—. Vendré y me encargaré de la venta de la casa.

—Parece que no voy a conseguir convencerte de que no la vendas. Para que te presentes a un puesto con nosotros.

Era asombroso lo a menudo que decía algo relacionado con sus pensamientos. Acababa de considerar en su cabeza un nuevo comienzo y él le repetía aquella oferta de trabajo.

Por otra parte, en realidad no le sorprendía que fuera capaz de leer en lo más profundo de su alma. Tres años atrás se había enamorado de él con locura. Existía un motivo, más allá de que lo encontraba muy atractivo: sentía un vínculo con él que jamás había sentido con nadie. Algo los unía, y ese algo estaba relacionado con sus fracasos vitales. Con el dolor. Con las decepciones. Con el miedo a no estar a la altura.

Con una terrible falta de confianza en sí mismos.

En el caso del comisario, nadie lo sospecharía al conocerlo. Pero Kate veía bajo la superficie porque tenía los sensores adecuados. Caleb resistía a duras penas la presión de su trabajo. Muy a menudo se enfrentaba a asuntos de vida o muerte. Un error suyo podía ocasionar grandes desgracias. Como no lo soportaba, bebía. Y si no bebía, se sentía mal. Y entonces cometía errores. Errores de verdad.

Tres años atrás, Kate abrigó la esperanza de que sintiera lo mismo que ella. Era la única persona que la consideraba una investigadora magnífica. Eso quería decir que él tampoco se quedaba en la superficie, como hacían las demás personas de su entorno.

Pero no la veía como mujer. Sabía que debía alegrarse de que al menos un hombre reconociera su profesionalidad. Sin embargo, deseaba ardientemente que se fijara en ella como mujer. Al diablo con la agente Linville.

Pero su anhelo era en vano. Caleb Hale podía estar con mujeres mucho mejores que la insignificante Kate. De hecho, seguramente así era. Estaba divorciado desde hacía muchos años y no tenía pareja, pero eso no significaba que viviera como un monje. Estaba convencida de que tendría muchas aventuras, una detrás de otra.

—Las cosas están bien como están —contestó a su propuesta de trabajo.

Aquello no era cierto. Pero ¿trabajar con él? ¿Verlo todos los días y desear que entre ellos surgiera algo más que una relación laboral? Kate no siempre se trataba bien, pero no era masoquista.

Se despidieron. Caleb tenía que salir y esquivar a los periodistas, cosa que odiaba. Ella se dirigió a su habitación. Se detuvo un instante ante la puerta de los Goldsby, pero después siguió adelante. ¿Qué podía decirles?

En ese momento no había nada que pudiera ayudarlos.

Aquella misma tarde Carol se presentó en casa de la familia Allard acompañada por su jefa, Irene Karimian. Hablarían con los padres y después llamarían a la policía. Mandy llevaba más de una semana desaparecida. Si de verdad Patsy desconocía su paradero, era urgente alertar a las autoridades.

Se encontraban en la cocina. La mujer hacía grandes aspavientos con los brazos mientras soltaba un prolijo discurso que se resumía en que ella no tenía la culpa de nada. Marlon no decía una palabra. Con los hombros caídos, de vez en cuando se restregaba los ojos enrojecidos o se secaba el sudor de la frente. El calor era casi insoportable, debían de tener el termostato al máximo. Carol deseaba poder quitarse el grueso jersey de lana. Se preguntaba cómo aguantaba Patsy en una casa con la calefacción tan alta. Quizá por lo delgada que estaba. Es fácil pasar frío cuando se está en los huesos.

—Sí, le tiré el hervidor. ¡Pero no quería darle! ¡Por favor! Jamás le echaría agua hirviendo a mi propia hija, por mucho que ustedes quieran verlo así. ¡Les encanta encontrar cosas que puedan usar en mi contra!

—Por lo que sabemos, Mandy sufrió quemaduras bastante graves en un brazo —contestó Carol.

Intentó ignorar la desagradable sensación de estar levantando un muro entre Patsy y su otra hija. Igual que intentaba ignorar el sudor que le recorría la espalda.

La mujer la miró con ojos chispeantes.

—Lynn va por ahí hablando mal de mí, ¿no?

—No. Yo fui al taller y la presioné hasta que no le quedó más remedio que contármelo. Gracias a Dios que lo ha hecho. Mandy lleva más de una semana desaparecida y nadie sabe dónde está. No podemos quedarnos todos tan tranquilos.

—Tiene muchos amigos. Estará en casa de alguno.

—¿Nos puede proporcionar una lista de nombres? —intervino Irene. Como siempre, transmitía tranquilidad y templanza. Carol se preguntó si también estaría sudando. Desde luego, no se le notaba.

—No conozco a todos sus amigos —repuso Patsy.

—Pero a algunos sí.

—Tendrán que preguntarle a Lynn, será más útil.

Carol llevaba varios años ocupándose de la familia. Sabía que Mandy apenas tenía amigos, y los pocos que podrían llamarse así eran más bien compañeros de clase que temían sus maldades y sus comentarios mordaces. Por eso procuraban llevarse bien con ella. No era precisamente popular. Carol lo había hablado con ella varias veces:

—Si trataras a los demás un poco mejor serían más simpáticos contigo. Es así. De verdad.

—Conmigo nadie es simpático.

—Ni lo has intentado.

—¿El qué?

—Presentar una cara más amable.

La chica la había mirado con desprecio.

—Menuda gilipollez —había replicado.

Entonces Irene preguntó:

—¿Dónde cree que está su hija? En estos días algo habrá pensado...

Patsy se encogió de hombros.

—Pues en algún sitio.

Irene se dirigió al padre.

—Señor Allard, ¿puede ayudarnos? ¿Tiene alguna idea de dónde podría estar Mandy?

Él miró a su esposa en busca de ayuda. Ella apartó la mirada.

—No lo sé —murmuró.

—¿Y tampoco le interesa? —El tono de Irene se hizo más firme. Carol sabía que podía ser muy clara y directa. No estaba dispuesta a dejarse tomar el pelo. A permanecer sentada en aquella cocina sobrecalentada recibiendo un «no lo sé» por toda respuesta—. Les advierto que no vamos a dejarlo estar —continuó—. Avisaremos a la policía. Hay que buscar a Mandy. Sabemos que sus lesiones son considerables. Hace frío y seguramente no lleva dinero o, si tiene, será muy poco. Corre peligro.

—¡Qué va! —contradijo Patsy—. Esa sabe cuidarse.

Irene se levantó.

—¿Se reafirma en que no sabe dónde se encuentra su hija?

La mujer sostuvo su mirada severa. No se dejaba atemorizar con facilidad.

—Me reafirmo en que no le ha pasado nada. A ella nunca le pasa nada.

Carol también se levantó.

—Yo no estaría tan segura —contestó—. Por desgracia están ocurriendo cosas horribles en Scarborough y en los alrededores. Yo en su lugar estaría muy preocupada.

La mujer la miró con cinismo.

—¿Se refiere a ese «asesino del páramo»?

—Ese nombre es sensacionalista, y quizá le parezca un invento. Pero el cadáver de Saskia Morris no es una invención. Ni tampoco la desaparición de Amelie Goldsby.

—Eso no tiene nada que ver. Mi hija se ha largado por la pelea. Que, por cierto, provocó ella. Se ha enfadado y quiere darme una lección, por eso no aparece. ¡No se puede comparar!

—Mire, Mandy anda por ahí sola e indefensa. Y al parecer hay un asesino perverso haciendo de las suyas. Debemos hacer lo posible por encontrarla y traerla a casa.

De repente intervino Marlon. Hasta entonces había tenido la mirada perdida, pero en aquel momento miró directamente a Irene.

—Encuéntrenla, por favor. Tengo miedo. El brazo tenía mala pinta.

No se atrevía a mirar a su esposa. En los ojos de ella había odio y desprecio.

—Necesitamos el nombre de su médico —pidió Irene—. Tal vez ha acudido a él.

Lo dudaba. Ante tales lesiones, cualquier facultativo habría dado parte a los servicios sociales.

—Se lo daré —accedió Patsy, furiosa.

—Y ahora vamos a la policía —zanjó Carol.

Se moría por salir de aquella cocina. Por alejarse de esa gente.

Algunos días odiaba su trabajo.

Aunque no siento una culpa abrumadora, sé que Saskia sufrió una muerte espantosa.

Hice todos los esfuerzos posibles para que nos lleváramos bien, pero me rechazaba constantemente y, conforme pasaban las semanas y los meses, la situación empeoraba. Al principio me pareció normal que echara de menos su casa, que quisiera regresar con sus padres, que llorara, que no aceptara lo que yo le ofrecía. Pero en algún momento debía haber mejorado. Sabía de sobra que no la iba a devolver a su hogar, eso se lo dejé bien claro. No obstante, me lo preguntaba sin cesar siempre que la visitaba en nuestro escondite: «¿Cuándo volveré a casa?, ¿cuándo volveré a casa, cuándo volveré a casa...?». Cada vez me resultaba más difícil controlarme para no contestarle que era una maldita desagradecida. Sin embargo, como deseaba que me quisiera, procuraba ser más o menos amable y evitaba darle una respuesta.

—Ya veremos —respondía.

O bien:

—Si te portas bien, quizá te lleve a ver a tu madre.

Pero un día, después de ocho o diez semanas, me harté y le contesté:

—Ahora esta es tu casa. Aquí, conmigo. Nunca más verás a tu familia, más te vale acostumbrarte.

A partir de ese momento no hubo nada que hacer. Ya antes se pasaba la mayor parte del tiempo llorando, pero desde entonces literalmente no paró. Sollozaba y gemía cuando me acercaba a ella y me suplicaba que la dejara marchar.

«Por favor, por favor, por favor, por favor...». Algunos días tan solo pronunciaba esas palabras, durante horas, hasta que me marchaba y cerraba la puerta porque no podía soportarlo más. Empecé a comprender que no saldría bien. Otra vez. No me quería.

Despreciaba nuestro amor.

Cada vez la visitaba menos, creo que es comprensible. ¿Qué ganaba con nuestros encuentros? Nadie soporta el rechazo continuo. Ya no disfrutaba de su compañía (en realidad nunca disfruté, pero al principio aún tenía esperanzas), así que lo iba posponiendo.

Cuando de vez en cuando me pasaba, transcurrido cierto tiempo, notaba cambios. Pero no para mejor. Ya no lloraba ni suplicaba tanto. Apenas decía nada. Tenía la mirada perdida. Estaba adelgazando. A veces me daba cuenta de que llevaba días sin comer nada. Cosa que se explicaba porque no tenía qué comer. Entonces me invadía una sensación de... vergüenza. Encerrar a alguien y dejar que muriera de hambre y de sed... Aunque ya lo había hecho antes, una voz interior me repetía que no estaba bien. Pero ¿por qué demonios no colaboraba? Su negativa a quererme me hacía tanto daño que no soportaba la idea de ir allí y enfrentarme a su mirada vacía. Por eso lo iba retrasando.

«Mañana voy», me decía, y al día siguiente: «Bah, tampoco pasa nada si voy mañana. O pasado. O al otro...».

No quería contemplar cómo se quedaba cada vez más delgada, cada vez más débil. Hasta que se quebrara.

Un día dejé de ir.

Se bebió el agua del váter, ahora lo sé, y de la cisterna. Arrancó el papel de las paredes y se lo comió. Prefiero no pensarlo mucho. El marco de la puerta de entrada está todo arañado y hay restos de sangre. Clavó las uñas en la madera hasta que le sangraron los dedos.

Estaba desesperada.

Pero yo también lo estoy.

¡Yo también lo estoy!

Había imaginado otro final para nuestra historia. Me juego mucho. Mi vida, mi libertad. Mi equilibrio. Todo.

Me lo juego todo. Y sin embargo, por dos veces...

Pero vuelvo a tener esperanzas.

No he ido al sótano. A veces siento el impulso de bajar y mirar. Pero no lo hago.

Quizá todo ha terminado ya.

Sábado, 21 de octubre

Se encontraban en un local de Camden; a Kate, la situación le resultaba frustrante y agotadora. Aquel barrio londinense no le gustaba mucho porque la vida en sus calles le parecía demasiado colorida, activa, ruidosa y bulliciosa, sobre todo en los alrededores del mercado. Entendía que a otras personas eso las animara y entretuviera, pero no era su caso en absoluto. Su sensación de quedar al margen, de no formar parte, se reforzaba ante las ganas de vivir de los demás. Sin embargo, Colin Blair había propuesto aquel restaurante de Camden High Street y se había visto obligada a aceptar. ¿Qué iba a decirle? «¿Sabes? Allí no estoy a gusto, soy una mujer gris incapaz de divertirse. Por eso prefiero los sitios lúgubres, donde no noto tanto contraste entre mi vida y el mundo exterior».

Si le hubiera dicho eso, aquel hombre habría cancelado la cita. Dejaría de contestar sus llamadas, la bloquearía en el móvil.

Por tanto, había recorrido el pesado trayecto desde Bexley hasta allí. Aquella tarde llovía y en la calle no quedaba nada de la animación y el bullicio habituales. Sin embargo, justo por eso los locales se encontraban llenos de gente, risas, conversaciones, ruido de copas. Había bajado unos veinte escalones para acabar en una especie de bodega abovedada, sentarse en una silla tapizada de terciopelo rojo casi al lado de la barra e intentar entender, a pesar del barullo, al hombre que tenía enfrente. Junto a su oído derecho, el barman agitaba la coctelera. Sobre él había un televisor que emitía un programa de música.

«¿Por qué hago esto?», se preguntaba.

Frente a ella, Colin Blair parecía sentirse a sus anchas en medio del jaleo. Kate intuyó que se encontraría a gusto en cualquier parte, porque estaba encantado consigo mismo. Se creía genial. Él y su vida funcionaban de maravilla. Lo único que le faltaba, según le había contado, era la pareja perfecta.

Lo había conocido a través de *uk.parship.com*, una web de citas. Llevaba seis meses registrada. Rellenó un complejo formulario y le enviaron un análisis de su personalidad que no le había descubierto nada nuevo: se sentía incómoda en las distancias cortas, era introvertida y sufría baja autoestima. «Baja autoestima» no eran las palabras utilizadas por el sistema. Pero, aunque

la expresión era más halagadora, venía a decir exactamente eso. Después subió una foto en la que más o menos se gustaba (un poco desenfocada, con la cara a contraluz). En realidad, apenas se la reconocía. Se preguntó si, con semejante foto, alguien le escribiría. Mostrarse de forma tan velada decía mucho sobre ella. Que no se consideraba atractiva. Que lo más probable es que no lo fuera.

En los últimos meses, el sistema de Parship la emparejaba basándose en criterios de compatibilidad, en las similitudes compartidas con algunos de los miles de hombres que buscaban una relación. Ya había acudido a varias citas. Siempre se ponía casi enferma de los nervios. Aquellos encuentros, en los que ambos sabían lo que querían de antemano, le parecían horribles. Pero quizá fueran su única oportunidad de tener éxito. Por precaución, no había incluido su profesión en el perfil. Temía espantar a posibles interesados. Solo puso «empleada», que resultaba tan poco informativo como la foto. Si fuera un hombre, jamás se pondría en contacto con una mujer así. Alguien que se presentaba con tan poco entusiasmo no pintaba bien.

A pesar de todo habían surgido algunos pretendientes, aunque en ningún caso saltó la chispa. Ni en ellos ni en Kate. Primero unos cuantos correos electrónicos, luego una cita. Y los hombres apenas lograban ocultar su decepción cuando la veían aparecer y comprendían que era su acompañante. Uno se despidió después del aperitivo con un: «Lo siento muchísimo, acabo de recordar que mañana tengo una presentación importante y no he terminado de prepararla. ¡Ha sido un placer conocerte!».

Otro fue al baño y nunca volvió, salió por la puerta de atrás dejándola plantada con la cuenta. Y otro más ni siquiera se presentó. Estuvo esperándolo una hora en el italiano de Kensington, esquivando las preguntas del camarero: «¿Quiere pedir ya?». «No, gracias, espero a alguien».

Pero ese alguien no llegaba y Kate se convirtió en objeto de las miradas compasivas de todos los comensales. Para no hacer el ridículo acabó pidiendo unos espaguetis, que se comió sin ganas. Fue horrible. Intentar encontrar pareja por internet era aún peor que en la vida real, le mostraba con mayor claridad su bajísimo valor en el mercado. La hacía aún más consciente de sus defectos. No volvería a intentarlo. Nunca.

Por supuesto, probó de nuevo. Porque lo anhelaba tanto... Y porque había dejado de creer en el destino. Su padre siempre le hablaba del destino cuando quería consolarla. «En algún momento encontrarás a la persona que está hecha para ti. Lo sabrás en el acto. Y tendrás a alguien a tu lado».

Durante años se había aferrado a esas palabras. Pero llegado un momento pensó: «No es verdad. La idea de que en el mundo hay un hombre hecho para mí, y yo para él, es muy bonita. Pero la vida no funciona así. Es puro azar que coincidan dos personas que se complementan a la perfección. Y ni siquiera así hay garantías de que su relación vaya a durar».

Por eso decidió echarle una mano al azar y registrarse en Parship. Pero quizá había sido una idea absurda.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó entonces Colin.

Llevaba media hora larga hablando de sí mismo sin parar. Le contó que desarrollaba *software* soltando unos tecnicismos que Kate no había oído jamás. Por lo que contaba, la empresa donde trabajaba no existiría si no fuera por él.

«Yo. Soy. Importante». Ese era el resumen de su perorata.

Ella tomó aire para responder la pregunta (iba a confesarle que era policía) pero, antes de que pudiera decir nada, él le hizo una señal al camarero.

—¿Me trae otra cerveza?

Entonces se dio cuenta de que ella también tenía el vaso vacío.

—¿Para ti también?

—Sí, una cerveza, por favor.

—Pagamos a medias, ¿eh? —Quiso aclarar—. Aquí tienen una cerveza estupenda. Me encanta el local. Siempre quedo aquí.

Ya se le había olvidado la pregunta sobre su profesión; quizá fuera mejor así. A Kate no le gustaba contar que trabajaba en Scotland Yard por la reacción que sus palabras solían provocar. Casi todo el mundo comentaba lo mismo: «¿De verdad? Qué cosas... Para nada me habría imaginado así a una agente».

Le sentaba como una patada en el estómago.

—¿Cuántas citas llevas ya? —preguntó.

Colin hizo un gesto displicente.

—Bah, no llevo la cuenta. Muchas. No me gustan los correos electrónicos. Para saber si va a funcionar hay que verse en persona.

En eso tenía razón, pensó Kate. Aunque era frustrante. En su caso, todo iba bien durante la fase de los mensajes. Pero luego venía la primera cita y todo se echaba a perder. Probablemente tampoco él querría verla de nuevo. Pero en fin, al menos de momento no se había dado a la fuga.

—Estoy muy solicitado —añadió con presunción.

No era feo, había que reconocerlo. Y los datos de su perfil eran ciertos: su apariencia se correspondía con las fotos y, a todas luces, decía la verdad sobre su peso (ochenta y dos kilos) y su edad (cuarenta y cinco años). Se gustaba demasiado para mentir en esas cosas. Eso no le hacía falta a alguien como él.

—¿Por qué subiste una foto tan borrosa? —preguntó—. No me hacía idea de cómo eras. Excepto que...

Ella se preparó. Seguro que aquello no le iba a gustar.

—Tienes una bonita figura —terminó—. Me gustan las mujeres menudas, y tú eres muy delgadita. Podrías llevar ropa más ceñida sin ningún problema.

Kate notó que se sonrojaba y se preguntó cuándo fue la última vez que un hombre le hizo un cumplido. Pensándolo bien, nunca. Salvo su padre, claro, pero eso era distinto. Él siempre la veía con buenos ojos. La encontraba guapa hasta en los peores momentos.

De repente, aquel tipo fanfarrón ya no le parecía tan antipático. Aunque hablaba muy alto y era bastante arrogante, seguro que también tenía sus cosas buenas.

—¿En serio? —se atrevió a preguntar.

—Claro. Tu edad era...

—Cuarenta y dos. —Lo ponía en su perfil.

—Sí, eso es. A partir de los cuarenta muchas mujeres empiezan a ganar kilos.

—Muchos hombres también.

—Hay que evitarlo. Yo voy al gimnasio como mínimo cuatro días a la semana. ¿Tú haces deporte?

—Salgo bastante a correr.

—Genial. A mí me gusta comer bien, ¿sabes? Y claro, para eso tengo que...

Siguió un largo discurso en el que describió sus actividades deportivas y, obviamente, dejó entrever que destacaba en el gimnasio por su masa muscular, su gran energía y su alto rendimiento. La euforia que por un momento había invadido a Kate se esfumó. De acuerdo, no la encontraba horrible ni parecía dispuesto a terminar la cita antes de tiempo. Pero que esos motivos bastaran para tomarlo en consideración era una señal de lo desesperada que estaba en la búsqueda de pareja. Era lamentable.

Debía acabar con todo aquello y resignarse a su vida de soltera, que tenía sus cosas positivas. Mejor desayunar sola los próximos cuarenta años que aguantar la palabrería de un hombre como Colin.

—Hablando de comida —dijo él de repente—. Tengo hambre. —Hizo una seña para pedir la carta—. Aquí hacen unos bistecs buenísimos.

Lo que faltaba.

—Yo preferiría una ensalada.

—Siempre guardando la línea, ¿eh? Bueno, tienes razón.

Tras mirar por encima la carta, llamó al camarero y pidió su bistec y la ensalada.

—Pagamos a medias, ¿verdad? —Se aseguró otra vez.

La estaba poniendo de los nervios.

—Si tanto te preocupa, ya pago yo —contestó con brusquedad.

Colin no sería Colin si dejara pasar semejante oferta. Ignoró su tono sarcástico.

—Perfecto. Gracias. Es lo suyo, en la era de la igualdad. Hay que estar a las duras y a las maduras.

—Claro. No todo va a ser votar, nosotras también debemos poner un poco de nuestra parte.

Él se echó a reír como si hubiera oído un chiste desternillante.

—Me gusta tu actitud. Me caes bien, Kate. Da gusto conversar contigo.

Aquello no era exactamente una conversación. Solo hablaba él, mientras ella escuchaba. Pero a los hombres así eso les parecía un animado diálogo.

Les trajeron la comida. Kate intentaba pinchar una enorme hoja de lechuga con el tenedor cuando la sorprendió escuchar un nombre. Venía del televisor.

«Comisario jefe Caleb Hale».

Levantó la vista. Tras el programa de música, habían comenzado las noticias. Reconoció el lugar: eran imágenes de Scarborough.

Colin se disponía a hablar de nuevo, pero ella lo interrumpió, cortante:

—¡Calla un momento!

Lo dejó tan sorprendido que, efectivamente, cerró el pico. Ella se levantó y se acercó a la barra, se quedó justo debajo del televisor. A pesar del barullo del local, lograba escuchar lo que narraba la voz en *off*:

«... nadie contaba tan pronto con un final feliz. El comisario jefe Hale ha insistido en que, por el momento, se desconocen los hechos. Amelie Goldsby, que aún no ha prestado declaración, se encuentra hospitalizada desde la pasada noche».

Una foto de Amelie sonriente apareció en pantalla. Era la misma imagen que se había difundido para la búsqueda.

—No me lo puedo creer —murmuró Kate—. ¡La han encontrado!

El barman asintió.

—Es increíble. La han rescatado del mar. —Él había oído el principio de la noticia.

—¿Del mar?

«... a pesar de todo, no puede descartarse que haya alguna conexión con el caso de Saskia Morris, cuyo cadáver fue hallado la semana pasada», decía la presentadora. Otra vez imágenes aéreas que mostraban las dos características bahías de Scarborough.

«Aún se desconoce si realmente existe el asesino en serie que la prensa ha bautizado como “el asesino del páramo”, y si está relacionado con la desaparición de Amelie Goldsby».

—Parece que se cayó al mar desde el malecón —explicó el barman—. Había marea alta.

Kate asintió. Con marea alta, la bonita playa desaparecía y, a veces, las olas rompían amenazantes contra el malecón que protegía la costa.

—Había tormenta —continuó el hombre—, con mucho oleaje. Alguien la rescató. Si no, se habría ahogado.

—¿Y cómo pudo caerse?

Resultaba bastante extraño, la única explicación era que se hubiera acercado demasiado al borde, donde la piedra mojada estaría resbaladiza. No obstante, caminar por ahí suponía tentar a la suerte. Amelie, criada en Scarborough, nunca haría algo así.

Aunque claro, nadie sabía qué le había ocurrido en esos días.

Quizá se encontraba confusa y desorientada.

—Ni idea —contestó el barman, encogiéndose de hombros.

Entonces Caleb Hale apareció en la pantalla. Estaba en las escaleras de la comisaría, rodeado de periodistas. Hablaba a los micrófonos que le ponían delante de la boca. No se oían sus palabras (seguramente explicaba que, de momento, no podía hacer comentarios) porque la voz de la presentadora continuaba:

«Muchas cosas solo se esclarecerán con la declaración de Amelie Goldsby, que tendrá lugar en los próximos días».

«Pues claro», pensó Kate. Cuánto le dolía ver a Caleb. Y más en ese momento, con el horrible Colin...

—¿Vienes a la mesa o qué? —le preguntó este en tono ofendido. Se había levantado y estaba a su lado, mirando la tele—. ¿Por qué te interesa tanto esta historia?

«Si me hubieras dado oportunidad de contarte algo sabrías que soy de Scarborough —pensó—. Y a lo mejor hasta te habría hablado de los Goldsby».

De repente se sentía agotada por sus peroratas y su arrogancia. Pero al mismo tiempo estaba emocionada y muy lúcida. Amelie había vuelto. Casi una semana después de su desaparición.

—¡Menos mal! —exclamó aliviada.

—¿El qué? —preguntó Colin.

Kate llamó al camarero.

—¿Me trae la cuenta?

—¡Pero si acabamos de empezar!

—No tengo hambre. Pero pago yo, como hemos quedado. —Y sacó varios billetes.

Él se indignó tanto que le faltaba el aire.

—¡No vas en serio! Kate, esto no son formas, no...

—Has comido y bebido gratis, así que tu velada ha sido todo un éxito.

Se puso el abrigo y se colocó el bolso. Quería irse a casa. Quizá llamar a Caleb y a Deborah. Ver las noticias e investigar en internet para reunir algo más de información. No quería pasarse el resto de la noche oyendo presumir a Colin.

—No me lo puedo creer —protestó este, llevándose las manos a la cabeza—. No me lo puedo creer.

Lo dejó plantado y se abrió paso hacia las escaleras por entre las mesas, que estaban muy juntas. Cuando salió a la calle respiró profundamente. Humedad. Frío. Entonces notó que había sudado muchísimo. Por lo cargado que estaba el ambiente en el restaurante. Y por la emoción.

A lo mejor Amelie solo se había escondido.

Pero quizá le había sucedido algo terrible y su aparición era un verdadero milagro.

«Una historia increíble», se dijo.

Domingo, 22 de octubre

1

Alex Barnes, el hombre al que la prensa local presentaba como un héroe, era la persona que había salvado la vida de Amelie. La había rescatado en Cleveland Way de las garras del mar, que en esa parte rompía contra el malecón. En aquel tramo había una barandilla metálica para proteger a los viandantes.

Angustiada, Deborah se preguntaba sin parar cómo había podido caer al agua su hija.

En realidad, era imposible. Lo que la hacía temer que no se había caído.

Alguien la empujó. O saltó ella misma.

La segunda opción era la más preocupante.

Era muy tarde, una noche fría y tormentosa. Por eso no había casi nadie por las calles, y menos aún en Cleveland Way, que aunque iluminado por farolas, no resultaba nada atractivo en aquellas condiciones. Cualquier paseante acabaría empapado por la lluvia y por la espuma que saltaba de las olas. A un lado estaba el mar, negro y amenazante, y al otro una loma que conducía a la ciudad. El funicular que subía hasta allí ya no funcionaba a esas horas.

Que alguien viera a Amelie u oyera sus gritos de auxilio entre el rugir de las olas desafiaba los límites de la lógica. Sin embargo, dos hombres la habían salvado. Amelie había tenido una suerte extraordinaria.

Alex Barnes fue el más importante y decisivo.

—Oí los chillidos —declaró a la policía en la ambulancia, con una manta sobre los hombros, empapado y congelado, mientras bebía un té caliente con mucho azúcar—. Alguien pedía ayuda a gritos. El ruido del mar casi los tapaba. Me pareció escucharlos en un par de ocasiones. Primero pensé que venían de delante de mí, pero allí no había nadie, y detrás tampoco. Así que me acerqué al malecón. Y entonces vi las manos. Una chica colgaba del muro, agarrada con todas sus fuerzas. Pero estaba a punto de desfallecer.

Era casi una niña. Él no sabía que se trataba de Amelie Goldsby, la chica desaparecida. Le cogió las manos, mojadas y heladas, con las que se aferraba

a la piedra resbaladiza con una fuerza sobrehumana. Las olas rompían sobre ella y amenazaban con arrastrarla. Él se tumbó en el suelo y sacó los brazos por debajo de la barandilla, que le impediría subirla al malecón. De todos modos, la joven pesaba tanto que, aun sin barandilla, no habría conseguido sacarla. Aunque era una chica menuda, la ropa mojada triplicaba su peso (o eso le parecía a él). No sabía cuánto tiempo lograría sostenerla. En un momento retiró una mano (ella chilló horrorizada) para sacar el móvil del bolsillo de los vaqueros. Pero se le escurrió entre los dedos congelados y cayó al agua.

—¡Tenemos que aguantar! —le gritó entre el clamor del oleaje—. ¡Seguro que pronto pasa alguien!

En realidad no estaba nada seguro de eso, pero la oía sollozar y quería tranquilizarla. Según contó, le empezó a invadir el pánico. ¿Quién pasaría por allí una noche horrible como aquella? ¿Cuánto tiempo podría sujetarla? Estaba calado por la lluvia constante y por las grandes olas que, al romper con tanta fuerza, le salpicaban de lleno. Sentía un frío terrible. Tenía las manos heladas y entumecidas, y los músculos de sus brazos parecían a punto de romperse.

Una voz interior le decía que era imposible que aguantara toda la noche. Pero si se rendía, la chica estaba perdida.

Media hora después sucedió el milagro: apareció otro hombre. Regresaba a casa desde el puerto, adonde había acudido para comprobar los amarres de sus veleros. Iba a pie porque había bebido y no quería conducir. Al ver la escena se acercó rápidamente y agarró a la chica para que Alex, que tenía los dedos medio congelados, se recuperara un poco. Después, este volvió a su posición mientras el hombre alertaba a la policía y a emergencias. Para cuando llegó la ayuda habían logrado rescatar a la casi inconsciente Amelie, pasándola por encima de la barandilla.

Ahora, Alex Barnes se encontraba en el salón de los Goldsby. Deborah habría besado el suelo que pisaba. Jason también se sentía profundamente agradecido. Le debían la vida de su única hija.

—Oh, no —contestó él—. En realidad fue el otro hombre quien nos salvó a los dos.

—Pero usted aguantó durante muchísimo tiempo —repuso Deborah con lágrimas en los ojos—. Hizo un esfuerzo sobrehumano. Le estamos tan agradecidos...

—Nunca lo olvidaremos —aseguró Jason—. En toda la vida.

Alex tenía treinta y un años y estaba en paro. A Deborah le parecía un joven fracasado que no acababa de encontrar su camino. Había empezado distintas carreras y formaciones, pero no había terminado ninguna. Vivía en Scarborough, en un piso pequeño, en una zona de edificios bastante degradados. Saltaba a la vista que apenas tenía dinero, lo delataban la ropa, los zapatos y el pelo demasiado largo; llevaba siglos sin ir a la peluquería. La policía le preguntó qué hacía en aquel lugar a esas horas y con ese tiempo. Deborah no había presenciado el interrogatorio, claro, pero el comisario Hale le explicó que debían aclarar ese punto. Algo en su tono le reveló que, si bien los agentes lo trataban con el respeto que su acto heroico merecía, también deseaban obtener datos más concretos sobre su papel en la historia. Quizá todo ocurrió tal como relataba. Pero también pudo suceder de forma completamente distinta.

—¿Por qué sospechan de él? —le preguntó indignada a su marido. Él se mostró comprensivo con la policía.

—Deben comprobarlo todo, no hacerlo sería una negligencia. Mientras Amelie no diga nada, solo cuentan con su declaración. No pudo caerse al agua en ese sitio, está la barandilla. Es imposible.

«Mientras Amelie no diga nada...». Esa era la cuestión clave. Su hija no decía ni una palabra. Se encontraba en el hospital con una grave hipotermia y en estado de *shock*. Giraba la cabeza cuando alguien intentaba hablar con ella. En el malecón pedía ayuda a gritos, pero después había enmudecido. Ni siquiera reaccionaba con su madre. Deborah pasó horas junto a su cama sin conseguir que la mirara. Había vuelto a casa en aquel momento para ducharse, cambiarse de ropa y, sobre todo, para conocer a Alex Barnes y darle las gracias.

Según los médicos, Amelie se encontraba en buen estado físico. No parecía haber vivido en la calle ni estaba desnutrida. No obstante, les habían dado un dato perturbador: su hija había mantenido relaciones sexuales, aunque no podían determinar el momento exacto.

—No puede ser —había contestado ella—. Amelie nunca ha tenido relaciones. No tiene novio. Me lo habría dicho.

Las caras del médico y del policía que asistía a la conversación revelaron lo que pensaban: «A veces los padres son los últimos en enterarse...».

—A lo mejor sí que tiene un novio —dijo Jason cuando se quedaron a solas. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera así. Cualquier otra explicación le resultaba insoportable—. Por eso se escapó. Nada que ver con el asesino del páramo. Se fugó a casa de ese chico para librarse del viaje.

—¿Y acabó tirándose al mar?

—Quizá por mal de amores. Puede que discutieran. A esa edad una ruptura es el fin del mundo.

Deborah deseó que se tratara de eso. Pero en realidad no lo creía.

Tampoco podía imaginarse a Alex Barnes como un criminal, daba igual de qué tipo. Aunque resultaba un poco turbio, no era un delincuente. Tras muchos rodeos, al final declaró que aquella noche regresaba de la pizzería donde era camarero. El problema era que cobraba el sueldo en negro mientras seguía percibiendo el paro. En la pizzería confirmaron su declaración, aunque también después de muchas vueltas, porque lo tenían trabajando de manera ilegal.

¿Que por qué había vuelto por ese camino, con aquel tiempo? Porque le gustaba. Siempre regresaba por allí.

Eso podía ser cierto y podía no serlo. Aquel trayecto suponía un rodeo. Resultaría comprensible en un día de sol o en una noche fresca y clara. Pero con aquella tormenta...

En cualquier caso, el hombre que había aparecido después confirmó su relato. Encontró a Alex tumbado al borde del malecón, sujetando a Amelie. Se encontraba al límite de sus fuerzas, eso lo corroboró también el personal de la ambulancia.

—¿Por qué iba a salvarla si quería hacerle daño? —había preguntado Deborah. Se sentía profundamente agradecida y no quería que nada la disuadiera de su gratitud.

En aquel momento, Jason le estrechaba la mano al joven una y otra vez.

—Gracias de todo corazón. Ya sé que nada puede compararse a lo que ha hecho por nosotros pero ¿hay algo que podamos...?

Él hizo un gesto negativo.

—No. De verdad. Y no tienen que agradecerme nada. Quiero decir... Cualquiera habría hecho lo mismo. Si oyes a una chica pidiendo auxilio y la encuentras en esa situación... Todos haríamos lo mismo.

—Usted ha acabado con nuestra pesadilla —afirmó Deborah con lágrimas en los ojos.

Esa era su sensación: habían vivido una pesadilla espantosa que, como por un milagro, había terminado de la mejor manera. Todavía seguía bloqueada, no lograba asimilar que todo había acabado. Sin embargo, en un pequeño resquicio de su cerebro intuía que aquello nunca pasaría del todo. Esa semana había cambiado su vida, la de Jason y la de Amelie; nada volvería a ser igual. La experiencia había sido demasiado intensa, demasiado traumática. Había

destruido su sensación de seguridad. Aunque intentaran restablecerla, era consciente de que ya siempre sería una seguridad vulnerada.

—Esta es su casa —aseguraba Jason—. Siempre será bienvenido. Puede acudir a nosotros si necesita ayuda o apoyo, para lo que sea. Queremos demostrarle lo agradecidos que estamos.

Alex parecía un poco abrumado.

—De verdad que no he hecho nada especial. Era lo lógico. Solo espero...

—¿El qué? —preguntó Deborah.

—Espero que averigüen lo que ha ocurrido. Para que puedan pasar página.

2

—¿Qué opinas de Alex Barnes? —preguntó Caleb Hale.

Estaba en su despacho, junto a la ventana; el sargento Robert Stewart se había asomado a la puerta. El comisario estaba muy cansado después de todo lo ocurrido en los últimos días, aunque también experimentaba un profundo alivio: la chica no había muerto. Independientemente de lo que le hubiera sucedido, Amelie estaba en casa de nuevo. Sin embargo, sabía que no podía apuntarse ningún tanto por su regreso. No podía decir: «Yo se la devolví a sus padres».

Quizá nunca fue raptada, o bien la habían soltado, había logrado escapar o había ocurrido cualquier otra cosa. No lo sabrían hasta que declarara. Por el momento no decía nada. Se encontraba mal, la habían llevado al hospital con una grave hipotermia y muy débil. Pero lo superaría. Físicamente, desde luego. Mentalmente, solo el tiempo lo diría.

Caleb no había pegado ojo, sobre todo pensando en las declaraciones de los hombres que habían rescatado a Amelie en Cleveland Way. Primero Alex Barnes, al que las versiones digitales de la prensa local presentaban entusiasmadas como un auténtico héroe. En segundo lugar, el tipo que había aparecido inesperadamente a una hora intempestiva y en medio de una noche tormentosa. Las razones que ambos alegaron para encontrarse en el lugar adecuado en el momento preciso resistieron las primeras comprobaciones de la policía. Al menos la explicación de por qué estaban en la calle. No obstante, Caleb no acababa de ver claro por qué habían elegido precisamente el camino que discurría junto al mar.

El sargento Stewart entró y cerró la puerta. Como el comisario, ni se planteaba disfrutar de un domingo relajado y había decidido ir a la comisaría.

—¿Barnes, nuestro héroe? ¿A qué te refieres con qué opino de él?

—¿Te parece lógico que volviera de la pizzería por el malecón? Por la ciudad habría tardado bastante menos. Además, la noche era muy desagradable.

Robert se quedó pensativo.

—Bueno, declaró que es su camino habitual. Al parecer le gusta andar, se lo toma como un deporte. Puede ser, ¿no?

—¿Con tan mal tiempo?

—Yo salgo a correr haga el tiempo que haga, si el trabajo me lo permite.

—Mmm... El otro, el que llegó después, David Chapland, se lo encontró tumbado agarrando las manos de la chica. ¿De verdad quería sujetarla? ¿O intentaba deshacerse de ella y la aparición de ese hombre se lo impidió?

—¿Y qué hay del propio Chapland? Se encontraba allí a una hora muy rara.

—Sí, yo también le doy vueltas a eso.

Con un lápiz, hizo un círculo alrededor del nombre, que había apuntado en un papel.

—David Chapland... Posee una empresa que organiza viajes en velero por toda Europa. Según dijo, salió para asegurarse de que sus barcos estaban bien amarrados, le preocupaba la tormenta. Los barcos existen, lo hemos comprobado. Allí no lo vio nadie, aunque no es de extrañar dadas las circunstancias. Bajó al puerto andando desde Sea Cliff Road, que es donde vive. En coche está a tiro de piedra, pero a pie...

—No esperaba tener que salir de casa y había bebido. Por eso no quiso conducir.

—Qué cívico —comentó Caleb—. ¿Quizá demasiado?

—¿A qué te refieres?

—Pues a ver, los compañeros que hablaron con él dijeron que no estaba borracho. Confesó que se había tomado dos cervezas y al parecer era cierto. En su lugar, la mayoría de la gente cogería el coche. Y más con esa lluvia, para un trayecto tan corto por ciudad.

—Dos cervezas no dejan de ser alcohol. Siempre puede haber controles aleatorios. No querría arriesgarse.

—¿Y por qué volvió por el mar y no por arriba, por la zona del parque?

—En distancia no hay mucha diferencia. Además, dijo que el camino de la costa le parece más bonito. A alguna gente le gusta el mar cuando está

oscuro, revuelto y encrespado. Es patrón de barco, a mí no me extraña tanto.

Caleb reflexionó. Quizá Robert tenía razón. Tal vez las costumbres inocentes de aquellos hombres le parecían sospechosas solo porque él no habría hecho lo mismo. Y, obviamente, por lo enrevesado del caso. Si es que había caso.

—O la empujaron, o saltó —dijo entonces—. Es imposible que se cayera. A no ser que anduviera haciendo equilibrios por la barandilla, pero nadie haría eso.

Robert Stewart llevaba un buen rato dándole vueltas a la teoría de que se trataba de una historia de amor que había acabado mal.

—Parece claro que esta semana no ha vivido en la calle. Ha estado con alguien. Un chico, me jugaría cualquier cosa. Claro que sus padres no saben nada, los padres nunca saben nada. Al final discutieron, quizá se dio cuenta de que él no estaba tan enamorado o algo por el estilo. Entonces se marcha corriendo, llorando desesperada. Decide acabar con su vida. Se lanza al mar...

—¿Y nada más tirarse se agarra al muro?

—No es raro en intentos de suicidio —se defendió Robert—. Hay que tener una voluntad bestial para anular el instinto de supervivencia. El agua estaba congelada, oscura y daba mucho miedo. Ahogarse es espantoso. Claro que intentó salvarse.

—Puede ser —reconoció Caleb.

Varios elementos apoyaban la hipótesis de su compañero. De ser así, no habría relación entre lo sucedido a Amelie Goldsby y el asesinato de Saskia Morris. Eso simplificaría el asunto de forma considerable. Desaparecería el supuesto asesino en serie. En cualquier caso, Alex Barnes no le gustaba. Como persona. Intuía algo calculador en él.

Todo dependía de que Amelie Goldsby hablara por fin.

Lunes, 23 de octubre

1

Hacía una mañana húmeda y desagradable. Octubre se había vuelto de repente oscuro, lluvioso y otoñal. Parecía noviembre. Cuando Mandy se marchó de casa reinaba una especie de verano tardío templado, seco y soleado. ¿Cómo había cambiado tan deprisa, de forma tan radical?

Primero se quedó con Cat. Desconocía su verdadero nombre, lo llamaban así porque tenía muchos gatos. Vivía en el sótano de una casa medio en ruinas, en el centro. Mandy no sabía de qué vivía, de trabajar seguro que no. Se lo había preguntado un día, pero él se rio y le dijo que no fuera tan curiosa. Tal vez robaba. Y quizá vendía hachís. Desde luego lo fumaba en cantidad, y también experimentaba con drogas más duras.

Se lo habían presentado unos conocidos en una fiesta callejera y mantenían el contacto por WhatsApp. Habían quedado algunas veces en la playa. No se podía confiar mucho en él, solo acudía a algunas citas y muy a menudo no aparecía.

En varias ocasiones ella le había hablado de su familia. De que eran insoportables. Su madre era superagresiva, una auténtica bomba de relojería. Su hermana se sometía y cedía en todo para no provocarla. Lynn temía el conflicto, y Mandy la despreciaba por ello.

En cuanto a su padre... ¿Qué decir? La palabra «blandengue» se quedaba muy corta. Carecía de autoridad, siempre cerraba la boca y agachaba la cabeza. Cuando su esposa le chillaba y lo tachaba de fracasado y calzonazos, se quedaba callado. Jamás lo había visto defenderse, era incapaz. Se limitaba a bajar la mirada, encorvarse y esperar a que pasara la tormenta.

La historia del hervidor había sido terrible. Sabía que había provocado a su madre, pero no podía controlar aquel impulso. A veces surgía en ella un auténtico demonio. Entonces necesitaba pelearse con alguien, y Patsy era la persona perfecta. Porque enseguida se ponía hecha una fiera, y porque Mandy estaba siempre enfadada con ella. Con su hermana y su padre no se podía discutir porque esquivaban todos sus intentos. Pero con su madre podía

pelearse a muerte. Aunque no la soportaba, era la única persona en aquella casa a la que respetaba.

Sin embargo, lo del hervidor rebasaba todos los límites. Patsy nunca se había andado con contemplaciones, ya de niña marcaba a Mandy con moratones y contusiones. Había llegado a arrancarle mechones de pelo y una vez hasta le rompió un brazo. Pero agua hirviendo... eso era otro nivel. Podía haber acabado fatal. Cuando pensaba cómo le habría quedado la cara... El brazo tenía bastante mala pinta. En carne viva, supuraba todo el tiempo. Le iba a quedar una cicatriz horrible. En el brazo resultaría pasable, pero en la cara habría sido un auténtico drama.

Por eso se había fugado, horrorizada y furiosa. Quería que su madre se preocupara por ella, que fuera consciente de que se había pasado de la raya. Esperaba que se angustiara muchísimo. Y que tuviera problemas. En el colegio notarían su ausencia y, como eran una familia problemática, darían parte a los servicios sociales de inmediato. Carol Jones empezaría sus averiguaciones. ¡La buena de Carol! Tan implicada e idealista. Por mala que fuera con ella, Carol continuaba siendo amable. Mandy no entendía a la gente que ponía la otra mejilla. Bueno, en el caso de Carol quizá se trataba de profesionalidad. Se lo habían enseñado en la carrera: a no dejarse provocar y a mantenerse impasible.

Había recorrido media ciudad con el brazo envuelto en una toalla. Le dolía muchísimo, y eso la ponía cada vez más furiosa. Tardó cierto tiempo en plantearse adónde ir. Realmente no tenía amigos, no le caía bien a nadie.

«Si trataras a los demás un poco mejor serían más simpáticos contigo», le repetía Carol. Le encantaban esas frases, que sonaban muy bien, pero en absoluto se correspondían con la realidad. Y no resultaban nada fáciles de aplicar. ¡Tratar mejor a los demás! ¿Y cómo se cortaba la espiral? Nadie había sido nunca simpático con Mandy, luego ella no era simpática, luego los demás no eran simpáticos... Llegaba un punto en que el círculo no se podía detener. Ni destruir. Y el resultado era una vida como la suya.

Había cruzado varios whatsapps con Cat aquella mañana. Nada importante, tan solo un intercambio de corazoncitos. Entre ellos no había nada, por eso podían mandarse corazones, rosas y besitos. No era más que un juego, sin riesgo de salir lastimados.

Lo encontró en su sótano, tirado en un colchón fumando un porro. La miró con amabilidad. A su alrededor había unos veinte gatos. Cualquier felino encontraba allí cobijo y comida. Con sus ojos verdes y su melena negra por

los hombros, él mismo parecía un gato. Mandy le preguntó sin rodeos si podía quedarse un tiempo, y él contestó que por supuesto.

Se quedó ocho días. Fumó hachís un par de veces, sin sentir grandes efectos. Por la noche se acurrucaba con los gatos. Procuraba cuidarse el brazo, algunas zonas seguían en carne viva.

—Debes tener cuidado, no se te vaya a infectar —advirtió el joven.

Se las apañó para conseguirle un gel para quemaduras. Mandy suponía que necesitaba algo más fuerte, pero la tranquilizaba tener al menos aquella pomada: mitigaba tanto el dolor como el miedo a que derivara en algo más grave. Se cambiaba el vendaje cada día para mantener limpia la herida. Aun así, estaba preocupada porque olía mal.

—Deberías ir al médico —le recomendó Cat.

—Tengo catorce años, ¿te crees que el médico no hará preguntas? ¡Querrá hablar con mi familia!

—Ya, ¿y qué? Si tu madre se mete en problemas le estará bien merecido.

—¿Y los problemas que tendré yo? Los de servicios sociales no me dejarán volver a casa. Acabaré en un centro de menores o en una puta familia de acogida.

La verdad era que se sentía a gusto con Cat, aunque la vida que hacían no era muy emocionante. Se pasaban el día vagueando en los colchones. De vez en cuando salían a la playa, aunque Mandy temía que alguien la viera. Desconocía si la estaban buscando, y con qué intensidad. Era imposible que se encontrara con sus padres o con Lynn, ellos nunca pasaban por allí. Pero podía toparse con Carol, o con algún profesor o compañero de clase. En el sótano se sentía segura. Aunque a veces se le hacía algo aburrido y agobiante.

Al octavo día, Cat le contó que una amiga suya llegaba de visita. Se quedaría varias semanas y era mejor que ella se buscara otro sitio.

—Es un poco celosa —explicó con una sonrisa bobalicona.

—¿Tienes algo con ella? —preguntó alarmada. Cat no era su novio, pero le disgustaba que hubiera otra chica.

Por lo que le contó, se trataba de una especie de relación estable. Pero la chica se dedicaba a recorrer el mundo y solo pasaba por Scarborough de vez en cuando. Acababa de decirle que había vuelto.

No sabía cuánto tiempo se quedaría.

—Dos semanas, cuatro semanas... Igual más. Ni idea.

Aquello ocurrió justo cuando cambió el tiempo y el otoño entró de golpe. Mandy se llevó el gel para las quemaduras y cinco rollos de venda. Cat le dio cien libras. Era muy generoso por su parte, dado que apenas tenía dinero.

Cuando se vio en la calle le entraron ganas de llorar. Sabía que debería volver a casa. Ya les había dado un buen susto a sus padres y era urgente que un médico le viera el brazo. Pero le parecía una rendición. Se sentía una perdedora.

La segunda semana la pasó en un cobertizo a las afueras de la ciudad. Se encontraba al fondo de un enorme jardín que pertenecía a una gran casa cuyos habitantes parecían haber salido de viaje. Las contraventanas estaban echadas y no se veía ningún movimiento. Encontró el cobertizo abierto. Rebosaba de utensilios de jardinería y había unas tumbonas plegadas que podía usar para dormir. Hacía frío, pero encontró unas mantas de lana y un hornillo. Compró alcohol, cerillas y varias latas de conservas, y así pudo comer caliente. Procuraba curarse la quemadura. Le dolía. Sabía que no aguantaría mucho más.

La noche anterior habían regresado los dueños. Mandy dormitaba en una tumbona, envuelta en las mantas, cuando oyó el coche. Voces. Puertas abriéndose y cerrándose. Se incorporó de golpe y, bien oculta, miró hacia la casa. Habían abierto algunas contraventanas, la luz iluminaba la noche. No había duda: fueran quienes fuesen, habían vuelto.

Como no creía que inspeccionaran el cobertizo aquella misma noche decidió quedarse, aunque renunció a calentar comida. El hornillo podría delatarla. Se comió una lata fría y sintió que había tocado fondo.

Aquella fría mañana de lunes la niebla que subía desde el mar invadía casas y calles. Mandy comprendió que se había quedado sin refugio. Y entonces se dio cuenta de que el día anterior no había tocado fondo.

Lo tocaba ahora. Y ni siquiera podía descartar que las cosas empeoraran aún más.

Guardó el hornillo y las cerillas y enrolló una de las mantas, que se echó al hombro. Le dolía el brazo. Aún le quedaban dos latas de raviolis y sesenta libras. Avanzaba arrastrando los pies por el arcén de una carretera, preguntándose adónde ir. Aunque no había mucho tráfico, sabía que no podía permanecer mucho tiempo allí. Si pasaba una patrulla de la policía la pararían en el acto. Saltaba a la vista que era menor y que debía estar en clase. Al mismo tiempo, con la mochila, la manta, el pelo desgreñado y la ropa sucia tenía pinta de vagabunda. Sin duda llamaba la atención.

Una voz interior le susurró: «Y quizá sea lo mejor. Necesitas ayuda. No vas a aguantar mucho más».

«¡Ríndete!».

Pero ella nunca se rendía. Le costaba horrores. Una vez, en unas jornadas deportivas, corrió hasta la extenuación. Llevaba un buen rato sintiendo que su cuerpo no aguantaba más y sabía que debía parar, pero no lo hizo. Tenía que seguir. Hasta que al final cayó redonda y perdió el conocimiento. Al volver en sí, lo primero que vio fue la cara de la profesora de educación física, inclinada sobre ella.

—¿Por qué has seguido? —le preguntó—. Te vi tambalearte y te grité que lo dejaras. ¡Pero no lo has hecho!

—Soy incapaz —respondió.

En aquel momento le pasaba lo mismo. Era incapaz de dejarlo. Había aguantado ya dos semanas y todo el sufrimiento sería en vano si regresaba a casa. Su madre la recibiría con una sonrisa sarcástica, saboreando el triunfo. Carol se le echaría encima y los servicios sociales le ofrecerían vivir con otra familia. Eso jamás. La suya era terrible, pero por lo menos no le imponían normas. Entraba y salía cuando quería, a nadie le importaba lo que hacía. Suponía que en una familia de acogida todo sería muy distinto. Allí tendrían normas, habría un horario fijo para las comidas, orden, disciplina... Conceptos que la hacían estremecerse. No tenía la menor gana.

Era consciente de que posponer una y otra vez el momento de la vuelta solo empeoraba las cosas. Cuanto más tardara, más probable era que los servicios sociales tomaran medidas. O quizá no, si después (mucho después, cuando la situación se hubiera resuelto) les explicaba que no había regresado antes por miedo a las represalias. A lo mejor entonces Carol la dejaba en paz de una vez.

Se encontraba tan absorta en sus pensamientos que no oyó el coche que se acercaba por detrás. Después pensó que seguramente la niebla había amortiguado el ruido del motor. Sufrió un sobresalto cuando un coche azul oscuro frenó a su altura. Se bajó la ventanilla. Un hombre la miraba. Treinta y pocos, calculó. Con el pelo rubio oscuro y cara de simpático. En absoluto parecía alguien con malas intenciones.

—¿Tienes problemas? —le preguntó.

—¿Por qué iba a tener problemas? —replicó con insolencia.

Aquel no era un coche patrulla, pero había policías de paisano que vigilaban en turismos normales. Estaba al tanto.

—Bueno, creo que un lunes deberías estar en clase y no perdida en una carretera de las afueras. Se te ve bastante... digamos descuidada.

—¿Y a usted qué le importa?

Él se rio.

—Eres muy rebelde. No quiero incomodarte. Solo pensé que igual necesitabas ayuda.

Se disponía a soltarle otra réplica cortante, pero lo pensó dos veces. Aquel hombre tenía razón: necesitaba ayuda. El dinero no le duraría mucho y le hacían falta comida y vendas.

Carecía de refugio, carecía de un plan. Así que contestó:

—¿Y si la necesito?

Él volvió a reírse. Mandy se preguntó qué le parecía tan divertido.

—Podrías subir —contestó él—. Nos tomamos un café y me cuentas qué ha pasado.

Eso sonaba bien. En su situación, un café caliente era lo más parecido al paraíso.

No obstante, desconfiaba. Era consciente de que subir al coche de un desconocido podía terminar muy mal. Aquel hombre parecía simpático e inofensivo, pero ¿acaso no era ese el aspecto que intentaría tener una persona perversa?

—¿Y dónde tomaríamos ese café?

Él se encogió de hombros.

—¿Dónde te apetece?

—No sé...

En realidad, era arriesgado sentarse en una cafetería. ¿Hasta qué punto la buscaban?

—Supongo que te has escapado de casa —conjeturó él—, por eso estás por las afueras. Una cafetería no es el mejor sitio, ¿verdad?

No contestó nada.

—Te propongo una cosa, sin ningún compromiso: vienes a mi casa, comes algo, te duchas. Entrás en calor. Y hablamos de lo que ha pasado y de cómo solucionarlo. ¿Qué te parece?

—¿Trabaja en los servicios sociales?

—No. Solo soy alguien a quien le gusta ayudar.

«¿Eso existe?», se preguntó ella.

—Me llamo Brendan. —La miró expectante.

—Ajá —dijo ella.

Él suspiró.

—Bueno, ¿qué me dices?

Mandy rodeó el coche, abrió la puerta trasera y dejó la mochila en el asiento. Entretanto, Brendan le abrió la puerta del copiloto. Agradecida, subió

al coche. La envolvió un calor maravilloso y seco. Necesitaba tanto sentarse... Soñaba con el café.

Arrancaron.

2

El lunes por la tarde Kate volvió a su piso de Bexley después del trabajo y, para su sorpresa, se encontró tres mensajes en el contestador. Que alguien la llamara a casa era tan inusual que al principio tomó la parpadeante luz roja por un error del aparato. Cuando pulsó la tecla, con cierta desconfianza, la grabación anunció que tenía tres mensajes nuevos.

—Increíble —dijo en voz alta.

El primero era de su vecina de Scalby. Le contaba que la empresa encargada de vaciar la casa había cumplido su cometido a la perfección y la vivienda se encontraba vacía. Ese mismo día habían comenzado los trabajos de reforma.

«Quédese tranquila. Lo tengo todo bajo control», se despedía.

Estaba hecho. Los muebles de sus padres habían desaparecido. La casa de su infancia y adolescencia ya no existía. Se tomó un momento para preguntarse cómo la hacía sentir aquello. Notó crecer en su interior una fría tristeza, de modo que volvió a pulsar la tecla con rapidez.

No era buena idea ponerse a reflexionar.

El siguiente mensaje era de Colin Blair. Tras el terrible encuentro del sábado, aquello la sorprendió muchísimo. Era la primera vez en su vida que un hombre la volvía a llamar después de una cita.

—Hola, Kate. Soy Colin. Quería hablar contigo. Fue muy raro que te marcharas tan de repente. —Hizo una pausa—. No sé si hice algo que te molestara...

Aquello no era propio de él. No le pegaba nada cuestionarse a sí mismo o su comportamiento.

Al momento siguiente volvía a las andadas:

—Pero no, eso es imposible.

No pudo evitar sonreír. El mensaje continuaba:

—Fue por esa noticia de la tele. Hablaban de una chica desaparecida que habían encontrado. No sé qué interés tienes en eso, pero te impresionó mucho.

—Volvió a hacer una pausa—. Lástima que no tenga tu móvil, te habría llamado a lo largo del día y ya lo habríamos aclarado.

Casi nunca daba su móvil si no era por cuestiones de trabajo. Hablar por teléfono mientras estaba de servicio resultaba problemático. Mejor dicho, habría resultado problemático. Porque, en realidad, jamás la llamaba nadie.

Salvo aquel día, claro.

—Bueno —se despedía Colin—, llámame cuando puedas. Deberíamos quedar y hablarlo, ¿vale? Hasta luego.

Colgó.

«Esto sí que es raro», pensó Kate.

El tercer mensaje era de Deborah Goldsby. Sollozaba. Le pedía que la llamara lo antes posible.

Amelie había empezado a hablar.

Se sirvió una copa de vino y se acurrucó en el sofá. El gato de los inquilinos fugitivos, que ahora vivía con ella, estaba hecho un ovillo a su lado y ronroneaba con suavidad. Le resultaba muy agradable encontrar un ser vivo esperándola en casa.

Llevaba un rato pensando. Había hablado con Deborah media hora larga, y ahora trataba de organizar la información.

Amelie no se había sincerado con su madre, sino con una agente formada para ofrecer ayuda psicológica. Tras el alta, la había visitado en su casa ese mismo día a primera hora, y estuvo haciéndole preguntas con mucho tacto. Al principio la chica permaneció callada, pero de pronto rompió a llorar. Y después habló del hombre.

No había contado mucho, desde luego no era la historia completa. En su fragmentario relato no podían establecerse conexiones que permitieran sacar conclusiones. Sin embargo, mencionó a un hombre. En la calle Burniston Road. La raptó y la mantuvo prisionera. Pero ella consiguió escaparse. Se lanzó al mar porque creía que estaba a punto de alcanzarla. Esperaba poder ocultarse contra el malecón, o huir a nado.

No se ahogó de milagro. Sintió la muerte muy cerca.

Repetía sin parar aquella escena: las olas enormes, el agua helada, la resaca. La piedra resbaladiza, a la que se aferraba con todas sus fuerzas. Las manos, que se le iban congelando y se debilitaban poco a poco.

—Creí que me moría. Creí que me moría. Creí que me moría —reiteraba con ojos desorbitados.

Recordaba que, en algún momento, apareció un hombre y la agarró, aunque no consiguió subirla a tierra. Permanecieron un rato en aquella angustiada situación, bajo una lluvia torrencial y el embate de las olas. Pero al menos no estaba sola. Luego llegó el otro hombre. La rescataron cuando ya había perdido toda esperanza. Seguía sin creérselo.

—Debería estar muerta —decía sin cesar.

Por mucho que los agentes se esforzaban en conseguir más datos, no obtenían ningún éxito. Amelie hablaba sin parar, pero solo sobre lo sucedido en el mar. Contaba una y otra vez cómo las grandes olas rompían contra el malecón, llenándole de agua boca, nariz y ojos. En varias ocasiones tuvo la sensación de pasar varios minutos sumergida. Y entonces repetía la frase: «Creí que me moría».

—La psicóloga de la policía cree que lo otro fue peor —había explicado Deborah a Kate entre lágrimas—. No puede hablar de ello, por eso vuelve una y otra vez a lo del mar. Ha entrado en bucle. Cuenta siempre lo mismo.

Le habían enseñado una foto del hombre que la rescató, Alex Barnes, y afirmó que jamás lo había visto. No era quien la había raptado. Lo mismo decía de David Chapland: no lo conocía.

Kate no se sorprendió. Ya intuía que no podía resultar tan fácil.

Tras horas de meticulosa insistencia, Amelie acabó proporcionando una descripción del delincuente. Aunque ahora contaban con un retrato robot, no se sabía si guardaba parecido con la realidad. Durante el proceso, ella había intentado muchas veces parar o cambiar de tema. Kate imaginaba lo que pensaba Caleb Hale: ¿hasta qué punto eran ciertos los datos? ¿Hasta qué punto aquella chica traumatizada habría dicho lo que fuera con tal de que la dejaran en paz?

Suponiendo que la descripción fuera correcta, y por el momento no tenían nada más, se trataba de un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, con rasgos faciales algo imprecisos y poco marcados.

—Con expresión casi infantil —había dicho Deborah.

Les habían enseñado el retrato, pero ni Jason ni ella habían visto nunca a alguien así. Tampoco le encontraban parecido con nadie que conocieran.

—¿Quizá alguien del barrio? —intentó ayudarlos el comisario Hale—. ¿O de la clínica? ¿Un antiguo paciente? ¿Un antiguo huésped? Cualquiera que les haya llamado la atención últimamente, en cualquier sitio. En el aparcamiento del Tesco...

No, no, no. Por mucho que se rompieron la cabeza, no dieron con nadie con ese aspecto. Ni siquiera lo habían visto de lejos.

Al principio Amelie se había negado a responder la pregunta de si lo reconocería al tenerlo delante. Pero al final había asentido. Sí. Lo reconocería.

—La policía custodia la casa —había continuado Deborah—. Dos agentes en un coche. Vigilan por si...

Kate sabía por qué, por supuesto. Amelie había escapado de su raptor. Sabía qué cara tenía. Podía describirlo. Aquel hombre seguramente vivía en Scarborough o en los alrededores. Para él, la chica suponía una amenaza. Podía encontrarse con ella en cualquier momento. Por la calle, en el supermercado, en el autobús, en la playa. En cualquier sitio. Quizá intentara volver a capturarla, con el fin de hacerla callar para siempre. Si le resultaba imposible abandonar la zona (y Kate sabía por experiencia que podía tratarse de una persona perfectamente integrada, con un buen trabajo, una relación estable y una hipoteca al día), su problema era inmenso. Corría peligro constante de ser reconocido y detenido.

—Lo malo es que Amelie no cuenta nada más —añadió Deborah con voz temblorosa—. Nada concreto sobre su huida o sobre el lugar en que estuvo encerrada. O sobre el... el secuestrador. Da igual lo que le pregunten, solo responde que se subió a la barandilla y saltó al mar, y lo terribles que fueron aquellos momentos. Es como si su vida se redujera a ese tiempo en el agua. No puede parar de hablar de eso.

«Son las dos cosas —pensó Kate—. Por un lado, asimilar el miedo a morir. Por otro, reprimir todo lo demás. Es incapaz de pensar en ello».

Al final, Deborah se había echado a llorar sin reparos.

—Es una pesadilla. Al principio me sentí muy aliviada y contenta de tenerla otra vez con nosotros. Viva y sin daños, al menos físicos. Creía... Tenía la esperanza de que todo esto fuera por un chico que la había incitado a fugarse. Rezaba para que solo quisiera librarse del viaje. O estar con su novio. Que luego discutieron o lo que fuera, y ella salió corriendo hacia el mar... Ya me entiendes, deseaba que existiera una explicación inocente para todo esto. Pasa a menudo con los adolescentes. A veces, situaciones normales se descontrolan del todo porque actúan cegados por las hormonas. Pero claro, esto es... espantoso. Inimaginable.

Kate se había esforzado por mantener la mayor objetividad y calma durante toda la conversación, tal como le habían enseñado en su formación. Eso resultaba especialmente importante con familiares desesperados, que sentían que se les hundía el mundo.

—¿Qué hacen los investigadores? —le preguntó—. ¿Lo sabes?

—Han pasado el día peinando los alrededores del lugar donde Alex Barnes y el otro hombre sacaron a Amelie del agua. Esperan encontrar alguna pista sobre su huida, por ejemplo desde dónde venía. Intentan estimar la distancia que pudo recorrer a pie, aunque no saben cuánto tiempo estuvo huyendo. Es un misterio que sus pertenencias aparecieran tan lejos, allá en los páramos. Porque, si logró llegar corriendo a Cleveland Way, debía encontrarse mucho más cerca de la ciudad. El comisario Hale vino a casa esta tarde e intentó hablar con ella, pero solo ha escuchado por enésima vez lo que pasó en el mar. Mañana por la mañana volverá la psicóloga. El comisario dice que cualquier detalle que podamos sacarle a Amelie es de vital importancia.

«Sí —pensó Kate—, lo es. Están a un paso de pillar a un tipo que antes o después pensaba matarla, no podía dejarla con vida después de que le viera la cara. Un tipo que seguramente tiene en la conciencia el asesinato de Saskia Morris. Y quizá el de Hannah Caswell. Y quién sabe si los de otras chicas cuya conexión aún no se ha establecido. Caleb debe de estar como loco porque Amelie no habla».

Al menos contaban con un retrato robot y una descripción: se trataba de un hombre de unos cincuenta años. En algún sitio debía de estar. A lo mejor salía de su escondrijo él solo. Porque Amelie Goldsby suponía un grandísimo peligro para él.

«Y él para ella», pensó.

Comprendía que el comisario estuviera nervioso. Había colocado dos agentes día y noche ante la casa de los Goldsby. Consideraba el riesgo muy elevado. Y a buen seguro que lo era.

—¿Puedes venir? —le había preguntado por fin Deborah—. ¡Por favor! Tú tienes... ¡otras posibilidades que el comisario Hale!

«A Caleb le encantaría oír esto», se dijo. Con mucho tacto, trató de explicarle que no era posible.

—El caso no se encuentra en mi zona de competencia. No puedo irme allí a investigar sin más. Mi área es Londres. A veces solicitan nuestros servicios y entonces trabajamos en otros lugares. Pero no hemos recibido ninguna petición. Deborah, créeme: el comisario jefe Caleb Hale es un policía muy capaz con una amplia experiencia profesional. No hay nada que yo pueda hacer mejor que él.

Al despedirse, le había prometido a Deborah que la llamaría pronto y la mantendría informada. No obstante, sabía que cualquier cosa que hiciera sería percibida por Caleb como una intromisión. En el caso del asesinato de su padre estuvo entrometiéndose constantemente, y él se había cabreado. Sin

embargo, como se trataba de su padre, a pesar de su enfado acabó entendiendo que ella no podía quedarse de brazos cruzados. Pero esta vez no había disculpa. Que por casualidad se hubiera alojado unos días en casa de los Goldsby no era un argumento. No eran sus amigos, en realidad apenas los conocía.

No se le había perdido nada en aquel caso. Aunque, claro está, siempre podía hacer algunas averiguaciones personales, para sí misma.

Sacó el portátil y repitió la búsqueda sobre el caso de Hannah Caswell. Leyó de nuevo las notas de prensa, más a fondo que la tarde de la desaparición de Amelie. Kevin Bent aparecía por todas partes. Pobre tipo, si era inocente le habían complicado mucho la existencia. ¿Seguiría viviendo en Staintondale o por la zona de Scarborough? No encontraba nada al respecto, parecía que los periodistas perdieron el interés por él en cuanto la policía dejó de investigarlo. Pero se topó con otra cosa: Kevin Bent tenía un hermano. Cinco años mayor, ahora tendría veintiocho.

En su adolescencia, el hermano se había visto implicado en un delito sexual.

Los medios no trataban el asunto en profundidad, quizá porque no consideraban políticamente correcto recurrir al comportamiento de un familiar para fundamentar las sospechas sobre alguien. Pero, claro, no faltó quien mencionara el asunto. Marvin Bent formaba parte de una pandilla de adolescentes que habían convencido a una chica de quince años para que los acompañara a una fábrica abandonada, donde la habían sometido a abusos sexuales durante horas. El joven había jurado que ese día no estaba con ellos, y dos amigos suyos declararon a su favor: en efecto, él no había participado.

Por aquel entonces Marvin acababa de abandonar el sistema educativo y había encontrado un puesto de camarero en un café del puerto. Ese día solo trabajó por la mañana. Por la tarde, en el momento del delito, ya no estaba allí. El asunto era confuso. La víctima no lo reconoció, pero tampoco reconoció a otros jóvenes que ya habían confesado su culpabilidad. La chica se encontraba tan traumatizada que no resultaba posible dar crédito total a su confuso relato. Como no se pudo demostrar nada contra Marvin, la investigación sobre él se archivó. Sin embargo, la sombra de la sospecha lo acompañaría siempre: sus mejores amigos habían cometido un delito atroz y él no tenía coartada. Lo habían salvado solo las declaraciones de los otros dos chicos y el hecho de que la víctima no lo reconociera.

Su inocencia se apoyaba en arenas movedizas.

«Es curioso —pensó Kate—. A los dos hermanos se los relaciona con delitos. No es posible probar las sospechas contra ninguno, y tampoco eliminarlas del todo. Inocente por falta de pruebas... un asunto muy insatisfactorio. Tanto para el investigador como para el sospechoso».

En lo que se refería al caso de Amelie Goldsby, la edad de los hermanos no cuadraba en absoluto. No obstante, Kate intuía que no estaría de más incluir el caso de Hannah Caswell en la investigación. Carecía de una razón concreta para explicar por qué le parecía importante. Tal vez no la había. Pero no debían ignorar aquel caso solo por su separación temporal con los otros dos. Si Hannah era el principio de la historia, aquel sería un error fatal.

Se moría por llamar a Caleb para contarle aquella reflexión, pero no se atrevía. No quería resultar arrogante. No se le había perdido nada en aquel caso. De hecho, ella misma se enfadaría muchísimo si le hicieran algo así. Sin duda él tenía en cuenta todo aquello desde hacía tiempo. Era un buen investigador. Kate sabía que sería un error subestimarle.

Suspiró y cerró el portátil. Sintió mucho, no podía ayudar a Deborah. La familia estaba en buenas manos. No había motivos para preocuparse.

Se planteó si debía llamar a Colin. Estaba claro que quería verla otra vez. ¿Y ella a él? Era un creído y le resultaba bastante antipático. Sin embargo, no es que contara con un gran abanico de hombres para elegir. Quizá debería darle (y darse) otra oportunidad. Seguro que era un error no volver a quedar con alguien solo porque en la primera cita no había surgido la chispa.

A menudo se preguntaba cómo conseguía la gente encontrar pareja y conservarla durante periodos de tiempo considerables. Como ella nunca lo lograba, aquel proceso le parecía sumamente complejo; y al parecer siempre lo hacía todo mal. Sabía que no era lo que se dice atractiva y que muy pocos hombres sentirían por ella una pasión arrolladora. Sin embargo, había mujeres menos atractivas y más torpes que ella que, a pesar de eso, tenían un marido amantísimo y cuatro hijos. No se trataba de ofrecerse como una presa pasiva, sino de demostrarle al otro las cualidades que una poseía. Y, sin duda, era esencial no tirar la toalla enseguida. Colin Blair no había hecho más que hablar de sí mismo y presumir sin parar, pero quizá detrás de aquella fachada se escondía una gran dosis de inseguridad. Tal vez fuera más simpático cuando se sintiera más seguro.

O quizá Kate estaba intentando autoconvencerse.

Daba igual. Solo lo averiguaría si volvía a verlo.

Sacó el móvil y lo llamó con número oculto, no quería dárselo todavía.
Descolgó cuando sonaba por tercera vez.

—Hola —saludó—. Soy Kate. ¿Querías hablar conmigo?

Lunes, 30 de octubre

1

Llevaba ya una semana con Brendan y empezaba a plantearse qué iba a hacer después.

Él conocía su nombre, se lo había dicho la tarde del segundo día. Habría sido absurdo no revelarle cómo se llamaba pero confiar en él para todo lo demás. Le proporcionaba comida, le ofrecía cobijo y estaba a su disposición para hablar. Según le contó era escritor, por eso pasaba todo el tiempo en casa.

—¿Y no deberías escribir? —le preguntó.

Él sonrió e hizo un gesto negativo.

—Ahora no. Estoy en una pausa creativa.

Vivía en una buhardilla en el centro de Scarborough, en un edificio tan machacado que casi podía competir con la casa de Mandy. El piso era minúsculo. Cocina, baño, dos habitaciones. Las ventanas daban al norte. Con aquel tiempo gris y otoñal había que tener la luz encendida todo el día. Aunque Mandy imaginaba que sería igual en días de sol radiante. Seguro que nunca entraba luz de verdad.

Lo único bonito eran las flores. Brendan tenía macetas por todas partes, que cuidaba con cariño. Por lo demás, todo se veía muy humilde.

Al parecer, escribir no daba mucho dinero.

El gran vehículo había sido un espejismo; pertenecía a un conocido, él solo había ido a recogerlo al taller. No tenía coche. Se había visto obligado a venderlo dos años atrás, cuando perdió su puesto de redactor en un periódico. Desde entonces salía adelante como podía con la escritura e iba consumiendo la herencia de su abuela. Mandy se dio cuenta enseguida de que se sentía solo y aburrido, por eso le había ofrecido su casa. Ansiaba compañía. No sabía qué hacer todo el día en su piso pequeño y deprimente.

Los primeros días Mandy disfrutó de la situación, de refugiarse del frío y la humedad, de poder ducharse y tener comida suficiente. Además, él se encargaba de curarle la quemadura: compró una pomada nueva que calmaba el dolor, y le cambiaba la venda dos veces al día. Seguía sin tener muy buena

pinta, pero no era tan preocupante como en el cobertizo, cuando temía que aquello acabara en una infección general. Ahora parecía haber comenzado un lento proceso de curación. Era agradable recuperarse.

Pasados unos días volvió a sentirse con fuerzas y entonces empezó a impacientarse. Su anfitrión la ponía de los nervios. Aquel tipo tenía verdadera necesidad de hablar. Parloteaba de la mañana a la noche, solo se callaba cuando hacía más té o preparaba la comida. Dos veces salió a comprar. Mandy aprovechó la ocasión para revisar todo el piso, pero no encontró nada interesante. En un cajón descubrió un billete de diez libras y se lo guardó. Quién sabía cuándo podría necesitarlo...

Había montañas de libros por todas partes, aunque a ella eso de leer nunca le había gustado. Brendan tenía principalmente obras de consulta sobre todo tipo de temas psicológicos. Le explicó que le habría gustado estudiar psicología, pero que «no salió bien». Con mucho tacto, ella no preguntó por qué. Quizá sus notas no eran lo bastante buenas, o carecía del título necesario para acceder a los estudios.

Aquellos días ejerció con ella su vocación de psicólogo, «que siento desde los diecisiete años», según decía. Se sentaba ante ella durante horas y quería saberlo todo: cómo vivía, qué relación tenía con sus padres, con su hermana, con sus profesores y compañeros. Por qué no tenía amigos, por qué provocaba constantemente a su madre, por qué despreciaba a su padre. No se le daba del todo mal, reconoció Mandy. Ella insinuaba algo y, en la siguiente pregunta, se notaba que había captado el problema y ponía allí el acento. Por ejemplo, comentó de pasada que su padre nunca le plantaba cara a su madre, y al instante le preguntó por el desprecio que sentía hacia él. Ella no había utilizado esa palabra, pero nada más oírlo supo que eso era justo lo que sentía. Un profundo desprecio. Y que por eso tenía tan mala opinión de los hombres. «Fracasado», pensaba automáticamente de cualquier hombre que conocía. Otras chicas de su edad ya tenían novio, pero nadie quería acercarse a ella. Hasta los chicos mayores temían su mordacidad y sus comentarios destructivos. A nadie le apetecía estar con alguien así.

Puesto que ninguna persona había mostrado jamás tanto interés por su vida, los primeros días disfrutó de aquellas intensas entrevistas. Sin embargo, llegado un momento se hartó. Se cansaba y se aburría. Poco a poco se dio cuenta de que Brendan solo utilizaba fórmulas estereotipadas: «¿Qué sientes al decir eso?», «¿Entiendes el origen de tu agresividad?», «¿Qué te provoca esta pregunta?».

Al final era siempre lo mismo. Agotador.

Aquel lunes se rebeló. Se encontraban sentados en el salón, con una enorme tetera de infusión de jengibre entre ellos. Mandy todavía tenía el pelo mojado de la ducha, y se encontraba de pésimo humor.

—Noto que emites mucha agresividad... —empezó él.

En vista de su expresión malhumorada e irritada, no se trataba de una conclusión especialmente brillante.

—¡No me digas! —respondió ella con insolencia.

Él asintió con mucha seriedad.

—Sí. ¿Querrías que...?

—¡Déjame en paz, Brendan! No quiero nada. Solo saber qué voy a hacer con mi vida. ¡No puedo quedarme para siempre en este piso de mala muerte respondiéndome a tus bobadas!

Él se sobresaltó.

—Noto que... —comenzó, pero ella volvió a interrumpirlo.

—¿Es que no puedes hablar normal? ¡Como una persona medianamente normal!

—¿Sientes alivio al atacarme, como haces ahora mismo?

—¿No te preocupa volverte imbécil, hablando así? —replicó.

—Mandy...

—¡No puedo pasarme aquí la vida charlando contigo! ¡Y tú tendrías que pensar en trabajar!

—Considero que nuestras conversaciones son trabajo. Intento...

—¡Me refiero a un trabajo pagado! Comemos, bebemos, tienes que pagar un alquiler... ¿Cómo lo vas a hacer?

—Aún me quedan ahorros.

—Pero se te acabarán.

—Es problema mío.

—Tengo que marcharme. —De pronto se sintió muy agotada y se echó a llorar.

Él asintió como si la comprendiera.

—¿Adónde?

Esa era la cuestión. Ya habían pasado tres semanas desde que se fugó de casa de sus padres. Pronto haría un mes. Enseguida llegaría el invierno.

¿Hora de regresar?

—No puedo volver a casa —sollozó—. Mi madre se reirá de mí sin parar. Dirá que soy tan blandengue como mi padre.

—¿Qué sientes cuando te imaginas a tu madre diciendo eso?

Pocas veces había tenido tantas ganas de soltarle un bofetón a alguien.

—¡Dolor! —estalló—. ¡Siento dolor, joder!

Se levantó de un salto y volcó la tetera. Se hizo añicos. El té se derramó por la mesa y goteó en la alfombra.

Él se incorporó al instante.

—Mandy...

—¡Déjame en paz! ¡Dejadme todos en paz! ¡Sobre todo tú, con tus chorradas! Nunca debí subirme a tu coche, ¿cómo pude ser tan estúpida?

De repente, los rasgos de Brendan se endurecieron.

—No tenías otra opción. Estabas que dabas pena. No tenías a dónde ir.

—Como tú. Tú también das pena. Todo el mundo pasa de ti y no lo soportas. «Escritor», «pausa creativa», ¡no me hagas reír! —Lo fulminó con la mirada—. A nadie le interesa la mierda que escribes. Lo sabes de sobra, por eso no haces nada y no avanzas. Me necesitas. Te ayuda tener cerca a alguien que está peor que tú, así te sientes superior y te crees una pizca más importante. Pero déjame que te diga algo: te equivocas. Yo estaré en la mierda, pero no soy tan penosa como tú. Ni de lejos. Tengo toda la vida por delante. Ya me preocuparé de hacerlo mejor que tú para no acabar viviendo en un cuchitril y dando la lata a otras personas.

A Brendan lo hería cada una de sus palabras.

—¿Que lo harás mejor? —contraatacó—. Ya me gustaría verlo. ¿Tan bien como hasta ahora, quieres decir? Te escapas de casa sin el más mínimo plan. Sin dinero y sin nada. No tienes amigos que te alojen, excepto ese drogadicto con el que malviviste una semana y que acabó echándote en cuanto llegó otra. Qué raro que nadie te reciba con los brazos abiertos... Me das lástima, Mandy. Mucha lástima.

—¡Cabrón! —gritó entonces ella—. ¡Pajillero de mierda!

—Sigue, sigue. No debes tener muchos argumentos cuando solo sueltas tacos.

—Me voy. No me quedo ni un segundo más.

—Adelante.

Lo miró fijamente por un momento. Después corrió al baño, cerró de un portazo y echó el pestillo.

Al fin sola. Por lo menos unos instantes.

En el espejo vio su cara pálida con los ojos enrojecidos. Su melena a medio secar estaba muy revuelta. Notaba punzadas en la herida.

Y ahora, ¿qué?

No quería quedarse allí, ya no aguantaba más a aquel tipo. Ahora se daba cuenta de cómo la había manipulado todo ese tiempo. Con el pretexto de

interesarse por ella y de ayudarla había invadido su intimidad. Sus preguntas, en apariencia bienintencionadas, no habían hecho más que reforzar su sensación de debilidad y desamparo. La trataba como a una desequilibrada en vez de como lo que era: una adolescente en edad difícil, proveniente de una familia difícil, que se había metido en una situación difícil.

Extremadamente difícil.

—No debería irme hasta que haya pensado adónde —le dijo a su reflejo, e intentó sonreír. Sin conseguirlo.

Abrió la puerta con sumo cuidado. Puesto que no podía marcharse de inmediato, debía ganarse de nuevo a Brendan. Aunque le tocara apretar los dientes. Él se dejaría convencer: temía tanto la soledad como ella temía los peligros de la calle y el frío.

Oyó su voz. Seguía en el salón. Cuchicheaba.

—Sí, eso es. Está aquí. Sí. ¿Ahora? Bien, de acuerdo.

Se quedó paralizada.

¿Con quién hablaba?

Se encontraba al teléfono. Como no lo había oído sonar, dio por hecho que había llamado él.

La policía. No cabía otra interpretación para las palabras «está aquí» y «¿ahora?», pregunta que había hecho como para asegurarse. El muy cabrón llamaba a la policía y la delataba simplemente porque se había enfadado con ella. Porque ya no quería jugar a sus mierdas psicológicas y se lo había dicho con... bueno, con palabras muy poco elegantes.

Se quedó paralizada y muda unos segundos, pensando qué hacer. Debía irse cuanto antes, la policía llegaría enseguida. Si había algo peor que la idea de regresar voluntariamente a casa era que la policía la entregara a sus padres. Con todo lo que eso conllevaba: Carol, los servicios sociales, todo el drama...

Su mochila se encontraba en el dormitorio de Brendan, que había tenido la amabilidad de cederle su cama. Para llegar a la habitación debía cruzar el salón, lo que era imposible porque él estaba allí. No tenía ninguna duda de que utilizaría la fuerza para impedir que se marchara. Querría anotarse un tanto con la policía y pondría todo su empeño en conseguirlo.

Comenzó a sudar. Sus escasas pertenencias estaban en la mochila: el hornillo de alcohol y la última lata de comida, la ropa interior, un jersey de repuesto, dinero y el carnet de identidad. Al menos, tenía las diez libras que había robado en el bolsillo de los vaqueros. Y las cerillas. Su abrigo estaba en el perchero de la entrada. El móvil se cargaba en el dormitorio. Tendría que emprender la huida sin apenas nada. En condiciones mucho peores que antes.

Pero daba igual. No quedaba otra opción.

Cruzó de puntillas el pequeño recibidor. Por suerte, en aquel piso las distancias eran muy cortas. Permaneció un momento escuchando con atención y no oyó nada más. Brendan había terminado la conversación. Seguramente estaría asomado a la ventana esperando al coche patrulla. La vería en cuanto pusiera los pies en la calle pero, para cuando lograra bajar las escaleras, ya le habría dado esquinazo. Sabía que era muy rápida. Y pequeña, y ágil. Se le daba bien esconderse y cabía en sitios que para otros suponían un obstáculo infranqueable.

Agarró el abrigo y se calzó las zapatillas de deporte, que estaban junto a la pared. Abrió la puerta conteniendo la respiración. La cerró tras de sí con todo sigilo. El pestillo encajó con un clic casi inaudible. Estaba fuera. Voló por la escalera, bajando los escalones de dos en dos. Notó que una puerta del piso inferior se abría unos centímetros, pero le dio igual. Se lanzó a la calle. La humedad que la recibió la hizo estremecerse.

No se volvió. Se metió corriendo por una bocacalle y se perdió en las callejuelas del centro. La policía registraría la zona.

Necesitaba un escondite cuanto antes.

2

Tras el «suceso», Deborah no paraba de llorar. Lo llamaba conscientemente el «suceso», mientras que Jason se refería a él como «secuestro» o «rapto». Ella no podía emplear esas palabras sin que se le llenaran los ojos de lágrimas. De algún modo debía conseguir parar de llorar. Tenía los ojos hinchados de manera crónica y la piel de la cara irritada por la sal.

Amelie no iba a clase, se quedaba todo el día en su habitación. Solo hablaba lo imprescindible. La psicóloga de la policía acudía todos los días para intentar ayudarla a asimilar el trauma y para tratar de obtener más información. Pero también con ella guardaba silencio. Tan solo había revelado algunos otros detalles referidos al secuestro: un coche se detuvo a su altura en Burniston Road y el conductor le preguntó cómo llegar a una calle. Ella no pudo ayudarlo porque no la conocía. Entonces él le pidió por favor que mirara la imagen del GPS, porque no se aclaraba y a lo mejor ella entendía por dónde tenía que ir. Metió la cabeza por la ventanilla del copiloto. Entonces percibió un olor muy intenso, y luego ya no recordaba nada.

—Cloroformo —les dijo el comisario Hale a los Goldsby—. Le taparía la nariz con un pañuelo empapado en cloroformo y después la metería corriendo en el coche. Estamos casi seguros de que Amelie fue una víctima casual. Él recorría la zona con el fin de encontrar la chica y la oportunidad propicias. Uno no lleva cloroformo encima así porque sí, está claro que buscaba una presa. Vio a Amelie caminando y justo coincidió que la calle estaba vacía. Nadie por delante, nadie por detrás. Aprovechó ese pequeñísimo margen de tiempo. Fue mala suerte. Su hija estaba en el peor lugar posible en el peor momento posible.

Al oír esas palabras, Deborah estalló de nuevo en sollozos.

La calle que supuestamente buscaba el hombre no existía. Ni en Scarborough ni en las localidades cercanas. Cuando le preguntaron por el coche, Amelie solo pudo decir el color: oscuro. Negro, o azul muy oscuro. Y cuando quisieron saber más detalles («¿Dónde estabas cuando te despertaste?». «¿Qué pasó después?») apartó la cara y apretó los labios.

Jason se había reincorporado al trabajo. Deborah se quedaba sola con su hija. Acudía continuamente a su habitación, y continuamente se veía rechazada con rudeza. Le preguntaba si quería salir a dar un paseo, si le preparaba un té, qué le apetecía comer, si veían juntas una película... La respuesta siempre era la misma: «No. Déjame en paz».

Entonces Deborah bajaba al salón y se echaba a llorar.

Su relación con Amelie ya era mala antes del «suceso». Peor que mala. Llena de agresividad, incomunicación e incomprensión. Aunque solo por parte de su hija. Ella no sentía agresividad ni incomprensión, y siempre trataba de tender puentes. Pero fracasaba. Muchas veces le preguntaba:

—¿Por qué me rechazas, Amelie? ¿Qué es lo que te molesta tanto de mí? ¿Qué te he hecho?

—Ni idea. —Esa era siempre la respuesta.

Pero aquel día fue diferente.

Deborah miraba por la ventana del salón. Ante la entrada se encontraba el coche patrulla. Qué monótono y desesperante tenía que ser pasar hora tras hora ahí metido vigilando una casa, sin que sucediera nada. Obviamente, no deseaba que ocurriera nada. Claro que no. De hecho, agradecía la presencia de los dos agentes, un hombre y una mujer. Sentía lástima por ellos. Seguro que hacía frío en el coche. Aunque llevaban anoraks recios, parecían congelados. Siempre declinaban su invitación a pasar, quizá no estaban autorizados.

Se apartó de la ventana y se secó las lágrimas con la manga del jersey.

Aquel día Amelie le había dado otra respuesta. Distinta del «ni idea» habitual.

La había mirado a la cara y, con una expresión de frío desprecio, había contestado:

—¿Que por qué te rechazo? Porque no quiero acabar volviéndome como tú. Tener una vida como la tuya. Por eso. Debo tener cuidado.

—¿Tener cuidado? —repitió mecánicamente, bloqueada por el espanto.

—Sí, estar atenta. Para no volverme como tú.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que...?

Pero su hija se volvió hacia el otro lado.

—Vete. Déjame en paz.

Al menos logró salir de la habitación antes de echarse a llorar. Los manuales que leía decían que las críticas más dolorosas eran las realizadas por las víctimas, de forma consciente o inconsciente. Por el contrario, resultaba fácil ignorar los ataques gratuitos.

—Qué tontería —opinó Jason un día que ella sacó ese tema—. Las críticas injustificadas, pilladas por los pelos, son precisamente las que más enfadan. Porque, aunque no tienen ninguna base, alguien es lo bastante estúpido e irreflexivo para expresarlas. Eso me cabrea muchísimo. Por el contrario, si lo que me reprochan tiene algo de sustancia, puedo pensar: «Bueno, en realidad hay algo de cierto en lo que dice».

En eso eran distintos. A Deborah las palabras de Amelie le hacían tanto daño porque metían el dedo en la llaga. Porque ella misma cuestionaba su vida todos los días. Porque muy a menudo pensaba: «Me he equivocado. En algún punto elegí el camino erróneo. Hice algo que no debería haber hecho. O no hice algo que debería haber hecho. Tomé una mala decisión. Por comodidad, por miedo, por cobardía, por inseguridad. Las personas como yo no aprovechan las oportunidades cuando se les presentan. Prefieren navegar por aguas conocidas, por mucho que el agua esté fría y turbia y la corriente las arrastre en una dirección que no desean».

Se miró al espejo colgado junto al arco que separaba el salón del comedor. Contempló su rostro lloroso, su melena desgreñada. Tendría que haber ido a la peluquería hacía tiempo. No debía descuidar tanto su aspecto.

Llamaron a la puerta.

Sería la agente de policía. A veces le pedía que la dejara pasar al baño. Al parecer su compañero se las arreglaba con la pradera que había detrás de la casa.

Deborah se frotó los ojos, aunque solo logró empeorarlos. Bueno, y qué más daba, al fin y al cabo la agente solo la había visto con cara llorosa.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Se encontró con Alex Barnes. Llevaba una bolsa de viaje.

—Hola —saludó él.

El policía, que se había bajado del coche, se acercó y preguntó:

—Señor Barnes, ¿viene a ver a la señora Goldsby?

Este se mostró inseguro al instante.

—Yo... bueno... es que...

—No hay ningún problema —se apresuró a decir Deborah. Lo agarró de la mano y tiró de él hacia el interior de la casa—. Alex Barnes puede visitarnos cuando desee.

—Pero tengo órdenes... —comenzó el agente.

Ella le sonrió con cansancio y cerró la puerta. Aquel policía no imaginaba cómo se sentía. No sabía lo sola que estaba. Al fin tenía alguien con quien hablar, no iba a permitir que unas «órdenes» lo echaran a perder.

—¿Cómo que se queda aquí? —preguntó Jason en voz baja.

Deborah se levantó y cerró la puerta del salón. Llevaba esperando a su marido desde que Alex se había metido en una de las habitaciones para huéspedes.

—Es temporal. Lo han echado de su piso.

—¡No es tan fácil echar a alguien de un piso!

—Llevaba tiempo sin pagar el alquiler, ya le habían avisado. Y ahora le han desahuciado.

Él soltó un fuerte suspiro.

—¿Cómo iba a decirle que se fuera? —preguntó ella—. Le ha salvado la vida a nuestra hija.

Jason volvió a suspirar. Se sentía agotado. Después del trabajo había asistido a la fiesta de despedida de un compañero. Rezaba por no encontrar problemas al volver a casa, es decir, no más de los que ya tenía: una hija traumatizada, una esposa que lloraba sin parar y la policía apostada en su puerta. Lejos de eso, nada más llegar se enteraba de que Barnes se le había metido en casa. La agente que les habían asignado ya no se encontraba en el exterior, sino que custodiaba la puerta de la habitación de Amelie. Porque, en realidad, Barnes no debería acceder a la vivienda.

—¿Cómo es que el comisario Hale lo ha permitido? —inquirió.

—Porque yo me he empeñado —repuso Deborah—. ¿Qué esperaba el comisario? Amelie se salvó gracias al esfuerzo de Alex, y ahora él está en apuros. ¿De verdad pretende que le diga que aquí no puede quedarse?

—La policía aún no lo ha sacado de la lista de sospechosos.

—¡Por favor, Jason! Amelie dejó bien claro que no lo había visto nunca. No se parece en lo más mínimo al retrato robot. Al propio comisario no debe parecerle muy peligroso cuando ha permitido que se quede.

—Te hago notar que ahora la agente también se queda en casa...

—Ya, ¿y qué? Ni nos damos cuenta de que está. Al fin y al cabo somos una pensión, podemos alojar gente.

—Por desgracia —comentó él.

El tema de siempre. Se miraron fijamente, ambos impotentes, ambos decididos a no discutir, pero conscientes de que se movían en terreno pantanoso.

—¿Qué tienes contra Barnes? —preguntó Deborah.

—Nada. Le estoy muy agradecido. Pero no me parece bien que se quede aquí.

—Tú mismo le dijiste que siempre sería bienvenido. Al día siguiente de que rescatara a Amelie.

—Sí, claro. Lo dije y lo pensaba. Pero me refería a que nos hiciera alguna visita. A que lo invitáramos alguna vez a comer. Una barbacoa en verano, un brindis en Navidad. Cosas así. No pensaba en que se quedara.

—De todas formas, mañana tenemos que buscar otra solución. Hale no quiere que se quede mucho tiempo.

—Yo también creo que...

—Pero debemos ayudarlo. No podemos dejarlo tirado.

—¿Y en qué has pensado?

—En darle dinero. Para que pueda alquilar un piso.

—¡Madre mía! —Jason se levantó y sacó de un mueble un vaso y una botella de whisky mediada. Necesitaba una copa—. ¿Dinero? Deborah, nosotros vamos muy justos.

—No creo que estemos fatal...

—No, pero las letras de la hipoteca son muy elevadas. Con un único sueldo...

—¿Cómo que un único sueldo? Yo también gano dinero.

Se bebió el whisky de un trago.

—¿Tú? Perdona, pero con los escasos ingresos de los meses de verano no puede decirse que «ganas» dinero.

—¿Cómo que no?

—¡Aún estamos pagando la reforma que hicimos para que pudieras entretenerme!

Era cruel, lo sabía. Pero estaba tan cansado... Y tan harto de todo...

Vio que a ella le temblaban los labios. Se preguntó si llegaría el día en que dejara de llorar.

—¿Entretenerme?

—Lo siento, pero no es mucho más que eso. No te llena, y encima supone que todos los veranos convivamos con desconocidos que nos roban la intimidad. Y en cuanto al dinero...

—He ahorrado un poco.

—Sí, pero lo necesitamos para pagar el préstamo de la reforma. ¡No son ganancias!

—Ya veo. Para ti el único objetivo del trabajo es maximizar ganancias. Que te guste y te...

Él la interrumpió con frialdad.

—Siento destruir tus ideas románticas, pero en nuestra situación, endeudados hasta el cuello, tener una profesión que proporcione ingresos es algo muy importante. Aparte de eso, no creo que tu trabajo, por llamarlo de alguna forma, te guste demasiado. Desde luego, no pareces nada feliz.

—¿Ah, no? ¿Y qué parezco?

—¡Mírate, por favor! Estás descontenta, casi amargada. Tomas antidepresivos, he visto la caja en el armario del baño. Ya casi ni recuerdas lo que es la risa, o una sonrisa. Te pasas el día llorando por las esquinas.

—Es bastante normal después de todo lo que...

—Antes del secuestro era igual. Lo sabes perfectamente. Aunque esto ha empeorado las cosas, antes tampoco era muy distinto.

Deborah sintió que le empezaba un dolor de cabeza. Un dolor malo y punzante.

—Solo porque Alex Barnes pase aquí una noche no tienes que...

—No estamos hablando de eso.

—Pero por ahí hemos empezado.

Sí. Por ahí habían empezado. Jason se preguntaba si habría alguna razón objetiva para el mal presentimiento que tenía. Quizá solo estaba harto de los huéspedes que entraban y salían, y de la sensación de haber perdido su hogar. Por supuesto que debían mostrarse agradecidos con Barnes, aquel parado ya no tan joven que engañaba al sistema con sus tejemanejes ilegales. Se

preguntó si estaría siendo un hipócrita. En realidad, esas cosas las hacía todo el mundo, y solo le parecían mal por tratarse de Barnes.

—Solo digo que deberíamos andarnos con un poco más de cuidado. —Se esforzaba en mantener un tono calmado y sereno—. Por supuesto que le estaremos siempre agradecidos. Pero, en su situación, puede convertirse en un problema.

—¿Por qué? ¿Porque necesita ayuda?

—Porque no sabemos cuánta ayuda necesitará, ni si en algún momento conseguirá arreglárselas solo. —Bajó la voz. Quizá el hombre andaba husmeando por las escaleras—. Deborah, no quiero hablar mal de él, pero...

—Pues no paras de hacerlo.

—Solo te hago notar los hechos. Está en paro. Ya ni siquiera tiene el trabajo en negro de la pizzería.

—Precisamente por salvar a nuestra hija. Por culpa de eso, tuvo que declarar ante la policía.

—Por la razón que sea, eso da igual. Ahora nos dice que lo han echado del piso. Si entendí bien sus vagas explicaciones, carece de cualquier formación. Empezó varias cosas, pero no terminó ninguna. Tiene más de treinta años y no puede acreditar nada. No le va a resultar fácil encontrar trabajo. Su situación no es demasiado buena. Excepto por una cosa.

—¿Cuál?

—Nosotros. Nosotros somos su tabla de salvación. Como un billete de lotería premiado.

—Nosotros no somos...

—Claro que sí. Piensa un poco. Está en paro, malvive de las ayudas sociales. Llevaba tiempo sin pagar el alquiler y ahora se ve en la calle. Imagino que se desespera al pensar en el futuro. Y entonces aparecemos nosotros. Para nada somos ricos, pero a sus ojos nos va muy bien y somos una familia acomodada. Ha salvado la vida de nuestra hija, le debemos gratitud eterna. Considera que nunca olvidaremos algo así, que no desatenderemos nuestras obligaciones. Y no se equivoca. Fíjate... ya tiene un nuevo hogar.

—No, nada de eso. Que se quede hoy no significa...

—Bueno, tú ya estás hablando de ayudarlo. De buscarle un piso. De darle dinero. No cuestiono tus buenas intenciones, pero ¿cuánto tiempo lo vas a hacer? ¿Los próximos meses? ¿Los próximos años? ¿Las próximas décadas?

—No se va a aprovechar.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Tan bien lo conoces?

Deborah guardó silencio. Acabó diciendo:

—Después de lo que ha hecho, no puede darnos igual lo que le pase. Si fuéramos ricos habría obtenido una gran recompensa. Aunque no lo seamos, no podemos mirar para otro lado y abandonarlo a su suerte.

—Yo también le estoy muy agradecido. Rescató a Amelie del mar, fue algo magnífico. Pero, seamos sinceros, ¿puedes imaginar que alguien no ayudara en esa situación? Que la viera luchando desesperada entre la vida y la muerte y siguiera su camino pensando: «¿Y qué? No es mi problema». No quiero quitarle mérito a lo que hizo, pero no deja de ser algo completamente normal.

—Al decir eso le estás quitando mérito.

—No. Solo quiero dejar claro que no me parece un santo.

Ella se apartó.

—Yo lo voy a ayudar de todas formas. Con mi dinero.

—Ya. Y entonces ¿qué? ¿Me hago cargo yo del préstamo de la reforma?

Ella se encogió de hombros.

—Haces lo que menos te cuesta —la acusó.

—Tú también.

Jason dejó el vaso y la botella en la mesa con un fuerte golpe y salió de la estancia.

Por aquel día había tenido suficiente.

Miércoles, 1 de noviembre

1

La agente se llamaba Helen Bennett y tenía formación en psicología. A Amelie le caía simpática. Le había pedido que la llamara Helen y, si su rango era muy alto, no solo no presumía de él, sino que ni siquiera lo había mencionado. Acudía a verla todos los días, se sentaba con ella en su habitación, se tomaba el té que subía su madre y charlaba como si fuera una buena amiga que pregunta por las cosas cotidianas de la vida. Aunque siempre acababa dirigiendo la conversación hacia el secuestro.

Ese era el momento en que Amelie desconectaba.

Aquel día Helen no tomaba té porque Deborah no se lo había llevado. De hecho, no estaba en casa. Desde el regreso de su hija siempre estaba allí abajo, alerta como un perro guardián, y subía cada dos por tres con cualquier excusa. Ponía a Amelie de los nervios con sus continuos ofrecimientos: que si quería un té, leche con chocolate, un trozo de bizcocho; que si le apetecía salir a dar un paseo, jugar a las cartas... Las respuestas que recibía eran cada vez más secas. Amelie sabía que sus desagradables negativas le hacían daño, pero era incapaz de soportarla.

Y, de repente, su madre no estaba. Qué extraño. Incluso un poco perturbador. Para Helen, desde luego. Le encantaba el té y siempre se echaba el azúcar a paladas.

—Me gusta bien dulce —explicaba cada vez.

Ya se le notaba.

«Perder diez kilos le iría muy bien —pensaba Amelie—. Resultaría realmente atractiva».

—Tu madre acababa de salir cuando he llegado —comentó Helen—. ¿Adónde ha ido?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Habrá ido a comprar.

La agente asintió. Acercó la silla del escritorio y se sentó. Amelie se encontraba en el banco situado bajo el tragaluz. Acurrucada, se abrazaba las piernas. Así pasaba la mayoría del tiempo. En aquel banco. Casi inmóvil

durante horas. Estirando un poco el cuello podía mirar hacia fuera, veía el cielo. Un mar de nubes densas, color gris oscuro. Hacía días que no brillaba el sol.

Helen dedicó un rato a hablar justo de eso, del mal tiempo que hacía y de lo mucho que le costaba levantarse por las mañanas. Mientras tanto, jugueteaba con sus anillos. Normalmente sostenía la taza de té, con ella en la mano parecía más sosegada. Amelie notó por primera vez que la agente estaba nerviosa.

Una simple taza podía cambiar muchas cosas. Un pequeño detalle podía ser muy relevante.

—Cualquier pequeño detalle puede ser relevante. —Tuvo gracia que dijera justo eso—. Todo lo que recuerdes. Aunque te parezca una tontería.

Como solía ocurrir, ella no respondió. Se encontraba bastante a gusto con la situación, pues, al parecer, el trauma la eximía de cumplir las normas. Podía ser grosera y no responder durante horas, y nadie la reprendía por ello. Todos seguían siendo amables y poniendo lo mejor de su parte.

Incluida la pobre Helen, que se revolvía incómoda en la silla y no sabía qué hacer con las manos.

Qué raro que su madre no estuviera en casa...

—Me extraña que mi madre haya salido —comentó.

La psicóloga se alegró. Por lo menos decía algo, aunque por el momento no fuera en la línea que le interesaba.

—Seguro que vuelve enseguida.

—¿Alex sigue aquí?

—¿Qué Alex?

—Alex Barnes. El hombre que me rescató. Lleva aquí desde el lunes.

—¿Cómo? —Se mostró realmente sorprendida—. ¿Lo sabe el comisario Hale?

—Sí. No le hizo mucha gracia. En principio solo permitió que se quedara una noche. Pero ya van dos.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿Qué sientes cuando piensas en él?

—¿Qué voy a sentir?

—Te salvó la vida.

—No quiero recordar eso.

Las olas rompiéndole encima. La sensación de que iba a morir. Las manos doloridas...

Gimió débilmente.

—¿Estás bien? —se alarmó Helen.

—Es que no quiero pensar en eso. No quiero. Fue horrible. Espantoso. El mar daba miedo. Hacía muchísimo frío. Y me dolían tanto las manos... Estaba aterrorizada. Creí que me moría.

—Lo sé, Amelie. Ya lo sé.

—Me tiré. Salté desde la barandilla, no veía otra opción. Creía que me alcanzaba. Que lo tenía justo detrás. No era capaz de seguir corriendo. Sabía que me atraparía en cualquier momento.

—¿Quién, Amelie? ¿Quién te perseguía?

—El hombre del coche.

—¿El que te raptó?

Negó con la cabeza.

—El otro.

La psicóloga se inclinó hacia delante. Dejó de jugar con los anillos.

—¿Había otro hombre?

Ella empezó a llorar.

—El del coche.

—¿El otro hombre también tenía coche?

—El coche con el que me escapé. Me oculté en él. Así hui. —Se tapó la cara con las manos y rompió en sollozos—. Iba dentro, escondida. Salté en cuanto paró. Y salí corriendo con todas mis fuerzas, para salvar la vida. Mi mierda de vida.

2

Al propietario no le gustó Alex Barnes, Deborah se dio cuenta enseguida. Iba hecho unos zorros: vaqueros raídos, sudadera no muy limpia, zapatillas de deporte gastadas, el pelo demasiado largo... Y, por supuesto, el hecho de que no podía presentar un contrato laboral ni un extracto bancario que demostraran que contaba con ingresos regulares. No era precisamente el tipo de inquilino que le alegra la vida a un propietario. Ni siquiera aunque el inmueble fuera tan cutre como el piso en el que se encontraban. Pequeño y oscuro.

—No —dijo el hombre—. No, no. Ni me lo planteo. Esto huele a impago de lejos. Lo siento. No quiero meterme en algo así.

En un santiamén estaban de nuevo en la calle. El propietario se alejó de prisa, murmurando cosas incomprensibles en tono indignado.

Entraron en la cafetería más próxima y pidieron un café cada uno. Al notar la mirada insegura de Alex, Deborah le aseguró que pagaría ella.

—No puedo aceptarlo —contestó apesadumbrado.

—Claro que puede. Un café es lo mínimo que...

—¿Por Amelie? ¡Por favor! Hice lo que habría hecho cualquiera en mi situación.

Era lo mismo que decía Jason. Aunque a sus ojos eso no restaba mérito a lo que había hecho Alex, entendía a qué se refería su marido.

—Aun así. Usted la salvó. De no ser por su valentía, nuestra vida estaría hecha pedazos. Nunca lo olvidaremos.

—La policía me tiene en su lista.

—De entrada sospechan de toda persona relacionada con la víctima, no importa el tipo de relación —explicó Deborah. Se lo había contado Kate, que de eso entendía—. Al principio también sospecharon de nosotros. Sobre todo de Jason, porque no tenía coartada para el momento del secuestro. Es bastante increíble. ¡El mismísimo padre debe presentar una coartada!

—Se ve que no es tan infrecuente que los padres hagan daño a sus hijos. —Removió el café y se llevó una cucharada de espuma a la boca—. Pero, en su caso, ya está aclarado. Amelie habría reconocido a su propio padre. Además, su descripción del secuestrador no tiene nada que ver.

—A usted también le habría reconocido. Me parece que las sospechas del comisario Hale están un poco fuera de lugar.

Él se encogió de hombros.

—Qué más da. Yo sé que no tengo nada que ver, así que estoy bastante tranquilo. Respecto a ese tema, vamos —añadió.

Sabía a qué se refería.

—Necesita un piso.

Él asintió con melancolía.

—Es culpa mía. Me llegó la notificación hace tiempo. Tendría que haberme ocupado antes del asunto. Ahora estoy en la calle.

—Bueno, nos tiene a nosotros...

—Porque Hale ha hecho la vista gorda. Pero para esta noche necesito otro sitio.

—Si hace falta, busquemos un hotel.

—¿Buscamos?

Deborah se dio cuenta de que su ofrecimiento había sonado raro.

—Quiero decir, usted se aloja y yo lo pago.

—Eso no puedo...

—Claro que puede aceptarlo. Quiero hacerlo por usted. Por favor. Déjeme demostrarle mi agradecimiento.

—Me siento como un parásito.

—En absoluto. Es lo mínimo que podemos hacer...

Sabía que su marido no lo vería igual. Ya imaginaba su reacción al enterarse de que Alex se quedaba en un hotel y ella corría con los gastos. Pero le daba igual. Era su decisión, y también era su dinero.

No obstante, debían encontrar pronto un piso.

—Lo del alquiler vamos a solucionarlo de otra forma. Me presentaré yo como inquilina y firmaré el contrato. A mí no me pondrán pegas.

Él se acabó el café y esbozó una sonrisa.

—¡Porque usted es muy seria! No como yo.

Había cierto sarcasmo en la palabra «seria», que la hirió en uno de sus puntos débiles.

—Quizá parezco muy seria —contestó—, pero en el fondo...

No sabía cómo seguir. Él posó la mano un momento sobre la suya.

—Perdone, no quería lastimarla. La ironía no iba dirigida contra usted. Más bien contra la sociedad, que juzga a las personas por su apariencia. Su vida parece muy seria: casada, con una hija, una casa bonita, dinero suficiente... Eso es lo que se ve desde fuera. Y con eso la mayoría de la gente se da por satisfecha.

—¿Usted no?

—A mí me parece interesante averiguar cómo son las personas más allá de la fachada. Más allá de lo que muestran al mundo. Obviamente, no siempre lo averiguo. Y no siempre acierto con la idea que me hago, claro está. Pero al menos no me guío por las apariencias.

Deborah no pudo evitar preguntarle:

—¿Y qué ve más allá de mi fachada?

La escrutó con tanta intensidad como si pretendiera atravesarle la piel y varias capas de tejido para llegar a ver su interior.

—No es muy feliz, ¿verdad? No está contenta con su vida.

Al instante se le llenaron los ojos de lágrimas. Mierda. Luchó por contenerlas con todas sus fuerzas. Bastaba que alguien mencionara su infelicidad en tono compasivo para que se echara a llorar en medio de una cafetería.

—Bueno... —repuso vagamente.

—En realidad, a casi todo el mundo le pasa. No estamos todo el tiempo felices y contentos con nuestras vidas.

—Es verdad. —No había nada que hacer, tenía que secarse la cara. Algunas lágrimas le rodaban por las mejillas—. Por Dios. No es como para llorar. Tampoco soy tan infeliz. Es solo que...

—¿Qué?

—Amelie me odia muchísimo y no sé por qué. Jason también está harto de mí. Y mi trabajo, la pensión, fue una idea estúpida que no me satisface. Ese es el resumen.

—A su marido y su hija no puede cambiarlos. Pero su trabajo, ¿por qué no?

Deborah empezó a sentir dolor de cabeza.

«Te quejas mucho, pero luego no soportas que nadie te dé consejos», solía decir Jason.

Porque a menudo las personas que daban consejos se volvían muy insistentes. Se empeñaban en que los pusiera en práctica. La presionaban. «¿Cómo? ¿Aún no has cambiado nada en tu actitud ni en tu vida? Pero si te dijimos exactamente lo que tenías que hacer. ¡Hazlo de una vez!».

—Es que... bueno, no quiero abandonar del todo el proyecto. Me sentiría como... —se interrumpió.

—Como una fracasada —completó él.

—Es... —Sentía punzadas cada vez más intensas.

Él se percató de su estado.

—Perdone. La estoy poniendo nerviosa. Yo lo sé bien.

—¿El qué?

—Lo desagradable que es la gente cuando te dice lo que debes hacer. Porque no están en tu piel.

Deborah pensó que, para ser un hombre, tenía una gran capacidad de empatía y autoanálisis. A pesar de ello, no se sentía a gusto con él. Tenía algo que le resultaba... turbio. De palabra, rechazaba todos sus ofrecimientos de ayuda aduciendo que cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo. Sin embargo, a Deborah le parecía intuir que en realidad ya daba por sentados su agradecimiento y su apoyo. No era del todo sincero, y eso la confundía.

—Bueno, ahora debemos encontrar un hotel —propuso, de nuevo con voz firme—. Y mañana seguimos buscando piso.

—A su marido no le va a hacer ninguna gracia que se haga cargo del hotel y del piso. Lo pagamos a medias, por lo menos.

—Al igual que yo, él desea demostrarle lo agradecidos que estamos.

Él negó con la cabeza.

—No. De eso me he dado cuenta. Su marido piensa que me he pasado de la raya al alojarme en su casa.

Tenía razón, de modo que no lo contradijo. Dejó un par de billetes en la mesa, se levantó y cogió su abrigo.

—Vamos. No le dé más vueltas. Y no se preocupe, debajo de un puente no se va a quedar.

Alex sonrió.

3

El segundo hombre causó sensación. Y por fin tenían algunos indicios sobre la huida de Amelie. Caleb Hale volvió a notar un subidón de adrenalina que llevaba siglos sin experimentar. Hasta aquel momento no se había producido ningún avance. Habían buscado y hurgado por todas partes, y se habían esforzado en sacar partido a lo poco que tenían, conscientes de que aquellos pequeños fragmentos podían guiarlos en la dirección equivocada. Porque les faltaban las piezas principales. Ahora al fin tenían un nuevo enfoque. Y, al parecer, dos posibles culpables.

—Un segundo hombre y una huida en coche —comentó el comisario—. Esto cambia mucho las cosas.

Se encontraba en su despacho con el sargento Robert Stewart y la psicóloga policial, la sargento Helen Bennett. Helen era la estrella del momento. Con santa paciencia, tenacidad y perseverancia, había conseguido obtener de Amelie aquella nueva información. Eso daba pie a la esperanza, a pensar que en el futuro conseguirían aún más datos. Amelie se estaba abriendo, aunque fuera a pasitos muy pequeños.

Lo importante era que se abría.

Robert contestó al comentario de su jefe:

—Y significa que podemos dejar de buscar el escondite del secuestrador a una distancia que Amelie fuera capaz de recorrer a pie. La retenía mucho más lejos. Puede que incluso fuera de Scarborough.

—Eso explica que sus cosas aparecieran en los páramos —razonó Helen—. Hasta ahora, eso no nos cuadraba.

—Aun así, dudo que el escondrijo esté por allí cerca —opinó Caleb—. Por desgracia para nosotros, no creo que el tipo sea tan tonto como para

deshacerse de las pertenencias de su víctima cerca de donde la tiene secuestrada.

—Al menos sabemos que pasaron por allí —apuntó Robert—. Eso nos dice algo de la dirección general.

—Muy poco, me temo —dijo el comisario—. Desde allí pudo llevarla a cualquier sitio.

—Amelie no sabe exactamente cuánto tiempo pasó en el coche —explicó Helen. Tras conocer la información clave intentó que le proporcionara más detalles, pero no obtuvo nada relevante—. Al raptarla la durmieron con cloroformo, de ese momento no recuerda nada. En cuanto a su huida... Dice que pudieron ser tres cuartos de hora. Pero si os digo la verdad, no parecía nada segura al hacer el cálculo. Es natural, vistas las circunstancias.

—En cualquier caso, de momento vamos a tener que trabajar con esa información —contestó Caleb—. Esperemos que la chica no vaya muy desencaminada. —Juguetecía nervioso con un bolígrafo—. A ver, recapitulemos. Helen, ¿podrías resumirnos lo que te ha contado hasta ahora?

La psicóloga asintió y echó un vistazo a sus notas.

—El coche. Amelie no sabe de qué marca era. Se acurrucó en el espacio para los pies del asiento trasero. De ahí podemos deducir que no era un coche muy pequeño. Lo conducía un hombre que, según parece, había visitado antes al secuestrador. Amelie no está segura porque aquella primera vez no lo vio; dice que reconoció la voz, aunque en este punto dudaba. Como la segunda vez tampoco llegó a verlo, será imposible obtener una descripción. Hace dos viernes oyó conversar a los hombres y vio la oportunidad de escapar. Se escondió en el coche y esperó.

—Ojalá supiéramos más —deseó Robert—. ¿El segundo hombre está implicado? Aunque sea amigo del secuestrador, no tiene por qué ser su cómplice. Amelie lo había oído en otra ocasión, al menos cree posible que se tratara de él. No llegó a verle la cara. Pero ¿la vería él? ¿Sabía que estaba allí? ¿Qué tipo de sitio era aquel? ¿Dónde y cómo la tenían prisionera? Parece claro que no estaba encerrada ni atada en un sótano, por ejemplo. Por un lado, oía con claridad que había visita y, por otro, pudo salir hasta el coche. Imagino que estaría aparcado en el exterior. Logró salir de la casa, la cabaña o lo que fuera. No huyó a pie, sino que decidió correr un riesgo mayor y esconderse en el coche de un desconocido. Podría haberla descubierto.

—Eso puede indicar que el escondite se encuentra en medio de la nada —intervino Caleb—. Encaja muy bien con los páramos. Amelie sabía que a pie

no tenía ninguna posibilidad, que se perdería y pasaría días vagando sin rumbo.

—Mmm. ¿Y cómo es que el secuestrador no notó su ausencia antes de que el otro hombre se marchara? —inquirió Robert.

Helen hizo un gesto resignado con la cabeza.

—De eso no cuenta nada. Nada de nada. Se bloquea en cuanto le pregunto por el secuestrador, el escondite, las condiciones de su reclusión o el segundo hombre. No quiere revivirlo.

—Ojalá eso cambie —deseó Caleb—. Tiene que cambiar, necesitamos un montón de información. Parece que has conectado con ella, Helen.

Esta se puso colorada ante el elogio.

—Como os decía, Amelie cree que el viaje pudo durar unos cuarenta y cinco minutos. Es curioso que en ese rato su captor no llamara al conductor del coche. Al percatarse de la ausencia de la chica habría atado cabos y habría llamado a su amigo o conocido. ¿Eso quiere decir que pasó casi una hora sin darse cuenta de que se había escapado? Para aclarar este punto nos haría falta una descripción concreta del lugar. Y tendríamos que saber cómo era el régimen de encierro. Tal vez no la vigilaban constantemente y por eso su huida pasó desapercibida. En cualquier caso, transcurrido cierto tiempo el vehículo se detuvo. El conductor se apeó y no cerró con llave. Amelie dedujo que no tardaría en volver, abrió la puerta y echó a correr en medio de la oscuridad. No sabía dónde estaba, y no se paró a comprobarlo. Alcanzó a ver algunas farolas a lo lejos. Junto al coche había una pendiente cubierta de hierba y un camino de grava muy empinado que bajaba. Oía el mar. Hasta el último momento, es decir, hasta que saltó al agua, no se imaginaba dónde estaba, aunque conoce bien la zona. Era presa del pánico. No pensaba, se regía por el instinto.

—Pero nosotros sí podemos saberlo —dijo Robert—. Si consideramos el lugar donde la encontró Alex Barnes y añadimos la información de que bajó corriendo por un camino de grava, el coche solo podía estar en el aparcamiento de arriba, entre Sea Cliff Road y Wheatcroft Avenue. Encaja con esa descripción: hierba, grava, un camino que baja hasta el mar... Solo puede ser allí.

Caleb asintió. Él ya lo había supuesto, conocía muy bien el lugar porque vivía en Wheatcroft Avenue.

—He mandado a la policía científica al aparcamiento. Están peinándolo todo. Demasiado tarde, claro, pero no descartamos que aún encuentren alguna

pista. Ya habíamos rastreado toda la zona, pero ahora podemos delimitarla. Y sabemos que buscamos un coche. Tenemos indicios mucho más claros.

Incluso él se dio cuenta de que había sonado un poco como si intentara animar al equipo. En realidad, los indicios tampoco eran tan prometedores.

Helen continuó su relato de lo sucedido:

—Amelie apareció en Cleveland Way, el camino de la costa. Corría sin parar. Poco antes de llegar a la altura del balneario sintió que alguien la perseguía. Mejor dicho, estaba segura de que alguien la perseguía. Yo sería prudente con esto. Con la tormenta, la lluvia y el estruendo del mar... ¿De verdad pudo oír a alguien? En realidad no sabemos con certeza si el conductor del coche la vio huir y la persiguió. En cualquier caso, ella giró a la derecha, saltó un muro y acabó en una especie de terraplén debajo del camino.

Caleb y Robert asintieron. Llevaban décadas viviendo en Scarborough, sabían a qué lugar se refería.

—Se quedó un momento allí, agazapada contra la piedra. Su perseguidor pasó de largo corriendo. Pero después oyó que volvía. Entonces salió al malecón, se subió a la barandilla y saltó al agua. Como ya he dicho, debemos tratar con precaución el dato de que la perseguían. Estoy convencida de que realmente cree lo que cuenta, pero el pánico pudo jugarle una mala pasada.

—Es muy posible —concordó Caleb.

Conocía el estruendo del mar embravecido, que ahogaba cualquier otro sonido. Durante las tormentas, las olas rompían con tanta fuerza contra el malecón que uno no oía ni su propia voz. No obstante, quizá Amelie sentía que alguien la perseguía. No porque lo oyera, sino porque lo intuía. Esas cosas pasaban. Por otro lado, también estaba la opción de que simplemente lo hubiera imaginado.

Se frotó los ojos, intentando organizarse y organizar sus pensamientos.

—Se plantean un par de preguntas. —Era poco decir. En realidad se planteaban innumerables cuestiones, pero debía centrarse en las más importantes—. ¿Por qué el conductor paró en ese aparcamiento aislado? ¿Por qué salió del coche y no lo cerró? Todo apunta a que pensaba regresar enseguida. Por lo tanto, parece que no vive por allí.

—O puede que viva allí y se olvidara de cerrar el coche —sugirió Robert.

—Pero no es donde aparcan los residentes —objetó su jefe—. Hay dos calles justo detrás, residenciales y con sitio de sobra. Además, la mayoría de las casas tienen garaje. Nadie va a ese aparcamiento. Está pensado para excursionistas, que son casi los únicos en utilizarlo. De verdad. Lo sé.

—Casi los únicos —repitió el sargento—. Puede haber alguna excepción.

—Bueno, desafiaría muchísimo a la regla —replicó Caleb.

—¿Y si dejó el coche en una de las calles? Amelie no está segura de nada, quizá no se fijó bien.

Helen negó con la cabeza.

—Describió la pendiente cubierta de hierba y el camino de grava. Dijo que estaba oscuro y solo había unas pocas farolas a lo lejos. En eso fue bastante precisa.

—De todas formas, no deberíamos descartar que el conductor viva por ahí —insistió Robert—. O que fuera a visitar a alguien y con las prisas se olvidara de cerrar el coche. No podía saber que llevaba un polizón.

—Interrogaremos a los residentes e inspeccionaremos sus vehículos —dijo Caleb—. Por cierto, David Chapland, el hombre que ayudó a rescatar a Amelie, vive precisamente en Sea Cliff Road. Podría ser una simple casualidad, pero no voy a quitarle el ojo de encima.

—¿Y si el conductor paró para hacer pis? —inquirió Robert—. Para eso no suele cerrarse el coche.

El comisario frunció el ceño.

—Es un sitio un poco raro, al final de dos calles residenciales. No es un lugar de paso, hay que meterse a propósito.

—Se había perdido, andaba dando vueltas, tenía muchas ganas de mear y vio el aparcamiento... —conjeturó el sargento.

—Mmm... —Aunque aquello no lo convencía mucho, Caleb lo dejó estar por el momento.

—Si ese fue el caso —continuó Helen, tirando del hilo—, al regresar al coche se encontró abierta una puerta trasera. O quizá no se alejó mucho y vio a Amelie salir corriendo. Eso encajaría con su relato de que oyó a alguien pisándole los talones.

—Pero me sorprende que consiguiera dejarlo atrás —señaló el comisario.

—Imagino que ella tenía a su favor el factor sorpresa y, además, era más rápida y ágil que él. No tenía nada que perder y se lanzó sin pensar ladera abajo. Por el contrario, puede que él dudara antes de perseguirla en medio de la oscuridad, con aquella tormenta y por una pendiente muy pronunciada. Aunque supiera que su amigo o conocido había secuestrado a una chica, tardaría un momento en darse cuenta de que la fugitiva podía ser justo esa chica. Sin embargo, es muy probable que no supiera nada. En ese caso, le sorprendería muchísimo que alguien saliera corriendo de su coche. Quizá pensó que le estaban robando y al final decidió perseguirla. De todas maneras,

en ese sitio, a esa hora y con ese tiempo, habría que pensárselo dos veces. Echar a correr detrás de alguien en esas condiciones es muy peligroso.

—Cambiando de tema, sigo sin saber qué pensar del supuesto héroe que rescató a Amelie —dijo entonces Caleb—. Alex Barnes. Muy poco tiempo después, volvía a su casa desde el centro por Cleveland Way. Resulta muy extraño. Era muy tarde, había tormenta y ese trayecto le suponía un rodeo. ¿Por qué eligió ese camino?

—De eso ya hemos hablado —repuso Robert, cansado.

Le molestaba que su jefe se empeñara en las mismas preguntas a pesar de que se habían abierto líneas de investigación completamente nuevas. Aun así, debía reconocer que, en efecto, aquel trayecto resultaba raro. Alex Barnes era extraño, y su comportamiento, también. Pero eso no lo convertía en criminal. De vez en cuando la gente hacía cosas raras.

—Barnes tendría que haberse cruzado con el perseguidor —continuó Caleb—. Por supuesto sin saberlo. Pero debió cruzarse con alguien. Y en aquel lugar a aquella hora le habría llamado la atención, lo recordaría.

—Siempre que de verdad la persiguieran y no sean imaginaciones tuyas —puntualizó Helen—. Y si el hombre se dio la vuelta y volvió por donde había venido, Barnes no se cruzaría con nadie.

—También puede ser que llegara mucho después. Cuando el otro ya se había ido —dijo Robert.

—No creo. Es imposible que Amelie aguantara mucho tiempo allí agarrada —objetó Caleb—. Dice que fue una eternidad, pero en esas circunstancias cinco minutos se hacen infinitos. Más bien pienso que todo pasó bastante seguido: baja corriendo por la pendiente, cree que la persiguen, se agazapa bajo el muro. Oye pasar al hombre y a los pocos segundos cree que vuelve. Según su relato, después se subió a la barandilla y saltó al agua. Se agarró a la piedra, que resbalaba. Las olas le rompían encima. No aguantaría mucho así. Alex Barnes tuvo que aparecer muy pronto.

—Encontró un huequito en la piedra, por eso se agarraba bastante bien —explicó Robert—. En cuanto a las olas, por terribles que fueran, en realidad la empujaban contra el muro. Yo sí que creo que podría aguantar un buen rato.

—Sería cuestión de probarlo en condiciones similares —propuso Caleb, pero no vio mucho entusiasmo entre los miembros de su equipo. Era poco probable que encontrara un voluntario. Continuó—: Me gustaría investigar a fondo a Barnes. Sería fantástico conseguir una orden de registro para su piso, pero me temo que ahora mismo eso no es más que una utopía. Aun así, quiero

llevar a cabo todas las averiguaciones posibles. Y lo voy a interrogar hasta que me dé una razón convincente para estar allí en aquel momento.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Helen, inquieta.

—Imaginemos que era él quien conducía el coche. Y el misterioso perseguidor. Amelie nunca llegó a ver al visitante, de modo que no podría reconocerlo. Solo conoce la voz y, bueno, ni siquiera está muy segura de eso. Supongamos que todo lo que dice es verdad y que no fue fruto de su imaginación, debido al pánico y la angustia. Realmente Barnes le pisa los talones. Realmente pasa de largo. Realmente se da la vuelta y vuelve sobre sus pasos. Y ella se tira al agua.

—¿Y se pone a gritar pidiendo ayuda? —inquirió Robert.

—No sería raro —explicó la psicóloga—. Temía por su vida. Gritaba por instinto, a pesar del miedo a que el hombre la oyera. En situaciones así no se actúa de forma racional.

—Barnes la descubre. Y la agarra por las manos —prosiguió Caleb.

—¿Y la sujeta? —preguntó el sargento, incrédulo.

—¿Y si ella creyó que la estaba sujetando cuando su verdadera intención era soltarla de la piedra y tirarla al agua?

—No sé, suena...

—Echarla al agua sin más sería demasiado arriesgado —comentó Helen. Parecía que empezaba a entusiasmarse por la perspectiva de Caleb—. Nada le aseguraba que se ahogara, siempre podía nadar y ponerse a salvo. En ese momento, la chica ya sabría que él era el conductor del coche. Por lo tanto, podría reconocerlos a los dos, al secuestrador y a su amigo. No sabemos si este último era cómplice del rapto, pero podemos suponer que sí, en vista de que la persiguió con tanto empeño. Eso solo tiene sentido si Barnes era consciente de que Amelie representaba un peligro si lograba escapar.

Caleb la miró agradecido.

—¿Y si consideramos que Barnes sí que quería sacarla del agua? —continuó Helen—. Pero con la única intención de no correr riesgos, para devolvérsela al secuestrador. De momento desconocemos el móvil del rapto, pero en cualquier caso, ella era su presa y no querían perderla. Además, se había convertido en un peligro. Barnes no quería jugársela. Debía rescatarla. Pero no le resultó tan fácil, tuvo muchas dificultades. Amelie lo veía como su salvador porque ignoraba sus verdaderas intenciones. Y después fue muy afortunada, todo lo contrario que Barnes: apareció otro hombre, David Chapland. Este pidió ayuda inmediatamente, llamó a la policía y a

emergencias. Barnes había perdido el control de la situación. Solo le quedó fingir que pasaba por allí por casualidad y que intentaba rescatar a la chica.

—Veo dos pegos —intervino Robert.

—¿Cuáles? —preguntó Caleb, irritado.

—Primero, que Alex Barnes estaba en la pizzería cuando Amelie se escapó. Y segundo, que no tiene coche.

Todos callaron.

—Es cierto —reconoció Helen.

—¡Mierda! —exclamó el comisario.

—Y hay una cosa más —añadió el sargento—. Como sabéis, le han echado de su casa, por eso se quedó con los Goldsby. Eso quiere decir que, aunque obtengamos una orden de registro...

—¡Seré imbécil! —Caleb se puso en pie de un salto—. Es verdad, lo han desahuciado. Si los dueños renuevan el piso destruirán todas las posibles pruebas. Aunque no tengamos la orden, debemos pedir a los propietarios que no toquen nada. Tal vez acepten. Tal vez incluso nos permitan entrar en la vivienda.

—Jefe, hemos de tener presente que el tribunal debe admitir las pruebas —advirtió Robert—. No podemos incurrir en defectos de forma.

—No incurriremos. Pero tienes razón, hay que mantener la calma. Si Alex Barnes está implicado en el asunto, no solo nos llevará al secuestrador de Amelie. Quizá también nos conduzca al asesino de Saskia Morris.

—¿Crees que hay conexión entre los casos? —preguntó Helen.

Él se encogió de hombros.

—No lo descarto.

Robert Stewart suspiró. Por genial que pudiera ser su jefe, a veces se obsesionaba demasiado. Con un posible culpable. Con un desarrollo concreto del caso. De esta forma, a veces era rápido y resuelto, tomaba las decisiones correctas en el momento adecuado y resolvía el caso mientras él, el eterno indeciso, aún andaba enredado en sus propias teorías. Sin embargo, otras veces Caleb se empecinaba del todo, desestimaba otras opciones y perdía de vista la posibilidad de que podía equivocarse.

Ahora se había obcecado con Alex Barnes. Robert pensaba que había muchos elementos en contra de esa teoría, empezando por el hecho de que el hombre estaba trabajando en la pizzería, punto que había sido confirmado tanto por su jefe como por muchos clientes. Aun así, el sargento sabía que lo correcto era investigar todas las opciones, aunque fuera para descartarlas definitivamente.

Ese no era el problema. El problema era que a veces Caleb se negaba a descartar elementos que a todas luces debían descartarse. Retorcía las cosas hasta que acababan encajando en su planteamiento. Por supuesto, eso no significaba en absoluto que en realidad encajaran.

—Encontrad al dueño del piso de Barnes —ordenó el comisario—. Y pedidle que lo deje todo como está. También debemos hablar con sus vecinos. ¿Alguno vio a Barnes conduciendo un coche? ¿De dónde pudo sacarlo? Me da igual que estuviera trabajando, de todas formas quiero averiguarlo. Y después quiero hablar con él personalmente. ¿Sabéis dónde se aloja?

Robert y Helen negaron con la cabeza.

—Encontradlo —ordenó Caleb.

—De acuerdo —acató Robert.

Viernes, 3 de noviembre

1

No es que Carol se sintiera obligada a hacer el trabajo de la policía, pero la desesperaba que no pasara nada. La desaparición de Mandy se había denunciado hacía tiempo, así como las condiciones en que se produjo, y sin embargo... nada. Por lo menos nada de lo que se informara a la opinión pública. Qué diferencia con el revuelo levantado por la desaparición de Amelie Goldsby, tres semanas atrás. La prensa se llenó de noticias, por todas partes se veía policía, se organizaron patrullas de búsqueda... Pero nada de eso sucedía en aquel momento.

Por supuesto, se debía al hecho de que Mandy se había fugado de su casa. En el caso de Amelie se asumió que se trataba de un secuestro, o al menos se barajó esa hipótesis. Mandy, en cambio, fue directamente a la lista de jóvenes que, por diversas razones, cada año abandonan su hogar en Gran Bretaña y se esfuman. A veces reaparecen al poco tiempo, otras veces tardan más y, en ocasiones, nunca se vuelve a saber de ellos. Terrible para las familias, pero la policía necesitaría mil veces más recursos para investigar a fondo cada una de esas situaciones. Carol lo sabía, y sin embargo... ¿es que este caso no era distinto? Ahí fuera había alguien secuestrando y matando adolescentes. Chicas jovencitas, justo de la edad de Mandy. A Saskia Morris la habían asesinado brutalmente. Amelie Goldsby había logrado escapar. No sería raro que el culpable estuviera buscando una nueva víctima. Mandy andaba por ahí, sola y desprotegida. Presa fácil para un desalmado.

Aquel viernes, a primera hora de la tarde, visitó una vez más a la familia Allard con la vaga esperanza de que supieran algo de ella. No le extrañaría que Patsy no acudiera a la policía si se le ocurría dónde podía estar su hija, o si esta se ponía en contacto con ellos. Porque la acusación de lesiones seguía sobre la mesa. Hasta el momento no se habían impuesto sanciones porque no se había podido confirmar lo sucedido. Lynn, la hermana, afirmaba que Mandy había sufrido quemaduras graves, mientras que su madre sostenía que solo fueron unas salpicaduras. Si la chica regresaba podrían investigar la historia, y eso podía acarrear consecuencias muy desagradables para Patsy.

Para una mujer como ella, eso era razón suficiente para dejar estar las cosas y no contribuir activamente a la búsqueda de su hija.

Un viento helado soplaba aquel día del noreste, desde el mar, y la calefacción en casa de los Allard no estaba a la altura. La vencían las destartaladas ventanas, que no encajaban bien. O puede que ni siquiera funcionara. Fuera por la razón que fuera, Carol notó que hacía mucho frío en aquella cocina. Como siempre, Patsy no le ofreció nada. De hecho, cuando la vio llegar puso los ojos en blanco, exasperada. Marlon estaba sentado a la mesa, mirando al vacío.

—No sabemos nada —comenzó la mujer, apoyándose en el fogón. También eso era como siempre, nunca se sentaba. Era su forma de decirle a Carol que no se quedara demasiado tiempo.

—Sé quiénes son algunos de los conocidos de Mandy —afirmó esta. Por desgracia, no podía hablar de «amigos»—. Por nuestras conversaciones. Los he visitado a todos y nadie sabe nada. Nadie ha oído nada.

—Ajá —repuso la madre.

—Patsy, su hija tiene que estar con alguien. No puede sobrevivir en la calle ella sola durante semanas. Hace frío, va sin dinero, está herida. No...

—Lo del brazo no son heridas, solo son unas salpicaduras —se apresuró a decir la mujer.

Carol suspiró.

—Eso es lo de menos ahora. ¿Es que no se preocupa por ella?

—Mandy es muy lista. ¿Y qué quiere que haga yo? Ella decidió irse. Nuestra puerta la tiene siempre abierta. Puede volver cuando quiera.

Carol sabía que Mandy antes se cortaría una mano que volver a casa.

—Han asesinado a una chica, Saskia Morris. A otra la secuestraron y consiguió escapar. No han detenido al culpable. Seguramente sigue por ahí suelto.

—Mandy es muy lista —repitió la mujer—. No se iría con cualquiera. Es demasiado inteligente.

—Pero podría verse en la necesidad de irse con cualquiera para conseguir comida o refugio. Sé que Mandy no es ingenua ni tonta, pero no está preparada para vivir en la calle en esta época del año. Ni por asomo.

—No sé dónde está. Pero seguro que tiene un techo. Si no, habría vuelto hace días.

—¿Y si está enferma? ¿O en peligro?

—No lo está. Lo presiento. Una madre sabe esas cosas.

—Bueno, no creo que nadie pueda... —comenzó Carol, pero Patsy la interrumpió en tono cortante.

—Lo que usted crea o deje de creer me da lo mismo. No puede creer nada porque no tiene ni idea. Ni la más remota. No tiene hijos, ¿qué sabrá usted del sentimiento y del instinto maternal? ¡A ver si se casa de una vez y se queda embarazada!

Carol no estaba dispuesta a cambiar de tema.

—No estamos hablando de mí —contestó con la mayor frialdad posible—. Sino de su hija. Debería implicarse un poco más. En algún momento Mandy aparecerá y habrá que investigar la pelea que tuvieron, la razón de su huida. Dudo mucho que le convenga tener que explicar además por qué durante semanas no hizo absolutamente nada por averiguar el paradero de su hija menor de edad.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Me está amenazando?

—Solo le digo las cosas como son. Nada más.

—Debería marcharse. No tengo nada que decirle, ¡por mucho que insista!

Carol se levantó.

—Si se le ocurre algo, ya sabe dónde y cómo encontrarme.

La mujer no respondió ni se movió del sitio. Carol fue sola a la puerta. En los últimos minutos le había entrado mucho calor, a pesar del frío que reinaba en la cocina. Estaba preocupadísima por Mandy y sentía que todo el mundo la dejaba en la estacada: la policía, la familia de la chica e incluso Irene, su jefa.

«De momento no podemos hacer más», le había dicho. «Así están las cosas. No malgaste sus energías empeñándose en asuntos en los que no puede influir».

Cerró la puerta al salir y se quedó parada en la calle, con las humildes hileras de casas a derecha e izquierda. Parpadeó para sacudirse las lágrimas. Se implicaba demasiado, ese era su problema. No conseguía poner distancia con los individuos y los acontecimientos de su trabajo. No lograba subir el puente levadizo y convertirse solo en Carol, la persona.

Aquel día había tenido problemas para encontrar aparcamiento, por lo que debía caminar un buen trecho. Cuando casi había llegado al coche oyó de pronto pasos apresurados a su espalda. Se dio la vuelta y, para su sorpresa, se encontró con que Marlon Allard la seguía. Parecía agitado y atemorizado.

—¡Chis! —chistó cuando la alcanzó. Jadeaba. A todas luces, su condición física no era la mejor—. ¡Chis!

Miró temeroso a su alrededor, quizá para asegurarse de que Patsy no lo perseguía. Carol se habría reído si la situación de Mandy no fuera tan grave. El pánico de aquel hombre a su esposa resultaba bastante cómico.

—Patsy cree que estoy en casa, tumbado en el piso de arriba —susurró—. No quiero que me vea hablar con usted.

—¿Sabe algo de Mandy? —le preguntó al instante.

Él negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Pero me he acordado de que una vez mencionó a alguien, a un chico... un amigo especial.

—¿Quién es?

—No sé su nombre real. Lo llaman Cat porque tiene muchos gatos. Vive en una casa medio en ruinas en Elm Road, me lo contó Mandy un día. No creo que sea su novio, en el sentido de... bueno, de una relación sentimental. Eso no. Pero chatean mucho, y ella confía en él.

Carol le puso la mano en el brazo.

—Gracias, Marlon. Voy para allá ahora mismo.

—Estoy preocupado —murmuró el hombre. La miró con ojos sombríos y tristes, que reflejaban el fracaso de su vida y el miedo por su hija—. Muy preocupado. Mandy no es tan lista como su madre dice. A veces no es más que una niña. Es incapaz de imaginar los peligros que acechan ahí fuera. Estoy seguro de que cada día que pasa se siente más perdida.

—Eso mismo pienso yo —repuso Carol con suavidad—. Es fantástico que me haya dado esta información, Marlon.

Él exhaló un gran suspiro. Después se dio la vuelta y recorrió el camino hasta su casa con pasos lentos, arrastrando los pies. Y con la cabeza hundida.

Encontró muy pronto el edificio medio derruido. En esa parte de la ciudad había varias casas deshabitadas y ruinosas, pero solo en una había un gato paseándose por el muro, que después se perdió en la oscuridad. Ahí debía de vivir el misterioso Cat. Carol se estremeció. Parecía que la construcción se fuera a derrumbar de un momento a otro.

La puerta de entrada, torcida y sin llave, cedió en cuanto Carol la empujó. Oía muchísimo a pis de gato, que parecía empapar toda la casa. Apenas podía ver, porque fuera había oscurecido bastante y las pequeñas ventanas estaban medio tapadas con tablones. Alcanzó a distinguir que la escalera que llevaba al piso superior se encontraba totalmente destruida e impracticable. Sin embargo, había una escalera de piedra que bajaba al sótano, y allí vislumbró

un resplandor. Se armó de valor (sentía verdadero miedo en aquellas ruinas) y bajó los escalones.

Llegó a un espacio sin ventanas y con paredes de piedra, donde el aire era frío y húmedo. El lúgubre espacio estaba iluminado por multitud de velas que, colocadas en los salientes de los muros, en hornacinas, por los rincones y en las estanterías, desprendían su luz titilante. Por todas partes había gatos: diez, quince o quizá veinte, no logró contarlos tan deprisa. En un colchón lleno de manchas había un joven de pelo largo, con la ropa muy sucia. Tenía los ojos cerrados y fumaba con fruición un cigarrillo. «O seguramente un porro», pensó Carol. En efecto, además del olor a gato notó el del hachís. La mezcla era mareante.

Sentada junto al joven había una chica, pero ya de un primer vistazo Carol supo que no era Mandy. Tenía por lo menos veinte años, la cara consumida y estaba tan delgada que parecía enferma. Su pelo, largo y enmarañado, necesitaba un buen lavado, casi tanto como su ropa. De vez en cuando agarraba el porro, le daba una honda calada y se lo devolvía al chico. También ella tenía los ojos cerrados. Ambos estaban ensimismados y extasiados.

—Hola —saludó Carol.

La chica abrió los ojos. Tenía la mirada algo perdida.

—Hola —respondió.

—Busco a Mandy. Mandy Allard. ¿Está aquí?

No sabía qué reacción esperar, pero en absoluto imaginaba lo que sucedió. La joven se levantó de un salto y, repentinamente lúcida, le gritó:

—¡Se ha ido y no va a volver! ¡Y si eres amiga de esa zorra más vale que te largues también!

El hombre (Cat, supuso Carol) se incorporó y parpadeó con dificultad.

—¿Qué pasa?

La chica la señaló con su dedo huesudo.

—Esta tipa está buscando a Mandy. ¡Y viene justo aquí! ¿Es que ya lo sabe todo el mundo? ¿Que tienes algo con esa puta zorra?

—No tengo nada con ella —negó él casi para sí mismo. Mostraba dificultades para percibir lo que sucedía a su alrededor.

—Pues la eché, que lo sepas —expuso la joven—. Y de mala manera. Después de varios días me di cuenta de que estaba colada por Cat. Y es mi novio, ¿entiendes?

—Entonces ¿ha estado aquí?

—¡Y tanto! Intentó apalancarse. Empezó a decir que cuando yo me fuera... —Se rio burlescamente—. Pero conmigo eso no funciona. Yo me defiendo. ¡Cat le dice a todo que sí, pero yo soy de otra pasta!

Cat, el drogado objeto de la pelea entre las chicas, se dejó caer de nuevo en el colchón y cerró los ojos. Carol sospechó que en ese momento le daba igual qué mujer estuviera a su lado, mientras lo dejara en paz.

—Si sabe lo que le conviene no volverá por aquí —añadió la joven con odio—. ¡No me importaría estropearle esa cara bonita! ¡Ningún tío se fijará en ella en la vida!

Carol pensó que no querría tenerla de enemiga. No le extrañó que Mandy, a pesar de estar muy curtida por la vida, hubiera acabado marchándose.

—¿Cuándo se fue? ¿Hasta cuándo estuvo aquí?

—Hasta ahora mismo —susurró Cat—. Hará diez minutos o así.

Carol lo miró con asombro.

—¿Hasta ahora mismo? —repitió.

No podía ser. Seguro que a Cat se le mezclaban el tiempo y los acontecimientos.

—Sí, hará diez minutos —confirmó la novia.

Al instante, Carol dio media vuelta y voló escaleras arriba.

—¡Dile que no aparezca por aquí! —oyó chillar a la joven.

La había perdido por un pelo, ¡cómo podía ser! Mandy estaba allí hacía tan solo unos minutos. La habría encontrado. La habría sacado de allí, la habría puesto a salvo.

A trompicones, salió por la puerta torcida a la calle oscura.

—¡Mierda! —exclamó.

Miró alrededor. Nadie. Ni Mandy ni ningún otro viandante a quien poder preguntar. Con aquel viento cortante nadie salía de casa.

Recorrió arriba y abajo todas las calles aledañas, miró en algunos patios de atrás, pero no encontró a nadie. El viento le arañaba las mejillas y le lloraban los ojos. ¿Adónde iría Mandy, con ese frío? No podía dormir en la calle, tendría que buscarse un techo. Probó a sacudir las puertas de las casas deshabitadas, pero no logró entrar en ninguna. Estaban cerradas a cal y canto.

Regresó corriendo al coche. Patrullaría la zona, a lo mejor Mandy vagaba sin rumbo por ahí. «Diez minutos», había dicho Cat, una información que, a la vista de su estado, no parecía muy creíble. Pero su novia lo había confirmado, y ella parecía bastante en sus cabales, más allá de la rabia y los celos. Aunque claro, bien podían ser quince minutos, o veinte, con esas cifras es fácil equivocarse.

A pesar de todo, Mandy no podía haber ido muy lejos.

Tres cuartos de hora después, seguía recorriendo las calles. Ponía las largas cuando le parecía distinguir algo, pero solo para descubrir con decepción que no se trataba de Mandy. A veces era una persona. Otras, solo una sombra. Algo que se movía con el viento.

Paró el coche y pegó un puñetazo al volante.

La había perdido. Por un pelo.

Mandy se había esfumado.

2

Vagaba por las calles. El viento era tan frío y cortante que las lágrimas le corrían por las mejillas. ¿O lloraba de desesperación? Porque en el fondo sabía que debía rendirse. Volver a casa con su familia, donde la esperaban las amargas burlas y los sarcásticos comentarios de su madre. Donde tendría que ver todos los días a su pobre y apocado padre, su desánimo, su miedo, su cobardía ante la vida. A su hermana, que seguía su propio camino tan recta y disciplinada. Aparecerían otra vez los servicios sociales y Carol, con su mirada triste y sus advertencias insistentes. Y, además, habría una segunda parte: las consecuencias, toda la mierda que te echan encima los adultos cuando te sales del carril que ellos marcan.

«Consecuencias». La palabra favorita de la gente como Carol. «Debes asumir las consecuencias de tus actos. Siempre. Así es la vida».

Mierda de vida.

Había regresado con Cat después de huir del piso de Brendan, justo a tiempo de librarse de la policía. No se le ocurría otro lugar, por eso lo intentó de nuevo aunque sabía que su novia estaría allí y que él le había pedido expresamente que se marchara.

La novia se llamaba Ella y parecía una bruja enflaquecida. No se puso nada contenta con su aparición.

—Solo por una noche —rogó Mandy—. Por favor. No tengo adonde ir.

—Vete a casa con tus papis —contestó Ella—. Es donde tienes que estar.

Cat, que por una vez no estaba demasiado fumado, se puso de su parte.

—Ella, su casa es un desastre. Ahí no puede volver. Mira cómo le han dejado el brazo.

La quemadura tenía tan mal aspecto que impresionó incluso a la poco compasiva joven.

—¡Dios! ¡Qué fuerte! ¿Eso te lo han hecho tus padres?

—Mi madre.

—Tienes que ir a la policía.

—No. Ni hablar. Acabaría metida en un centro de menores.

—Pues es donde mejor estarías —repuso con frialdad.

Mandy la miró a los ojos.

—No —repitió.

Cat, que empezaba a intuir que la convivencia de las dos no iba a ser precisamente armónica, puso cara de preocupación.

—Mandy, claro que puedes quedarte esta noche, pero...

—No sé por qué lo ves tan «claro» —interrumpió Ella.

—Porque ahí fuera hace un frío que pela y no puedo echarla a la calle. Pero, Mandy, tienes que encontrar una solución. Aquí no cabemos todos. Y... bueno... antes o después tendrás que organizar tu vida.

Justo él era la persona menos indicada para hablar de aquello. Llevaba años haciendo equilibrios con una vida totalmente desestructurada, sin que nadie supiera cómo se las arreglaba para salir adelante. Por supuesto, Mandy no mencionó nada de eso. Necesitaba su ayuda, no era el momento de hacer comentarios críticos.

Al final se quedó cuatro días y cuatro noches, durante los cuales el ambiente fue de mal en peor. Desde el segundo día Ella mostró sin disimulos su rechazo y hostilidad. Cat se drogaba cada vez más para no enterarse de las peleas y Mandy lloraba sin parar de pura desesperación. Hasta que la situación se descontroló aquel viernes por la tarde. Ella había ido a hacer la compra y regresó con una gran bolsa de provisiones que, como se encargó de repetir, «había pagado ella sola». Cat no contestó, y tampoco Mandy sabía qué decir. Así que Ella acabó por soltarle:

—¿Te parece bonito que te demos de comer? Al menos podrías contribuir un poco...

Mandy tenía diez libras, que quería conservar como su última reserva. Pero aun así las sacó.

—Toma. Es todo lo que tengo.

La joven se puso hecha una furia. Mandy sospechó que solo buscaba una excusa para montar una bronca porque cualquiera podía imaginarse que no tenía dinero y era absurdo ponerse así por eso.

—¿Diez libras? ¿Te atreves a darme diez libras? ¡Es increíble! Te metes aquí como una gorrana, vives por la cara, comes y bebes a nuestra costa, nos das la lata, ¿y ahora me das diez libras y crees que estamos en paz?

Mandy rompió a llorar.

—No tengo nada más. ¿De dónde voy a sacar dinero? Si tuviera te lo daría, pero...

—Joder, entonces no te hagas la valiente fugándote de casa para empezar una nueva vida. ¡Si no tienes ni idea de cómo ganar dinero! Pero claro, te metes aquí y te comes nuestra comida y...

Cat intervino, pero solo consiguió empeorar las cosas:

—A ver, Ella, en realidad Mandy no come casi nada...

Su novia se giró y avanzó hacia él hecha una fiera.

—¿Y tú la defiendes? ¿La defiendes? ¿Por qué no reconoces de una vez que tienes algo con ella? ¡Hace tiempo que lo sé! ¿Te crees que soy imbécil? —chillaba tanto que la voz se le rompía—. ¿Os creéis los dos que soy imbécil?

Cat intentó ponerle la mano en el brazo para calmarla, pero ella se la apartó con violencia. Por un momento, Mandy pensó que la emprendería a puñetazos con él. Sin embargo, continuó dando voces en medio de la habitación, fuera de sí.

—Deberías irte —le susurró el joven.

Comprendió que tenía razón. Se puso el abrigo y los zapatos y subió las escaleras mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se acabó. Tenía que rendirse. Ya no tenía sentido. Nada tenía sentido.

Volver a casa. Los servicios sociales armarían todo un drama. Por la fuga. Por la quemadura. Porque todos estarían de acuerdo en que no podía regresar con su familia.

Por instinto, evitó las calles céntricas. En una zona animada llamaría la atención. No había espejos en el sótano de Cat, pero adivinaba que su aspecto era sucio y astroso. Llevaba días sin lavarse, seguro que olía como una vagabunda. Tenía el pelo grasiento y desgredado, la ropa manchada y aplastada. Y saltaba a la vista que era menor. Si se encontraba con una patrulla de policía la pararían sin dudar.

¿Y entonces? También tendría que rendirse.

Sin embargo, sentía en su interior un resto de resistencia. La esperanza de acabar encontrando una salida. Aunque pareciera humanamente imposible.

En esa ocasión sí oyó el vehículo que se le acercaba. Para escuchar música habría necesitado el móvil, que se había quedado en el piso de

Brendan. Percibió con claridad un motor que se aproximaba. Parecía reducir la velocidad. Luego paró.

Era un coche grande y oscuro, no llegó a percibir mucho más. Se parecía un poco al de Brendan o al de su conocido, pero no estaba segura de que fuera el mismo.

La ventanilla del pasajero se bajó.

«Corre —le susurró una voz interior—, corre todo lo que puedas».

En el pasado (no había transcurrido mucho tiempo, pero ya le parecía el pasado), cuando se subió al coche de Brendan, no había oído esa voz. Pero ahora notaba algo, una especie de escalofrío, una sensación de peligro, como una advertencia.

«¡Corre, corre, corre!».

Pero su situación era demasiado desesperada como para permitirse salir corriendo.

Se subió al vehículo.

SEGUNDA PARTE

Lunes, 6 de noviembre

1

Resultaba muy extraño mudarse a una casa vacía. Aunque no fue tan horrible como había imaginado. La casa de sus padres. Lo habían sacado todo, absolutamente todo. Y estaba muy cambiada gracias a la mano de pintura. En la planta de arriba habían instalado moqueta nueva de color claro. En el salón brillaba el parqué recién acuchillado. Las baldosas grises de la entrada y de la cocina se habían limpiado con chorro de arena. Esta última era la única estancia en la que quedaba algún mueble: la encimera con el fregadero, el fogón y la nevera, así como algún armario colgado en la pared. Por lo demás, como en el resto de la casa, nada.

Kate se había llevado una esterilla y un saco de dormir y los había colocado en el cuarto de su infancia y adolescencia. Colgó una sola toalla en el baño. Puso en el salón dos sillas de *camping* plegables, ante la chimenea eléctrica instalada en la pared. Metió en los armarios de la cocina algún cacharro, así como vasos, platos y cubiertos de plástico. Instaló la caja del gato, con arena limpia, en el pasillo. Messy (lo había llamado «desordenado» en honor a su anterior familia) se paseaba por todas partes olisqueando los rincones. Se había acostumbrado al piso de Londres y no parecía muy contento con ese nuevo cambio de escenario.

—Esto es provisional —explicó Kate—. En cuanto aparezca un comprador nos volvemos a casa.

El animal maulló bajito. No dio la impresión de que se lo creyera.

Su dueña suspiró. Tampoco ella sabía muy bien por qué se había empeñado en venir.

«Ponga el asunto en manos de un agente inmobiliario», le había aconsejado su vecina por teléfono. «Y cuando haya comprador, venga para el papeleo. ¿Qué se le ha perdido en Scalby? Yo me cuidaré de que todo vaya bien aquí».

Por supuesto, la mujer tenía razón. Tenía dos valiosas semanas de vacaciones e iba a malgastarlas en una casa vacía esperando ofertas. Desde Londres se había comunicado con un agente, que la visitaría el martes para

tomar fotografías y preparar un dossier. Su presencia no era necesaria para nada de eso.

«Típico de mí —se dijo—. Pasarme dos semanas con un gato y metida en una casa vacía. En Scalby, en Scarborough. En noviembre. Con un tiempo de perros. Totalmente sola. Quizá de vez en cuando a lo mejor aparece el agente con algún posible comprador. A lo mejor. Por lo demás, no veré a nadie, salvo algún día a la cajera del supermercado. ¡Genial! Sin duda es la mejor manera de hacer algo emocionante y agradable con mi vida».

En el fondo, sabía que la verdadera razón de que hubiera ido era que todavía le resultaba difícil desprenderse de la vivienda. La decisión de venderla seguía en pie («inamovible», como se repetía varias veces al día) pero le habría resultado insoportable no regresar una última vez. Como la dueña que aún era. Con todo el derecho a vivir en ella. A entrar por la puerta del jardín. A recoger las hojas caídas (tarea urgente, por lo que vio) y a sentarse en el salón frente a la chimenea eléctrica simplemente para contemplar las llamas falsas, como había hecho durante los inviernos interminables de su infancia y, después, cuando iba a visitar a su padre en Navidad y Año Nuevo.

No había nada que la calentara emocionalmente tanto como esa habitación y su fuego simulado. Todavía parecían contener todo el amor que le habían dado sus padres. Si la casa se vendía, ya nunca podría regresar allí para absorber una parte de ese cariño y, así, soportar por un tiempo su ausencia cuando saliera al frío y oscuro mundo exterior.

Necesitaba una nueva fuente de energía.

Había leído un montón de libros sobre el amor, el cariño y la sensación de protección, y todos llegaban a la misma conclusión: que debemos encontrar esas cosas en nuestro interior, ser la fuente de todas ellas. Solo entonces, de manera milagrosa, el mundo nos las devolverá. Furiosa, Kate había arrojado el último de esos libros a un rincón. Quizá fuera cierto lo que decían y escribían esos psicólogos, pero entonces, ¿dónde dejaba eso a las personas incapaces de bastarse a sí mismas, incapaces de satisfacer siquiera sus necesidades más básicas? A su sentimiento de soledad y abandono se sumaba, además, el convencimiento de ser unas auténticas fracasadas por no cumplir ni siquiera los requisitos mínimos para alcanzar una vida feliz.

Intentaría cargar las baterías al máximo en esas dos semanas. Después vendería la casa, si aparecía alguien que la quisiera. Y a partir de ahí tendría que ver cómo se las arreglaba sola.

Salió al coche y recogió las provisiones que acababa de comprar en el supermercado Tesco de la esquina de Burniston Road. Entonces se acordó de Amelie Goldsby y de su familia. ¿Cómo se encontrarían? ¿Lograría la chica superar su trauma?

Metió los alimentos en la nevera, llenó el cuenco de Messy con comida para gatos y, para ella, puso agua a hervir en un cazo. Pensaba hacerse un té y tomárselo frente a la chimenea. Fuera llovía y hacía frío, enseguida caería la oscuridad otoñal. Había puesto la calefacción al máximo en todas las habitaciones. Aunque olía mucho a pintura, no tardaría en acostumbrarse.

Estaba echando el agua en una taza y metiendo una bolsita de té cuando llamaron a la puerta. Frunció el ceño. ¿Quién sabía que estaba allí? Sus colegas de Londres, aunque ninguno se molestaría en aparecer. Y el creído de Colin. Pero no estaba tan inflamado de pasión como para seguirla hasta el lejano norte.

Abrió. Ante ella, a la luz de la farola, apareció Jason Goldsby.

Lo primero que pensó fue: «Tiene un aspecto miserable. Como si no pegara ojo por las noches».

—¿Puedo pasar? —preguntó el hombre.

Se acomodaron en las sillas plegables ante las llamas eléctricas, cada uno con una taza de té. Jason había entrado casi tambaleándose, parecía alterado y triste y, al principio, ni siquiera se dio cuenta de que la casa estaba vacía. Solo tras instalarse ante la chimenea y dar el primer trago agradecido levantó la vista a su alrededor.

—¡Vaya! —exclamó.

Kate asintió.

—Sí, todo recogido y renovado. Mañana viene el agente. Vendo la casa.

—Ya veo —repuso él. Con cuidado, tomó otro sorbo de la taza.

—¿Cómo sabías que me encontrarías aquí?

Pareció algo avergonzado.

—Pues verás, hace un rato fui al Tesco. Acabé pronto en la consulta y se me ocurrió hacer la compra. Te vi pagar y marcharte. No quería gritarte en medio de la tienda, así que fui a casa, dejé la compra y miré en el registro de nuestra pensión; te inscribiste con esta dirección de Scalby. Y por eso estoy aquí. —Guardó silencio y la miró dudoso—. Espero no molestarte demasiado.

—No, qué va —aseguró ella. En realidad hubiese preferido estar sola, pero parecía preocupado por algo importante. Habría sido una crueldad

pedirle que se fuera.

Él sopló su té. No sabía cómo empezar.

Kate se limitó a esperar.

Entonces él exclamó de pronto:

—¡Siete días! Siete días bastan para cambiar por completo una familia. ¿Puedes creerlo? ¿Que algo así pueda pasar?

—¿Te refieres a los siete días de la desaparición de tu hija?

—Sí. Fue un periodo terrible, el peor de nuestras vidas. Pero ahora ya ha pasado, ha quedado atrás y al final todo acabó bien. Las cosas podrían volver a ser como antes. Lo sucedido podría quedar como una pesadilla que se va borrando poco a poco, hasta convertirse en una sombra en el recuerdo. Pero...

—Se quedó callado.

—No está siendo así —completó ella con suavidad.

—No. En absoluto. Todo es... diferente.

—¿Cómo está Amelie?

Él se encogió de hombros.

—Sigue sin ir a clase. Y no habla sobre... las cosas fundamentales. ¿Dónde estuvo? ¿Cómo era el sitio? ¿Qué hizo el secuestrador con... con ella?

Kate reconoció el sufrimiento en su rostro y lo comprendió perfectamente. Debía ser terrible imaginarse a un hijo indefenso en manos del psicópata que lo ha secuestrado y que puede hacer lo que quiera con él. Aunque, a pesar de todo, al final ellos habían recuperado a su hija.

—Supongo que para Amelie la única forma de sobrellevarlo es reprimirlo —explicó Kate—. ¿Siguen teniendo solo el retrato robot basado en la descripción que hizo? ¿El de un hombre de unos cincuenta años?

—Sí. Aunque ahora también tienen una idea de cómo fue su huida.

—¿Ah, sí?

De eso Kate no sabía nada. Él le hizo un resumen. El segundo desconocido, en cuyo coche se había metido Amelie. La vertiginosa persecución por la oscuridad que terminó en el mar. El convencimiento de que la perseguía el conductor de ese vehículo. Que no había visto otra opción que arrojarle al mar por el muro del puerto.

—Y bueno, después, ya lo sabes, apareció el heroico salvador Alex Barnes —concluyó, y su tono indicó a Kate que, al menos en lo que a Jason se refería, aquel hombre ya no estaba bajo la luz del eterno agradecimiento. Todo lo contrario. El tono era muy amargo.

Por eso se inclinó hacia delante y le preguntó:

—¿Qué pasa con Alex Barnes?

—¡Que es un parásito! —estalló—. Un parásito ávido y molesto que se ha pegado a nuestra familia. ¡Y no la suelta!

—¿Cómo es eso?

—Un día se nos presentó en casa. Con equipaje. Lo habían echado de su piso porque al parecer llevaba meses sin pagar el alquiler. Y, claro, Deborah lo dejó pasar. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Le había salvado la vida a Amelie...

—Al comisario Hale no le hizo ninguna gracia. La agente que suele montar guardia en la calle durmió dentro las dos noches que pasó con nosotros. Después, Barnes tuvo que irse. Al comisario le parecía demasiado arriesgado.

—Porque sospecha que su papel no es solo el de rescatador... —dedujo ella. No lo encontró fuera de lo normal. Aquel hombre estaba metido en la historia, era obvio que debía ser investigado.

Jason asintió.

—Eso parece. En cualquier caso, entonces Barnes se instaló en un hotel. En el Crown Spa, con vistas al mar. Que no es precisamente barato. —Kate frunció el ceño—. Cinco noches, a nuestra costa. En ese tiempo Deborah consiguió encontrarle una pequeña buhardilla, donde se ha mudado hoy. En la calle Nicholas Cliff. Los inquilinos oficiales somos nosotros, porque a él nadie le alquila nada. Por lo tanto, lo pagamos nosotros. Además, Deborah le ha prestado ya el coche dos veces para que vaya a entrevistas de trabajo. Nos interesa muchísimo que por fin encuentre un empleo. Pero hasta ahora, nada. En mi opinión, no se esfuerza en absoluto.

—¿Hacéis todo eso por agradecimiento?

—Tenemos la sensación de estar en deuda con él. Deborah utiliza su dinero, el que ganó en verano alquilando habitaciones. Pero lo necesitamos para pagar el crédito de la reforma. Ahora estoy amortizándolo yo. Y además, tenemos la hipoteca de la casa. Es... No duermo por las noches. Verás, mi sueldo no es bajo, pero esa casa...

Kate vio confirmadas sus sospechas. Ya lo había intuido: los Goldsby se habían excedido al comprar aquella casa. Las cuentas les cuadraban con mucho esfuerzo, y siempre que no surgiera ningún imprevisto.

—Llevamos años sin vacaciones —continuó el hombre—. No podemos permitirnos un hotel. ¡Pero a ese inútil le pagamos casi una semana en el Crown Spa!

—Doctor Goldsby...

—Jason, por favor.

—Jason, lo siento muchísimo por vosotros. Es una situación terrible. Creo que Alex Barnes debería rechazar toda esa ayuda, justo porque sabe que lo hacéis por obligación. Pero está claro que no tiene escrúpulos. Por eso, por difícil que resulte, tenéis que ponerle punto final.

—Lo hemos discutido durante noches enteras —contestó, agotado—. Para Deborah supone un problema enorme. Por supuesto que la vida de nuestra hija no puede medirse en dinero, da igual cuánto llegue a sacarnos ese tipo a lo largo de los años. Pero para ella pararle los pies sería como tentar al destino. Tiene un miedo irracional a que, si lo hacemos, algo horrible le pase a Amelie. Por no haber sabido valorar el regalo de su salvación. Te parecerá absurdo, pero de algún modo puedo comprender su razonamiento. Ahora bien, si estuviera yo solo hace tiempo que habría sacado a Barnes de mi vida.

Kate suspiró. Entendía su desesperación y desconcierto. Aquellos siete días, un lapso tan breve, efectivamente habían bastado para poner patas arriba la vida de los Goldsby. Todos estaban traumatizados.

—Me encantaría ayudarte, Jason —aseguró—, pero...

—Llamo al comisario Hale todos los días, pero no siempre puedo hablar con él.

«Pobre Caleb», pensó Kate. Lo conocía lo bastante para saber que le resultaría muy difícil esquivar a alguien como Jason, a quien sin duda consideraba víctima inocente de una tragedia. Pero llamadas diarias... ¡Cielo santo! Consumían mucho tiempo y energía, dos cosas que no sobran en una investigación larga y agotadora.

—Sé que el comisario sospecha que Alex Barnes está implicado —continuó el hombre—. De lo contrario, le habría permitido dormir en casa. No me habría hecho ninguna gracia, claro, pero al menos sería más barato. Hale no me proporciona ningún dato sobre el estado de la investigación pero, en fin, digamos que no soy tonto.

—Jason...

—Mi hija escapa del lugar donde la tienen retenida agazapada en la parte de atrás de un coche. En la carretera Sea Cliff Road logra saltar del vehículo y correr cuesta abajo hacia el agua. —Kate conocía el lugar. Con tormenta, oscuridad y lluvia... Sintió un escalofrío—. Alguien la sigue, seguramente el conductor. Salta al mar. Y al momento aparece Barnes e intenta rescatarla. ¿Qué pensarías tú?

—Me plantearía todas las posibilidades, incluida que el tipo estuviera implicado. Pero seguro que eso también se le ha ocurrido a Caleb Hale y su

equipo. Habrán investigado a Barnes, pongo la mano en el fuego. Si no lo han detenido y, por desgracia, sigue dándose la buena vida a su costa, es porque no han encontrado nada. Nada que sostenga o pruebe las sospechas. Por más rabia que me dé, eso quiere decir que no tienen nada contra él.

—¡Eso no significa que no haya nada!

—Pero lo hace mucho más improbable. Créeme, estoy segura de que los han investigado al milímetro, a él y a su vida.

Él dejó la taza con el té aún caliente en el suelo y la miró a los ojos.

—¿Y tú no podrías...?

—¿Qué?

—Trabajas en Scotland Yard. ¿No podrías investigarlo?

Aquella situación no era nueva: a la gente, «Scotland Yard» le parecían palabras mágicas. Al escucharlas, pensaban que cualquier problema se resolvería. Si Scotland Yard se ocupaba de algo, el éxito estaba asegurado. Por supuesto, Kate sabía muy bien que en absoluto era así.

—No puede ser. No puedo entrometerme en el caso de otro cuerpo policial a menos que se me solicite de forma expresa. Es sencillamente... Bueno, imposible.

—Pero ahora estás de vacaciones. Podrías hacerlo a título personal.

—No debo hacerlo. Además, el comisario Hale y su equipo son excelentes profesionales. Descubrirán lo que sucedió, estoy segura.

El hombre tenía los nervios destrozados, lo veía con toda claridad. El secuestro de su hija le había robado las fuerzas. Y ahora, en lugar de mejorar, las cosas parecían tomar un rumbo aún peor. Amelie seguía sumida en el silencio y en un profundo trauma. Deborah intentaba cancelar su deuda con el supuesto salvador, aumentando así los problemas financieros de la familia. Y él se encontraba en medio, sin saber qué hacer. Estaba desesperado porque no veía solución.

—De acuerdo, supongamos que Barnes no tiene nada que ver con el secuestro ni con el secuestrador. Que de verdad pasaba casualmente por allí. De todas maneras, lo que está haciendo ahora no está bien, ¿verdad? —preguntó con mirada suplicante—. Nos está chupando las energías. Es... ¡es intolerable!

—Sin embargo, no es delito. Sin duda, ese tipo es una mala persona que se aprovecha de la deuda que tu familia tiene con él. Pero, por mucho que me fastidie, no lo van a meter en la cárcel por eso. Tienes que convencer a Deborah de que está abusando descaradamente de vosotros. Es la única manera.

—Pero a lo mejor hay algo en su vida que puede abrirle los ojos a Deborah. Así dejaría de sentirse obligada hacia él. Algo que demuestre lo frío, ambicioso y desalmado que es.

—Podría ser, pero... —Se interrumpió. Jason se aferraba a ideas de cuya existencia real no había el menor indicio.

—¿No podrías al menos intentarlo? A título personal, como amiga de Deborah. Una amiga preocupada.

—¿Cómo?

—Hablando con él.

—Jason...

—Por favor.

—Estaría acercándome muchísimo a las investigaciones del comisario Hale. Y puedo meterme en un buen lío.

—Pero eso no sucederá si no te presentas como agente de policía, ¿verdad?

Agotada, Kate comprendió que el hombre no estaba dispuesto a ceder.

—No puedo prometerte nada. Voy a pensar en cómo ayudar a tu familia, sobre todo a Deborah. Pero no puedo garantizar que se me ocurra algo. Ni que sea factible seguir por este camino. Lo siento mucho.

Él asintió. Tomó su taza y terminó el té a pequeños sorbos. Luego se levantó.

—Perdóname. Me he puesto muy pesado e insistente. Lo siento de verdad. Salió de la sala. Kate lo siguió.

Ya en la puerta, se detuvo y se giró hacia ella.

—Si es necesario, comenzaré mis propias pesquisas. No voy a dejar que esto quede así. No permitiré que nadie me destruya la vida.

Y se internó en la oscuridad.

Kate se quedó mirándolo, triste e intranquila. Lo sentía muchísimo por él. Por toda la familia.

«Aun así, no debo entrometerme», pensó.

Y cerró la puerta.

2

Caleb se marchó antes a casa. Lo hacía a veces, cuando necesitaba reflexionar a fondo y no lograba ordenar sus pensamientos en el departamento de

investigación criminal de Scarborough, cuyas dependencias le parecían celdas de una colmena. En su equipo nadie se escandalizaba por eso, sabían que a menudo su jefe volvía al día siguiente con una idea brillante para continuar la investigación. Sin embargo, esa vez Caleb no creía que ocurriera eso; es más, estaba convencido de que a la mañana siguiente abriría los ojos y se encontraría con el mismo muro ante el que se encontraba al dormirse. Y eso sí conseguía dormir. Aquel caso lo tenía desesperado. Era una maraña. Una maraña impenetrable, y no llegaba a distinguir un cabo del que tirar.

En realidad, se moría por entrar en un pub. No es que fuera a encontrar mucha tranquilidad, pero no era paz lo que necesitaba. No le disgustaba estar rodeado de personas y de voces, lo importante era que allí nadie acudía para pedirle nada y eso le permitía sumirse en sus reflexiones, de modo que podía seguir el hilo de sus pensamientos sin sentirse solo. Su casa enseguida se le caía encima. Aquel gran espacio vacío donde vivía solo desde el divorcio... Demasiado grande para él, y a veces agobiante. Desde las habitaciones de arriba se veía el mar; si algo lo retenía eran aquellas vistas. De lo contrario, hace tiempo que habría buscado un piso más pequeño.

Al final, como casi siempre, decidió no ir al pub; encerraba demasiados peligros. Aunque en realidad no era más que uno: el alcohol, y el olor del alcohol. Nunca pensó que los bebedores rehabilitados pudieran sentir ese olor con tanta intensidad. Lo notaba en todas partes: en el aliento de un hombre que pasaba a lo lejos, en una estancia donde se hubiera bebido champán el día anterior, o en una caja de bombones perdida por la oficina en la que quedara un solo bombón relleno de licor. Lo detectaba como detecta la droga un perro antinarcóticos. Y en cada ocasión, el sudor le perlaba la frente, y a veces incluso las manos le temblaban un poco.

No podía evitarlo, su cuerpo reaccionaba con todas sus fibras, nervios y sensores. Le resultaba vergonzoso y humillante perder el control sobre sí mismo de esa forma. Al mismo tiempo, era consciente de que resultaba absurdo: cuando aún se emborrachaba perdía el control por completo. Demasiado a menudo, los fines de semana en que bebía sin límite, se despertaba en su propio vómito y sin tener ni idea de las cosas lamentables que habría dicho o hecho en las horas previas a caer redondo. Curiosamente, en aquellos tiempos eso no le molestaba tanto como le molestaban ahora el temblor de manos apenas perceptible y las finas gotas de sudor. Sin duda, la razón era que, entonces, estaba convencido de que podía superarlo cuando quisiera, y ese bonito espejismo había alimentado su seguridad en sí mismo.

Ahora, en cambio, sabía que no lo superaría. Que aquello nunca quedaría atrás.

Siempre sería un alcohólico. Cuando se lo dijeron en terapia solo era información abstracta. Pero más adelante experimentó en sus carnes lo que de verdad significaba.

Sabía que en un pub sería incapaz de aguantar y acabaría pidiendo una cerveza. Y lo malo era que no se contentaría con una. No podía evitarlo, no había remedio. Si además tenía muy mala suerte, aparecería por casualidad un compañero y lo pillaría emborrachándose, y eso sería una verdadera catástrofe.

También podía beber en casa. Tenía suministro en la cocina, aunque eso violaba el acuerdo con su terapeuta: no guardar alcohol en casa era una norma fundamental. Que Caleb se saltaba desde hacía tiempo.

Pero al menos allí no había testigos.

Estaba sentado a la mesa del gran salón abierto, que solo una barra separaba de la cocina. Tenía un vaso de agua delante y plena conciencia de que, en un armario detrás de él, había varias botellas de whisky. Y de vino tinto francés. Y cerveza en la nevera.

Intentó reprimir esas imágenes. Debía ocuparse de cosas más importantes.

Alex Barnes. Llegaron demasiado tarde para identificar posibles huellas en su piso. Lo había abandonado días antes de presentarse en casa de los Goldsby, y se había alojado con un amigo. Su arrendador, que llevaba tiempo deseando echarlo por impago, comenzó las reformas de inmediato. Había arrancado los suelos y pintado las paredes, además de encargarse de una cocina modular que aún no había sido entregada.

—¿Es que Barnes vivía sin cocina? —le había preguntado Caleb—. Y dígame, ¿qué ha hecho con los muebles?

—La cocina no era más que un fogón viejísimo, una nevera que no funcionaba y una mesa a punto de romperse. En cuanto a muebles, el tipo no tenía casi nada. Dormía en el suelo, en un saco de dormir. Tenía la ropa tirada por todas partes y metida en una bolsa grande. Había una silla. Lo dejó todo aquí, llamé al servicio de recogida del ayuntamiento para que se lo llevaran. Tampoco era mucho...

Caleb había maldecido. No quedaba nada que analizar, nada que pudiera proporcionarles una pista.

El sargento Stewart lo tranquilizó:

—¿Y qué esperabas encontrar? ¿Huellas de Amelie Goldsby? Dudo mucho que la trajera aquí.

En efecto, el piso estaba en pleno centro de la ciudad, encajonado entre patios interiores. No era razonable pensar que alguien lograra ocultar allí a una persona secuestrada.

—El vehículo —dijo entonces Caleb—. Debemos encontrar el vehículo en el que Amelie logró escapar.

Alex Barnes no tenía coche, por ahí no había nada que hacer. Recorrieron todas las empresas de alquiler de vehículos y preguntaron en su antiguo barrio, pero ni aparecía en ningún registro ni nadie lo había visto jamás con un coche.

—¡No se lo podía permitir! —masculló una vecina con desprecio.

Tampoco las preguntas a los residentes de la zona del aparcamiento de Sea Cliff Road dieron resultados. Nadie había visto nada aquella noche. Nadie reconoció a Alex Barnes a partir de la foto que llevaron los agentes.

—Estoy atascado... —murmuró Caleb.

Tomó un trago de agua («no pienses en el whisky», se repitió) y se quedó mirando por la ventana. Solo eran las cinco, pero ya casi había oscurecido. La habitación se reflejaba en el cristal mojado, veía al hombre solitario sentado a la gran mesa. Una mesa que su esposa había elegido para poder recibir muchos invitados. Le encantaba reunir amigos, agasajarlos, charlar con ellos hasta bien entrada la madrugada, reírse juntos... Había sido fantástico vivir con ella. Era él quien la había expulsado. Acabó marchándose porque no aguantó el drama del alcohol. Caleb lo entendía. Desde entonces estaba solo y jamás tenía invitados. No habría sabido qué hacer con ellos.

Divagaba. Se obligó a concentrarse en aquel caso endemoniado. Tenía ante sí una hoja de papel y sostenía un lápiz en la mano.

«Alex Barnes», había escrito.

Dibujó detrás una gran interrogación. Seguramente tendría que olvidarse de él. Aunque aquel tipo no le gustaba nada y le parecía escandaloso cómo abusaba del agradecimiento de Deborah Goldsby (su marido lo llamaba casi a diario por esa razón), no habían logrado confirmar las sospechas de que hubiera cometido algún delito. A lo mejor de verdad pasaba por allí por casualidad. A lo mejor realmente había decidido dar aquel rodeo absurdo por Cleveland Way con un tiempo de perros porque era parte de su rutina al salir de la pizzería. A lo mejor todas sus afirmaciones eran ciertas.

«Pero entonces —se preguntó—, ¿a qué se debe esta mala sensación?».

Quizá a que Alex Barnes era su único sospechoso. Si lo descartaba, perdía toda esperanza de arrojar algo de luz en aquella historia dentro de un tiempo razonable. No existía pista alguna ni del secuestrador ni del misterioso

segundo hombre, el conductor del coche en el que logró huir Amelie. Era de locos.

Escribió tres nombres más en el papel: Hannah Caswell, Saskia Morris, Amelie Goldsby.

Kate Linville opinaba que el caso de Hannah Caswell podía tener relación con los otros dos. También había desaparecido en la calle, y su edad era la misma. No obstante, Caleb tenía sus dudas. Había dirigido la investigación hasta que esta llegó a un punto muerto. No localizaron un solo indicio: ni móviles, ni bolsos abandonados, como con Morris y Goldsby. Tampoco encontraron el cadáver. Nada. Eso no descartaba al cien por cien que hubiera una conexión, pero, aun así, Caleb dudaba. Las diferencias de ese caso con los demás le parecían demasiado grandes.

Quedaban Saskia Morris y Amelie Goldsby. Una fue hallada muerta, la otra desapareció al día siguiente. ¿Acaso el criminal necesitaba un reemplazo rápido?

«Como un adicto», pensó, y volvió a acordarse del whisky.

¿Por qué había dejado morir a Saskia de hambre y sed? Era una forma extremadamente pasiva de asesinar. Sin sangre, sin violencia física. Cuando al final falleció, la abandonó en los páramos. Antes la había tenido con él durante meses, ¿conviviendo con él? ¿Dónde se podía ocultar tanto tiempo a una persona sin que nadie se diera cuenta?

Aunque había historias así. Psicópatas que construyen escondites subterráneos, como Wolfgang Priklopil o Josef Fritzl. Como Phillip Garrido, condenado a una sentencia centenaria por secuestrar y violar durante dieciocho años a la estadounidense Jaycee Lee Dugard.

¿Acaso se enfrentaban a un monstruo de ese tipo?

Saskia no había sido violada, lo que no descartaba que la hubiera utilizado para algún fin sexual. ¿Por qué la había dejado morir? ¿Se había vuelto demasiado rebelde? ¿O demasiado mayor? Tenía catorce años cuando la secuestró, quince cuando murió. ¿Sería tan exiguo el margen de su avidez? ¿Acaso las chicas que despertaban sus ansias tenían que encontrarse justo en esa breve transición entre niña y adolescente?

Y ¿qué era lo que hacía con ellas?

Caleb había trabajado a menudo con pedófilos. Sabía muy bien lo selectivos que son. Lo concretas que son sus preferencias y sus prácticas.

Por supuesto que los pedófilos ejercen la violencia, pero no siempre son conscientes de ello y no necesariamente son capaces de llevar a cabo un asesinato.

En ese sentido, la muerte por inanición encajaba bien. Quizá se cansó de Saskia y se sintió incapaz de matarla con sus propias manos. Se limitó a dejar de verla. La ignoró, borró su existencia.

Sin duda, la chica gritaría y chillaría sin parar, intentaría por todos los medios llamar la atención. Eso indicaba que estaba encerrada en algún lugar donde nadie podía oírla. Ni siquiera su secuestrador, que seguramente no lo habría soportado.

Su cadáver se había encontrado en los páramos. Como el bolso de Amelie.

Los páramos. Un terreno sin fin. Lleno de colinas, valles, planicies. Granjas aisladas.

«Una aguja en un pajar», pensó Caleb. Aun así, la afirmación de Amelie de haber realizado un largo trayecto en el vehículo también encajaba. El culpable atrapaba a sus víctimas en la ciudad. Era lógico, dado que por las solitarias carreteras comarcales y los caminos rurales no suelen encontrarse niñas paseando. Después las encerraba en un lugar apartado, en medio de la nada. Donde solo lo tenían a él. Donde estaban totalmente a su merced.

Sintió un escalofrío solo de imaginar lo que podría haberle pasado a Amelie.

En realidad, ella representaba su única ventaja. Había visto al secuestrador. Podía describir, al menos, el interior del lugar de su encierro. Había logrado escapar de milagro y por eso se conocía la existencia de un posible cómplice. Amelie era el sueño de cualquier investigador. Pero solo en teoría. Por desgracia, se bloqueaba cada vez que la conversación se aproximaba a los acontecimientos fundamentales. La sargento Helen Bennett continuaba visitándola todos los días.

«Solo habla del agua —informaba—. Una y otra vez. Del miedo a morir ahogada».

«Está atrapada en esa secuencia —reflexionó Caleb—. Qué mala suerte».

Contaban con una descripción y un retrato robot. Se los enseñaron a los destrozados padres de Saskia Morris, pero no reconocieron a aquel hombre. Tampoco les dijo nada la fotografía de Alex Barnes.

«Nunca lo hemos visto. Lo sentimos. Entre nuestros conocidos no hay nadie con ese aspecto».

Era de esperar. Todo indicaba que las víctimas eran escogidas de forma aleatoria. Patrullaba las calles. Acechaba a sus presas. Sabía reconocer la ocasión propicia. Y las cazaba.

Eso significaba que podía volver a atacar en cualquier momento. Aunque quizá estuviera perplejo por la huida de Amelie. No podía saber que la chica

no hablaba. Quizá ni siquiera sabía qué había visto exactamente. Con suerte, eso lo llevaría a no actuar por un tiempo.

El retrato robot realizado a partir de la descripción se publicó en la mayoría de los periódicos regionales y estaba disponible en internet. Aunque habían recibido algunas llamadas, ninguna de las pistas que siguió la policía llegó a concretarse. Además, ¿cómo de fiable era la descripción de una joven traumatizada? Caleb creía que Amelie se esforzaba al máximo, pero que su única manera de preservar su estabilidad psicológica era reprimir pasajes enteros de su historia. No había modo de saber si la descripción del secuestrador era correcta.

—Joder, tengo tan poco, tan poquísimo —maldijo en voz alta.

Si el asesino volvía a actuar, él y sus colegas se verían sometidos a muchísima presión. Y no tendrían tanta suerte una segunda vez. Amelie se había escapado porque el secuestrador no había prestado suficiente atención, quizá por tomarse la situación a la ligera. Pero las siguientes chicas no tendrían ni la más mínima posibilidad.

Caleb notó que lo invadía una sensación familiar cercana al pánico. Los hechos se le confundían en la cabeza. Era como una gigantesca madeja cuyo extremo no lograba encontrar. En algún sitio tenía que haber algo que le permitiera avanzar; estaba seguro, porque siempre lo había, pero ahora era incapaz de verlo. Parecía que, cuanto más buscaba, más se enredaba en la maraña.

La conciencia del whisky a su espalda se hizo más intensa.

Había un grado concreto de embriaguez en el que se le ocurrían conexiones geniales, así como ideas que hacían avanzar la investigación. En el pasado controlaba muy bien ese punto. Requería una gran dosis de alcohol (otros habrían acabado por el suelo, medio inconscientes), pero se sentía muy seguro de sí mismo, muy fuerte y lúcido. El mundo exterior y su mundo mental aclaraban sus contornos, se volvían nítidos, se desenmarañaban. Era capaz de ver cosas que antes permanecían ocultas. A veces sorprendía a todo su equipo con una aproximación nueva al caso que lo cambiaba todo.

«El jefe y sus momentos de genialidad», decían sobre él. Sin embargo, al final se enteró de que, a sus espaldas, se comentaba: «El jefe y sus momentos de ebriedad». Porque no siempre estaba tan lúcido, y de verdad creía que a su alrededor nadie se daba cuenta del problema. Cuando todos lo sabían. Descubrirlo fue una de las revelaciones más duras de su vida.

Después de rehabilitarse, tras varias semanas sobrio, dejó de poder calcular la dosis necesaria. A veces reaccionaba a pequeñas cantidades de

whisky como antes lo hacía al pasarse la noche entera bebiendo. Y eso lo complicaba todo. Por otra parte, no debía recaer en el ritmo anterior, ni tratar de recuperar su resistencia. Se había desintoxicado porque el médico lo había puesto entre la espada y la pared: «O deja de beber o se queda sin hígado. Con suerte le quedan dos años, más no le aguantará el cuerpo».

Se levantó y se dirigió a la cocina. Solo un vaso. El problema era parar. Pero a lo mejor lo conseguía. Solo un vaso.

«Nunca lo has logrado. Ni una sola vez».

Hizo oídos sordos a la desagradable voz que resonaba en su cabeza y abrió el armario. El whisky brillaba en la botella como crema de oro. O como ámbar líquido.

Ya podía olerlo. Dios, no sabía de lo que sería capaz si en ese momento alguien intentara impedirle tomar la botella.

Entonces sonó el móvil, que estaba sobre la mesa.

Entre maldiciones, logró apartarse del armario. Debía estar disponible, no podía ignorar una llamada. Le temblaban tanto las manos que solo al segundo intento logró descolgar.

Era el sargento Stewart.

—Hay noticias, jefe.

—¿Buenas? —preguntó, con la voz rota. Se aclaró la garganta—. ¿Son buenas noticias? —repitió.

—Pues depende —repuso Robert—. Como sabes, me personé en todas las empresas de alquiler de vehículos de las intermediaciones de Scarborough. No encontré ni rastro de Alex Barnes. Pero hace diez minutos me han llamado de ISY Rent. Lo han localizado en sus archivos. Un tal William Brown, al parecer amigo de nuestro hombre, utilizó sus servicios. Y registraron también el carnet de conducir de Barnes, que consta como segundo conductor. Ahora agárrate: la reserva se hizo el 14 de octubre.

Caleb hizo la conexión al instante:

—¡El día del secuestro de Amelie! Esto es...

—Pero hay un problema —lo interrumpió—: la hora de retirada del vehículo. William Brown lo reservó a primera hora de la tarde, y lo recogió en Scarborough al final del día. Muchas horas después de que la chica desapareciera.

—Ese Brown podría ser el culpable. Y Barnes, su cómplice.

—Pero la secuencia temporal no cuadra.

Caleb notó que le latían las sienes.

—Aun así. No puede ser casualidad. ¿Hasta cuándo tuvieron el vehículo?

—Hasta la noche del día siguiente, el domingo 15 de octubre.

—¿De qué tipo era?

—Una furgoneta.

—Perfecta para...

—Es una furgoneta blanca. Amelie mencionó un coche grande y oscuro. Ya sé que está aturdida y alterada, pero no creo que se confunda tanto.

—¿Y el día que se escapó? El viernes 20 de octubre, ¿hay alguna reserva de Brown o de Barnes?

—No. Ni tampoco en los días anteriores.

—Al menos no en esa misma empresa.

—He estado en todas. No quedan más.

—Podrían haberle pedido el coche a alguien. Hay que encontrar e investigar ahora mismo a ese William Brown. ¡Mierda! Hemos perdido mucho tiempo. Si nos hubiéramos concentrado más en las empresas de alquiler...

—Bueno, ellos nos han llamado.

Caleb reflexionó un momento.

—No puede ser casualidad —repitió—. Son demasiadas casualidades. Barnes casualmente paseaba por el malecón cuando Amelie necesitaba ayuda. Y casualmente alquiló una furgoneta el día de su desaparición. No creo en las casualidades, Robert. Desde luego, no en tantas juntas.

El sargento Stewart opinaba de otra forma. Pensaba que en la vida a veces se acumulan casualidades increíbles. Aun así, también a él le había electrizado la información de ISY Rent.

—Los de la científica están con la furgoneta —explicó—. Aunque fue limpiada cuando la devolvieron, como es habitual. Después se ha alquilado varias veces y la han limpiado cada vez. Así que no tengo muchas esperanzas de encontrar nada útil. Pero lo intentaremos, claro. —Caleb suspiró. Primero las reformas del piso y luego la limpieza de la furgoneta. Barnes tenía una suerte increíble—. He citado al sospechoso para mañana —continuó Robert—. Y se ha mostrado totalmente dispuesto a colaborar.

—Es lo más inteligente por su parte. ¿Y qué hay del tal Brown?

—Ya tengo su dirección. Dos de los nuestros están de camino.

—De acuerdo. Bien.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—No sé si es relevante, pero... Tiene que ver con otra chica: Mandy Allard. Lleva bastante tiempo en paradero desconocido.

Una denuncia de desaparición que en otras circunstancias no llegaría a su departamento. Sin embargo, en vista de la situación, habían recibido el aviso. Caleb lo recordaba.

—Pero era un caso de violencia familiar, ¿no? La chica se fue de casa porque su madre la agredió. No acaba de encajar.

—Por eso no quiero precipitarme. Pero la trabajadora social se presentó en comisaría el sábado por la mañana para informar de que conocía su último paradero. Una casa abandonada donde vive un vagabundo. Enviamos una patrulla, pero no había ni rastro de la chica.

—No creo que sea responsabilidad nuestra...

—Además —le cortó Robert—, hoy a mediodía se recibió en otra comisaría la llamada de una señora mayor. Al parecer, vio una chica salir corriendo de su edificio en la mañana del 30 de octubre. Bajaba del piso superior donde, palabras textuales, vive un bicho raro, un tal Brendan Saunders. La descripción de la joven coincide con Mandy Allard.

—¿Por qué llama ahora esa mujer? ¿Una semana después?

—Seguramente no sabía si era importante. Y puede que no quisiera líos, vive en el mismo edificio que Saunders... Pero estaba intranquila y al final ha preferido contarlo.

—Mmm... —hizo Caleb. No le parecía que aquella pista fuera para tirar cohetes.

—Deberíamos investigar a ese Saunders. Está en el sistema.

—¿Por qué razón?

—Pertenece a una pandilla de jóvenes que en 2005 violaron durante horas a una chica en una fábrica abandonada. Al parecer aquel día no estaba con ellos, pero era del grupo. Curioso, ¿no?

Martes, 7 de noviembre

—¡Ojalá tuviera coche! —exclamó Alex—. Así no tendría que pedirle el suyo constantemente. Me resulta muy incómodo.

Estaban en un café de Hull, intentando entrar en calor con un té después de recorrer durante una hora la calle comercial, azotada por el viento. Habían comprado ropa nueva para Alex, de la cabeza a los pies. Deborah lo había pagado todo con muy mala conciencia, porque Jason se pondría frenético y se lo reprocharía, pero intentaba tranquilizarse diciéndose que un aspecto más cuidado aumentaría sus posibilidades de encontrar trabajo, y que redundaba en interés de todos que eso sucediera lo antes posible. Debía sostenerse por sus propios medios, de lo contrario se les echaría encima para siempre.

La había llamado a mediodía para contarle que tenía una entrevista en Hull a media tarde. Un trabajo de oficina en una empresa de construcción; nada que le apeteciera, pero, como él mismo destacó, no podía permitirse ser caprichoso. «Y, además, Hull está bastante lejos de Scarborough», añadió.

Esa frase había sido determinante para Deborah. Si conseguía el puesto... bueno, al final acabaría mudándose allí. Sería absurdo recorrer el camino todos los días, incluso aunque consiguiera un coche. En realidad, ella deseaba que se marchara al fin del mundo, pero, en fin, sin duda era un comienzo.

Por eso había accedido a llevarlo y, ya que estaba, lo había arrastrado primero al peluquero y luego a la sección masculina de diferentes tiendas. Él no paraba de repetir que no podía aceptarlo, pero, por supuesto, al final lo aceptó todo. Deborah trataba de pensar solo en el bien superior. En cuanto a Barnes... Bueno, estaba segura de que se lo había pasado en grande. No de manera visible; al contrario, su expresión era más bien de culpabilidad. Pero por dentro se reía. Disfrutaba de la situación. Le parecía fantástico renovar el armario sin gastarse un penique. Jason tenía razón: le encantaba que la familia Goldsby tuviera con él una deuda de gratitud. Y estaba decidido a aprovechar la circunstancia todo lo posible.

«Es decir, todo lo que nosotros le permitamos», pensó Deborah.

Lo contempló desde el otro lado de la mesa mientras sentía en los dedos la agradable sensación de que, con el calor de la taza, se le descongelaban y volvían a la vida. Qué rabia haberse olvidado los guantes.

Barnes resultaba mucho más serio con el corte de pelo y la nueva vestimenta. Al menos, todo lo serio que podía parecer. Había en él una especie de picardía, aunque quizá solo era una impresión suya, o una idea que proyectaba sobre él. Otras personas quizá lo tuvieran por un hombre normal y simpático; alguien con buen fondo que no conseguía encarrilar su vida. Eso fue lo que pensó ella en un principio. Cuando, de puro agradecimiento, le habría puesto el mundo a los pies.

—Esta mañana he tenido que ir a la policía —le contó Alex. Soltó un leve suspiro—. Esto no acaba nunca. Ese comisario Hale la ha tomado conmigo.

—¿Qué querían esta vez? —preguntó Deborah. Aunque no soportaba a aquel tipo, tampoco compartía las sospechas del comisario. No sabía explicar por qué, pero no le parecía un delincuente. Un gorrón, sí. Un individuo centrado solo en sus propios intereses. Pero no un criminal.

—Un amigo mío alquiló una furgoneta el 14 de octubre. En ISY Rent. Yo también estaba registrado como conductor.

—El 14 de octubre fue el día que...

—Sí, por eso Hale está tan alterado. El hombre anda tan perdido que se agarraría a un clavo ardiendo. Y, ahora mismo, yo soy su clavo preferido. Puede que el único. —Hizo una breve pausa—. ¿Se ha fijado en que bebe?

—No —contestó perpleja. ¿Hale bebía? Ella no había notado lo más mínimo. Seguramente Barnes solo pretendía malmeter.

—Enseguida detecto las adicciones de la gente, sobre todo al alcohol —explicó—. Se sabe por las pupilas y el tono de la piel. Y por el comportamiento. Claro que no se emborracha cuando está de servicio, ni va por ahí balbuceando. Pero le cuesta un mundo llegar al final del día. Apuesto a que una de cada dos noches se trajina una botella de whisky.

A Deborah le caía bien el comisario Hale.

—No debería contar ese tipo de rumores —advirtió, molesta—. Aunque no sean ciertos, pueden arruinarle la vida a la gente.

—Antes o después verá que tengo razón.

—Bueno, ¿y qué es eso de la furgoneta?

—La alquiló mi amigo William porque el lunes se mudaba. Nos pasamos todo el domingo llevando cosas al piso nuevo. Lo han interrogado durante horas, el pobre está hecho polvo. Por suerte, tuvieron que soltarlo porque unos vecinos confirmaron que nos vieron cargando cajas. Hale está superfrustrado. —Soltó una risita—. Se pensaba que por fin tenía algo.

—Una furgoneta...

—Una furgoneta blanca, sí. Amelie dijo que la habían metido en un coche oscuro. Además, su descripción del culpable ni se parece a mí. Y dudo mucho que me hubiera dejado salvarla si antes la hubiera secuestrado y encerrado.

—Pero usted podría ser el segundo hombre, el del coche. —Al instante añadió—: Bueno, no es que crea que...

—Seguro que su marido está deseando que sea yo. Pero, gracias a Dios, estaba trabajando en la pizzería en el momento de la huida. No hay vuelta de hoja. —Se había terminado el té y buscaba al camarero—. Ahora necesito algo más fuerte, ¿quiere algo?

—No, gracias. Y usted no debería beber antes de la entrevista.

—No me voy a emborrachar por un chupito. Estaré más relajado. —Pidió una grappa. Cuando se la trajeron, continuó—: A su marido le encantaría, porque así se librarían de mí.

—Eso no es cierto. Le estamos muy agradecidos, tanto él como yo.

Barnes soltó una carcajada.

—Pues claro que me están agradecidos. Pero desearían tener una razón para terminar con este numerito. A nadie le gusta sentirse en deuda. Sin embargo, por desgracia para ustedes, el comisario no ha podido acusarme de nada. Además de estar trabajando, el día de la huida de Amelie no alquilé ningún vehículo.

«No de manera oficial», pensó Deborah.

—¿Y cómo está Amelie? —preguntó entonces.

Deborah notó que se le oscurecía el semblante.

—No muy bien. Se pasa el día en su habitación, mirando por la ventana. Ni siquiera sale al resto de la casa, no come ni cena con nosotros.

Debía reconocer que antes del secuestro la situación no era muy diferente. Desde hacía unos nueve meses su hija se había distanciado. Como si pasar tiempo con sus padres, sobre todo con su madre, fuera lo peor del mundo. Entonces no lo habían tolerado, Jason insistía en que debía cenar con ellos. Pero Amelie apenas hablaba.

Ahora la dejaban en paz, porque parecía que fuera a quebrarse si la obligaban a hacer algo que no deseaba.

—Está como... encerrada en sí misma. Como ausente.

—Seguro que le iría bien volver a clase. No para de pensar en las mismas cosas.

—Ya, pero se niega a asistir al instituto. La psicóloga dice que no puede retomar su vida como si no hubiera pasado nada. Tengo la sensación de que

es incapaz de volver a la normalidad. Es como si no pudiera aceptar la normalidad.

—Sí, creo que lo comprendo... —dijo Alex, pensativo.

—Y yo. Pero... Lo malo es que mientras tanto sigue atrapada en esa situación. No cuenta los detalles fundamentales del secuestro. Solo habla del mar. Una y otra vez. Que pensó que se moría, que se ahogaba. Es como un carrusel: cuando empieza a girar se pasa horas dando vueltas sobre sí misma.

—En algún momento lo contará todo.

—A veces no me atrevo ni a tener esa esperanza.

—¿Habla con algún amigo?

—Eso también es muy raro. Siempre ha tenido amigos, amigas sobre todo. Antes se pasaba la vida en internet. Yo le reprochaba que estuviera todo el día con el móvil pegado a las manos.

—Pero el móvil se perdió, ¿no?

—Le hemos regalado uno nuevo. Para que pueda retomar el contacto con el mundo. Pero no lo hace, casi ni lo toca. Dios mío... —Sonrió con amargura—. Quién me iba a decir que acabaría deseando que se enganchara otra vez al WhatsApp. Antes no paraba de decirle que lo dejara, y ahora rezo para que lo use. Sería un primer paso. Pero no lo da.

—Ya se recuperará —comentó Alex con total indiferencia.

«Pues claro, por qué iba a importarle», pensó Deborah para sus adentros. Y añadió:

—Debería ir saliendo ya. Le espero aquí.

—Muy bien, gracias. ¡Cruce los dedos! —Se levantó.

«Dios quiera que consiga el trabajo —rogó Deborah—. Dios quiera que también él recobre la normalidad».

Pero tenía un mal presentimiento.

Se llama Mandy. Ya conozco su nombre, y cuando la veo, el viernes pasado, sé que es ella. La observo mientras avanza por la oscuridad de la calle. Los hombros levantados, los brazos cruzados sobre el cuerpo... Se muere de frío. Aunque la noche es heladora, su frío es desproporcionado, parece brotar de su interior. Su aspecto es lastimoso. Sola. Abandonada. Desesperada. Las chicas de su edad suelen caminar con mucha seguridad, incluso con un tiempo como este. Saben que son guapas y que despiertan admiración. No lo dudan ni un momento, por eso van por ahí confiadas y relajadas. Tienen tanta fuerza y juventud y belleza... Y ni siquiera se lo plantean. Creen que esa fase va a durar para siempre, ahí reside su encanto. En que no ven el final. En que piensan que serán jóvenes para siempre.

Esta chica no desprende desparpajo ni confianza en sí misma. Saskia también era así. No tan triste y lastimosa, pero tampoco brillaba. Era tímida, apenas se atrevía a abrir la boca. Resultaba muy difícil conversar con ella. Al principio pensé que era normal, que debía acostumbrarse a mí. Pero luego... En fin, ya lo he dicho antes. Las cosas empeoraron en lugar de mejorar. Fue una decepción terrible.

En cuanto Mandy se sube al coche noto que no es de carácter débil. Es solo que en este momento se siente fatal: se muere de frío y lleva días sin comer en condiciones, según me cuenta. Pero tiene una voz firme y una forma de hablar enérgica. Su familia no es de las mejores, se nota enseguida por cómo se expresa. Esta es distinta.

Mientras el vehículo avanza me pregunto si será indicada para mí. Hace tiempo que vive en la calle, me cuenta. Eso ya lo sé, y además cualquiera lo notaría al instante. Va sucísima. Apesta. A sudor, a ropa sin lavar, a pelo grasiento. Sé que me tocará acarrear y calentar cubos de agua y enjabonarla a fondo. Después necesitaré ropa limpia. Las cosas de la otra no le valdrán, esta es más alta y muy delgada. A lo mejor consigo engordarla un poco, está tan flaca que parece enferma. Hay muchas chicas así hoy en día. Se matan de hambre

para entrar en vaqueros de una talla ridícula, apuntan su peso en un diario y cosas así. Controlan todo lo que comen. Lo he visto en la televisión.

En el coche llevo un paquete de galletas que Mandy engulle con apetito voraz. Me cuenta que se escapó de casa a principios de octubre y que ha tenido que apañárselas desde entonces. Los últimos días se alojó con un amigo, pero ha tenido que marcharse por broncas con su novia.

—Ya pensaba que tendría que rendirme... —dice—. Con este frío...

Me enseña el brazo izquierdo, cuyo aspecto me horroriza. Su madre le arrojó el agua de un hervidor. Está en carne viva. Ha tenido mucha suerte de que no se infecte.

—En mi casa hay vendas y una buena pomada para quemaduras —le aseguro—. Nos ocuparemos de eso.

—No quiero volver a casa —explica—. Me llevo fatal con mi madre. Mi padre no puede ayudarme. A mi hermana no le importo. Me da miedo que los servicios sociales me metan en un centro de menores.

—No tengas miedo —la tranquilizo—. Puedes quedarte conmigo. Bueno, si quieres...

El corazón me da un vuelco de alegría. Aunque no es una chica de mi estilo, bajo ningún concepto desea regresar a casa. No se pasará el día llorando y gimoteando porque quiere volver a su vida. Me necesitará. Se alegrará de tener un sitio donde quedarse, donde nadie le arrojará agua hirviendo. Donde no la encontrarán los servicios sociales.

A lo mejor la indicada es ella. Ha sido cosa del destino. Quizá por eso no funcionó con las otras.

—¿Y usted dónde vive? —me pregunta cuando abandonamos Scarborough en dirección al norte.

Con las otras, ese siempre había sido el momento más difícil. O, mejor dicho, a partir de ese instante ya solo había momentos difíciles. Cuando percibían lo lejos que íbamos. Ya les daba igual adonde las llevara: alejarse de lo que conocían como «su hogar» y «su vida» las sumía en un pánico que nunca más las abandonaba.

Pero no puedo hacer otra cosa.

Por eso no descarto que, incluso con esta, la situación se ponga fea.

—Vivo un poco lejos —contesto vagamente.

Por un momento parece nerviosa. Pero no entra en pánico. Lo que la aterroriza es verse otra vez en la calle. Cualquier cosa es mejor que encontrarse ahí fuera, desprotegida, a merced del frío y del hambre.

Esta chica no tiene nada que perder.

Después incluso se duerme. Está agotada. Pega la cabeza a la ventanilla y oigo su respiración, profunda y regular. Es increíble. Un regalo del cielo. Avanzamos y avanzamos... hacia zonas cada vez más solitarias... No nos cruzamos con ningún coche. Y no se da cuenta.

Podría llevármela al fin del mundo.

No he vuelto a ir al sótano. A estas alturas, todo debería haber acabado.

Miércoles, 8 de noviembre

1

Al poco de mudarse, Kate se sintió bastante bien. Pero tan solo habían transcurrido unos días y ya notaba que no aguantaría aquel aislamiento autoimpuesto en una casa vacía. El silencio la agobiaba. Los recuerdos, que a pesar de todo permanecían muy vívidos, la perseguían. El vacío amenazaba con sumirla en la depresión.

Se habría vuelto loca de no ser por Messy, que por la noche se acurrucaba a su lado en el saco y por el día la seguía a todas partes, pegada a sus talones.

El martes acudió el agente, que se mostró muy optimista a la hora de encontrar un comprador.

—Esta casa es justo lo que quiere una familia joven —comentó entusiasmado—. La distribución es ideal. Abajo: la cocina, el salón y el comedor. Arriba: tres dormitorios y un baño. Y un jardín bonito y manejable. ¡Es perfecta!

«Sí —pensó Kate—, es perfecta. Lo fue para nuestra familia».

El miércoles por la mañana se presentó de nuevo el agente con una pareja interesada. Ella estaba embarazada y de mal humor; él sacaba defectos a todo como si pretendieran venderle una chabola. Kate se lo esperaba: lógicamente los compradores querían rebajar el precio y no podían mostrarse muy entusiasmados. Pero no pensó que le fuera a resultar tan difícil de soportar.

—En fin, tiene algunas posibilidades —dijo la mujer cuando estaban en el comedor—. Pero hay que invertir mucho dinero y mucho tiempo.

—La verdad, no cumple los estándares de hoy día —opinó el marido.

—¡Pues no la compren! —contestó Kate furiosa.

La pareja la miró atónita.

—Bueno, bueno, todos tenemos nuestro punto de vista —se apresuró a intervenir el agente—. Estas cosas no hay que tomarlas como algo personal...

—Yo sí me lo tomo como algo personal —respondió ella—. No se la venderé a ustedes. Así que ya pueden seguir buscando.

El matrimonio se marchó, negando con la cabeza («menuda solterona», le susurró el hombre a su esposa, y Kate sintió una punzada), y el agente se

disculpó con todas las partes sin que nadie supiera muy bien por qué. Después Kate se puso el abrigo, la bufanda y las botas y se fue a dar un largo paseo junto al mar.

La playa estaba vacía, el día no invitaba a pasear. Recordó las multitudes que se reunían en los meses estivales, cuando también ella bajaba a bañarse. Si odiaba algo del verano eran los burros. Unos pobres animales cansados y apáticos que iban de acá para allá bajo el sol abrasador transportando en el lomo niños escandalosos y gritones. Los burros eran una seña de identidad de Scarborough. Los padres subían encima a sus retoños y luego trotaban a su lado grabando vídeos con una sonrisa estúpida, ignorando el agotamiento de los animales. Kate siempre pensaba dos cosas cuando veía aquellas escenas. La primera, que solo en contadas ocasiones debe permitirse a los niños estar cerca de los animales. Y la segunda, que algunos progenitores se vuelven totalmente imbéciles cuando se trata de sus hijos.

Al regresar del paseo, más cansada y confusa que antes, encontró un whatsapp en el teléfono. Era Colin. Estaba resultando ser de lo más insistente. Antes de que se marchara a Scarborough se habían visto en otras dos ocasiones, con lo que batió el récord de cualquier hombre con el que hubiera salido. Al final terminó por darle su número y contarle en qué trabajaba. Él reaccionó con tal fascinación a las palabras «policía metropolitana» que estaba segura de que solo le interesaba eso, y no sus encantos de mujer.

Se mostró realmente impresionado y, dado su carácter, eso era toda una novedad. Kate sospechaba que presumía ante todo el mundo, por lo que su amistad con una agente de Scotland Yard sin duda formaba ya parte del relato de su fantástica vida. Seguro que cuando lo contaba parecía que él mismo trabajaba allí. Pero en realidad eso a Kate no le importaba. En cualquier caso, sus mensajes aligeraban un poco la soledad, le decía que quería verla y mostraba un gran interés por su trabajo. Por lo demás, no existía la más mínima chispa, por parte de Kate desde luego que no, y se figuraba que tampoco por la suya. No era el tipo de hombre por el que pudiera llegar a sentir algo. Por desgracia, no había otros.

El mensaje decía: «Hola, Kate. ¿Cómo estás, qué tal todo por Scarborough? ¿Aguantas bien o extrañas mucho Londres? ¿Ya hay compradores interesados? No seas demasiado buena con el precio. Si necesitas ayuda voy cuando necesites. ¡Escríbeme! Besos, Colin».

También mandaba un selfi. Le encantaban, se los hacía en cualquier situación para luego subirlos a Facebook e Instagram y enviárselos a todo el mundo. En aquella ocasión aparecía en una calle muy animada de Londres,

con coches, autobuses y peatones apresurados. Sostenía en la mano una bolsita de la cadena Sainsbury's. Llevaba una gruesa bufanda y tenía las mejillas y la nariz enrojecidas de frío. Su sonrisa era bastante tonta, pero seguro que él se encontraba irresistiblemente atractivo. Kate tuvo que reírse. Aunque al principio se molestaba, con el tiempo había empezado a mirarlo con indulgencia de madre. Era un niño grande. Del todo insoportable, pero sin ninguna maldad. Se había quedado atascado en el camino a la edad adulta y parecía muy improbable que fuera a progresar.

«Hola, Colin. Vuelvo de pasear por la playa. Para ser sincera, no extraño mucho Londres. Esto es precioso. Los primeros interesados han visto ya la casa, pero eran tan arrogantes que los he puesto de patitas en la calle. Espero no desesperar demasiado al agente. Un abrazo, Kate».

Él leyó el mensaje en cuestión de segundos y contestó al momento:

«Si no echas de menos Londres, dime al menos que a mí sí. Aunque sea solo un poquito...».

Y añadía una carita llorando.

¿Flirteaba? No estaba muy segura. Nadie había flirteado nunca con ella. Era un fastidio tener tan poca experiencia. Respondió:

«Claro que te echo de menos. Un poco».

Esta vez no leyó el mensaje ni lo contestó enseguida. Kate esperó unos segundos y después se encogió de hombros y dejó el móvil a un lado. Aún no había comido y la tarde se le estaba echando encima, enseguida se haría de noche. Esa época oscura del año... Encendió la chimenea eléctrica, fijó unas velas de las que había llevado en latas vacías y las colocó en la ventana. Seguro que desde fuera se veía muy bonito. A nadie se le ocurriría pensar que la casa estaba vacía, habitada solo por un gato y una mujer que no sabía muy bien qué hacer con su vida.

Fue a la cocina, abrió la primera lata que encontró (albóndigas con pasta) y la calentó en el fogón. Llevaba días alimentándose de conservas, debería salir a comprar. Necesitaba fruta, y también verdura para poder preparar un plato en condiciones. Pero apenas contaba con utensilios, carecía de lo necesario para cocinar, como cuchillos, tablas de cortar, sartenes o cuencos. De Londres solo había llevado lo más elemental, que en realidad solo servía para calentar cosas.

—Decidir pronto... —murmuró—. Debo decidirme pronto.

Después de llenar los cuencos de comida y agua de Messy, se acomodó en la silla de *camping* ante la chimenea.

Luego fregó los cacharros y se preparó un té. Las velas de la ventana seguían encendidas. Tenía toda la tarde por delante. Colin no había contestado.

Pensó en Jason y en su visita. Le apetecía mucho participar en el caso, pero sabía que su margen de acción era muy estrecho. Casi con total seguridad acabaría traspasando las líneas rojas, es decir, metiéndose en el terreno de Caleb Hale. No se le había perdido nada en esa historia. Era problema suyo estar allí metida, ahogándose en el silencio de la casa vacía, espantando posibles compradores y preguntándose una vez más si quería venderla. Era problema suyo si daba vueltas en círculos, caminaba a lo tonto por la playa y flirteaba por WhatsApp con un tipo de Londres que ni siquiera le interesaba. Era culpa suya si sentía que las paredes se le caían encima, encendía velas fantasmales, se alimentaba de comida poco saludable, no podía comprar ni una triste bolsa de manzanas y su única compañía era un gato. El comisario jefe Caleb Hale no tendría en cuenta ninguna de esas circunstancias si la descubría husmeando en asuntos que no eran de su incumbencia.

Sin embargo... Bueno, había diferentes formas de husmear. Podía preguntar aquí y allá, con discreción. Aunque carecía de permiso para investigar, aquel caso no le resultaba ajeno en absoluto. De hecho, estaba alojada con los Goldsby cuando sucedió la desgracia y ya estaba involucrada antes de que Caleb Hale se enterara siquiera. Además, Jason Goldsby había acudido a ella para contarle sus preocupaciones sobre Alex Barnes, le había comunicado los detalles de la huida de Amelie y la había informado de que la policía sospechaba que aquel hombre estaba implicado en la historia más allá de sacar a su hija del agua.

«Ojalá encontrarán algo, cualquier prueba de que no es un heroico salvador. Así ya no tendríamos que estarle agradecidos. No nos deja en paz. ¿No puedes ayudarnos? ¡Trabajas en Scotland Yard!».

Kate estaba convencida de que no descubriría nada que Caleb no pudiera encontrar. Lo conocía y sabía que consideraba a Barnes no «un» sospechoso, sino «el» sospechoso. Agarraba con fuerza a su presa y, cuando lo hacía, no quedaba nada en la vida de esa persona que no investigara a fondo y no examinara desde todos los ángulos. Si Alex Barnes no era el inofensivo viandante y el salvador que pretendía ser, Hale lo desenmascararía. Por eso no merecía la pena que también ella siguiera esa vía. Solo incrementaría el riesgo de que sus caminos se cruzaran.

Abrió el portátil y escribió dos nombres en un nuevo documento: Ryan Caswell y David Chapland.

No sabía casi nada del estado de la investigación, pero si tuviera que apostar diría que quedaban por examinar aquellas dos personas. Cuando habló con Caleb justo después del secuestro de Amelie le hizo notar la posible conexión entre Hannah Caswell y los otros dos casos, y le había sugerido que aquella chica podía ser víctima del mismo criminal. Él no parecía muy convencido, opinaba que el lapso temporal era demasiado grande. Quizá tenía razón, pero... A ella el instinto le decía algo diferente. Le decía que no se debía descartar esa posibilidad. Si realmente era así, si Hannah era una más, entonces, hasta donde sabían, ella era el origen. A Kate le gustaba remontarse al inicio en sus investigaciones. Muchas veces solo le servía para dar cierta estructura a sus procedimientos. Pero en otras ocasiones analizar el origen era la única manera de reconocer el móvil que lo explicaba todo.

Escribió otros dos nombres: Kevin y Marvin Bent. Seguramente a Kevin lo habían investigado con mucho rigor en su momento. Que se supiera, fue la última persona en ver a Hannah con vida. Es cierto que la llevó en su coche, pero juró que la había dejado en la estación de Scarborough. La chica había llamado desde allí a su amiga Sheila, quien confirmó su testimonio. Él prosiguió su camino, pero después regresó para comprobar que Hannah estaba bien. En un primer momento había mentido a la policía a este respecto. Afirmó que no la había encontrado y que se fue a casa. Al parecer no pudieron culparlo de nada. Kate se preguntó si ahora lo investigarían de nuevo, igual que a su hermano mayor, quien en el pasado se había visto envuelto en un delito sexual. Dibujó un signo de interrogación. Seguramente sí. Pero quizá no demasiado a fondo.

David Chapland.

El otro hombre que se encontraba en Cleveland Way aquella noche de tormenta. Ayudó a rescatar a Amelie y llamó a la policía y a emergencias. Si el conductor del coche en el que huyó la chica de verdad la había seguido, entonces, en teoría, podía tratarse de él. No tuvo ocasión de hacerle daño porque Alex Barnes ya estaba allí. Cuando lo vio tuvo que ayudarlo, cualquier otra cosa habría resultado sospechosa.

Seguro que a Chapland también lo tenían bajo la lupa. Pero quizá no con el mismo interés con el que Caleb perseguía a Barnes.

Regresar al origen... Kate se levantó y apagó las velas de la ventana. Miró el reloj: poco más de las cuatro. No era demasiado tarde para visitar a Ryan Caswell, el padre de Hannah. Se puso el abrigo y se calzó las botas. En

opinión de Caleb, Caswell no tenía nada que ver con los otros casos. Y eso significaba que ella no se inmiscuiría en una investigación en marcha. La situación de Chapland era distinta, pero ya pensaría en eso en otro momento.

Si es que había otro momento. Esa era una decisión que debía tomar.

Salió de casa.

2

Kate ignoraba la dirección de Ryan Caswell en Staintondale y no había podido localizarla en Google, pero conocía la localidad y supuso que sus habitantes lo sabían todo unos de otros. Pararía en cualquier sitio y preguntaría por él. Ella era de la zona y hablaba como la gente de allí, casi seguro que se lo dirían.

Staintondale consistía en una tienda de ultramarinos con despacho de correos, una parada de autobús solitaria en el arcén de una carretera regional y unas cuantas casas y granjas, diseminadas entre praderas y tierras de cultivo. La meseta ofrecía una vista maravillosa sobre el mar, y por todas partes se veían pequeñas calas rocosas a las que se podía bajar para bañarse. No existía playa de arena, había que entrar al agua pisando piedras picudas que lastimaban los pies. Pero en el pasado eso a Kate no le importaba, se había vuelto más melindrosa con el paso de los años.

Había oscurecido bastante y el mar solo se intuía. Los faros del coche iluminaban los setos y muros que flanqueaban la estrecha carretera. Al llegar a la parada de autobús vio una señora esperando. Frenó en seco y bajó la ventanilla.

—Disculpe, busco a Ryan Caswell. ¿Podría decirme dónde vive?

Ella se acercó, aterida de frío.

—Ya no vive aquí —contestó—. Hace tres años que se mudó a Scarborough.

—Vaya... ¿Y no sabrá por casualidad su dirección?

La mujer se embarcó en una explicación larga y complicada porque sabía cómo se llegaba a la casa, pero no recordaba el nombre de la calle.

Kate interrumpió su verborrea:

—¿Por qué no viene conmigo? Así usted me enseña el camino y yo la dejo en Scarborough. Por allí pasan más autobuses.

Su interlocutora aceptó encantada. No le parecía peligroso subirse al coche de otra mujer. Kate pensó que vivir en un lugar tan apartado y poco transitado como aquel, por mucho que contara con una línea de transportes, volvía a las personas menos precavidas. Si estás esperando en la parada una tarde oscura de otoño y de pronto se te presenta la oportunidad de llegar enseguida a tu destino, seguro que la cautela no es lo primero que te planteas.

Eso les podía suceder sobre todo a los adolescentes. Siempre van con prisas, porque siempre hay algo que no quieren perderse, algo que deben presenciar a toda costa. Hannah había llegado a la estación de tren de Scarborough una noche lluviosa de noviembre sin tener ni idea de cómo llegar a casa. No logró localizar a su padre y lo más probable es que se sintiera abandonada. Sin duda le habían repetido miles de veces que jamás se subiera al coche de un desconocido, pero, dada su situación, quizá valoró el riesgo y decidió asumirlo.

Una decisión catastrófica, porque desde entonces permanecía desaparecida, muy probablemente no por voluntad propia.

La pasajera de Kate resultó ser muy locuaz.

—Ryan no soportaba la casa después de... de lo que le pasó a Hannah. Era su hija. ¿Está usted enterada?

—Soy periodista —respondió—. Estoy enterada.

La mujer se quedó fascinada.

—Periodista... ¿Va a escribir sobre esto?

—Aquí no paran de desaparecer chicas, es muy inquietante. Me gustaría escribir sobre ello, sí.

—Tiene razón. Lo de Saskia Morris fue espantoso. A Hannah nunca la encontraron. Eso no quiere decir que siga viva. Es lo que todos deseamos, pero, claro, conforme pasa el tiempo...

—¿El padre tiene alguna idea de lo que le podría haber pasado?

—Tenía y tiene su propia teoría. Está convencido de que Kevin Bent regresó y la secuestró. Kevin es el joven que...

—Lo sé. El que llevó a Hannah de Hull a Scarborough.

La mujer suspiró.

—No es un mal tipo. Estoy convencida de que no le hizo nada y de que su historia es cierta: ya no la encontró en la estación. Pero Ryan necesita un culpable, de lo contrario lo matarán el odio y el dolor. Y Kevin es el candidato perfecto. También por aquella historia de su hermano.

—La conozco. ¿Qué opina usted del hermano?

—¿De Marvin? Es inofensivo. Durante una época se juntó con mala gente, anduvo en malas compañías. Pero no participó en esa horrible violación, de eso estoy segura. No habría sido capaz. Ninguno de los dos.

—¿Y a qué se dedican ahora? ¿Qué hacen?

—Residen en Staintondale, en la casa de su madre, que murió hace dos años. La vieja granja estaba muy deteriorada y la han dejado preciosa. Se han hecho cargo de un pub en el puerto de Scarborough, con ambiente muy agradable y comida sencilla. Viven básicamente de eso, aunque no lo tienen fácil. Son malos tiempos. Además, todo el mundo teme que, con el Brexit, dejen de venir turistas y la cosa se ponga aún peor. Y por si fuera poco, Ryan aprovecha cualquier oportunidad para...

—¿Para qué?

—Para hablar mal de Kevin. Va por ahí diciendo que es el asesino de su hija. Aunque casi todo el mundo lo conoce y no se lo toman muy en serio, se empeña en que nadie olvide la mala fama del chico. Kevin dice que tendrían más clientes si dejara de difamarlo, pero es difícil decir si es cierto.

—¿Y usted? ¿Qué cree usted que sucedió?

—¿Con Hannah? Pues creo que la pobre niña no sabía cómo volver a casa. Su padre no le cogía el teléfono. Debía de vagar por la estación, perdida y desorientada. Y ese... asesino en serie, si es que existe... Las elige en la calle, ¿verdad? Con Saskia Morris hizo lo mismo. Y con Amelie Goldsby. Un tipo perverso al que le gustan las niñas. Aprovecha la oportunidad, las secuestra y sabe Dios qué hace con ellas. Y luego las mata. —Sacudió la cabeza—. Este mundo es horrible, ¿no le parece?

—¿Cree que es el mismo hombre? ¿Con las tres?

—¿No es lo que cree la policía?

Kate no respondió a esa pregunta.

—¿Cómo era Hannah? —inquirió a cambio—. ¿Aniñada? ¿O ya parecía mayor?

—Todavía muy infantil, soñadora. Era una niña muy modosita. Lo contrario de su amiga Sheila, que se maquillaba y se ponía ropa atrevida para provocar a los chicos. Su padre nunca se lo habría permitido. La vigilaba muchísimo. La ataba corto, muy corto.

—¿Y qué clase de persona es Ryan Caswell?

—Uf, ¿qué quiere que le diga? —La mujer suspiró—. No tiene mal fondo, ¿sabe? Pero es difícil tratar con él. Está amargado desde que su mujer se marchó. Fue casi de un día para otro, lo abandonó dejándole a Hannah, que tenía cuatro años. Eso le afectó muchísimo.

—¿Sabe por qué lo abandonó?

—Bueno, creo que sencillamente no encajaban. Linda era muy joven cuando se casaron, tenía dieciocho años. Él iba a por los cuarenta y, como todos descubrimos enseguida, era todo un cascarrabias. Antes vivía cerca de Newcastle. Pidió un crédito enorme, compró aquí una pequeña granja y encontró trabajo en Scarborough, en una empresa de limpieza de fachadas. No hablaba más que lo necesario. Era un vecino atento en el que se podía confiar, pero, como le digo, hablaba poco y no se reía nunca. Que conste que yo lo aprecio. Pero vivir con él... ¡Virgen santa! —Se llevó teatralmente la mano al pecho y repitió—: ¡Virgen santa!

Kate comprendió a qué se refería su pasajera cuando se encontró sentada ante Ryan Caswell. La mujer la había guiado hasta Queen's Parade, una calle en primera línea de costa situada en la bahía norte de Scarborough. Al contrario de lo que pudiera pensarse por el nombre rimbombante, los edificios estaban sucios y descuidados, y la mayoría de los pisos parecían vacíos.

Ryan la había dejado entrar en su casa sin problemas al oírla murmurar que era «periodista» y que quería informar «sobre las chicas desaparecidas».

—Pues debería escribir sobre Kevin Bent —respondió enseguida.

Se sentaron en el pequeño salón, desde el que una puerta llevaba a la diminuta cocina. Había un sofá, una mesa, un televisor y un mueble modular. Ni un cuadro en la pared, ni una planta en la ventana, ni una alfombra en el suelo de linóleo. Kate pensó que hasta su casa vacía con las sillas de *camping* ante la chimenea resultaba más hogareña que la absoluta desolación en la que vivía aquel hombre. Miró furtivamente a su alrededor y se fijó en que tampoco había fotografías. Ni de su hija ni de su esposa. Ryan Caswell parecía haber cortado todo vínculo con el pasado.

Pero no con su odio a Kevin Bent.

—Pues claro que es el culpable. ¿Cómo puede la policía estar tan ciega? Ahora tienen lo que se merecen: ha matado a una chica y secuestrado a otra, que por suerte pudo escapar. Pero no se rendirá. Esos monstruos nunca tienen bastante.

—Sin embargo, Amelie Goldsby describió al secuestrador —comentó ella con cautela—. Y la descripción no concuerda con Kevin Bent. Le han enseñado fotos suyas y afirma que no es él. Se trata de un hombre mucho mayor.

Ryan hizo un gesto de impaciencia.

—Es una niña de catorce años traumatizada. ¡No me parece un testimonio muy fiable!

—Pero tampoco se puede descartar.

Él la miró fijamente.

—¿Está usted de acuerdo con toda esa gente que cree que Kevin Bent es un pobre hombre al que le estoy amargando la vida?

—¿Es mucha gente? ¿Acaso la mayoría piensa que no fue él?

El hombre resopló con desdén.

—¡Pues claro! Es joven y guapo. Las mujeres lo adoran. Absolutamente todas: las jóvenes, las viejas, las de mediana edad. Es encantador, amable y educado. Gusta incluso a los hombres, y eso que...

—¿Qué?

—Pues que no tiene muy buena fama, siempre anda metido en líos de faldas. Ha habido más de una casada y más de dos, es un detalle que le trae sin cuidado. Se podría pensar que a los hombres no les caería muy simpático... Bueno, lógicamente no le funciona con los maridos engañados. Pero a los demás los tiene engatusados. Es un tipo con mucho gancho.

—¿Usted siempre desconfió de él? Quiero decir, antes de... de lo que pasó.

—Nunca me gustó. Demasiado guapo y pagado de sí mismo. Es consciente de su encanto y lo utiliza para poner a la gente de su parte. Y, en general, nadie se le resiste.

«Justo lo contrario que tú», pensó Kate, aunque por supuesto no lo dijo. Se preguntó si aquel hombre sería capaz de sonreír. Si en algún momento habría sido capaz de acercarse a los demás, de abrirse, de compartir.

«Un vecino atento en el que se podía confiar», había dicho la señora de Staintondale. Seguramente era cierto. De una forma rígida y correcta, sin duda se trataba de alguien que no te dejaba en la estacada si le pedías ayuda. Pero no cabía esperar de él cordialidad ni afecto.

—En su opinión, ¿qué sucedió aquella noche de noviembre? —le preguntó.

—Ya se lo he contado mil veces a la policía. Y a todo el mundo, quisiera escucharme o no.

Realmente Kevin lo tenía difícil para sacar adelante un pub en una ciudad pequeña. Solo su popularidad lo salvaba. Con un enemigo como Ryan Caswell, cualquier otro estaría acabado.

—Bent la subió a su coche en Hull —comenzó—. Hannah había perdido el tren del que yo debía recogerla en Scarborough. Me enfadé bastante.

Llevaba todo el día trabajando. En aquella época vivíamos en Staintondale, no quería irme a casa y luego tener que volver. Me vi obligado a matar el tiempo, así que aparqué en la playa y esperé en el coche. Hacía mucho frío. Podría haberme refugiado en un pub, pero tendría que haber consumido algo, y eso es caro. Nunca como fuera de casa.

—¿Sabía Hannah que usted estaba enfadado?

—Sí, se lo dejé muy claro.

—Y entonces se encontró con Kevin, que la llevó a Scarborough.

—Eso es. Ella conocía perfectamente mi opinión sobre los Bent. Sabía que nunca le permitiría subirse al coche de ese tipo.

—¿Cuál era su problema con Kevin? Más allá de su agitada vida amorosa...

—¿Que cuál era mi problema? —Se rio. Era una risa sarcástica, aunque al mismo tiempo encerraba todo su dolor—. Que los Bent eran y siguen siendo gentuza. Auténtica chusma. El padre los abandonó y la madre tenía esclerosis múltiple, no podía llevar la granja. Vivían de las ayudas sociales.

«Eso no es ningún delito», pensó Kate.

—De adolescente, el hermano mayor se juntaba con una pandilla detestable. Participó en la violación grupal de una menor de quince años.

—Perdone un momento —lo interrumpió—, he leído sobre eso. Por lo que sé, Marvin Bent no estuvo implicado. No pasó la tarde con sus amigos.

—Pero no tiene una coartada que demuestre dónde estaba.

—La chica no lo reconoció.

—Tampoco reconoció a otros dos que sin embargo se declararon culpables poco después. A eso me refería antes. —Agitó los brazos con impaciencia—. Cuando a una chica o a una mujer adulta les pasa algo así, cuando las secuestran, las maltratan, abusan de ellas... no hace falta ser psicólogo para saber que quedan traumatizadas de por vida. Para siempre. Si sobreviven, las primeras semanas y meses son los peores. Pasa igual con... ¿cómo se llama? ¿Amelie Goldsby? A ella le sucede lo mismo. Estuvo una semana en manos de ese maníaco sexual y todo el mundo cree que su descripción es correcta. Pero ¿y si tiene demasiado miedo para decir la verdad? A lo mejor el tipo la amenazó con lo que le haría si se escapaba y lo delataba. Quizá le dijo que la perseguiría hasta el fin del mundo y cuando la encontrara, ¡que Dios se apiadara de ella! Dígame, ¿cómo puede usted estar segura de que la chica no miente?

Aquella posibilidad era una nueva, al menos para Kate. No sabía si Caleb Hale se la habría planteado. Amelie era incapaz de contar los acontecimientos

principales de lo sucedido. Todo el mundo creía que el bloqueo, que la protegía del terror vivido, le impedía narrarlo. Pero ¿y si era más complicado? O más sencillo, dependía de cómo se mirara. ¿Y si no sufría un bloqueo, sino que temía revelar lo que sabía porque su captor la había amenazado? ¿Llegaría al extremo de ofrecer una descripción falsa? Si ayudaba a detener y juzgar al secuestrador este acabaría entre rejas y podría dormir tranquila. Pero antes o después saldría en libertad. Seguramente antes de lo deseable, pues a veces la justicia se preocupa más del bienestar del culpable que de la víctima. Además, cabía la posibilidad de que el hombre le hubiera recordado que tenía amigos, quienes siempre estarían en libertad.

Kate pensó que si formara parte de la investigación debería discutir esas ideas con Caleb. Sin embargo, tal como estaban las cosas, era probable que el comisario se lo tomara como una intromisión.

—Vale. —Decidió retomar el punto anterior—. Lo de la violación tiene que ver con el hermano. ¿Y qué me dice del propio Kevin?

—Era un tipo odioso.

—Entre ser un tipo odioso y ser un secuestrador y violador hay una gran diferencia. Muy grande, diría yo.

Él entornó los ojos con desconfianza.

—¿Para qué periódico trabaja? ¿No será para uno de esos izquierdosos que defienden los derechos de los pobrecitos delincuentes?

—Soy periodista independiente. Tengo que ver a qué medio le ofrezco la historia. Pero ya le adelanto que no tomaré partido por nadie. Solo quiero informar de lo sucedido y del efecto que ha tenido en las personas.

En realidad no había preparado aquella mentira. Se le había ocurrido sobre la marcha para explicarle a la señora de Staintondale por qué hacía tantas preguntas sobre Ryan Caswell y su hija. Sin embargo, en aquel momento fue muy consciente de que no se había parado a pensar en calidad de qué quería llevar a cabo sus investigaciones. No podía pronunciar las palabras «policía metropolitana», por mucho que le abrieran todas las puertas. Si Caleb Hale interrogaba después a las mismas personas y estas le decían que ya habían hablado con una agente de Londres, no tardaría en entender lo que estaba pasando. Solo de imaginarlo Kate sintió un escalofrío.

De modo que debía hacerse pasar por periodista, aunque no tenía ni idea de cómo era ese trabajo. Estaba por ver cuánto tiempo lograba mantener esa mentira. Al menos Ryan Caswell se lo había creído; al parecer, lo único que le preocupaba era que no contara la historia de forma favorable para él.

—Entiendo —dijo el hombre—. Entonces desea que le cuente mi versión de lo que pasó. Pues ahí va: Kevin Bent se encuentra por casualidad con Hannah en la estación de Hull y se ofrece a llevarla. La deja en Scarborough, porque él sigue hasta Cropton. Pero mientras se aleja piensa que es una chica muy bonita y es una pena desperdiciar la ocasión. Da la vuelta y la ve delante de la estación. Le dice que al final la lleva a Staintondale y ella se sube sin sospechar nada. Conduce hasta una zona deshabitada. Empieza a toquetearla. Hannah no le corresponde y se defiende. Él la viola. Después la mata porque teme que lo delate. Luego la arroja a alguna charca de los páramos, donde nadie la encontrará jamás. Eso es todo. —Se levantó—. Ya puede irse, ahora lo sabe todo. Ah, espere. También quería saber cómo ha afectado esto a las personas. En fin, yo solo puedo hablar por mí.

Su expresión se contrajo. Kate, que también se había incorporado, pensó que en muy contadas ocasiones había visto tanto dolor reflejado en un rostro.

—Me lo han arrebatado todo. Todo lo que daba sentido a mi existencia. No pude quedarme en la casa donde creció Hannah. Me paso la vida aquí metido, esperando el fin de mis días. No hago nada más. Solo esperar que todo termine. Soy un hombre acabado. ¡Escriba eso!

Y con un gesto impaciente señaló en dirección a la puerta.

Ryan Caswell lo había dicho todo.

3

Cuando era más joven, la agente Kitty Wentworth se había imaginado su trabajo de una forma muy distinta. Se veía como mínimo de comisaria jefe, ¡o incluso de superintendente! Sin embargo, nunca se paró a reflexionar en serio sobre el camino que debía llevarla a semejantes alturas. Tenía idea de que sería difícil, al fin y al cabo a nadie le regalan nada en esta vida, pero jamás se planteó los obstáculos concretos. Había sido un error, sin duda. Por otro lado, ni siquiera sus previsiones más pesimistas podrían haber pronosticado el terrible aburrimiento, la monotonía de frío y cansancio que constituía su trabajo en aquel momento. Ni ella ni nadie. Aquel tedio era realmente inimaginable.

Llevaba dos semanas y media encerrada en el coche patrulla con el agente Jack O'Donnell. Vigilaban la casa de la familia Goldsby, en un tranquilo y apacible barrio residencial de Scarborough. Aunque cada cierto tiempo los

relevaban, las horas que tenía para regresar a casa, ducharse, dormir y disfrutar de su hogar se difuminaban ante sus ojos y en su mente. Sentía que llevaba meses o incluso años haciendo eso, y que siempre estaba allí. A todas horas. Como si su vida fueran aquellas calles y aquellas casas. Y aquel coche. Por si fuera poco, le habían asignado a Jack como compañero. Le caía mal y sabía que él tampoco estaba entusiasmado con ella. Nunca había sucedido nada que justificara ese rechazo mutuo, simplemente no había química entre ellos.

«Pero quizá —pensó—, en una situación así hasta George Clooney me resultaría cargante. Esto pondría en jaque incluso a una parejita de enamorados».

La vigilancia había comenzado en octubre, cuando las copas de los árboles de los jardines brillaban en tonos rojizos y dorados. Con el tiempo, vieron caer las hojas sobre las limpias aceras, a veces revoloteando en la brisa y otras arrancadas de las ramas por lluvias y tormentas. Habían visto a los vecinos salir y barrer las aceras hasta dejarlas limpias de nuevo.

Octubre pasó y ya era noviembre, los árboles estaban casi desnudos, ardían velas tras las ventanas y algunos cristales lucían ya estrellas doradas. El vecino de los Goldsby, un fanático de la Navidad, había llenado el jardín de renos, figuras de Santa Claus y angelitos luminosos. Tiras de bombillas adornaban los árboles y arbustos. Kitty observaba con fascinación creciente cómo aparecía algo nuevo cada día. A las siete de la tarde saltaba un temporizador y todos los elementos se iluminaban a la vez. Los agentes no dejaban de sobresaltarse por el repentino fognazo.

—¡Mierda, joder! —exclamaba Jack en cada ocasión. Aquel día, mientras veían cómo el hombre colocaba aún más renos, añadió—: Cuando menos se lo espere me meto ahí dentro y le corto el cable. ¡Menudo pirado!

—Eres policía —le recordó ella—. Ni se te ocurra.

—¡Pero si esto es casi un delito de lesiones! Es increíble que los vecinos no se quejen, a ellos también tiene que molestarles.

—Quién sabe, a lo mejor les gusta.

—Maldito barrio... —murmuró él. Bostezó—. Me muero por un café. ¿Queda algo en el termo?

Ella se encogió de hombros con resignación.

—Está vacío.

Las guardias en zonas más concurridas facilitaban mucho la vida. Como había comercios y puestos de comida resultaba fácil salir un momento para comprar un café o algo de comer. Pero en aquel barrio residencial no había

nada de nada. La opción más cercana era el Tesco de Burniston Road, pero estaba demasiado apartado. Incluso si todo les salía perfecto (sin problemas de aparcamiento, sin colas en la caja) se encontrarían alejados del objeto de su vigilancia durante al menos diez minutos. Y eso constituía una gravísima violación de las normas.

—Pues si no me tomo un café me duermo aquí mismo —advirtió Jack—. ¿Cuándo viene el relevo?

—A las diez.

También ella estaba cansada. Lo peor era el aburrimiento, esa horrible monotonía. Allí no sucedía absolutamente nada. Algunas personas salían a trabajar por la mañana y volvían a última hora del día. A lo largo de la tarde pasaba algún niño. Quizá en verano jugaban en la calle, a la rayuela, la comba o el balón. Pero en noviembre anochece demasiado pronto para todo eso. Y hacía frío, mucho frío. Eso además. No era bastante castigo estar ahí encerrada mirando al vacío, sino que además se congelaba a pesar del grueso abrigo, la bufanda y las botas forradas. El deseo de irse a casa y meterse en la bañera era casi irresistible.

Amelie y su madre no habían abandonado su hogar en todo el día. Los agentes del turno anterior les habían informado de que el doctor Goldsby salió a trabajar muy temprano. A mediodía apareció la psicóloga Helen Bennett, que se subió un momento al coche y les contó que la chica no avanzaba y que, tras un largo interrogatorio, Alex Barnes había podido regresar a su casa tan tranquilo.

—El comisario Hale está de un humor de perros —les dijo—. De verdad creía que pillaría a Barnes con la furgoneta. Pero no hay de dónde tirar. O ese tipo es más listo que todos nosotros o de verdad es inocente.

Después Helen había entrado en la casa para continuar con sus intentos de hacer hablar a Amelie.

Estaba claro que en aquel momento también Jack pensaba en eso, porque murmuró para sí:

—Esas mierdas psicológicas no sirven de nada. Helen lleva días soltándole rollos a la chica ¿y qué le ha sacado? ¡Nada de nada!

—¿Tienes una idea mejor?

—Pues no... Pero si esa cría no habla de una vez jamás detendrán al culpable. Y mientras tanto tú y yo seguiremos aquí. ¡No sé por qué demonios me hice policía!

En cierta manera también Kitty se había planteado esa pregunta los días anteriores.

—¿Y? —quiso saber—. ¿Por qué demonios te hiciste policía?

Él sonrió con amargura.

—Por sobredosis de series americanas. Ya sabes, llenas de tipos duros que se enfrentan ellos solos a bandas de criminales superpeligrosos. Siempre se libran a tiros de las situaciones más difíciles y al final se quedan con la chica.

—¡Y ahora mírate, aquí conmigo! —bromeó ella.

Aquel era el momento de responder con un comentario agradable, pero la amabilidad no era el punto fuerte de Jack.

—Pues sí, joder —gruñó en cambio—. Aquí estoy, metido en este coche de mierda vigilando esta calle de mierda y muriéndome de frío. —Abrió la puerta con decisión. El coche se enfrió aún más—. Voy al Tesco a por un café, ¿quieres algo?

Aunque ella se quedara, seguía contraviniendo las normas que Jack se marchara. Yendo a pie tardaría un buen rato en volver. Aunque, por otra parte, la idea de un café caliente era demasiado tentadora. En el Tesco había una máquina que lo preparaba de diferentes formas y además servía chocolate caliente. Y no estaba nada mal.

—Tráeme un americano con leche, por favor. Y algo de comer.

—¿Qué quieres?

—Un sándwich de huevo duro. —También los sándwiches eran aceptables.

Jack asintió y se marchó a grandes zancadas. Ella lo miró alejarse con una mala sensación. Sabía que si de verdad quería llegar a superintendente no debía saltarse las normas demasiado a menudo. Aunque en realidad aquella era la primera vez y, además, ¿quién se iba a enterar? Como siempre, todo estaba tranquilo. Jason Goldsby había regresado hacía una media hora. Los había saludado con una inclinación de cabeza mientras caminaba hacia la casa. A ella le caía bien. Siempre era amable y no daba por sentado el trabajo que hacían por su familia. Les daba las gracias a menudo e incluso les decía que sentía robarles tanto tiempo. El pobre tenía un aspecto horrible. Había adelgazado desde octubre y estaba muy pálido. Se le veía agotado. La situación le estaba pasando factura.

Kitty se reclinó en el asiento y cerró los ojos un instante. Solo pensar en el café y el sándwich ya la reconfortaba. A las diez habría acabado. Nada más llegar a casa encendería unas velas y se metería en la bañera con una buena copa de vino.

Cuando abrió los ojos se encontró a Alex Barnes parado ante el hogar de los Goldsby.

Saltó como un resorte y al momento recuperó la lucidez.

El hombre no había llegado por la calle, sino por los jardines. Eso significaba que había tomado el camino de los acantilados y la elevación entre las casas y el mar. Aunque resultaba raro, no era ilegal. Y ahora estaba ante la puerta. A juzgar por el movimiento de su brazo, llamaba al timbre.

La agente lanzó un juramento. Aquello tenía que pasar justo cuando estaba sola.

Sabía que el comisario Hale deseaba que se dictara una orden de alejamiento contra Barnes, pero no existían motivos suficientes para que un juez la firmara. Por lo tanto, nada le impedía hacer lo que se proponía en ese momento: acceder a casa de los Goldsby. Por si eso sucedía, el comisario les había ordenado extremar la vigilancia y llamar a la puerta a los diez minutos para comprobar que todo estaba en orden. Además, había pedido expresamente al matrimonio que no lo dejara pasar. Durante las últimas semanas no se había presentado la situación.

Sin embargo, en aquel momento le daban la bienvenida. Entraba en la casa. La puerta se cerró tras él.

Kitty se quedó mirando la calle fijamente, con desesperación. ¿Dónde se había metido Jack? Pero claro, era imposible que regresara tan pronto. Ni siquiera habría llegado al supermercado.

Sacó el móvil y marcó su número. El tono de llamada sonó varias veces. No lo cogía. O bien no tenía cobertura, o bien no lo oía. Maldijo. Solo podía esperar y rezar para que no sucediera nada. Ojalá Barnes se fuera antes de diez minutos y todo el mundo estuviera sano y salvo cuando ella entrara. Qué desastre. Si las cosas se torcían se descubriría que Jack estaba en el Tesco y recibirían una seria amonestación.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó. Escrutó la casa. Todo en calma.
¿Y si llamaba ya al timbre?

—¿Le apetece algo de beber, señor Barnes? —ofreció Jason con educación.

Deborah y él se encontraban en la cocina, a punto de poner la mesa para cenar. Se habían entendido con una mirada: no lo invitarían a quedarse. El queso de la lasaña burbujeaba ya en el horno. Deborah bajó la temperatura. Ojalá se libaran pronto de él.

Su visitante se había instalado cómodamente en el sofá y aceptó encantado una copita de jerez. El corte de pelo lo hacía más joven y atractivo, como notó Deborah cuando salió al salón. Aunque volvía a llevar sus viejas

prendas: unos vaqueros manchados y un jersey con las coderas gastadas. Estaba de buen humor a pesar de que, como les contó, fuera hacía mucho frío.

—Casi se me congela la nariz viniendo. Aquí hace un calorcito estupendo, deberían encender la chimenea. Una chimenea fantástica, por cierto. Y bueno, una casa espléndida.

—Muchas gracias —murmuró Deborah. ¿Por qué hasta los cumplidos sonaban impertinentes en sus labios? Retadores. Como si estuviera convencido de tener derecho a cualquier cosa que encontrara bonita.

«Son imaginaciones mías —pensó—, porque me aterra que se convierta en un parásito eterno. ¿O ya lo es? ¿Por qué soy incapaz de sentir simpatía por el hombre que le salvó la vida a Amelie?».

—¿Fue bien la entrevista de trabajo? —preguntó. Al fin y al cabo, había sacrificado una tarde entera de su tiempo. Por no hablar de los gastos en ropa.

Él negó con la cabeza, aunque no parecía afectado en absoluto.

—No, por desgracia. Me llamaron esta mañana para decirme que habían seleccionado a otro candidato. Ahora mismo el mercado laboral está fatal.

«Sobre todo para alguien sin preparación alguna», pensó Deborah con hostilidad.

—Ya —se limitó a decir Jason. Ni él ni Deborah se habían sentado. Tampoco tomaban jerez.

—¿Cómo está Amelie? —preguntó el hombre.

—No muy bien —repuso ella. ¿Para qué mentir?—. Su apatía nos preocupa. Y no progresa. Se pasa el día en su habitación, mirando por la ventana. Las sesiones con la psicóloga no dan resultado. Al menos no resultados visibles. Quizá en su interior sí que avance...

—Debería volver a clase —opinó Jason—. Hasta la persona más sana puede enfermar a fuerza de no hacer nada.

—Pero no quiere. Y de momento no podemos obligarla. Es más, no debemos obligarla. —Deborah contestó con más énfasis del que esperaba.

Aquel era un punto de fricción entre los dos. Jason pensaba que Amelie debía volver a su vida normal, solo así podría sobreponerse y olvidar lo sucedido. A Deborah ese enfoque le parecía un error. Su hija no podía retomarlo todo tal como lo había dejado el 14 de octubre, porque su vida ya nunca sería la misma. ¿Por qué su marido no lo entendía? En su opinión, la superación de un trauma no era algo que se pudiera hacer a voluntad. Requería tiempo, paciencia y esfuerzo. Jason prefería hacer como si nada hubiera sucedido, pero eso no funcionaría.

—¿Ha recordado algo más? —preguntó Alex—. Del secuestrador, o de lo que sucedió...

—No —contestó Jason—. Nada, por desgracia.

No soportaba a aquel tipo. A veces se sentía mal por tratar con desconfianza y animadversión al hombre al que tanto debían, y pensaba que estaba siendo injusto. Por mucho que le desagradara, lo cierto era que Amelie no estaría en su habitación, en la cálida seguridad de su hogar, de no ser porque la había rescatado. Se habría ahogado. Le daban escalofríos solo de imaginarse a un compasivo policía presentándose en su casa para comunicarles con toda delicadeza que habían encontrado una chica fallecida entre los acantilados de la bahía sur.

—Es muy extraño —comentó Alex—. Ese bloqueo total...

—En casos como este —replicó Deborah— no es para nada extraño. La mente reprime lo que no soporta. Quién sabe lo que... —No terminó la frase. Le sucedía lo mismo que a su hija. Si ni siquiera ella era capaz de mencionarlo, ¿qué podían esperar de Amelie?

Jason intentaba distinguir si su visita estaba tanteando el terreno o si se trataba del interés normal de una persona implicada en la situación. ¿Sería un conocido o incluso un amigo del secuestrador? ¿Trataba de averiguar si su hija suponía un peligro? Para el culpable, Amelie era una bomba de relojería. Si recobraba la memoria, si hablaba, podía suponer su fin.

Entonces Barnes vació la copa de un trago y se levantó repentinamente.

—En realidad he venido porque...

—¿Sí?

Parecía buscar las palabras. Hasta eso resultaba forzado. Era como si supiera a la perfección lo que quería decir pero fingiera inseguridad.

—Seamos sinceros: tengo la impresión de que les molesto.

—Pero... —comenzó Jason.

Su interlocutor hizo un gesto negativo con la mano.

—Es así. Salvé la vida de su hija y se sienten en deuda conmigo. Pero al mismo tiempo les agobio porque no consigo salir adelante.

—Bueno, pero seguro que pronto... —intervino ella, aunque él la interrumpió:

—Deborah, acabo de ver su cara cuando les he dicho que no me habían dado el trabajo. Ha pensado: «Maldita sea, no nos lo sacaremos nunca de encima». Se ha tomado muchas molestias llevándome a Hull, acompañándome de compras, regalándome una ropa increíble...

En ese momento Jason le lanzó a su esposa una mirada penetrante. No le había hablado de aquellas compras. Ella la sostuvo con obstinación.

—¡Y este corte de pelo! —continuó, sonriendo con picardía y pasándose la mano por los espesos cabellos. Parecía un niño grande, relajado y a gusto con la vida—. De verdad me encanta, me voy mirando en todos los escaparates.

—Me alegro por usted —contestó Jason con sequedad.

De pronto Barnes dejó de sonreír. Al instante su expresión infantil se endureció. Los surcos alrededor de la boca se hicieron más profundos.

—Admitan que no les caigo bien y acabemos de una vez con esta farsa. Voy a decirles lo que quiero: treinta mil libras. Creo que una compensación económica es lo mínimo que deben ofrecer unos padres por la vida de su hija. Aunque parece que ustedes lo ven de otra manera. Se creen que con un corte de pelo por aquí y una entrevista de trabajo por allá es suficiente. Y por lo demás, distancia. Cuanta más, mejor.

—¡No se olvide de que pagamos su apartamento! —replicó Jason, aún perplejo por el giro repentino que había dado la situación.

—Eso no es un apartamento, es un cuartucho. Francamente, no me apetece vivir de un mes para otro, siempre pendiente de si querrán pagar el próximo alquiler. Sé que tienen fuertes discusiones. «¿Cuánto tiempo tendremos que aguantarlo? ¿Va a presentarse mucho por aquí? ¿Cuándo lo perderemos de vista? ¿Lo perderemos de vista algún día? Es verdad que ha salvado a nuestra hija, pero es un fracasado y nos supone una carga...». Eso es lo que piensan y lo que dicen a mis espaldas, ¡no crean que no lo sé!

Deborah notó que le ardía la cara. Sobre todo porque tenía razón. Así era como hablaban y pensaban. Y, en efecto, creían que no se daba cuenta.

—Treinta mil libras por haber salvado a su hija. Y no volverán a verme.

—Es muchísimo dinero —contestó Jason.

En ese mismo instante se fue la luz. Deborah gritó de miedo. Reinaba una oscuridad total. Se habían apagado todas las luces, las del salón, el pasillo y la cocina. Por lo que vio a través de la ventana, en la calle las farolas tampoco funcionaban y las otras casas parecían fantasmagóricas. Las nubes ocultaban la luna. Muy pocas veces se había encontrado en unas tinieblas como aquellas.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó su marido, al que sintió como una sombra a su lado.

Desde arriba resonó un grito:

—¡Papá, papá! —Era Amelie.

Al mismo tiempo se oyeron fuertes golpes en la puerta.

—¡Abran! ¡Policía! ¡Abran ahora mismo!

«¿Por qué no llaman al timbre?», se preguntó Deborah unos segundos, hasta que comprendió que, evidentemente, el timbre tampoco funcionaba. Mientras Jason subía a tientas la escalera ella se dirigió a la entrada, tropezó con algo, reprimió un grito de dolor y logró abrir la puerta. Al instante entró Kitty Wentworth, la amable agente que solía montar guardia fuera.

—¿Están todos bien?

—Sí, todo bien —le contestó, mirando por encima de su hombro—. ¿Y su compañero?

—No tardará —respondió con vaguedad. Iluminó el pasillo con una linterna. ¿Dónde está el señor Barnes?

Este salió del salón y se paró en el haz de luz. Levantó teatralmente las manos.

—Aquí estoy. No tengo malas intenciones.

—¿Y Amelie? —continuó la agente, sin caer en su provocación.

—¡Está conmigo arriba! —se oyó gritar a Jason.

—¿Qué está pasando? —inquirió Deborah, alterada—. ¡No hay luz en ningún sitio!

—Yo no tengo nada que ver, ¿eh? —se apresuró a decir Barnes—. Mis anfitriones pueden confirmarlo. Estaba tan tranquilo con ellos en el salón, hablando de negocios.

—¿De negocios? —repitió la agente, extrañada.

«Es un modo de decirlo», pensó Deborah. De forma menos magnánima, también podría hablarse de extorsión.

Kitty mantenía la linterna apuntando hacia Barnes.

—Creo que es un cortocircuito en todo el barrio —explicó—. Generado por la iluminación de cien mil voltios del jardín de al lado. Hoy han puesto aún más renos. Imagino que la red se ha sobrecargado.

El hombre parpadeaba sin parar.

—Agente, ¿podría bajar un poco esa lámpara de interrogatorio? No veo nada.

—¿Usted no se iba ya, señor Barnes? —replicó ella.

—Bueno, si soy capaz de orientarme en la oscuridad... Por cierto, ¿dónde está su alegre compañero?

—Buenas noches, señor —fue toda su respuesta.

Él sonrió.

—En fin, dele recuerdos de mi parte. —Levantó la vista hacia la escalera —. ¡Adiós, Jason! ¡Piense en mi oferta!

—Buenas noches —se oyó, en tono distante y cortés.

Barnes rodeó a la agente y llegó a la puerta.

—¡Hasta pronto, Deborah! —se despidió antes de salir, y se perdió en la oscuridad.

Kitty cerró con fuerza.

—¿A qué negocios se refería? —preguntó después.

—Bueno, es... complicado de explicar —murmuró Deborah.

No estaba segura de querer revelar aquel acuerdo. Le parecía que Jason y ella perderían margen de acción. Además, se avergonzaba. Pensaban darle dinero al salvador de su hija para que los dejara en paz. Si al final lo hacían, nadie debía saberlo. Se trataba de una situación muy delicada y quienes no la estaban viviendo no podrían comprenderlo.

Con ayuda de Kitty y de su linterna encendió velas por toda la planta baja, además de un fuego en la chimenea que también proporcionaba claridad. Jason continuaba con Amelie. La habían oído sollozar. Sin duda el apagón, aquella oscuridad repentina que había caído sobre ellos, había despertado en su interior los más terribles recuerdos y los miedos más espantosos.

«¿Cuánto tardaremos en recobrar algo parecido a la normalidad?», se preguntó angustiada.

La agente ya se disponía a marcharse.

—Así se apañan bien, ¿verdad? Yo regreso al coche. Pero permítame que le dé un consejo: no vuelvan a dejarlo entrar. A lo mejor estoy siendo injusta con él, pero ese tipo no me gusta nada. No es sincero.

—Tiene razón.

Al abrir la puerta se encontraron frente a frente con el agente Jack O'Donell. Estaba muy alterado.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—¿Por qué no contestas al móvil? —le reprochó Kitty, a su vez.

—No lo he oído —contestó. Ella lo miró furiosa.

Deborah se fijó entonces en los vasos de café para llevar apoyados en el muro del jardín junto con una caja de sándwiches. Adivinó la situación: el agente no estaba en su puesto y por eso su compañera tuvo que presentarse sola en la casa. Aquel tentempié provenía del Tesco Express de Burniston Road, lo que significaba que O'Donell estuvo ausente un buen rato. Y justo en ese tiempo había aparecido Barnes y se había producido un apagón

general. Una desafortunada cadena de casualidades que podría haber terminado muy mal si aquel hombre de verdad representaba una amenaza.

La expresión culpable de los policías demostraba que eran plenamente conscientes de ello y que temían por su futuro. Tendrían problemas con sus superiores. Aunque Deborah no pensaba contárselo a nadie, suponía que los agentes debían rendir cuentas de lo sucedido aquella noche; sin duda sabían que lo más inteligente era informar de todo con fidelidad. Deseó que las consecuencias no fueran demasiado graves.

En ese mismo instante cobró conciencia de otra cosa: su familia realmente corría peligro. A pesar de la vigilancia policial, las cosas podían descontrolarse en cualquier momento.

«Vamos a darle el dinero —decidió con agotamiento repentino—. Vamos a darle el maldito dinero. Así quizá no lo veamos nunca más. Se acabarán la preocupación continua y el sentimiento de culpa por desear sacarlo de nuestras vidas».

Sabía que no le resultaría fácil convencer a Jason, que siempre estaba agobiado con las finanzas. Pero terminaría por comprender que era el único modo de librarse de Barnes y de limpiar un poco sus conciencias. Era cierto que siempre podía volver a aparecer para exigirles más dinero, pero, y aquí radicaba la diferencia con la extorsión, ya no tendría nada con qué presionarlos. Solo contaba con su deuda de gratitud. Y esa deuda se saldaría más que de sobra con un pago de treinta mil libras.

Antes o después, cuando entendiera que no le darían ni una libra más, los dejaría en paz.

«Y todo será por fin cosa del pasado», pensó Deborah.

Por desgracia, en realidad no terminaba de creérselo.

Jueves, 9 de noviembre

1

Brendan Saunders estaba ya muerto de miedo antes de entrar escoltado por dos agentes en la sala de interrogatorios, y tras cinco minutos con Caleb Hale y Robert Stewart se encontraba al borde de las lágrimas. Había seguido a los policías sin ofrecer la menor resistencia y no había pedido un abogado ni ejercido sus derechos. Se mostraba alterado, asustado y absolutamente dispuesto a colaborar.

Lo habían localizado por fin aquella mañana, porque estaba de viaje sin que nadie les supiera decir dónde. Regresó temprano con el tren de Edimburgo. Según contó, había pasado allí algunos días de vacaciones.

—¿En noviembre? —preguntó Caleb, enarcando las cejas con escepticismo—. No es la mejor época para visitar Edimburgo.

El hombre comenzó a tartamudear:

—Es que... necesitaba cambiar de aires. Mi madre es de allí, por eso... Y bueno... Verá, los escritores... siempre tenemos problemas con la inspiración.

—¿Es usted escritor?

—Sí.

—¿Qué ha publicado?

Aún no había publicado nada, pero estaba escribiendo una novela que reflejaba la sociedad inglesa y sus discrepancias con la Unión Europea.

—Se trata de una gran empresa familiar que se hunde con el Brexit —explicó.

—Y hasta que ese libro se venda, ¿cómo se gana la vida? —inquirió Caleb.

Resultó que, tres años atrás, el novelista había heredado de su abuela materna una casa en Edimburgo, que puso en venta. Después invirtió el capital obtenido, de modo que podía vivir de él «hasta que lo de escribir funcione», en sus propias palabras. En aquel momento estaba bloqueado, por eso se había marchado a Escocia «para despejar la cabeza». Se había hospedado en varias pensiones.

—¿Puede mostrarnos las facturas?

Volvió a tartamudear:

—Pues... Es que no sé dónde... Tendría que buscarlas.

—¿Recuerda los nombres de los establecimientos? Así podremos confirmar su testimonio. ¿Hizo reservas?

Él negó con la cabeza.

—No. Supuse que en noviembre... en fin, que no estaría lleno. Fui buscando sitios sobre la marcha. Yo... Seguro que me acuerdo de los nombres... si lo pienso un poco.

—Bien, pues procure hacer memoria y preséntenos las facturas —ordenó Caleb, impasible.

Luego se inclinó hacia delante y le mostró una foto de Mandy Allard que le había proporcionado el agente que estaba de turno cuando se realizó la denuncia de su desaparición.

—¿Sabe quién es esta chica? —preguntó.

No hizo falta que el hombre contestara, su reacción demostró al instante que la conocía. Palideció y abrió muchísimo los ojos. Estaba aterrorizado.

—Eh, pues... Sí, sé quién es.

—Me alegro de que no intente negarlo. El 30 de octubre de este año alguien vio a esta chica, Mandy Allard, salir corriendo de su casa. Casi huyendo.

—Seguro que ha sido esa maldita señora Vine —dijo Saunders con odio—. ¿A que sí? Es mi vecina de abajo, ¡y siempre se mete donde no la llaman!

Caleb no respondió a eso y continuó:

—Mandy Allard lleva desaparecida desde principios de octubre. Los servicios sociales alertaron a la policía. Se fugó de casa de sus padres y nadie ha vuelto a verla.

—No fue una simple fuga. La maltrataban. Su propia madre le tiró encima agua hirviendo. Tenía el brazo fatal, hasta parecía peligroso. Yo la ayudé, le compré vendas y pomada para las quemaduras. Conseguí que no se le infectara.

—Muy loable por su parte, pero ¿le importaría decirme por qué recoge de la calle a una niña de solo catorce años y se la lleva a vivir con usted durante días? ¿No se le ocurrió que eso está mal?

Caleb se la había jugado con un globo sonda. No sabía dónde ni en qué circunstancias Saunders se había encontrado con Mandy, ni si se conocían de antes. También ignoraba cuánto tiempo habían vivido juntos, porque su

informante (la señora Vine, en efecto) carecía de esa información, cosa que la mujer lamentó expresamente.

Pero el interrogado mordió el anzuelo.

—Pues es que... La vi por la calle y me acerqué a ella.

—¿En qué calle? —lo interrumpió.

—Cross Lane.

Tomó nota.

—Continúe.

—Se la veía... perdida. Desesperada. Vulnerable. Sí, eso sobre todo. Muy vulnerable.

—Entiendo. ¿Usted iba en coche?

—Sí. No era mío, yo no tengo. Había recogido del taller el de un conocido.

—¿Cómo se llama ese conocido? ¿Y cuál era el taller?

—Se llama Joseph Maidows, no lo conozco mucho, pero tenía gripe y por eso... El taller está en la calle Burniston Road. Es el Scalby Mills Service Station.

—Comprobaremos sus declaraciones. —Lo había apuntado todo. Después se inclinó hacia delante—. ¿Y Mandy Allard se subió al coche? ¿Voluntariamente?

El rostro de Saunders reflejó indignación.

—Pues claro que subió voluntariamente. ¡No la secuestré! Le ofrecí comida y un lugar para descansar y aceptó enseguida.

Caleb sacudió la cabeza. Seguro que sus padres le habían dicho mil veces que no hiciera eso bajo ninguna circunstancia. Aunque claro, Mandy provenía de una familia desestructurada, había huido y vivía en la calle. Debía encontrarse tan desesperada que ignoró por completo cualquier advertencia.

—Y se quedó con usted, ¿cuánto? ¿Diez días? —aventuró.

El hombre se lo estaba poniendo fácil. De no estar tan asustado habría notado enseguida que en realidad la policía sabía muy poco, y que las declaraciones de su vecina no eran demostrables. No tendría por qué admitir ningún hecho y los investigadores no podrían hacer nada.

—Una semana. Se quedó una semana. Me contó lo del brazo y me dijo que no aguantaba más en su casa. Su madre debe de ser una mujer horrible. No podía mandarla allí de vuelta.

—Pero sí que podía imaginarse que la estarían buscando. Y sabía que era menor de edad. Debió llamar a la policía o a los servicios sociales, ¿es que no lo entiende?

—Mandy confiaba en mí. En esos días tuvimos largas conversaciones. Intenté ayudarla, despertar en ella pensamientos positivos.

—Ya veo... ¿Sabe qué, señor Saunders? Todo eso suena muy bonito, muy de buen samaritano. Sin embargo, le diré con toda sinceridad que no me gusta nada la idea de que un hombre soltero de casi treinta años se encierre en su casa durante días con una niña de catorce. Y además, en su caso —añadió mientras hojeaba un informe que tenía a su lado—, las cosas empeoran. En el año 2005 estuvo metido en problemas, ¿me equivoco?

El hombre palideció aún más. Caleb se preguntó si de verdad creía que sus antecedentes quedarían para siempre en un archivo olvidado y nunca más saldrían a la luz.

—Por entonces tenía usted diecisiete años —continuó—, acababa de terminar el instituto y estaba haciendo un voluntariado en el *Yorkshire Post*.

—Sí —respondió en un susurro. Carraspeó—. Así es —confirmó con más firmeza.

—¿Vivía con su madre aquí, en Scarborough?

—Sí.

—Y pertenecía a una pandilla muy poco recomendable. Algunos de sus amigos tenían antecedentes por robo de vehículos. También eran responsables de continuos episodios de acoso y escándalo callejero, y de robos en comercios. Hacían muchas de esas cosas como pruebas de valor.

—Yo nunca participé en nada de eso.

Caleb se sintió inclinado a creerlo. Era el tipo de persona que se asustaba de su propia sombra. En realidad, resultaba bastante extraño que formara parte de aquella banda. Aunque seguramente se creería más fuerte oculto tras la falta de escrúpulos de los demás.

—El 22 de septiembre de 2005 —prosiguió— algunos miembros de esa pandilla pararon a Sarah Fischer, de quince años, cuando iba camino al instituto. Le preguntaron si quería acompañarlos a fumar unos porros y beber alcohol. Sarah era una chica atrevida y les dijo que sí. La llevaron a una fábrica abandonada en las afueras de Scarborough.

—Ya lo sé —susurró—. Pero yo no estaba allí.

—Según contó la chica, pasada una media hora la situación se descontroló por completo, empeorada por el alcohol y las drogas. Primero la acosaron verbalmente de forma cada vez más obscena y, cuando quiso marcharse, la retuvieron en contra de su voluntad. Como bien sabe, señor Saunders, la violaron. Todos. Durante horas. Una y otra vez.

—Yo no estaba allí. Lo juro.

Caleb asintió. Había leído el expediente con todo detalle.

—Según su propio testimonio, trabajó en la redacción del periódico hasta mediodía; luego se marchó porque se sentía mal debido a un virus intestinal. Eso lo confirmó su jefe. Se fue a casa y pasó el resto del día en la cama.

—Sí. Mi madre lo corroboró en su momento.

—Me consta. Pero me pregunto hasta dónde sería capaz de llegar una madre para proteger a su hijo de una acusación tan terrible.

—La chica no me reconoció. Dijo claramente que yo no participé.

—También me consta. Por desgracia, dijo lo mismo de otros jóvenes que poco después se confesaron culpables. Sarah Fischer estaba traumatizada. Sus declaraciones eran confusas, contradictorias y, a veces, del todo erróneas.

—Pero de veras que...

Caleb lo interrumpió:

—No se procedió judicialmente contra usted por falta de pruebas. Los testimonios de la víctima y de su madre no pudieron rebatirse. No obstante, debió de ser una experiencia terrible para usted. Solo para empezar, darse cuenta de la clase de bestias que tenía por amigos. Y, por supuesto, haber sido acusado de un delito tan abominable. Aunque al final lo declararan inocente, imagino que el proceso debió de resultar angustioso.

—Así fue. Jamás volví a ver a esa banda. Ni siquiera a los no implicados. Bajo ningún concepto quise volver a tener nada que ver con ellos. Lo que hicieron fue repugnante, sencillamente espantoso.

—Y entonces ¿por qué demonios recogió a Mandy Allard? Después de haber pasado por todo aquello, ¿cómo se le ocurre cometer semejante estupidez?

El hombre bajó la cabeza.

—Me sentía muy solo. Hace dos años perdí mi trabajo en el *Yorkshire Post*, fue un auténtico mazazo. Estuve reflexionando y decidí empezar de cero, dedicarme a la novela que siempre quise escribir. En fin, habrá que ver si... si me sale bien. —Luchaba por contener las lágrimas—. Estoy solo. Muy solo. No puede imaginarse cómo es pasarse la vida metido en ese piso, día y noche. Sin otra cosa que mi libro, que no sé si alguna vez interesará a alguien. Aquella mañana iba en el coche y la vi... Parecía tan perdida como yo. Abandonada. Necesitada. Pensé que... que si se quedaba conmigo un tiempo no me sentiría tan solo. Podría pasar las largas tardes en compañía. Tendría alguien con quien hablar, con quien comer y ver la tele. Esas cosas. Le juro que no le toqué un pelo, ni una sola vez. Podía irse en cualquier momento, yo no la retenía. La puerta estaba abierta. Su estancia conmigo fue voluntaria.

—Como le dije antes, nos han informado de que salió corriendo de su casa.

Se encogió de hombros.

—La única explicación que se me ocurre es que... —se interrumpió.

—Continúe —lo alentó Caleb.

—Aquella mañana hablé por teléfono con mi madre. No le había contado a nadie... —le falló la voz otra vez.

El comisario suspiró. Aquel tipo se ahogaba en su propia autocompasión.

—Me estaba diciendo que telefoneó a su madre...

—Sí. En fin, presumí un poco, le hablé de Mandy... Por supuesto, no le dije que era tan joven. Solo hice como que... en fin...

—Como que había conocido a una mujer que le correspondía —lo ayudó.

—Pues sí. A mi madre le preocupa mucho que siga soltero. Nunca he tenido... bueno, una relación de verdad. Por eso lo adorné todo un poco. Mandy se había metido en el baño, pero imagino que me oyó y pensó que la estaba delatando. A la policía o a su asistente social, a quien tenía un miedo atroz. Temía que la metiera en un centro de menores.

—¿Me está diciendo que la chica sacó sus propias conclusiones de aquella conversación y decidió huir?

—Tuvo que ser por eso. Se marchó mientras yo seguía al teléfono. Se dejó casi todas sus cosas. Me robó dinero, pero aparte de eso se fue casi con lo puesto.

En efecto, podía haber sucedido así. Pero también era posible que Mandy se escapara porque su anfitrión había intentado propasarse. Aunque Saunders no parecía un maníaco peligroso, y menos aún un asesino en serie, Caleb sabía por experiencia que las apariencias engañan. Y, a todas luces, aquel hombre tenía un problema con las mujeres.

El comisario mostró entonces una hoja de papel. Le había costado cuarenta y ocho horas convencer al juez.

—Esto es una orden judicial para registrar su piso. Enseguida saldrán hacia allí varios agentes. Creo que lo mejor será que usted permanezca aquí.

Los ojos de Saunders se llenaron de lágrimas.

—¿Estoy detenido?

«¿Realmente es una persona miedica, o tiene verdaderos motivos para estar asustado?», se preguntó Caleb.

—No, no está detenido. Pero es mejor que espere aquí durante el registro de su vivienda. —Y a regañadientes añadió, como era su deber—: Puede llamar a un familiar en cualquier momento, o a un abogado.

El hombre pareció desmoronarse.

—De acuerdo. Llamaré a mi madre. Gracias.

Parecía tan intimidado y desesperado que resultaba casi imposible imaginárselo como un asesino en serie. Aun así, Caleb no estaba dispuesto a tacharlo de la lista de sospechosos. Todo dependía de lo que encontraran en su piso. Ya sabían que localizarían rastros de Mandy Allard. Pero si aparecía ADN de Saskia Morris y Amelie Goldsby, Brendan Saunders estaba perdido. Lo habrían atrapado.

Aunque el comisario tenía el oscuro presentimiento de que no iba a resultar tan sencillo.

2

Kate salió temprano aquella mañana en dirección a Staintondale con intención de visitar a Kevin y Marvin Bent. Era un día claro y muy frío; las praderas brillaban por la escarcha. El cielo era de un azul cristalino. No se veía ni una nube.

La mujer a la que recogió en la parada del autobús ya le había comentado que, tras el fallecimiento de su madre, los hermanos habían dado nueva vida a la antigua granja. Sin embargo, Kate se sorprendió de lo bien cuidado que estaba todo. Tanto la casa como los establos se encontraban en excelente estado. A lo largo del camino de entrada, que transcurría entre las vallas de los prados, los setos estaban perfectamente recortados. Además, a finales de verano se había segado la hierba.

Aunque la granja ya no funcionaba como tal, por ningún sitio se veían aperos oxidados o vallas y muros estropeados. Todo se encontraba muy bien conservado, seguramente con pocos medios económicos. Era de esperar que la casa no se hubiera renovado desde los años cincuenta del pasado siglo, pero las paredes exteriores resplandecían de limpias y los marcos de las ventanas se habían pintado de azul. La puerta principal lucía un bonito azul oscuro.

Los Bent no parecían en absoluto tan incivilizados como sostenía Ryan Caswell.

Por desgracia, no los encontró en casa. Llamó varias veces a la puerta pero nadie respondió, todo permaneció oscuro y silencioso. Rodeó el edificio y vio que la parte de atrás contaba con una pequeña terraza rodeada de un murete, en la que había una pila de muebles de jardín cubiertos con una lona.

Kate se quedó contemplando las praderas y los campos que se extendían hasta el mar, que aquel día mostraba el mismo azul del cielo. Los Bent poseían tierra de sobra, pero ¿disponían también de un lugar en el que esconder a una persona durante semanas?

Se giró y miró el edificio. En principio podían ocultarla en la propia casa. O en el pajar, o en los establos. Pero ¿y si se presentaba alguien de forma inesperada? ¿Y si la chica gritaba?

¿Sería ese el lugar del cautiverio de Amelie Goldsby? ¿Fue de allí de donde logró huir, subiéndose al coche de un visitante?

Regresó a la parte delantera e intentó mirar dentro del pajar y los establos, pero las puertas estaban muy bien cerradas. Curioseó por las ventanas sin distinguir nada interesante. Cajas vacías, algo de paja en el suelo. Nada que indicara que allí se había encerrado a alguien.

Se subió al coche y volvió a Scarborough para dirigirse al pub del puerto regentado por los hermanos. Se llamaba The Sailor's Inn y se trataba de un edificio encalado cuya planta baja albergaba una tienda de artículos de pesca. Por una escalera exterior de madera se accedía a la primera planta y al pub, que tenía unas veinte mesas y una gran barra. Tras el mostrador, una puerta llevaba a la cocina.

Al entrar solo vio a una señora mayor que fregaba el suelo. Esta le explicó que los dueños habían salido a hacer la compra.

—Pero por la tarde estarán aquí. Si vuelve entonces los encontrará seguro.

Kate bajó a la calle y se quedó parada sin saber qué hacer. No le apetecía nada volver a la casa vacía, pero hacía demasiado frío para pasear junto al mar. Habría necesitado abrigarse más y ponerse buenas botas. Sacó un papelito del bolsillo. Gracias a internet había encontrado la dirección de David Chapland: vivía en lo alto del acantilado, en Sea Cliff Road. Aunque tardaría un rato en llegar, le sentaría bien el ejercicio. Y en cualquier caso, era un plan mucho mejor que regresar a casa.

Avanzó por la playa, pasó bajo el Gran Hotel y subió las escaleras que desembocaban en la calle Esplanade Gardens. Mientras ascendía pensaba que todo era un poco extraño. Según su propio testimonio, Chapland había salido aquella noche para comprobar si sus barcos estaban bien y, de regreso del puerto, se había encontrado a Alex Barnes sujetando a Amelie con sus últimas fuerzas. Sin embargo, el camino más directo habría sido precisamente por las escaleras en las que ella se encontraba.

¿Por qué había preferido dar un rodeo por Cleveland Way en medio de la tormenta?

Llegó sin aliento a la dirección indicada y necesitó descansar un ratito para recuperarlo. Debía empezar a hacer deporte, su forma física era lamentable. Admiró la casa, en una hilera de bonitas viviendas unifamiliares a lo largo de una calle tranquila y bien cuidada. Todas tenían un pequeño jardín delantero, puertas pintadas de colores, impresionantes miradores y ventanitas en las buhardillas. Al final de la calle, dominando el mar, estaba el aparcamiento en el que, con toda probabilidad, Amelie se había bajado del coche.

Kate observó que la casa de David Chapland había sido redistribuida en dos viviendas, pues había dos timbres con nombres distintos. Llamó. Las gaviotas volaban en círculos, chillando en el aire frío. El sol de noviembre brillaba pálido y bajo sobre el mar.

«Una zona muy bonita —pensó—. Un sitio precioso para vivir».

Estaba a punto de marcharse cuando David Chapland abrió la puerta. Iba descalzo y se había arremangado los vaqueros por encima del tobillo. Tenía las manos manchadas de una sustancia negra. La miró con curiosidad.

—¿Sí?

Era evidente que lo había interrumpido.

—Disculpe que me presente así, sin previo aviso.

—¿Qué es lo que quiere?

Kate le tendió la mano, pero la retiró enseguida al darse cuenta de que él no estaba en condiciones de estrechársela. ¿Cómo podía ser tan tonta?

—Soy Kate Linville. Sé que no está bien venir así sin más...

«Es por mi trabajo —pensó—, por eso se me dan tan mal estas situaciones. Los agentes de policía no avisamos, nos personamos directamente. Y no perdemos el tiempo con explicaciones, nos identificamos y solicitamos acceso. Con educación pero con firmeza». Deseó poder sacar la placa y ponérsela a Chapland delante de las narices. Se sentiría mucho más segura.

—No se preocupe —la tranquilizó él—. Acaba de irse el empleado del servicio técnico, estaba limpiando el desastre que ha dejado; no pienso volver a recurrir a esa empresa. Se me estropeó la calefacción hace dos días, ¿sabe? Por eso me encuentra aquí. A estas horas suelo estar en la oficina.

—Soy periodista. De Londres. —Cada vez le costaba menos decir esa mentira—. Estoy preparando un artículo sobre las desapariciones de chicas. Como ya sabe, a una la encontraron muerta y otra pudo escapar.

—Ya veo. Y me ha llegado el turno, ¿no? Por ayudar en el rescate de Amelie Goldsby.

—Así es. Me gustaría hacerle unas preguntas. Pero puedo volver en otro momento si ahora...

—No, ahora está bien. Pase. Eso sí, hace un frío que pela, la calefacción acaba de encenderse. ¿Le apetece una taza de té?

Una empinada escalera llevaba a la vivienda de Chapland. Se acomodaron en la cocina, que miraba al jardín. En el centro había una gran mesa de madera, muy bonita, y alrededor reinaba un agradable desorden. Su anfitrión le había pedido que tomara asiento y se había lavado las manos. Preparó té y colocó en la mesa leche, azúcar y dos tazas. Kate utilizó la suya para calentarse las manos. Realmente hacía un frío espantoso, menos mal que se había dejado puesto el abrigo.

—Bueno —comenzó él—, creo que no voy a contarle nada nuevo. Salió todo en los periódicos. Aquel día caminaba por Cleveland Way cuando me encontré a ese hombre... ¿cómo se llama?

—Alex Barnes.

—Eso. Pues me encontré a Alex Barnes tumbado en el suelo y, cuando me acerqué, vi que sujetaba a una chica medio sumergida en el agua. Estaba muy debilitada, resultaba evidente que él solo no conseguiría subirla al malecón, así que yo también la agarré del brazo. Le grité a Barnes que pidiera ayuda, pero me dijo que se le había caído el móvil al mar. Por un tiempo me quedé yo sosteniendo a la chica, para darle a él un respiro y que se le desentumecieran las manos. Después me relevó y, con mi móvil, avisé a la policía y a emergencias.

—¿Le pareció nervioso o molesto por su aparición?

Negó con la cabeza.

—Me lo preguntó la policía. No, al revés. Se mostró muy aliviado.

Kate formuló con cautela su siguiente pregunta.

—Seguro que la policía también se interesó por esto: ¿qué hacía usted allí, señor Chapland? Ese no es el camino más directo para regresar aquí desde el puerto.

Él se rio.

—Me hace usted las mismas preguntas, ¿seguro que es periodista?

—Bueno, creo que son cosas que llaman la atención de cualquiera, no solo de la policía —apuntó, evitando contestar.

—Tiene razón. En condiciones normales habría sacado el coche. Me preocupaban los barcos, quería ver si estaban bien amarrados. Pero me había

tomado ya dos cervezas y no quise arriesgarme.

—Muy bien hecho. Incluso demasiado bien hecho. Nadie actúa de un modo tan ejemplar.

—A menos que haya tenido que vivir un tiempo sin carnet. Me lo retiraron por conducir bajo los efectos del alcohol.

—Oh...

—No vaya a pensar que soy uno de esos alcohólicos que, además, conducen. Sucedió una Nochevieja, volvía de una fiesta. Fue una estupidez por mi parte, lo sé. Desde entonces ando con pies de plomo.

A Kate le pareció creíble. La gente se volvía muy cuidadosa después de que le retiraran el carnet.

—De acuerdo. Por eso no sacó el coche. Pero ¿por qué eligió ese camino? Hacía una noche horrible, con el mar muy agitado.

Él sonrió.

—Me encanta el mar, sobre todo cuando está así. Fue una decisión consciente.

—Comprendo.

—No la veo tomar notas, y tampoco está grabando la conversación.

—¿Perdone?

—Bueno, si pretende escribir sobre esto me extraña que no apunte algún detalle.

Kate sintió que se le encendían las mejillas. No se había preparado en absoluto.

—Es que... por ahora estamos hablando de cosas que ya sé. A lo mejor grabo... más adelante.

Él asintió.

—Pero si me va a citar textualmente quiero leer el artículo antes de que se publique.

—Por supuesto.

—¿Para qué periódico trabaja?

Notó un deje de desconfianza en su voz.

—Soy periodista independiente. Vivo en Londres, aún no sé a quién le ofreceré el reportaje. Quisiera centrarme en los efectos que sucesos así tienen en una ciudad. Y en sus habitantes.

La miró pensativo.

—Suena interesante. Sin embargo, me temo que estos casos no han afectado mucho a la ciudad ni a la gente. Ya sabe, durante un tiempo los periódicos no hablaron de otra cosa y el tema estuvo en boca de todo el

mundo. Quizá algunos padres insistieron más a sus hijos para que no se acercaran a desconocidos. Pero después todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera pasado. Acuérdense de cosas como los atentados de Manchester y Londres. O el incendio en la torre Grenfell. Aunque en su momento todo es expectación, enseguida se convierten en agua pasada. La gente tiene sus propios problemas, sus preocupaciones cotidianas: el trabajo, el dinero, el cole de los niños... Qué sé yo.

—Bueno, son las dificultades del día a día —contestó Kate—. Contra eso no se puede hacer nada.

Notó que la miraba con intensidad, como si la conversación le pareciera de verdad interesante.

—Tiene razón, no se puede hacer nada —repitió despacio. Después pareció librarse de esos pensamientos—. ¿Preparo más té?

—No querría entretenerle. Si pensaba ir a la oficina...

—Es verdad, debería... —Reflexionó durante un momento—. Tengo una idea, ¿y si cenamos esta noche? Así podríamos continuar la conversación.

La pilló tan desprevenida que casi se atragantó con el último sorbo de té, ya frío. ¿De verdad deseaba salir con ella? Increíble, se preguntó si sus palabras podían interpretarse de otra manera, no quería hacer el ridículo. Aquello no le había sucedido jamás. Era cierto que Colin había quedado con ella varias veces, pero fue solo porque un ordenador los había emparejado, así surgió su primera cita. Y lo mismo con los demás hombres de Parship. Cuando tres años atrás el comisario Hale le sugirió que lo acompañara a un pub, no se atrevió a aceptar. No estaba dispuesta a que le sucediera de nuevo. Pero tampoco debía malinterpretar la situación.

Por otra parte, «cenar» significaba «cenar». No quedaba mucho margen de interpretación.

—¿Cenar? —repitió, y al instante se sintió una estúpida integral. Primero se callaba un buen rato y luego repetía aquella palabra como si no la hubiera oído en su vida.

—Sí, podríamos ir a algún pub. Solo si le apetece, por supuesto —añadió.

Kate se llamó al orden. Tenía un gran talento para estropear las cosas, especialmente con los hombres.

—Pues esta tarde quería ir al Sailor's Inn —explicó—. Me gustaría entrevistarme con Kevin y Marvin Bent, para el reportaje. ¿Y si quedamos allí?

—Siempre al servicio del deber —respondió él, divertido—. De acuerdo, ¿por qué no? La comida es muy buena. ¿Qué tal a las siete y media? ¿Paso a

buscarla?

Además, eso. Nadie se había ofrecido jamás a recogerla. Ni siquiera Colin. Kate había acudido a sus encuentros siempre por sus propios medios, ya fuera en el saturado metro o luchando en el coche contra el tráfico londinense.

—No, muchas gracias. Nos vemos allí —se apresuró a contestar.

Pretendía llegar antes para poder charlar con los hermanos. Además, no era necesario que David se enterara de que vivía en una casa sin muebles. Vaciar y renovar a fondo una vivienda destrozada por inquilinos incivilizados resultaba perfectamente comprensible. Pero pasarse allí dos semanas de *camping* era otra historia. Cualquier persona normal se buscaría un hotel o una pensión, o se habría quedado en Londres, dejando el asunto en manos de un agente. Kate temía que David descubriera que tenía un problema de apego y que seguía aferrándose a la memoria de su padre. Imaginó que esas cosas no le resultarían muy atractivas.

—Muy bien, entonces nos vemos a las siete y media —confirmó él.

La acompañó a la puerta. Para despedirse le tendió la mano, ahora limpia. Su apretón era de lo más agradable. Y tenía una sonrisa muy bonita.

Se quedó parada en la calle, agradeciendo el viento frío que le acariciaba las mejillas.

«Vale —se dijo—, no te precipites. Te has presentado como periodista, le has pedido una entrevista y, como no tenía tiempo, te ha propuesto quedar esta tarde. No necesariamente es algo personal».

Aunque, sinceramente, la gente no va por ahí invitando a los periodistas a cenar solo porque quieren hacerle algunas preguntas.

«Tranquila —se conminó—. ¡No te hagas ilusiones!».

Se pasó todo el camino a casa preguntándose qué ropa debería ponerse.

3

—¡Nada! —exclamó Caleb—. Nada que nos sirva.

Se encontraba en el despacho del sargento Stewart. Nada más poner el pie dentro vio cómo cerraba el programa que tenía abierto en el ordenador. Seguramente se trataba otra vez de un portal de citas. Stewart llevaba años buscando en internet a la mujer de su vida, pero ninguna de sus relaciones

duraba más de dos semanas. Lo que asombraba a sus colegas, y al mismo tiempo les merecía todo su respeto, era que fuera tan persistente e infatigable.

—¿Nada? —repitió el sargento.

Caleb se dejó caer en una silla y estiró las piernas. Se sentía cansado y frustrado.

—Han registrado el piso de Saunders de arriba abajo. Aún no han terminado los análisis, pero todo indica que no hay ni rastro de Amelie Goldsby o Saskia Morris. A juzgar por los primeros resultados, ninguna de las dos estuvo allí.

—¿De Mandy Allard sí hay señales?

—Desde luego. En abundancia. Y algunas muy visibles, como su mochila o su móvil. Pero bueno, eso Saunders no lo niega...

—¿Y su madre? —inquirió Stewart.

—Se acuerda de la llamada del 30 de octubre en la que hablaron de una novia. Sin embargo, en mi opinión, recordará cualquier cosa que saque a su hijo del punto de mira. Dos agentes han intentado localizar a ese tal Joseph Maidows, pero al parecer no está en casa. En el taller Scalby Mills Service Station nos han confirmado que repararon su coche por un problema de frenos y que después lo recogió Brendan Saunders. Así que, al menos en general, sus afirmaciones son ciertas. Ah, y otra cosa: las primeras comprobaciones con las pensiones de Edimburgo también confirman que se hospedó allí. Solo llamó la atención porque se pasaba la mitad del día durmiendo y luego salía a pasear. Por otra parte, en la zona no se han denunciado desapariciones similares a las nuestras. Parece que de verdad utilizó la estancia para relajarse.

—Según la vecina, Mandy abandonó su piso corriendo. No es muy probable que se la haya llevado a otra parte... —reflexionó el sargento.

—Siempre podría haber vuelto a atraparla. Quizá después de que fuera a esconderse con ese Cat, o como se llame...

El lunes, varios agentes se habían presentado en la casa en ruinas. Se encontraron a un joven tirado en un colchón y puesto hasta arriba de hachís que no paraba de sonreírles. Lo rodeaban montones de gatos. Cuando le preguntaron por Mandy Allard contestó que había estado allí, pero que ya se había marchado. No sabía cuándo había llegado ni cuándo se había ido.

—Lleva nueve o diez horas bajo los efectos de alguna sustancia —le contó un agente a Caleb—. Lo encuentro del todo incapaz de secuestrar y asesinar a varias chicas.

Puesto que Mandy llevaba ya varias semanas desaparecida y que, según la asistente social, se había refugiado en casa de Cat, se aprobó una orden de

registro. Por desgracia, la inspección arrojó los mismos resultados que en el piso de Saunders: nada. Durante el proceso apareció la novia del joven, que insultó a los policías y montó en cólera al oír el nombre de Mandy Allard. Afirmó que la había puesto de patitas en la calle y que, mientras estuviera en su mano, no volvería a poner un pie en aquella casa. A la pregunta de qué relación tenían con ella contestó que solo era una conocida de Cat. Se escribían por WhatsApp, nada más. Pero se había escapado de su casa y por dos veces (¡dos veces!) se había alojado allí porque Cat le había ofrecido techo y comida. Aquello era un insulto a su persona y no estaba dispuesta a permitirlo, cosa que les dejó bien clarita a los dos. Si esa Mandy sabía lo que le convenía no volvería a aparecer por allí.

Sufrió un segundo ataque de cólera al enterarse de que la policía pretendía evacuar el sótano por riesgo de derrumbe del edificio entero, lo que significaba que se quedarían sin hogar.

—¿Pero qué dicen? ¡Y todo por culpa de esa zorra! ¡De esa puta zorra! Se nos mete aquí, se arrima a mi novio y encima nos manda a la policía. ¡Yo flipo! ¡Flipo!

Tuvieron que sacarla por la fuerza entre pataleos, mordiscos y escupitajos. Por el contrario, Cat salió del sótano por su propio pie, descalzo a pesar del frío y con la mirada radiante de felicidad. Los agentes avisaron a los servicios sociales y a la protectora de animales, para que se ocupara de los gatos. Precintaron la casa, lo que no impediría que en poco tiempo el sótano volviera a estar habitado. Quizá por el mismo ocupante.

—Bueno, entonces ¿nos olvidamos del tal Cat? —preguntó Stewart.

El comisario asintió.

—Estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que es inofensivo. He hablado con él y no he sacado nada en claro, mezcla personas y acontecimientos. No reaccionó en absoluto a los nombres de Saskia Morris y Amelie Goldsby, y no fingía. Las drogas le han fundido el cerebro. Estoy de acuerdo con los compañeros: sería incapaz de organizar la logística de varios secuestros. No lo veo posible.

—Varios secuestros... —repitió el sargento—. Jefe, no olvidemos que no hay pruebas de que el culpable sea el mismo en todos los casos. Lo sospechamos pero, al menos en teoría, también podrían ser personas distintas.

—¿Y que esta coincidencia sea casual?

—¿Qué coincidencia? Tenemos una chica que desapareció y fue hallada asesinada meses después, Saskia Morris. Tenemos otra a la que se llevaron en un coche y logró escapar, Amelie Goldsby. Y ahora Mandy Allard, huida de

una lamentable situación familiar. Lleva semanas vagando por las calles y alojándose donde puede y, por lo que sabemos, se encuentra en libertad. En mi opinión, no encaja en la lista del asesino del páramo. Si el tiempo empeora y hace cada vez más frío terminará por volver a su casa, aunque sea a regañadientes. O puede que no. Entonces, por terrible que sea, se convertirá en un número más en la estadística de jóvenes que se fugan de casa porque están hartos de sus familias, sufren problemas escolares, tienen ganas de aventuras o qué sé yo. No quiero decir que no la busquemos, aunque ya sabemos que nos faltan recursos para ocuparnos de todos los casos. Pero a lo que voy: creo que no debemos mezclar su historia con las demás.

—Mmm... —reflexionó Caleb.

—Solo la incluimos en la investigación porque fue vista en casa de un hombre fichado. Pero, la verdad, Saunders no tiene pinta de peligroso.

—No lo parece —admitió el jefe.

—Si quieres mi opinión, dudo que estuviera implicado en la violación de Sarah Fischer; por carácter, es más víctima que verdugo. Y no es el más listo del mundo. En su juventud se relacionó con malas compañías, eso es todo. Ahora ha cometido la estupidez de ofrecer alojamiento a una menor fugada porque se sentía solo. Esto nos devuelve al punto de partida: no tenemos pruebas de que Mandy Allard haya sido secuestrada o se encuentre retenida en algún sitio.

El comisario hundió la cara entre las manos.

—Otra vez en el punto de partida. Esa es la constante de esta investigación, Robert. Me pone enfermo. No avanzamos, da igual lo que suceda. Damos vueltas sobre el mismo punto. Si encontramos alguna pista, es seguro que no llevará a ningún sitio. Me siento perdido en la niebla, dando palos de ciego en la esperanza de tropezar con algo importante por pura casualidad. Sin un concepto, sin una idea, sin nada.

Su compañero guardó silencio. No podía rebatir aquellas palabras, describían la situación de forma muy realista.

—Nuestra única esperanza —prosiguió Caleb— consiste en que Amelie Goldsby supere su trastorno y nos proporcione los elementos clave que faltan en su relato. De eso depende todo. Estamos en manos de una adolescente traumatizada, y ni siquiera sabemos si su trauma desaparecerá algún día.

—¿La sargento Helen Bennett la sigue visitando con regularidad?

—Casi a diario, no se da por vencida. Y bueno, es cierto que logró un éxito inesperado. Cuando le dio detalles de su fuga.

—Aunque no nos llevaron muy lejos... —murmuró sombríamente Robert.

En efecto, los interrogatorios a los residentes del acantilado no habían dado frutos. Nadie se había fijado en ningún coche concreto del aparcamiento, nadie había oído ni visto nada. Nadie parecía ser el misterioso conductor. Y, lo que era aún más deprimente, también podía decirse justo lo contrario: cualquiera podría ser el conductor. Carecían de pruebas que descartaran de forma categórica a ciertas personas o apuntaran indudablemente a otras.

Era muy simple: no tenían nada.

—Pero ¿mantenemos la hipótesis de que el secuestrador de Saskia Morris y Amelie Goldsby es el mismo? —insistió el sargento.

Caleb reflexionó un momento y después asintió:

—La mantenemos. Hay al menos una similitud entre ambos casos: poco después del secuestro se encontraron algunas pertenencias, como los móviles o los bolsos de las chicas. Algo es algo.

—Algo es algo —repitió Stewart, cansado.

—Y una cosa más...

—¿Qué?

—Sabemos que Saskia Morris pasó varios meses encerrada antes de morir de hambre y sed. Antes de lograr huir, Amelie estuvo retenida una semana. Eso no es lo normal, Robert. Cuando secuestran en la calle a chicas tan jóvenes suele tratarse de delitos sexuales que se cometen muy deprisa, en general en la primera hora o dos horas después del rapto. Nuestros casos no son así. El culpable quiere algo de ellas durante más tiempo, por así decirlo. A Saskia Morris no la violaron, de Amelie no sabemos si tendría algún novio secreto antes del secuestro. En cualquier caso, parece claro que el móvil no es el sexo rápido. El culpable busca algo más. Es cierto que actúa espontáneamente, aprovechando la oportunidad y las circunstancias del momento, pero por lo demás está organizado a la perfección. Cuenta con un lugar en el que ocultar a sus víctimas: durante meses a Saskia, una semana a Amelie. Encontrar un lugar así, acondicionarlo y mantenerlo no es fácil. Me cuesta creer que estemos ante dos secuestradores capaces de eso. Y que, además, no busquen la satisfacción inmediata sino una historia a largo plazo, cosa que entraña mucho más riesgo.

—Eso es cierto —admitió Robert.

El comisario se sentía algo más seguro que al principio de la conversación. En realidad no estaba más cerca de la solución, pero al menos veía con mayor claridad. Por lo menos en cuanto a las personas implicadas en el caso.

—Pues entonces está claro —dijo—. Tachamos a Mandy Allard de la lista. Es un asunto distinto. Nos quedan Saskia y Amelie.

—¿Y qué hay de Hannah Caswell?

Caleb negó con la cabeza.

—El lapso temporal es demasiado grande. No encaja.

—Si eso te parece tan relevante, tenemos que espabilarnos. Ese monstruo se buscó otra chica poco después de la muerte de Saskia. Hace ya tres semanas que se le escapó Amelie. Seguramente está al acecho de su próxima víctima.

—Lo sé —repuso Caleb—. Esa idea me persigue día y noche. —Como para probar sus desvelos, se frotó los ojos, enrojecidos e inflamados—. La idea de que en cualquier momento cazaré otra víctima.

4

El Sailor's Inn se encontraba muy concurrido. Todas las mesas estaban ocupadas menos una, reservada por David Chapland. Kate lo había visto apuntado en el grueso cuaderno sobre la barra, y se alegró mucho. Una reserva hacía que todo fuera más serio. Más como una cita. Apenas podía creerlo.

Se acomodó en un taburete y pidió una cerveza. Como había supuesto, Kevin Bent se mostró más que dispuesto a abrirle su corazón en cuanto pronunció la frase «periodista interesada en su versión de la historia» y, además, dejó caer el nombre de Ryan Caswell. A pesar de la agitada clientela, Bent delegó gustosamente sus funciones en un joven camarero para poder concentrarse en Kate. Le dijo que su hermano estaba en la cocina, pero que no tenía nada que ver con la historia.

—Bueno... —contestó ella—. A los dieciséis años tuvo...

Él le lanzó una mirada llena de odio.

—¡No me venga con esa mierda! Marvin no estuvo implicado. ¡Al final hasta la policía tuvo que creerle!

Había una gran diferencia entre lo que la policía creía y lo que no podía probar, pero Kate prefirió no entrar en eso. Solo lograría echar a perder la locuacidad de Kevin. Estaba claro que las acusaciones contra su hermano lo ponían aún más furioso que las vertidas contra él mismo.

—Está bien —lo tranquilizó—. Hablemos de usted, ¿es cierto que llevó a Hannah de Hull a Scarborough?

—Sí. Me la encontré bajo la lluvia delante de la estación, muy triste porque el tren se le había escapado por un pelo. Éramos vecinos, yo vivía en la esquina de su calle. ¿Qué habría hecho usted? ¿Dejarla ahí tirada?

—Claro que no. Pero el problema es que desde entonces... está desaparecida.

—La dejé en la estación de Scarborough y seguí camino para ver a unos amigos.

—Eso lo confirmó una amiga de Hannah a quien llamó desde la estación. Se llamaba Sheila, ¿no?

—Ni idea —contestó él.

El tema lo incomodaba, como era de esperar. Había sido objeto de una acusación gravísima y si el caso de Hannah no se aclaraba (cosa que con el paso de los años parecía cada vez menos probable), el fantasma de la sospecha flotaría para siempre sobre él. Esa sombra. Ese eterno «quién sabe».

Lo observó con disimulo. Durante la conversación había comenzado a sudar, finas gotitas le brillaban en la cara; se sirvió un agua mineral y tomó un gran trago. A Kate no le extrañó que en el instituto fuera un rompecorazones y que siguiera teniendo mucho tirón con las mujeres. Era muy guapo. Tenía el pelo denso y negro, y los ojos muy oscuros. Incluso en noviembre lucía un ligero bronceado; seguro que en verano lo tomaban por español o italiano. Kate había visto una foto de Hannah. No creía que aquella chica normalita y de aspecto infantil pudiera despertar el más mínimo interés en Kevin. A menos que se sintiera atraído por los niños... Sin embargo, en la medida en que podía creerse lo publicado en la prensa, no existía en su biografía el menor indicio de tal cosa.

—Yo estoy de su lado —aseveró Kate—. Pero para escribir sobre usted de manera objetiva primero necesito aclarar los puntos que... Bueno, que al menos de momento parecen jugar en su contra.

La expresión del joven se relajó un poco.

—Claro. Lo comprendo. Fue una auténtica estupidez por mi parte...

Se interrumpió.

—¿El qué?

Él suspiró.

—En realidad fueron dos cosas. La primera, invitarla a la inauguración del pub de un amigo. Apoyándose en eso, su padre me acusó de intentar

ligármela, pero no fue así en absoluto. Solo se lo dije porque me daba lástima, nada más.

—Y el segundo error fue...

—... mentir sobre haber continuado mi camino a Cropton para ver a mis amigos. En realidad me di la vuelta y regresé a la estación de Scarborough.

—Pues sí, es una gran estupidez —confirmó Kate. Pero sonrió, y al momento él sonrió también.

—Fue un acto reflejo —explicó—, relacionado con mi hermano. Cuando lo acusaron viví de primera mano lo que significa ser sospechoso. Lo interrogaron una y otra vez, interrogaron sin parar a todo su entorno. Pusieron su vida patas arriba. Todo el mundo murmuraba, sobre él y sobre nuestra familia. Nuestra casa se convirtió en una atracción de feria. No quería volver a pasar por todo eso, bajo ningún concepto. Cuando me enteré de la desaparición de Hannah pensé que seguramente había sido el último en estar con ella, y me imaginé lo que me esperaba. Así que decidí no contar que había dado la vuelta. —Se encogió de hombros—. Por supuesto, la mentira se descubrió, y entonces me consideraron doblemente sospechoso. Fue... terrible. Un momento espantoso.

—¿Y por qué regresó?

—Nadie se lo cree...

—A lo mejor yo sí.

—La policía se mostró de lo más escéptica. Y Ryan Caswell... Bueno, él ya estaba convencido de que soy el peor de los criminales. —Suspiró—. Fue por un presentimiento. Un mal presentimiento. La vi por el retrovisor mientras me alejaba... Se quedó en plena calle, bajo la lluvia, y se la veía tan... desprotegida. De pronto me entraron dudas de si... —Se interrumpió.

—¿De qué?

—De si de verdad llamaría a su padre o iría a la empresa donde trabajaba. Estaba asustada. Lo noté durante todo el camino.

—¿Tenía miedo de su padre?

—¿Conoce a Ryan Caswell?

—Solo he hablado una vez con él. No puedo decir que lo conozca.

—¿Y cuál ha sido su impresión?

Ella reflexionó un momento.

—Me ha parecido un hombre amargado y solitario. Ya no espera nada de la vida. La pérdida de su hija lo ha destrozado.

—A mí siempre me dio lástima. Desde antes de lo de Hannah. Su esposa lo abandonó de un día para otro, se quedó hecho polvo. No es que antes fuera

la alegría de la huerta, en mi opinión por eso se largó su mujer. Pero claro, las cosas no mejoraron después. Se aferró a su hija, era lo único que le quedaba. Todos sentíamos mucha pena por ella.

—¿A qué «todos» se refiere?

—A los niños de Staintondale. Hannah tenía cuatro años cuando su madre se marchó, yo tenía nueve. En todas las granjas había críos y nos pasábamos el día por ahí, en un grupito de todas las edades. Construíamos diques en las calas y casas en los árboles del bosquecillo. Íbamos juntos a nadar, en verano pasábamos más tiempo en el agua que en ningún otro sitio. Una vez hicimos una balsa con ramas de árboles. Staintondale será el culo del mundo, pero es un paraíso para los niños. Sin embargo, Hannah nunca podía venir porque a su padre todo le parecía peligroso. No podía bañarse, no podía ir al acantilado, no podía...

—Bueno, con cuatro años...

—Tampoco después. Nunca, jamás. Recuerdo que pasábamos a buscarla y él ni siquiera nos dejaba entrar en sus terrenos. «Hannah no quiere jugar con vosotros», decía siempre, pero era mentira. A veces nos la encontrábamos por ahí sola. Estaba muy triste y nos decía que no podía venir con nosotros porque su padre se lo había prohibido. Nunca se atrevió a saltarse la prohibición. Se quedaba apartada, mirándonos con cara de tristeza. Se sentía muy sola.

Kate asintió despacio. Por su conversación con Ryan Caswell, aquel relato le encajaba. Retomó el punto anterior:

—Así que dio la vuelta porque estaba preocupado. Temía que Hannah no llamara a su padre o no fuera a buscarlo porque tenía miedo.

—Exacto. Pensé que era mejor llevarla yo a Staintondale para evitar que se fuera andando o haciendo autostop. Ya se lo he dicho, tenía un mal presentimiento.

—¿Hannah tenía razones para estar asustada? ¿Su padre era violento con ella?

Él vaciló.

—Lo dudo. No, yo creo que no. Pero le daba órdenes de la mañana a la noche. Y le repetía sin parar que era una niña inútil que no podía hacer nada por su cuenta. Aquel día había estado con su abuela, a la que quería mucho, y perdió el tren para regresar. Sabía que como consecuencia pasaría una eternidad sin poder verla, y estaba muy triste por eso. Tenía miedo a los sermones de su padre, con los que pretendía demostrarle que era una incapaz. También se imaginaba todo lo que iba a prohibirle: volver a Hull, quedar con sus amigas, asistir a fiestas del instituto, pasear por la ciudad... de todo.

—Usted la invitó a la inauguración del pub.

—Sí, pero no porque quisiera algo con ella. ¡Era una cría, por Dios santo! Como le he dicho, me daba lástima. Además, en realidad sabía que no lograría ir. En aquel momento no podía imaginarme cómo lo haría para que su padre no se enterara, y sigo sin saberlo ahora.

El joven camarero que lo había relevado en la barra le lanzó una mirada agobiada.

—Eh, Kevin, tengo que atender las mesas. ¿No podrías...?

El local se encontraba aún más lleno. Los clientes se apretujaban en la barra. Muchos parecían recién salidos del trabajo, con ganas de tomar una cerveza rápida con los compañeros antes de volver a casa.

—Voy ahora mismo —aseguró. Miró a Kate con gesto de disculpa—. Perdona, pero tengo que...

—Por supuesto. Veo que hay mucho movimiento. Me habían dicho que temía usted que las acusaciones de Ryan Caswell dañaran su negocio, pero al menos esta noche no parece ser así.

—Bueno, con el paso de los años ha salido adelante. Pero ha sido difícil. Marvin y yo nos pusimos al frente del local el año siguiente a la desaparición de Hannah, cuando todo Scarborough hablaba mal de mí. ¿Sabe lo que hacía Caswell al principio? Se apostaba todas las noches al pie de la escalera y repartía octavillas a los clientes. Con una foto de Hannah y una detallada descripción de lo sucedido aquel día. Pero claro, no era más que su visión de las cosas, según la cual yo era el secuestrador y el asesino de su hija. Alguna gente dejó de venir por eso.

—Eso es muy grave.

—Presenté un recurso judicial y conseguí que le impidieran continuar con aquello. Pero ya nos había causado un gran perjuicio.

La puerta se abrió y David Chapland entró en el local. Sonrió al distinguir a Kate en la barra. Ella sintió que se le aceleraba el corazón.

«Conserva la calma y no te hagas ilusiones», se conminó.

—Una última cosa —le dijo rápidamente a Kevin—: cuando regresó a la estación, ¿Hannah ya no estaba? ¿No volvió a verla?

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo cree que había transcurrido desde que la vio por el retrovisor?

—Eso me lo preguntó la policía. No sé, diría que como mucho quince minutos.

—Quince minutos... Y no había ni rastro de ella. ¿Le parece posible que se fugara porque no quería volver a casa?

Él negó con la cabeza.

—No. No estaba en su carácter. Era demasiado infantil y asustadiza. Dependía mucho de su padre, por terrible y despótico que fuera. No conocía otra cosa, él era todo lo que tenía. No, no se habría fugado jamás. De eso estoy convencido.

La velada fue muy distinta de las que había pasado en compañía de otros hombres, que recordaba como una auténtica tortura. Notaba que sus acompañantes se aburrían y la encontraban de lo más insulsa. Ella se esforzaba por contar cosas entretenidas o divertidas, pero era consciente de que no lo lograba. Con quien mejor le había ido era con Colin Blair, pero solo porque en realidad él no buscaba una interlocutora, sino una oyente y admiradora. A Kate le bastaba con exclamar de vez en cuando: «¡No me digas!» o «¿En serio? ¡Qué bien!».

Con David, en cambio, todo resultó de lo más natural. Le contó cosas de sí mismo, le planteó algunas preguntas y la escuchó con interés. Tenía una oficina en el puerto, a solo unos pasos de The Sailor's Inn, una empresa de yates y veleros para viajes de recreo o regatas, dirigida tanto a turistas como a profesionales. Él poseía tres barcos que alquilaba, pero trabajaba con muchos propietarios en el continente, especialmente en el Mediterráneo. España, Francia, Italia, Grecia y Turquía eran sus especialidades. Le contó que acababa de establecer contacto con Suecia y esperaba que resultara fructífero.

—Así que ya sabe, si quiere pasar unas vacaciones navegando por cualquier parte del mundo solo tiene que decírmelo. Le prepararía el viaje y buscaría el barco más adecuado.

Ella se rio.

—¡Qué pena no saber navegar!

—Los barcos pueden alquilarse con tripulación y curso de navegación. Hay opciones para una persona, para parejas o para grupos. A gusto del consumidor.

—Bueno, me lo pensaré —repuso.

Por los recortes de prensa que había leído sabía que tenía treinta y ocho años, cuatro menos que ella. Pero no descubrió nada más. ¿Tendría pareja, estaría casado? Aunque en ese caso no estaría allí... Qué tontería, ¿y por qué no?

«Al final va a resultar una velada un poco complicada», pensó.

Despertaba algo en ella. Sin embargo, se resistió casi con pánico a la esperanza que sentía crecer en su interior. Un hombre guapo, de treinta y ocho años, con una profesión interesante... «¡Olvídalo!», se llamó al orden. Como para evitar alimentar sus ilusiones, después de darle muchas vueltas, había decidido vestirse con toda normalidad. Tampoco se había traído de Londres nada especial, y salir de compras le habría resultado muy forzado. Ya sabía por experiencia que, en ese campo concreto, forzar las cosas solía acabar en decepción. No obstante, en aquel momento lamentaba su decisión. Se había puesto unos vaqueros viejos demasiado grandes y tan dados de sí que resultaban informes. Además, llevaba una sudadera gris con la frase *Keep cool*. Se sentía ridícula y poco atractiva, pero, curiosamente, David no parecía darse cuenta. De hecho, sonreía como si de verdad le gustara.

«Me encuentra agradable y simpática —reflexionó—. Pero solo como persona, no como mujer».

Se relajó al convencerse de que se había equivocado por la mañana, y también cuando lo vio entrar por la puerta: entre ellos no había tensión.

«No tienes nada que perder, Kate. Porque nunca ha habido nada que ganar. Como siempre».

Cobrar conciencia de eso le resultó liberador.

David se inclinó un poco hacia delante.

—Así que usted es periodista en Londres. Habrá muchísima competencia, ¿no?

—Sí. Pero tengo buenos contactos.

Se dio cuenta de que aquella era la última ocasión en la que podría abandonar su falsa identidad sin que se sintiera engañado: «Verá, en realidad trabajo en la policía metropolitana de Londres, en Scotland Yard. Las desapariciones me interesan desde el punto de vista profesional. De hecho, usted se encuentra en mi lista de sospechosos, por eso fui a verlo esta mañana».

Se disponía ya a pronunciar esas frases cuando, en el último segundo, decidió callarse. Arruinaría la buena atmósfera y toda la velada. Seguiría adelante con su historia. Probablemente nunca volvería a ver a aquel hombre, así que no importaba si era periodista o policía. O dependienta en Harrod's.

Sin embargo, para no mentir con demasiado descaro (y porque no sabía nada de periodismo), desvió la conversación hacia la casa que había heredado y los horribles propietarios que la habían destrozado. Le contó que la había vaciado del todo y se encontraba a la espera de un comprador.

Él se mostró muy comprensivo.

—Qué desagradable. He leído sobre situaciones así, pero no conocía a nadie a quien le hubiera sucedido. ¿Y no tiene ni idea de dónde pueden estar?

Ella negó con la cabeza.

—Ni la más remota. La policía no parece nada convencida de poder encontrar a la parejita. Así que me toca asumir todos los gastos.

—Lo de los gastos es grave, pero me imagino que debe ser peor el dolor. Porque le resultará doloroso, ¿no? Es la casa de su infancia, su hogar. Que la destrocen así la habrá afectado muchísimo.

Lo miró fascinada. No era habitual (en realidad, nunca pasaba) que alguien comprendiera cuánto significaba para ella la casa de su padre. Su propio padre. Su madre. Su infancia. Aquella seguridad y protección que no había vuelto a encontrar en ningún otro lugar. Siempre se esforzaba en ocultar su nostalgia porque causaba cierto rechazo en los demás. Tenía más de cuarenta años, no debía mostrar esos sentimientos hacia el hogar familiar. Hacerlo solo dejaría al descubierto las carencias de su vida: su soledad, la inexistencia de amistades, la ausencia de pareja, la falta de reconocimiento en el trabajo. Demostraría la precariedad de su vida que, como la economía de un estado comunista, funcionaba lo justo para no desmoronarse. Nada abundaba. Nada brillaba. No había nada que sobrepasara lo estrictamente necesario y pudiera ofrecerle de vez en cuando una alegría grata e inesperada.

—Pues sí —contestó—. Sí me ha afectado, la verdad. Y también tener que deshacerme de todos los muebles. Los estropearon y los dejaron sucísimos... Ahora la casa está totalmente vacía.

—¿Y vive allí?

—Solo mientras... investigo para el reportaje.

Aunque aquella mañana temió que la encontrara rara, en aquel momento parecía fascinado.

—Pero si no hay nada... ¿qué ha hecho? ¿Se ha llevado un saco de dormir y un *camping gas*?

Kate se rio.

—Bueno, en la cocina hay muebles y queda el fogón. Pero por lo demás, sí: me traje el saco de dormir, algo de vajilla y dos sillas plegables. También hay un gato.

—¿Un gato?

—Sí, abandonado por los inquilinos. Me lo he quedado.

—Me encantaría verlo: una casa vacía habitada por una mujer y un gato. Debe de ser muy especial. Un panorama algo triste, pero también lleno de

nuevas posibilidades, ¿no?

«¿Pretende que lo invite?», se preguntó Kate.

—Eso fue lo que pensé al llegar, sí —contestó—. Que vaciar la casa no era el final, sino el principio de algo.

—¿Ya tiene algún interesado?

—Sí. Aunque a los primeros los mandé a la porra por maleducados y arrogantes. Jamás se la vendería a ellos.

—Lo comprendo. A lo mejor todavía no está emocionalmente preparada para separarse de la casa.

—¿Le parece raro?

—Claro que no. Salta a la vista que siente un vínculo muy fuerte. Es normal que le cueste.

Qué amable era. Y la entendía. La entendía de verdad.

—Podría enseñársela —propuso sin pensar, antes de que el valor la abandonara.

—Me encantaría. ¿Mañana sobre esta hora?

—¿Le parecerá bien a su esposa que falte dos veladas seguidas? —inquirió, sintiendo de golpe mucho calor en las mejillas. Por Dios, ¿cómo podía ser tan torpe? No había un modo más impertinente de enterarse...

Él sonrió a medias.

—No estoy casado, mi última relación fue hace más de un año. Ahora mismo no hay nadie en mi vida. ¿Y en la suya?

—En la mía tampoco. —Renunció a hablarle de su última relación porque nunca existió. Y eso él no necesitaba saberlo.

—Estupendo, entonces nos vemos otra vez mañana. —Miró hacia la cocina—. ¿Y si pedimos un postre? Aquí preparan un *crumble* buenísimo.

Kate se giró y descubrió el origen de aquella idea: Marvin Bent salía de la cocina con dos platos de *crumble* de manzana con mucha nata. Era clavado a su hermano, solo que algo mayor. Por eso supo enseguida que se trataba de él. También sobre aquel hombre, concentrado en su trabajo y visiblemente cansado, flotaba una horrible sospecha que, en aquel momento, no parecía importar a quienes lo rodeaban. Sin embargo, al igual que en el caso de Kevin, esa sospecha continuaba ahí. No desaparecía. Ambos tendrían que convivir para siempre con el hecho de que los demás se preguntaran: «¿Y si es cierto?».

Durante un momento se planteó si podía ser casualidad que dos hermanos se vieran metidos en situaciones similares en un intervalo de ocho años. No obstante, después hizo algo muy poco propio de ella: decidió no darle más

vueltas por aquella noche. No era Kate la agente de policía ni Kate la periodista.

Era simplemente Kate.

Hoy muy temprano voy a casa de la familia Allard, aparco al otro lado de la calle y vigilo la puerta principal. Aún es de noche, las farolas están encendidas. En algunas de las casas más humildes ya hay luz. Una zona triste y deprimente. Encontré la dirección en la guía telefónica, no hay más «Allard» en Scarborough. La calle no me sonaba de nada. Al ver de dónde proviene Mandy ya nada me extraña. Ni que se fugara, ni que sea tan vulgar.

A las siete se abre la puerta y sale una chica, algo mayor que Mandy. Seguramente una hermana. No me ha hablado de ella, pero en fin, la fase en la que me hablaba ha quedado muy atrás. Ahora se muestra furiosa y hostil. Sus insultos son tan ordinarios que empiezo a plantearme si fue un error recogerla. Al principio era perfecta, abierta, confiada. Me estaba muy agradecida por haberla rescatado del frío y la desesperación de las calles. Pero ahora solo quiere marcharse, y cuando le digo que no es posible se pone a chillar como una loca. A veces llora.

La hermana (¿?) parece simpática y tranquila. Aunque no es mi tipo en cuanto a la ropa: vaqueros desgastados, botas militares, chaqueta de cuero negra. El pelo, corto como un chico. ¿A qué viene esta moda? Podrían llevar melenas preciosas, pero hoy en día cada vez más adolescentes prefieren parecer muchachos, con cigarrillos en los labios, *piercings* en la nariz y botas enormes. No puedo entenderlo.

La chica se marcha y durante mucho tiempo no hay movimiento. De las otras casas sale gente, algunos suben a sus coches, otros se van andando. En cuanto a los Allard, nada de nada. Parece que la hermana es la única que trabaja. No es que desprecie a los parados, algunos no tienen la culpa de su situación. Pero el caso de los padres de Mandy es justo lo que esperaba. Explica el bajísimo nivel de su hija.

Tengo cada vez más frío y empiezo a temer que no sacaré nada en claro, que no conseguiré ver a ningún otro miembro de la familia.

Sin embargo, hacia las ocho y media la puerta se abre y sale una mujer; será la madre. ¡Dios mío! Ha amanecido y la veo muy bien. Bajita, mucho más baja que Mandy. Flaquísima. El pelo estropajoso, muy mal teñido de un rubio horrible que tira a naranja. Vaqueros, jersey, zapatillas deportivas. Se queda parada a la puerta y enciende un cigarrillo. Da una profunda calada. En fin, al menos no fuma dentro de la casa. El frío no parece molestarla, disfruta de la nicotina. Parece de esas mujeres que sustituyen la comida por cigarrillos y así no tienen que preocuparse de su figura. Deberían pensar más en sus pulmones y menos en su silueta, pero, como no los ven todos los días en el espejo, para cuando se dan cuenta de que algo va mal ya es demasiado tarde.

No tiene aspecto de estar preocupada, y menos aún desesperada, por la desaparición de su hija. No sabe nada de ella desde primeros de octubre. Tampoco se la ve especialmente contenta, pero imagino que no lo está nunca. Es una mujer dura, amargada y descontenta con su vida. Una vida que sin duda le parece muy injusta, aunque jamás se ha planteado si podría hacer algo por cambiarla. De pronto me acuerdo de la madre de Saskia, a quien también observé en repetidas ocasiones. Estaba rota de dolor, el alma se le apagaba día tras día ante los ojos de sus seres queridos. Por su parte, la señora Allard sigue tan tranquila. Ni se le ha ocurrido que a Mandy pueda haberle pasado algo. Seguro que cree que se ha fugado con algún chico y que acabará en las calles de Londres como una delincuente de poca monta. No es la trayectoria que los padres suelen desear para sus hijas, pero esta señora parece muy capaz de darse por satisfecha con eso.

Pero ha tenido suerte. Mandy está conmigo. A salvo.

Tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta, después entra en casa y cierra la puerta. Enciendo el motor y pongo la calefacción.

Voy a ver a Mandy.

Llevo mucho rato conduciendo por parajes cada vez más desangelados y solitarios. Entiendo que no le guste su alojamiento provisional, pero mientras siga comportándose como hasta ahora no puedo plantearme llevarla a la civilización. También hoy me recibe como un animal furioso e impredecible. Tiene un aspecto horrible: despeinada, sucia, con los ojos enrojecidos y la piel pálida y manchada.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —me ruge—. ¿Qué perversión es esta? ¡Esto es de enfermos! ¡De locos!

—Te aconsejo que cambies de tono —le contesto con frialdad—. Con esos gritos nunca vamos a entendernos.

Me escupe, pero falla. La saliva va a dar en la pared, detrás de mí. Da tirones a la cadena que le aprisiona la mano derecha.

—¡Tengo hambre y sed!

Le sonrío.

—Si te portas bien, como una niña grande, te daré algo de comer. Entrecierra los ojos con odio.

—¡Que te jodan! —grita.

Me encojo de hombros.

—Allá tú. He traído de todo. Sándwiches de pavo con mayonesa. Galletas de mantequilla y mermelada de melocotón. Hasta limonada.

Palidece aún más. Está muerta de hambre. Aunque seguramente la sed es peor.

—Quiero lavarme —exige—. Y cambiarme el vendaje.

—He traído agua para eso. Y vendas.

Es muy cansado que esté cortado el suministro, no hay agua ni electricidad. De los grifos no sale nada y los enchufes no funcionan. La última reserva de agua se encontraba en la cisterna del váter. Se la bebió Saskia. Y también el líquido asqueroso y amarillento de la taza. Si estuviera realizando un experimento para ver cuántos umbrales es capaz de traspasar el ser humano en una situación de vida o muerte conseguiría resultados de lo más interesantes. Pero no se trata de eso. Para nada.

—¡Quiero que me sueltes! ¡Y comer! ¡Necesito lavarme y curarme el brazo!

—Ya conoces las palabras mágicas —le recuerdo.

Me mira con odio. Veo perfectamente cómo su orgullo lucha contra sus acuciantes necesidades, contra el hambre y el deseo de lavarse y aliviar el dolor.

—Por favor —susurra finalmente.

En el coche, vierto en un cubo el agua que había calentado previamente y que llevo en dos bidones. Por el camino se ha enfriado bastante. Al verlo, Mandy explota de nuevo:

—Pero ¿qué coño es eso? ¡Quiero ducharme, joder! ¡No voy a lavarme con un puto cubo!

Llevaba semanas en la calle sin poder asearse... y ahora que tiene oportunidad, la señorita exige una suite con bañera y mueble bar.

—Aquí no hay ducha.

—¡Claro que hay ducha!

—No funciona. No hay agua.

—¿Qué mierda de sitio es este, joder?

Está asalvajada. Lo veo cada vez más claro. Me equivoqué con ella. A las otras podía dejarlas sueltas porque se sentían muy acobardadas. Pero esta... No descarto que intente atacarme. Se encuentra debilitada y la quemadura la atormenta, pero aun así prefiero no arriesgarme. Quizá está asustada y no quiere demostrarlo.

En cualquier caso, su rabia es superior a su miedo.

—Quiero ir al váter.

Hace días que utiliza un cubo que yo vacío y limpio con regularidad, pero lógicamente lo encuentra humillante. Sin embargo, no puedo hacer nada.

—Luego sacaré el cubo.

Su ataque de ira es tal que por un momento temo que arranque la cadena de la pared.

—¿No pensarás en serio que voy a seguir usando el cubo? ¡No voy a seguirte el juego! ¡Que le den a tu puta perversión, gilipollas!

Tironea de la cadena, vociferando sin parar.

—Deberías colaborar —le aconsejo cuando, agotada, por fin deja de alborotar y chillar—. Nos conviene llevarnos bien.

Me mira con ojos centelleantes.

—¡Y una mierda! —replica. Sin embargo, por primera vez detecto miedo en su voz. Empieza a darse cuenta de que esto va en serio. No sé cómo ha tardado tanto, es como si hasta ahora hubiera pensado que todo esto es una broma que acabaría en algún momento.

—Volveré mañana —digo.

Me gustaría quedarme más tiempo con ella, al fin y al cabo esa es la idea. Pero estar con Mandy me enfada y me frustra. Más que con las otras. A lo mejor la cosa cambia, a lo mejor todo mejora. Pero, francamente, no me hago muchas ilusiones. Ha sido una mala elección. El verdadero problema es que todas lo han sido. No de un modo tan evidente como Mandy, que sin duda no está hecha para mí porque es arrabalera, de baja estofa y carece de la más mínima formación. Aunque dejara de insultarme y atacarme, dudo mucho que

pudiéramos mantener una conversación medianamente interesante. En cualquier caso, al final todas se vuelven contra mí. No consigo que comprendan que solo deseo lo mejor para ellas. Y que podríamos ser muy felices.

Le acerco una bolsa en la que hay vendas limpias y un gel para quemaduras.

—Toma, cúrate con esto.

—¡Métetelo por el culo! —chilla.

Me encojo de hombros. Acabará utilizándolo, igual que utiliza un cubo para lavarse y otro para sus necesidades. Igual que come y bebe. El instinto de supervivencia se impone siempre. Siempre.

Me marcho sin decir palabra, después de asegurarme de que la estufa de propano que hay en un rincón funciona y tiene combustible suficiente para otras veinticuatro horas. Aunque no hace calor en la estancia, resulta habitable. Sin la estufa, la situación podría volverse muy desagradable. Por las noches la temperatura baja hasta casi los cero grados, cosa anormal para esta zona de costa. Al parecer, este va a ser un invierno muy duro. Me enfada que Mandy no aprecie mi esfuerzo. Que me preocupe por mantenerla caliente. Que conduzca a diario muchos kilómetros para traerle alimentos y comprobar que se encuentra bien. Quizá debería advertirle de que hace mal en darlo por sentado. Cuando me cansé de las otras (porque lloriqueaban sin parar diciendo que querían volver a casa y se negaban a quererme) simplemente acabé con las visitas. Dejé de hacer el largo viaje y de gastar dinero en comida. Me harté de tolerar la continua ingratitud.

Tengo la impresión de que no tardaré mucho en alcanzar ese punto con Mandy.

Sus gritos desaforados me siguen hasta el coche.

De camino a casa me planteo si debería pasar luego por el sótano. A ver cómo va. Quizá lo haga. Pero solo quizá.

Viernes, 10 de noviembre

1

Había días mejores y días peores con Amelie Goldsby, y aquel era sin duda de los peores.

Helen Bennett se consideraba una persona paciente. Además, la chica le caía bien y era consciente de que le había sucedido algo terrible. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si en el fondo había dejado de esforzarse. Que relatara su huida en el coche supuso un gran avance, pero desde entonces no habían dado un solo paso. Y no tenían todo el tiempo del mundo. Helen hablaba a diario con el comisario Caleb Hale y compartía el temor del resto del equipo: que se produjera muy pronto otro secuestro.

—¡Tiene que hablar! —insistió Hale por teléfono el día anterior—. ¡Maldita sea, debe decirnos algo!

Su desesperación dejaba algo muy patente: el comisario no tenía nada, absolutamente nada. Estaba atascado.

Helen se encontraba en la habitación abuhardillada de Amelie, como de costumbre. Empezaba a sospechar que se quedarían ahí para siempre. La chica se había acomodado en el banco bajo el tragaluz.

Y ella, en el sillón. Con una taza de té en la mano.

Amelie tenía mal aspecto, estaba muy pálida. Resultaba lógico, llevaba tres semanas sin pisar la calle. Helen le había propuesto varias veces salir a pasear por la playa y ella siempre contestaba, de malos modos, que no tenía ganas.

Aquella mañana se fijó en sus ojos enrojecidos. Cuando le preguntó qué le pasaba, repuso:

—¿Qué me va a pasar? Que he perdido mi vida, eso me pasa.

—Quizá te resultaría más fácil recuperarla si supieras que el... que ese hombre está entre rejas —aventuró Helen—. Amelie, hay todo un ejército de policías preparado para atraparlo, llevarlo ante la justicia y encerrarlo. Pero necesitan saber más cosas sobre él, lo que dijo o hizo, cómo era el sitio donde te encerró. Cualquier detalle puede ayudar.

La joven la miró fijamente.

—No recuerdo nada.

—No quieres recordar. Y es comprensible, pero... así no avanzamos.

—Yo no le he pedido que venga a aburrirse conmigo todos los días.

—No me aburro. Quiero ayudarte.

—Ya ofrecí una descripción.

—Sí, y supuso un gran progreso. Pero no basta, el retrato es muy inconcreto. Demasiados hombres encajan en él. Dudabas de muchas cosas.

—Si hubiera pasado por lo mismo usted también dudaría.

—No es un reproche, Amelie. Solo te digo lo que hay. Si queremos encontrar a ese hombre necesitamos datos más concretos.

—Ya lo he contado todo.

—¿Cómo era el sitio?

—No lo sé.

Helen suspiró.

—Lo sabes. Tu mente lo reprime.

La joven se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo hacer? Para mí todo está negro. Me subí al coche en la calle Burniston Road. Y después no hay nada. Nada de nada.

—Pero sí lograste recordar un momento muy posterior, tu huida en aquel otro vehículo. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo te ocultaste sin que nadie lo notara? Fue un acto increíble, Amelie, muy valiente. Todos te admiramos por ello. ¿No sabes cómo te las arreglaste? ¿Dónde estaba el coche? ¿En un garaje o en el exterior? Al parecer tenías libertad de movimientos, ¿fue así todo el tiempo o el secuestrador se descuidó?

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo. Intenta acordarte.

La chica se quedó mirando por la ventana hasta que de pronto exclamó:

—¡No quiero! ¡No quiero acordarme!

—Está bien...

Clavó la mirada en Helen.

—¡Lo que quiero es salir de aquí! No aguanto más en esta habitación ni en esta casa.

—Lo comprendo. Quizá podríamos pasear por la playa. Los agentes de guardia pueden acompañarnos para protegernos. ¿Te apetece?

—No me apetece nada. Mi madre pasea continuamente por la playa, llueva o truene. Parece boba, es como un animal de feria andando en círculos. Yo no soy así.

—Entonces ¿por dónde prefieres ir?

—¡Que no quiero pasear! Solo deseo alejarme, me da igual el sitio. Salir por los alrededores, ir al centro, de compras...

—Seguro que podemos organizarlo. Hablaré con el comisario Hale y nosotras...

Amelie la miró con odio.

—Sola. Quiero ir sola.

—Eso no va a poder ser. Los agentes y yo...

—Los agentes, vale. Pero no usted.

Helen sabía que no debía sentirse ofendida. Se trataba de una adolescente traumatizada a quien llevaba semanas atosigando para que se acordara de cosas que no quería recordar. Resultaba lógico que estuviera harta de ella. Y sin embargo...

—De acuerdo, lo intentaré —prometió.

A lo mejor aquello suponía un paso. Un pasito hacia la normalidad. Quizá el bloqueo que paralizaba a Amelie estaba empezando a deshacerse.

2

A Deborah la situación le resultaba muy incómoda y solo deseaba que la escena terminara de una vez, lo antes posible. Para ser justa, Jason había insistido en acudir él solo.

—No hace falta que vayamos los dos a entregarle el dinero —había dicho muy serio, en la mesa del desayuno. Tenía los ojos enrojecidos por el insomnio—. Basta con que vaya yo. Le daré el cheque y, con suerte, jamás lo veremos de nuevo. Ojalá no vuelva a aparecer por aquí.

La elevada suma lo angustiaba muchísimo porque no poseían tal cantidad: habían tenido que ampliar el crédito de la casa. Lo único bueno (como él mismo se decía con amargo cinismo) era que, en vista de sus enormes deudas, otras treinta mil libras tampoco suponían una gran diferencia. En realidad, ya daba igual.

La noche del apagón (debido, efectivamente, al alumbrado navideño del vecino), cuando por fin se acostaron, había exclamado:

—¡Treinta mil libras! Ese tío está loco. ¡Jamás de los jamases!

—Hay personas que ofrecen recompensas mucho más altas cuando sus hijos desaparecen —contestó Deborah.

—Pero nosotros no estamos ofreciendo una recompensa. Porque... bueno, nuestra situación es distinta.

—Eso no significa que no debamos compensar a Barnes. Rescató a Amelie, nos la devolvió.

Él suspiró.

—Es muy difícil establecer la cantidad ahora, en la situación actual. ¿En cuánto valoramos la vida de nuestra hija? ¿En quince mil libras? ¿En veinte mil? ¿En cien mil? Es algo que no tiene precio, ni un millón de libras sería suficiente.

—No estamos diciendo que la vida de Amelie valga treinta mil libras. Solo le demostramos a Barnes nuestro agradecimiento por haberla salvado.

Jason se incorporó en la cama y encendió la luz. Tenía grandes surcos de preocupación en la frente.

—Seamos sinceros, lo que queremos es que nos deje en paz. Si le pagamos tendremos la conciencia tranquila, porque le mostraremos gratitud a pesar de que no lo soportamos. Y no volveríamos a verlo jamás.

Ella se incorporó también.

—¿Estás diciendo que vamos a dárselo?

—Sí.

Al día siguiente Jason acudió al banco y, aunque con reticencias, le concedieron la ampliación del crédito. La sucursal hizo la vista gorda porque era un médico reconocido con empleo estable. Sin embargo, le dejaron muy claro que había agotado todas sus posibilidades de financiación. No durmió nada aquella noche, sus continuas vueltas en la cama despertaron a Deborah una y otra vez. Al día siguiente ella insistió en acompañarlo y no se dejó disuadir de ninguna manera.

—Esto también es importante para mí, necesito cerrar este capítulo — había sentenciado.

Cuando llegaron al edificio de Barnes lo encontraron en casa. Se trataba de un bloque destartado de pequeñas viviendas con vistas al aparcamiento de Nicholas Cliff. Su apartamento apenas tenía muebles aunque, por otro lado, difícilmente habrían cabido más. Ante la ventana, que daba a un deprimente patio trasero, había dos viejos sillones, bien rescatados de la basura o bien heredados de algún familiar fallecido hacía mucho tiempo. Una tumbona plegada en un rincón le servía de cama por las noches. Sobre la barra que separaba el salón de la estrecha zona de cocina había varias tazas de café sucias y un plato con restos de comida. Olía a alimentos descompuestos y a sudor; al parecer, aquella ventana no se abría jamás. A Deborah la

escandalizó tanta dejadez. Alex era joven, fuerte y sano. ¿Cómo podía vivir así? ¿Por qué no aprendía un oficio y llevaba una vida en condiciones?

Si el joven se avergonzaba de aquel desastre no lo demostró en absoluto. De hecho, enseguida adoptó su habitual actitud arrogante.

—Me alegro mucho de verles. Pasen, por favor. ¿Les cojo los abrigos?

—No, gracias. Nos iremos enseguida —contestó Jason, tenso.

—¿Un cafecito?

Deborah pensó que jamás bebería de una taza proveniente de esa cocina.

—No, muchas gracias.

Jason sacó un sobre.

—Aquí tiene. Es un cheque de treinta mil libras.

Él lo cogió, sin abrirlo.

—Gracias.

—De nada.

La hostilidad de Jason era más que palpable; entregar esa suma lo torturaba, porque agravaba enormemente sus dificultades económicas. Además, no sabía a qué clase de persona se la estaba dando. Por lo menos no se trataba del secuestrador, Barnes no encajaba en la descripción de Amelie.

Pero ¿y si era un amigo suyo? ¿O un cómplice?

—Le he echado el ojo a un coche de segunda mano no muy caro —comentó el joven—. Ahora podré comprármelo para ir a las entrevistas de trabajo.

—Deseamos que encuentre un empleo muy pronto —respondió Jason con educación—. Por cierto, a final de mes rescindiremos el contrato de este piso. Con el dinero del cheque podrá pagarlo usted mismo y figurar como arrendatario.

—Bueno, creo que me buscaré algo mejor. Aquí no se puede vivir.

Ni una palabra de agradecimiento por los gastos que ellos habían cubierto.

«¿Acaso me sorprende?», pensó Jason.

—En fin, no queremos entretenerle —dijo apresuradamente. Era evidente que estaba deseando marcharse. Aquel lugar era horrible: descuidado, desordenado, maloliente. Y aquel hombre. Lo peor de todo era aquel hombre.

Deborah tuvo que hacer un esfuerzo para darle la mano.

—Lo más probable es que no volvamos a vernos, señor Barnes. Le deseo lo mejor para el futuro.

Él se la estrechó teatralmente y sonrió con malicia.

—Y yo a ustedes. ¡Lo mejor! También para Amelie. Ojalá recobre la normalidad.

—Y ojalá la policía encuentre al culpable... —dejó caer Jason.

Alex no reaccionó lo más mínimo.

—Pues sí, ojalá. ¿De verdad no puedo ofrecerles nada?

—No, muchas gracias —contestaron al unísono.

Dos minutos después estaban en la calle.

—¿Crees que nos hemos librado de él? —preguntó Jason.

—Por lo menos a partir de ahora podemos echarlo sin contemplaciones si reaparece. No tiene ninguna información comprometida que pueda utilizar, ni ningún derecho más allá del moral. Y del derecho moral acabamos de ocuparnos con este pago. Ahora podemos expulsarlo de nuestras vidas.

—Mmm... —reflexionó él. Dudaba mucho que la historia hubiera terminado—. El problema es que me extrañaría que encontrara pronto un trabajo porque, en mi opinión, ni siquiera está buscando. Recurrirá a nosotros en cuanto se le acabe el dinero, y eso sucederá enseguida. Ya piensa en comprarse un coche y en mudarse a un piso más caro.

—Eso no es asunto nuestro. Pero si reaparece, tendremos que mantenernos firmes.

—Tengo un mal presentimiento.

Ella no contestó. Compartía su mala sensación, era como si los verdaderos problemas aún estuvieran por llegar.

Cogió a su marido del brazo.

—Anda, vamos a tomar un café a algún sitio, tenemos tiempo. Después tú te vas a la consulta y yo, a casa. Y nos olvidamos de todo esto. Somos una familia, a pesar de todo nos tenemos los unos a los otros. Recuperaremos nuestra vida.

Él murmuró algo.

No sonó como si estuviera conforme.

3

Kate esperaba recibir a David a las siete y media. Muy poco antes le sonó el móvil: era Colin. Contestó algo irritada, porque la pillaba en la cocina intentando preparar masa de pizza sin el instrumental necesario.

—¿Qué quieres? —espetó, sin saludar.

—Ya veo que te alegras de oírme —respondió él, algo molesto.

—Perdona, es que estoy estresada.

—¿Y eso? Si no estás trabajando...

—Bueno, pero puedo estresarme por otras cosas, ¿no?

Con el móvil pegado a la oreja se dirigió al aseo, donde aún quedaba un espejo colgado en la pared. Se contempló con ojo crítico. A primera hora de la tarde había ido a la ciudad y se había enamorado de un vestido azul, corto y muy ceñido. Recordó el comentario de Colin sobre su figura y se atrevió a comprar una prenda realmente sexi. Sin embargo, de pronto le pareció una locura. No era para nada su estilo, más bien parecía el triste intento de impresionar a un hombre. Forzado y torpe. Seguro que, para sus adentros, David se reía de ella.

Se quitó el lápiz de labios a toda prisa. Era demasiado. Le quedó la boca emborronada.

«Mierda», pensó.

—¿Qué te parece? —preguntaba Colin en ese momento.

No había oído nada, estaba demasiado ocupada revisando su aspecto.

—¿Qué me parece qué?

—Que vaya a verte mañana. Si salgo temprano llegaré a mediodía. Podemos pasar juntos el fin de semana.

Se quedó mirando fijamente su reflejo. Por mucho que procuraba no centrar sus esperanzas en David Chapland, algo en su interior anhelaba que él le pidiera otra cita. Aunque sabía que no sucedería, en sus ensoñaciones veía escenas en las que David y ella... Y, en fin, esas imágenes la habían impulsado a comprar aquel vestido.

—¿Quieres venir a verme? —preguntó por fin.

—Te lo he dicho ya dos veces —contestó él, un poco ofendido.

Colin era la última persona que quería tener allí si por fin David proponía algún plan para el sábado. Una situación realmente absurda: durante años, décadas incluso, nadie se había interesado lo más mínimo por ella. Había pasado sola fines de semana eternos en los que habría dado cualquier cosa por tener una cita, aunque fuera con el hombre más aburrido del mundo. Y ahora, de pronto, tenía dos admiradores (aunque solo uno le interesaba), y se veía en situación de rechazar a uno.

«Antes o después me arrepentiré de esto», pensó.

—Lo siento mucho, pero ahora no es el mejor momento.

—¿Cómo que no? Si estás metida en casa sin hacer nada, esperando ofertas. Podríamos ir al cine, hacer la compra, cocinar... Y me encantaría conocer a la familia de esa chica que desapareció y luego encontraron.

Los Goldsby. Claro, seguro que se morían por conocerlo a él.

—Necesito espacio, Colin.

—¿Eh?

Kate miró el reloj. Aún no había metido la pizza en el horno y, además, había decidido cambiarse de ropa. Aquel vestido era ridículo. Y revelaba demasiado sus intenciones.

—Oye, tengo algo de prisa —dijo apurada.

En ese momento sonó el timbre.

—Ah, ya veo que llega una visita. Podías haberlo dicho antes, no es mi intención molestar.

Y colgó muy ofendido.

A Kate no le importó. Lo malo era que ya no tenía tiempo de cambiarse. Se limpió los restos de carmín de las finas arruguitas de alrededor de la boca, se irguió y se dirigió a la entrada. Se sentía tan insegura e imperfecta que solo deseaba que se la tragara la tierra. Pero ya era tarde. Debía sobrevivir a aquella cita.

«¿Cómo me he dejado meter en esto?», se preguntó mientras abría la puerta.

David Chapland era un hombre agradablemente sencillo. Propuso que se tutearan, la ayudó a terminar la pizza y, cuando la metieron en el horno, se dejó enseñar la casa y se mostró muy impresionado.

—¡Qué bonita! —exclamó—. Y transmite una sensación muy positiva, a pesar de estar vacía y recién pintada. Podría resultar desangelada, pero no: sigue pareciendo un hogar.

Acarició a Messy, que desde entonces no se separó de su lado, y abrió la botella de tinto que había llevado. Se sentaron en el salón ante la chimenea eléctrica. De la cocina llegaba el aroma a masa horneada y especias. Kate encendió las velas de la ventana.

«¿Es esto lo que se siente al principio de una relación?», se preguntó.

Sus miedos continuaban ahí. El miedo a implicarse y a que le hicieran daño. Al rechazo y la humillación, que la habían acompañado toda la vida. Debía andarse con cuidado. Mantenerse alerta. A lo mejor le gustaba a David. Pero también podía ser que no tuviera otros planes para esa noche y prefiriera visitar a aquella «periodista» de Londres antes que quedarse solo en casa.

Decidió ponerse en el peor de los casos. Así, los hechos le darían la razón. O bien la sorprenderían agradablemente.

—¿Siempre escribes sobre crímenes? ¿Estás especializada en eso? —le preguntó él.

—Bueno, casi siempre —respondió. Sobre crímenes podía hablar, formaban parte de su vida diaria. Aunque de un modo muy distinto al que David creía.

—¿Y este caso te interesa por haber sucedido aquí, en el lugar de tu infancia?

—Sí. Y porque, por pura casualidad, estaba presente cuando todo comenzó. —Le contó que era huésped en casa de los Goldsby cuando Amelie desapareció—. Lo viví en primera persona. Al regresar a Londres me enteré de que la habían encontrado y pensé que era una historia muy interesante.

—Sí, y muy extraña. Podía haber acabado fatal. El día de su desaparición se encontró el cadáver de otra chica. Según el periódico, la policía sospecha que se trata del mismo culpable.

—El asesino del páramo, sí. En fin, hay algunas coincidencias.

—Gracias a Dios que Amelie logró escapar. Pero lanzarse al mar fue realmente peligroso.

—Pues sí... Y entonces apareciste tú.

Él la miró, pensativo.

—Supongo que la policía nos considera sospechosos a Barnes y a mí. Es raro que los dos estuviéramos allí a esas horas, y con aquel tiempo horrible.

Kate asintió.

—Así es. Aunque parece que el foco está puesto en Barnes.

—Al final no hablamos de eso ayer. Cuando viniste a mi casa, ¿creías que tenía algo que ver con lo sucedido?

Formuló la pregunta en tono distendido. Sin embargo, decidió ser cautelosa.

—Siempre procuro enfrentarme sin prejuicios a las investigaciones. Quería hablar contigo porque eres parte de la historia.

—Entiendo. Pero de todas maneras seguro que tenías una opinión, o al menos te planteabas la posibilidad...

—Consideraba muy baja la probabilidad de que estuvieras implicado en el secuestro.

—¿Y ahora que me conoces?

—Casi la descarto por completo.

—«Casi la descarto» no es lo mismo que «la descarto del todo».

—No suelo descartar ni dar por sentado nada sin pruebas contundentes.

Él se rio.

—Una actitud muy loable por tu parte. Muchos de tus colegas van por ahí publicando sus versiones sin contrastarlas.

—Pues yo procuro hacer justo lo contrario.

—¿También has hablado con Barnes?

Ella negó con la cabeza.

—Aún no, lo tengo pendiente. ¿Qué opinas de él?

—Bueno, digamos que no hay mucha ocasión de charlar cuando estás tumbado en el malecón con las olas cayéndote encima e intentando sacar a una chica del agua... Trabajamos codo con codo, por así decirlo. Pero no me dio tiempo a conocerlo.

—Pero a lo mejor más tarde... En la ambulancia, con las mantas sobre los hombros y un té caliente en las manos... Algo pensarías de él. Algo hablaríais, ¿no?

Reflexionó un momento.

—La situación fue esa, sí. La ambulancia, las mantas, el té... Pero no nos dijimos nada. Él estaba exhausto. Le contó lo sucedido a un policía: que había oído gritos y al acercarse había visto a Amelie; que no lograba sacarla del agua; que casi se le congelaron las manos... Eso sin duda era verdad, yo estuve mucho menos rato en esa posición y las tenía como témpanos de hielo. Recuerdo que al principio no podía sujetar su taza. Y luego, cuando lo consiguió, le temblaba tanto el pulso que pensé que derramaría todo el té.

—Ya... ¿Y contigo no habló?

Resultaba evidente que se esforzaba por hacer memoria.

—No. Después de acabar con el policía no volvió a decir nada.

—¿Intentó ver a Amelie?

—Habría sido imposible. Llegaron dos ambulancias y a ella se la llevaron enseguida. No hubo ocasión.

—¿Y qué pensabas tú?

—¿De qué?

—De Barnes. De toda la situación.

—Sobre él no pensé nada, solo pensaba en ella. En ese momento no sabía que se trataba de Amelie Goldsby, la chica que salía en todos los periódicos. Mojada, agotada y al límite de sus fuerzas no la reconocí, no se parecía nada a las fotos publicadas. Creo que hasta los policías tardaron en darse cuenta. Me pregunté cómo habría acabado en el agua y deseé que fuera un accidente y no un intento de suicidio. Me parecía una tragedia que alguien tan joven quisiera acabar con su vida.

—¿Tampoco hablasteis de eso? ¿De qué le habría pasado a la chica?

—No. Él no estaba para conversaciones. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Lo siento, no te estoy proporcionando mucho material, ¿verdad? Pero te prometo que fue lo que pasó: nos quedamos allí callados y bebiendo té.

—Supongo que en esa situación era lo más normal.

Repasó mentalmente si le quedaba alguna pregunta por formular, pero no se le ocurría ninguna más. Y no sabía de qué otra cosa hablar con él.

Por suerte, él sugirió:

—¿Vamos a ver cómo está la pizza?

Se la comieron ante la chimenea, con las manos y en platos de papel. Al menos lo intentaron. Algo había salido mal al preparar la masa, porque estaba tan dura que habría hecho falta una sierra para cortarla. Tras el segundo bocado, él la miró preocupado.

—No te lo tomes a mal, por favor. Pero si sigo comiendo me voy a partir un diente. ¿Cómo puede haberse endurecido tanto?

Kate, a quien también le preocupaba su dentadura, se encogió de hombros con resignación.

—Soy la peor cocinera del mundo. Lo estropeo todo.

—No pasa nada. Nos queda el vino.

Tiraron la pizza en una bolsa en la cocina. Kate encontró un paquete empezado de galletitas saladas; era mejor que nada. Prescindieron de las incómodas sillas plegables y se sentaron en el suelo del salón. Ella se preguntó cómo acabaría la noche. No había tomado nada desde el desayuno y los dos bocados de pizza no contaban. Por eso, el fuerte vino enseguida se le subió a la cabeza. En su caso, el alcohol entrañaba algunos riesgos: le soltaba la lengua y ponía en evidencia su falta de cariño.

—Entonces, ¿viviste aquí tu infancia y adolescencia? —Se interesó David.

Ella asintió.

—Sí. Y después volvía siempre que podía. Mi madre murió hace ya mucho tiempo, y mi padre, hace tres años... —Se interrumpió.

—¿Sí?

—Lo asesinaron aquí. —En realidad no pretendía decir eso. Había sido el vino.

Él la miró horrorizado.

—¿Lo asesinaron?

—Así es. Por una vieja historia. Es demasiado largo de contar. Mi padre era un alto cargo de la policía criminal y se metió en algo que... que le costó

la vida.

—Dios mío, qué espanto.

Kate se reprochó habérselo contado. Seguramente no querría tener nada que ver con una familia en la que se había producido un asesinato.

—Descubrí muchas cosas de él que no sabía. Fue un palo terrible.

—¿De veras?

—Él siempre fue mi héroe. La persona más increíble del mundo. Por encima de todas las cosas. Fue... Fue tan perturbador... —Para su espanto, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

«No llores ahora».

—¿Quién lo mató? —inquirió David en tono neutral.

—Alguien que... Bueno, da igual. Lo asaltaron aquí una noche de febrero.

Volvió a ver la imagen ante sus ojos. Una escena del crimen que en realidad nunca contempló, aunque se la habían descrito. Su padre en pijama, atado a una silla de la cocina y con una bolsa de plástico en la cabeza. Se había asfixiado angustiosamente.

—Es horrible —dijo él, en voz baja.

—Sí —susurró ella.

Notó que le ponía la mano en el brazo y que le decía:

—No llores. Dios mío, sé que es terrible. Y que sufres mucho.

No se había dado cuenta de que las lágrimas ya le rodaban por las mejillas. Las cálidas manos de David y sus palabras compasivas solo empeoraban las cosas. Era inútil tratar de contener el llanto.

—Es verdad —sollozó—. Sufro, sufro muchísimo.

Y aquel sufrimiento no terminaba nunca, era un tormento. Por muchos años que pasaran, no lograba superar ni la cruenta muerte de su padre ni el haber descubierto que era un hombre distinto al que creía.

Entonces se dio cuenta de que David la había abrazado y de que le estaba empapando el jersey. Sus brazos la sujetaban con fuerza.

—Desahógate —le susurró—. Creo que no has llorado suficiente por este horror.

Era cierto. Había llorado, pero no en proporción a su dolor y sufrimiento. Había reprimido su desconsuelo y su decepción, y los había encerrado en un rincón de su alma para que no interfirieran con su vida. No había permitido que el dolor se apoderara de ella porque temía ser incapaz de abandonar sus garras. Por eso había rechazado todos sus ataques, con la esperanza de que se redujera y debilitara hasta desaparecer.

Pero se equivocaba. El dolor seguía siendo el mismo animal de dientes afilados. Seguía esperando la oportunidad de caer sobre ella.

Sollozó sin parar en los brazos de David. De pronto pensó que debía haber aceptado el ofrecimiento de Colin, porque él no querría volver a verla jamás. Primero le servía una pizza incomedible, luego le contaba que en aquella casa se había cometido un asesinato y ahora se echaba a llorar sin consuelo. En ese momento le entró un ataque de risa, de risa histérica. Era increíble cómo se las apañaba para arruinar sus relaciones desde el principio. Aunque no se trataba de una risa real, al menos tuvo el efecto de cortar su torrente de lágrimas. Se enderezó y se secó las mejillas con las mangas del vestido.

—Lo siento muchísimo. Ay, esto es... No esperaba que esto pasara. Dios mío...

No quería ni imaginarse su cara congestionada y enrojecida, con toda la máscara de pestañas corrida. La naturaleza no la había hecho especialmente hermosa, y había conseguido estar aún más impresentable.

—Debo de estar horrible —murmuró con resignación.

—A mí no me lo parece —contestó él. Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

Se puso rígida.

No era posible que aquello le estuviera sucediendo.

Él se apartó un poco.

—Si no te parece bien, yo...

A pesar de su azoramiento, Kate supo reconocer la oportunidad. Además, su instinto le decía que aquella ocasión podía no volver a presentarse. Si reaccionaba con brusquedad (demasiado a menudo resultaba más brusca de lo que deseaba) David se echaría atrás y sería responsabilidad suya alentarle de nuevo. Y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Sí —contestó en un susurro—. Me parece bien.

La besó de nuevo. Sus labios eran tibios y sabían ligeramente a vino tinto.

Respondió al beso preguntándose si estaría haciéndolo bien. Había leído en un libro que besar era un acto instintivo, pero el problema era que su razón siempre se imponía a sus instintos. Era incapaz de hacer cosas que a otras personas les salían solas porque las analizaba tanto que perdían toda naturalidad y espontaneidad.

«No pienses en nada. Deja que él te lleve».

Aquello no sonaba muy feminista, pero era la única opción en vista de su inexperiencia casi total. Recordó algunos besuqueos apresurados en rincones oscuros en las fiestas del instituto, a altas horas de la noche y cuando todos

estaban ya tan borrachos que les daba igual con quién se liaban. Con ingredientes similares (fiesta, oscuridad, alcohol), había conseguido acostarse con un chico a los diecisiete años. El muchacho en realidad estaba colado por una amiga de Kate, pero no logró su objetivo porque ella se fue con otro. Aunque Kate se dio perfecta cuenta, no le importó; quería poder hablar del tema como las demás. Fue un acto precipitado y muy poco romántico en el asiento trasero del coche de los padres del chico. Así sucedió.

Su segunda experiencia tuvo lugar en una fiesta de Navidad del trabajo, muchos años después. Las odiaba porque todo el mundo se emborrachaba y, con el paso de las horas, los chistes se hacían cada vez más zafios y las impertinencias, cada vez más obscenas. La asistencia no era obligatoria, pero sus colegas la habrían marginado aún más si no acudía. Bebía una mezcla de algo con Coca-Cola, llevaba un gorro de papel ridículo e intentaba con todas sus fuerzas (pero sin ningún éxito) contagiarse del espíritu alegre y desbordante de los demás.

Avanzada la noche, empezó a rondarla un compañero que en el día a día ni se habría fijado en ella. Sin embargo, se encontraba tan borracho que no se daba cuenta de que, sin aquella dosis de alcohol, la mujer que tenía delante no era en absoluto su tipo. Se fue a casa con él y a la mañana siguiente se despertó en una cama extraña con un hombre que roncaba y apestaba a alcohol. El pálido sol de invierno que entraba por la ventana iluminaba un dormitorio desordenado, con zapatos, jerséis, medias y ropa interior tirados por todas partes. Se levantó con sigilo, reunió sus pertenencias, se vistió en el baño y abandonó de puntillas el piso. El lunes siguiente, cuando se cruzaron por los pasillos de Scotland Yard, evitaron mirarse e intercambiaron un saludo apenas comprensible. Nunca comentaron lo sucedido.

Esa era toda su experiencia con los hombres. En cuarenta y dos años.

David jamás debía saberlo.

Sus besos se hicieron más intensos y urgentes, sus dedos buscaban el cierre del vestido. Lo encontró, lo abrió, y Kate se lo quitó con muy poco garbo, o eso temió. Entre tanto, él se había librado del jersey. En poco tiempo no llevarían nada.

Kate inspiró profundamente y entonces él se detuvo.

—¿Todo bien? —susurró.

Ella conocía de sobra la norma que cualquier manual que se precie repite sin cesar a sus lectoras: nunca, jamás de los jamases, acostarse en la primera cita. Ni en la segunda. Como muy pronto, en la tercera. Ponerlo tan fácil arruina la relación antes de que pueda establecerse como tal. Kate había

escuchado y leído esas cosas, pero era consciente de que el suyo era un caso especial y por eso debía seguir una estrategia distinta. Los hombres nunca tenían una segunda cita con ella, por eso carecía de sentido esperar a la tercera. Era mejor tomar lo que pudiera en cada momento o bien, si el tipo en cuestión no le gustaba, no tomar nada en absoluto. Aquella mañana tras la fiesta navideña le había enseñado que, por mucho que la vida de una solterona fuera triste y frustrante, le resultaba aún peor el asco de despertarse junto a un hombre por el que no sentía más que repugnancia.

Pero David era diferente. Lo encontraba muy atractivo. Amable. Sensible. Comprensivo. La había citado en el pub y le había propuesto verse aquella noche. Era evidente que estaba interesado. Y, contando la primera conversación en su casa, en realidad aquella era su tercera cita. Por lo tanto, no se estaba saltando ninguna norma.

En lugar de contestar a su pregunta se bajó las medias y se quedó en sujetador y braguitas. Él se quitó los pantalones. Se arrodillaron uno frente al otro, notando el calor de sus cuerpos. También notaban la tensión. Kate comprendió que no era la única que estaba nerviosa: él quería hacerlo todo bien.

—Nada puede salir mal —lo tranquilizó—. No creo que sea posible.

Se perdió en su abrazo. Se hundió como en una gran ola de afecto, seguridad y fuerza. Y pasión. Por primera vez en su vida sintió verdadero deseo. Se preguntó cómo sería. También por primera vez en su vida iba a acostarse con un hombre sobrio.

Y que sabía muy bien lo que hacía.

Fin de semana. Frío. He vivido pocos otoños como este. El mes de noviembre suele ser templado, aunque lluvioso. A veces, muy de vez en cuando, la temperatura baja en febrero y nieva un poco. Solo una fina capa, más bien una especie de escarcha... Pero este año hace ya tanto frío que el aire huele a nieve. Quizá tengamos unas Navidades blancas. A todo el mundo le encantaría, a mí me es indiferente. Las bajas temperaturas me importan solo por Mandy; el viernes y el sábado me pregunté si la estufa de propano sería suficiente. La estancia es muy grande y está alicatada, los azulejos no almacenan el calor demasiado bien... Hoy, domingo, duermo hasta tarde, es mediodía cuando me despierto. La soledad no me afecta. Me gusta desayunar a mis anchas, con tranquilidad, sin tener que hablar con nadie.

Me planteo durante varias horas si ir a verla. No tengo ganas. La última vez se comportó fatal, y ya tengo la convicción de que fue una mala elección. Esto es un verdadero récord; con las otras conservé durante mucho más tiempo la esperanza de que al final todo saliera bien. Provenían de buenas familias y no eran tan salvajes, aunque es cierto que lloraban sin parar y eso tampoco resultaba muy alentador. Sin embargo, la rabia de Mandy... su odio... sus ataques de ira... ¿Cómo vamos a entablar una relación?

Por fin, hacia las tres y media, me decido. El día no invita a abandonar el calor del hogar, preferiría encender la chimenea y quedarme tomando un té bien caliente.

Son precisamente esos pensamientos los que me mueven a ponerme los zapatos, el abrigo y la bufanda. Debo comprobar que la estufa funciona. La última vez que le llevé comida a Mandy fue el jueves, estará muerta de hambre y sed. Me siento algo culpable por haberla hecho esperar tanto tiempo y porque, en realidad, no me importaría hacerla esperar aún más. Estoy a punto de abandonar. Por desgracia, es un punto al que he llegado con todas las chicas, aunque no tan pronto. Comienza cuando ya no me apetece verlas. Entonces

mis visitas se hacen más infrecuentes y espaciadas, hasta que al final no consigo obligarme a ir. Ese es el momento en el que ya no siento nada, absolutamente nada por ellas.

Cojo una botella de agua mineral y saco un sándwich de cheddar y tomate envuelto en plástico del congelador, donde hay varios parecidos. Cuando llegue se habrá descongelado, pondré la calefacción fuerte en el coche.

Emprendo el camino.

Una vez que estoy en marcha se me levanta el ánimo. No es bueno pasarse el día en casa, porque te pueden el cansancio, la pereza y los pensamientos negativos. El día gris resulta de una belleza peculiar. Cuanto más avanzo hacia el norte, más desnudo y solitario se va volviendo el paisaje. A la derecha aparece a veces el mar, color pizarra como el cielo. El gris se mezcla con el amarillo pálido de la alta hierba que ondula en el viento. Las nubes se amontonan en el horizonte. Solo muy de cuando en cuando me cruzo con otro coche. Por momentos siento que no hay nadie más en el mundo. Una sensación que ya no me asusta. En su día, lo hablé mucho con los terapeutas. Que no soportaba la soledad. Que continuamente me asaltaba la idea de que pasaría algo terrible si no tenía gente a mi alrededor.

—¿Qué podría suceder? —me preguntaron todos y cada uno de ellos.

—No lo sé —contestaba yo, aunque lo sabía de sobra.

Ellos insistían:

—Esfuércese. Intente imaginarse qué pasaría si realmente se diera esa situación.

Hasta que por fin un día se lo dije:

—Me moriría.

Eso era lo que sentía: que la soledad y la muerte eran la misma cosa.

No sé cuándo dejó de torturarme aquella idea. ¿Con las chicas? Quizá fue por las chicas...

Sin embargo, no acaba de funcionar. Me aterroriza pensar que aquello se presente de nuevo, esa sensación de no contar con nadie y de morirme. Por eso debo encontrarla. A la única. A la indicada para mí y para mi vida.

Dejo atrás Newcastle y a partir de ahí me mantengo siempre cerca del mar. Llego a Northumberland. Llevo dos horas y media conduciendo cuando por fin paro en el pequeño aparcamiento, comido por la maleza. En realidad casi no puede llamarse aparcamiento, está lleno de cardos, zarzas e incluso hierbas costeras. Como vengo con frecuencia, hay un camino abierto y un espacio de asfalto despejado, aunque esté resquebrajado por el frío y las raíces que se abren paso por el suelo.

Me apeo y el viento helado, procedente del mar del Norte, casi me corta la respiración. Aquí, al norte del país, hace aún más frío que en Scarborough, y allí las temperaturas ya eran muy bajas. Me coloco bien la bufanda, tomo la cesta con la botella de agua y el sándwich descongelado y avanzo por el camino hacia el edificio. Un gran arbusto de espino albar intenta bloquear el paso. Todos los veranos lo recorto. Ahora en invierno no hay problema. Me doy cuenta de que, si lo dejara crecer, ocultaría la casa desde el camino. Entonces solo podría verse desde el mar. Pero ¿a quién le importa, a quién le interesa?

Al abrir percibo enseguida que dentro no hace mucho más calor que fuera; la única diferencia es el abrigo del viento que hace llorar los ojos. Me detengo un instante, por precaución. Si ha logrado soltarse (es muy poco probable, pero no hay nada imposible) no puedo descartar que me esté acechando. Sin embargo, al dar un paso más, veo la estancia y compruebo que continúa atada a la cadena. Está totalmente oculta bajo la manta que le dejé. El aire huele a excrementos, la habitación está helada. La estufa se ha apagado. La humedad de los muros, proveniente del cercano mar, se cuele por todas las grietas y ranuras. Siempre hay humedades. En verano no es tan grave, y en invierno se pueden mantener a raya calentando el espacio. Pero sin la estufa, resulta casi imposible vivir aquí.

He tardado demasiado.

La manta se mueve y de debajo surge la cabeza de Mandy. Tiene el pelo pegado y grasiento, es evidente que ha dejado de lavarse. Sus ojos están hinchados y los labios, reseco y agrietados. Ya no resulta atractiva en absoluto.

—Necesito beber —dice en un susurro—. Y me muero de frío.

La manta no la protege lo suficiente, y supongo que el agua se le acabó el viernes. Miro el cubo que le dejé para lavarse, está vacío.

También se lo ha bebido. Chica lista.

—Te he traído agua y comida.

Me mira con ojos salvajes y hambrientos.

Le acerco la botella y el sándwich con el pie, procurando mantener las distancias. Es una buscavidas. Creció en un entorno difícil, poco protegida y teniendo que defenderse por sí misma. Está acostumbrada a luchar. Ahora mismo su estado es pésimo, pero eso no significa que no sea capaz de aprovechar la situación si se le presenta.

Abre enseguida la botella y bebe con avidez sin parar, a grandes tragos.

—¿Por qué haces esto? —pregunta después.

Con la misma voz baja de antes. Se muestra más dócil que la última vez. Hambre, sed y frío; en realidad es muy fácil quebrar a una persona. Pero no es eso lo que deseo: debe quererme. Sin embargo, tal como están las cosas, no me encuentro en el buen camino para alcanzar ese objetivo.

No contesto a su pregunta porque jamás entendería la complejidad de mis pensamientos, mis ideas y mis acciones. En su lugar, saco el cubo que utiliza para sus necesidades y lo vacío lejos de la casa, en la maleza al borde del acantilado. Allá abajo el agua golpea las rocas, oigo el retumbar de las olas. Sobre mí, las gaviotas juegan en el viento, dejándose caer y arrastrar en amplios círculos. Qué bonito es esto. Si tuviera dinero renovaría totalmente la casa y me pasaría el día aquí arriba contemplando el mar.

El cubo apesta, pero no puedo lavarlo. Tendría que bajar a la cala, hace demasiado frío y las rocas están muy resbaladizas. Me invade un gran sentimiento de asco y necesito recordarme que a Mandy no le queda más remedio que usarlo. Al menos en su situación actual, de la que hasta cierto punto es responsable. Las otras utilizaban el váter. La cisterna no funcionaba, pero yo llevaba botellas de dos litros de agua y lo solucionábamos con eso. Que no haya agua corriente es un verdadero problema. Sin embargo, Mandy debe utilizar el cubo porque no puedo arriesgarme a dejarla suelta. Y, en ese sentido, tiene la culpa de que las cosas resulten más complicadas de lo necesario.

De pronto, en medio del frío cortante, noto que la rabia me abre un agujero ardiente en el estómago. Me asusto porque ya conozco esa rabia. A partir de determinado momento la relación está acabada. No

hay solución. También con las otras chicas alcancé ese punto. No dejaban de llorar, me rogaban sin descanso que las dejara volver a casa... Sin darse cuenta de que conmigo podrían tener la mejor de las vidas. Cuando esa sensación ardiente me invade el estómago sé que todo ha terminado. Ya pueden hacer lo que sea, suplicarme de rodillas que las ame... Es demasiado tarde.

A partir de ahí solo puedo cerrar la puerta. Literalmente.

He alcanzado ese punto con Mandy.

Y es por su comportamiento, sus insultos, su vocabulario grosero. Mi decepción. Fue una mala elección desde el principio, no teníamos la más mínima posibilidad.

Puede ser que haya tardado menos en darme cuenta porque estoy cambiando. Me vuelvo más impaciente, se me acaba el tiempo. No quiero desperdiciar mi vida en esfuerzos claramente inútiles.

Regreso a la casa. Mandy ha devorado el sándwich y la botella está vacía.

—¿Puedo comer algo más?

Me encojo de hombros en gesto de disculpa.

—Lo siento, no he traído más. Tendrías que haber racionado el agua.

Me mira estupefacta.

—¿Qué? ¿Esto es todo?

—¡Era una botella grande de agua y un sándwich con mucho queso!

Sus ojos vagan incrédulos por la estancia, como buscando una solución.

—¿Cuándo volverás? —pregunta.

La contemplo. Me resulta repugnante. Tan basta...

—No lo sé —respondo.

El pánico se dibuja en su rostro.

—¿Y qué va a ser de mí? Casi me muero de frío, de hambre y de sed. No puedo moverme. Aquí no hay nadie, ¿verdad?

Mira por la ventana, desde su ángulo solo se ve el cielo. Pero una visión mejor solo confirmaría sus sospechas: en efecto, aquí no hay nadie. En los alrededores todo es soledad. Llanuras. Acantilados. El mar. El viento. Gaviotas.

Nada.

De pronto, estalla en terribles alaridos. Ha repuesto fuerzas con la comida y el agua. Tironea como loca de la cadena, veo que el metal se le clava en la piel hasta que corre la sangre. Pero no parece importarle.

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí ahora mismo! ¡Me cago en tu puta perversión! ¡Gilipollas!

Intento no escuchar más. Ya estamos otra vez, esa lamentable vulgaridad... Aunque he visto la casa de donde proviene, la zona y a su madre. Ya no me sorprende.

Recojo la cesta. Ella sigue vociferando:

—¡No puedes irte y dejarme aquí! ¡Es asesinato! ¡Suéltame! ¡Quítame esta puta cadena!

Me dirijo a la puerta.

Entonces se pone a llorar. Cambia de tono y comienza a suplicar:

—Por favor, no me dejes sola. Por favor. Yo no te he hecho nada, ni siquiera te conozco. Déjame ir. No se lo contaré a nadie, te lo prometo. No sé cómo te llamas, no sé quién eres ni dónde vives. ¡Por favor!

Abro la puerta. Ya he doblado la esquina, no puede verme.

Gime como un animal asustado:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

Salgo al exterior.

Entonces grita:

—¡Quédate! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola!

Casi me da la risa. Hace un momento me ha llamado gilipollas y otras lindezas. Pues hay que pensarlo un poquito antes de insultar a los demás. Ahora me ruega que me quede y que la cuide. Aunque bueno, en realidad lo que desea es que la suelte. Quiere irse. Todas quieren irse. Ninguna lo entiende.

Pero algún día una lo entenderá.

No me rindo.

Desde el coche oigo sus gritos. Está fuera de sí, histérica, presa del pánico.

Arranco el motor y doy la vuelta.

Solo quiero marcharme ya. Ya.

Debo encontrar otra chica. Lo antes posible.

Por cierto, sigo sin bajar al sótano.

Lunes, 13 de noviembre

1

La agente Kitty Wentworth pocas veces se había sentido tan agradecida como al oír el deseo de Amelie Goldsby de hacer una excursión. Por fin podrían moverse, dar una vuelta con el coche, pasear y, sobre todo, ver cosas que no fueran la misma calle, las mismas casas, la misma gente. Tras el episodio del apagón y la ausencia injustificada de Jack, ambos habían sido amonestados. Ella casi deseaba que la relevaran de su tedioso puesto, pero el comisario Caleb Hale cerró por completo aquella posibilidad.

—¡Nos falta personal! —gritó, como si ella tuviera la culpa—. ¡A la gente capaz la necesito para las tareas importantes! —Aquello le dolió. Tuvo que esforzarse para mantener el tipo y no echarse a llorar—. Por eso —prosiguió el comisario—, O'Donnell y tú seguiréis en vuestro puesto. Si vuelve a suceder esto, o algo parecido a esto, me ocuparé personalmente de que pases el resto de tu carrera poniendo multas de aparcamiento sin la más mínima opción de ascender. ¿Está claro?

—Sí, jefe.

Esperó a llegar a casa para desahogarse llorando. Le parecía una injusticia. La infracción la había cometido Jack, pero Hale no hizo distinciones y los abroncó a los dos por igual. Antes creía que el comisario era un hombre justo, pero en los últimos tiempos había cambiado mucho. Todos decían lo mismo. Siempre estaba de mal humor y algunos días iba por ahí gritándole a todo el que se cruzara en su camino. Sancionaba los errores con rigidez e inclemencia. Lógicamente, le cabreaba leer en el periódico todas las mañanas que la policía no avanzaba en el caso del asesino del páramo y que solo era cuestión de tiempo que secuestrara a su próxima víctima.

En la central, nadie que apreciara su empleo utilizaba el término «asesino del páramo». Un día, todos presenciaron cómo el comisario machacaba a una becaria por haberlo pronunciado. A voces, les anunció que si volvía a escuchar aquel estúpido nombre podían recoger sus cosas y buscarse otro trabajo. Al día siguiente la chica no apareció, y los demás procuraron pasar lo más desapercibidos posible. Todos deseaban que, si no era posible atrapar al

culpable, al menos se produjera algún avance, por pequeño que fuera, que contentara al jefe. Ya no resultaba agradable trabajar con él.

Sin embargo, aquel día deparó una novedad. Por la mañana, Amelie expresó su deseo de salir y Hale concedió permiso para una excursión hasta el final del día. Era consciente de que la chica no podía permanecer siempre encerrada en casa, debía ir recuperando la normalidad, aunque fuera con ciertas limitaciones. Aún encontraba peligroso que regresara a clase, pero eso no era un problema, porque ella se negaba en redondo. Pero quizá aquella salida fuera beneficiosa para su equilibrio emocional. Kitty sabía muy bien lo que el comisario deseaba: que la chica hablara. Que cualquier cosa desencadenara sus recuerdos.

Amelie había insistido en que no quería que la acompañaran Helen ni su madre, solo los dos agentes. Él conducía el coche, ella se sentó detrás con la chica. Esta pidió primero que la llevaran al centro y estuvo un rato paseando por las tiendas. Kitty se dio cuenta de que caminaba con mucho cuidado, como dudando. Llevaba mucho tiempo sin salir de su habitación, seguramente las calles llenas de gente y las luces navideñas la asustaban y desconcertaban un poco. Se trataba de una mañana de lunes normal y no había demasiado movimiento, pero para alguien en la situación de Amelie debía resultar agobiante. Como quería comprarse unos vaqueros, entró en los grandes almacenes Marks & Spencer. Se metió en el probador con ocho pantalones mientras Jack se dejaba caer con un gran suspiro en un sillón.

—¡Odio acompañar a las mujeres de compras! —refunfuñó—. Tardan una eternidad y nunca son capaces de decidirse. A lo mejor este viajecito no ha sido tan buena idea...

Kitty, que estaba revisando los percheros, se rio.

—Pues te aguantas. Es mejor que estar metidos en el coche, ¿no?

—Pues la verdad, no sé qué decirte. ¡Dios santo! ¿Pero cuánto tiempo necesita?

Después de mucho rato Amelie salió del probador con los pantalones en el brazo y una expresión de desconcierto.

—No sé qué hacer —anunció.

—¿Lo ves? —le susurró Jack a Kitty. Ya sabía él que no lograría decidirse...

La joven se sentó en otro sillón, agotada.

—No soy capaz de elegir. Esto me supera.

—No es obligatorio que compres nada —la tranquilizó Kitty—. Llevas mucho tiempo sin salir, es normal que te sientas sobrepasada.

De hecho, parecía al borde de las lágrimas.

—¿Crees que alguna vez mi vida volverá a ser normal?

—Pues claro que sí. Eres joven, podrás con todo esto. Y entonces lo que te sucedió no será más que un momento oscuro de tu pasado. Algo que siempre recordarás, pero que no afectará a tu vida diaria.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo ni imaginarlo. Apenas recuerdo mi vida de antes: ir a la escuela, chatear con mis amigas... Es como si hiciera una eternidad. Siento que entonces era una niña y que ahora ya no lo soy.

Se la veía muy frágil, tan pálida en el gran sillón, triste y desorientada... Kitty sintió el impulso de abrazarla, pero no sabía cómo reaccionaría.

«Lo está pasando muy mal», pensó. Era la primera vez que se daba cuenta: la chica sufría de verdad, seguramente día y noche. Había perdido su vida y no encontraba una nueva, no era capaz ni de intuirlo.

«Esos siete días —reflexionó—, los siete días del secuestro solo supusieron el principio. Luego han venido estas semanas y quedan los próximos meses, el largo proceso necesario para recuperarse. Para que encuentre el modo de enfrentarse a lo que le sucedió. La arrancaron brutalmente de su mundo, y ahora no sabe dónde está su lugar».

Le tocó el hombro con suavidad.

—Yo creo que este no es el mejor sitio para empezar. Con la decoración navideña, la música, las luces... ¿Y si probamos otra cosa? ¿Salimos al aire libre?

Amelie asintió y se levantó. De camino al coche tomó a Kitty de la mano. Jack iba tras ellas, contento de abandonar la tienda, pero sin saber cómo afrontar la situación. Él lo veía todo con mucho más pragmatismo: claro que a la chica le había pasado algo horrible, pero había tenido mucha suerte (y demostrado mucho valor) y al final todo había acabado bien. Ahora debía mirar al futuro. Tenía que enfrentarse a lo sucedido, y eso incluía abrir sus recuerdos y contárselo todo a la policía para guiarla hasta el culpable. De esa manera podrían encerrar al tipo y nadie volvería a tener miedo. Y ella no se pasaría los días en su habitación bajo vigilancia, sino que podría ir a clase, tener amigos y salir a bailar los sábados como cualquier otra adolescente de su edad. Jack lo veía muy claro. En su opinión, Amelie se bloqueaba a sí misma.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó cuando estuvo tras el volante.

—¿A los páramos? —sugirió Amelie.

Así que se dirigieron a los páramos. El día era gris y oscuro, sin un rayo de sol, y el paisaje resultaba lúgubre, agreste y solitario. Kitty se preguntó, preocupada, si aquello sería bueno para Amelie. Podían estar paseando por la zona en la que estuvo retenida, al fin y al cabo su bolso apareció allí. Sin embargo, no mostraba ninguna emoción. Permanecía sentada a su lado, sin decir una palabra. Tenía su móvil nuevo en la mano, se había puesto los cascos y escuchaba música mientras miraba por la ventanilla.

A mediodía pararon en un pub algo cochambroso, situado entre monótonos valles. Aunque estaba abierto, los dueños no esperaban clientes a esas horas de un lunes de noviembre y se mostraron poco entusiasmados. No tenían la mitad de los platos de la carta. Al final comieron patatas asadas con una salsa de especias de sabor extraño y una ensalada insípida. El humor de Jack era cada vez peor. Amelie estaba totalmente ausente. No decía nada y apenas comía. Miraba por la ventana, pero no parecía procesar lo que veía.

Tras aquella comida espantosa vagaron aún otro rato por la zona, y después emprendieron el regreso. Empezaba a oscurecer.

—Qué fea es esta época del año —comentó Jack.

—A mí me gusta —contestó Amelie. Era la primera frase que pronunciaba en horas.

El agente le lanzó una ojeada por el retrovisor. Había mucha tristeza en su voz, también Kitty lo notó. Parecía casi deprimida. La agente decidió que se lo comentaría a Helen, a lo mejor la chica necesitaba más ayuda profesional de la que estaba recibiendo.

Llegaron a Scarborough. Jack se pasó el giro que debían tomar para llegar a casa de Amelie.

—Voy un momento a echar gasolina —explicó—. ¿Os parece bien?

Kitty, que estaba adormilada, se sobresaltó.

—¿Eh? Sí, claro —respondió, bostezando.

Había una gasolinera Gulf más adelante, a la izquierda. Cuando llegaron, se encontraron con que media ciudad había decidido repostar a la vez. La explanada estaba llena de coches, tendrían que ponerse a la cola y esperar a que un surtidor quedara libre. Jack gruñó, nervioso.

—Pero ¿qué demonios pasa hoy? ¿Queréis que os deje en casa?

—No, está bien —contestó Kitty—. Tampoco creo que tardemos mucho.

Había recobrado la lucidez y estaba muy atenta. Con la caída de la noche, las farolas, la acumulación de gente y coches... Era una situación en la que debía aguzar sus sentidos. Las probabilidades de que se encontrara allí el hombre para quien Amelie suponía una amenaza se acercaban a cero. El tipo

tendría que saber que pensaban repostar, cosa que a Jack se le había ocurrido hacía solo unos minutos. O bien los tendría que haber seguido, cosa aún más improbable, porque en las solitarias carreteras se habrían dado cuenta enseguida; su compañero no había perdido de vista el retrovisor.

Sin embargo, a pesar de todo eso, Kitty se mantenía alerta.

Entonces Amelie se quitó los auriculares.

—Necesito ir al baño.

—En un momento estás en casa —respondió Jack.

La chica miró al exterior.

—Queda un buen rato hasta que nos toque. Y es urgente.

—Pues creo que aquí no hay servicios —señaló Kitty.

La joven abrió la puerta con decisión.

—Voy a ver.

La agente se bajó tras ella.

—Espera, te acompaño.

Jack maldijo:

—Joder, dejadme que os lleve a casa y...

Pero Amelie ya no lo oía, avanzaba con rapidez hacia la pequeña tienda donde se pagaba y se podían comprar bebidas, dulces y sándwiches metidos en plástico. Kitty le pisaba los talones.

En efecto, resultó que la gasolinera carecía de servicios. Sin embargo, había uno para el personal. La cajera le dio la llave a Amelie y le permitió utilizarlo.

—De manera excepcional. No llames la atención o querrá entrar todo el mundo.

De la tienda salía un pasillo lleno de palés con latas de refresco y bombonas de propano. La chica se dirigió a la puerta que ponía: «Solo personal» y se metió dentro. Kitty se apoyó en el único espacio libre de pared para esperarla. Al contrario que Jack, ella sí comprendía por qué Amelie prefería utilizar aquel poco atractivo retrete en lugar del de su casa: por la sensación de libertad. La echaba de menos desde hacía mucho. También tenía que ver con la normalidad, con retomar una vida conocida. No podían prohibirle aquellos primeros pasos, era muy importante que los diera. Aunque a ellos, sus vigilantes, les supusiera algún quebradero de cabeza.

«Jack no es mal policía —pensó—. Pero no tiene nada de empatía».

Seguía esperando. En la tienda, la gente se apretujaba en la caja. En aquel pasillo hacía frío. Comenzó a soñar de nuevo con un baño caliente, y luego se preguntó qué prepararía de cenar. Algo abundante y rico en calorías, por

ejemplo pasta gratinada, o un surtido de quesos. Después de aquel día, le hacía falta.

Amelie no salía. Seguro que Jack ya había llegado al surtidor, aunque desde allí no podía verlo.

¿Cuánto tiempo necesitaba aquella chica?

Avanzó por el pasillo esquivando los palés y llamó a la puerta.

—¿Amelie? ¿Todo bien?

No obtuvo respuesta. Llamó de nuevo, más fuerte.

—¿Amelie? ¿Algún problema?

Silencio. Sacudió la manilla, pero la puerta no se abrió.

—¡Amelie!

Nada.

Corrió a la tienda.

—¿Tiene otra llave del servicio? —le gritó a la cajera, que la miró con gesto descontento.

—No. ¡Y les pedí que fueran discretas!

El local estaba lleno hasta arriba, todo el mundo se la quedó mirando.

—¡Joder! —murmuró ella.

Regresó corriendo, volvió a intentar abrir la puerta y tampoco lo consiguió. Salió a la calle y le hizo señas a Jack, que en aquel momento cerraba el tapón del depósito.

—¡Jack! ¡Ven aquí!

Un segundo después lo tenía a su lado.

—Está en el baño. No contesta y no abre.

Jack también se peleó con la manilla. Entre tanto, los presentes habían notado que sucedía algo y se agolpaban en el acceso al estrecho pasillo. La cajera se abrió paso entre la multitud.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué hace con la puerta? Escúcheme bien, como la rompa tendré que...

Jack le puso la placa delante de las narices.

—Policía. ¿Puede abrir la puerta?

—No, ya se lo he explicado a su compañera. Solo hay una llave y se la di a la chica. Esto me pasa por tener buen corazón y...

Él la interrumpió:

—¿El servicio tiene ventana?

—Sí, da al patio de atrás. ¿Por qué?

Pero el agente ya había echado a correr. Kitty se colocó junto a la puerta.

—Por ahora, que nadie salga de la tienda.

Algunas personas se quejaron. Otras parecían encantadas con aquella orden, no querían perderse aquella aventura por nada del mundo.

Jack apareció de nuevo, hablando por el móvil. Kitty captó que estaba pidiendo refuerzos.

—La ventana está abierta y, hasta donde he podido ver, dentro no hay nadie —le dijo en voz baja—. Detrás hay un patio rodeado de una valla alta de tablones. No es imposible saltarla. Más allá hay un paso entre las casas que lleva a una calle lateral.

—¿Pero por qué se habrá fugado?

—Yo tengo otra pregunta: ¿pueden habérsela llevado?

Estaba confuso y alterado. La situación carecía de lógica. ¿Quién sabía que Amelie estaba en ese servicio? ¿Cómo pudo convencerla para que saltara por la ventana? O bien, ¿cómo pudo entrar y sacarla de allí sin que Kitty se enterara? Quizá con un cuchillo en la garganta. En ese caso, no se habría defendido ni habría gritado...

«¿Cómo ha podido pasar?». «¿Cómo ha podido pasar?». «¿Cómo ha podido pasar?».

La pregunta se repetía en bucle en la cabeza de Kitty. ¿Los habría seguido alguien? Quizá vio a Amelie meterse en el servicio y corrió al patio trasero.

«He esperado demasiado», se reprochó. Se había distraído pensando en el baño de espuma y en la cena. Ya había transcurrido un buen rato cuando cayó en la cuenta de que la chica tardaba mucho. Estaba fantaseando en el momento decisivo.

Jack había vuelto a salir. Ella esperó hasta que se presentaron dos agentes uniformados. Uno comenzó a tomar los datos de los presentes mientras el otro derribaba la puerta, bajo los gritos furiosos de la cajera. Tal como Jack afirmaba, el pequeño cubículo estaba vacío. Kitty echó una rápida ojeada. Nada le cuadraba. No había señales de lucha ni se había caído nada durante el forcejeo, ni el bolso, ni el móvil, ni los auriculares. Aunque la ventana no era muy grande, permitiría el paso de un adulto, y con más razón a la delgada Amelie. Para alcanzarla tendría que subirse a la taza y luego saltar al otro lado, algo muy sencillo. Puesto que resultaba imposible que se hubiera desvanecido en el aire, debía haber salido por allí, voluntariamente o no. Y mientras tanto Kitty, con la guardia baja, se imaginaba una receta de pasta con brócoli y queso.

Se le escapó un quejido. El comisario Hale la haría picadillo, ya podía olvidarse de cualquier ascenso. Aparte de eso, sentía una gran preocupación por Amelie. ¿Qué le habría pasado?

Dejó la posible escena del crimen en manos de los dos compañeros y salió fuera. Giró en la calle Coldyhill Lane, pasó un salón de té y dos oficinas y finalmente llegó al acceso entre las casas, donde se encontró con Jack.

—Ahí enfrente hay un supermercado Proudfoot —le dijo—. El *parking* está lleno de gente. Si alguien la ha secuestrado podría perderse enseguida entre el gentío y meterla en un coche.

—¡Pero un hombre que lleva a rastras a una adolescente llama la atención! —exclamó Kitty.

—No si le ha puesto un arma en las costillas. Eso no lo vería nadie, y ella obedecería sin chistar.

Su rostro se veía pálido a la luz de las farolas. Kitty comprendió que estaba preocupado por Amelie, pero también por sí mismo. No debieron ir a la gasolinera o, como mínimo, debieron dar la vuelta al comprobar el ajetreo. No debieron permitir que la chica fuera al baño. Ella debió comprobar antes la existencia de una ventana, y debió prohibirle que cerrara por dentro. Y tenía que haberse dado cuenta antes, mucho antes, de que algo no iba bien.

—Si se ha fugado... —reflexionó Jack—. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón?

—Hay que comprobar si ha ido a casa.

Ambos guardaron silencio unos segundos. Habría que informar a los padres, por segunda vez, de que su hija había desaparecido.

—Pero nosotros íbamos a llevarla enseguida... —murmuró Jack.

No tenía sentido.

Eso significaba que la habían secuestrado. No sabían cómo, pero parecía claro que Amelie se encontraba en manos del hombre para el que suponía una amenaza.

2

Caleb Hale se preguntaba si el caso podía ir peor. Llevaban meses sin avanzar lo más mínimo para atrapar al asesino del páramo y ahora Amelie volvía a desaparecer ante los mismos ojos de los agentes encargados de custodiarla.

El retrete de la gasolinera no aportaba ninguna pista de lo ocurrido. ¿Se había ido la chica por su propio pie? ¿O la había obligado alguien? En ese caso, ese alguien debía saber que se encontraba allí en aquel momento. Un pálido agente O'Donnell le había jurado que nadie los había seguido. A lo largo de su recorrido por las solitarias carreteras de los páramos no había

dejado de vigilar ni un momento. Además, durante muchos kilómetros no se cruzaron con otros coches, ni con personas. Kitty Wentworth lo corroboró:

—No puede ser —afirmó—. Sencillamente, es imposible.

El comisario les había echado la bronca en la gasolinera, delante de todo el mundo.

—¿Por qué os metisteis en ese jaleo? —vociferó—. Joder, ¿es que no podíais esperar a dejarla en casa y a que llegara el relevo?

—No nos pareció arriesgado —se defendió Kitty. Jack apretaba los dientes; se moría de ganas de gritar, pero no quería arruinar definitivamente su carrera—. Estábamos convencidos de que nadie nos seguía. Que el secuestrador se encontrara por casualidad en esa gasolinera... En fin, ¿quién se lo iba a imaginar?

—Maldita sea, ¡eso es justo lo que tenéis que imaginaros! Es nuestra principal preocupación desde hace semanas. Seguramente ese tipo vive aquí y lleva una vida completamente normal. Puede encontrarse con Amelie en cualquier sitio: en el centro, en el puerto, en el dentista o en una puta gasolinera. Esa es su pesadilla, y también la nuestra. Y claro que podía estar ahí por casualidad. En la vida se producen las casualidades más increíbles, raras y terribles. Al ver que había una aglomeración de gente y vehículos, al ver que la situación era difícilmente controlable, no deberíais haberla dejado salir del coche.

—Necesitaba ir al baño...

—¡Pues haberla llevado a casa! ¡Estabais al lado!

Ninguno de los dos respondió, e hicieron bien. Caleb estaba tan furioso que cualquier palabra solo habría servido para empeorar la situación.

Acto seguido, el sargento Stewart acudió a visitar a los padres y el comisario se dirigió a casa de Alex Barnes acompañado por dos agentes. Sabía que las pruebas lo descartaban como posible culpable, en primer lugar porque Amelie no lo había reconocido. Aun así, aquel tipo seguía dándole mala espina.

Barnes no contestó cuando llamaron al timbre desde la calle. Sin embargo, su vecina de al lado les abrió el portal.

—No está en casa —les explicó—. Lo he visto irse con el coche hace unas horas.

—¿Con el coche? —se extrañó Caleb—. Que sepamos, el señor Barnes no posee un vehículo.

La mujer se encogió de hombros.

—Pues desde el viernes pasado lo tiene. Lo aparca aquí mismo, en la calle Nicholas Cliff. Delante de mis narices, como quien dice. Lo veo ir y venir con él continuamente.

—¿Parece un coche de alquiler?

—Ni idea. Es pequeño y viejo, creo que es un Renault. Si lo ha comprado tiene que ser de segunda o de tercera mano. Por cierto, no sé de dónde habrá sacado el dinero...

Tampoco Caleb lo sabía. Y había otra cosa que le preocupaba: si ahora contaba con un vehículo, Barnes podía haber estado en la gasolinera. Por supuesto, sería una casualidad increíble. Pero en su vida se había encontrado con las casualidades más extrañas, por lo que no podían descartarlo. No debían descartarlo.

—Hoy, cuando lo vio, ¿estaba solo? —se aseguró.

—Sí, siempre va solo. Bueno, desde que vive aquí, que tampoco es hace mucho.

Se despidieron de la vecina y comprobaron que, efectivamente, Barnes no se encontraba en casa. Eso podía significar muchas cosas o ninguna. El comisario ordenó a los agentes que averiguaran si había alquilado un coche en algún sitio, y también si se había registrado como titular de un vehículo. En cualquiera de los casos necesitaban el modelo exacto y la matrícula.

Después se encaminó a casa de los Goldsby.

Si al principio tenían la vaga esperanza de que Amelie se hubiera escapado para volver a casa, a aquellas alturas se había desvanecido por completo. No estaba allí. Varios agentes recorrieron todos los caminos que llevaban a su hogar sin hallar ni rastro de ella. Deborah y Jason se encontraban petrificados en el salón, sin poder creer que hubiera sucedido por segunda vez: su hija había desaparecido. La pesadilla se hacía realidad. La policía no había podido protegerla. La habían perdido.

—La tiene él, ¿verdad? —La pregunta de Jason al ver llegar al comisario era en realidad una constatación—. El tipo que la secuestró la ha capturado de nuevo. Para que no pueda testificar en su contra.

Caleb Hale alzó las manos en un gesto de calma.

—Eso no lo sabemos. Hay muchos factores que no apuntan en esa dirección. Mi equipo asegura que nadie los ha seguido. Es imposible que el culpable supiera dónde encontrar a Amelie. Al agente O'Donnell se le ocurrió repostar de manera espontánea. Nadie podía preverlo.

El hombre se frotó la cara. De pronto parecía mucho mayor de lo que era.

—Pudo ser una casualidad.

—No debemos obsesionarnos con eso —contestó.

Aunque era exactamente lo que él hacía. Llevaba horas considerando que se había producido una casualidad terrible, la que más temían a la hora de que Amelie retomara una vida normal. El riesgo de que él la encontrara, el hombre que la había sedado, secuestrado y encerrado, y cuya cara ella no olvidaría jamás. Podía cruzársela en cualquier situación, en cualquier momento, en cualquier lugar. Y quizá decidiría jugárselo todo a una carta para eliminar el riesgo que su existencia suponía. Es decir: podía matarla.

—Pero es una posibilidad —insistió Jason.

Caleb volvió a desviar la cuestión.

—Muchas cosas son posibles. He hablado de nuevo con la sargento Helen Bennett, que ha sido la persona más próxima a Amelie en estas semanas. Según ella, su hija no se encontraba emocionalmente bien. Se mostraba alterada e introvertida, bloqueada por los sucesos que no quiere recordar. La agente Wentworth, que hoy la ha acompañado durante todo el día, mencionó incluso una posible depresión. Por todo ello, no es descartable que se haya fugado.

Deborah intervino por primera vez.

—Pero ¿por qué? —Tenía la voz rasposa.

—No lo sé. Quizá para huir de la situación. Hace semanas que vive en estado de excepción, atormentada por lo sucedido. Por otro lado, todos esperamos con impaciencia que recuerde algo y nos lo cuente. Es posible que la presión le resulte insoportable.

—Pero no tiene adonde ir —intervino Jason—. No hay ningún sitio, ninguno.

—Aún conservamos la lista de sus amigos y conocidos. Mis hombres ya están poniéndose en contacto con ellos. ¿Se les ocurre algo más? ¿Alguna persona, algún lugar?

El padre sacudió la cabeza.

—Ya lo dijimos todo entonces, nombramos a todo el mundo.

—Bueno, quizá ahora se les ocurra algo...

Silencio. Después, Deborah ocultó el rostro entre las manos.

—No puedo con esto otra vez. No puedo con esto otra vez. No puedo con esto otra vez —repetía en un susurro, mientras balanceaba el cuerpo adelante y atrás.

Su marido le pasó el brazo por los hombros y ella trató de ahogar un sollozo.

Caleb se mordió el labio. Le partía el alma verlos de nuevo presa de la desesperación.

Sin embargo, debía continuar el proceso y plantear las preguntas necesarias. Ya habían transcurrido dos horas y media desde la desaparición, el tiempo jugaba en su contra.

—Hemos intentado ver a Alex Barnes, pero no estaba en casa.

Jason lo miró con sorpresa.

—¿Sigue considerándolo sospechoso?

—Lo considero un individuo que, como mínimo, está implicado en la historia —repuso—. También interrogaremos al señor Chapland. Debemos tener en cuenta a cualquiera relacionado con el caso.

—Entiendo —contestó el hombre—. Ya sabe que siento una gran antipatía por Barnes, y sin embargo... que sea el secuestrador...

—Es fácil equivocarse en esas apreciaciones —apuntó el comisario, recordando las muchas ocasiones en las que él mismo se había equivocado. Continuó—: Como les decía, no hemos localizado a Barnes, pero su vecina nos ha contado que desde hace unos días posee un vehículo. No sabemos si es comprado o alquilado, lo estamos averiguando. En cualquiera de los casos, me pregunto de dónde habrá sacado el dinero.

Jason dudó durante un segundo y al fin decidió que no era el momento de ocultar nada.

—La semana pasada le dimos treinta mil libras. Y nos dijo que quería comprarse un coche de segunda mano.

—¿Treinta mil libras? —repitió Caleb, incrédulo—. ¡Es muchísimo dinero!

—Sí. Ya lo sé.

—¿Y por qué se lo han dado?

Deborah se apartó las manos de la cara. Tenía los ojos muy abiertos.

—Es el precio que él fijó.

—¿El precio de qué?

Jason inspiró profundamente y relató lo sucedido la noche del apagón.

Caleb tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse. Sabía que Barnes los había visitado aquella noche, pero el matrimonio le había ocultado semejante petición de dinero. Había dado por hecho que el objetivo del joven era su habitual gorroneo.

—Fue una especie de acuerdo definitivo —explicó el hombre—. Nos prometió que jamás volvería a llamarnos o a aparecer. Pasamos una noche terrible, comisario, se lo aseguro. Nuestra situación económica dista mucho de ser buena. Pero...

—Queríamos librarnos de él —continuó Deborah—. Pero no deja de ser el salvador de nuestra hija. Necesitábamos compensarlo para no sentirnos ingratos y mezquinos.

—No podíamos seguir como estábamos —la interrumpió él—. Lo teníamos siempre encima, pidiendo esto y lo otro... El alquiler del piso, que lo lleváramos a sitios... Deborah lo vistió de arriba abajo. Ese tipo de cosas, que no acababan nunca. Pensamos que, si le entregábamos aquella gran suma, saldaríamos nuestra deuda de gratitud. Es evidente que la vida de Amelie no puede pagarse con dinero, pero ya sabe a qué me refiero. Esperábamos que con esto pudiéramos olvidarnos de él. Olvidarnos de todo.

—Entiendo —dijo el comisario—. Pero deberían habérmelo dicho.

—No queríamos arriesgarnos a que nos lo impidiera. Nos pareció una opción razonable.

—Entiendo... —repitió Caleb.

La cabeza le funcionaba a mil por hora. Hacía menos de una semana Barnes había propuesto a los Goldsby que le entregaran treinta mil libras para dar por concluido todo contacto. El matrimonio aceptó y le entregó la suma. Poco después él se compró un coche, como ya había anunciado. Y ahora Amelie desaparecía de una gasolinera próxima a su casa.

—Está relacionado —murmuró—. Todo esto está relacionado...

Por increíble que pareciera, los ojos muy abiertos de Deborah se abrieron aún más.

—¿Si no se lo hubiéramos dado habría cambiado algo? —preguntó.

Jason había comprendido el razonamiento del comisario.

—Han secuestrado a Amelie en una gasolinera ahora que Barnes tiene coche. Esa es la relación, ¿verdad?

—Dios mío... —susurró Deborah.

Caleb hizo un gesto tranquilizador. Estaba furioso porque habían actuado a sus espaldas, pero no ganaría nada atacando a aquellas dos personas desesperadas.

—Por ahora no es seguro que la hayan secuestrado. Y tampoco sabemos si Barnes tiene algo que ver. Puede estar con el coche en cualquier sitio, sin ninguna relación con esto.

—Pero usted cree que sí que está relacionado —insistió el padre.

—Debo tenerlo en cuenta.

Era cierto. Por desgracia, no tenía mucho más que ofrecerles, por mucho que le encantaría tener alguna prueba de que Barnes estaba implicado hasta el cuello y acabaría pronto entre rejas.

Poseía un vehículo. Estaba en el momento adecuado en el lugar indicado. Quizá había vigilado la casa y había visto a los dos agentes subirse al coche con Amelie.

¿Habría sido capaz de seguirlos durante todo el día sin que un perro viejo como O'Donell y una agente inteligente como Wentworth se dieran cuenta?

Le costaba creerlo, pero no podía descartarlo.

—¿Y ahora qué? —inquirió Deborah.

—Peinaremos la zona. Quédense en casa por si regresa. Vamos a rastrear la matrícula de Barnes y a emitir una orden de búsqueda. Por otro lado, hemos retenido a todas las personas que se encontraban en la gasolinera, y las estamos investigando. —«Dentro de lo que nos permite la ley», completó para sus adentros. El margen era estrecho, pero ese no era un tema para tratar con el matrimonio. Continuó—: Y ahora voy a visitar a David Chapland.

—¿Por qué? —preguntó Jason.

—Porque también estaba en el malecón aquel día. —Y, de nuevo, completó mentalmente: «Y porque sus explicaciones siguen sin convencerme».

Pero aquello tampoco estaba hecho para oídos ajenos.

3

David Chapland estaba cocinando cuando el comisario llamó al timbre de su casa de Cliff Road. Caleb vivía en la misma calle, un poco más arriba. La recorrió otra vez hasta el final, hasta el aparcamiento sobre el mar. En fin, no era imposible que aquel hombre hubiera preferido regresar caminando junto al mar y ascendiendo luego por el empinado sendero de grava. Ese recorrido lo habría llevado necesariamente al lugar en el que Barnes intentaba sacar del agua a Amelie. Sin embargo, si hubiera vuelto por las calles habría tenido mejor iluminación y habría tardado menos.

—Será un apasionado del mar, por eso no le importa caminar con esas olas y en medio de la tormenta —reflexionó en un murmullo.

Era una opción, dado que ninguna locura es imposible. Aun así, seguía pareciéndole extraña, como mínimo.

Chapland llevaba vaqueros y camiseta e iba descalzo. Desde el piso superior llegaba un aroma maravilloso a comida. Caleb no había tomado nada desde el desayuno y tenía un hambre de lobo. Pero no era el momento. Una chica había desaparecido.

Sacó su identificación.

—Comisario jefe Caleb Hale. Ya nos hemos visto antes.

El hombre asintió.

—Sí, por la chica que ayudé a rescatar.

—¿Podría pasar un momento?

—¡Adelante! —Se hizo a un lado—. ¿Le importaría acompañarme a la cocina? Tengo algunas cosas al fuego y...

—Claro, sin problema.

Lo siguió por la escalera y entraron en la cálida y bien iluminada cocina. En la gran mesa ardían unas velas cuya cera había goteado en el tablero. Había también un cuenco con mandarinas, varias tazas sucias de café y una tarta empezada. En los fogones borboteaban cosas que olían de maravilla. Una estrella luminosa adornaba la ventana. Saltaba a la vista que Chapland hacía vida en aquella estancia. Seguramente allí leía el periódico, veía el fútbol en la pequeña televisión anclada a la pared, cocinaba y recibía a sus invitados. Aquel espacio hizo que Caleb sintiera simpatía por él. Sin embargo, procuró no dejarse influir. Había conocido demasiadas personas que resultaron ser muy distintas de la bonita fachada que proyectaban al exterior.

Junto a los fogones, en un aparador, había una botella de vino blanco abierta. Había detectado el olor nada más entrar, pero solo ahora descubría el origen. Se puso en guardia de inmediato.

«No pienses en ello. ¡Concéntrate en otra cosa!».

Aquello no era lo que le había aconsejado su terapeuta. Todo lo contrario. Sus palabras fueron: «Por desgracia, pensamos con más intensidad en lo que no queremos pensar. Nuestros esfuerzos por evitarlo solo consiguen que nos concentremos más en ello. Si sufre una reacción ante el alcohol, experimentela. Acéptela. El demonio pierde fuerza cuando no encuentra resistencia. Es como si el juego no le resultara divertido».

Aunque entendía el razonamiento, no lograba llevarlo a la práctica. Su terapeuta sabía mucho sobre adicciones sin haberlas vivido nunca. Solo conocía en teoría cómo era la sensibilidad al alcohol, mientras que Caleb era un experto en sus manifestaciones físicas. Primero notaba mucho calor en las

piernas y la piel empezaba a picarle. Luego, una sensación como de mareo se adueñaba de él; las cosas no le daban vueltas, pero era como si su cabeza flotara y sonidos e imágenes pasaran a segundo plano. Las manos le temblaban ligeramente. Y una fina capa de sudor le cubría la cara. Eso era lo que más le preocupaba. Los demás síntomas eran internos, nadie más se daba cuenta. El temblor de manos podía ocultarlo, pero no podía esconder el sudor. Sin duda, las personas que conocían su situación sacaban conclusiones rápidamente.

No conseguía «aceptarlo», y seguramente nunca lo lograría. Se rebelaba contra ello como en un acto reflejo que no sabía cómo evitar.

Chapland sacó una copa de un armario y tomó la botella.

—¿Un poco de vino?

Él hizo un movimiento negativo, nervioso y demasiado brusco.

—No, gracias. Estoy de servicio.

—Lástima. Es un vino buenísimo, del sur de Francia.

—Aun así...

El sudor le perló la frente, al instante notó su fría humedad. Al mismo tiempo se le secó la boca y sintió la lengua pastosa. Se forzó a tragar y reprimió la urgente necesidad de pasarse un pañuelo por la cara. Temía llamar aún más la atención sobre su estado. Como le temblaban mucho las manos, aquel gesto resultaría aún más llamativo y su interlocutor acabaría comprendiendo lo que pasaba.

Este se sirvió una copa y se acercó a los fuegos para remover una salsa de tomate.

—Siéntese, comisario. ¿De qué quería hablar?

Caleb permaneció de pie. Si se sentaba quedaría más cerca de la botella y sus síntomas se agravarían.

—De Amelie Goldsby. Ha desaparecido.

Escrutó el rostro de Chapland. Se mostró muy sorprendido, su reacción no fue la de alguien que cree haber sido descubierto.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

—Creemos que la ha vuelto a secuestrar el mismo hombre. Ella supone una gran amenaza para él: podría identificarlo y ayudarnos a detenerlo.

—Comprendo. —Dio un gran trago de vino—. Dios mío, es terrible. ¿Cuándo ha sucedido? ¿No estaba vigilada?

—Así es. Sin embargo, una serie de acontecimientos desafortunados condujo a un descuido en un lugar público muy concurrido. Ignoramos cómo

pudo ese hombre averiguar que la chica estaba allí. Pero parece claro que lo sabía.

—Cielo santo... —Se pasó una mano por el pelo—. Pobrecilla... ¡Pobres padres!

—Señor Chapland, me veo obligado a preguntárselo: ¿dónde estaba usted esta tarde entre las cuatro y media y las cinco y media?

El asombro se pintó en el rostro de David. Luego desapareció, al comprender que seguía estando en la lista de sospechosos aunque no fuera el principal.

—Pues aquí, en mi casa.

—¿Ya a las cuatro y media? Tiene la oficina en el puerto, ¿a qué hora regresó?

—A las tres y media. Sé que es temprano, pero en invierno no hay mucho movimiento. Además, a menudo trabajo desde aquí, buena parte de mi negocio se desarrolla por internet.

—¿Volvió directamente?

—Primero fui a comprar, para preparar la cena. —Señaló los fogones—. Y después sí, vine directamente.

—¿Alguien puede corroborar que lleva aquí desde las cuatro y media?

—Sí, yo —contestó una voz a sus espaldas—. Puedo confirmarlo porque estaba con él.

Caleb se dio la vuelta. Se quedó petrificado, literalmente.

Era Kate Linville.

No podía creer que la encontrara allí. Pero aún más increíble le parecía su aspecto: tenía el pelo mojado, iba descalza y tan solo llevaba un albornoz azul muy grande, a todas luces perteneciente a Chapland. Acababa de salir de la ducha.

«¿Por qué demonios se ducha aquí? ¿Qué hace con ese albornoz?», se preguntó Caleb con torpeza.

—¿Kate? —articuló, como para asegurarse de que era realmente ella.

—¿Sí? —contestó esta.

Los miró alternativamente a Chapland y a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Ah, ¿la conoce? —se sorprendió el hombre.

—El comisario jefe Hale investigó el asesinato de mi padre —explicó Kate—. Nos conocimos entonces.

—Claro, entiendo. —La tensión que flotó por un momento en el ambiente se desvaneció—. Kate, han vuelto a raptar a la chica. A Amelie Goldsby.

—¿Cómo? —Miró a Caleb, estupefacta—. ¡Pero si tenía protección!

—No sabemos con certeza si ha sido un secuestro. En cualquier caso, ha desaparecido del lavabo de una gasolinera. Después de una excursión con los agentes que la vigilaban.

—¡Es increíble! —exclamó Kate.

—Ya... —repuso el comisario.

Había logrado presentar los hechos de forma resumida, a pesar de que sus esfuerzos principales se dirigían a comprender la situación que tenía delante. Poco a poco empezaba a verlo claro: Kate (¿Kate?) tenía una relación con David Chapland. Kate con un hombre... La idea era casi absurda. Ella jamás tenía relaciones, aventuras, líos. Así era ella, esa era su tragedia. Parecía imposible que eso pudiera cambiar.

Aún más desconcertante resultaba que estuviera (en fin, no podía decirse de otra manera) acostándose con un sospechoso del caso de secuestro y posible asesinato que él estaba investigando.

Era sencillamente... muy extraño.

Igual que la situación en aquella cocina. Rarísima.

—¿Estás diciendo que alguien la asaltó en los servicios y se la llevó? —Kate interrumpió sus pensamientos.

Por supuesto, era sargento de policía. Enseguida quería conocer más datos.

—No era un servicio público, sino el destinado al personal. Amelie pidió la llave y le permitieron usarlo excepcionalmente. La agente Wentworth permaneció en todo momento al otro lado de la puerta. Sin embargo, había una ventana no demasiado elevada y lo bastante grande como para dejar pasar a una persona. La encontraron abierta.

—¿La agente no lo revisó primero?

—No.

—¿Adónde da la ventana?

—A un patio trasero con varios coches averiados. En ese momento estaba desierto. Alrededor hay varias casas, mis hombres están interrogando a los vecinos. Hasta ahora, nadie ha visto nada. Aunque bueno, estaba ya bastante oscuro...

—Pero en el patio habría luz, ¿no? Y una chica a la que se llevan por la fuerza siempre llama la atención.

—Solo si se defiende. Si el secuestrador llevaba un arma obedecería como un corderito.

—¿Y cómo se sale de allí?

David la miró con expresión divertida y le dijo al comisario:

—Cómo se nota que es periodista especializada en crímenes, ¿eh?

Caleb la miró con sorpresa y se encontró con un rostro impasible. No comentó nada, pero enseguida ató cabos: Kate estaba otra vez husmeando en un caso que no le correspondía, por eso conocía a Chapland. Ocultándole que era policía, intentaba obtener información haciéndose pasar por periodista. Habían terminado teniendo una aventura y ahora no podía revelarles la verdad.

«Muy bien, Kate —pensó—. Le va a encantar cuando se lo cuentes».

Sin embargo, su vida privada no era cosa suya, solo debía importarle que se entrometiera en su caso. No era el momento de sacar el tema, ya encontraría la ocasión más adelante.

Se percató de que aún no había contestado a su pregunta.

—El patio está rodeado por una valla alta de tablones. No es fácil saltarla, pero tampoco es imposible. Salir por delante, por la gasolinera, no era una opción. El agente O'Donnell estaba repostando y se habría dado cuenta.

Por supuesto que se habría dado cuenta. Por mucho que, en su monumental enfado, los había calificado de incompetentes, en el fondo sabía que los dos agentes estaban muy bien formados y eran personas inteligentes.

—Hay un acceso hasta una calle lateral —continuó—. El tipo podría haber dejado el coche allí. O en un supermercado que está enfrente, cuyo aparcamiento estaba lleno de gente. Me temo que nadie habría notado nada.

—Ya entiendo —repuso Kate. Su expresión revelaba que estaba pensando febrilmente.

—Espero que Amelie aparezca pronto —deseó Chapland—. No quiero ni imaginarme por lo que estará pasando. Sin embargo, de verdad que no puedo ayudar. Estaba aquí con Kate.

—Es cierto —confirmó ella. El agua que le goteaba del pelo caía en el esponjoso albornoz.

«Se la ve distinta —pensó Caleb—. Más segura. Más relajada».

De algo estaba convencido: la sargento Kate Linville jamás mentiría por nadie, ni aunque estuviera locamente enamorada. Y menos en un caso como aquel. Si decía que Chapland se encontraba con ella, era verdad. El hombre era afortunado: no existía una coartada mejor que la palabra de una agente de Scotland Yard.

Entonces le sonó el móvil. En la pantalla apareció el nombre del sargento Stewart. Estaba nervioso.

—Jefe, hemos averiguado que Alex Barnes compró un coche. Lo registró el viernes de la semana pasada. Tenemos la matrícula y la marca, es un Renault. En otro orden de cosas, aún no ha regresado a su casa.

—Emitid una orden de búsqueda.

Kate le lanzó una rápida mirada y él se la devolvió sin decir una palabra. La sargento había adivinado de qué se trataba y estaba claro que tenía dudas.

Pero no importaba, aquel era su caso. Él era el responsable, y él detendría a Barnes.

Solo le faltaba atraparlo.

Martes, 14 de noviembre

Tenía frío. Muchísimo frío. Y un hambre espantosa.

Mandy intentó arrebujarse aún más en la manta, aunque se encontraba ya tan envuelta como una oruga en su capullo. El problema era que no podía utilizar el brazo derecho porque seguía encadenado a la pared. Por eso no podía subirse la manta hasta el cuello, el hombro siempre quedaba fuera y por ahí le entraba el frío en el cuerpo. Además, tenía el brazo entumecido y exangüe, apenas sentía los dedos. El izquierdo, en el que tenía la quemadura, le dolía y estaba ardiendo. Era la única parte caliente de su cuerpo, pero aquel calor resultaba alarmante. Los pinchazos que notaba eran señal de que la zona se había inflamado. Ya no quedaban vendas y el tubo de gel estaba casi agotado. Debía aplicárselo otra vez, reutilizando los vendajes. Sabía que una infección general acabaría con ella.

Había pasado un día y una noche enteros llorando. Ya no le quedaban lágrimas. Ni fuerzas. Ni siquiera para sentarse, apartar un poco la manta y cuidar la quemadura.

«¡Tienes que hacerlo! ¡Vamos!», la alentó una voz interior.

Gimiendo, se incorporó. La ventana enrejada que tenía enfrente carecía de postigos, por eso sabía cuándo era de día y cuándo de noche. En aquel momento, la oscura madrugada daba paso a la pálida luz de un día gris. Los objetos de la estancia iban saliendo de la oscuridad que los rodeaba. No descubrió nada nuevo, se lo sabía todo de memoria. Suelo de baldosas. Alfombras viejas. La ventana, con la pintura saltada. Doblando una esquina se salía a un pasillo, al final del cual se encontraba la puerta de entrada. Enfrente se abría otro pasillo en dirección contraria. Había dos sillones bajo la ventana y una estantería de media altura pegada a la pared que contenía varios libros muy manoseados. No llegaba hasta ella, y dudaba que le entraran ganas de leer. En su mayoría se trataba de novelas románticas, que no le gustaban nada porque contaban historias estúpidas de mujeres guapísimas y hombres heroicos. Aquello estaba tan alejado de su realidad (y no solo de la actual) que no la atraía para nada. Siempre intentaba encontrar en los libros alguna relación con su vida, aunque, la verdad, no leía mucho.

A su alcance tenía lo estrictamente necesario. El cubo para lavarse, vacío porque se había bebido el agua. El otro cubo. La botella de plástico, también

vacía. El envoltorio del sándwich. El tubo de gel.

Eso era todo, no había nada más. Bueno, sí: la ridícula estufa de propano del rincón, que llevaba días sin funcionar por falta de combustible. Hasta cierto punto eso la tranquilizaba, pues al menos sabía que no se produciría una explosión y todo ardería hasta convertirse en cenizas. Si debía elegir, prefería morir de frío o por una infección que perecer carbonizada. Esa idea la aterrorizaba.

En ningún caso quería morir. Y menos aún lenta y dolorosamente.

Al final se quitó la manta del hombro. Se detuvo un momento, esperando sentir aún más frío. Sin embargo, apenas notó la diferencia. Estaba helada hasta los huesos. Aquella estúpida manta no servía para nada.

Se alejó de la pared tanto como la cadena le permitía y cogió el tubo de gel. Después, lenta y trabajosamente, comenzó a retirar el vendaje, que se había quedado pegado. Le dolía bastante, y estar encadenada no facilitaba las cosas. ¿Por qué no podía moverse con libertad por la casa? Había rejas en las ventanas y la puerta estaba cerrada a cal y canto. Jamás conseguiría salir.

Tratar de atraer a alguien gritando no era más que una ilusión. A pesar de la oscuridad, la noche de su llegada se había percatado de que la casa se encontraba perdida en medio de la nada. Alrededor solo había una planicie pelada; al este había altos acantilados, con el mar debajo. Quizá pasara por allí algún sendero (casi toda la costa británica está plagada de ellos), pero era muy poco probable que hubiera caminantes en aquella época del año. Era un emplazamiento extraño para una vivienda, quizá había sido un lugar de descanso para excursionistas, un sitio en el que comprar un refrigerio. Seguramente, a la larga no había resultado rentable y por eso lo habían abandonado. Eso decía mucho de la cantidad de personas que pasaban por allí: poquísimas.

El brazo tenía muy mal aspecto. Descubrió por qué le había dolido tanto al quitarse el vendaje: porque la quemadura supuraba y las vendas se habían adherido al pus. Alrededor de la lesión, que ahora parecía más bien la herida de un mordisco o algo similar, la carne estaba roja, brillante e inflamada.

—Esto no puede ser bueno —murmuró.

Se aplicó algo de gel. En realidad necesitaba una pomada antibiótica, aquel simple alivio del dolor no serviría de mucho. ¿Cuándo había empeorado tanto? La quemadura era seria desde el principio, pero no habría tomado ese cariz si hubiera ido al médico para tratarla al menos una vez. En vez de eso, había pasado semanas vagando por las calles y en alojamientos de mala muerte, sin preocuparse demasiado del brazo. En ese sentido, el mejor

momento fue cuando vivió con aquel horrible Brendan Saunders. Aunque el tipo le ponía de los nervios, tenía un piso en condiciones donde podía ducharse, se ocupaba de la herida varias veces al día y le aplicaba unas pomadas que funcionaban. Pero al final llamó a la policía... Mandy pensó en las posibles consecuencias de aquella llamada: regresar a su casa, acabar en un centro de menores o marcharse con una familia de acogida. Todo, absolutamente todo, habría sido mejor que la situación en que se encontraba.

—Mamá —susurró—. Mamá, quiero volver.

Jamás había sentido algo así, nunca se le había pasado por la cabeza aquel pensamiento y, menos aún, lo había expresado en voz alta. Patsy Allard era todo lo contrario a una «mamá», por eso Mandy no recordaba ningún momento de su vida en que hubiera deseado su compañía y protección. Como su madre era incapaz de ofrecerle cualquiera de las dos cosas, no tenía sentido desearlas. Sin embargo, en aquella situación de vida o muerte, sabía que la ayudaría. Independientemente de su forma de ser, nunca abandonaría a su hija en una circunstancia como esa.

Se dispuso a colocar de nuevo el vendaje. Lograrlo con una sola mano ya era difícil, pero hacerlo con la otra encadenada suponía un esfuerzo jalonado de fracasos que consumía mucha energía. Además, las vendas estaban muy sucias, llenas de pelusas de la manta. Temía que al final aquello le hiciera más mal que bien.

Por fin consiguió sujetarlas. Se quedó quieta, agotada. Sus fuerzas disminuían de día en día, de hora en hora. Llevaba treinta y seis horas sin tomar nada, y la última comida había consistido en un mísero sándwich pastoso. El mayor problema era la sed. Con tal de calmarla habría sido capaz de beberse hasta los charcos. ¿Cuánto tiempo aguantaba una persona sin agua? No lo sabía, pero temía que no mucho. Aunque la atormentaba el hambre, eso era secundario. El verdadero motivo de pánico era la sed.

Tomó la botella vacía y se la llevó a los labios, resecos y agrietados. Intentó exprimirla, pero no salió ni una gota. En su frustración, sintió ganas de estrellarla contra la pared. Sin embargo, en el último momento, se refrenó y la miró con atención.

Volvió a plantearse lo que ya se había preguntado antes: ¿por qué estaba encadenada, si no había manera de escapar?

Entonces se dio cuenta de que estaba equivocada. En realidad era muy sencillo: la tenían atada porque, en algún sitio, había un modo de salir de allí. La casa no era tan hermética como parecía.

Eso significaba que debía librarse de la cadena y encontrar la forma de escapar.

Hacía algunos años había leído un libro de Stephen King en el que una mujer se encontraba más o menos en la misma situación que ella: esposada a una cama en una casa aislada. No la habían secuestrado, sino que se encontraba en su segunda residencia disfrutando con su marido de un apasionado fin de semana. Entre los diversos juegos se contaba el sexo con esposas, al que la protagonista accedía con reticencias y que a Mandy le pareció una perversión. En medio del encuentro al marido le daba un infarto y caía muerto junto a la cama, y ella se quedaba atrapada en aquella terrible situación. Y, además, medio desnuda.

«Bueno —pensó Mandy—. Parece que hay variantes peores que la mía».

En cualquier caso, la mujer conseguía alcanzar un vaso de agua y romperlo. Con una esquirra se desollaba literalmente la muñeca y, ayudada por la resbaladiza sangre, lograba deslizar una mano fuera de la esposa. Mandy ya no se acordaba de cómo terminaba la historia, pero lo importante era que al parecer el método funcionaba. Con lo que recordaba era suficiente: ella solo tenía una mano aprisionada.

Aunque no contaba con objetos de cristal a su alcance, tenía la botella de plástico y sabía que podía partirla en fragmentos cortantes. El plan era horrible y muy doloroso. Debía actuar con mucho cuidado para no cortarse una arteria. Además, tendría que encontrar el modo de abandonar aquella prisión lo antes posible, o corría el riesgo de desangrarse. A pesar de todo, no tenía nada que perder. Una voz le decía que no volverían a llevarle comida y agua. Moriría encadenada a aquella maldita pared. O lograría escapar. No había punto medio.

Contempló las esposas. Aunque tenía la mano pequeña, no había conseguido sacarla por más que lo había intentado. Sin embargo, no parecía faltarle mucho, era cuestión de milímetros. La idea de utilizar la sangre como lubricante podía funcionar.

Comenzó a morder el plástico de la botella.

«¡Hazlo mientras aún te quedan fuerzas!», pensó.

Miércoles, 15 de noviembre

1

Kate se encontraba en la cocina de David, envuelta en uno de sus jerséis. Se lo había echado por encima para no enfriarse mientras preparaba café. Era muy temprano, fuera aún estaba oscuro. La cocina daba a los jardines traseros de las casas situadas una calle más arriba. En dos o tres ventanas había luz. Por lo demás, todos dormían.

Messy entró en la estancia y se frotó contra sus piernas con un suave maullido. Como Kate no quería dejarlo solo, se lo llevaba cuando se quedaba con David, que era casi todas las noches. Le puso comida en el cuenco y lo contempló mientras la devoraba.

«Qué sensación tan maravillosa», pensó algo aturdida. Porque en lugar de «maravillosa» el adjetivo que le parecía más indicado era «increíble». «Hace nada estaba completamente sola. Y ahora tengo en mi vida un hombre y un gato».

Levantó los brazos y enterró la cara en la suave lana del jersey. Olía a David. A su gel de ducha, a su desodorante, a su loción para después del afeitado. Y a su piel. Le encantaría llevarlo siempre puesto.

Todo aquello era un milagro.

Estaba en aquella cocina preparando café para tomarlo en la cama con el hombre al que amaba. Después de haber pasado con él toda la noche. Y las noches anteriores.

Y eso le sucedía a ella, Kate Linville, que jamás había conseguido acercarse (y menos aún entusiasmar) a nadie. Ahora se encontraba descalza en aquella casa. Su vida había dado un vuelco en una semana. El mundo exterior continuaba su curso, como siempre, pero su propio mundo estaba patas arriba.

Messy se quejó y le puso más comida. Era tan feliz que deseaba contentar a todo el mundo, incluso a un gato glotón que pedía más desayuno.

«Tenías razón, papá —pensó—. Al final sucede. Al final ocurre el milagro. En el momento más inesperado, cuando ya no cuentas con ello. Cuando lo dabas por perdido».

Por supuesto, tenía miedo. A veces le parecía que todo era demasiado perfecto: lo bien que se entendían, lo similares que eran sus pensamientos y sentimientos. Cómo se abrían el uno al otro sin reservas. Cómo su historia evolucionaba sin complicaciones.

Se entregaba totalmente a él, en cuerpo y alma. Con la incondicionalidad de una mujer que se ha pasado la vida siendo cautelosa y desconfiada, sin sentir hambre de vivir. No obstante, en los oscuros momentos de duda, contemplaba la profundidad de sus sentimientos y se sentía casi mareada.

Además, había algo que la atormentaba: que David siguiera sin conocer su auténtica profesión.

Le resultaba muy difícil revelarle la verdad, a pesar de que en varias ocasiones había tenido buenas oportunidades para hacerlo.

«Por cierto, hay una cosa que quería comentarte: no soy periodista, sino sargento de la policía metropolitana de Londres. Trabajo de incógnito en el caso de las chicas desaparecidas y tú estás en mi lista de personas que quiero investigar...».

Unas cien veces al día se repetía que no era tan malo. Podía explicarle que no estaba autorizada a presentarse como policía porque el caso no era de su competencia, y las competencias eran siempre un tema delicado. Por supuesto, quizá él le preguntara por qué lo consideraba sospechoso, pero ella podría contestar que «sospechoso» no era la palabra adecuada. Él estaba implicado en la historia, y ella debía investigar a todos los implicados, sin ningún prejuicio previo.

Entonces, ¿por qué no le decía exactamente eso? Cada día que pasaba la cuestión se volvía más difícil. Sabía que él se disgustaría al enterarse, se sentiría engañado y se preguntaría si podía confiar en ella... Aun así, se echaba atrás cada vez que se lo planteaba. Y tenía muy clara la razón: por miedo. Sentía un miedo terrible a que algo cambiara entre ellos, a generar un asomo de enfado o un atisbo de incompreensión. Era consciente de que hasta las grietas más finas pueden agrandarse, y muy a menudo su aparición supone el principio del fin.

Lo había pasado fatal cuando, dos días atrás, Caleb se presentó en casa de David. Si en lugar de llamarla «Kate» la hubiera llamado «sargento» (como solía hacer en presencia de terceros), se habría encontrado en un buen lío. A David aún le habría sentado peor enterarse por otra persona de que la mujer con quien mantenía una relación no era quien él pensaba.

Por otra parte, existía el riesgo de que la buscara en internet. Rezaba para que no lo hiciera, ya que por la red circulaban abundantes noticias sobre el

asesinato de su padre. En casi todas se señalaba el destacado papel de su hija, «la sargento Kate Linville, de Scotland Yard».

Aun suponiendo que eso no sucediera, que David no fuera de esas personas que meten en Google a todo el mundo, ¿qué iba a ser de su relación? Ella debía regresar a Londres al final de la semana, cosa que le parecía imposible, porque ya no concebía la vida sin él. A la vista de esta nueva situación, la oferta de Caleb de optar a una plaza en el departamento de investigación criminal de Scarborough cobraba una nueva dimensión. Se lo estaba planteando seriamente. Pero no podía consultarlo con David (el causante de todo aquello) porque le había mentido sobre su profesión.

«Debo decírselo de una vez —pensó—. Lo antes posible. He tenido una suerte increíble de que no lo haya descubierto hasta ahora, pero el riesgo aumenta cada día y...».

—¿Dónde te metes? —David interrumpió aquellas reflexiones.

Ella se sobresaltó y se dio la vuelta. Lo encontró en la puerta, en *boxers* y camiseta, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados por la luz de la cocina. Sonreía.

—Dijiste hace una eternidad que ibas a hacer café, ¿te acuerdas?

Le devolvió la sonrisa.

—Perdona, me he quedado aquí pensando...

Él la miró con atención.

—Pareces preocupada. ¿Pasa algo?

Ella inspiró profundamente. Era la ocasión. No podía dejarla escapar, esta vez no. Todavía no era demasiado tarde, quizá aún lo comprendiera.

—David, tengo que contarte algo —comenzó. Y en ese momento sonó su móvil, que había dejado la noche anterior en la mesa de la cocina.

—¿Qué?

El aparato seguía sonando con insistencia, enloqueciendo a Kate. De pronto, el valor que sentía segundos atrás se desvaneció.

—Déjalo, no es nada importante —contestó de prisa, y descolgó. Era Colin, muy resentido porque no había contestado ninguno de sus mensajes.

—¿Qué pasa? —preguntó de malos modos, sin disculparse por llamar tan temprano—. ¿Es que no te llegan mis mensajes? ¿He hecho algo que te ha molestado?

Kate inspiró profundamente por segunda vez en menos de un minuto. No tenía una relación con él, desde luego que no, pero se habían conocido por medio de un portal de citas y, de alguna manera, se sentía obligada a

explicarle que su situación sentimental había cambiado. Resultaba evidente que estaba interesado en ella, lo correcto era decírselo.

—Escúchame, Colin, tengo que contarte algo —dijo. También por segunda vez en menos de un minuto.

«Una mañana de locos —pensó—. Una vida de locos».

2

Las casas de la calle Queen's Parade, en la bahía norte de Scarborough (cuyos habitantes pagaban las espectaculares vistas al mar con la continua humedad de los muros), resultaban en aquel día nublado y gris aún más tristes que la oscura tarde en que Kate las visitó por primera vez. Hacía justo una semana, aunque, debido al gran cambio que había experimentado su vida, a ella le parecía como si hubiera transcurrido un año completo.

A la luz del día, el lamentable estado de abandono saltaba a la vista. Había muchos pisos vacíos, sin cortinas en las ventanas y sin muebles. El enlucido de las fachadas se desconchaba. Los jardines delanteros estaban yermos, sin árboles ni arbustos, porque nadie se ocupaba de ellos. Solo ante la vivienda de Ryan crecían algunas plantas enjutas, que quizá en primavera y verano dieran alguna flor. A lo mejor en abril surgía de la tierra algún narciso, al menos eso esperaba Kate. Aunque bien poco podían hacer unas pocas plantas contra la desolación imperante.

David se había marchado a la oficina después de que ella le hablara de Colin mientras se tomaban el café en la cama. Por supuesto, él deseaba saber quién la llamaba a aquellas horas, aunque durante su conversación había abandonado discretamente la cocina. Kate le contó su amistad con aquel hombre, omitiendo que había comenzado en una web de citas. Se limitó a decir que lo había conocido en el transcurso de una investigación. David no tenía por qué saber lo necesitada que estaba antes de que sus caminos se cruzaran.

Una voz interior le había reprochado: «¡Otro embuste! No puede ser, mientes demasiado».

Por suerte, David nunca conocería a Colin (quien, por cierto, había colgado muy ofendido). Al menos por ese lado no había peligro.

Entre tanto, David parecía haber olvidado que se disponía a contarle algo cuando le sonó el móvil. Por el momento había eludido el problema, cosa que

en absoluto mejoraba la situación.

Acordaron que a mediodía pasaría a recogerlo por la oficina para tomar algo ligero en el puerto. Para la noche, él la había invitado a cenar en Giannis, el mejor italiano de la ciudad.

«Lo haré entonces —se prometió—. Con vino y velas. ¡De una vez por todas!».

Hasta que llegara el momento, decidió continuar sus averiguaciones. Quedarse sin hacer nada no le sentaba bien. Además, seguía convencida de que Caleb se equivocaba al no considerar el caso de Hannah Caswell. Ella presentía que el extremo de la maraña se encontraba allí. Se le había ocurrido una idea, por eso quería entrevistarse de nuevo con el padre de la chica.

Como el portal estaba abierto, pudo subir sin problemas los dos tramos de escaleras hasta su piso. La puerta tenía la pintura saltada, en el aire flotaba el omnipresente olor a moho y humedad. De fuera llegaban los chillidos de las gaviotas.

Ryan Caswell solo abrió la segunda vez que llamó al timbre. Al principio la miró con extrañeza, luego pareció recordarla.

—Es la periodista, ¿no?

—Sí, Kate Linville. ¿Podría dedicarme algo de tiempo?

Él sonrió con tristeza. Era un hombre brusco y amargado, pero en determinados momentos salía a la luz el profundo dolor que se escondía tras sus desagradables maneras. Ryan Caswell se encontraba muy solo.

—Tiempo tengo —contestó—. Pero no sé si tengo ganas de conversación.

No obstante, la condujo hasta el salón. Tras las ventanas se extendía el mar, gris como el cielo de aquel día.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

Más por curiosidad que por su relación con el caso, Kate preguntó:

—¿Continúa trabajando, señor Caswell?

Aunque no era un jovencito, tampoco parecía tan mayor como para haberse jubilado. Él negó con la cabeza:

—Primero trabajé de conserje en distintas instituciones y después estuve casi quince años en una empresa de limpieza de fachadas. Pero desde que la artrosis empeoró, no puedo moverme mucho. Percibo una pensión de jubilación anticipada y recibo alguna renta del dinero que obtuve por la venta de la casa de Staintondale, lo tengo bien invertido. No es mucho en total, pero basta para ir tirando.

«Y claro, estás totalmente solo», pensó Kate. Pero no comentó nada; al fin y al cabo, aquel aspecto de su vida no era de su incumbencia.

Como el hombre no le había ofrecido sentarse (seguro que para intentar que la conversación fuera corta), se encontraban frente a frente en la corriente que dejaban pasar las ventanas.

—Verá, tengo una pregunta sobre la tarde de la desaparición.

Un leve temblor le sacudió la boca.

—Usted dirá.

—Hannah había visitado a su abuela en Kingston upon Hull. ¿Se trataba de su madre o de la madre de su mujer?

—De mi madre.

—¿Vive aún?

—Así es.

—¿La interrogó la policía?

—Sí, aunque no aportó ningún dato relevante. Se limitó a confirmar que Hannah había salido sobre las cinco para tomar el tren de Scarborough.

—¿Y después de eso ya no volvió a verla?

—No... —Dudó un segundo, y después añadió—: Al principio sospeché que mi madre la había escondido en su casa. Pero no fue así.

—¿Por qué pensó eso?

—Hannah llevaba semanas rogándome que la dejara quedarse todo el fin de semana, de viernes a mediodía a domingo por la noche. Por supuesto, eso no podía ser.

—¿Por qué no? —se le escapó a Kate. Se apresuró a disculparse—: Perdón si la pregunta es...

—Lo es —la interrumpió—. Es una pregunta fuera de lugar.

—Discúlpeme, es que... Bueno, no importa. Como me decía, pensó que su madre quería quedarse con Hannah todo el fin de semana.

—Era una posibilidad. No porque mi madre hubiera hecho nada parecido antes, pero se sentía sola y le habría encantado disfrutar más de su nieta. Y, para mí, era la mejor opción. Durante cierto tiempo me aferré a la esperanza de que estuviera escondida en Hull, porque cualquier otra cosa... en fin, era mucho peor.

—Y después se enteró de que Kevin Bent la había llevado a Scarborough.

La boca del hombre se convirtió en una línea fina y dura.

—Exacto. Y entonces lo tuve todo claro.

En ese punto no había nada de qué hablar. Ryan estaba firmemente convencido de que Kevin Bent era el culpable.

—¿Cree usted que podría entrevistar a su madre? —preguntó ella.

Se quedó asombrado.

—¿Para qué?

—Bueno, para hacerme una idea mejor del día en que su hija desapareció.

—Puede intentarlo. Vive en una residencia en Hull. A ratos se encuentra muy confusa, pero tiene momentos de lucidez. Si la pillas en uno de esos momentos...

—Me gustaría probar. ¿Me daría la dirección?

Él se acercó a un mueble, sacó una tarjeta y se la tendió.

—Aquí está todo.

«Trescott Hall. Residencia para mayores. Kingston upon Hull», leyó Kate. Seguían la dirección exacta, el número de teléfono, el correo electrónico y la página web.

—Muchas gracias, señor Caswell —dijo, metiendo la tarjeta en el bolso—. Espero no volver a molestarle.

—Está bien —gruñó.

Por solo que estuviera, el contacto humano no parecía agradaarle mucho. Se apresuró a acompañarla a la puerta y la cerró de un portazo sin despedirse. Ella se quedó en el rellano.

«Qué hombre más difícil y antipático —pensó—. No tiene mal fondo, pero dan ganas de echar a correr».

Kevin afirmaba que Ryan controlaba y limitaba muchísimo a su hija, y ahora estaba de acuerdo con él. Por eso consideró de nuevo la opción de que Hannah hubiera aprovechado la oportunidad para huir. Sin embargo, no parecía ese tipo de chica, era aniñada y tímida. Además, en su momento se demostró que intentó varias veces localizar a su padre, llamándolo a su móvil y al fijo de casa. ¿Hacía eso una chica que planeaba desaparecer para siempre?

También recordó que Hannah se había alegrado muchísimo por la invitación para la inauguración del pub, tanto que enseguida se lo contó a su mejor amiga. Kevin no lo había dicho muy en serio, pero ella estaba eufórica, emocionada, no cabía en sí de alegría. Si tantas ganas tenía de ir, ¿cómo es que al momento siguiente se fugaba?

«Debería hablar también con la amiga», pensó Kate.

Superando sus propias reticencias, volvió a pulsar el timbre de Ryan Caswell. Se oyeron pasos arrastrados y luego se abrió la puerta.

—¿No decía que no volvería a molestarte? —preguntó secamente.

Aunque ella le sonrió, su dura expresión no cambió un ápice.

—¿Sería tan amable de darme la dirección de la mejor amiga de Hannah? A la que llamó para contarle la invitación de Kevin.

—Se llama Sheila Lewis. Lo demás, averígüelo usted misma con la guía telefónica —contestó, cerrando la puerta.

3

A media tarde, el sargento Robert Stewart recibió una llamada informando de que una patrulla había localizado el coche en las inmediaciones de Manchester y había podido seguirlo. Al parecer, el vehículo y sus ocupantes se encontraban en una bocacalle de la calle Ringway Road, cercana al aeropuerto.

—¿Ocupantes? —se aseguró—. ¿Había más de una persona?

—Un hombre y una mujer —concretó el compañero.

—¿Una mujer? ¿O una chica muy joven?

—De lejos no pudimos distinguirlo.

Aquella calle se encontraba muy próxima a Car Rental Village, el lugar en el que las empresas de alquiler de vehículos tenían su parque móvil y desde donde ofrecían transporte exprés al aeropuerto. En ella había una especie de motel, ante el cual se apearon el conductor del coche, presuntamente Alex Barnes, y su acompañante.

—¿Están los dos en una habitación? —preguntó Stewart.

—Sí. Nosotros nos encontramos al otro lado de la calle. Han aparcado en el camino de acceso.

—De acuerdo. Esperen órdenes. No pierdan de vista el vehículo.

Acudió enseguida a informar a Caleb, quien se puso en contacto con el comisario jefe de la Greater Manchester Police.

—Ese hombre es peligroso —advirtió—. Creemos que tiene a una chica de catorce años. La ha secuestrado y no dudará en utilizarla como escudo humano.

Mientras decía aquello, se preguntó por qué Barnes se paseaba por ahí con Amelie en el coche. Era lógico que la policía estuviera buscándolo, era exponerse a un riesgo absurdo.

—¿Va armado? —preguntó el comisario de Manchester.

—Lo ignoramos. Pero es posible.

El hombre suspiró.

—Es muy arriesgado intervenir. La habitación es pequeña y con recovecos, hay una pequeña cocina y un baño. Las cortinas están corridas, no

podemos ver dónde se encuentran los individuos. Si ese tipo tiene en su poder a una niña y va armado... —se interrumpió. Estaba claro que encontrarse con aquella situación en su jurisdicción le apetecía tan poco como un dolor de muelas.

Caleb no paraba de darle vueltas a la cabeza. Había que pensarlo bien. Suponiendo que se tratara de Amelie, ¿qué le estaba haciendo Barnes? Quizá amenazaba su vida y debían rescatarla lo antes posible. Sin embargo, si se producía un tiroteo, la expondrían a un peligro aún mayor. Lo más seguro era esperar a que salieran, cosa que podría suceder al día siguiente. Entonces llevarían a cabo una intervención rápida en la calle.

«¿Y si mientras tanto la mata? Primero se divierte con ella y después se larga dejando su cadáver tirado en la cama», pensó.

Todo eso mientras la policía aguardaba al otro lado de la calle. Solo de imaginarlo se ponía malo.

¿Cómo de violento era Barnes? ¿Sería él quien dejó morir de hambre a Saskia Morris? Recordó lo que pensó en su momento: sin duda era una forma brutal de matar, pero resultaba completamente pasiva. Si había sido Barnes, no encajaba que ahora estrangulara, apuñalara o le descerrajara un tiro a Amelie.

Aunque no podían descartar que se sintiera acorralado. Que quisiera librarse de ella como fuera.

«Pero entonces, ¿por qué estaba viva aún?».

—Es una situación complicada... —su interlocutor interrumpió sus reflexiones. No pensaba tomar la decisión por él.

—¿Puede enviar un equipo armado? —inquirió Caleb.

La policía de Manchester había logrado muy buenos resultados con su equipo de operaciones especiales, formado hacía poco tiempo.

—Puedo, pero...

Entonces no lo dudó.

—Pues que entren. La chica corre peligro. Hay que intervenir ya.

—De acuerdo —contestó el comisario. Aunque no lo expresó, su posterior silencio decía bien claro: «Bajo su responsabilidad».

El sargento Stewart, que había permanecido junto a su escritorio durante toda la conversación, asintió.

—¿Intervención? —preguntó.

Aunque Caleb deseaba consultarle si le parecía la decisión adecuada, se contuvo. Había actuado siguiendo un instinto y, transcurridos tan solo unos

segundos, su certeza se había disipado. Por eso ahora todo le resultaba tan difícil: porque había perdido la seguridad con la que antes tomaba decisiones.

Esperaba no estar cometiendo un gravísimo error que le costara la vida a una niña de catorce años.

—Salimos ahora mismo para Manchester —anunció—. Quiero estar sobre el terreno.

—Muy bien —repuso Stewart—. Voy a buscar mi abrigo.

Abandonó el despacho, y Caleb se alegró.

Tenía una botella en el cajón.

Necesitaba un gran trago.

4

Kate solo había visitado el Giannis una o dos veces en su vida. Se alegraba mucho, porque así se aseguraba de que nadie la conocía, y con suerte no surgirían imprevistos, como que alguien revelara a David quién era ella en realidad. Pensaba decírselo esa misma noche.

De acuerdo, había esperado mucho. Pero confiaba en que no fuera demasiado tarde.

El edificio de piedra situado en Victoria Road estaba adornado con guirnaldas luminosas. Las velas ardían en el interior. Kate y David se acomodaron en la primera planta, cada uno con una copa de prosecco. Olía a deliciosa pasta. En la mesa de al lado, un grupo de señoras se intercambiaba regalitos. Tras observarlas, David preguntó:

—¿Qué vas a hacer en Navidad? Sé que aún falta un poco, pero...

Ella tomó un sorbo de vino y contestó con otra pregunta:

—¿Qué vas a hacer tú?

Él se rio.

—¡Ah, no! Yo he preguntado primero.

—Antes siempre venía a visitar a mi padre. Desde que no está, me quedo sola.

—Yo también suelo pasar las fiestas solo, salvo que justo en ese momento tenga una relación.

—¿Y no te resulta difícil?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, me dedico a trabajar. También procuro cocinar, pasear por la playa... No está tan mal.

—En Londres no tenemos playa, es una pena.

David jugueteó con su copa.

—¿Por qué no vienes estas Navidades?

Se esforzó para no parecer ansiosa.

—Si la casa aún no se ha vendido podría quedarme allí y...

—Me refiero a que te quedes conmigo.

En realidad, Kate ya pasaba la mayor parte del tiempo con él, pero por alguna razón las fiestas le parecían problemáticas. Tan cargadas de emociones y expectativas...

—Bueno, tendríamos que hablarlo.

Él tomó un trago y sonrió. Cuánto le gustaba aquella cálida sonrisa. No le gustaba: le encantaba. Amaba a aquel hombre. Amaba lo que había hecho con su vida, con ella misma. El futuro prometedor que parecía posible.

«¡Ten cuidado!», le advirtió una voz interior. «¡Ten mucho cuidado!».

—David, yo... —comenzó, decidida a confesarle quién era y por qué le había mentado durante tanto tiempo.

Pero él había empezado a hablar justo a la vez:

—Anteayer me dio la sensación de que conoces bien al comisario. ¿Sois amigos?

—Amigos es mucho decir, aunque nos conocemos bastante. La investigación del caso de mi padre fue... A nivel emocional fue muy intensa para mí. Él la llevó a cabo de manera muy respetuosa, por eso me cae bien.

—Pues sería la fuente de información perfecta para tu reportaje. Es quien más sabe del caso, de cómo avanzan las cosas.

Kate se rio.

—Pero no me lo cuenta todo. No debe hacerlo.

Eso no era exactamente así. Lo cierto era que Caleb compartía con ella muchos datos porque era policía y no periodista. Pero Kate ya no sabía cómo intentar abordar de nuevo su confesión.

—Seguro que has intentado sacarle algo. ¿Sigue siendo Alex Barnes el principal sospechoso?

—La verdad es que no lo sé.

—Me sorprendió que el comisario viniera a verme. Me sentí tan... pues eso, sospechoso.

—Estarán interrogando de nuevo a todos los implicados. Así funcionan las investigaciones: se interroga a todo el mundo una y otra vez esperando

encontrar algún indicio que haga avanzar el caso.

—Sabes mucho de métodos policiales. Se nota que llevas mucho tiempo...

«Ahora —se dijo Kate—. Ahora o nunca».

—David, yo...

—¿Sabes qué? Me alegro de que tu relación con el crimen sea solo como periodista. No me gustaría que fueras policía.

Sintió que se le paraba el corazón.

—Pero... ¿por qué? Es decir... —Intentó parecer relajada, aunque no lo conseguía mucho—. ¿Tienes algo en contra de la policía?

Él se llevó la copa a los labios y reflexionó un momento.

—Pues no sé... Creo que en esto soy un poco inmaduro. Los polis eran los adversarios, en las manifestaciones y cosas así. Siempre me metía en líos con ellos.

Kate se esforzó por mantener la calma.

—¿Te enfrentabas a la policía? ¿Eras de esos?

Él se rio.

—Era muy joven. Pero no te voy a engañar: sí, era de esos.

Se encontraba ante el momento perfecto para reírse con él y explicarle que, aunque no lo creyera, llevaba varios días saliendo con una agente y debía reconocer que no era tan malo. Tenía la intuición de que la situación se podía reconducir con humor e ironía, pero había un gran problema: el humor y la ironía se le daban fatal. Era demasiado seria, tímida y cuidadosa. Y, en aquella circunstancia concreta, demasiado miedosa. De hecho, estaba muerta de miedo.

«¿Qué voy a hacer si me deja ahora?», se preguntó.

Antes o después tendría que decírselo. Plantearse un futuro con él y ocultarle su verdadero trabajo eran dos cosas incompatibles. Se sintió como una niña pequeña que cierra los ojos y cree que los demás no la ven.

Aun así, no lograba abrirlos y dar el paso decisivo.

—Y luego sucedió lo del carnet de conducir —continuaba David—. Fue espantoso, estuve meses sin coche. Me sentía casi un minusválido.

A riesgo de sonar regañona, le contestó:

—¿Y qué esperabas? Ibas conduciendo a pesar de que habías bebido. Pusiste en riesgo la vida de otras personas.

—Lo sé, lo sé. Me lo busqué yo solito, los agentes solo hacían su trabajo. Pero bueno, digamos que eso no mejoró mi opinión de la policía. —Estiró la mano para tomar la de ella—. Estás helada, ¿tienes frío?

En el restaurante la calefacción estaba muy alta, pero el frío de Kate surgía de su interior.

—No lo sé. A lo mejor me estoy resfriando.

—Hablemos de cosas más agradables —propuso él—. ¿Cómo te ha ido la tarde? ¿Has visto a esa chica? No recuerdo cómo se llama...

«Hablemos de cosas más agradables. No tan desagradables como la policía», pensó Kate para sus adentros.

—Sheila —repuso—. Se llama Sheila.

—Eso. La amiga de aquella chica desaparecida.

—De Hannah Caswell, sí. Fue la última en hablar con ella, por el móvil.

La había encontrado en la guía telefónica, seguía viviendo con sus padres. Dejó el instituto a los dieciséis e hizo una formación profesional de peluquería. Trabajaba en un salón de belleza en la zona peatonal, pero la encontró en casa porque sufría un terrible catarro. La vivienda se encontraba cerca de la estación.

Sheila era un buen ejemplo de algo que Kate había observado con frecuencia en sus años de ejercicio: la perturbación y fragilidad que aquejan a las personas que, de un modo u otro, se ven relacionadas con un crimen. Como si nunca, o solo con muchas dificultades, fueran capaces de recuperarse de ese desgarramiento de la normalidad. La joven la había guiado al salón. Llevaba el pelo enmarañado, un pañuelo arrugado en la mano y zapatillas de felpa. Su madre les preparó un té.

—Ryan Caswell destrozó la vida de mi hija —le contó la madre a Kate—. Le reprochaba sin cesar que no hiciera nada después de la llamada: avisarnos, avisarlo a él, alertar a la policía... qué sé yo. La culpaba constantemente. La cosa se puso tan mal que tuvimos que conseguir una orden judicial que le prohibiera cualquier contacto. A día de hoy no puede acercarse a ella ni llamarla.

También Kevin Bent había solicitado una orden de alejamiento. Al parecer, el padre de Hannah se había dedicado a lanzar sin freno acusaciones e imputaciones.

Kate decidió relatarle aquella entrevista a David. Le alegraba poder cambiar de tema, aunque notaba un nudo en el estómago.

—Lo malo es que Sheila realmente se siente culpable por no haber avisado a nadie. Aunque, lógicamente, no podía saber que su amiga corría peligro. A diferencia de Ryan Caswell, no consideraba a Kevin un psicópata. Por otra parte, por lo que ella sabía, Hannah había llegado sana y salva a la

estación de Scarborough y el chico había seguido su camino. No había razón para alertar a nadie.

Sin embargo, resultó que esos sentimientos de culpa hundían sus raíces en su reacción ante aquella llamada.

«Me moría de la envidia —había confesado, rompiendo a llorar— porque Hannah tenía una cita con Kevin. Iba a llevarla a la inauguración de un pub. ¡El mismísimo Kevin! Es muy guapo, ¿no le parece?».

A Kate le había resultado simpático y sí, desde luego atractivo. Aunque no era su tipo: demasiado joven e inmaduro.

«Sí que es guapo», contestó.

«Cualquiera habría dado lo que fuera por una cita con él. ¡Y Hannah lo había conseguido! Ella, que era tan... poquita cosa. Al colgar pensé... pensé...». Sollozó con más fuerza.

«¿Qué pensaste?».

«Que ojalá surgiera algún problema, que sucediera algo y no pudiera ir. Y eso fue justo lo que pasó: que nunca pudo ir... Pero yo no quería... jamás deseé... que le hicieran nada. ¡De verdad que no! Eso ni se me pasó por la cabeza...».

«Pues claro que no. A esa edad es normal sentir celos. Créeme, tú no tienes la culpa de lo que pasó». Trató de consolarla.

Desde ese momento la joven no había parado de llorar. La conversación posterior resultó muy difícil y entrecortada. David preguntó:

—¿Y has sacado algo en claro?

Entre tanto les habían servido la cena. Kate se obligó a tomar unos bocados. Su estómago se rebelaba. Tenía la sensación de haber cometido un error terrible, pero sentía demasiado miedo para corregirlo.

Se esforzó para concentrarse en lo que estaban diciendo.

—Bueno, algunas cosas sobre Hannah, aunque solo reafirman la idea que ya tenía de ella. Sheila descarta por completo que se fugara. Sufría porque su padre la controlaba mucho, pero era demasiado asustadiza como para tomar una decisión de ese tipo. Coincide con lo que ya me habían contado.

David asintió, pensativo.

—Pues eso no es bueno porque, claro, reduce las posibilidades de que siga viva. Si fue secuestrada hace ya tantos años...

—Yo pienso lo mismo, me extrañaría muchísimo que esto acabara bien. Por cierto, Sheila no comparte la opinión de Ryan Caswell de que Kevin sea el asesino. No lo conoce mucho, pero no le parece el tipo de persona que hace algo así.

—A mí tampoco —contestó él. Como Kate lo miró sorprendida, añadió —: En los últimos años he comido infinidad de veces en su pub, él sirve las mesas y su hermano se encarga de la cocina. Siempre me ha parecido amable y servicial y... —Hizo un gesto con la mano cuando ella abrió la boca—. Ya lo sé, ya lo sé: también las personas amables pueden hacer cosas horribles. Pero ¿Kevin? No sé, es un tipo muy atractivo y con mucho encanto. No creo que necesite ir por ahí secuestrando chicas, con un chasquido de dedos puede tener las que quiera.

—Bueno, a mí se me ocurren algunas posibilidades. Te pongo un ejemplo: cuando regresó a buscarla, Hannah se subió al coche y consintió libremente que se acostaran. Pero después él fue consciente de que solo tenía catorce años y de que lo metería en problemas muy serios si se dedicaba a presumir con sus amigas. Esa podría ser una razón para matarla. Aunque, si me preguntas, a mí tampoco me parece un asesino, no creo que dé el perfil.

David la observaba, muy pendiente de sus palabras.

—¿Ves? A eso me refería antes. Imagina alguien sin malas intenciones. Pero le sucede algo, da igual qué, por ejemplo que empiece una relación con una menor. No está bien, claro que no, pero ese tipo no es un criminal. Sin embargo, la ley, el orden y la sociedad lo ponen entre la espada y la pared, en una situación en la que... en fin, termina haciendo algo que en condiciones normales jamás haría. Y entonces sí que se convierte en un criminal. Son la ley y sus defensores quienes lo han empujado a eso.

—Creo que en este punto tenemos opiniones muy distintas —repuso ella. Después apartó el plato—. No puedo tomar nada más.

—Pero si apenas lo has tocado.

—Lo siento mucho, no es por la comida. De verdad que no puedo...

La miró con preocupación.

—Espero que Sheila no te haya contagiado.

—No sé, no creo que se transmita tan deprisa. Solo hace unas horas que estuve con ella.

—Vámonos a casa y te metes en la cama. Te preparo un té y te caliento los pies. ¿Sabes qué? Me parece que darle tantas vueltas a todo esto no te hace ningún bien. Empatizas demasiado con los afectados, no consigues marcar las distancias. Eso habla muy bien de ti, pero al mismo tiempo te hace daño.

Kate se preguntó si tendría razón. Efectivamente, aquella historia le pesaba. Sin embargo, en ese momento sus verdaderas preocupaciones eran David y su relación. Las cosas que, por su culpa, iban mal entre ellos.

No quería perderlo. No quería perder para siempre aquella vida fantástica en la que un hombre le sonreía tras la llama de una vela y le prometía prepararle té y masajearle los pies. Nadie la había cuidado nunca, exceptuando su madre cuando era pequeña y, un poco más adelante, su padre. Ahora le resultaba maravilloso, era como regresar al hogar, a su propia existencia, a sí misma. Lo mejor era la sensación de que todo estaba en orden: el mundo, la gente, ella. Se veía a través de los ojos de David y, por primera vez desde la edad adulta, se sentía conforme consigo misma.

—De acuerdo, vámonos. Seguro que solo necesito dormir, mañana lo veré todo de otra forma.

Era muy consciente de que eso no era cierto. Pero de momento solo deseaba dormir y olvidarse de todo.

Jueves, 16 de noviembre

1

Aunque pasaban diez minutos de la medianoche, para Caleb Hale podría haber sido pleno día. Se sentía muy despierto, extraordinariamente lúcido. La adrenalina le corría por las venas. Se encontraba en una pequeña habitación del motel en el que, unas horas atrás, una unidad de asalto de la policía de Manchester había reducido a Alex Barnes y liberado a Amelie Goldsby.

Aunque el término no era el adecuado, puesto que Barnes iba desarmado y no ofreció ninguna resistencia. En ese sentido, no podía decirse que lo hubieran «reducido». Se había entregado al instante, aterrorizado por la repentina intrusión de un grupo de hombres vestidos de negro y armados hasta los dientes.

Como se descubrió poco después, tampoco la palabra «liberación» era la más idónea para el caso de Amelie. Dormía plácidamente junto al joven y se abrazó a él gritando de miedo cuando los policías asaltaron el dormitorio. La reacción podía resultar comprensible por el sobresalto. Sin embargo, cuando los separaron para ponerla a salvo, no paró de rogar que los reunieran otra vez y se echó a llorar.

—Quiero ir con él —sollozaba—. Por favor, quiero estar con él.

Se encontraba con Caleb en la pequeña habitación que el atribulado dueño del motel había puesto a su disposición. En el momento del asalto no llevaba ropa, la habían envuelto a toda prisa con una manta; después tuvo ocasión de vestirse. Pálida y delgada, tiritaba hecha un ovillo en un gran sillón y se acurrucaba en el jersey. El comisario, que había subido la calefacción al máximo, se quitó la chaqueta porque se sentía como si lo abrasara un sol meridional. La chica, en cambio, no paraba de temblar. Seguramente sufría un *shock*. Ya la había examinado un médico, que le había administrado algo para calmarla, pero no parecía hacerle mucho efecto.

—Tus padres están de camino —le dijo—. Y también la sargento Helen Bennett, ya la conoces. A lo mejor quieres esperar a que estén todos aquí para contar lo que... bueno, lo sucedido.

Hasta ese momento Amelie no había contestado a ningún comentario del comisario. Entonces levantó la cabeza y lo miró por primera vez.

—No. No quiero hablar con mis padres.

—¿Cómo que no?

Parecía que intentaba desaparecer dentro del jersey.

—No quiero verlos.

—Llegarán enseguida, ellos querrán verte a ti.

Empezó a llorar de nuevo.

—¡No! —sollozó—. ¡Por favor, no!

Caleb se inclinó hacia ella.

—Amelie, ¿qué hay entre Barnes y tú?

—Quiero ir con él.

—¿Te secuestró en la gasolinera?

—No.

—¿Entonces?

—Lo llamé yo cuando me escapé.

—¿Lo avisaste tú?

—Sí.

—¿Y qué pasó después?

—Fue a recogerme.

Desde que la había oído implorar que la llevaran con el joven, un pensamiento se había ido formando en la cabeza de Caleb. Un pensamiento al que se había resistido, pero que ahora se perfilaba con toda claridad. Y que devolvía toda la investigación y muchas de las conclusiones al punto cero.

Con precaución, pero cargado de expectativas, aventuró:

—Alex Barnes y tú... os conocéis desde antes del rescate.

Aunque no contestó, ella asintió de forma casi imperceptible.

—Hace tiempo que mantenéis... una relación.

Ella volvió a asentir y lo miró a los ojos.

—Sí. Estoy enamorada de él.

—¡Tiene treinta y un años y tú catorce! —Al momento se mordió la lengua. Aquello no era un argumento para Amelie, que no podía ni imaginarse lo que eso significaba.

—Le amo —insistió.

—De acuerdo, vale...

Reflexionó un momento. Alex Barnes era un auténtico cabrón que se acostaba con una adolescente a la que había reducido a un estado de absoluta dependencia. Sin embargo, todo parecía indicar que no era un secuestrador ni

un asesino. Esto tenía una consecuencia fundamental: si las cosas eran como Caleb empezaba a imaginar, el caso de Amelie Goldsby no tenía ninguna relación con el de Saskia Morris.

—Nunca has estado secuestrada, ¿verdad? Tampoco en octubre.

De nuevo el leve movimiento de cabeza.

Caleb lanzó un gran suspiro y pensó: «Joder, joder, joder».

—No quiero ver a mis padres —repitió la chica, en voz más baja.

—¡Pues tendrás que verlos!

Sabía que la respuesta había sido muy brusca, pero apenas lograba reprimir su furia. De acuerdo, la chica no estaba bien y solo tenía catorce años, pero había participado en un juego siniestro. Llevaba semanas mintiendo a la policía y a sus padres. Además, por su culpa, la búsqueda del asesino de Saskia Morris había transcurrido por caminos erróneos.

—La descripción que nos diste... ¿te la inventaste?

Asintió.

—Os habéis metido en un lío muy grave. Tu novio bastante más que tú, por acostarse con una menor de dieciséis años. No puedes ni imaginarte la que se le viene encima.

El miedo se reflejó en los ojos de Amelie.

—¿Irá a la cárcel?

—Claro que sí.

Por suerte. En aquel momento lo que más deseaba Caleb era ver a Alex Barnes entre rejas.

—¿Cuándo os conocisteis?

Notó que la chica dudaba un momento, pero al final debió de pensar que cooperar mejoraría su situación.

—Hace casi un año, en enero.

—¿Dónde?

—En el acuario Sea Life Sanctuary, encontré un empleo de fin de semana. Él trabajaba allí.

—¿Y cuánto lleváis juntos?

—Desde febrero.

Caleb volvió a suspirar. Aquel tipo no se andaba con rodeos.

Entonces se oyeron voces y pasos apresurados por el corredor, y poco después se abrió la puerta y aparecieron los padres de Amelie. Enseguida entró Helen Bennett, que parecía que la acababan de sacar de la cama: debía de haberse vestido a oscuras, porque llevaba un pantalón verde y un jersey

amarillo; la combinación hacía daño a la vista. Tenía el pelo totalmente desgreñado.

Por el contrario, el matrimonio no se había acostado. Tras la nueva desaparición de su hija ni se habían planteado dormir. Estaban agotados, pálidos, con la piel casi grisácea. Caleb se preguntó si aquella adolescente perturbada y cruel sería mínimamente consciente del dolor que les había causado.

—¡Amelie! —chilló la madre.

Corrió para abrazarla, pero ella se acurrucó aún más en el sillón, con tal gesto de rechazo que Deborah dio un paso hacia atrás.

La miró con asombro y después se giró hacia Caleb:

—¿Va todo bien?

—Su hija está sana y salva —repuso este—. Pero eso es lo único que va bien.

Jason revisó la habitación con ojos enloquecidos, como si esperara descubrir a Barnes en cualquier rincón.

—Ha sido él, ¿verdad? La tenía aquí escondida. ¿Qué pretendía?

—Ha sido Barnes, sí. Pero no es lo que usted imagina —lo interrumpió el comisario.

—¿Cómo que no?

—Lo mejor será que Amelie nos cuente toda la historia. ¿Quieren llamar a un abogado?

Lo miraron estupefactos.

—¿Un abogado? —repitió Deborah, como si no comprendiera la palabra.

—Su hija está en serios problemas. Mi obligación es recordarles su derecho a...

Esta vez fue Jason quien lo interrumpió:

—No queremos un abogado. Exijo saber ahora mismo lo que ha sucedido. ¡Ahora mismo, joder! ¿Qué ha pasado?

2

Con el transcurso de los acontecimientos, Alex Barnes había abandonado hasta cierto punto su actitud provocadora y arrogante. Aquella mañana se encontraba frente a Caleb Hale en la central de Scarborough y parecía más pequeño, casi encogido. Había comprendido que ya nada lo salvaría.

—Era lo que Amelie quería —repitió por enésima vez—. Hace mucho que quiero poner fin a la relación, pero ella no me deja en paz, está obsesionada. Intenté cortar el contacto y me perseguía. Daba igual que le explicara que lo nuestro era imposible, no paraba de llamarme y enviarme mensajes. Se presentaba en mi casa a cada momento, llorando y amenazando con suicidarse si no la dejaba entrar. ¿Qué podía hacer?

—Escúcheme bien —interrumpió Caleb, asqueado por sus intentos de culpar a la chica—. Cuando anoche la policía de Manchester lo encontró en la cama con una menor de catorce años no daba la sensación de que fuera usted la víctima, precisamente. Así que no intente convencerme de que le pasó algo que no podía controlar.

—Bueno, es que no podía controlarla —saltó al instante—. Me llamó nada más escaparse de la gasolinera. Estaba fatal, histérica. ¿Qué iba a hacer? Acudí corriendo a buscarla, la recogí de la calle. ¿Qué...?

—¿Qué otra cosa podía hacer? —lo cortó Caleb—. Pues veré, no habría estado mal llevarla a la policía en lugar de emprender una huida absurda que solo empeoró las cosas. Aparte de eso, jamás debió comenzar una relación con ella. Cuando en febrero de este año empezaron a acostarse tenía trece años, cumplió catorce en julio. Solo por eso, señor Barnes, va a pasarse dos años en la cárcel.

El hombre estaba al borde de las lágrimas.

—Le prometo que no lo sabía, me dijo que tenía dieciséis. Tendría que haberla visto, con todo ese maquillaje parecía mucho mayor. Cuando me enteré de cuántos cumplía quise cortar con ella, ¡pero no había manera!

—Pobrecillo.

Barnes respiró hondo.

—Estaba fuera de sus casillas. Me amenazaba todo el tiempo con suicidarse si no nos veíamos. Sinceramente, tenía miedo de que algún día lo hiciera.

—Y claro, para evitarlo se sacrificó como un héroe y continuó acostándose con ella. Qué buen samaritano.

El joven apretó los labios y no contestó.

Caleb ya conocía la historia por Amelie. Lo había contado todo la noche anterior en presencia de sus padres, quienes hasta entonces pensaban que una segunda desaparición era lo peor que les podía pasar; horrorizados, enseguida comprendieron que no era así. El comisario retomó su interrogatorio a Barnes:

—El 14 de octubre lo llamó. Se había escapado del coche de su madre en el aparcamiento del Tesco y avanzaba por la calle Burniston Road.

—Así fue. Era una de sus llamadas habituales: «Me largo de casa, quiero irme contigo, ven a buscarme o me suicido». Le dije que fuera hacia mi piso y salí a buscarla por Cleveland Way. Nos encontramos a mitad de camino, entre la bahía norte y la sur. Estaba histérica porque no quería hacer el viaje de clase. Pretendía quedarse a vivir conmigo.

—Entonces la llevó a su piso.

—Pues claro. No podía dejarla en plena calle, en ese estado.

—¿Y no logró convencerla de que regresara a casa?

—No, imposible. No hubo manera.

—¿Por qué no avisó a sus padres? ¿Es que no imaginó su ansiedad?

Él se encogió de hombros y murmuró algo incomprensible.

Caleb se inclinó hacia él.

—Le diré por qué no los avisó. Porque estaba muerto de miedo. Sabía que había cometido un delito al acostarse con una menor. Además, no lograba sacársela de encima, la chica se había enamorado de verdad y, en mi opinión, sufría una auténtica dependencia psíquica y sexual. Si la mandaba a casa se arriesgaba a que se lo contara todo a sus padres, de hecho lo amenazó con hacerlo. Se encontraba usted en una situación muy jodida, señor Barnes. Le creo cuando me dice que deseaba dejar a Amelie y que ella no se lo permitía. Sin embargo, en lugar de hacer lo correcto y acudir a la policía, lo que habría supuesto algún atenuante, decidió intentar sacar partido económico de aquella situación desesperada.

—No sucedió así. Fue idea de Amelie.

—Explíqueme eso.

—El día que se escapó apareció el cadáver de Saskia Morris y todo el mundo hablaba del asesino del páramo. Según Amelie, sus padres creerían que era otra de sus víctimas. De hecho, así fue, todos los periódicos partían de esa hipótesis, y también la policía.

—Y usted estaba aterrorizado —intuyó Caleb.

El hombre asintió.

—Exacto. Pensaba: «Dios mío, la anterior niña secuestrada ha aparecido muerta, y ahora la chica desaparecida está en mi casa». Debía marcharse lo antes posible. Pero claro, su foto estaba en todos los periódicos, no podía salir del piso. Me daban ataques de ansiedad cada vez que sonaba el timbre. No sabía qué hacer.

—Necesitaba que Amelie regresara a casa sin que se descubriera su relación. Además, sacarse un dinerillo no le iba nada mal. Por eso se le ocurrió la repugnante idea de fingirlo todo: la huida del asesino en el coche misterioso, la persecución, Amelie tirándose al mar para salvarse y usted, que pasaba casualmente por allí, rescatándola del agua. Así se convertía en un auténtico héroe y los padres le deberían gratitud eterna. Circunstancia que aprovechó para hacerse con generosos regalos y, al final, con una elevada suma de dinero.

Barnes guardó silencio y el comisario prosiguió:

—Al parecer, no le importó en absoluto que la policía siguiera pistas falsas, a pesar de la urgencia por encontrar al asesino de Saskia. Todo era mentira: la descripción de los hechos, el retrato del culpable, el visitante en cuyo coche se escondió Amelie para huir... Todo era falso desde el principio hasta el final. La edad del secuestrador, su *modus operandi*, las distancias que recorrió... Los puntos fundamentales de nuestra investigación eran todos invención suya. Señor Barnes, ¿es consciente de lo que se le viene encima?

—No fue solo idea mía, yo...

—Déjelo ya. Deje de intentar descargar su culpa en una cría inmadura de catorce años. El adulto es usted, ¡debía saber lo que hacía!

El hombre clavó la vista en el suelo.

—En cuanto a la furgoneta que alquiló para ayudar a su amigo con la mudanza... —continuó Caleb.

Levantó la vista.

—Eso es verdad. Se lo había prometido hacía semanas y estuve con él.

El comisario hizo un gesto con la mano.

—Lo sé, hay testigos que los vieron cargando cajas. Pero además, aprovecharon el vehículo para ir a los páramos y esparcir entre la hierba, cerca de un aparcamiento, el bolso de Amelie con su documentación y su neceser. Montaron un escenario muy parecido al que encontramos tras la desaparición de Saskia, al hallar sus pertenencias. Como eso salió en todos los periódicos, contaban con unas instrucciones muy precisas. Se esforzó usted mucho para dejarnos las pistas falsas adecuadas.

El hombre no contestó y Caleb prosiguió:

—Del móvil se libró en otro sitio, me imagino que el mismo 14 de octubre lo lanzaría al mar, o a alguna charca. Lo importante era que no pudiéramos localizarlo. Además, así tampoco tendríamos acceso a los miles de mensajes que cruzaron antes del supuesto secuestro. Por las mismas razones, después se deshizo del suyo y nos contó que se le había caído al agua cuando trataba de

rescatar a Amelie. Tomaron la precaución de no escribirse correos electrónicos, no encontramos nada en el ordenador de la chica. No descarto que usted se lo prohibiera, temiendo que los padres pudieran revisar el equipo mientras ella estaba en clase.

Silencio.

—Hay algo que me encantaría oír de su boca, y es cómo la convenció para que le siguiera el juego. Más allá de que la tiene sometida y hace todo lo que le ordena, claro. Según su plan, al final ella debía volver a casa, algo que no deseaba en absoluto. ¿Cómo logró persuadirla?

Barnes continuó en silencio. Estaba pensando a toda velocidad. Pasado un momento, declaró:

—Quiero un abogado.

El comisario asintió.

—No es ninguna tontería, en su situación. Pero ni el mejor abogado del mundo será capaz de librarle de lo que le espera, eso se lo aseguro. —El joven le lanzó una mirada llena de odio, aunque no replicó nada—. Ya sé que le hizo a Amelie promesas vacías para que cooperara. Según lo que contó ayer, daba por hecho que se fugarían juntos en cuanto usted tuviera suficiente dinero para financiar el viaje y un asentamiento en algún lugar fuera del país. Mencionó las islas griegas, una vida sencilla junto al mar cultivando aceitunas. Esas eran las fantasías que usted le metía en la cabeza, y que no tenía ninguna intención de poner en práctica.

»Hacía tiempo que la chica se había convertido en una carga, pero por el momento necesitaba que se mantuviera tranquila. Llevaron a cabo el numerito del rescate, Amelie volvió a casa y usted trató de sacarles dinero a sus padres. Pero le resultó más difícil de lo esperado. Con aquella gran casa tan bien situada, se había imaginado que su situación económica era sólida. Sin embargo, están totalmente endeudados, cosa que la propia Amelie desconocía porque no habían querido preocuparla. Por eso su anhelado dinero nunca llegaba, a pesar de que se sentían llenos de agradecimiento.

»Deborah se empeñaba en ayudarle a encontrar un empleo, que era lo último que usted deseaba. Por eso, al final decidió exigirles una cantidad concreta. En ese momento usted ya les resultaba tan indeseable que el señor Goldsby amplió su préstamo para poder compensarle por el rescate de su hija. Recibió usted treinta mil libras. Un capital más que interesante.

—Quiero un abogado.

—Lo tendrá, no se preocupe.

Caleb jugueteaba con el bolígrafo. Le dolía mucho la cabeza. El caso se le escapaba por completo. Se había dejado engañar durante semanas por el tipo que tenía delante y carecía de cualquier indicio que ayudara a esclarecer lo sucedido a Saskia Morris. Tras su forma fría y sarcástica de demostrarle a Barnes que estaba perdido y que pasaría una buena temporada entre rejas se escondía la más pura desesperación. Todo el tiempo invertido, las energías, los recursos, el dinero... todo había sido en vano. Le exigirían responsabilidades. Tendría que explicar cómo había podido caer en semejante impostura. A él no lo esperaba la cárcel, pero sí muchos disgustos. No tenía ningún motivo para sentirse mejor que el desgraciado sentado frente a él. Aun así, se esforzó por continuar sonando muy seguro de sí mismo:

—Lo malo era que Amelie perdía la paciencia. Estaba encerrada en casa y cada día se deprimía más, esperando con ansia que la avisara para emprender la huida. Era como una bomba de relojería. Aunque fue usted muy afortunado: según la psicóloga, el tiempo que pasó en el agua le dejó un verdadero trauma. El plan era que usted la rescatara enseguida, pero no resultó tan fácil y por unos momentos ella creyó que se ahogaba. Como usted apenas podía sujetarla, sintió verdadero pánico a morir. Por eso después se comportaba de un modo tan convincente cuando relataba su miedo una y otra vez. Nadie dudó de su historia.

—Pues sí... —comentó Barnes, ganando un poco de seguridad. Al principio se sentía totalmente derrotado, pero ahora empezaba a intuir la desesperación de Caleb—. Mala suerte para ustedes.

El comisario apretó con fuerza el bolígrafo. «Tranquilo, tranquilo», se ordenó. Y siguió hablando:

—Al final Amelie perdió los nervios, acuciada por el deseo de verle. Por eso se escapó de la gasolinera y se puso en contacto con usted. Sabía más de lo que todos creíamos: se había enterado de que sus padres le habían entregado mucho dinero y quería que por fin se fugaran juntos. Pero usted ya no tenía ninguna intención de hacerlo. Entonces, ¿por qué fue a recogerla? —El joven permaneció en silencio—. Bueno, se lo diré yo. Sabía que si la chica desaparecía la maquinaria policial se pondría en marcha y el primer sospechoso sería usted. De manera que fue a buscarla para intentar convencerla de que confiara en usted y regresara a casa para seguir esperando. Solo quería tranquilizarla. Por desgracia no funcionó y ella se le pegó como una lapa. Usted comprendió que los agentes no tardarían en presentarse en su casa. Si la encontraban allí, estaba acabado.

—Era una garrapata. —Casi pareció escupir aquella palabra—. ¡Una auténtica garrapata!

—Por eso decidió huir con ella. Se trataba de un plan absurdo, era imposible que saliera bien. Enseguida descubrimos que había comprado un coche y averiguamos la matrícula. Solo era cuestión de tiempo que los atrapáramos.

No contestó.

—Por otro lado —añadió el comisario—, no tenía más opciones. Bueno, podía entregarse a la policía y confesarlo todo, pero no se atrevió. Así que decidió escapar y se llevó a la chica por obligación. ¿Cuál era su plan? ¿Librarse de ella?

—No soy un asesino.

Caleb asintió.

—Lo sé. Pudo dejarla morir cuando estaba en el agua, luchando desesperada entre las olas. Por un momento se lo planteó, ¿verdad? Existía un pequeño riesgo de que llegara con vida a la costa, pero las probabilidades eran muy bajas. Y todos sus problemas se habrían solucionado.

—Ya le he dicho que no soy un asesino —se defendió con vehemencia—. Nunca haría algo así. Sí, deseaba que me dejara en paz, se había convertido en una auténtica pesadilla. Pero jamás la mataría. Jamás. Me da igual que no me crea, ni siquiera se me pasó por la cabeza. Aunque daría lo que fuera por que desapareciera de mi vida, nunca la asesinaría. Ni a ella ni a nadie. Sería incapaz.

Caleb lo miró fijamente. Lo consideraba un mentiroso redomado, pero en aquel punto le creía. No era un tipo violento. Era vago y astuto, solo pensaba en su propio beneficio, carecía de escrúpulos cuando se trataba de situaciones y sentimientos ajenos, era calculador y malicioso. Pero no era un asesino. Seguramente era incapaz de llevar a cabo cualquier agresión física.

—Eso me beneficiará en algo, ¿no? En el juicio.

El comisario se levantó.

—Verá, señor Barnes, en esta sociedad partimos de la base de que los individuos no cometen asesinatos. Por eso no se considera un atenuante que alguien no sea un asesino. Alégrese de que no vaya a juzgarle yo; si estuviera en mis manos, le aplicaría la ley con la máxima dureza. Aun así, no cuente con mucha clemencia ni comprensión. Testificaré en su contra y no pienso ahorrarme ni un detalle, puede estar seguro.

El joven también se levantó, mirando a Caleb con desprecio.

—Está usted furioso y frustrado. ¡Cuánto dinero y cuánto tiempo ha perdido! En lugar de encontrar al asesino de Saskia Morris se obcecó conmigo, que no tengo nada que ver con ese caso. Fue inútil que pusiera a Amelie bajo vigilancia, era del todo innecesario. Me moría de la risa cuando veía a aquellos dos espantajos perdiendo el tiempo delante de la casa cuando nadie, absolutamente nadie, amenazaba a la chica. ¡Era tan absurdo! Y lo mejor de todo es que no se han acercado ni un paso al verdadero asesino. Entre tanto, habrá escogido tranquilamente a su próxima víctima. Quién sabe, quizá la haya raptado ya, tiempo ha tenido de sobra. ¡Enhorabuena, comisario! Lo ha hecho usted de maravilla. Yo en su lugar me tomaría un buen trago, he oído decir que el alcohol hace milagros con usted. ¡A lo mejor se le ocurre una idea que lo saque de la mierda!

3

Trescott Hall, la residencia de mayores, parecía una vieja mansión, una casa señorial del periodo Tudor construida en piedra oscura y con varias hileras de ventanas en arco en cuyos cristales se reflejaba el sol blanquecino de aquel día de otoño. El amplio complejo se encontraba a las afueras de Hull, mirando hacia un paisaje de colinas bastante aburrido. El mar estaba algo alejado, así como el alegre bullicio de la ciudad. Allí acudían los ancianos a pasar los últimos años, o incluso los últimos meses de su vida. A Kate le habría gustado que, al asomarse por la ventana, vieran algo mejor que aquel paraje desangelado.

Quizá era por la época del año. Los árboles y los arbustos estaban pelados, solo acá y allá quedaba alguna hoja dorada.

Dejó el coche en el aparcamiento, ante la entrada principal. Al acercarse se dio cuenta de que el edificio estaba más estropeado de lo que parecía en un principio. Había grietas en los muros y manchas de humedad bajo las ventanas. Faltaba un trozo del canalón. En el lado oeste, la hiedra que trepaba hasta el tejado resquebrajaba los ladrillos porque nadie se molestaba en controlarla.

Había un timbre en la enorme puerta de roble. Lo pulsó y esperó. Pasó casi un minuto hasta que se oyó un zumbido y pudo entrar en el vestíbulo.

Sus primeras impresiones fueron: oscuridad, frío, olor a espray antiséptico.

Rogó al cielo para no acabar en un lugar así cuando fuera vieja.

Una joven se acercaba rápidamente por uno de los múltiples pasillos que desembocaban en el vestíbulo como los radios de una rueda.

—¿Sí? —preguntó, casi sin aliento.

Kate había decidido no hacerse pasar por periodista, porque era probable que no le permitieran entrevistar a una señora mayor, enferma y en ocasiones confusa. Por eso, saltándose las prohibiciones, se presentó como policía. Sacó su identificación.

—Sargento Kate Linville, de la policía metropolitana de Londres.

Creía que en esa ocasión el riesgo era bastante pequeño. El caso de Hannah había sido archivado y, aun suponiendo que Caleb lo reactivara, no parecía probable que volviera a interrogar a la anciana señora Caswell.

Como siempre, la mención a aquella institución surtió un efecto inmediato. La joven abrió mucho los ojos y la miró con profundo respeto.

—¡Oh! —exclamó.

—Quisiera ver a la señora Caswell. Necesito hablar con ella.

—Verá, la señora Caswell no está muy bien de salud, ¿sabe? No sé si...

—Serán solo dos o tres preguntas. No más.

—Es por... ¿por lo que le pasó a su nieta?

—¿Está enterada?

—Sí. Ingresó aquí un año después de la desaparición y no hablaba de otra cosa, día y noche. Aquello la trastornó por completo. Antes vivía sola en su piso y tenía buena salud. Pero lo sucedido la afectó tanto que en poco tiempo se convirtió en una anciana frágil y enferma que no podía valerse sola. La trajo su hijo.

—¿La visita a menudo?

La empleada hizo una mueca de desdén.

—Ha venido una sola vez en los tres años que lleva aquí su madre.

—Le aseguro que no voy a molestarla. Pero es muy importante que hable con ella.

Su interlocutora dudó un momento. Kate se alegró mucho de no haberse presentado como periodista; nunca la habría dejado pasar.

—De acuerdo —decidió al final—. Pero, por favor, tenga mucho cuidado. La señora Caswell sufre momentos de confusión y, si se insiste mucho, la pobre se echa a llorar.

—Descuide, no voy a alterarla.

Aunque de eso no podía estar segura. Pretendía hablarle de Hannah, y ese tema sin duda la perturbaría.

Siguió a la joven a través de largos pasillos oscuros y completamente vacíos, flanqueados de innumerables puertas a derecha e izquierda.

Su guía se detuvo ante una de ellas. Llamó con suavidad y entró sin esperar respuesta.

—Señora Caswell, tiene visita.

—Tengo mucho frío —repitió por enésima vez Leonore Caswell.

Se encontraba acurrucada en un sillón junto a la ventana, con una manta sobre las rodillas y otra sobre los hombros. A pesar de eso, seguía sintiendo frío. La habían encontrado tiritando, cosa que avergonzó a la empleada. Corrió a buscar las mantas y la arropó con ellas, pero la anciana ya se había enfriado demasiado. Continuaba teniendo los labios azulados.

También Kate notaba lo baja que era la temperatura. Allí encendían muy poco la calefacción, o quizá resultaba imposible caldear aquel enorme edificio de techos tan altos. La habitación de Leonore Caswell contaba con una cama, un armario, una mesa y dos sillones. No había alfombras en el suelo de piedra, ni cuadros en las paredes. Parecía la celda de algún monasterio famoso por su sobriedad y disciplina.

Las vistas daban a un patio interior, solo se veían muros y ventanas. La anciana pasaba allí los días y las horas, mirando a ese patio. Aquel lugar volvería loco a cualquiera. Furiosa, Kate pensó que Ryan Caswell era un auténtico miserable. Sin duda había residencias mucho mejores, no necesariamente más caras y lujosas pero sí más amables. Y cálidas. Era intolerable que las personas mayores pasaran tanto frío. Pero claro, Ryan no podía saber nada de eso si solo había visitado a su madre una vez en tres años. Estaba atendida. Al parecer, lo demás no le interesaba.

Resultó muy difícil entablar una conversación con la anciana. Parecía encontrarse en otro mundo y no reaccionó al oír la palabra «policía». Repetía sin parar que tenía frío. La empleada anunció que les llevaría un té caliente y se retiró un momento. Kate esperaba avanzar un poco en ese lapso de tiempo. Acercó el otro sillón a la ventana y se sentó frente a la mujer, sin quitarse el abrigo.

—Señora Caswell, quiero hablarle de Hannah, su nieta. ¿Se acuerda de ella?

Levantó la vista.

—¿Hannah?

—Sí, su nieta.

—Hannah es mi nieta.

—Lo sé. Hace... hace mucho que no está, ¿verdad?

—No está.

—¿La echa de menos?

Leonore apartó la cara y se quedó mirando por la ventana. Kate temía que se echara a llorar al oír el nombre de su nieta, pero aquella situación le resultó aún más complicada: no sabía muy bien qué hacer.

Quizá debía ser más clara.

—Hannah desapareció hace cuatro años, ¿verdad?

—Hannah ha desaparecido.

—Sí, hace ya mucho. Ese día estuvo con usted, en su casa de Hull. Por aquel entonces no vivía usted aquí.

—Hannah ha desaparecido.

Hablaba muy despacio, arrastrando las palabras. Kate supuso que se encontraría bajo la influencia de medicamentos, seguramente antidepresivos y tranquilizantes. La visita no prometía ser muy productiva. La mujer estaba demasiado aturdida y, además, era probable que su mente hubiera creado una barrera de autoprotección.

De todos modos, probó a mencionar otro nombre:

—He ido a ver a su hijo, Ryan.

—Es un buen chico.

Kate tenía otra opinión, pero se la guardó.

—¿Fue un buen padre para Hannah? ¿Lo recuerda usted?

Por la expresión de sus ojos, la anciana pareció recobrar algo de lucidez. Quizá solo necesitaba un poco de tiempo. No era de extrañar, dado que se pasaba días, semanas y meses en aquel sillón y probablemente lo único que escuchaba era «buenos días» y «buenas noches».

—Ryan la quería. La quería muchísimo.

—Me han dicho que le dejaba muy poca libertad.

—La quería.

—Señora Caswell, ¿cree usted que su nieta se escapó? Quizá porque se sentía muy controlada...

La mujer reflexionó un momento, y después contestó:

—No. Hannah no se escapó.

—¿Y qué cree que sucedió?

—No lo sé.

—Pero algo habrá pensado. Usted estuvo con ella aquel día, ¿cómo se encontraba?

—Alegre, como siempre. Muy alegre.

—¿Tenía miedo de su padre?

Negó con la cabeza.

—No.

—¿Y de alguien más?

—No.

—¿Conoce usted a Kevin Bent?

La mujer frunció el ceño. Sin duda había oído el nombre en relación con la desaparición de su nieta, pero no lograba recordarlo.

—Pues... no lo sé...

—¿Aquel día Hannah mencionó algo especial? ¿O a alguien? Un amigo o una amiga...

—No.

Kate se detuvo un momento para pensar. Empezaba a comprender que no descubriría ningún dato nuevo, ya fuera porque no existía o porque Leonore reprimía lo vivido en aquel momento traumático.

—Ryan no es mala persona —dijo inesperadamente—. Nunca hizo nada malo.

—¿Por qué iba a hacer algo malo? ¿Alguien dice eso?

La mirada de su interlocutora se perdió en la distancia. Luego añadió:

—Chamberfield.

—¿Chamberfield? ¿Es el nombre de alguien? ¿O de algún sitio?

—No era un chico malo.

Kate sacó del bolso lápiz y libreta y apuntó aquel nombre, «Chamberfield». Le sonaba de algo, lo había oído alguna vez. Sacó el móvil para buscarlo en Google, pero descubrió que no tenía cobertura.

—¿Qué o quién es Chamberfield, señora Caswell?

—Él estuvo allí.

—¿Quién? ¿Ryan?

—Sí. Estuvo en Chamberfield.

—¿Cuándo?

Su mirada perdida volvió a ganar claridad.

—Hace mucho tiempo. Mucho. Antes de que Hannah naciera.

—Entiendo. ¿Y qué hacía allí?

—No era un chico malo.

—No, claro que no. Pero ¿qué hacía allí? —La mujer exhaló un hondo suspiro y no contestó. Kate insistió—: Señora Caswell, ¿lo recuerda? ¿Qué

hacía Ryan en Chamberfield? ¿Por qué estaba allí? —No obtuvo respuesta—. ¿Qué es Chamberfield?

Continuó en silencio. Sus ojos, que por un momento mostraron un destello de viveza y claridad, se nublaron de nuevo. Regresó a un mundo donde los miedos y dolores de la vida no podían alcanzarla.

La puerta se abrió para dejar paso a la empleada. Llevaba una bandeja con dos tazas de infusión frutal y un platito de galletas.

—Para reponer energías —dijo con una sonrisa.

Kate tomó una taza, agradecida. Sintió el agradable calor en las manos. Leonore no tocó la suya, en realidad ni se dio cuenta de que la tenía delante. Miraba fijamente por la ventana, se encontraba muy lejos de allí.

—Disculpe, ¿usted no sabrá lo que es Chamberfield? —preguntó Kate a la joven—. La señora Caswell acaba de decirme que su hijo estuvo allí, pero no tengo ni idea de qué es...

—¿Chamberfield? —repitió ella—. ¡Cielo Santo! ¿Ryan Caswell estuvo ahí?

—Eso parece. ¿Qué es?

—Un manicomio. Un manicomio infame.

Kate se estremeció al oír aquella horrible palabra, casi caída en desuso. La empleada la había pronunciado casi con odio. Recordó que, en efecto, había oído alguna vez aquel nombre en ese contexto. Se trataba de una clínica psiquiátrica a la que iban a parar los casos más graves.

—Claro, ahora me acuerdo. Está cerca de Newcastle.

—Se ocupan de pacientes gravemente trastornados —informó la joven, y su tono dejó patente que aquellos enfermos no le gustaban nada; quizá los temía—. Si el señor Caswell estuvo allí... ¡madre mía!

—Bueno, desconocemos la razón —trató de tranquilizarla Kate—. Pudo ser por depresiones severas o por riesgo de suicidio, no necesariamente porque representara un peligro para otras personas.

Sin embargo, sus pensamientos iban a toda velocidad. Debía averiguar lo antes posible por qué aquel hombre había estado en una clínica psiquiátrica. Al parecer no solo era brusco, solitario y de trato difícil, también era un enfermo. Un enfermo mental.

La hija de ese enfermo mental había desaparecido sin dejar rastro, y él carecía de coartada para el momento de la desaparición. Kate se sorprendió de que Caleb no hubiera descubierto ese aspecto de su biografía. Aunque claro, si lo sabía no tenía por qué contárselo. Sin embargo, ella habría notado que tenía a Ryan en el punto de mira. También podía ser que en su día lo hubiera

descubierto, hubiera seguido la pista y llegara a la conclusión de que no resultaba relevante.

«No era un chico malo», repitió Leonore varias veces. Así que algo había, una razón por la que fue ingresado. Algo malo que llevaba a su madre a protegerlo y a asegurarle a una extraña que, a pesar de todo, era una buena persona.

Deseó llamar a Caleb en ese mismo momento para preguntarle si estaba al tanto de todo aquello y qué pistas había encontrado, pero sabía que no podía hacerlo. Se pondría como loco. Ya era bastante malo que la hubiera descubierto haciéndose pasar por periodista para establecer contacto con personas implicadas en el caso de Amelie Goldsby. Aún estaba esperando que la llamara para cubrirla de reproches. Así las cosas, más valía no informarlo de que también estaba husmeando en el caso de Hannah.

Caleb le caía bien. No quería perder su amistad.

Debía visitar Chamberfield. Sabía que hacer hablar a los médicos resultaba difícil incluso para Scotland Yard, pero era su obligación desvelar el secreto de Ryan Caswell. Desde el principio le había parecido una figura central. Quizá su instinto no la engañaba.

Miró su reloj, dejó la taza y se levantó con prisas. Necesitaba marcharse cuanto antes, había quedado con el agente inmobiliario y unos posibles compradores a las cuatro. La visita a Chamberfield tendría que esperar al día siguiente.

Se despidió de Leonore Caswell, que no reaccionó en absoluto. La joven empleada la guio por los largos pasillos hasta la salida. Al verse fuera, respiró profundamente y con sensación de libertad. La atmósfera de aquel edificio era agobiante. Sin lograr quitarse de la cabeza cómo tiritaba la anciana, se preguntó cómo sería su propia vejez. Apartó con decisión esos pensamientos. Si reflexionaba sobre ello ahora, con aquellas impresiones frescas en la retina, se deprimiría para el resto del día.

Condujo unos kilómetros en dirección a la ciudad y después paró en un área de descanso para revisar el móvil. Tenía un mensaje de David: «¡Qué ganas tengo de verte esta noche!».

Sonrió. Una cálida sensación de felicidad recorrió su cuerpo.

El segundo mensaje era de Colin. Iba acompañado de un selfi en el que aparecía visiblemente enfadado.

«No entiendo por qué has dejado de escribirme. Me sorprende mucho que estés con otro, ¿de dónde te lo has sacado tan deprisa? ¿O es que has jugado a dos bandas hasta ver quién te convenía más? A lo mejor tiene más pasta que

yo, a las mujeres solo os interesa el dinero. Yo gano bien, pero, quién sabe, igual has pensado que te merecías algo más. Odio cómo nos tratáis las mujeres. No importa que seamos amables y atentos, a vosotras solo os importan el dinero y una profesión influyente. ¿A qué se dedica tu nuevo novio? Me parece fatal que...».

Kate decidió pasar a otra cosa. Era una perorata interminable y no tenía ganas de seguir leyendo. Colin se estaba convirtiendo en un problema, pero no estaba dispuesta a dejarse culpabilizar. Ella jamás le había dado pie a pensar que llegarían a ser pareja, eso era cosa suya. Allá él si había malinterpretado sus educadas respuestas.

Contestó a David: «He quedado ahora con el de la inmobiliaria. Después voy a tu casa. ¡Yo también tengo ganas de verte!».

Añadió un corazoncito rojo y sonrió. Era maravilloso estar enamorada y hacer tonterías y cursiladas.

Sobre todo porque no las había hecho jamás.

4

Tenía la muñeca derecha en carne viva, sangrante y dolorosa. Hacía cuarenta y ocho horas que había comenzado a desollarla, utilizando un trozo cortante de plástico que obtuvo de la botella vacía. No fue nada fácil despedazarla, de hecho le resultó sorprendentemente complicado. Supuso que se debía a su debilidad física. Sentía un hambre y una sed atroces y por momentos tiritaba sin control.

Al principio había actuado con muy poca decisión. Herirse a sí misma requería una fuerza de voluntad extraordinaria, más aún teniendo en cuenta que se sentía enferma y exhausta. Cada cierto tiempo se quedaba dormida. Luego se despertaba aterida, y se encontraba en la misma situación espantosa de la que el sueño, perturbador pero bien recibido, la había liberado durante un tiempo. La realidad la golpeaba cada vez que abría los ojos. Sentía punzadas en el brazo quemado. Ya ni lo miraba, porque aquella visión la asustaba y desmoralizaba. Debía concentrarse en salir de allí. Nada más importaba.

Al mirar por la ventana descubrió que estaba anocheciendo. Había dormido todo el día, acababa de despertarse y se encontró de nuevo presa del

frío, el dolor, el hambre y la sed. Continuaba atada a la pared. Debía avanzar. Cuando oscureciera no podría ver nada.

La muñeca desollada y parte de la mano tenían un aspecto espantoso. Aun así, agarró el trozo de plástico y retomó la terrible tarea. Mientras dormía, la sangre se había convertido en una costra marrón cuyo efecto era justo el contrario del deseado, porque se enganchaba en el metal.

Cuando la sangre volvió a correrle por el brazo se embadurnó con ella la mano e intentó deslizarla fuera de la esposa. Sentía tanto dolor que las lágrimas le rodaban por las mejillas, pero apretó los dientes. Debía salir de allí, no había otra opción. Si transcurría una sola noche más le fallarían las fuerzas por completo y tendría que abandonarse a su suerte y morir encadenada a la pared. Notaba que tenía fiebre. El brazo se había infectado y la muñeca seguiría el mismo camino antes o después. Si le subía mucho la fiebre, ya no podría responder de sus actos.

Dio un último y doloroso tirón. La mano salió por el aro de hierro.

Era libre.

Permaneció durante varios minutos contemplándose la mano a la mortecina luz de la tarde. Ensangrentada y desollada, no parecía suya.

Después se incorporó muy despacio. Le temblaban las piernas. Se quedó de pie en el lugar donde había pasado cinco, seis, siete o quizá más días tumbada, sentada o hecha un ovillo. No sabía qué hacer. Tenía la tensión por los suelos, todo le daba vueltas y sentía que sus piernas temblonas iban a ceder en cualquier momento. Sin embargo, poco a poco se fue estabilizando. Tenía suerte de ser joven. Era consciente de que una persona de edad más avanzada ya habría fallecido, o al menos sería incapaz de moverse.

Se acercó a la ventana y miró al exterior. Había rejas, como ya sabía. Y detrás, lo que temía: la desolación más absoluta. Una planicie azotada por el viento. Hierba amarillenta y aplastada. En la distancia, donde el cielo y la tierra se tocaban, la última luz del día asomaba entre las nubes. Miraba hacia el oeste, pero esa información no le servía de nada. No se veían casas, ni cabañas, ni nada. Ni el menor indicio de que hubiera alguna persona cerca. Solo ella.

Se dirigió a la puerta y la sacudió sin éxito. Se preguntó si podría usar el trozo de plástico para forzar la cerradura. Seguramente no, pero si buscaba quizá encontrara algo más apropiado.

El otro pasillo la llevó a dos estancias. Solo por probar apretó los interruptores de la luz, sin ningún resultado. No había electricidad. Aquella casucha parecía llevar años abandonada y nada funcionaba. Pensó que el agua

también estaría cortada, de lo contrario no habría que utilizar cubos. Por si acaso, giró el grifo en la habitación que una vez fue la cocina.

Nada.

Miró a su alrededor. Unos pocos armarios de pared, debajo el fregadero y los fogones. Una silla solitaria. Cajas de refresco apiladas. Las levantó una tras otra y revisó todas las botellas. Estaban vacías. Cualquier gota se había evaporado hacía mucho.

Abrió todos los cajones y solo encontró algún tapón de plástico, gomas elásticas, pajitas de refresco y una tira de lucecitas de colores.

—¿Qué clase de sitio es este? —se preguntó en voz alta.

Se le ocurrió mirar por la ventana y vio el mar. Oscuro, con las olas coronadas de espuma. La casa debía encontrarse en un acantilado. Eso reforzó su idea de que originalmente fuera un lugar de descanso para excursionistas. Un sitio en el que sentarse a tomar algo disfrutando de las vistas. En verano, la gente recorre en manadas los caminos costeros. Pero era otoño y cada vez anochecía antes: no cabía esperar muchos senderistas.

Se planteó romper la ventana con una caja de refrescos. Como también estaba enrejada no lograría salir, pero si gritaba a lo mejor la oía algún caminante despistado. No obstante, enseguida desechó la idea. Allí dentro ya hacía un frío espantoso, si rompía el cristal el viento helado la congelaría, porque no quedaba ni una puerta en toda la casa. En el extraño caso de que alguien pasara por allí, ya sería al día siguiente. Entonces decidiría si el esfuerzo merecía la pena.

En la otra habitación había un váter, un lavabo y una cabina de ducha de plástico. Por un pequeño ventanuco del techo entraba algo de luz. Ni siquiera allí había puerta, solo quedaban las bisagras. ¿Por qué las habían desmontado? Para mantener el control. Para que no fuera posible encerrarse y parapetarse en ninguna de las estancias.

—Qué mente enferma... —murmuró.

Con la última luz del día revisó desesperada aquel cuarto de baño, buscando cualquier fuente de agua. De los grifos del lavabo no salió nada, como tampoco de la alcachofa de la ducha. En la cabina, el moho crecía por todas partes. Era tan nauseabundo que la cerró a toda prisa y se aseguró de que quedaba bien sellada, como si el moho pudiera escaparse y devorarla.

—Joder —susurró—. Joder...

Su última esperanza era la cisterna del váter. Las cisternas se llenan solas, quizá aquella se hubiera rellenado una última vez antes de que cortaran el agua definitivamente. Su repugnante aspecto no invitaba a beber, pero la

insoponible sed vencía cualquier reticencia. Sin embargo, estaba vacía. Absolutamente seca.

—¡Mierda! —exclamó.

Le hacía bien escuchar su propia voz. Así no se sentía tan sola.

Ahora que lo pensaba con calma, la cisterna representaba la penúltima opción. Quedaba la taza. La más repulsiva de todas las posibilidades, pero siempre mejor que morir de sed. Abrió la tapa.

Nada. Ni una gota.

Debía haberse evaporado.

—O alguien se la ha bebido —dijo.

En aquel baño no había espejo. De haber existido, Mandy podría haber visto cómo palidecía de terror.

No era la primera en encontrarse allí encarcelada. Acababa de cobrar conciencia de esa realidad. No comprendía cómo no lo había pensado antes.

Entonces, ¿qué había sido de las anteriores?

5

—Bueno, contra estas compradoras no podrá usted decir nada —comentó el agente con cierta impaciencia al notar la indecisión de Kate—. ¡Se han enamorado de la casa!

Ella asintió. Así era. Se trataba de dos mujeres con una niña rusa adoptada y en pleno proceso de adopción de un hermanito. Buscaban una casa con jardín y estaban entusiasmadas: la vivienda les parecía encantadora, la distribución de las habitaciones era perfecta y el jardín no podía gustarles más. Incluso habían comenzado a imaginar qué verduras plantarían y dónde colocarían un columpio. No había duda, serían unas dignas sucesoras de la familia Linville.

—¿Tendría la bondad de confirmarme el lunes si quiere vendérsela? —insistió el agente—. Bueno, si es que necesita el fin de semana para pensarlo.

—Le llamaré, no se preocupe —prometió ella.

Tras despedirse, regresó a la cocina, se apoyó en el vano de la puerta y se quedó mirando al jardín, del que ya solo se distinguían los contornos. Anochecía muy deprisa.

Deseaba comentar la situación con David, pero le daba reparo. Temía que se sintiera obligado a tomar una decisión precipitada, una decisión a favor de

ella, de su relación y de su futuro. Sin embargo, Kate no tenía otra opción: no podía ignorar los problemas derivados de la venta y tampoco podía solucionarlos sola. Si vendía la casa, carecería de alojamiento si por fin decidía solicitar un puesto en la policía de Scarborough. Siempre podía comprar o alquilar otra vivienda, pero le parecía absurdo considerando que ya poseía una y que, además, le dolía separarse de ella. Si apostaba por una relación a largo plazo con David lo razonable era conservarla y poner en marcha su traslado laboral. Pero para eso debía hablar con él. Y contarle por fin toda la verdad. Mantener la casa vacía y continuar esperando era un lujo que no podía permitirse mucho tiempo más.

Suspiró. Además de todo aquello, sentía un malestar que trataba de reprimir con todas sus fuerzas. Y que se resumía en una pregunta que la aterrorizaba con solo pensarla: «¿Por qué David no saca el tema?». Él sabía que pretendía vender la casa, sabía que aquella tarde recibía una visita y que en cualquier momento podía producirse la venta. Entonces ella perdería su hogar en Scarborough y tendría que regresar a Londres. ¿Qué se habría imaginado? ¿Que se verían los fines de semana, una vez en cada sitio? Eso supondría una enorme pérdida de tiempo y esfuerzo para los dos. Aunque, en fin, muchas parejas se organizaban así y funcionaban... Pero eso no importaba, creía que David debía al menos mencionar el asunto. Se comportaba como si no pasara nada, como si la vida que llevaban en aquel momento pudiera continuar igual para siempre. Kate tenía la sensación de que él no se planteaba las dificultades y la dejaba sola ante el peligro.

Quizá no deseaba afrontar las consecuencias, o la relación no le parecía tan importante como a ella. O tal vez, simplemente, se tomaba las cosas de otra manera: con menos angustia, con más calma. A lo mejor era de los que piensan que los problemas se resuelven solos si los ignoras el tiempo suficiente.

«Pero los problemas no se resuelven solos —le dijo una vocecita interior—. Él debería darse cuenta. Si esta situación de verdad le importara no haría como que no sucede nada».

Apoyó la frente en el fresco cristal de la puerta del jardín. Tendría que abordar el asunto aquella noche. Tenía muchísimo miedo.

De pronto la sobresaltó el timbre. Miró la hora: las cinco. ¿Quién sería?

Se dirigió a la puerta principal y la abrió.

Se encontró con Caleb Hale.

—Hola, Kate. ¿Puedo pasar un momento?

En realidad no quería verlo porque temía sus reproches. A regañadientes, se hizo a un lado.

—Es que estaba a punto de salir...

—Serán diez minutos —aseguró él.

Lo llevó al salón y le señaló una de las sillas plegables.

—Siéntate, por favor. Por desgracia es todo lo que puedo ofrecerte.

Él se detuvo y miró a su alrededor.

—Así que vas en serio. De verdad la vendes.

—Claro que sí —contestó. Aunque, a la vista de los últimos acontecimientos, en realidad no estaba tan claro—. Acaban de marcharse unas señoras que es muy probable que se la queden.

Él asintió despacio.

—Pensaba que tenías razones para conservar al menos un pie en Scarborough...

—Mantener una casa vacía para un solo pie sale muy caro. Es una pena, pero no puedo permitírmelo.

Caleb asintió de nuevo y después dijo sin rodeos:

—Te has acercado a David Chapland con un objetivo muy claro. Por eso cree que eres periodista. —Kate guardó silencio—. No puedes dejarlo, ¿verdad? —insistió él.

Ella siguió sin responder. Se sentía cansada y deprimida. No le apetecía nada que la sermonearan por haber traspasado sus competencias, no quería dar explicaciones ni defenderse. Tenía muchos otros problemas.

—Está bien —se rindió Caleb—. Te traigo una noticia que te va a gustar. Si aún temías o sospechabas que Chapland estuviera implicado en el caso de Amelie Goldsby, puedes quedarte tranquila. El caso ya no existe.

Aunque se sentía agotada, aquellas palabras captaron toda su atención.

—¿Cómo que no?

—Al menos no existe del modo que creíamos hasta ahora. Lo sé desde anoche.

—¿Amelie ha aparecido?

—Sí.

—¡Gracias a Dios! —exclamó de todo corazón.

Entonces el comisario se acomodó en una de las sillas.

—¿Tienes algo de beber? Algo fuerte.

—Pero no sé si...

—¿Tienes o no?

Kate se dirigió a la cocina y regresó con una botella de whisky y dos vasos de cartón. Los llenó y tomó asiento frente a Caleb, que vació el suyo de un trago.

Después se lo contó todo sobre Amelie Goldsby, Alex Barnes y el fingido rescate en el mar. Y todo lo demás.

Ella se quedó atónita.

—¡No me lo puedo creer! ¡Era mentira! ¡Todo era una mentira! Por Dios santo, ¡pobres padres!

—Su situación ya era terrible antes, pero esto es demoledor. Ha sido su propia hija quien les ha causado todo ese miedo y esa desesperación.

—Estaba enamorada o, lo más probable, obsesionada.

—Barnes es un tipo sin escrúpulos, es increíble cómo logró obtener dinero de la situación. Sin embargo, las cosas se le habían ido de las manos. Quería librarse de Amelie, pero ella, quizá sin saberlo, lo tenía acorralado. No podía sacársela de encima porque corría el riesgo de que, desesperada, terminara confesándole todo a alguien. Se sentía sobrepasado y sus acciones eran cada vez más arriesgadas. Pasará bastante tiempo en la cárcel.

—Tampoco Amelie se irá de rositas.

—Efectivamente, aunque solo sea por obstrucción a la investigación. La invención del secuestro, la falsa descripción del culpable... Durante semanas hemos partido de falsas premisas y hemos seguido pistas ficticias. —Hizo una pequeña pausa y luego rectificó, en tono cansado—: Bueno, yo he seguido pistas ficticias. No me di cuenta de que estaban jugando conmigo. Soy el responsable.

—Nadie se percató de que Amelie mentía, ni siquiera la psicóloga que la visitaba a diario. No te fustigues por eso, Caleb.

—Al parecer, estaba traumatizada de verdad. Barnes tardó más tiempo del esperado en sacarla del agua y ella temió por su vida. Sus conversaciones con la psicóloga eran tan convincentes porque esa parte de la historia era cierta. Se había quedado bloqueada en esa situación angustiada, relataba su pánico una y otra vez. Y se escudaba en eso para no contarnos nada más. Si hubiera proporcionado datos concretos sobre el secuestro habríamos encontrado contradicciones muy deprisa. Pero nunca nos los dio.

—Una chica muy lista —suspiró ella.

—Pues sí —concordó él.

Kate captó la mirada de ansiedad que le lanzaba a la botella, pero fingió no haberla notado. A veces Caleb necesitaba que lo protegieran de sí mismo. Él continuó:

—Así que ahora estamos como al principio: sin saber quién mató a Saskia Morris. Ya no tenemos una serie, por lo que debemos considerar que el secuestro y asesinato de Saskia fueron premeditados. Al parecer, ya no buscamos a un tipo obsesionado con las niñas, que las rapta al azar solo por encontrarse en el peor lugar y en el peor momento. Tendremos que investigar de nuevo a todo su entorno familiar. —Calló un momento y después añadió, sombrío—: Cosa que ya hicimos nada más producirse la desaparición, sin ningún éxito.

—Está Hannah Caswell —recordó Kate con cautela—. Y puede que alguna otra.

—¿Mandy Allard?

—¿Quién es Mandy Allard?

—Otra chica desaparecida. Es un caso muy distinto: se fugó de casa tras sufrir una agresión de su propia madre. La tuvimos en cuenta durante cierto tiempo, pero no encontramos ningún indicio que la relacionara con Saskia Morris. Por lo que parece, Mandy ha huido por propia voluntad y no piensa regresar. En vista de su situación familiar, resulta de lo más comprensible.

—Pero por alguna razón exploraríais esa vía, ¿por qué fue?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya está descartado, de verdad. Además... todo esto no te incumbe, Kate. Es evidente que no me he lucido, pero sigue siendo mi caso.

—Lo sé —aseguró ella.

Su impulso de informarle sobre la estancia de Ryan Caswell en una clínica psiquiátrica desapareció. No lo veía en condiciones de escucharla sin enfadarse.

«Investigaré por mi cuenta y se lo contaré después», decidió.

El comisario comprendió que no le ofrecería más whisky y se levantó.

—Bueno, solo quería que supieras cómo ha acabado todo. Quizá podrías visitar a los padres, les iría bien un poco de consuelo.

Lo acompañó a la puerta.

—Así lo haré —prometió—. Y, Caleb, no te tortures tanto. La mentira de Amelie era imposible de detectar. En una cosa tenías toda la razón: en desconfiar de Barnes. Nunca creíste que fuera un héroe, todo el tiempo sospechaste que había algo turbio en él. Y así era, el instinto no te engañaba.

—Gracias por tus palabras, Kate. Procuraré que me animen.

Lo miró mientras se dirigía despacio al coche, encorvado como si llevara una carga invisible. Kate sabía muy bien que esa carga era doble: por un lado, el caso sin resolver de Saskia Morris y, por otro, tener que rendir cuentas ante

sus superiores por el tiempo y los recursos inútilmente invertidos. Su situación no era en absoluto envidiable.

Cerró la puerta y fue a la cocina. Arrancó una hoja de una libreta que tenía en el alféizar de la ventana y apuntó un nombre:

«Mandy Allard».

Pensativa, lo leyó y releyó una y otra vez.

No es que Mandy no me importe. Al contrario. Pienso mucho en ella, en cómo estará. Encadenada a la pared, hambrienta, sedienta, muerta de frío...

Pobre chica.

Me atormenta el sentimiento de culpa. Sin embargo, mirándolo fríamente, ella es la única responsable de su situación. No debió rechazarme con tanta violencia y crueldad. Cuando recuerdo sus terribles insultos... Yo le ofrecía un futuro maravilloso, a salvo, y ella lo mandó todo a la mierda. No puede sorprenderse si ahora me echo atrás y no quiero verla. A pesar de mi paciencia y comprensión, también soy un ser humano. Me disgusta que me maltraten continuamente.

Ya sé que sus circunstancias son espantosas. A veces me pregunto si habría una manera de acortar esta parte. El sadismo no es lo mío, comprendo que es horrible morir despacio de hambre y sed. Pero ¿qué otra opción me queda? No puedo matarla con mis propias manos, dudo que fuera capaz.

Aunque... Debilitada como está, e indefensa, no prestaría mucha resistencia. Eso facilitaría las cosas. Quizá.

Doy vueltas por mi casa, voy a la cocina. Me quedo mirando el cuchillero, que está en la encimera junto a los fogones. Grandes cuchillos afilados. Sería muy fácil matarla con uno. Un corte rápido en el cuello y fin del problema.

Abandono la cocina, pero, una vez en el salón, me doy la vuelta y regreso allí. Lo del cuchillo es una idea estúpida, teatral y exagerada. No es para mí. Me miro las manos. Reviso la cocina, vuelvo al salón y echo un vistazo a todo lo que podría servirme. Matar a una persona... Poco a poco me voy haciendo a la idea. Mandy ha despertado en mí una rabia especial. Me ha insultado de tal modo, me ha herido tanto con sus ofensivos comentarios, llenos de odio y desprecio... Me imagino que subo al coche y voy a la casa. Abro la puerta. Se incorpora un poco, llena de incertidumbre. Seguro que lleva horas

pensando en comida y agua. Cree que le llevo ambas cosas. Se acuclilla junto a la pared, con la mano encadenada, me mira expectante y esperanzada. Quizá, por primera vez, distinga en sus ojos algo de agradecimiento. A lo mejor se alegra de verme, aunque sea por una vez.

Esos pensamientos me animan. Será una sensación buena, muy buena.

Pero no la habré perdonado. Le quedará muy claro cuando me abalance sobre ella. Lo verá en mis ojos.

Gritará, suplicará, rogará. Se pegará literalmente a la pared. Tironeará desesperada de su atadura.

Estará indefensa. Por completo.

En realidad le haré un gran un favor. Ella no será consciente, no sabrá apreciarlo. Pero es así. Por eso no debo sentirme culpable.

Es una buena acción, llena de misericordia.

Miro por la ventana. Está cayendo la noche. Allá no hay luz ni electricidad.

Esperaré a mañana.

El sótano. Quizá baje después de ver a Mandy.

Viernes, 17 de noviembre

1

No podía borrarse la sonrisa de la cara, pensaba que quien se cruzara con ella la tomaría por loca. Una mujer de cuarenta y dos años que sonreía de oreja a oreja en un día triste y gris mientras conducía por carreteras cada vez más solitarias, en dirección al norte. Pero no podía evitarlo. Cada vez que recordaba la velada y la noche pasadas (prácticamente todo el tiempo) su sonrisa se ensanchaba.

La noche fue maravillosa y apasionada. Y, además, la velada previa había disipado todos sus miedos. Por fin logró expresar con palabras las preocupaciones que la agobiaban. Casi todas, al menos. No le confesó a David que era policía porque temió sobrecargar la situación, y eso la entristecía un poco. Sin embargo, sí le contó que habían aparecido unas compradoras interesadas en la casa y que debía tomar una decisión.

—Son buena gente y están dispuestas a pagar el precio de venta. El lunes debería decirles si pueden quedársela.

David la miró con asombro.

—Suenan genial, ¿por qué dudas?

Hizo acopio de valor y respondió:

—Por nosotros. Por nuestra relación. Yo vivo y trabajo en Londres, no tendré dónde quedarme cuando venga.

—Pues te quedas conmigo, claro.

—David, no está tan claro. No sabemos si...

Él alargó la mano y tomó la suya.

—Vende la casa, Kate. Atrévete a dar el paso. Confía en que todo saldrá bien.

Después rodeó la mesa y la estrechó entre sus brazos. La besó. Y la llevó hacia el dormitorio. No hablaron más, ya estaba todo dicho.

En aquel momento, en el coche, Kate decidió: «Me presentaré a un puesto en Scarborough. Caleb y yo trabajaremos bien juntos».

Así, reflexionó, el único aspecto incómodo de su amistad desaparecería por fin: el que se inmiscuyera en sus casos. Serían compañeros y colaborarían

oficialmente en todas las investigaciones. Aquella perspectiva la llenó de alegría. Un nuevo comienzo en todos los sentidos: un trabajo nuevo, una relación...

—¡Quién te lo iba a decir, Kate! —exclamó, contemplando fascinada su rostro resplandeciente en el retrovisor—. ¡Reconoce que jamás te lo habrías imaginado!

Las cuestiones laborales la hicieron recapacitar un momento. Miró a su alrededor. Ya había pasado Newcastle y avanzaba por una carretera comarcal. Circulaban muy pocos coches. El paisaje era inhóspito y monótono.

¿Qué estaba haciendo? Al pretender averiguar por qué Ryan Caswell había sido internado se metía de lleno en una investigación de Caleb que no era de su incumbencia. Probablemente eso no le convenía mucho, teniendo en cuenta sus planes de pedirle trabajo. Quizá debería dejarlo. El caso de Amelie Goldsby se había aclarado. El de Hannah Caswell tal vez nunca llegara a resolverse, debido a los muchos años transcurridos. Era cierto que el asesino de Saskia Morris continuaba libre, pero el comisario y su equipo no descansarían hasta encontrarlo y encerrarlo. A ella no la necesitaban en absoluto.

Además, ya tenía en su vida suficientes asuntos de los que ocuparse. Debía dejar que los verdaderos responsables trabajaran en el caso.

Estaba ya buscando un lugar donde cambiar de sentido cuando vio el cartel: «Clínica Chamberfield, cinco kilómetros».

Dudó. Ya casi había llegado y llevaba horas conduciendo...

Decidió continuar hasta allí y hacer algunas preguntas sobre Ryan Caswell. Eso era todo. Después se apartaría del caso.

La clínica se encontraba tan aislada como la residencia de ancianos Trescott Hall, pero en todo lo demás era muy distinta. Sin ser moderna, no se veía vieja ni destartalada. El edificio, sin adornos, neutro y práctico, debió de construirse en los años setenta del pasado siglo. Su diseño meramente funcional resultaba algo triste. No obstante, todo estaba muy bien mantenido y conservado, con los muros exteriores recién limpiados y enormes cristaleras que dejaban pasar la luz natural y sin duda cerraban mucho mejor que las desvencijadas ventanas de Trescott Hall.

Ante la entrada había un gran aparcamiento asfaltado con varios coches. En la parte de atrás se extendía un parque con una zona cercada por una valla de varios metros de altura. En Chamberfield no solo residían los pacientes más graves, sino que además había una sección para personas condenadas a internamiento preventivo. Kate se preguntó si Ryan Caswell habría estado en

aquella sección, aunque no le parecía muy probable. Caleb lo habría averiguado al investigar el caso de Hannah, y también la prensa lo habría sacado a la luz. Era casi seguro que a Ryan no lo había llevado allí una sentencia judicial. Pero eso no descartaba que padeciera una perturbación severa.

Aparcó y se apeó. El viento cortante se le colaba hasta los huesos, así que se arrebujó en el abrigo. Oyó que le entraba un mensaje y sacó el móvil, esperando que fuera David. Pero era un whatsapp de Colin: «Te parecerá bonito no contestarme. Claro, es lo más fácil. No sé cómo puedes refugiarte en el silencio después de todo lo que ha habido entre nosotros...».

Suspiró y cerró el mensaje. Otra de sus pataletas.

—Entre nosotros no ha habido nada, joder —se desahogó en voz alta.

Cruzó el aparcamiento y empujó la gran puerta de cristal, pero no se abrió. Había que llamar a un timbre.

Un minuto después, una voz de hombre contestó por el interfono:

—¿Sí?

—Soy la sargento Kate Linville, de la policía metropolitana de Londres.

Era su única opción. Solo así franquearía la puerta y lograría obtener alguna respuesta.

—¿De la policía metropolitana? ¿De Scotland Yard?

—Así es. ¿Podría abrirme, por favor?

—¿De qué se trata?

—Haga el favor de abrir.

Unos segundos después resonó un zumbido y la puerta cedió. Kate entró en el vestíbulo, sin duda alguna decorado en los setenta. Las paredes y el techo estaban panelados con madera y por todas partes había lámparas redondas de color naranja. El suelo era de linóleo verde. El espacio se encontraba bien caldeado y olía a desinfectante y a ambientador de lavanda. La mezcla resultaba un poco rara, pero no desagradable. Daba sensación de frescor y limpieza, cosa que se agradecía en un lugar como aquel.

Vio que se le acercaba un hombre mayor, de aspecto muy cansado. Parecía perseguido por unos problemas que había renunciado a intentar resolver. Los llevaba grabados a fuego en el rostro. Una plaquita en la solapa de la chaqueta lo identificaba como el doctor Stephen Alscott. Médico. Kate pensó que sin duda era normal sufrir agobio crónico al trabajar toda la vida con enfermos mentales.

—¿Sargento Linville? —Ella le mostró su placa, pero solo le lanzó un rápido vistazo—. Soy el doctor Alscott. ¿Qué puedo hacer por usted?

No parecía dispuesto a conducirla a un despacho o a algún otro lugar donde pudieran sentarse, de modo que permanecieron de pie frente a frente en el vestíbulo vacío. Quizá no tenía tiempo.

—Se trata de un antiguo paciente suyo, Ryan Caswell.

El médico hizo un leve gesto negativo.

—No podemos proporcionar información sobre nuestros pacientes. Estamos sujetos al secreto profesional.

—Es una situación de riesgo inminente.

—Aun así. Sin una orden judicial... Y puede que ni con ella.

Puesto que no era la responsable del caso, Kate jamás conseguiría una orden.

—No me interesan los detalles del tratamiento ni nada parecido. Solo necesito saber por qué estuvo aquí, y por cuánto tiempo.

Se mostró indeciso.

—Tampoco debería contarle nada de eso...

—Doctor Alscott, mi visita se debe al secuestro y asesinato de una chica. Es de vital importancia saber por qué fue internado Ryan Caswell.

El hombre reflexionó un momento y después frunció el ceño.

—Ahora que lo pienso, Ryan Caswell no era un paciente. Trabajaba aquí de conserje.

—¡Vaya! —exclamó ella, muy sorprendida. No se le había ocurrido aquella posibilidad, que en realidad no era tan extraña: que no fuese un interno sino un empleado.

—Pero de eso hace muchísimo —continuó el doctor—. Unos veinte años.

Kate hizo memoria. «No hizo nada malo», había dicho su madre en relación con la clínica. ¿Quería decir que solo había trabajado allí y que no estaba internado por algún delito? ¿O pretendía ocultar que había algo más, una sospecha... algo?

—¿Y por qué se marchó? —inquirió.

Alscott se quedó un momento pensando.

—Lo despidieron. Pasó algo con una paciente. Pero yo acababa de llegar, no sé mucho más.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón. Lo sabía, sabía que había algo raro en Caswell, algo que le daba mala espina más allá de sus bruscas maneras. ¿Habría mantenido un romance con una paciente de la edad de Hannah y Saskia? ¿Sentiría una inclinación por las chicas muy jóvenes?

—Voy a preguntar al doctor Mannering —dijo Alscott de pronto—. Lleva aquí desde el principio, podrá contárselo mejor que yo.

Abandonó el vestíbulo y regresó a los pocos minutos con otro hombre, mayor que él pero menos agotado. Este le estrechó la mano con energía.

—Me informa mi colega de que pertenece usted a Scotland Yard. Soy el doctor Mannering, casi fundé esta clínica. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pregunta por Ryan Caswell —se adelantó Alscott—. La policía lo busca y...

—No lo buscamos —corrigió Kate—. Tiene una residencia fija, donde se encuentra ahora mismo. Solo necesitamos realizar algunas comprobaciones sobre el tiempo que pasó aquí.

—Es curioso que de pronto haya tanto interés por él y por lo que sucedió en aquel entonces —contestó Mannering—. Nada durante décadas y ahora, de repente, dos consultas en pocos días.

Ella frunció el ceño. ¿Dos consultas? ¿Acaso se le había adelantado Caleb, o alguno de sus hombres?

—¿Quién más ha venido? —quiso saber.

—Un familiar de la mujer debido a la cual Caswell fue despedido. Un hombre joven.

—¿Qué quería averiguar sobre él?

—En realidad preguntó por la paciente, su prima lejana. Deseaba conocer su enfermedad. En ese sentido no tenía el mismo interés que usted, sargento. Por supuesto, no le proporcionamos ningún dato.

Kate intentaba asimilar la información que había recibido en pocos minutos. Todo era más complejo de lo que había sospechado, pero intuía que se estaba acercando a la clave. Al extremo de la maraña. Quizá en breve podría tocarlo.

—¿Ha dicho que fue despedido debido a una paciente? ¿Es que comenzaron una relación?

—Así es. Resultaba del todo inaceptable. Se trataba de una mujer muy joven, de diecisiete años, maníaco-depresiva. No podíamos tolerarlo, está terminantemente prohibido que el personal mantenga relaciones con los pacientes. Cuando lo descubrimos lo pusimos de patitas en la calle. Decidimos no denunciarlo para no arruinarle la vida, pero lo despedimos de manera fulminante.

—Comprendo. ¿Y quién era la paciente?

—No puedo darle su nombre.

—Ha dicho que tenía diecisiete años. ¿También atienden a menores?

—No somos una clínica especializada en jóvenes, pero a veces hacemos excepciones. A esa paciente la trataba un terapeuta que la trajo con él cuando

comenzó a trabajar aquí.

—¿Cuánto tiempo estuvo internada?

—Dos años.

—¿Y ella deseaba esa relación con Caswell? ¿O más bien él la acosaba? Mannering dudó un momento.

—Creo que la deseaba. Pero, en mi opinión, se encontraba demasiado enferma y bajo los efectos de la medicación. No creo que pudiera considerarse una elección consciente. En su estado, no comprendía bien lo que sucedía.

Kate presentía que la solución se acercaba. Si lograba sacar las conclusiones adecuadas y establecer las conexiones oportunas habría dado con la clave. Sin embargo, por el momento, seguía a oscuras.

—El terapeuta que la trajo y la trató aquí... ¿cree que podría hablar con él?

—Está ya jubilado, pero puedo darle su nombre y dirección. Creo que sigue viviendo en Newcastle.

—Le estaría muy agradecida. En cuanto a Ryan Caswell... —Hizo una pausa, buscando las palabras. Los médicos la miraron con expectación, o quizá con impaciencia; seguro que tenían asuntos más importantes que atender—. En realidad no era su paciente. Por lo tanto, no están sometidos al secreto profesional.

—Tiene razón —admitió Alscott.

—¿Qué impresión tenían de él? Más allá de su relación con la paciente, quiero decir. ¿Dirían que tenía algún problema?

Ambos se tomaron unos segundos para reflexionar. Mannering contestó:

—Para serle sincero, no lo tratábamos mucho. Teníamos muchos pacientes que atender. Al fin y al cabo, no era más que el conserje. Lo que sí puedo decirle es que se podía confiar en él. Se ocupaba de todo: arreglaba enseguida cualquier desperfecto y todo estaba siempre en orden. Hacía bien su trabajo.

—¿Llamaba la atención por algo? ¿Alguna historia con mujeres o con chicas muy jóvenes?

—¿Chicas muy jóvenes? —repitió Mannering, extrañado.

—Sí, ¿es posible que sintiera inclinación por ellas?

—De ser así, nunca lo supimos. Su vida privada no era asunto nuestro.

—¿Saben si vivía con alguien?

El médico se encogió de hombros.

—Ni idea. Por aquí jamás trajo a ninguna novia, ni la mencionó. En ese sentido, quizá resultaba un poco raro. Era un tipo solitario, jamás contaba nada. Por otra parte, tampoco nadie se interesaba por él. No sé qué más decirle, la verdad. Por terrible que suene, en realidad solo nos fijamos en él cuando sucedió aquello con la paciente.

—¿Cómo se descubrió?

—Ella se lo contó a su terapeuta.

Kate asintió. Ese hombre era importante.

—Entonces, ¿me darían su nombre y dirección?

Media hora escasa después estaba ante el doctor Ben Russell. Por suerte seguía residiendo en la dirección que constaba en Chamberfield, y se encontraba en casa. Era un hombre bajito y delgado, con unos ojos vivos y penetrantes. Parecía inteligente y erudito, casi resultaba un poco inquietante. Kate temía que, con solo mirarla, ya hubiera descubierto todos sus problemas. Aunque sabía que eran imaginaciones suyas, inspiradas por el hecho de que la profesión de su interlocutor consistía en observar y analizar el alma de la gente.

—Sí, sí. Me acuerdo bien de aquel asunto —afirmó el terapeuta, sentado frente a ella en un pequeño salón con las paredes cubiertas de estanterías repletas hasta el techo.

Le había ofrecido una infusión, que ella aceptó encantada porque había aparcado lejos y se había congelado por el camino. Su anfitrión regresó con una taza de agua caliente y una bolsita de manzanilla. No era muy de su agrado, pero al menos entraría en calor.

Se había presentado como policía. Al instante la había dejado pasar.

—Sí, lo recuerdo bien —repitió—. Muy bien, incluso. Fue todo un drama en Chamberfield. Con razón, por supuesto. A Caswell lo despidieron en el acto.

—¿Estaba muy enamorado de la joven?

El hombre lo pensó un momento.

—Yo diría que estaba loco por ella. Además, era la primera vez que una mujer no lo rechazaba, no podía dejar escapar la oportunidad.

—¿Tenía problemas con las mujeres?

—No sé si llamarlos «problemas». En cualquier caso, no era el tipo de hombre que gusta a las mujeres. Demasiado gruñón y solitario, demasiado introvertido. Y no era especialmente guapo.

—Cuando comenzó aquella relación, ¿había otra mujer en su vida?

Russell negó con la cabeza.

—No. De eso estoy bastante seguro. Un día que salí de la clínica muy tarde me lo encontré reparando unas lámparas en la entrada. En tono de broma le pregunté si no tenía ganas de marcharse a casa y qué iba a decir su mujer. Entonces me miró malhumorado y me respondió que nadie lo esperaba, que daba igual a qué hora regresara. Y añadió que nadie lo echaría de menos si nunca volvía. Fue un poco... —Se interrumpió, dubitativo.

—¿Sí?

—Fue una respuesta llena de frustración para una pregunta hecha en broma. Llena de amargura, dolor y decepción. Su falta de éxito con las mujeres era culpa suya, pero no podía remediarlo. A todos nos resulta muy difícil cambiar, y eso si conseguimos hacerlo.

Kate asintió. A quién se lo iba a decir. Él continuó:

—Al comenzar la relación no se volvió encantador, por supuesto. Pero al menos se animó, porque por primera vez imaginaba un futuro. Mientras que los demás médicos consideraron su comportamiento inaceptable, yo sentí compasión. Lo comprendía hasta cierto punto. No era un tipo sin escrúpulos que se aprovechaba de una enferma mental. De verdad deseaba ser amado. Aunque, para ser sincero, dudo que fuera capaz de mantener la relación. Por cierto, no he vuelto a saber nada de ninguno de los dos.

—¿Ah, no?

—No. Como le digo, Caswell fue despedido. Y ella abandonó la clínica cuatro semanas después para irse a vivir con él.

—¿Le resultó así de fácil marcharse?

—En esas semanas alcanzó la mayoría de edad. Su internamiento no era forzoso, estaba allí por consejo mío, porque era maníaco-depresiva. Podía irse cuando quisiera.

—¿Y se fue a vivir con él? —Una conexión, una imagen, comenzaba a formarse en su mente.

—Sí. Por lo que sé, se marcharon de esta zona para comenzar una nueva vida. Ella nunca volvió a ponerse en contacto conmigo.

—¿Es posible que se casaran?

—Pues no lo sé... Pero sí, ¿por qué no?

Kate rebuscó en sus recuerdos. Repasó los artículos leídos, las investigaciones realizadas, las conversaciones mantenidas. Había un nombre...

—¡Linda! —dijo de pronto—. ¿Se llamaba Linda?

Él la miró sorprendido y asintió.

—Sí.

—Pues entonces se casaron. —Pensaba a toda velocidad—. Doctor Russell, quizá conozca el caso de una chica de catorce años desaparecida en Scarborough. Se llamaba Hannah Caswell, no hay ni rastro de ella.

El terapeuta hizo memoria.

—Sí, algo me suena. ¡Dios mío! —exclamó con sorpresa—. ¡Claro! Se apellida igual. ¿Es...?

—Exacto. Es la hija de Ryan y Linda Caswell.

—¡Cielo santo!

—Linda abandonó a su familia cuando Hannah tenía cuatro años. Se esfumó dejándosela a Ryan, la crio él. Pasados los años, también su hija desapareció.

—Una extraña coincidencia —comentó el hombre, un tanto inquieto.

—Así es. Usted ha dicho de Caswell que era raro, amargado y desilusionado. ¿Cree que podía estar perturbado?

—¿A qué se refiere con «perturbado»? En cierta manera todos lo estamos...

—Claro. Pero todo depende del grado de alteración. Por ejemplo, si afecta a nuestra vida diaria o a las personas que nos rodean. O si nos convierte en un riesgo para los demás...

—¿Quiere saber si lo considero peligroso? Verá, sargento Linville, nunca me ocupé demasiado de él. Creo que tenía, y seguramente sigue teniendo, grandes conflictos consigo mismo. Desde luego, tiene un problema con las relaciones, no solo de pareja sino con la gente en general. No sabe cómo actuar y ahuyenta a todo el mundo con su aspereza, aunque se muere por experimentar la amistad y el cariño. Ese es su drama. ¿Eso lo convierte en alguien peligroso? La verdad, no lo sé.

—Sus antiguos vecinos dicen que Linda se marchó precisamente por los defectos que acaba de citar.

—No me sorprende. Siempre pensé que Caswell no era la pareja apropiada para ella. La hacía retroceder en lugar de avanzar.

—¿Sería propio de Linda abandonar a su hija?

—¿Es propio de alguna mujer?

—Usted es el psicólogo...

—Linda luchaba contra una enfermedad mental. Seguramente se sentía sobrepasada por la idea de cuidar de sí misma y de una niña pequeña. Quizá no llevársela consigo fue un acto de sensatez y responsabilidad.

—¿Y dejarla con ese padre?

—Caswell no era un monstruo.

—¿Pero sería bueno para una niña?

El hombre la escrutó con atención.

—¿Adónde quiere llegar?

—Solo intento hacerme una idea de la situación —repuso ella, levantándose—. Muchas gracias por su tiempo, doctor Russell. Aquí tiene mi tarjeta, por si se le ocurre algo más.

Él la tomó.

—De acuerdo, gracias.

Se despidieron en la puerta y Kate se encontró de nuevo en la estrecha calle del centro de Newcastle, azotada por el viento. Sin embargo, apenas lo notaba. Estaba acalorada por la emoción. Porque, aún más que en la clínica, tenía la sensación de hallarse muy cerca de la respuesta.

De una respuesta que le aceleraba el corazón.

¿Por qué nadie se había percatado antes? Linda desapareció de repente, sin más. Como Hannah. Todo el mundo se dio por satisfecho con la explicación de que había abandonado a su marido, parecía de lo más comprensible.

Sin embargo, obviando aquel motivo, que en realidad nunca se había demostrado, ¿qué quedaba? El único hecho objetivo era que Linda Caswell había desaparecido. Sin dejar rastro.

Kate regresaba a Hannah una y otra vez, en la creencia de que debía volver al origen para desenmarañar la madeja.

Pero el origen no era Hannah.

Era Linda.

Dos días atrás un hombre se había presentado en Chamberfield preguntando por ella. Debía regresar e interrogar a los médicos.

Necesitaba el nombre de aquel joven. Debía averiguar por qué le interesaba tanto Linda.

Quizá Ryan Caswell no era solo una persona lacónica, introvertida, triste y antipática.

Tal vez no era solo un hombre decepcionado por la vida que se refugiaba en su soledad en espera de la muerte.

Seguramente, tampoco en su momento fue solo un conserje servicial y responsable. Linda era la primera mujer que lo había aceptado. Que quisiera apartarse de su lado lo hizo enloquecer. Estaría dispuesto a todo para evitar que lo abandonara.

Y puede que enloqueciera de nuevo cuando Hannah llegó a la adolescencia y empezó a tomar sus propias decisiones. Entonces reincidió. En su intento de conservar a las mujeres que le pertenecían.

Debía regresar enseguida a Chamberfield.

2

—Quiero ir con él —insistió Amelie.

Había repetido esas palabras cien veces aquel día. O quizá mil. Deborah había perdido la cuenta, pero no importaba, porque el mensaje estaba bien claro:

«Quiero. Ir. Con. Él».

Formulado de otra forma, era lo mismo que decir: «No quiero vivir con vosotros».

—Pues no puedes —contestó Jason, tajante—. Está en prisión provisional y de ahí irá directo a la cárcel, por muchos años. ¡Olvídalo!

—¡Jason! —lo recriminó su esposa en voz baja.

No servía de nada utilizar aquel tono con Amelie. Sin embargo, debía reconocer que mediante la comprensión y el afecto tampoco obtenían ningún resultado. Sencillamente, no había manera de hablar con ella.

—¿Para qué vamos a engañarla? —replicó él, furioso—. Nunca significó nada para Barnes, solo era un medio para conseguir sus fines. Primero se divirtió con ella y luego la utilizó para sacarnos dinero. ¡Y encima lo ayudó!

—Quiero ir con él —repitió su hija.

Deborah gimió y escondió la cara entre las manos. ¿Cuánto más empeoraría aquella pesadilla? Cuando Amelie desapareció y la creían en manos de un asesino, pensó que ningún momento de su vida podría ser más terrible que aquellas horas y días de angustia. Sin embargo, ahora que la tenía sentada delante, en la seguridad de su hogar, todo resultaba muchísimo peor. Se había convertido en una completa extraña, atrapada en su obsesión por un hombre que la había maltratado y utilizado a todos los niveles imaginables. Con quien había tramado un plan en contra de sus propios padres. Sin ningún escrúpulo, sin ningún sentimiento.

Eso era lo que más la angustiaba: la ausencia de cualquier sentimiento. El vacío en los ojos de su hija. Allí no había nada. Tenía la mirada velada y perdida.

Parecía trastornada. Inalcanzable.

—Amelie —comenzó—. Por favor, intenta entenderlo. Ese hombre no es bueno para ti. Lo que hizo...

—Lo que hicisteis —la interrumpió Jason. Se apoyó en la pared, demasiado furioso para sentarse. Demasiado enfurecido para guardar silencio.

En cierto modo Deborah lo envidiaba. Él podía enfadarse, y eso lo ayudaba. Ella solo sentía una profunda desesperación. Espanto. Indefensión. Una catarata de sensaciones horribles que siempre llevaban a la misma conclusión: «Es el fin de nuestra familia. Jamás recuperaremos lo que teníamos. Lo que éramos».

¿Cómo había podido perder así el control sobre Amelie? Durante meses mantuvo un romance apasionado con un hombre y ella, su madre, no había notado nada. Sufría una dependencia emocional total y ella pensaba que su mal carácter se debía a la adolescencia. Sentía un odio profundo por sus padres y ella estaba convencida de que era una fase normal y que se le pasaría.

—¿No pensaste ni por un segundo en el daño que nos hacías? —preguntó entristecida—. Desapareciste, creímos que te habían secuestrado. ¿Es que no imaginabas el infierno al que nos condenabas?

Amelie la miró, impasible.

—Quiero ir con él.

—Ya te puedes ir olvidando —contestó Jason.

Se encontraban reunidos en el salón.

Helen Bennett les había recomendado que no la dejaran sola.

—Debe salir de la ilusión en que se ha refugiado —les había dicho—. En su fantasía, es una mujer adulta que lleva una vida feliz con Barnes. Resultará complicado. Es como un proceso de desintoxicación.

«Tú tampoco notaste nada —había pensado entonces Deborah, sintiendo, al menos por un momento, una especie de cólera—. Vaya psicóloga de pacotilla. Te pasaste semanas hablando con ella todos los días sin ser capaz de descubrir ni una de sus mentiras».

Helen les había propuesto ingresar a su hija en una clínica, un centro psiquiátrico juvenil. Aunque solía haber largas listas de espera, les había conseguido una plaza (eso había que reconocérselo). Más adelante Amelie tendría que comparecer ante un juez de menores, pero lo esperable era que ordenara lo que ya estaba previsto: el internamiento en un centro donde recibiera cuidados psiquiátricos constantes.

—Es horrible... —le comentó después Deborah a Jason—. ¡Nuestra hija internada! Es... ¡no puedo creerlo!

—Alégrate de que exista esa posibilidad —contestó él—. Si tuviéramos que cuidarla nosotros nos volveríamos locos.

En el fondo, ella pensaba lo mismo. Amelie se había distanciado por completo de ellos y de su vida normal. Era impensable que volviera a clase y recuperara sus rutinas como si nada hubiera pasado. Que regresara a su regazo maternal como la niña alegre que había sido. Todo eso pertenecía al pasado. Podían darse por satisfechos si conseguían recuperar algunos pedazos de esa vida y construir con ellos una nueva estructura familiar que más o menos les permitiera salir adelante.

Volviendo al presente, Deborah anunció:

—Voy a ir preparando la comida. —No podían quedarse ahí sentados esperando que se pasara el día, a sabiendas de que el siguiente sería igual de espantoso—. ¿Qué te apetece, Amelie?

Esta se encogió de hombros. Su aspecto era horrible: delgada, pálida, con los ojos hundidos. Tenía el pelo desgredado y sucio.

—¿Qué tal macarrones con queso? —sugirió su madre—. Te gustan mucho.

—Me da igual.

—Pero...

—¡Déjalo de una vez! —gritó Jason—. Le da igual, ya te lo ha dicho. No insistas. Déjala.

—Solo quería...

—Ya, solo querías... Como siempre. Tú «solo» quieres que todo sea perfecto. Que Amelie disfrute su comida preferida, que tenga una habitación rosa y sea la mejor hija, que vivamos en una casa ideal y que tu marido tenga un trabajo respetado. Y, sobre todo, que nadie levante la voz o se pelee o esté desganado o pierda los nervios. No te has dado cuenta de que...

—¿De qué? —preguntó ella con voz estridente, aprovechando su pausa—. ¿De qué no me he dado cuenta?

—Bah, no importa.

—No, dime.

—Seguías comprándole esos absurdos huevos sorpresa de la Barbie mientras ella se maquillaba y tenía, como sabemos hoy, unos intereses bien distintos. Pero tú te empeñabas en tratarla como a la niñita que salía de compras contigo por el centro, tomaba leche con chocolate y te llevaba el

desayuno a la cama el día de la Madre. Estabas totalmente ciega, no veías que se encontraba lejísimo de todo eso y que cada día se alejaba más.

—¡Tú tampoco lo veías! —contestó ella, con los ojos arrasados en lágrimas. Lágrimas de incredulidad. Él también se volvía en su contra.

Se echó a llorar. Estaba claro, antes o después aquel momento tenía que llegar. El momento de echarse la culpa. ¿Quién era responsable de que su vida se hubiera convertido en una pesadilla? Así serían los próximos años. Independientemente de cómo acabara todo, la cuestión siempre sería quién había cometido qué errores y en qué circunstancias.

—Lo siento mucho —se disculpó Jason, abrumado.

—Está bien —contestó, secándose las lágrimas.

Por supuesto, nada estaba bien.

—Quiero ir con él —insistió Amelie.

Deborah buscó un pañuelo y se sonó la nariz. Luego se dirigió a su hija:

—Dime solo una cosa. El día que aparcamos en el Tesco y me fui a comprar y al volver no estabas... Cuando todo esto empezó... ¿qué sucedió? ¿Qué te hizo tomar la decisión? ¿Por qué te marchaste, sin importarte nuestro sufrimiento?

Ella volvió a encogerse de hombros, con mirada indiferente.

—¿Por qué? —chilló Deborah. No gritaba de rabia, ni siquiera en esa situación. Era desesperación. Tan profunda que la acompañaría el resto de su vida. ¿Por qué?

Su hija se giró hacia ella. Sus ojos seguían sin mostrar el menor sentimiento.

—No quería ir al viaje de clase —contestó—. Ya os lo he dicho.

Después volvió a mirar por la ventana, con la vista clavada en la distancia.

—Quiero ir con él —repitió.

3

La filtración del techo la había salvado de morir aquella noche, al menos eso creía Mandy. Tal vez no habría muerto aún, pero estaría inconsciente. O se encontraría tan débil que no podría moverse, y se habría hecho un ovillo debajo de la manta para no levantarse nunca más. Con la última luz del día anterior había descubierto la mancha de una gotera en la cocina. Quizá no era

tal, a lo mejor era simplemente una humedad. Pero daba igual. Lo importante era que, encima de la ventana, el yeso estaba mojado.

Acercó una silla y se subió con las piernas flojas, temiendo perder el equilibrio. Caerse y romperse algún hueso era lo último que necesitaba. Aunque, de todos modos, su final estaba cerca. El dolor del brazo quemado era insoportable y la otra mano, con la muñeca desollada, tenía tan mal aspecto que... que prefería no mirar. La carne viva cada vez olía peor. Debía venderla lo antes posible, pero no tenía con qué, ni el menor trozo de tejido. Había pensado que, si seguía empeorando, se quitaría la camiseta y la haría jirones. Sin embargo, se resistía a hacerlo porque se moría de frío y no quería prescindir de ninguna prenda. Al final era una cuestión de prioridades: en algún momento la herida sería peor que el frío, y entonces se vería obligada a hacerlo.

La cocina tenía el techo bajo y, con ayuda de la silla, logró llegar hasta la mancha mojada. Abrió sus resacos labios agrietados y lamió la humedad. Sabía muy raro, a cal, pero lo importante era que allí había agua. Puesto que no llovía, debía tratarse de la humedad del ambiente, que se condensaba en el tejado porque, en comparación con el exterior, la casa (por increíble que pudiera parecer) conservaba cierto calor. Quizá fuera gracias a la estufa de propano, que había funcionado los días anteriores. Mandy lamía y lamía, no podía parar. Nada le había parecido nunca tan maravilloso. Jamás había sentido semejante alivio, nunca había experimentado cómo era recobrar las fuerzas perdidas.

Era increíble: la ínfima cantidad de agua absorbida realmente le daba energías. Se sentía mejor. Pensaba con más claridad. Ya no le parecía que se quedaría dormida en cualquier momento.

Al bajarse de la silla rogó al cielo que el agua se siguiera condensando. Sabía que su vida dependía de aquella mancha húmeda.

Pasó toda la noche levantándose a intervalos regulares para atravesar la oscuridad, envuelta en la manta, y encaramarse a la silla para obtener otro poco de humedad. Aunque tenía fiebre, parecía medianamente controlada: no bajaba, pero tampoco subía. A pesar de todo, debía salir de allí como fuera. El agua le había devuelto las ganas de vivir, pero eso no era suficiente. Se encontraba en las últimas y pronto su organismo colapsaría. Estaba gravemente herida y desnutrida.

La mañana siguiente la pasó intentando encontrar una vía de escape. Examinó cada palmo de la casa: la puerta, las ventanas, las paredes, el suelo, el techo. ¿Había un sótano? ¿Había zócalos sueltos, bisagras mal atornilladas,

rejas poco firmes? También buscaba cualquier herramienta. No sabía muy bien qué necesitaba, pero esperaba darse cuenta cuando lo viera. No obstante, no halló nada. Absolutamente nada. Ni algo que pudiera servirle de instrumento, ni ningún punto flaco en la casa. Era como una mazmorra. Había descubierto unas extrañas manchas oscuras junto a la puerta y, en algunos sitios, el papel de la pared estaba arañado. Podían ser señales de que, antes que ella, alguien había luchado por salir de allí. La misma persona que se había bebido el agua de la cisterna.

Intentaba no pensar en ello. Era demasiado horrible.

Cada poco tiempo se asomaba al exterior y recorría el paisaje con la mirada. Había decidido romper una ventana en cuanto viera a alguien, y gritar pidiendo auxilio. Pero sabía que no había nadie en kilómetros a la redonda.

En un bolsillo de los vaqueros encontró la caja de cerillas que compró para poder calentar conservas cuando se coló en el cobertizo. ¿Cuánto hacía de eso? Una eternidad. Se quedó mirándolas, pero no se le ocurría qué hacer con ellas. ¿Prender fuego a la puerta? Las llamas acabarían avanzando hacia dentro. El riesgo de morir carbonizada era demasiado grande.

A mediodía se encontraba al borde de las lágrimas; empezaba a comprender que no hallaría una salida. Estaba perdida. Ya había examinado cada centímetro cuadrado, era absurdo creer que aún podía dar con algún resquicio. No había nada de nada.

«Piensa —se dijo—. Piensa... También creías que te morirías de sed y encontraste la humedad. A veces las soluciones aparecen».

Sin embargo, sabía que había tenido una suerte increíble con el agua y que los golpes de fortuna no suelen repetirse. Además, ya lo había revisado absolutamente todo. Era humanamente imposible que de pronto se le presentara alguna oportunidad.

—Me voy a morir —susurró.

Las palabras le resultaron extrañamente tranquilas y neutras. Esa falta de emoción ¿se debía a que, en el fondo, no creía que fuera a fallecer? ¿O a que se encontraba demasiado debilitada? Sentía ganas de llorar, pero no lo conseguía. Quizá estaba tan deshidratada que su organismo ya no producía lágrimas.

Se encaramó de nuevo a la silla y lamió la humedad, pero la sensación de recuperar la energía no se repitió. No era suficiente. Se le mojaron un poco los labios y la lengua, eso fue todo. Lo del día anterior había sido una ilusión que había despertado sus últimas fuerzas. Sin embargo, el engaño había dejado de funcionar.

Bajó de la silla y se arrastró hasta la estancia principal, donde se envolvió en la manta. La mano ya no olía mal, apestaba. Con gran esfuerzo se quitó el abrigo, el jersey y la camiseta. Después se quedó tan agotada que necesitó esperar unos minutos para vestirse de nuevo. Tiritaba de frío, aunque notaba mucho calor y le ardía la cara. Le estaba subiendo la fiebre.

Había pensado rasgar la camiseta en tiras para poder vendarse por un lado la quemadura y, por otro, la muñeca. Como carecía de fuerzas para desgarrarla, se limitó a envolverse la mano de cualquier manera, en un lío informe. No creía que sirviera de mucho. En realidad, ya nada servía para nada.

Se acurrucó en el suelo y se abandonó a la fiebre. Avanzaba en oleadas que le calentaban el cuerpo y la sacudían en estremecimientos. Lo agradeció, porque así el frío parecía disminuir. Aunque sentía en las heridas los latidos de su corazón acelerado, no le dolían tanto como antes.

Tal vez morir no fuera tan malo. Simplemente se dormiría. Se dejaría llevar.

Sonrió.

Entonces oyó un coche.

A pesar de la fiebre y de su extrema debilidad, en un segundo se encontró perfectamente lúcida. Se incorporó al instante, preguntándose si lo habría imaginado. No. Ahí estaba de nuevo: se acercaba un coche. Y conocía el ruido del motor. En absoluto se trataba de un conductor providencial que pudiera prestarle ayuda.

De pronto, la mente le funcionaba con increíble claridad. Una o dos horas atrás (o quizá más, había perdido la noción del tiempo) intentaba convencerse de que todo acabaría bien. De que las ocasiones, oportunidades y posibilidades podían presentarse cuando menos te lo esperas. Pues bien, aquello no era exactamente lo que se había imaginado. Pero al menos esa situación era real, y podía sacarle partido.

De acuerdo. En uno o dos minutos se abriría a puerta. Contaba con una importante ventaja: ya no estaba encadenada, podía moverse con libertad. Y tenía el factor sorpresa de su parte.

Se desenvolvió de la manta a la velocidad del rayo. Con una descarga de adrenalina y en posesión de nuevas (y seguramente últimas) fuerzas, la colocó en el suelo como si ella estuviera debajo. Por supuesto se notaba la ausencia del brazo encadenado a la pared, pero quizá aquel truco le proporcionara al menos unos segundos de ventaja. Si todo salía bien, no necesitaba más tiempo.

Se deslizó con total sigilo hasta la cocina. El plan se le ocurrió en aquel mismo momento, pues jamás se había planteado esa posibilidad, de entre las muchas que había barajado.

Llegaba de un modo totalmente inesperado. Como la mayoría de las cosas cruciales de la vida.

Sacó una botella de las cajas de refrescos y la rompió contra el fregadero. Perfecto.

Ahora poseía un arma cortante. Si no quedaba otro remedio, podía rebanarle el cuello a cualquiera.

Estaba decidida. En ninguna situación, en ningún momento de su vida se había sentido tan decidida como entonces. Porque era su única oportunidad.

Esperó como un animal que acecha a su presa.

En silencio. Lúcida. Tensa. Lista para el ataque.

Se oyó la llave en la cerradura.

4

Kate aparcó ante una sobria casa de Victoria Road, sacó el móvil y llamó a David. Como no contestó, le dejó un mensaje en el buzón de voz: «Soy yo. Son casi las dos, ya estoy de vuelta. Quiero entrevistarme con una persona más, después pasaré a recoger a Messy y vamos a tu casa, ¿te parece?». Se quedó pensando en aquellas palabras maravillosas: «Vamos a tu casa».

Sonrió, levantó la cabeza y se miró en el retrovisor. Le parecía que tenía los ojos más grandes y brillantes. Estaba más guapa. Nunca sería una belleza, pero aquel resplandor interior suavizaba sus rasgos, que se veían más alegres y relajados. Ya no mostraban la dura determinación que siempre la había caracterizado y que echaba para atrás a la gente. Ahora su expresión era amable y abierta.

Sonrió de nuevo, cosa que jamás hacía antes, y ya se disponía a apearse cuando le llegó un mensaje. Un whatsapp. Lo miró, convencida de que era la respuesta de David, pero se trataba de Colin. Exhaló un fuerte suspiro.

«Kate, no puedes tratarme así. ¿No quieres que nos veamos más? De acuerdo. Pero al menos deberías tener la decencia de decírmelo a la cara en lugar de refugiarte en el silencio. Voy de camino a Scarborough, llegaré a media tarde. He encontrado tu dirección. Tenemos que hablar. Por favor, no me evites. Tengo derecho a saber por qué me has dejado».

—¡Joder, pero si ya te lo he dicho! —exclamó ella.

Al final le había hablado de David. Con mucho tacto, para no herirlo. A pesar de que no tenía por qué darle explicaciones.

Pero daba igual, el tipo se presentaría en su casa a media tarde. A esa hora seguramente estaría ya con David, pero, si no era así, no pensaba esconderse. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar. Le diría las cosas sin rodeos para que le quedara claro, de una vez por todas, que no quería verlo más. Nada de charlas. Tan solo un par de frases cortantes para que al fin lo comprendiera.

«Menudo plasta», pensó.

Después se bajó del coche y lo cerró. Contempló la fachada de la casa. Era de los años cincuenta, muy sencilla, algo descuidada. Enlucido gris, ventanas descascarilladas. Sólida, eso sí.

«Un poco como yo —reflexionó. Enseguida se corrigió—: Antes de conocer a David, claro».

Estaba en la dirección que había encontrado en la guía telefónica después de que un exasperado doctor Mannering le proporcionara el nombre del joven que había preguntado por Linda Caswell. No estaba muy seguro, pero creía que había mencionado que residía en Scarborough. Por suerte, era así. El doctor había resoplado sin disimulo cuando Kate volvió a visitarlo, pero ella ya estaba más que acostumbrada. Los investigadores siempre acaban enervando a la gente. Es parte del trabajo.

—¿Brendan Saunders? —preguntó, sonriendo con amabilidad.

Optó de nuevo por la Kate periodista. El instinto le decía que era lo mejor porque, con la mención a la policía, ese hombre se habría cerrado en banda. Lo supo en cuanto abrió la puerta, y entonces fue cuando decidió su estrategia.

—¿Sí? —contestó él.

Parecía nervioso, desconfiado, inquieto. Era evidente que no recibía muchas visitas. Daba la sensación incluso de estar asustado.

—Kate Linville. Soy periodista.

—¿Sí? —repitió. Le temblaba el ojo izquierdo.

—Me gustaría hablar un momento con usted.

No hizo el más mínimo gesto de dejarla pasar.

—¿Sí? —repitió, por tercera vez.

Kate pensó que tal vez debió decidirse por Scotland Yard, pero ya era tarde. Si cambiaba de identidad lo confundiría aún más y no sería capaz de

decir ni siquiera «¿sí?».

—Señor Saunders, me ha dado su nombre el doctor Mannering, de la clínica Chamberfield, cerca de Newcastle.

—¿Sí?

¿Se sabría alguna otra palabra?

—Fui allí porque estoy escribiendo un artículo sobre mujeres desaparecidas. Para ser más exacta, sobre una serie de jóvenes que han desaparecido aquí, en Scarborough: Saskia Morris, Hannah Caswell y Linda Caswell.

El hombre hizo un esfuerzo por reaccionar. Quizá acabara de comprender que no podía quedarse ahí parado como un tonto. Por fin, empezó a hablar:

—¿Cómo...? Eh... ¿Y por qué viene a verme a mí?

—Estuve en Chamberfield para investigar sobre Ryan y Linda Caswell, y me dijeron que usted había preguntado por ella hace unos días. Al parecer, le interesaban los síntomas de su enfermedad. Sin embargo, no le proporcionaron ningún dato por el secreto profesional.

—Así es. Una pena.

Kate volvió a sonreír.

—Señor Saunders, ¿me permitiría pasar un momento? Me gustaría preguntarle algunas cosas, especialmente sobre Ryan Caswell.

El hombre dudó. Saltaba a la vista que no tenía ninguna gana de charla, pero no se le ocurría ninguna excusa. A regañadientes, dio un paso atrás.

—Está bien. Pero estoy trabajando y...

—No le quitaré mucho tiempo. ¿En qué trabaja?

—Soy escritor.

Kate nunca había oído su nombre ni lo había visto en ninguna cubierta.

—¡Qué interesante! ¿Y qué está escribiendo?

—Una gran novela sobre el Brexit.

—Vaya, es un tema muy actual.

La llevó al salón, donde quitó una pila de periódicos de un sillón.

—Por favor, siéntese.

Él se acomodó en un taburete. Estaba más nervioso que antes, tenso y muy inquieto. Se retorció las manos. Había algo raro en él. Aunque quizá lo había pillado inmerso en el trabajo y su visita lo había desconcertado. Ya se sabe que los escritores son gente peculiar.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla? —Se había recompuesto bastante.

—Como le decía, preparo un reportaje y cualquier información me interesa. Me estoy centrando en el comienzo, en la primera chica

desaparecida: Hannah Caswell. He descubierto que, hace muchos años, también su madre se esfumó sin dejar rastro, de un día para otro.

—Abandonó a su familia.

—Esa es la versión oficial, sí. Pero ¿hay pruebas? ¿Alguien ha sabido algo de ella después?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. No sé, creo que no.

—¿Cuál es el parentesco entre ustedes?

Él reflexionó.

—Bastante lejano. Somos primos en quinto grado o así. Lo que a mí me importa es el tema de las depresiones.

—Es cierto, Linda era maníaco-depresiva. ¿Por qué le interesa tanto?

—Porque padezco depresión.

—Entiendo. Lo lamento mucho, señor Saunders. Verá, puedo entender que Linda abandonara a su familia, incluso con una niña pequeña. Si era infeliz y se sentía demasiado enferma para cuidar de su hija... Pero de verdad me cuesta creer que nunca más se pusiera en contacto con ella. Más adelante Hannah desapareció. Según el padre y los medios de comunicación, podría ser víctima de un depredador sexual e incluso haber sido asesinada. Salió en todos los periódicos. ¿Y ni siquiera entonces su madre reapareció?

—A lo mejor vive en el extranjero, muy lejos.

—Puede ser. Se barajó que quizá en Australia, porque tiene familia allí. Pero, aun así, Australia sigue estando en este mundo. ¿No pudo retomar el contacto ni una sola vez en todos estos años?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Me pregunto si es verdad que Linda Caswell está viva.

Él la escrutó con los ojos entornados.

—¿A qué se refiere?

—Seré más precisa: me pregunto si realmente se marchó. Si la historia es cierta.

—¿Qué historia?

—La que dice que era muy desgraciada y que un día, harta, hizo las maletas y se largó, abandonando a su marido y a su hija y desapareciendo para siempre de la faz de la tierra.

—Esas cosas pasan.

—Lo sé. También me consta que aquel matrimonio no era especialmente feliz, me lo han contado varias personas que los conocían. Con su continuo mal humor, su brusquedad y su falta de empatía, Ryan no era el mejor

compañero para Linda, que además sufría un trastorno. Imagino que no se mostró muy comprensivo con sus problemas, más bien al contrario. Por eso no le sorprendió a nadie que al final ella se marchara.

—Yo opino igual. Es decir, no me extraña que se fuera.

—¿Conoce a Ryan Caswell?

—Solo de manera superficial.

—¿De manera superficial? Era el marido de su prima...

—En quinto grado, no lo olvide. Estamos muy alejados, en realidad ni siquiera sé si puedo llamarla «prima». A Ryan lo vi una vez en una reunión familiar, solo nos dimos la mano. Aparte de «hola» no cruzamos ni una palabra.

—Pero ¿qué pensó de él?

—No me cayó bien. Lo encontré antipático y algo... perturbado.

—¿Perturbado?

—Sí, en el sentido de que parecía incapaz de comunicarse con los demás. Llegué a pensar que era autista. Con su cara de malas pulgas, su mal humor... Me pregunté por qué Linda se había casado con él. ¡Con lo joven y guapa que era! Él le sacaba muchos años y era un tipo muy raro. Me costaba mucho entenderlo.

—¿Y llegó a alguna conclusión? ¿Por qué cree que se casó con él?

Saunders sacudió la cabeza.

—Es difícil de decir. Lo conoció en Chamberfield, quizá cuando atravesaba un mal momento. Internada en un centro psiquiátrico... Al ingresar solo tenía dieciséis años, a esa edad las chicas lo que quieren es divertirse, salir, tener novios, maquillarse, comprar ropa... No pasarse el día encerradas en una clínica tomando montones de antidepresivos. A lo mejor Ryan le pareció una vía de escape, una oportunidad. En cuanto pudo se fue a vivir con él. Creo que pensó que así dejaría atrás sus problemas. Pero él era la persona menos indicada.

—¿Sabe qué sucedió cuando lo abandonó? ¿Cómo fue?

—Yo no estaba ahí para verlo.

—Pero imagino que en la familia correrían rumores. Algún comentario le llegaría, por lejano que sea el parentesco.

Él suspiró. Kate notó que había empezado a sudar. Aquella conversación lo incomodaba muchísimo.

—Por lo que oí, Ryan volvió un día a casa y descubrió que ella se había marchado. La niña estaba en el salón, delante de la tele, viendo un DVD puesto en bucle que reproducía la misma película una y otra vez. Tenía

alrededor todos sus peluches, una botellita con una infusión y un montón de galletas de chocolate. No había ni rastro de Linda. Faltaban una bolsa de viaje y gran parte de su ropa. Por eso Ryan dio por hecho que se había largado. Ella nunca volvió a ponerse en contacto con él.

—¿Nadie se planteó que le hubiera ocurrido algo?

—¿Algo de qué tipo?

—Pues no sé. Pero si un hombre vuelve a casa y descubre que a su esposa se la ha tragado la tierra, parece lógico que crea que le ha pasado algo.

—Faltaba su ropa, y no había signos de lucha. Aunque la niña solo tenía cuatro años, si hubiera visto algo lo habría contado. Que yo sepa, nadie se planteó otra hipótesis.

—Y... —comenzó Kate, con cautela—. ¿Qué hay del propio Ryan? ¿Alguien en la familia expresó alguna sospecha? ¿Le llegó a usted alguna insinuación en ese sentido?

—¿En qué sentido?

—¿Nadie sugirió que Ryan estuviera implicado en la desaparición de su esposa?

Saunders la miró con atención. Continuaba entrelazando nerviosamente las manos y de pronto parecía muy alerta.

—¿Acaso ha encontrado algo que...?

—Solo me planteo todas las posibilidades. La coincidencia me parece bastante extraña: primero desaparece la madre y, años después, la hija. En fin, me resulta llamativo.

—¿Y por qué me cuenta a mí todo esto? ¿Solo porque fui a la clínica a interesarme por Linda?

—¿Cuál es el motivo de ese interés, señor Saunders? Han transcurrido muchos años, ¿por qué preguntar ahora?

—Ya se lo he dicho, por mis depresiones. Quería que me confirmaran si podía tratarse de un problema genético.

—Sobre ese tema hay muchísima información en internet, no necesitaba hacer el viaje. Así que le repito la pregunta: ¿por qué precisamente ahora?

—Porque precisamente ahora no me encuentro bien. Nunca me he sentido muy fuerte, pero ahora mismo estoy fatal. No puedo con la vida. Mi libro no avanza, estoy bloqueado. Sufro mucho a nivel emocional.

—Lo entiendo. Pero ¿de qué le servirían los médicos de la clínica? Que, por cierto, no atendían a su prima. ¿En qué creía que podrían ayudarlo?

—Me proporcionaron la dirección del terapeuta que la trataba.

—El doctor Russell.

—¿También ha ido a verlo? Yo fui a visitarlo, pero no estaba en casa.

—Está jubilado, así que dudo que pueda ayudarlo a solucionar su trastorno. Por lo tanto, sigo sin entender qué pretendía. De acuerdo, quizá la confirmación de que sus depresiones son heredadas. Pero ¿y qué? Eso no va a servirle de mucho.

—Al menos sabría que es algo genético, que no es culpa mía. Que no se debe a mi estilo de vida o a mis malas decisiones. Está en mis genes, no tiene nada que ver con mis errores.

Kate reflexionó. Empezaba a entender un poco sus motivos. Aquel hombre se culpaba por su tristeza continua, sus crisis y su melancolía. Seguramente pasaba horas y días enteros cavilando sobre sus errores. Supondría un alivio saber que se trataba de una enfermedad hereditaria inevitable, independiente de sus decisiones vitales.

Aun así, le extrañaba mucho el momento que había elegido. Su rostro ajado y atormentado demostraba que llevaba años luchando contra la depresión, no era algo que había comenzado hacía poco, como consecuencia del bloqueo con su libro. Y, sin embargo, había visitado Chamberfield tan solo unos días atrás.

Quizá era casualidad. Pero quizá no.

El doctor Mannering no le había contado nada de su conversación con Saunders. «Eso tendrá que preguntárselo a él», fue todo lo que dijo.

El hombre le daba mala espina. Su nerviosismo, su sudor, el hecho de que no parara de estrujarse las manos. Tal vez tomaba una medicación con aquellos efectos secundarios... Pero aun así. Había notado algo en él desde el primer momento. Algunos investigadores poseen un instinto para esas cosas, que se va refinando y haciendo más sensible con el paso de los años. Ese instinto se había activado en Kate. Aún no se formalizaba como pensamiento, era solo una vaga sensación. Pero estaba ahí, de forma innegable.

Algo no acababa de encajar con aquel tipo, aunque no sabía el qué. Ni si resultaría relevante para el caso.

Se levantó, y Saunders se apresuró a hacer lo mismo. Quizá aliviado porque al fin se marchaba.

—Bueno —comenzó ella—, entonces tendré que seguir buscando. No pararé hasta averiguar la conexión entre Linda, Hannah y las otras chicas.

Entonces él se aclaró la garganta. Parecía haber tomado una decisión.

—No fui a Chamberfield solo por las depresiones.

Kate, que ya se dirigía a la puerta, se detuvo en seco.

—¿Ah, no?

—No. Verá... En realidad fui por la misma razón por la que usted me hace todas estas preguntas. Por el marido de Linda, por Ryan Caswell.

—Pero pidió información sobre Linda.

¡Lo sabía, lo había intuido! El interés principal de Saunders no era su propio trastorno.

—Es cierto, pero lo que quería averiguar era si los médicos consideraban posible que se hubiera marchado sin más. Que hubiera dejado a su hijita viendo la tele y se hubiera esfumado. Quería saber si su enfermedad explicaba un comportamiento así. Por desgracia, no me contaron nada. Me dieron el nombre y la dirección de ese doctor jubilado que, como ya le he dicho, no estaba en casa.

Kate sintió que se le aceleraba el corazón. Ahí había algo, algo que casi podía tocar.

—¿Acaso sospecha de Ryan Caswell?

Él asintió. Se estrujaba tan fuerte las manos que en cualquier momento podría romperse un dedo.

—Sí.

—¿Tiene motivos?

Contestó sin mirarla.

—Siempre los he tenido, y más después de lo de Hannah. Pero no había nada... No podía probarlo. Era una sensación, la impresión de que largarse así no era propio de Linda. Y de que algo no iba bien con Caswell.

—¿A qué se refiere con eso de que «algo no iba bien»?

—Es un tipo muy raro. Hace unas semanas volví a verlo, en la ciudad. Me mantuve a distancia, él no me vio a mí. Esa expresión... ese odio hacia el mundo. Y entonces recordé algo que me contó Linda cuando aún estaban casados.

—¿Qué le contó?

—Que la controlaba a todas horas. Que no podía dar ni un paso sin decirle lo que hacía. Que siempre quería conocer sus planes, adónde iba y cuándo pensaba volver. Si se retrasaba, le montaba una escena. La trataba como a una niña pequeña. Le recordaba continuamente que era una enferma y que debía hacer lo que él dijera. Se sentía como un animal enjaulado.

—Entonces no parece extraño que se fugara...

—No, claro que no. Por eso no podía estar seguro... Pero después desapareció Hannah, y luego Saskia Morris, y luego Mandy Allard.

«Mandy Allard».

Se quedó helada. Mandy Allard. Ella conocía el nombre gracias a Caleb. No había aparecido en los medios. ¿Cómo lo sabía Saunders?

Por suerte se dio cuenta a tiempo de que, en principio, tampoco ella debía conocerlo.

—¿Mandy Allard? —preguntó, fingiendo extrañeza—. No me suena de nada. ¿Es otra chica desaparecida?

Él asintió.

«Es imposible que lo sepa», pensó Kate.

—¿Y usted sospecha que Ryan Caswell es el responsable de su desaparición? ¿Igual que en los otros casos?

Él se la quedó mirando un rato, pensativo. Estaba examinando sus opciones y valorando los riesgos.

—Lo sé —dijo al fin. Y tras una breve pausa añadió—: Sé dónde está Mandy Allard.

5

Conducía él, aunque viajaban en el coche de Kate. Se había empeñado.

—Es mejor así. Resulta más fácil que si tengo que darle instrucciones. El camino es complicado.

Se dio cuenta de que Brendan Saunders tenía otra cara. Detrás del individuo depresivo y nervioso que sudaba y se estrujaba los dedos hasta casi rompérselos, apareció un hombre de gran determinación y poseedor de una dureza con la que había logrado imponerse. Tenía un plan. Era como si ya no tuviera nada que perder. Y como si estuviera decidido a cumplir su cometido.

—No tengo coche, tendremos que ir en el suyo. Pero yo conduzco —había dicho, empapado en sudor.

—Señor Saunders, mi coche solo lo conduzco yo.

—Bueno, si quiere lo dejamos. Usted decide.

Sabía que era una locura subirse al vehículo con él, cederle el volante y dejarse llevar a un lugar cuya localización desconocía. Definitivamente, había algo raro en aquel hombre. Quizá Ryan Caswell fuera el responsable de todo, pero estaba claro que el papel de Saunders no se limitaba al de un pariente desconfiado que lo había descubierto.

¿Sabía dónde estaba Mandy Allard y no había acudido a la policía?

Kate había intentado razonar con él.

—Señor Saunders, si sabe algo sobre Ryan Caswell que pueda demostrar que es un asesino, y si además conoce el paradero de su última víctima, debemos avisar a la policía. Inmediatamente. —Y sacó el móvil.

Oyó cómo le crujían los nudillos.

—Si llama a la policía no le diré nada más. Nada.

Ella lo escrutó, intentando evaluarlo. No era el tipo de hombre que aguanta mucho tiempo en un interrogatorio, sino más bien un blandengue. Sin embargo, hasta cierto punto estaba realmente trastornado. Sin duda se vendría abajo, pero no diría la verdad. Lloraría. Procuraría ganar tiempo.

Como si pudiera leerle la mente, él dijo:

—A la chica no le queda mucho. En realidad, no sé si llegaremos a tiempo.

—Si corre peligro debemos avisar a la policía y a emergencias.

Él se secó el sudor de la cara con un gesto nervioso.

—O me acompaña o no digo una palabra más.

—Señor Saunders, está cometiendo un delito. En serio, esto no está bien.

¡Crac!

Se planteó ponerle la placa delante de las narices, a lo mejor así lo doblegaba. Pero el riesgo de que enmudeciera del todo era demasiado grande: quizá eso originara un retraso que le costaría la vida a Mandy Allard.

Aunque, claro, todo aquello podía ser un farol.

Maldijo para sus adentros. No tenía ocasión de llamar a nadie, al menos no en aquel momento. Dentro de lo malo, no dejaba de ser una ventaja que condujera él. Así ella tendría las manos libres y cierta libertad de movimientos. Llevaba el móvil en el bolso.

Sin ninguna duda, a ojos de sus compañeros y superiores, estaba cometiendo un terrible error. Lo que se disponía a hacer contravenía todos los reglamentos que había estudiado en su vida.

Sin embargo, había decidido jugárselo todo a una carta.

—De acuerdo. Usted conduce. ¿Me llevará con Mandy? —procuró sonar como una reportera incapaz de resistirse a una buena historia. Dispuesta a salvar a la chica con tal de conseguir una exclusiva.

Saunders cogió la llave y bajó las escaleras muy pegado a ella. No le había dado oportunidad ni de enviar un mensaje.

Ya llevaban en la carretera más de dos horas. Atravesaban aquel día triste, en que el viento del este azotaba el gris mar del Norte. Un paisaje monótono y solitario.

Saunders era un conductor experimentado. No parecía tan nervioso como antes. Se había hecho con el control de la situación.

«Mientras que yo lo he perdido del todo», pensó Kate, con pesar. Fingía mirar tranquilamente por la ventanilla, pero su cabeza trabajaba a toda velocidad. ¿Qué podía hacer? ¿Qué era todo aquello?

¿Cuál era el papel de Saunders?

—Conozco a Mandy —dijo este, de repente—. Por eso... —No añadió nada más, pero ella intuyó lo que quería decir: por eso quería ayudarla.

—¿La conoce?

—Sí, vivió un tiempo conmigo. Se encontraba mal. Su madre le tiró encima el agua de un hervidor y le quemó un brazo. Por eso se fugó de casa.

«Sufrió una agresión de su propia madre», había dicho Caleb. Y: «Mandy Allard es un caso distinto».

Pues estaba claro que no lo era. Por otra parte, Saunders la conocía de verdad: sabía demasiados detalles.

—Cuando se fugó ¿se fue a vivir con usted?

Él asintió, con cierto orgullo.

—La recogí en la calle, en un estado lamentable. La quemadura necesitaba cuidados, no tenía dónde dormir y estaba sucia y hambrienta.

—¿Y se fue con usted sin más? ¿Con un completo desconocido?

—No tenía otra opción. Dudo que hubiera aguantado un día más en la calle.

«¿Y qué pasó después?».

—¿Y luego qué sucedió? —preguntó.

Él hizo una mueca de desprecio.

—Se quedó una semana conmigo, la traté muy bien. Le dejé mi cama, yo dormía en el sofá. Compré medicinas para la quemadura, le preparaba la comida... Hablábamos mucho, durante horas. Me contó cosas de su familia, que no la soportaba más. Me habló de sus planes... En fin, de todo. La escuché sin descanso.

Sonaba ofendido. Al parecer, Mandy no se había mostrado lo bastante agradecida.

—Entiendo —dijo Kate. Le prestaba atención al tiempo que procuraba no perder la orientación. Ya habían pasado Newcastle y seguían hacia el norte.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Queda un trecho.

—¿Y luego usted la llevó donde está ahora?

De nuevo la expresión de desprecio.

—No. Se escapó.

—¿Se escapó?

—¿Se escapó? —la remedó él con ironía—. ¿Es que no sabe lo que significa? ¡Se largó!

De repente se había puesto muy nervioso.

—Claro, comprendo —repuso ella, en tono tranquilizador—. Pero ¿por qué? Teniendo en cuenta que usted se había sacrificado tanto, y lo mucho que la había cuidado...

En realidad entendía que la chica pusiera pies en polvorosa. Lo raro era que hubiera aguantado una semana. Aquel hombre no estaba bien de la cabeza, sin duda Mandy lo había notado y se quedó solo el tiempo necesario para recuperar fuerzas.

—Creo que interpretó mal una conversación telefónica —explicó él—. Creyó que estaba llamando a la policía.

«Cosa que debiste hacer en el acto —pensó Kate—, en lugar de meter en tu casa a una menor de catorce años y dedicarte a tratar de salvarla».

—¿Y con quién hablaba en realidad?

Saunders la fulminó con la mirada.

—¡Eso no es cosa suya!

—Perdone. Ha sido una pregunta indiscreta.

—Pues sí —contestó con un gruñido.

Kate se sentía cada vez más inquieta. Miró su reloj a hurtadillas. Casi las cuatro. Se había metido en serias dificultades. Viajaba con un hombre de lo más turbio hacia el norte del país, internándose en parajes cada vez más solitarios con el fin de... ¿de qué? En el mejor de los casos, de rescatar a una chica desaparecida.

Pero ¿realmente pretendería Saunders liberarla? Si estaba implicado en la historia, no parecía que eso le conviniera mucho. Y sin duda estaba implicado, de lo contrario no podía saber dónde se encontraba Mandy. Si es que lo sabía. Si es que todo aquello no era una trampa en la que había caído como una tonta.

Sintió un escalofrío. Cuanto más se alejaban, más crítica se volvía su situación. Por un momento consideró la opción de abrir la puerta y tirarse del coche. Pero circulaban por la A1, que en algunos tramos era autopista y en otros autovía. Saltar en marcha podía tener consecuencias fatales.

Repasó mentalmente la charla que habían mantenido en el piso de Saunders. A mitad de la conversación se había producido un vuelco radical. Como si él hubiera cambiado de estrategia, o como si de pronto se le hubiera

ocurrido un plan. Primero le había hablado de sus depresiones y de lo mal que se sentía. Le contó que fue a Chamberfield para descubrir si su trastorno era genético, cosa que demostraría que su estilo de vida no era la causa de su enfermedad. Y Kate creyó entenderle, aquello le pareció comprensible.

Sin embargo, después de que ella revelara sus sospechas sobre Ryan Caswell, su discurso cambió por completo. De pronto confesó albergar los mismos celos que ella. Aseguró que no había ido a la clínica en busca de respuestas para sus depresiones, sino para descubrir si era posible que Linda abandonara a su hija para siempre. Se había adaptado a la historia de Kate, de pronto seguía las mismas pistas que ella. Y, justo al final, se había sacado de la manga el as de Mandy Allard. A pesar de ese giro más que sospechoso, Kate se había embarcado con él en un viaje con destino desconocido. Sin avisar a nadie, aunque era cierto que no había tenido ocasión. Jamás debió hacerlo.

Con un leve gemido, apoyó la frente ardiendo en la fría ventanilla. No lograba establecer la conexión entre los hechos que conocía. Sin embargo, comenzaba a entender que Ryan Caswell no estaba implicado en todo aquello. Y que, muy probablemente, quien conducía su coche era el asesino del páramo. Se había dado cuenta de que Kate representaba una amenaza. La típica periodista decidida y perseverante que podía causarle problemas. Lo había localizado por su visita a Chamberfield.

«Lo absurdo es —reflexionó ella— que yo no habría llegado más lejos».

Si hubiera mantenido la versión de que fue allí por sus depresiones, ella no habría seguido investigando, puesto que la historia le pareció creíble. Pero aquel hombre no quería correr ningún riesgo.

De ser cierto lo que había dicho, era primo de Linda. Su descripción del comportamiento tiránico de Ryan concordaba con lo que Kevin Bent le había contado sobre la educación de Hannah. De modo que, al menos en apariencia, Saunders conocía la dinámica familiar. Si de verdad era un pariente, Linda podría haberse marchado con él por su propia voluntad. Y después Hannah, muchos años después.

Pero ¿y Saskia Morris? ¿Y Mandy Allard?

El corazón le iba a mil por hora. Con una voz que, para su propia sorpresa, sonaba más interesada que asustada, preguntó:

—¿Qué pasó después de que Mandy se fuera de su casa?

Él la miró.

—Entonces se metió en verdaderos problemas. ¡Muy serios!

—¿Porque la encontró Ryan Caswell?

—Porque es tonta. De remate.

Habían abandonado la A1 y avanzaban por carreteras comarcales. Kate deseó que atravesaran alguna población. Tendrían que parar en algún semáforo y habría casas y personas, algún lugar donde refugiarse si se tiraba del coche. Pero ya habían llegado a Northumberland, donde nunca había estado. Aunque le habían contado maravillas: que estaba deshabitado, que podías caminar durante horas sin cruzarte ni un alma...

«¡Joder! ¡Nunca debí meterme en esto!».

Tal vez Mandy Allard ya no estaba con vida. Saunders la había utilizado como medida de presión. Y le había funcionado a la perfección.

Pretendía librarse de Kate en un lugar bien apartado.

¿Y si le decía que era policía? ¿Y si sacaba la placa? Quizá se asustara y perdiera el valor.

Aunque también podía producir el efecto contrario y convencerlo aún más de su decisión. Decidió reservar ese triunfo (si es que lo era) para más tarde.

¿Alguien la echaría de menos? Seguramente solo David, que se empezaría a extrañar a partir de las cinco. Sobre las seis y media o las siete se preocuparía seguro. Se preguntaría dónde estaba y la llamaría al móvil. Obviamente, Saunders no le permitiría responder. Si es que para entonces seguía viva...

Había sido una estúpida. Una auténtica estúpida.

Como Mandy. Ya lo había dicho Saunders: «Tonta de remate».

¿Y Colin? En aquel momento estaría ya ante su puerta. O, como mucho, en el plazo de una hora. Vería que no se encontraba en casa. ¿Y entonces? No tendría modo de mejorar su situación. Y, por desgracia, tampoco la de Kate.

«Piensa, Kate —se ordenó—. Mantén la cabeza fría».

—Esto es Northumberland, ¿verdad? —preguntó.

«¡Debo descubrir dónde estamos!».

—Sí —contestó escuetamente.

—Señor Saunders, esta noche tengo un compromiso importante. ¿Podría decirme cuánto nos queda? Es para calcular el tiempo que necesito para regresar...

Estaba preparada para una respuesta de tipo: «¡Olvídese de regresar!».

Sin embargo, aunque a regañadientes, le proporcionó aquella información.

—Llegaremos en unos veinte minutos.

Tenía el bolso en el asiento, entre ella y la puerta. Muy despacio y con toda la discreción posible fue metiendo la mano. Palpó el interior con

muchísimo cuidado. No podía hacer ningún ruido, debía evitar que tintinearan las llaves o las monedas.

Encontró el móvil y lo agarró. Reflexionó un momento. Para desbloquearlo necesitaba mirar, no sería capaz de hacerlo a ciegas.

Fingió que se sorbía los mocos.

—¿Puedo coger un pañuelo? —preguntó servilmente. Sabía que no le permitiría tocar el bolso sin permiso.

Él asintió.

—De acuerdo.

Se lo colocó en el regazo y comenzó a revolver dentro sin perder de vista el móvil. Consiguió teclear la contraseña, por suerte no se equivocó. El teléfono se desbloqueó.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó él, cortante. Le lanzó una rápida mirada pero tuvo que volver a concentrarse en la carretera, que era muy estrecha y llena de curvas—. ¿Encuentra el maldito pañuelo o qué?

—Pues es que... Estaba segura de que... —Continuó rebuscando y, mientras tanto, abrió el WhatsApp.

—Ya está bien —dijo crispado. Agarraba el volante con tanta fuerza como si quisiera romperlo—. Déjelo, aparte el bolso. ¡Sórbase los mocos!

«Se acabó la función», pensó Kate. Hasta aquel momento habían sido algo así como aliados, ambos querían resolver un caso. Aunque hacía rato que Saunders resultaba sospechoso, al menos fingía no estar implicado en la historia. Pero eso se había acabado. Ahora la avasallaba sin ningún pudor.

—Vale.

Dejó el bolso donde estaba al principio. Para su plan habría sido mejor ponerlo entre Saunders y ella, pero resultaba demasiado arriesgado porque notaría que tenía la mano dentro. Muy discretamente miró hacia abajo y dio gracias de que él tuviera que concentrarse en la carretera. La pantalla estaba iluminada. Había accedido a una conversación de WhatsApp, aunque no lograba distinguir a cuál. En el mejor de los casos habría acertado con Caleb Hale. La segunda mejor opción era algún colega de Londres. David también podría servir, seguramente sabría qué hacer; por ejemplo, llamar a la policía.

Pulsó el botón para grabar un mensaje de voz. Se aseguró de mantenerlo apretado y volvió a mirar al frente. Ojalá sus voces fueran lo bastante fuertes y el ruido de la marcha no las tapara. Por eso habría sido mejor poner el bolso entre los dos, pero ya no había nada que hacer...

—¡Northumberland! —exclamó, y continuó en voz muy alta—: Nunca había venido. Veo que es tan solitario como dicen. ¿Estamos cerca del mar?

—Vamos prácticamente pegados a la costa, el mar está a menos de un kilómetro.

—Espectacular. Es una zona espectacular.

—Demasiado pelada y fría. El clima en Inglaterra es un asco. Si pudiera, viviría en algún país del sur.

—¿Y por qué no lo hace? Si es escritor, puede vivir en cualquier parte.

—Ya se verá —gruñó. Al parecer el tema le parecía demasiado personal. Kate debía intentar transmitir toda la información posible.

—¿Conoce al comisario jefe Caleb Hale? Investiga el caso de las desapariciones.

Quienquiera que lo escuchara (si no era el propio Caleb) quizá sabría a quién alertar.

Él soltó una exclamación despectiva.

—¡Vaya si lo conozco! ¡Es un gilipollas!

—¿Lo ha tratado en persona?

—Me consideró sospechoso. Pero no pudo probar nada en mi contra.

Kate tragó saliva. Caleb tenía a aquel tipo en el radar.

«No lo pienses. Continúa».

—¿Y cree que Mandy Allard querrá venir con nosotros? Me pregunto si deseará volver con su familia... —Pronunció el nombre con toda claridad y con mucha fuerza, cosa que lamentó enseguida. Saunders no era tonto.

—¿Por qué grita tanto? No estoy sordo.

—Perdone. —Debía andarse con ojo—. Le decía que Mandy...

—Ya sé lo que decía. Ni idea. Su familia es lo último para ella, por eso pensé... —se interrumpió.

—¿Qué? —lo alentó.

—Pensé que era perfecta.

—¿Perfecta? ¿Para qué?

Pero él no contestó, mantuvo los ojos fijos en la carretera.

Kate rezó para que todo se estuviera grabando. Dos semanas atrás Colin le había mandado un audio de casi quince minutos. Por eso sabía que se podían enviar mensajes bastante largos, aunque no tenía ni idea de cuál era el límite. Si el dedo no se le había escurrido, la conversación estaba quedando registrada.

Ya no le cabían dudas de que, si Mandy seguía viva, Saunders no estaba dispuesto a dejarlas marchar. Se había delatado al decir: «Pensé que era perfecta». Estaba más que implicado en la historia. Y, obviamente, supondría que Kate había atado cabos.

No podía dejarla en libertad para que alertara a la policía.

Ni por un momento había sido ese su plan.

Kate sabía que no ganaba nada insultándose por haber sido tan estúpida. Necesitaba la energía para otras cosas. Además, era consciente de que no había tenido más opción: aquel hombre, que al parecer retenía a Mandy (quien quizá seguía con vida), se habría cerrado en banda si no le hubiera seguido la corriente.

Exhaló un fuerte suspiro.

—Ya casi estamos —informó él.

Avanzaron otro trecho por la angosta carretera. Llevaban más de media hora sin cruzarse con nadie. Entonces Saunders puso el intermitente, redujo la velocidad y giró en un camino de tierra. A derecha e izquierda había zarzas de escaramujo, aún quedaban algunos frutos aislados. Su color rojo destacaba contra aquel día gris como la despedida de un mundo ya preparado para sumirse en el sueño invernal.

A la entrada del camino había un cartel muy estropeado por la intemperie. Kate solo tuvo unos segundos para descifrar las carcomidas letras.

Ponía «Seagulls Cliff», si había leído bien.

—Seagulls Cliff —dijo en voz alta. Demasiado alta, pero ya daba igual. Lo importante era que aquel nombre llegara al destinatario del mensaje, quienquiera que fuera—. Seagulls Cliff en Northumberland, no lo había oído en mi vida.

—¡Joder, no grite tanto!

—Perdone, es que estoy muy emocionada. ¡Es una historia increíble! ¡Vamos a rescatar a una chica!

Se preguntó si Saunders la creería tan inocente. Él no dijo nada, concentrado en avanzar por el camino lleno de baches.

Kate se atrevió a mirar dentro del bolso. La pantalla estaba apagada, pero eso no quería decir que el mensaje no se estuviera grabando, solo que el móvil ahorrraba batería. Movié un poco el dedo y la pantalla se iluminó: la grabación continuaba. Rezó para que hubiera cobertura y pulsó el botón de enviar.

«Por favor, por favor, por favor. Ojalá alguien reciba este mensaje, lo oiga pronto y lo entienda. ¡Y sepa qué hacer!».

El camino serpenteaba por un bosquecillo de coníferas con algunos árboles muertos y después daba paso a una gran llanura que terminaba en un acantilado. Kate vio el mar. Era un paraje espectacular, totalmente solitario. En medio había una casita gris muy estropeada, con el tejado cubierto de musgo y rodeada por los restos de una valla de jardín vencida por los

elementos. Tras la casa había una especie de cobertizo. En cuanto al jardín, era una selva descuidada llena de plantas silvestres y hierbajos. Allí no iba nadie nunca. Quizá algún excursionista recorriera la costa, pero, si el sendero discurría más abajo, bordeando el acantilado, nunca llegaría a ver la casa.

«Un escondite perfecto», pensó Kate.

Tragó saliva. Sintió la boca sequísima.

—Hemos llegado —anunció Saunders.

6

Colin Blair pulsó el timbre por tercera vez y lo oyó resonar dentro de la casa, pero no obtuvo respuesta. Ni un ruido de pasos, nada. Retrocedió un poco para mirar la fachada. En el interior, todo estaba apagado. Eran casi las cuatro y media y había oscurecido bastante, si hubiera alguien dentro necesitaría encender alguna luz.

Se encontraba en la dirección indicada, se lo había confirmado una placa que ponía «Linville» en el muro del jardín.

Rodeó la casa y se dirigió al jardín trasero, que en verano debía de ser un auténtico paraíso lleno de árboles y arbustos, y con largas hileras de rosales. Ahora, sin embargo, se encontraba deshojado y sombrío. Tampoco en la parte de atrás se veía luz. Además, no vio el coche ni en la calle ni en el camino de entrada.

Kate no estaba en casa, a pesar de que le había dicho que iría a visitarla. Sabía, por el doble *check* azul, que había leído su whatsapp.

Era una ingrata. Muy ingrata.

Se acercó a la puerta de la cocina y pegó la cara contra el cristal para mirar el interior. En la penumbra pudo reconocer los muebles: el fregadero, los fogones, la nevera, algunos armarios. Le sobresaltó una sombra que surgió de repente y fue directa a la puerta. Luego vio que se trataba de un gato negro: Messy. En una de sus citas, Kate le había enseñado unas fotos. El animal se puso en dos patas, apoyándose contra el cristal con las pequeñas garras. Maulló. Al parecer se sentía muy solo.

Tal vez Kate se había ido a casa de su amante. Pero ¿habría dejado a su gato solo en la oscuridad?

Reflexionó un momento. Pensar en ese hombre misterioso le hacía sentir una punzada de celos, aunque en el fondo no acababa de creerse que la

historia fuera cierta. Aquel tipo había surgido de la nada, y Kate no era precisamente una mujer que volviera locos a los hombres, de esas que uno quiere conocer nada más verlas. Quizá quien la conociera desde hacía tiempo podría descubrir sus virtudes y encontrarlas atractivas: era muy lista y en ocasiones (pocas) conseguía ser graciosa. Todo en ella demostraba que era fiable y previsible, cualidades que harían pensar a una posible pareja que siempre se mantendría a su lado y podría contar con ella.

Por lo demás, no resultaba atractiva, quitando su buena figura. En las dos semanas que llevaba llamándola y mandándole mensajes se había preguntado varias veces por qué se empeñaba tanto en una mujer cuyo aspecto físico le gustaba tan poco. Pero algo lo tenía fascinado. Seguramente era su profesión.

Sargento en Scotland Yard. Nunca había conocido a una mujer con un trabajo tan emocionante.

Sospechaba que se había inventado a ese hombre para librarse de él de un modo más o menos elegante. Pero no entendía por qué quería dejarlo, dado que estaba sola, muy sola. No lo había expresado, pero se le notaba. Saltaba a la vista. Una mujer no echaba mano de Parship si no se encontraba entre la espada y la pared. Las citas le parecían un horror, eso también resultaba evidente. Debía encontrarse desesperada, de lo contrario no lo haría.

Y cuando por fin daba con alguien, cuando encontraba un buen partido como él, ponía pies en polvorosa, en sentido literal y figurado. Se largaba a Yorkshire para vender la casa (cosa de la que podía ocuparse un agente) y se escondía tras una relación que, casi seguro, era inventada. ¿Por qué?

«Será por miedo a la intimidad —pensó—. Lleva décadas viviendo sola, tal vez le asusta la idea de compartir su vida con alguien. Pero entonces, maldita sea, no debería meterse en Parship y dar falsas esperanzas a la gente».

Rodeó la casa para regresar a la calle y se sentó en el coche a recapacitar un momento. Llevaba mucho tiempo conduciendo, había pillado un atasco y estaba cansado. No le apetecía nada volver a Londres. Si Kate no aparecía tendría que buscarse un hotel. Y seguro que no había muchos abiertos en esa época del año.

Podía esperar un poco. Si el supuesto amante no existía (y estaba bastante seguro de ello), Kate acabaría volviendo a casa. Suspiró.

Había dejado el móvil en el asiento del copiloto cuando salió a inspeccionar la casa. Por pura costumbre, lo cogió y comprobó si había entrado algo nuevo.

Y saltó como un resorte. Tragó saliva y se quedó mirando la pantalla. Un whatsapp. De Kate.

Lo abrió. Era un audio. Por unos segundos sintió cierto recelo: tal vez le decía, en tono cortante y con palabras bien claritas, que desapareciera de su vida. Casi tenía miedo de escucharlo. Pero después pulsó el botón.

Y oyó... un ruido de motor. Sí, era un coche. El mensaje se había grabado en un vehículo en marcha. Kate habría utilizado el manos libres.

Entonces percibió su voz, muy difusa. Apenas la entendía, y eso que se había pegado el móvil a la oreja.

«Northumberland... venido... solitario».

Retrocedió al principio, pero el ruido era muy fuerte. Parecía que el móvil estuviera... Sí, en algún lugar escondido. ¿En la guantera? ¿En su bolso? Pero eso era una estupidez.

Para su enorme sorpresa, después sonó otra voz. De hombre, sin duda.

«Vamos... pegados a la costa, el...», volvía a resultar incomprensible.

¿Sería el tipo al que había pescado? ¿De verdad existía?

Entendió «Italia», lo decía el hombre. Después un trozo de una frase de Kate: «Si es escritor...».

Palabras ininteligibles. De pronto ella formulaba en voz muy alta: «Comisario jefe Caleb Hale...».

Y el tipo: «... consideró sospechoso...».

De nuevo ella, muy fuerte, pronunciaba un nombre: «Mandy Allard».

«... grita tanto...», se entendía al hombre. Y después de algunas palabras incomprensibles: «... perfecta».

Kate casi chillaba: «Seagulls Cliff en Northumberland».

El hombre le respondía, aunque Colin solo distinguió: «... no grite...». Le pedía que no subiera tanto la voz. Y ahí terminaba el mensaje. Lo había recibido a las 16.23. Hacía unos diez minutos.

Se quedó descolocado, contemplando el teléfono. ¿Qué demonios era aquello?

Volvió a escucharlo todo, pero no captó mucho más que la primera vez, como mucho un «y» que no había distinguido antes, y luego la palabra «familia».

Aquello era muy raro. Realmente muy raro.

No tenía ningún sentido. ¿Se habría grabado la conversación por accidente? Para enviar un audio había que mantener el botón pulsado todo el tiempo y después darle a «enviar». Alguna vez su móvil había llamado solo a algún contacto, por ejemplo al golpearse contra algo. Pero jamás había oído que los audios de WhatsApp se enviaran por error.

Entró de nuevo en la conversación y escribió una respuesta: «Hola, Kate. Oye, qué mensaje más raro. No se entiende casi nada. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás? ¿En Northumberland? ¡Yo estoy delante de tu casa!».

Se bajó y se hizo un selfi delante de la puerta para acompañar sus palabras. Se metió de nuevo en el coche y lo envió. Estuvo varios minutos mirando el doble *check*. El mensaje había entrado, pero ella no lo leía.

Reflexionó. Suponiendo que le hubiera enviado el audio a propósito, ¿cuál era el objetivo? ¿Demostrarle, de un modo cruel, que de verdad había otro hombre en su vida? Un hombre con el que se disponía a pasar un romántico fin de semana en los salvajes y solitarios parajes de Northumberland. Quizá pretendía librarse por fin de él restregándose por las narices, como diciendo: «¡Estoy con otro! ¡Déjame en paz!».

Pero entonces, ¿por qué no le hablaba claramente al móvil y se lo acercaba también a su galán? ¿Por qué se arriesgaba a que no se entendiera nada dejando el teléfono en algún lugar recóndito?

Quizá para que el tipo no notara que estaba grabando. Porque no debía conocer de la existencia de Colin... Pero eso era absurdo, ¡Kate deseaba cortar con él!

Aquello no encajaba con ella. No era su forma de ser. Allí pasaba algo raro.

Volvió a mirar la pantalla. Seguía sin leer su respuesta. Tal vez no había cobertura, en esa zona sería lo más normal.

Kate había pronunciado alto y claro el nombre del comisario jefe Caleb Hale.

¿Sería un compañero de Scotland Yard?

Frunció el ceño. Ese nombre le sonaba, lo había oído o leído en algún sitio.

Entonces lo recordó. El asesinato del padre de Kate. Otra cosa que lo tenía fascinado. Jamás había conocido a nadie en cuya familia se hubiera cometido un asesinato. Se moría por preguntarle hasta el más mínimo detalle, pero se había dado cuenta de que no le gustaba hablar del tema. Por eso, se había puesto a investigar por su cuenta y había encontrado un montón de noticias en internet. Un nombre aparecía una y otra vez, el del responsable de la investigación: el comisario jefe Caleb Hale. Lo recordaba perfectamente, era el mismo nombre. Trabajaba para la policía criminal de Scarborough.

Volvió a escuchar el audio, aunque no avanzó nada. Comprobó que ella aún no había visto su mensaje.

¿Y si era una llamada de auxilio?

Metió en el buscador el nombre de Mandy Allard, pero no encontró nada. ¿Quién demonios sería? Kate jamás la había mencionado. Aunque hacía dos semanas que no hablaban... Quizá fuera una amiga de la zona.

Lo único claro era que Kate viajaba en coche por Northumberland, en compañía de un hombre. Se encontraban en algún sitio llamado Seagulls Cliff, si lo había interpretado bien. Podía tratarse de un pueblo, un edificio, un hotel o una granja.

Se percató de que, en una conversación en la que solo se captaba una de cada diez palabras, aparecían dos nombres completos: el de aquella Mandy Allard, que le resultaba totalmente desconocida, y el de un policía de Scarborough al que Kate debía conocer bien por haber investigado el asesinato de su padre.

Sin embargo, eso no demostraba nada. Al menos, nada que justificara una interpretación como «llamada de auxilio». ¿Qué podía hacer con eso? ¿Ir a la policía? ¿Dirigirse al comisario Hale, cuyo nombre Kate se había molestado en pronunciar con tanta claridad que se entendía a pesar del confuso e ininteligible murmullo?

Entonces cayó en la cuenta de que había pronunciado casi a gritos determinadas palabras. Escuchó el audio una vez más. Eran: «Inspector jefe Caleb Hale», «Mandy Allard», «Seagulls Cliff», «Northumberland».

Parecía que intentaba proporcionar una localización e indicar el nombre de un policía. En cuanto a Mandy Allard... ahí Colin se perdía.

Resultaba imposible que hubiese enviado aquel mensaje por error. Por alguna razón se veía obligada a mantener el móvil escondido, incluso arriesgándose a que la información no se entendiera.

¿Y si era para ocultar que estaba grabando la conversación?

Podía ser que realmente hubiera conocido a alguien y se hubiera enamorado. Pero... ¿y si se trataba de un tipo peligroso?

Aquel pensamiento lo puso muy nervioso. ¿Y si Kate corría peligro y recurría a él para pedirle socorro? Sería terrible no reaccionar. Además, si la ayudaba, quedaría como un héroe. Ella nunca lo olvidaría.

Sin embargo, cabía la posibilidad de que simplemente estuviera de viaje con un novio inofensivo. Y entonces Colin parecería un tipo celoso y despechado que se había inventado una historia de lo más turbia.

¿Qué debía hacer? Muy pocas veces en su vida se había sentido tan indeciso.

Al fin se armó de valor. Buscó en Google el número de teléfono de la comisaría de Scarborough y llamó con el corazón acelerado. Pediría que le

pasaran con el comisario Caleb Hale. Temía hacer el ridículo. Pero, aun así, le contaría todo aquello, que era realmente muy extraño.

7

Cuando se aproximaron, Kate vio otro vehículo. Habían dejado el coche fuera del terreno vallado y continuaban a pie. Dentro de la valla medio vencida, aunque a cierta distancia de la casa, había una especie de aparcamiento asfaltado que se encontraba prácticamente cubierto de zarzas. En las grietas crecían altas hierbas amarillas y otros espinos. Sin embargo, allí había un coche aparcado. Era grande y azul oscuro.

Saunders se detuvo en seco y se le escapó una exclamación:

—¡Dios mío!

—¿Es Ryan Caswell? —preguntó Kate—. ¿Es su coche?

Él no respondió.

—Venga por aquí. Tenemos que...

Sin terminar la frase, se dirigió a la puerta. Ella intentó aprovechar el momento para buscar el móvil. Sin embargo, como si tuviera ojos en el cogote o como si pudiera sentir el movimiento, él se dio cuenta, se giró y le arrebató el bolso. Con tal rapidez que la pilló por sorpresa y no pudo reaccionar.

—¡Nada de llamadas!

—¡No pretendía llamar! —gritó—. ¡Y deme el bolso ahora mismo!

Saunders continuó avanzando, ella lo seguía muy de cerca. Se había quedado sin opciones. Ya solo podía rezar para que su audio llegara a alguien capaz de entenderlo.

La puerta estaba entornada, él la empujó y entró.

El interior se encontraba en penumbra porque ya comenzaba a anochecer. Recorrieron un pasillo corto que, tras unos pasos, se abría en una estancia con una ventana enrejada por la que se colaba la última luz del día. Bajo aquella luz Kate contempló una escena totalmente desconcertante.

Dos mujeres sentadas en el suelo. Ante la ventana había una chica de catorce o quince años. ¿Mandy Allard? Tenía un aspecto espantoso: el pelo desgredado, unos ojos desmesurados y febriles y el rostro amarillento, consumido y con las mejillas hundidas. Más muerta que viva, solo sus últimas fuerzas la sujetaban. Se derrumbaría en cualquier momento. Parecía un

animal herido y arrinconado que aún intenta defenderse, a pesar de carecer de cualquier opción y de que la derrota era solo cuestión de tiempo. La chica sostenía algo con la mano izquierda, empuñado como un arma. Solo mirándolo con detenimiento pudo Kate distinguir qué era: una botella rota, con los bordes muy afilados. Peligrosa incluso en manos de una moribunda.

Frente a ella se encontraba una mujer, más joven que Kate. Estaba en buen estado físico. Sin embargo, tenía una mano envuelta con un chal y se la agarraba como si le doliera. Giró la cara hacia ellos. La sangre corría por su rostro.

La estancia apestaba. A excrementos. A sangre. A sudor. A fiebre.

—¡Cielo santo! —exclamó Kate, horrorizada.

Saunders se puso pálido como la cera.

—¡Linda! ¡Linda, por Dios! ¿Qué ha pasado?

Consternada, Kate preguntó:

—¿Linda Caswell?

—Tiene las llaves —dijo Linda. Su voz resultaba extrañamente monótona y entrecortada—. Las llaves del coche. No podía marcharme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él. Se encontraba en medio de la estancia, con el bolso en la mano y claramente sobrepasado por la situación.

—Quería acabar con esto. Más deprisa. Siempre dices que es cruel abandonarlas aquí a su suerte.

—Pero no me refería a... ¡Dios mío, Linda! —Estaba al borde de las lágrimas.

—Necesitamos ayuda —intervino Kate.

Los ojos de Linda se dirigieron a ella.

—¿Y tú quién eres? —Miró a Saunders—. ¿Quién es esta?

—Es periodista, está escribiendo un artículo sobre las desapariciones. Sabe demasiado. Se ha plantado este mediodía en mi casa y entonces pensé...

—... que este era el mejor sitio para librarte de ella —completó la mujer.

Se incorporó con gran esfuerzo y se puso en pie con piernas temblorosas. Su rostro daba miedo. Un profundo corte partía de la sien izquierda, recorría toda la mejilla y llegaba hasta la boca, donde los labios estaban seccionados.

—¡Joder, estaba encadenada! —exclamó—. Pero ha conseguido soltarse y atacarme sin que lo viera con esa botella.

—¡Putá! —gritó Mandy. Era como el rugido de un animal—. ¡Putá de mierda!

—Se me cayeron las llaves —explicó la mujer.

Kate entendió entonces por qué hablaba de forma tan extraña. Debido al corte de los labios, la boca se le llenaba continuamente de sangre. Necesitaba escupir cada poco tiempo. A su lado, en el suelo, se había formado ya un charco. Quizá también tuviera herida la lengua. La mujer prosiguió:

—Al caer se deslizaron por el suelo y ella las cogió. No consigo que me las dé.

Kate comprendió que llevaban horas frente a frente en aquella horrible estancia. Ambas esperaban que la otra se derrumbara primero. Por desgracia, todo apuntaba a que esa sería Mandy. Se encontraba en las últimas.

—Pero ahora tenemos otro coche —dijo Saunders, y señaló a Kate—. El de ella.

—¿Quieres dejarla aquí?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Estaba a punto de descubrirlo todo, no me quedó más remedio que traerla.

—Tonterías. Seguro que no sabía nada.

Levantó el brazo y se secó la sangre de la cara con la manga del abrigo. Se le quedaron adheridos filamentos de lana, lo que le daba un aspecto grotesco. El chal que le envolvía la mano estaba empapado en sangre. Mandy debió de caer sobre ella como una verdadera furia. Había hecho un buen trabajo.

—Que sí, sabe muchas cosas —replicó él. Parecía a punto de echarse a llorar—. Linda, yo solo quería hacer las cosas bien...

—Vale, vale. Ahora ya está aquí, no tiene remedio. Más nos vale largarnos.

Kate aún no sabía qué papel desempeñaba Linda Caswell en todo aquello, pero sí entendía una cosa: ese era el lugar donde habían muerto las chicas. Muy probablemente Hannah Caswell y, sin lugar a dudas, Saskia Morris. De desnutrición, según el informe de la autopsia. Las abandonaban allí a su suerte, muy alejadas de cualquier ser humano. Era una forma muy fácil de asesinar, solo había que cerrar la puerta y marcharse. Al regresar a las pocas semanas, todo se había solucionado. Seguramente era Saunders quien se ocupaba de los cadáveres.

Pero ¿por qué? ¿A qué obedecía todo aquello?

Ya lo descubriría después, ahora debía impedir que aquellos dos abandonaran la casa. Sin embargo, intuía que no lo conseguiría. Debían librarse de ella, pues ahora sí que representaba un peligro real. No podían dejarla marchar.

Aunque por un momento se planteó identificarse como policía, volvió a desechar la idea. Quizá eso impresionara a Brendan, pero no a Linda. Fuera cual fuese su relación, la jerarquía le había quedado clara desde el primer vistazo: ella daba las órdenes y él obedecía servil, buscando complacerla. Aquella mujer no resultaría fácil de asustar, entre otras cosas porque estaba trastornada. Kate lo veía en su mirada: Linda Caswell era una enferma mental. Lo habría notado aun sin conocer su internamiento en una clínica psiquiátrica.

Si descubría que era policía, podía volverse agresiva. Por el momento la tomaba por una periodista ingenua que solo se había vuelto peligrosa debido a una mala decisión de Saunders. Sin embargo, como policía le parecería otra cosa. Para librarse de ella podía recurrir a métodos más drásticos que limitarse a dejarla allí encerrada. Si eso último sucedía, al menos tendría la oportunidad de escapar con vida, aunque no sabía cómo. Sabía que esa oportunidad era ínfima.

«Ojalá no registren el bolso —pensó—, porque encontrarán la placa».

—Dejarnos aquí es un delito —dijo entonces—. Y lo saben. Esta chica necesita cuidados médicos con urgencia.

—Claro, claro —repuso Linda, sin alterarse—. «Esta chica» de aquí sabe muy bien por qué me desentiendo de ella. No es culpa mía.

—Una cosa es desentenderse de ella y otra muy distinta es encerrarnos aquí —repuso Kate.

La mujer se encogió de hombros. No parecía tener el menor remordimiento de conciencia.

—Brendan, nos vamos —dijo.

—Quiero mi bolso —exigió Kate.

Linda negó con la cabeza.

—Ni hablar, no vamos a darte facilidades. Brendan, busca el móvil. Apágalo y tíralo al mar. No quiero que puedan rastrearlo.

Él empezó a rebuscar en el bolso. Kate contuvo la respiración. Por suerte la placa le pasó desapercibida. Dio con el teléfono y lo levantó en el aire.

—¡Aquí está!

Ojalá no se les ocurriera revisar sus correos y mensajes. Por suerte, Linda ni lo había pensado, dado que ordenó:

—¡Apágalo!

El hombre obedeció. Después iría al acantilado y lo lanzaría al mar con todas sus fuerzas. Así jamás conseguirían encontrar el rastro de Kate. Su vida

dependía de que el mensaje de audio llegara a alguien capaz de sacar las conclusiones adecuadas.

Linda volvió a escupir sangre. Después, ella y Saunders avanzaron de espaldas hacia la puerta, sin perder de vista a sus prisioneras ni por un segundo. No tenía sentido intentar atacarlos. Quizá Kate habría podido con Linda, que estaba herida. Pero no lograría reducir a Brendan.

La puerta se cerró y oyó que daban varias vueltas a la llave.

—Dios mío... —dijo entonces Mandy. Incapaz de mantenerse erguida por más tiempo, se derrumbó. La botella, que sujetaba con tanta fuerza, se le cayó de la mano—. Dios mío, estamos perdidas. Perdidas del todo.

Kate se sentó en el suelo y se colocó la cabeza de la chica en el regazo.

—No tengas miedo, Mandy. Eres Mandy Allard, ¿verdad? No tengas miedo, encontraremos una salida.

Ella negó débilmente con la cabeza.

—He mirado por todas partes. No hay ninguna opción, ninguna.

—Eres una chica fuerte y muy valiente. La idea de la botella es genial.

—No ha servido para nada.

—Fue muy inteligente no devolverle las llaves... Lo habrías conseguido si ese hombre y yo no hubiéramos aparecido.

—Eres muy amable, pero no habría salido bien. Me encuentro fatal.

Levantó la mano derecha. Al menos, lo que según la anatomía humana deberían ser una mano y una muñeca. Apenas se distinguían, todo era un pedazo de sanguinolenta carne viva. Kate se estremeció.

—¿Qué te ha pasado?

Mandy hizo un movimiento con la cabeza hacia la pared, y entonces Kate vio una argolla con una cadena de cuyo extremo colgaba una esposa.

—Me tenía ahí atada. Conseguí sacar la mano arrancándome la piel.

Kate tuvo que reprimir unas violentas náuseas. La mano, o lo que quedaba de ella, tenía un aspecto horrible y olía como si estuviera muy infectada. Aún más terrible era pensar en lo que aquella chica había hecho. ¡Con qué valor y determinación había luchado contra sí misma! Aquel esfuerzo no podía ser en vano. No le quedaba mucho tiempo, era un milagro que aún no padeciera una septicemia. Pero eso no tardaría en suceder.

—Voy a morirme —dijo muy bajito. Hablar la agotaba—. Tengo el otro brazo quemado. No puedo más de hambre y de sed. No hay ninguna salida. Estamos acabadas.

Entonces Kate oyó, a cierta distancia, que se encendía el motor de su coche. Saunders ya se habría librado de su móvil y ambos se largaban.

—Mandy, escúchame. No puedes rendirte ahora. Vamos a salir de aquí. No soy periodista, como cree ese hombre. Soy policía. ¿Entiendes?

Los blancos y translúcidos párpados de la chica temblaron un poco.

—Guay. Pero eso ahora no sirve de nada.

—Claro que sí. He mandado un mensaje de socorro. Vendrán a buscarnos.

—Este sitio es imposible de encontrar.

—Les he dado la localización exacta.

Aquello era mucho más que una mentira piadosa. Igual que lo de «mensaje de socorro». Pero de momento solo importaba una cosa: despertar sus ganas de vivir, movilizar sus últimas reservas para que sobreviviera las horas siguientes. Eso solo sucedería si le daba esperanzas, de modo que aseguró:

—Créeme, por favor. Saldremos de aquí.

—Esa Linda Caswell está fatal de la cabeza. Madre mía, es una tarada. Nunca debí subirme a su coche. Pero...

Aunque se interrumpió, Kate adivinó lo que quería decir: que Linda Caswell era una mujer. Por eso todo le había resultado tan fácil con Hannah (¿Sería posible? ¿Su propia hija?), con Saskia y con Mandy. Recordó aquella tarde no tan lejana en la que, buscando a Ryan Caswell en Staintondale, había recogido a una señora de la parada del autobús. En aquel momento le llamó la atención lo tranquilamente que se había subido a un coche desconocido, y luego comprendió que fue por su sexo. Las mujeres parecían aplicar determinados recelos y precauciones solo a los hombres. Nunca a otras mujeres.

—Saldremos de aquí —insistió.

Entre tanto, la estancia había quedado a oscuras, solo se distinguían los contornos de los objetos. Hacía mucho frío. Kate tomó la manta, que estaba a su lado en el suelo, y la envolvió alrededor de ambas. No fue de gran ayuda y seguramente Mandy ni lo notaba. Temblaba de fiebre.

Quien hubiera recibido su mensaje debía reaccionar deprisa. Muy deprisa.

—Por favor —articuló, de modo apenas audible—. Por favor.

Pero nadie la escuchaba.

—¡Mierda! ¡Seagulls Cliff parece el nombre más común de Inglaterra para casas, hoteles, *Bed & Breakfast*, restaurantes, pubs o cualquier rincón de la costa! —exclamó furioso el sargento Robert Stewart—. Y Northumberland no es una excepción. Lo he metido en Google y ¡Dios mío!

Caleb Hale se apoyó pesadamente en el escritorio.

—Debemos revisar otra vez toda la información. ¿Qué quiere decirnos?

—Los técnicos están trabajando para limpiar el ruido de fondo. Espero que no tarden mucho.

El comisario miraba una hoja en la que había anotado las palabras clave.

—«Costa» y «solitario» —murmuró—. Eso no nos dice mucho, porque cualquier sitio que se llame Seagulls Cliff estará en la costa. —Siguió leyendo—: «Italia». Mmm... ni idea de cómo encaja aquí.

—Seguramente la sargento Linville intentaba comentar cosas intrascendentes. Si estamos en lo cierto y se encuentra en poder de alguien peligroso que la amenazaba, quizá intentaba disimular su mensaje.

—«Escritor...» —susurró Caleb, frunciendo el ceño—. O hablaban de literatura o...

Aquella palabra quería decirle algo, pero no sabía qué.

Por supuesto, también se preguntaba si estarían siguiendo un camino equivocado. Le habían saltado todas las alarmas cuando un londinense llamado Colin Blair se presentó ante él con un audio ininteligible de Kate. Por momentos, Caleb temía que estuvieran exagerando. Un temor compartido por el señor Blair, a quien preocupaba visiblemente quedar en ridículo.

—¿Qué relación tiene usted con la sargento Linville? —le había preguntado Caleb.

El hombre se sonrojó un poco.

—Soy su novio. Bueno, más bien su exnovio. Al parecer ahora está con otro. ¿Y si es él quien la amenaza?

Kate con un amante y un exnovio capaz de viajar hasta allí por ella... Resultaba más que asombroso incluso para alguien que solo intuía su inexistente vida amorosa.

El comisario no compartía la sospecha sobre la actual pareja de Kate. No obstante, para descartarla, había llamado a David Chapland. Lo encontró en la oficina y su reacción fue de absoluta sorpresa.

—¿En Northumberland? No, no estoy con Kate en Northumberland. ¿Qué hace allí?

—Esperaba que me lo dijera usted —respondió Caleb—. Según parece, viaja en un coche con alguien. ¿Tiene idea de quién puede ser?

Le pareció que podía oír a David pensar al otro lado de la línea.

—Pues veré, está trabajando en ese artículo que quiere escribir —contestó pasado un momento—. Pero no me cuenta casi nada, es muy profesional. Siempre dice que hay que contrastar los hechos antes de hablar de ellos.

Sí, la sargento Linville era muy profesional, eso era algo que le gustaba. Aquella conversación le reveló dos cosas. Por un lado, que su novio seguía pensando que era periodista. Y, por otro, que estuviera «trabajando en el artículo» en realidad quería decir que estaba investigando como agente de incógnito.

Soltó un juramento. Aquello no le gustaba nada: esa tendencia a entrometerse en sus casos.

—¿Le comentó lo que pensaba hacer hoy? —preguntó, aunque sin muchas esperanzas. Precisamente porque era una profesional de los pies a la cabeza nunca contaría nada sobre el estado de sus investigaciones, ni siquiera al hombre con quien mantenía un romance.

—Esta mañana solo me dijo que quería ir a Newcastle. Y bueno, poco antes de las dos me dejó un mensaje en el buzón de voz. Yo estaba hablando, por eso no pude responder su llamada. Decía que había regresado a Scarborough, que quería entrevistar a alguien más y que después recogería al gato antes de ir a mi casa.

—¿En algún momento mencionó el nombre Seagulls Cliff?

—No. Nunca.

—El mensaje del buzón de voz... ¿le pareció que llamaba desde un coche?

—No. Por lo menos no desde uno en marcha.

—¿Se oía algún ruido de fondo?

—No, que yo recuerde...

—Voy a enviarle un agente. ¿Estaría dispuesto a entregarnos su móvil para que los técnicos analicen ese mensaje?

David no se mostró entusiasmado, pero accedió.

—¿Qué está pasando? ¿Kate corre peligro?

—No lo sabemos. ¿Usted la llamó después del mensaje?

—No. Estaba todo muy claro, sabía que nos veríamos esta noche. ¿Ha pasado algo?

—Esperemos que no. No se preocupe más de la cuenta, señor Chapland. Enseguida llegará alguien a recoger su móvil. —Y cortó la conversación. Después le dijo a Stewart—: Ha estado en Newcastle.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—Habría descubierto alguna pista en el norte. Newcastle, Northumberland...

Reflexionaron un momento en silencio, pero la mención de Newcastle no los llevó a ninguna conclusión.

Entonces Caleb consideró otra vez la palabra «escritor». Intuía que ahí se escondía algo. La había oído no hacía tanto tiempo...

—¡Claro! —exclamó de pronto—. Ya sé cuándo hemos visto a un escritor. Ese Brendan Saunders estaba escribiendo una novela.

Stewart lo miró fijamente y luego dijo:

—El que alojó a Mandy Allard hasta que ella se largó corriendo de su casa...

—Exacto. Las sospechas contra él no pudieron concretarse. Kate menciona a Mandy. Mi nombre, el de Mandy Allard y la palabra «escritor»... Joder, ¿de qué va todo esto?

—¡Jefe, el tipo del audio dice: «consideró sospechoso»! —gritó entonces Stewart—. ¡Me apuesto lo que sea a que se trata de él! La sargento Linville viaja en un coche por Northumberland con Brendan Saunders, de camino a un lugar llamado Seagulls Cliff. Y envía este mensaje tan raro porque está en problemas.

—¿Y por qué no me lo manda a mí sino a ese Blair, al que además ha dejado?

—Pues seguramente porque no estaba en su mano. El audio suena como si tuviera el móvil en el bolso. Saunders no debía descubrir que grababa la conversación. Sin duda lo hizo todo a ciegas, es un milagro que consiguiera entrar en la aplicación. Mandaría el mensaje sin saber a quién, y estará rezando para que, de un modo u otro, nos haya llegado a nosotros.

Caleb salió disparado hacia la puerta, se puso el abrigo en plena carrera.

—¡Vamos a casa de Saunders! ¡Ahora mismo!

—Pero si está en Northumberland... —le hizo notar su compañero.

—Da igual. A lo mejor algún vecino sabe algo. Saunders es la única pista que tenemos. Y que alguien investigue sobre Seagulls Cliff, debemos localizar todos los sitios que se llamen así. No contamos con más opciones.

Stewart puso los ojos en blanco. Encontrar una aguja en un pajar resultaría más fácil. Le hizo una seña a Helen, que se encontraba en la estancia.

—Entendido —dijo esta, con resignación—. Yo me ocupo de Seagulls Cliff.

Y salió corriendo detrás de su jefe.

Atravesamos la oscuridad. Conduce Brendan. Contemplo su perfil, sus labios apretados. Sabe que no me parece bien lo que ha hecho y está muy frustrado. Pobrecillo. Siempre procura agradarme, y luego se me queda mirando como un perrillo en espera de una recompensa.

Pero no puedo recompensarlo siempre. A veces mete la pata.

Como ahora. Obviamente, ha sido providencial que fuera a Seagulls Cliff y me salvara de Mandy. Sin embargo, ¿tenía que llevarse a esa periodista? Se supone que nos seguía la pista... Pero no sabía nada, nada en absoluto. Nada que le permitiera sacar conclusiones.

Menudo idiota. Cuando pienso que es pariente mío... Muy lejano, pero aun así, ¡qué triste!

Lo único bueno es haber conseguido otro coche. Por un momento me planteé arrebatarse las llaves a Mandy entre los dos, pero incluso así habría sido arriesgado, porque seguía empuñando la botella. Cortaba como una navaja de afeitar. Mis heridas son horribles, dudo que él saliera ileso. No me atrevo a imaginarme cómo tengo la cara. La mirada espantada de Brendan indica que debe de tener muy mala pinta. Podría bajar el espejito de cortesía para evaluar el desastre, pero creo que aún necesito algo de tiempo. Quizá lo haga ya en casa, en el calor y la seguridad del cuarto de baño. Allí podré retirar la sangre y aplicar yodo en el corte. Me va a dejar señal, eso está claro. Lo que más me preocupa son los labios. No paran de sangrar y, si no cicatrizan correctamente, me quedará para siempre la boca torcida.

En el botiquín del coche encontré gruesas gasas, que mantengo apretadas contra la mejilla. Necesito cambiarlas con regularidad porque se empapan, aunque tengo la sensación de que los intervalos son cada vez más largos. Parece que la hemorragia remite poco a poco.

Jamás se lo perdonaré a esa bestia de Mandy Allard.

—Deberíamos buscar un hospital —dice Brendan.

Está muy pálido, lo veo incluso con el resplandor difuso de los faros. Ha oscurecido del todo. Espero que lleguemos pronto a la A1 y podamos avanzar más deprisa. Por ahora, seguimos serpenteando por estrechas y sinuosas carreteras comarcales.

—Ya, ¿y qué les digo? ¿Que me han atacado? Avisarán a la policía y querrán saber todos los detalles. En nuestra situación, no puede ser.

—Pero no creo que sea bueno que la herida...

—¡Cállate! —gruño.

Si hay algo que odio de él son sus continuas lamentaciones. Sería capaz de pasarse las tres horas del viaje especulando sobre la herida sin ofrecer ninguna solución. No la hay. Debo curármela yo sola. Así son las cosas, no hace falta darle más vueltas al tema.

Me apetece mandarlo a la mierda, porque Mandy Allard fue idea suya. La atrapó un día en que su única misión era recoger mi coche del taller. Pero la vio recorriendo la calle, desamparada, y le ofreció su casa. Llevaba una semana viviendo con ella cuando me llamó para decirme que había encontrado a la chica perfecta. La indicada. Como hecha para mí. Sin embargo, el muy estúpido comenzó la conversación de tal forma que a ella le entró miedo y salió corriendo. Debió de pensar que hablaba con la policía o con servicios sociales, o que trabajaba para una banda de pornografía. Cuando lo interrogaron dijo que hablaba con su madre, quien, como siempre, lo encubrió.

En cualquier caso, así perdimos a Mandy.

Fue pura casualidad que me la encontrara por la calle unos días después. Intuí al instante que se trataba de la misma chica. La descripción coincidía y había algo en ella, un aire, no sé el qué, que me hacía estar segura. Por otra parte, parecía lógico que continuara por la zona, se había fugado de casa y, según Brendan, no quería volver allí por nada del mundo. Cuando me fijé en su brazo izquierdo herido no me quedaron dudas: tenía que ser ella.

Para ser sincera, de no ser por las palabras entusiastas de Brendan jamás la habría considerado. Demasiado estropeada. Demasiado sucia. Muy poco Hannah.

Exacto. Muy poco Hannah.

No obstante, él insistía en que era perfecta porque no tenía hogar y no me atormentaría con sus lloriqueos y sus ruegos de que la devolviera a su familia. ¿Perfecta? ¡Y un cuerno! Es cierto que no

deseaba regresar a su casa, pero tampoco quería quedarse conmigo. Y, a diferencia de Hannah y Saskia, no lloraba ni imploraba. Era agresiva, violenta y brutal. Un animal enjaulado que se volvía más peligroso cada día que pasaba. Por un extraño instinto, por precaución, la encadené desde la primera noche, cuando cayó rendida de agotamiento. No le había llamado la atención la argolla de la pared, quizá estaba demasiado cansada para fijarse. Monté la cadena y le esposé la mano. Entonces se despertó. En ese momento se desencadenó el infierno. Pensé que en algún momento se calmaría y podría soltarla, pero eso nunca sucedió. De hecho, empeoraba cada vez más.

—¿Por qué has ido hoy a verla? —me pregunta Brendan.

Hay un leve matiz de reproche en su voz. Por qué he ido a verla sin decirle nada, sin contar con él, sin tomarme nuestra complicidad tan en serio como él desearía...

—Ya te lo he dicho. Quería terminar de una vez por todas. —Lo veo tragar saliva. Seguro que intenta imaginarse a qué me refiero con «terminar».

Ahora mismo no sé si han sido la piedad y la misericordia las que me han llevado a la casa. Es decir, me pregunto si de verdad habría podido matar, «liberar» a Mandy. Cogí el chal, que he usado para vendarme la mano, imaginándome cómo sería rodearle el cuello y... Pero ¿habría llegado a hacerlo? No lo sé. Quizá solo deseaba estar con ella, verla otra vez. Sabía que la encontraría muy debilitada y, quién sabe, a lo mejor podía charlar con ella tranquilamente. Nunca sentí esa necesidad con las otras, para mí estaban acabadas. Olvidadas. Eran aburridas, no tenía sentido.

Pero Mandy era diferente. Me fascinaba. Me sigue fascinando incluso ahora que necesito un paquete de gasas extragrandes para empapar la sangre del corte que me ha causado. La mano tampoco ha salido bien parada, pero no es tan grave. Debería odiarla, y de algún modo la odio, pero a la vez me deslumbra que sea tan feroz e indómita. Por supuesto, no puedo compartir con Brendan estos sentimientos complejos y contradictorios. Le confundirían, jamás lo comprendería.

—Da gracias de que estuviera allí —le digo, pasado un rato—. Si no, Mandy os habría atacado a vosotros y ahora tendrías en la cara un corte como este.

No tengo dudas de que se habría abalanzado también sobre dos personas. Y sobre tres. Y sobre cuatro, si hubiera hecho falta.

Tardé un segundo más de la cuenta en percatarme de lo que veía. La estancia, fría y maloliente. La manta arrugada, con Mandy acurrucada debajo. Era lógico que, con aquel frío, no sobresaliera ni la nariz. Pero algo me perturbaba, algo no encajaba en la escena. Necesité un instante para fijarme en que la esposa colgaba floja de la pared, vacía. En ese mismo momento capté un movimiento por el rabillo del ojo y, antes de que pudiera apartarme, algo me golpeó la cara. Sentí un dolor agudo, punzante, penetrante y horrible. Grité, corrió la sangre, vi sangre, noté sabor a sangre, tragué sangre. Después, el mismo dolor se repitió en la mano y las llaves del coche cayeron y se deslizaron por el suelo. Pensé que esa debe de ser la sensación cuando un leopardo o algún otro felino se arroja sobre ti y te clava las fauces y las garras. Por fin conseguí girarme. Me encontré cara a cara con Mandy, un esqueleto consumido y amarillento que empuñaba una especie de arma.

«¿De dónde la ha sacado, de dónde la ha sacado?», me repetía presa del pánico, como si eso importara en aquel momento. Me protegí la cara con un brazo. Con el otro, el de la mano herida, lancé varios golpes para mantener las distancias con aquella furia. Sé que no habría tenido ninguna oportunidad: en dos minutos Mandy me habría rebanado el cuello con aquella arma improvisada (que resultó ser una botella rota). Sin embargo, para mi inmensa fortuna, se encontraba demasiado débil. Llevaba días desnutrida y estaba gravemente herida. De repente se tambaleó. Trató de mantenerse en pie pero le cedieron las rodillas y cayó al suelo. Logró apartarse de mí, que había empezado a lanzarle patadas con mis pesadas botas de invierno. Acabó muy cerca de las llaves, las agarró al instante y se las metió debajo del cuerpo. Entonces logró incorporarse a medias, empuñó la botella y me enseñó literalmente los dientes.

Así me había atrapado. Con las llaves del coche. Las de la casa estaban en la cerradura, habría podido marcharme, cerrar y abandonarla a su destino. Pero sin un coche jamás saldría de aquel desierto, menos aún herida y sangrando.

Nos quedamos frente a frente. Las horas pasaban y ambas esperábamos que la otra se viniera abajo. Yo sabía que sería Mandy.

Yo me encontraba bien alimentada y tenía reservas, mientras que ella estaba en las últimas.

Y entonces apareció Brendan con esa mujer, la periodista. Cómo se puede ser tan imbécil de llevar a alguien así a la casa. Nos encontró en aquella situación surrealista que, en realidad, no podía prever. No le había contado mis planes. Él se esperaba una Mandy medio muerta e inofensiva. En eso se equivocaba por completo: incluso medio muerta, aquella chica suponía un gran peligro.

—Así que pensabas encerrar a esa periodista con Mandy y que se pudrieran juntas —digo, intentando comprender las intenciones de este inútil.

Él asiente.

—Tenía que hacerlo, nos pisaba los talones. Aunque creía que Ryan era el culpable y que tú habías sido su primera víctima.

Un planteamiento interesante.

—Pues no habría sido mala idea dejarla pensar eso. Ryan se habría visto en problemas, pero peor para él. Se lo merece por tratar tan mal al prójimo.

—También había ido a Chamberfield. Tenía miedo de que...

Chamberfield. Si hay una palabra que odio en el mundo es esa. Aquella clínica infernal. Los médicos. Los locos.

—Está bien. Pero no creo que nos hubiera descubierto, esa... ¿cómo se llama?

—Kate Linville.

—Pues eso. En fin, las cosas son como son. Se morirán ahí dentro. En unos días vas y te deshaces de ellas. Y listo.

Él asiente de nuevo, sumiso como siempre. Ya se deshizo de Hannah y de Saskia. Ahora se librerá de Mandy y de Kate. Y la casa volverá a quedar disponible.

Me mira de soslayo.

—Tienes que parar, Linda. Esto no puede continuar.

Claro, porque él lo diga.

—Fuiste tú el que me convenció para probar con Mandy —le recuerdo.

—Bueno, no te convencí exactamente —se defiende dubitativo—. Solo pensé que era la adecuada.

Exhalo un gran suspiro. Esto es lo que pasa cuando le da por pensar.

Para cuando por fin llegamos a la autopista la hemorragia ha cesado. Menos mal, porque las gasas están a punto de agotarse. Por fin puedo apartármelas de la cara. De pronto me sobreviene un gran cansancio y siento ganas de bostezar, pero debo evitarlo porque no puedo abrir la boca. Si los labios se tensan temo que la herida se abra de nuevo, así que reprimo el bostezo. Para distraerme, abro el bolso de la periodista, que llevo en el regazo, y rebusco con la mano sana. Me resulta algo difícil reconocer los objetos que voy sacando. Llaves. Bálsamo de labios. La cartera. La abro y lo primero que veo es una tarjeta de crédito. Entorno los ojos para leer lo que pone.

«Kate Linville». Así que ha utilizado su verdadero nombre.

En la casa apenas le presté atención, tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Al recordarla ahora me da la sensación de que era alguien más bien insignificante, una mujer del montón. Soy incapaz de describirla, y creo que tampoco lo lograría aunque nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. No tiene nada que la distinga. Es una de esas mujeres traicionadas por la vida, en las que nadie se fija, por las que ningún hombre se interesa. Que viven siempre solas y, al final, mueren solas. Aunque ese no será el caso de Kate. Al menos morirá en compañía de Mandy.

El contenido de su bolso es propio de alguien como ella. No hay nada de lo que suelen llevar las mujeres, o yo misma. Ni barra de labios (aparte del bálsamo), ni polvos, ni lápiz de ojos, ni máscara de pestañas. Nada con lo que retocarse a lo largo del día. Dos tampones ruedan sueltos por el fondo, casi la única señal de que Kate es una mujer.

Pero entonces encuentro algo más. Una especie de estuche de cuero negro. Lo saco y lo abro. En el lado izquierdo, un carnet. Pone: «Policía Metropolitana». Debajo: «Agente de policía». Luego hay un número de identificación. Más abajo, la foto de la mujer a la que hemos dejado encerrada en la casa. «Sargento Kate Linville».

¿Qué?

Lo miro fijamente, lo leo y lo releo una y otra vez como si eso fuera a cambiar lo que pone. ¿La policía metropolitana? ¡Eso es Scotland Yard! La mujer que Brendan ha llevado a la casa no es una periodista en busca de una historia trepidante. Es una agente de Scotland Yard, el cuerpo de policía más importante del país. No se trata de una gacetillera que sigue algunas pistas. Está investigando mi caso, ha

preguntado por mí en Chamberfield y ha logrado dar con Brendan. Se equivoca en lo referente a Ryan, pero, si mientras la tomaba por periodista pensé: «Estupendo, que sospeche de él», ahora que sé que es policía pienso: «Maldita sea». Está muy cerca. Los agentes de Scotland Yard son muy listos, poseen formación y experiencia.

Y son muchos. La sargento Kate Linville no estará sola en esta investigación. Sin duda tiene compañeros que saben en qué trabaja, qué planea y cuáles serán sus próximos pasos. Habrá informado sobre su viaje a Northumberland. Brendan es lo bastante estúpido para no darse cuenta. Joder, no debimos tirar el móvil. En ese momento parecía lo mejor, pero ahora, con sus correos y mensajes, a lo mejor podríamos descubrir qué sabe y a quién se lo ha contado.

—¡Mierda! —exclamo.

Brendan se sobresalta.

—¿Qué pasa?

Agito la identificación delante de sus narices aunque, lógicamente, no llega a leer nada.

—Conque periodista, ¿eh? ¿Eso te contó?

—Sí. ¿Qué...?

—Sargento Kate Linville, de Scotland Yard. Nos has traído a una maldita policía, eso es lo que pasa. Eres un inútil integral. ¡Qué desastre!

Se queda blanco como el papel, más aún que antes.

—Pero me dijo que...

—¡Pues claro que te lo dijo! Pero claro, no le pediste que se identificara antes de contarle cosas y de llevarla a la casa.

Pero lo cierto es que yo tampoco habría insistido en que me enseñara una identificación, me habría creído que era periodista. Porque algo así no se me ocurriría ni en mis peores pesadillas. Pero eso da igual, no necesito ser justa con Brendan. Lo odio. Odio su estupidez supina.

Devuelvo el estuche al bolso y reflexiono febrilmente, a toda velocidad. El cansancio se ha esfumado.

—Da la vuelta —ordeno—. Da la vuelta en cuanto puedas.

—Pero ¿por qué?

—La situación ha cambiado. Esa mujer es policía. Habrá informado a sus compañeros de adónde iba y con quién.

—No. No tuvo oportunidad.

—¿Estás seguro? —le grito—. ¿Puedes asegurarlo al cien por cien?

Guarda silencio. No puede.

—Esperar a que se muera ya no es una opción. Antes de que eso suceda un comando especial asaltará la maldita casa. Nos conoce, sabe nuestros nombres. No podemos arriesgarnos. De mí no ha podido contar nada todavía. Debemos regresar lo antes posible.

Brendan parece un fantasma, está casi translúcido de puro pálido.

—¿Pero qué vamos a...?

—Tenemos que matarlas. A las dos. Antes de que la policía las encuentre. Hay que liquidar a Mandy y, sobre todo, a Kate Linville. ¡Vamos, joder! ¡Da la vuelta en cuanto puedas y luego pisa a fondo!

9

El sargento Robert Stewart no estaba nada de acuerdo con el proceder de su jefe, pero sabía que no sería posible detenerlo. Tras llamar varias veces al piso sin obtener respuesta (no se veía luz en las ventanas), Caleb pulsó con fuerza el timbre de la vecina que lo había delatado a la policía. Esta abrió el portal. Ya en su planta, le enseñó la identificación y le preguntó si alguien tenía una llave de casa de Saunders. Acertó de pleno con aquella señora, pues ella le regaba las plantas cuando no estaba y por eso tenía una llave.

—Le agradecería mucho que me la prestara —dijo el comisario con suma amabilidad. La señora se la entregó enseguida.

—Jefe —comenzó Stewart con inquietud mientras este abría la puerta y encendía la luz del pasillo—, ¿no podemos hacer esto!

—Es posible que Kate corra peligro. Para cuando consigamos una orden de registro puede ser demasiado tarde. Así que ahora debemos buscar con la máxima rapidez cualquier cosa que nos dé una pista sobre ese sitio, Seagulls Cliff.

—Nuestra gente ya registró el piso de arriba abajo.

—Sí, pero buscaban otra cosa, huellas de las chicas desaparecidas. Sobre todo de Amelie Goldsby; en aquel momento todavía pensábamos que formaba parte de la serie. Nadie prestaría atención a algo que pusiera «Seagulls Cliff». Así que, ¡a ello!

«Esto nos traerá problemas», pensó Stewart, incómodo. Habían allanado sin más aquel piso y le parecía muy difícil que pudieran acogerse al «riesgo inminente» basándose en el fragmentario audio de Kate. Caleb lo interpretaba como una llamada de socorro, pero también podía tratarse de otra cosa...

Sin embargo, no le quedaba otra opción. Él era el jefe. Y quizá tuviera razón.

El piso era pequeño y perdía aún más espacio por el techo abuhardillado. Estaba mal decorado, con muchos muebles demasiado grandes, pero mejoraba gracias a las múltiples macetas con plantas maravillosas que se encontraban en las ventanas, librerías y en los estantes de la cocina. Aquel hombre era un apasionado de las flores. Y también le gustaba la literatura. Todo estaba lleno de libros, había pilas por todas partes, incluso en el suelo, impidiendo el paso.

«¿Cómo vamos a encontrar algo aquí?», se preguntó Robert, desalentado.

Lo revolvieron todo. Abrieron cajones y armarios, pasaron las hojas de calendarios viejos, levantaron las macetas, apartaron pilas de libros, miraron debajo de los muebles. Caleb encendió el portátil que había sobre la mesa pero, como se temía, estaba protegido con contraseña y no le sirvió de nada.

Se miraron sin saber qué hacer.

—Tiene que haber algo... —murmuró el comisario.

—Quizá no —lo contradijo Robert—. Ni siquiera sabemos si Seagulls Cliff es el lugar que buscamos. Tal vez la sargento Linville lo leyó de pasada en un cartel y lo grabó en su mensaje... En realidad desconocemos si es el sitio al que la llevan.

—Es lo único que tenemos —repuso su jefe—. ¡Hay que seguir!

Retomaron la búsqueda. Entre tanto, Caleb habló varias veces con la comisaría. Los técnicos no habían descubierto nada nuevo en el audio, y tampoco hallaron nada útil en el buzón de voz de Chapland. Helen revisaba los diferentes sitios llamados Seagulls Cliff que había en Northumberland. Para ello, tomó en consideración que Kate se encontraba en Scarborough a las dos de la tarde y que había enviado el mensaje poco antes de las cuatro y media. Suponiendo que el viaje hubiera comenzado entre las dos y las dos y media, podía reducir el radio de búsqueda a los lugares que fuera posible alcanzar en coche en ese tiempo. Siempre, claro está, que Kate hubiera mencionado su lugar de destino, cosa que no podían saber.

Llevaban más o menos una hora en el piso cuando Stewart encontró algo decisivo. Estaba revisando los libros de un estante sobre la cama. Se encontraban cubiertos de una gruesa capa de polvo, lo que demostraba que Saunders llevaba mucho tiempo sin abrirlos. En ese punto el sargento ya había perdido toda esperanza, pero, de pronto, de uno de los libros se deslizó algo que hacía las veces de marcapáginas. Le cayó a los pies y se agachó para recogerlo.

Un folleto.

«Seagulls Cliff».

—¡Jefe! —gritó y salió corriendo a la cocina, donde encontró a Caleb apartando libros de un estante para mirar detrás—. ¡Tengo algo! ¡No puede ser casualidad!

Este clavó la vista en el folleto.

—No. No es casualidad. Es justo lo que buscamos.

Lo estudió detenidamente. Los bordes amarilleaban, parecía llevar mucho tiempo metido en el libro. En la cara principal ponía «Seagulls Cliff» en

curvilíneas letras rojas, y debajo aparecía un nombre que hizo que a Caleb se le dispararan todas las alarmas: Joseph Maidows.

—Es el hombre cuyo coche recogió Saunders del taller. ¡Joder! No debimos desestimarlos. Aunque no estaba en casa, podríamos haber... —Se interrumpió. En su momento descartó a Saunders como sospechoso y no volvió a ocuparse de Maidows.

«Es una pista inútil —pensó entonces—. No lleva a ningún sitio».

Sin embargo, habían estado cerquísima.

Al abrir el folleto aparecía dibujado un paisaje marítimo. «Senderos costeros de Inglaterra», ponía debajo, y luego había otra ilustración de una casita y una lista de lo que allí se ofrecía: refrescos, ensaladas, *fish and chips* y hamburguesas.

En la parte de atrás había un dibujo con un mapa de la costa de Northumberland y se mencionaba un sitio: Alnwick. Al parecer, aquel local para senderistas se encontraba situado al sur de esa población.

—Un bar —dijo Robert, emocionado.

—Más bien una especie de merendero al borde de un camino costero. Pero este folleto es viejísimo, ¿seguirá abierto?

—Quién sabe... En cualquier caso, Maidows parece el dueño. O el gerente, por lo menos.

—Probablemente ya no lo sea. Sabemos que reside en Scarborough, la distancia es demasiado grande. —Recapacitó un momento—. Voy a avisar a los compañeros de Northumberland. Tienen que mandar a su gente ahora mismo.

—¿Qué crees que pueden encontrarse?

—Tal vez a Mandy Allard. A Kate Linville, a Brendan Saunders, a Joseph Maidows. Yo qué sé, puede ser incluso una toma de rehenes. Necesitarán un comando armado.

—Jefe... No te olvides de que también puede ser otra cosa...

—Quizá. Pero no quiero arriesgarme. Y menos aún si Kate Linville corre peligro.

—Lo entiendo, pero...

—Y ahora mismo nos vamos a casa de Maidows. Esta vez entraremos como sea.

Robert suspiró. El comisario iba a allanar ilegalmente su segunda morada en menos de dos horas.

Mandy apenas reaccionaba. Ardía de fiebre y apartaba la manta sin parar, mientras Kate volvía a arroparla una y otra vez. Mantenía los ojos cerrados y a veces murmuraba palabras incomprensibles. Kate carecía de cualquier medio para ayudarla, sobre todo de agua, pero también de vendajes o desinfectantes. La chica estaba en las últimas. Si no las rescataban pronto, no sobreviviría.

Aunque la noche había caído hacía tiempo, la vista se le acostumbró a la oscuridad y lograba distinguir los contornos de los objetos. Comenzó a revisar la casa en busca de cualquier posibilidad de escapar, a pesar de intuir que no tendría ningún éxito. Mandy lo había hecho durante horas en mejores condiciones de luz y, si no había encontrado nada, era porque realmente no existía escapatoria. No obstante, Kate no podía quedarse quieta sin hacer nada. No podía limitarse a esperar, sin saber siquiera si la espera tenía sentido.

Pasado un buen rato regresó junto a Mandy, la tapó de nuevo y se apoyó en la pared, abrazándose las rodillas. Por suerte llevaba un buen abrigo y buenas botas. Aun así, sentía el cuerpo congelado. El hambre y la sed aún se mantenían a raya, pero en poco tiempo supondrían un verdadero problema. Como ya esperaba, no había encontrado la menor posibilidad de salir al exterior. Linda había hecho un trabajo excelente con aquella jaula.

Linda Caswell. No era una víctima, sino una asesina. Había regresado de dondequiera que se marchara tras abandonar a su familia. ¿Cómo había logrado residir en Inglaterra sin que nadie se diera cuenta? En algún sitio tendría que constar... Tras la desaparición de Hannah, la policía intentó contactar con su madre, aunque solo fuera por rutina. Sin embargo, no lograron localizarla, cosa que a Kate le resultaba incomprensible.

Lo que parecía evidente era que no vivía en aquella casa, habría sido imposible aguantar tantos años sin agua ni electricidad. Y sin dinero. ¿Cómo conseguiría dinero? Conducía un buen coche. Quizá trabajaba de manera ilegal, como ama de llaves o como señora de la limpieza. Aun así, si alquilaba un piso dejaría un rastro que la policía podría detectar. Tal vez sus empleadores le permitían quedarse en su casa. Pero ¿también le prestarían aquel coche tan caro?

A lo mejor vivía con Brendan Saunders. Más allá del parentesco lejano, saltaba a la vista que tenían algún tipo de extraña relación.

Ella había secuestrado a Hannah, Kate estaba convencida. Motivada por el comprensible deseo de recuperar a su hija. Ganar la custodia de la niña ante los tribunales le habría parecido imposible debido a su largo internamiento en una clínica psiquiátrica. De modo que se había dedicado a seguirla durante días, o incluso semanas, hasta que pasó a la acción una tarde lluviosa de noviembre ante la estación de Scarborough. Hannah, que solo tenía de ella un recuerdo vago pero la había visto en fotos, se subiría al coche sin vacilar. Muy sorprendida e incluso confusa, pero sin imaginarse nada malo. Seguro que echaba en falta la presencia de su madre, y más teniendo en cuenta que su padre era una persona muy difícil y poco comprensiva. Era una chica confiada y despreocupada.

Sin embargo, se había visto arrastrada a aquella cárcel. Antes o después comprendió que Linda nunca le permitiría regresar a casa. Por mala que fuera la relación con su padre, él constituía su vida. Era una chica normal, con sus clases, sus amigos y su rutina. Deseaba regresar a su hogar. Pero estaba prisionera. Sin duda se había dado cuenta de que su madre era una enferma mental. ¡Qué desesperada y desamparada debió sentirse! Angustiada, horrorizada, muerta de miedo. Kate miró a su alrededor. Era como si pudiera sentir todo el dolor que encerraban aquellas paredes.

¿Qué fue de ella?

Aunque el cuerpo nunca fue encontrado, Kate suponía que había corrido la misma suerte que Saskia Morris: pereció de hambre y sed. En algún momento Linda había dejado de visitar la casa, ya no le llevaba agua ni comida. La dejó morir en soledad, de un modo angustioso. Quizá porque no le seguía el juego, porque no era la hija perfecta que ella deseaba.

Kate recordó la conversación con los médicos de Chamberfield. Debido al secreto profesional no le habían proporcionado muchos datos sobre la enfermedad de Linda. Por lo que dijeron, era maníaco-depresiva. Pero era muy probable que hubiera algo más. Quizá, durante la soledad de sus fases depresivas, se obsesionaba enfermizamente con personas que consideraba suyas. Y después, cuando sufría episodios maníacos, pasaba a la ofensiva. Seguramente fue ella quien alentó la relación con Ryan cuando estaba internada. Este anhelaba una pareja, como la desean las personas que se sienten muy solas.

«Se apartó de Hannah y la dejó morir —pensó Kate— porque no soportaba sus lágrimas y sus ruegos de que la dejara libre. Se negaba a quererla y a vivir su fantasía de madre e hija. Eso la humilló, hirió y frustró.

Apostaría cualquier cosa a que Linda Caswell no tolera nada bien la frustración.

»Pero le cogió el gusto a lo que había hecho. Desea una hija. Le parece lo justo, para eso trajo una niña al mundo. Tiene derecho a vivir con ella y a disfrutar de esa relación. Secuestra a Saskia Morris. Pero se produce la misma desilusión, el mismo drama. Por supuesto, Saskia también quiere volver con su familia y se lo implora con tanta desesperación como Hannah. No muestra el menor deseo de aceptarla como madre. Con eso firma su sentencia de muerte. Linda se aparta de ella de un modo radical».

Entonces Kate miró a Mandy, que dormía a su lado respirando con dificultad. Ella constituía la excepción. Hannah era una niña tímida y sobreprotegida, igual que Saskia. Quizá Linda pensó que ahí radicaba el problema y por eso eligió a Mandy, que era todo lo contrario. Fugada de casa, sin techo y firmemente decidida a no regresar. Por supuesto, tampoco había funcionado. Porque una chica así no permite que la encierren sin ofrecer resistencia. Y, menos aún, que intenten transformarla en la hija ideal.

Linda no pararía, de eso Kate estaba segura. Era la típica asesina en serie. Una sociópata incapaz de establecer relaciones y, justo por eso, resuelta hasta la obsesión a conseguir una. Nada más ver sus ojos reconoció su expresión o, para ser más exactos, la ausencia de toda expresión. Por su profesión, Kate se había enfrentado a personas así, carentes por completo de empatía. Incapaces de comprender los sentimientos de los demás y que nada más consideraban sus propios deseos. No atendían a razones. Con Linda Caswell sería imposible dialogar, jamás se la podría convencer de nada. Nunca debió salir de la clínica, pero las leyes no permiten algo así. Había tenido que suceder aquel horror para que las dimensiones de su trastorno quedaran patentes. Dos chicas habían muerto ya. Y ellas fallecerían pronto a menos que sucediera un milagro.

«Me buscarán —intentó darse valor—. A David le parecerá extrañísimo que no aparezca. Irá a mi casa y verá que no estoy. Entonces comprenderá que me ha pasado algo».

¿Y entonces?

Quizá el mensaje de audio lo había recibido él. A alguien debía haberle llegado. A menos que en esa zona no hubiera cobertura; en ese caso, el mensaje se quedaría flotando sin llegarle a nadie. Por otra parte, quizá resultaba ininteligible, tanto acústicamente como por las palabras que recogía.

Kate enterró la cara entre las manos y se quedó mirando al suelo. Reprimió un gemido. Su situación era desesperada. Lo veía más claro a cada

minuto que pasaba. Que decidieran abandonarlas a su destino en lugar de matarlas directamente le había dado esperanzas al principio, pues creyó que así tendrían la oportunidad de escapar o de que las liberaran. Sin embargo, ahora comprendía que esa oportunidad nunca había existido. ¿Quién sería capaz de encontrar aquel maldito sitio?

Percibió un sonido y levantó la cabeza. Venía de fuera. La noche era ventosa y de vez en cuando gritaban las gaviotas, pero no había más ruidos y podía oírlo con claridad. Un coche. Se acercaba un coche.

Se incorporó de un salto. Nadie pasaba por allí por casualidad, y menos en plena noche.

«David», pensó por un momento. David, que había recibido y comprendido su mensaje y que, como un milagro, había localizado aquella casa aislada. David, su héroe y salvador. Pero entonces reconoció el motor. Conocía muy bien aquel leve traqueteo. Era su coche.

Eso significaba que habían dado la vuelta.

Y estaban allí.

11

Caleb había descrito la situación de la casa a la policía de Northumberland en la medida en que se lo permitía el dibujo del folleto. El agente al otro lado de la línea no se mostró demasiado entusiasmado ante la idea de movilizar a su equipo para recorrer la inhóspita y deshabitada zona costera en medio de la oscuridad. Por lo visto, se trataba de localizar a un secuestrador (un tal Brendan Saunders) y a sus víctimas, que se encontraban en una casita llamada Seagulls Cliff.

—¡La vida de una agente de Scotland Yard corre peligro! —le gritó Caleb al notar sus dudas—. ¡Debemos hacer todo lo posible por salvarla!

—Es que no tengo ni idea de dónde está ese sitio —contestó el colega, cabreado—. Voy a preguntar por aquí, a ver si alguien lo conoce. Es una especie de merendero cerca de un camino, ¿no?

Caleb acababa de decirle exactamente eso.

—Sí. ¡Dense prisa!

Y colgó el teléfono. Entre tanto, Stewart había conseguido la dirección de Joseph Maidows.

—¡Vamos! —dijo el comisario—. Ojalá lo pillemos, así podrá decirnos con precisión dónde está la casa.

—Eso en caso de que colabore —apuntó Robert.

—Más le vale —replicó Caleb, amenazante.

Joseph Maidows vivía en una bonita casa en la bahía norte, bastante cerca de la familia Goldsby. Ellos nunca habían estado allí. En su momento acudieron unos agentes que regresaron a la comisaría sin haber podido hablar con él. No se veía luz y nadie contestó al timbre. Por una pequeña ventana lateral Caleb pudo mirar dentro del garaje. Estaba vacío.

—No está en casa, jefe —informó Stewart, incómodo.

El comisario avanzó hasta la siguiente vivienda y llamó al timbre. Abrió la puerta un hombre joven que parecía muy estresado. Al fondo se oían niños berreando.

—¿Sí?

Le mostró la identificación.

—Comisario jefe Caleb Hale, del departamento de investigación criminal de Scarborough. Necesitamos hablar inmediatamente con el señor Maidows, su vecino.

El joven lo miró muy sorprendido.

—¿Con el señor Maidows?

—Sí, ¿no vive en la casa de al lado?

—Sí, sí. Pero no creo que tenga sentido hablar con él. Hace bastante tiempo que está... demente. Creo que no sabe ni su propio nombre. Es un dependiente absoluto.

—¿Y sigue viviendo en su casa?

—Al parecer lo cuida su esposa.

—Pero ahora mismo no hay nadie, ¿se larga por las noches dejándolo solo?

El hombre suspiró.

—Pues verá, yo tampoco lo entiendo. La veo salir mucho con el coche y me pregunto qué hará con su pobre marido. ¿Lo sedará con medicamentos? O a lo mejor el hombre no puede moverse en absoluto, no sé... Pero vaya, no me parece bien que lo deje solo durante horas.

—¿Habla usted con ella?

—Casi nada. Es muy rara. Muchas veces ni siquiera saluda cuando me la cruzo por la calle. Es mucho más joven que su marido. Se mudaron aquí hace cinco años, ya por aquel entonces él era bastante olvidadizo, a veces se desorientaba por completo. Mi esposa los invitó a casa, pero nos encontramos

en el buzón una negativa de ella bastante antipática, no daba ninguna explicación. Así que nunca volvimos a intentarlo, estaba claro que no quería tener ningún tipo de contacto con nosotros.

—¿Cuándo vio al señor Maidows por última vez?

Se quedó un momento pensando.

—Pues hará como medio año. Sí, en verano. Paseaban juntos, recorrieron la calle arriba y abajo. Él no parecía saber dónde estaba. A lo mejor han salido más veces, pero yo desde luego no los he visto.

—¿Sabe si el señor Maidows regentaba algún tipo de negocio en Northumberland?

—Ni idea. Sé que provenían de allí, se lo contaron a mi esposa muy al principio. Bueno, en realidad solo le dijeron que habían vivido allí, sin dar más datos.

«Bingo —pensó Caleb—. Ahora sí que estamos sobre la pista».

—¿No tendrá por casualidad una llave de la casa?

El joven negó con la cabeza.

—No, y dudo que se la hayan dado a nadie. Querían total privacidad.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Se dio media vuelta y el hombre cerró la puerta. Por suerte, no parecía interesado en descubrir cómo se resolvía aquel asunto.

—Tenemos que entrar —le dijo a Robert. Miró la fachada de la casa—. Como sea.

—No lo vamos a conseguir, jefe. Y tampoco nos servirá de nada. Aunque el hombre esté dentro, ya lo has oído, no se encuentra en sus cabales. Será incapaz de describirnos el camino a su negocio, si es que aún sabe que existe.

—Tienes razón. Pero aun así... —sacudió la cabeza—. Tengo el presentimiento de que debemos entrar. Ahora mismo.

—No podemos entrar.

Pero Caleb no lo escuchaba. Atravesó el jardín y rodeó la casa. Robert lo siguió, lanzando juramentos en voz baja.

La puerta que comunicaba la vivienda con el jardín trasero tenía paneles de cristal. El comisario se quitó el abrigo, se lo enrolló en la mano y rompió uno de ellos. Metió el brazo por el hueco, giró la llave y abrió.

—Esto no puede ser —protestó Stewart, pero siguió a su jefe al interior de la oscura casa.

Encendieron la luz. Se encontraban en un comedor. Una mesa larga, sillas, un gran aparador de madera oscura. Muebles pesados y macizos. No parecía que aquella estancia se usara muy a menudo. Salieron a un pasillo en el que

reinaba el caos. Había un gran número de zapatos alineados contra la pared, y sillas en las que se amontonaban chaquetas, abrigos, gorros y bufandas. Era como si faltaran armarios y por eso dejaban todo en las sillas.

—Es un poco inquietante —comentó Robert.

—Vamos arriba, a los dormitorios. A lo mejor encontramos ahí a nuestro hombre.

Pero no lo encontraron. Había tres habitaciones. Una estaba vacía, sin un solo mueble. En las otras dos había camas. Solo una se utilizaba, las sábanas estaban revueltas. Por todas partes se veían prendas desperdigadas, ropa de mujer. La cama del tercer dormitorio solo tenía el colchón, sin almohadas ni colchas. Caleb abrió el armario.

—Es ropa de hombre, seguro que del señor Maidows. Pero ¿dónde está él? Aquí no parece que duerma.

—A lo mejor su esposa lo ha metido en una residencia —aventuró Stewart—. No se lo ha contado a los vecinos, claro. Eso explicaría que no hayan vuelto a verlo y que ella se vaya de casa cuando quiere.

—Mmm... —reflexionó Caleb—. Y entonces ¿por qué siguen aquí todas sus cosas? Jerséis, pantalones, ropa interior...

—Pues a lo mejor porque en la residencia solo necesita el pijama. Y bueno, tampoco sabemos si esa es toda su ropa.

El comisario frunció el ceño, pensativo.

—¿La casa tiene sótano? Si lo tiene, hay que bajar.

—Pero jefe...

Caleb iba ya de vuelta a la planta baja. Stewart volvió a soltar juramentos, esta vez sin preocuparse de bajar la voz.

Del desordenado pasillo partían varias puertas que llevaban a la cocina, al salón y al comedor. También había una más. Al abrirla, se encontraron frío y oscuridad. Pulsaron un interruptor y se encendió una bombilla colgada del techo que iluminó unos escalones de piedra. Del sótano subía un olor a moho en el que se mezclaba algo mucho peor.

—Qué peste —comentó Stewart—. Huele como a... descomposición.

En sótanos como aquel era normal que hubiera ratas o ratones muertos, pensó Caleb. Sin embargo, el mal presentimiento que lo había acompañado todo el tiempo se acrecentó. Debían bajar y averiguar qué sucedía.

Descendieron por los empinados escalones. El olor se hacía más intenso cuanto más bajaban. No decían ni una palabra. Se encontraban en estado de máxima alerta.

Encontraron dos habitaciones con las puertas abiertas y encendieron la luz. En una vieron una lavadora, una secadora y un cesto de la ropa lleno hasta arriba. En la otra había una estantería de madera apoyada en la pared que contenía cajas de cereales, latas de conservas y botellas de zumo. Si aquella era la despensa de los Maidows, no podía decirse que su alimentación fuera rica y variada.

Había además otra estancia, cuya puerta estaba cerrada. El olor resultaba insoportable. La llave se encontraba en la cerradura. Caleb la giró y entró. La peste a putrefacción los hizo tambalearse.

—¡Joder! —exclamó Robert, tapándose la nariz y la boca. Caleb encendió la luz.

Como las otras, aquella habitación carecía de ventanas y estaba excavada en la roca. Suelo de piedra, paredes de piedra, techo de piedra. Una mazmorra.

En el centro había una cama y, sobre ella, un cuerpo mal tapado con una colcha. Se acercaron con precaución solo para comprobar que se encontraba en avanzado estado de descomposición. Y que los brazos y piernas de aquella persona (o lo que quedaba de ella) estaban atados a la cama con cuerdas.

Caleb se giró hacia su colega, intentando respirar lo menos posible.

—Supongo que este es el señor Maidows.

—Ayúdame —le digo a Brendan cuando por fin llegamos y nos bajamos. Me mira con estupor.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta.

Tiene miedo, tanto que casi puedo tocarlo. Se ha imaginado que todo sería muy fácil, que, como siempre, las cosas se solucionarían solas. Pero a veces no pasa. Por ejemplo, cuando un imbécil conduce a una agente de Scotland Yard hasta una chica secuestrada.

—En el cobertizo hay bidones de gasolina. Tráelos. Y mira a ver si encuentras una barra, un hacha o algo parecido. Vamos a romper una ventana, o mejor las dos. Echaremos la gasolina y prenderemos fuego a la casa.

Me mira horrorizado.

—¿Con ellas dentro?

—¡Sin ellas, si te parece! —le grito. ¿Cómo se puede ser tan estúpido?—. ¿Qué ganamos si las sacamos?

Está sobrepasado. Nunca se ha rebelado porque cree que, si me obedece servil y hace todo lo que le ordeno, algún día corresponderé a su amor. Sin embargo, jamás he amado a nadie y detesto a las personas que se someten. Las utilizo para mis fines, las desprecio. Aunque Brendan lo sabe y sin duda nota mi desdén, no logra liberarse. Está demasiado enamorado, demasiado atrapado en su anhelo de que tengamos una relación verdadera y estable. Haría lo que fuera por conseguirlo. Ya ha hecho muchísimo.

Rodea la casa y se dirige al cobertizo utilizando la linterna del móvil. Lo oigo revolver, rebuscar y chocar contra los objetos. Ahí dentro reina el desorden, a lo largo de los años fuimos acumulando todo lo que no sabíamos dónde meter. Queda una reserva de gasolina del velero de Joseph. Nunca se gastó porque dejó de navegar. Olvidó por completo cómo se hacía.

Regresa con dos bidones, que deja a mis pies. Luego vuelve a meterse en el cobertizo, en busca de una barra o algo similar. Saco un cigarrillo del abrigo; me encantaría dar un par de caladas para

tranquilizarme. Pero abandono la idea porque temo que se me abra el corte de los labios y empiece a sangrar otra vez. Miro la casa, oscura y silenciosa ante mí. No se oye nada. Seguramente Mandy está inconsciente, pero apuesto cualquier cosa a que Kate Linville se encuentra bien alerta. Habrá oído y reconocido el motor de su coche. Sabe que hemos vuelto y comprende que no venimos a rescatarlas ni a charlar como amigos. Es consciente de que la cosa se pone fea. Espera que entremos en cualquier momento y está preparada. Desconozco si los policías de Scotland Yard llevan armas, antes no la registramos. Dudo que vaya armada, de lo contrario se habría defendido en lugar de rendirse sin ofrecer resistencia. Quizá sea una mujer del montón y le falte confianza en sí misma, pero es más lista y luchadora de lo que ella misma cree. Yo me doy cuenta de esas cosas. Sé que se habría resistido.

Y sé que se defenderá ahora. Por eso no voy a hacerle el favor de correr el riesgo. Actuaremos desde fuera.

Brendan regresa con una barra de hierro. Para algunas cosas da gusto contar con él. Se la quito de las manos.

—Yo rompo los cristales. Tú busca algún trozo de tela. Arrojaremos la gasolina por las ventanas. Después empaparemos los trapos, los prenderemos y los lanzaremos dentro.

Eso último lo hará él, no me apetece nada arder en llamas.

—Linda... —comienza, en tono implorante.

—¡Haz lo que te digo! —le corto.

Rodeo la casa para empezar por la ventana de la cocina. Gracias a las rejas no me preocupan las prisioneras. No tienen escapatoria.

Como el cristal es resistente y solo cuento con la mano sana, debo golpearlo muchas veces. En dos ocasiones choco contra los barrotes. Pero al fin salta en pedazos. El estrépito me pone nerviosa, se oirá desde muy lejos. Necesito recordarme que, por suerte, no hay nadie en kilómetros a la redonda.

—Todo irá bien —me repito—. Todo irá bien.

Brendan aparece a mi espalda, con un bidón y unos trapos. En ese momento percibo un movimiento en el interior de la casa. Solo distingo una sombra, pero sé perfectamente que se trata de Kate Linville. El suelo cruje bajo sus pies, está sembrado de esquirlas. Agarro el bidón, abro la tapa, cojo impulso y arrojé la gasolina por la ventana. Kate da un paso atrás. Ha comprendido mis planes.

De pronto levanta un brazo.

—¿Ves esto que tengo aquí? —me pregunta.

Claro que no lo veo, todo está a oscuras.

—¿Qué es?

Algo se balancea en su mano.

—¿Cómo piensas llevarte tu coche de aquí?

Me quedo petrificada.

El maldito coche. ¡Mierda, joder!

Aparqué a cierta distancia. Cerré con llave y eché el freno de mano. El terreno aquí es casi impracticable. Nunca conseguiremos empujarlo hasta el acantilado para tirarlo al mar. Y, aunque lo lográramos, no llegaría al agua, se quedaría atascado en el sendero que pasa por debajo. No se puede lanzar un coche como si fuera un móvil. Lo malo es que, si lo dejamos aquí, conducirá a la policía directamente hasta Joseph. Y, con eso, hasta mí.

—¡Dame las llaves! —exijo. Pero no es tonta, no lo hará.

—Soy sargento de la policía metropolitana —contesta—. Llevo la placa en el bolso. Mis compañeros están al corriente de mis investigaciones, ¡llegarán en cualquier momento!

—Ya sé quién eres —replico.

Los pensamientos se me agolpan en la cabeza. Lo de los compañeros podría ser un farol, aunque la probabilidad de que sea verdad es muy alta. En los libros y en las películas los policías no dan ni un paso sin informar a sus superiores. Si se atreven solos, piden refuerzos enseguida.

—Si nos matas tendrás encima dos asesinatos más. Créeme, la diferencia en tu condena será enorme.

«Borrar la matrícula», se me ocurre en ese momento. Pero al instante comprendo que no serviría de nada. Nunca podremos eliminar el número de bastidor. No tengo ni idea de dónde encontrarlo y, aunque accediéramos a él (rompiendo las ventanillas, por ejemplo) necesitaríamos horas para borrarlo. Y no las tenemos.

Otra opción sería volver a Scarborough y recoger la llave de repuesto, aunque no sé dónde la tengo. Pero eso supondría casi tres horas de ida y tres de vuelta, en total unas seis horas. Eso sin contar el tiempo que tardara en encontrarla.

—¡Dame las llaves! —repito.

Ni siquiera me contesta.

También podríamos prender fuego al coche, pero ¿serviría de algo? He visto muchos vehículos calcinados en la tele y en fotos, siempre queda mucha chapa y mucho metal. Seguro que el puto número de chasis seguiría siendo legible.

Quiero gritar de rabia. El problema es el maldito coche. La casa también apunta a Joseph, pero lleva muchos años abandonada. Cualquiera podría haberla utilizado para cualquier cosa. Pero el coche...

Está matriculado a su nombre, los vecinos creen que soy su esposa. Me llaman señora Maidows, no saben nada de Linda Caswell. En realidad no estoy casada con él; es imposible, porque nunca me divorcié de Ryan.

Lo que está claro es que no puedo regresar a casa. Ni acceder al dinero de Joseph. También Brendan tendrá que huir. Kate Linville conoce su nombre y puede que haya informado sobre él. Debemos abandonar el país, yo como una persona sin identidad.

En el coche de una policía asesinada.

Mis pensamientos corren tan deprisa que me siento mareada. Por más que reflexiono, cualquier posibilidad desemboca en catástrofe.

Me retiro un poco y me acerco a Brendan, que espera a cierta distancia.

—No hay otra opción —le digo—. Tienes que entrar y quitarle las llaves. Mi coche no puede quedarse aquí.

Me mira horrorizado.

—¿Qué? ¿Y si va armada?

—¡Tonterías! Si tuviera una pistola ya la habría utilizado. Está desarmada.

—¿Y la botella rota?

Su cobardía me resulta repugnante.

—Eso funcionó porque me pilló por sorpresa. Yo no estaba sobre aviso, pero tú sí. ¡Joder! ¡Digo yo que podrías contra una mujer!

—No es una, son dos.

—Mandy debe de estar más muerta que viva. Solo tienes que enfrentarte a una mujer flacucha. ¿Hasta eso te da miedo?

Duda. Y carecemos de tiempo. No puedo pasarme una hora intentando que reúna el valor suficiente para atacar a una persona menuda que pesa la mitad que él.

—Entraré yo —decido por fin.

—Estás herida —me advierte.

Si pudiera abrir mis labios doloridos me reiría. ¿Que estoy herida?
¡Pues claro! Pero uno de los dos tiene que entrar, y salta a la vista
que no será él.

12

Kate sabía que uno de los dos acabaría entrando, porque debían recuperar las llaves para no dejar pistas a la policía. Linda Caswell no se daba por vencida fácilmente. Necesitaba llevarse el coche. Era su única oportunidad de escapar de aquella locura.

Oyó abrirse la puerta de la casa. Pasos cautelosos.

Se quedó quieta en la cocina, inmóvil. Le parecía que solo entraba una persona. Aquellos pasos ligeros no pertenecían al corpulento Saunders. Linda se aventuraba en la casa. Kate no sabía quién era peor. Él era más fuerte, pero no tan decidido y menos propenso a la violencia. Ella, aunque más pequeña y delicada, era mucho más resuelta.

Los pasos se detuvieron. Había parado para revisar la estancia principal con ayuda de una linterna. Quería asegurarse de que Mandy no suponía una amenaza.

En efecto, la chica yacía bajo la manta. Tenía fuera la cabeza, su melena se extendía por el suelo. Parecía moribunda, como Kate bien sabía. Por desgracia, así era. No representaba ningún peligro.

Los pasos se reanudaron. Se acercaban. Muy despacio.

—¿Kate Linville?

Ella no contestó.

—Supongo que estás en la cocina. Voy para allá. Solo quiero las llaves.

Continuó sin responder.

Vio el haz de luz en el pasillo, recorriendo el suelo, las paredes, el techo. La mujer se movía con la cauta tensión de un felino que se sabe amenazado por múltiples peligros.

La luz llegó hasta la puerta. Después se dibujó una figura. Linda Caswell.

La linterna del móvil, que sujetaba con la mano sana, le iluminaba la cara de forma difusa. En aquel juego de claroscuros sus altos pómulos resultaban aún más angulosos, y sus ojos, más grandes. El sanguinolento corte que le cruzaba la cara de la sien a la boca le deformaba grotescamente la expresión. Incluso así seguía siendo una mujer hermosa, a pesar de los labios hinchados y la sangre reseca. No necesitaba protección (salvo de sí misma), pero despertaba los instintos protectores de los hombres. Y los utilizaba en su

propio beneficio. Así, mientras ellos creían ocuparse de una persona frágil, en realidad los manipulaba y manejaba a su antojo.

—Dame las llaves —ordenó.

Kate negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque, de todas maneras, Brendan y yo vamos a quitártelas. Y te va a doler.

—Bueno, a él no lo veo por aquí.

—Vendrá en cuanto lo llame.

—Te equivocas. Ahora mismo está ahí fuera, cada vez más convencido de que esto no puede salir bien. Lleva mucho tiempo preocupado. Fue a Chamberfield para preguntar por tu enfermedad, ¿lo sabías?

La expresión de sorpresa de sus ojos demostró que no lo sabía.

—Tonterías —replicó.

—Pregúntale a él. Así fue como encontré su pista, utilizó su nombre real. Estoy convencida de que buscaba cualquier dato que pudiera servirle para detenerte. Para acabar con esta locura.

—No estoy loca —contestó ella. Un hilillo de sangre comenzó a correrle del labio a la barbilla. Se le había reabierto la herida—. Y Brendan no quiere parar nada. De lo contrario, ¿por qué te trajo aquí?

—Porque le entró el pánico. Pensó que lo descubriría todo. Pero está horrorizado por todo lo que ha ocurrido en esta casa.

—Eso a ti no te importa.

—Mataste a tu propia hija. A Hannah.

—Yo no la maté.

—La dejaste morir de hambre y de sed. Es una auténtica locura.

—No me quería.

—No quería ser para siempre una prisionera, en medio de la nada y lejos de su vida. Obligada a amar a una completa desconocida. Esa idea tuya es una locura, Linda. No puedes forzar a los demás a quererte. Ni tú, ni nadie. ¡Si ni siquiera somos capaces de obligarnos a nosotros mismos a amar a otra persona! Persigues una ilusión absurda, Brendan lo ha comprendido hace tiempo. Quiere detenerte para evitar que mueran más chicas.

—Dame las llaves —repitió.

—No voy a dártelas. Tendrás que cogerlas tú.

Linda dio un paso adelante. Kate distinguió la mirada extraviada de sus ojos, fijos y vacíos. Retrocedió. Los cristales crujieron bajo sus pies. Toda la estancia olía a gasolina.

De repente, Linda dio un salto y la atacó de frente. Le tapó la cara con la mano al tiempo que le clavaba la rodilla en el estómago. Kate soltó un alarido de dolor y sorpresa. Se dobló por la mitad, y su agresora aprovechó la oportunidad para golpearle la nuca con el brazo. Cayó al suelo con un gemido. Linda se abalanzó sobre ella, intentando alcanzar la mano con la que sujetaba las llaves. Aunque por un momento creyó que se desmayaría, se encontraba lo bastante lúcida como para darse cuenta de que debía luchar por ellas hasta el último aliento. Si las perdía, Mandy y ella estaban condenadas. Nunca las dejaría con vida, sabían demasiado. Estaba claro que nadie había recibido su mensaje de socorro; o quien lo escuchó no supo qué hacer con él. En cualquier caso, todo indicaba que la ayuda no aparecería. Por lo menos no a tiempo.

A Linda se le había caído el móvil en el ataque, la linterna se había apagado. Reinaba la oscuridad.

Kate notaba las esquivas en la espalda y olía mucho la gasolina; tenía la nuca en los grandes charcos del suelo. Sobre ella, Linda jadeaba tratando de dejarla fuera de combate. Le golpeaba la cara y lanzaba patadas en todas direcciones. Kate nunca pensó que una mujer pudiera tener tanta fuerza. A pesar de su entrenamiento en técnicas de autodefensa, no lograba controlar la situación. El rodillazo en el estómago la había destrozado. Luchaba contra las náuseas y se sentía paralizada. Concentró sus últimas energías en aferrar las llaves con todas sus fuerzas. No era capaz de nada más.

Entonces Linda gritó:

—¡Brendan! ¡Brendan! ¡Ayúdame!

Si el hombre aparecía estaba perdida. Le quitaría las llaves sin ninguna dificultad. No podía luchar contra dos personas, menos aún en su lastimoso estado.

—¡Brendan! —chilló de nuevo la mujer.

Por encima del hombro de su atacante Kate vio aparecer una figura en el vano de la puerta. Una sombra, Brendan. Dubitativo, como siempre, pero incapaz de resistirse a las órdenes de Linda. Kate reunió sus últimas fuerzas e intentó rodar hacia un lado, arrastrándola con ella, pero no lo consiguió. Le costaba mucho respirar, y eso la debilitaba. Los efluvios de la gasolina la mareaban e intoxicaban.

«Ya está, han ganado —se rindió—. Ellos ganan».

Moriría en aquella casa junto al mar. Justo ahora que su vida había dado un giro maravilloso.

El miedo se apoderó de ella. Y la tristeza.

De repente, vio encenderse una cerilla. A la titilante luz de la pequeña llama vio que no era Brendan quien estaba en la puerta.

Era Mandy. Las dudas que le había parecido distinguir antes eran en realidad su extrema debilidad.

Ardía de fiebre y apenas era capaz de mantenerse en pie, pero la impulsaba una determinación brutal que había movilizado sus últimas energías.

—¡No! —bramó Kate, sin saber de dónde salían sus fuerzas—. ¡Apágala! ¡Por lo que más quieras, apágala!

Linda giró la cabeza para mirar y Kate aprovechó ese segundo para realizar un último esfuerzo. Incorporándose un poco, le propinó un puñetazo en la cara. La mujer chilló y cayó a un lado, en los charcos de gasolina.

—¡Apaga la cerilla! —voceó Kate.

¿De dónde la había sacado? En realidad eso no importaba. Si no la detenía, morirían allí calcinadas.

—¡Por el amor de Dios, Mandy! ¡Apágala!

La chica se había arrodillado. Aunque temblaba de debilidad, logró poner la llama en contacto con la gasolina. Una violenta llamarada iluminó la cocina y la figura que yacía inmóvil en el suelo.

—¡Muérete, bruja! —susurró Mandy con voz ronca. Seguramente quería gritar, pero no le llegaba la energía.

Kate sacó fuerzas de flaqueza. Ignorando el dolor que sentía en el estómago se puso en pie, agarró a Mandy del brazo y la levantó.

—¡Fuera! —exclamó, empujándola por el pasillo—. ¡Vamos, vamos! ¡Fuera!

La chica avanzaba hacia la puerta dando tumbos. Linda intentaba levantarse, pero le había entrado gasolina en los ojos y en la boca y se encontraba muy desorientada. Las llamas avanzaban a gran velocidad por la estancia, en cuestión de segundos quedaría atrapada.

Kate tuvo que dominar su impulso de salir de allí lo antes posible. Era policia. No podía abandonar a nadie, aunque se tratara de una asesina. De un salto se plantó al lado de Linda y trató de ayudarla a incorporarse.

—¡Levántate! ¡Vamos, levántate!

La mujer tenía el rostro lleno de sangre. Logró ponerse en pie con piernas temblorosas. Sin embargo, en lugar de dirigirse a la salida, pretendía internarse aún más en la estancia. Aunque Kate la agarraba con fuerza del brazo, era extraordinariamente enérgica y decidida.

—¡Vamos! ¡Hay que salir de aquí!

—¡No! —chillaba Linda.

—¡Vamos!

Kate no tenía intención de abandonar a aquella mujer enferma, pero la situación se agravaba por momentos y en poco tiempo tendría que plantearse salvar su propia vida.

—¡No! —Linda se sacudía con desesperación para librarse de su agarre.

Tenía un aspecto aterrador: el rostro ensangrentado, el pelo revuelto y los ojos desmesuradamente abiertos. Comprendía que todo había acabado y prefería morir abrasada antes que pasar el resto de su vida en la cárcel o en un centro psiquiátrico. Kate consiguió arrastrarla un poco hacia la puerta. Un rápido vistazo le permitió ver que Mandy había desaparecido; con suerte se encontraría ya en el exterior. No creía que Brendan fuera a hacerle daño. Al ver el incendio habría empezado a dar vueltas alrededor de la casa, incapaz de intervenir.

De repente se alzó una súbita llamarada y Linda dio un paso hacia ella. Aun así, Kate consiguió empujarla al pasillo. Como el humo no permitía ver nada, solo podía desear que avanzaran en la dirección correcta. El calor era insoportable. Le quemaban los pulmones, cada bocanada resultaba dolorosa. Tosió convulsivamente, tragó más humo. Luchaba por respirar.

«Fuera, fuera, fuera», resonaba en su cabeza.

Arrastraba a Linda como un peso muerto, tan solo sus piernas se movían de forma mecánica. La oía resollar. Por su parte, Kate sentía que se venía abajo. Logró avanzar un poco más y entonces sintió una leve corriente de aire fresco que atravesaba el humo y el calor. Debía avanzar hacia allí, esa era su salvación. En ese momento Linda se le escurrió y cayó al suelo. La agarró por las axilas y, caminando de espaldas, la arrastró hacia fuera. El humo le abrasaba los ojos, que se le llenaban de lágrimas. No veía nada. Apenas podía respirar, en cualquier momento se derrumbaría. Entonces volvió a sentir la corriente de aire, después notó frío y por fin consiguió salir al exterior, tambaleándose y tirando de Linda. Luchaba por respirar. La humedad de la noche era como un velo maravilloso que le envolvía el ardiente rostro.

Le fallaron las rodillas, dejó caer a Linda y se acuclilló en la hierba, tosiendo y jadeando.

Pasado un rato levantó la cabeza y observó el resplandor del fuego, que iluminaba la noche de un naranja brillante. Vio a Mandy, sentada en el suelo y apoyada contra un árbol con los ojos cerrados. Y a Brendan, allí plantado, incapaz de comprender lo que había sucedido.

Linda abrió los ojos y la miró.

—Me quiero morir —susurró.

Sábado, 18 de noviembre

Llegó a casa de madrugada. La había llevado a Scarborough un compañero de Caleb al que no conocía. Todo lo sucedido desde que comenzó el fuego se difuminaba en una nebulosa irreal y confusa. Imágenes entremezcladas, acontecimientos que no podía ordenar porque le faltaban las fuerzas. Llevaba horas tosiendo hasta la extenuación.

Se encontraba en la hierba contemplando el fuego cuando de pronto irrumpieron la policía, los servicios sanitarios y los bomberos. A Linda y Mandy se las llevaron en ambulancias, a Brendan Saunders lo metieron en un coche patrulla y Kate terminó en la parte trasera de un furgón, con una manta sobre los hombros. La examinó un médico que murmuraba cosas de las que solo entendía fragmentos. Le ofrecieron un té con miel, pero se atragantaba sin parar por culpa de la tos. Captó las palabras «intoxicación por humo» y rezó para librarse de que la mandaran al hospital. Solo deseaba volver a casa. Y ver a David.

Caleb Hale apareció como surgido de la nada y le contó que un hombre llamado Colin Blair le había enseñado su extrañísimo audio. Kate pensó: «Claro, cómo no. Con su bombardeo continuo de mensajes y llamadas estaba entre mis primeras conversaciones de whatsapp».

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —le había preguntado el comisario, aunque su alivio era claramente superior a su enfado.

—Linda Caswell —se limitó a contestar—. Fue ella quien secuestró y asesinó a las chicas.

Él la miró, perplejo.

—¿Linda Caswell? ¿La madre de Hannah?

—Intentó recuperar a su hija. Como no funcionó, probó con Saskia. Y luego con Mandy. Pero con ninguna salió bien. No podía salir bien.

—¿Crees que podrías hacer una declaración?

Accedió. Transcurridas unas horas, incluso aquella declaración se perdía entre las imágenes y sensaciones de la noche. Creía que había resultado coherente, porque nadie se extrañó; al parecer, logró contar lo ocurrido de manera lógica y en el orden correcto.

—Por favor, quiero volver a casa —pidió cuando terminó.

—Deberías ir al hospital para que te hagan una revisión completa —le recomendó el comisario—. Tienes una leve intoxicación por humo y una quemadura grave en el brazo.

Ni se había dado cuenta de la quemadura. Se miró el brazo, que estaba vendado. Seguramente era obra del médico de antes.

—Estoy bien —aseguró—. Solo quiero irme a casa.

Caleb comprendió que no debía impedirselo. Como él no podía abandonar el lugar, uno de sus hombres la llevó en un coche patrulla. El médico le había prohibido conducir, de modo que alguien se encargaría de recoger su coche al día siguiente. Eran casi las cuatro de la mañana cuando llegaron a Scarborough. Por el camino, Kate le mandó un mensaje a David desde el móvil del agente, explicándole que se había quedado sin teléfono, que se encontraba bien, que ya regresaba y que iría a su casa en cuanto pudiera. Sin duda estaría muerto de preocupación.

En el fondo de su corazón deseaba encontrarlo ante su puerta, esperándola. Pero la calle estaba vacía, solo flanqueada por las silenciosas casas.

—¿Estará bien sola? —preguntó el agente, preocupado.

Ella asintió.

—Sí, sí. Estoy bien.

Aunque la tos había remitido algo, empezaba a molestarle el brazo. Y el estómago aún le dolía mucho. Pero no le importaba. Se sentía exhausta y, al mismo tiempo, completamente lúcida. Agradecida, recordó el momento maravilloso en que apareció Caleb y se hizo cargo de la situación. Entonces por fin pudo aflojar la tensión tras las muchas horas de angustia, pánico y desesperación. Ella ya había cumplido su parte: había salvado a Mandy y a Linda de las llamas; había librado a Mandy (y a sí misma) de una muerte atroz; había atraído a Linda al interior y, con eso, había evitado que las quemara vivas. Desde ese momento correspondía a Caleb ocuparse de aquella mujer trastornada y de Brendan Saunders. Y de todo lo demás.

Le habían devuelto el bolso, por lo que tenía las llaves de casa. Nada más abrir la puerta apareció Messy, que comenzó a maullar lastimeramente. Se agachó y lo cogió en brazos.

—Pobrecito. Llevas mucho tiempo solo sin que nadie te dé de comer.

Encendió todas las luces y se dirigió a la cocina. Dejó a Messy en el suelo y le llenó un cuenco de comida y otro de leche. El animal se lanzó entusiasmado. Ella no tenía hambre. Eso sí, se bebió a grandes tragos media botella de agua mineral. La tos iba remitiendo, ya no se atragantaba.

—Y ahora, ¿qué? —se preguntó en voz alta.

Se moría por ver a David y sentarse a tomar un té en la gran mesa de la cocina mientras se lo contaba absolutamente todo: la verdad sobre sí misma, lo acontecido en los últimos días y, en especial, los sucesos de aquella noche. Pero no tenía coche, ni móvil para llamar un taxi. A esas horas no podía tocarle el timbre a la vecina y pedirle que la dejara telefonar. No le quedaba más remedio que esperar al día siguiente.

Protegió la quemadura con una bolsa de plástico y se dio una larga ducha para quitarse del pelo y de la piel el olor a gasolina y humo. De haber tenido una en casa, habría echado toda la ropa a la lavadora. Por el momento la puso con el resto de la ropa sucia; en cuanto pudiera la llevaría a la lavandería. Después se acurrucó con Messy en el saco e intentó dormir, pero lo dio por imposible transcurrida una hora. El corazón le iba a cien, la adrenalina le corría por las venas. A las cinco y media se levantó y se preparó un té y una tostada. Quiso mirar la oscuridad a través de la ventana, pero solo se vio a sí misma en el reflejo: una mujer solitaria sentada en una silla de *camping* en medio de una cocina vacía, aferrada a su taza de té.

—No soy solitaria —dijo en voz alta—. En pocas horas estaré otra vez con David.

¿Por qué de pronto su miedo volvía a crecer? Aquella sensación de encontrarse sola... De nuevo reaparecían las dudas sobre sí misma, sobre David, sobre su relación.

«Debería estar aquí —le dijo una voz interior—. Le has enviado un SMS diciéndole que regresabas. Sabe que estás en casa».

«Tal vez no ha leído el mensaje, le ha llegado en plena noche».

«Aun así, ¿cómo puede dormir tan tranquilo después de que faltaras a la cita sin avisar? ¿Después de que desaparecieras sin más?».

«Aunque claro, puede que no duerma “tan tranquilo”. Quizá ha caído rendido tras buscarte toda la noche. Seguro que en el buzón de voz del móvil tienes cien llamadas desesperadas».

Se frotó las sienes e intentó disipar aquellos pensamientos. No servía de nada darle vueltas ni tratar de anticiparse, no podía entrar en la mente de David. A lo mejor incluso estaba enfadado porque creía que le había dado plantón.

«Se lo contaré todo —se propuso—. Y las cosas volverán a estar bien».

Se esforzó por concentrarse en otros asuntos. Había resuelto el caso, la asesina había sido desenmascarada y detenida. Sin embargo, no sentía ninguna alegría: lo ocurrido era demasiado terrible. Era horrible que, durante

años, Linda Caswell fuera capaz de llevar a cabo su locura. Y que el sometido Brendan Saunders accediera a ayudarla. Tanto sufrimiento espantoso y sin sentido provenía de otro sufrimiento, el de la propia Linda. Seguro que ya de adolescente buscaba obsesivamente personas a las que aferrarse, que le dieran seguridad, dispuestas a entregarse a ella por completo. Así solo había conseguido el efecto contrario: espantar a quienes la rodeaban. Su única oportunidad había sido Ryan Caswell, un hombre extraño con problemas de interacción que, a la larga, solo le proporcionó un vacío emocional. Más adelante, recuperar a Hannah fue para ella la salvación. Sin embargo, la chica notó enseguida que estaba trastornada. Además, no deseaba vivir miserablemente encerrada con el único fin de constituir un ancla en medio de la soledad de Linda. Su lugar era el psiquiátrico. Jamás debió salir de allí.

Kate se preparó otra taza de té y se preguntó, angustiada, cómo se tomaría Caleb que hubiera resuelto por segunda vez uno de sus casos, en el que estaba siguiendo las pistas equivocadas. ¿Mantendría en pie el ofrecimiento de un puesto en Scarborough? ¿O se habría cansado de ella y solo deseaba que regresara para siempre a Londres?

Tampoco en ese momento obtendría respuesta a esas preguntas.

Se puso a Messy en el regazo y lo acarició. El continuo y leve ronroneo logró tranquilizar los latidos de su corazón. Se quedó allí sentada, mirando al exterior. Poco a poco la oscuridad dio paso a un amanecer gris antracita, y los árboles y arbustos pelados, la valla estropeada y el cobertizo de los muebles de jardín salieron de las sombras y recuperaron su imagen familiar.

Para no parecer ansiosa, esperó hasta las diez para ir a casa de David. No se había llevado a Messy para que no creyera que planeaba pasar el fin de semana allí. Llegado el caso, siempre podían ir luego a buscarlo. Había llamado un taxi desde casa de su vecina mientras esquivaba su lluvia de preguntas: ¿Por qué no tenía coche ni móvil? ¿Qué le había pasado en el brazo? La mujer solo la dejó en paz después de prometerle que después se tomaría un café con ella y se lo contaría todo.

Ya ante la puerta, pulsó el timbre. No hubo respuesta. Su coche no estaba en la calle. Sábado por la mañana, quizá había salido a hacer la compra. Necesitó esforzarse para que el miedo y la extrañeza no se apoderaran de ella. ¿Se iba a la compra como si nada hubiera pasado? A esas alturas ya habría leído su mensaje, debía saber que había regresado. Sin embargo, al menos

hasta que ella salió, no había acudido a su casa. ¿O estaría allí en ese mismo momento y se habrían cruzado?

«Demasiado tarde —pensó, angustiada—. Si ha esperado hasta ahora, ya es demasiado tarde».

Recapacitó un momento. Hacía mucho frío y carecía de un coche donde refugiarse. Como no tenía móvil, no podía llamar un taxi para volver.

Sabía que David guardaba una llave debajo del bidón para agua de lluvia que había junto a la puerta, se lo había contado sin tapujos. Sin embargo, no le había dicho expresamente que podía entrar en su casa en cualquier momento, aunque él no estuviera. Para eso, lo natural habría sido darle una llave. No obstante, lo conocía lo bastante como para saber que no le parecería mal que pasara. A menudo, a él ni se le ocurría aclarar esos problemas, dado que ni siquiera le parecían problemas. Y se sorprendía muchísimo al descubrir que Kate no paraba de darles vueltas.

«Voy a entrar —decidió—. Si me quedo aquí fuera me resfriaré. Lo entenderá».

La llave se encontraba en un hueco debajo del bidón. Kate abrió y subió la empinada escalera. La recibieron el calor y la sensación acogedora de siempre. Todo iría bien.

Dejó el abrigo en el armario y se dirigió a la cocina. En la mesa había una taza medio vacía con café frío, un paquete de pan de molde y un cuchillo manchado de mermelada. Lo recogió todo un poco y sintió que empezaba a calmarse. Se sentía bien allí. Había pasado mucho tiempo con David en aquel piso: habían cocinado, comido, hablado y reído, habían bebido vino, encendido velas, habían hecho el amor y luego habían regresado a la cocina para tomarse una última copa cogidos de la mano.

«Quédate conmigo», había contestado cuando le planteó dónde viviría si vendía la casa.

«Lo decía en serio —pensó—. Claro que lo decía en serio».

Aun así, en su interior continuaba inquieta. Porque no estaba allí. Porque no había acudido a buscarla aquella madrugada.

«Es su forma de ser. Se lo toma todo con más calma, es su carácter», se recordó.

Para tranquilizarse, decidió tomar un trago. Era muy pronto, pero necesitaba relajarse o se volvería loca. Lo ocurrido la había destrozado. Y verse después sola en casa... Alguien tendría que haber estado allí para abrazarla y preguntarle qué había sucedido. Para escucharla y consolarla.

«Ya basta de autocompasión», se ordenó. Sabía que, si se adentraba demasiado en aquella espiral, no lograría salir de ella.

Fue al salón. David guardaba las botellas en un mueble: ginebra, whisky, ron y distintos licores de fruta. Sacó una caja en la que ponía «Macallan», un whisky escocés. La abrió y extrajo la botella.

«Fantástico, Kate —se dijo con ironía—. Whisky a las diez de la mañana. Vas por buen camino».

Entonces una especie de tarjeta cayó de la caja. Se agachó para recogerla. Se trataba de una foto en la que alguien había escrito, con letra temblona: «En recuerdo de nuestro grandioso viaje por Escocia. Agosto de 2014».

En ella aparecían dos hombres en camiseta y con barba de tres días. Posaban a la orilla de un río, al fondo se veían unas altas montañas verdes. Escocia, sin duda. Ambos sonreían, alegres.

Kate se quedó muda al verla. Uno era David.

El otro era Alex Barnes.

Lo reconoció de inmediato porque había visto fotos suyas en la prensa. Sin embargo, su mente le decía que no podía ser. David y Alex no se conocían, su único contacto había tenido lugar aquella tormentosa noche de octubre, cuando sacaron a Amelie del mar. Nunca se habían visto antes, ni tampoco después. Era imposible que, tres años atrás, hicieran juntos un viaje a Escocia.

Por mucho que se resistía a aceptar la verdad, poco a poco comprendía que solo había una explicación. Se echó a temblar, horrorizada, y se le revolvió el estómago.

La explicación era muy sencilla: David le había mentado. No solo conocía a Barnes, sino que eran buenos amigos. Aquel día no pasaba casualmente por allí porque, tras revisar sus barcos, decidió volver por el camino más largo. Estaba allí porque Alex necesitaba ayuda. O porque formaba parte del plan desde el principio. De aquel plan perverso y sin escrúpulos para fingir el secuestro de Amelie.

—No puede ser —susurró—. No puede ser...

Sintió el impulso de devolver la foto a la caja y olvidar que la había visto. Pero sabía que no lo conseguiría. Jamás olvidaría algo así. Jamás podría continuar su relación con David sabiendo que los separaba una inmensa mentira. Debía hablar con él. Por absurdo que fuera, aún abrigaba la pequeña esperanza de que existiera una explicación. Una razón convincente que disipara todas sus dudas.

«En el fondo, yo también le he mentado sobre mi profesión —pensó—. Ninguno ha sido del todo sincero».

Aquella reflexión la llenó de angustia. Era policía. Acababa de descubrir que la declaración de David era falsa. Sabía que no podía ocultarlo, independientemente de sus explicaciones. Por mucho que la convenciera a nivel personal, estaba obligada a informar de los hechos objetivos. Si no lo hacía y al final todo se descubría, le costaría el puesto.

Lanzó un leve gemido. Si llamaba a Caleb y le contaba lo que había averiguado, podía despedirse de su relación con David.

Se encontraba tan horrorizada, tan perdida, tan absorta cavilando sobre qué hacer, que no oyó el coche que se acercaba. Le sobresaltó escuchar la llave en la cerradura y pasos por la escalera.

David.

Quiso decir algo para que no se asustara al encontrarla allí, pero le falló la voz. Ni siquiera consiguió moverse. Se quedó plantada junto al mueble abierto con la foto en la mano, preguntándose desesperadamente qué hacer.

Él la vio desde el pasillo y se sobresaltó, aunque se repuso muy deprisa.

—¡Kate! ¡Por fin! ¿Qué pasó ayer?

Entró en el salón y quiso acercarse, pero algo en su postura y su semblante lo echó para atrás.

—Tienes el brazo vendado —se sorprendió.

Ella asintió.

—Así es.

—¿Por qué no me llamaste anoche?

—Te mandé un SMS.

Él se encogió de hombros.

—No tengo móvil. Se lo llevó el comisario Hale para revisar el mensaje que me dejaste ayer a mediodía. ¿Qué te ha pasado? Te veo... —Se interrumpió.

Kate intuyó que iba a decirle que la veía fatal, porque así era como se sentía. Sin dormir, pálida, exhausta. Con los ojos enrojecidos por el humo abrasador del incendio.

—Te veo cansada —dijo por fin.

No había recibido su mensaje. Tan solo unos minutos antes aquello la habría tranquilizado, pues explicaba por qué no había acudido a verla. No sabía lo que había ocurrido ni dónde encontrarla.

Sin embargo, en aquel momento las cosas eran mucho más complicadas. Ojalá cierto desinterés por su parte fuera todo el problema entre ellos.

—Estaba haciendo la compra —explicó—. ¿Quieres que prepare algo y me cuentas...?

Ella lo interrumpió.

—David, tenemos un problema.

—¿Cuál?

Ella le tendió la foto.

—Este.

La cogió y la miró como si quisiera aprendérsela de memoria.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Lo siento, no pretendía husmear. Necesitaba un trago de whisky y se cayó de la caja. —Dudó un momento—. Ese que está contigo es Alex Barnes.

David dejó la foto sobre una mesa y asintió.

—Pues sí. Eso parece.

—¿Hicisteis juntos un viaje a Escocia hace tres años?

—Lo conocí allí. Organicé una ruta en velero por el canal de Caledonia. Alex era uno de los clientes. En aquella época trabajaba, ganaba dinero y podía permitírselo. Aunque vivía en Scarborough, no nos conocíamos.

—Parece que el viaje le encantó, a juzgar por la botella.

—Sí. Pero también los otros me hicieron regalos, es bastante habitual.

—Ya. Pero no estoy hablando de eso, David. —Lo miró, consciente de que la desesperación se reflejaba en sus ojos—. Declaraste que no lo conocías. Que jamás lo habías visto antes de la noche en que lo ayudaste a rescatar a Amelie. Dijiste a la policía...

Él la interrumpió, impaciente.

—Ya sé lo que dije. ¿Y qué?

—Que eso mismo me contaste a mí.

—¿Y qué importa? No quería líos, ni con la policía ni contigo.

—¿Te llamó Barnes porque tenía problemas para sacarla del agua?

No contestó. Ella enseguida ató cabos. Continuó:

—No, no fue así. En ese caso Barnes podría haber pedido auxilio a la policía, y seguiría quedando como un héroe. Lo habíais planeado todo desde el principio, tú estarías allí por si surgían dificultades. Para que no le pasara nada a Amelie era más seguro contar con dos hombres fuertes, ¿verdad?

Él seguía sin decir nada.

—Imagino que sois amigos íntimos desde ese viaje. Lo sabías todo. Absolutamente todo: que se acostaba con una niña de trece años y que ella se le había metido en casa. No me extrañaría que lo hubieras ayudado a forjar el plan para sacar provecho de la situación.

Él hizo una mueca.

—¡Forjar el plan! Suena como si estuviera implicado en una conspiración. Es verdad que me contó que tenía una relación con esa chica. Le dije que estaba loco. ¡Era una niña! Pensé que no estaba en sus cabales. Él la creía algunos años mayor, pero cuando en verano se enteró de la verdad... Sentí lástima por él, la cría era una auténtica lapa. No lo dejaba en paz.

—El pobre...

David la miró con frialdad.

—Pues sí, lo creas o no. Se encontraba en una situación muy difícil. Quería terminar la relación, pero cuando lo intentaba ella se volvía completamente loca. Amenazaba con suicidarse, se ponía histérica. Antes o después los padres notarían algo y acudirían a la policía... y él acabaría entre rejas. Estaba desesperado.

—¿Y de verdad creyó que fingir un delito resolvería sus problemas?

—Amelie se fugó y se le metió en casa, no lograba convencerla de que regresara. Así que se le ocurrió la idea del secuestro. Consiguió que ella aceptara prometiéndole que utilizarían el dinero de sus padres para irse juntos al extranjero.

—Pero en realidad no pensaba llevársela, ¿verdad?

—Pretendía irse solo. Tenía que abandonar el país, en algún momento se descubriría toda la historia.

A Kate le daba vueltas la cabeza.

—¿Y tú estabas al tanto de todo?

—En cuanto leí en el periódico que la chica había desaparecido lo llamé y me confirmó que la tenía en su piso. Le dije que había perdido el juicio, y me contestó que estaba intentando encontrar una salida para aquella situación. ¿Qué querías que hiciera? ¿Delatar a un amigo a la policía? Me callé la boca y deseé que lograra salir bien parado.

—Sabes de sobra que no te limitaste a guardar silencio. Te implicaste en todo.

—Yo no lo planeé. Alex me llamó aquella noche antes de salir de la pizzería. Solo entonces me contó lo que iba a hacer y me pidió que, a determinada hora, estuviera «casualmente» en el malecón. Me explicó adónde tenía que ir. Insistió en que lo más importante era ocultar nuestra amistad, debíamos hacer como que no nos conocíamos. Hacia las once o las doce bajé al mar, entre la lluvia y el viento. Me retrasé bastante porque tenía muchas dudas, no sabía qué hacer. Para cuando llegué, Amelie ya llevaba un rato en el agua y la situación era crítica. Alex quería que estuviera allí para tener un

testigo que describiera toda la escena a la policía. Imaginaba que desconfiarían de él. Juntos sacamos a la chica del agua. Luego llamé a la policía y afirmé que no lo conocía y que había pasado por allí de casualidad, de lo contrario mi testimonio no tendría ningún peso. Ni siquiera Amelie se dio cuenta de que somos amigos. Más adelante Alex me contó el resto del plan. Eso es todo.

—¿Eso es todo? David, ¿cómo pudiste participar en algo así? ¿Cómo te prestaste a semejante farsa? Ponerte en manos de un hombre como Barnes... Por mucho que sea tu amigo, ¡es una locura!

Él guardó silencio y se quedó mirando por la ventana.

En ese momento una sospecha surgió en la mente de Kate.

—Te ofreció dinero. Una parte de lo que pagaron los padres, ¿verdad?

Él soltó un gran suspiro.

—Mi negocio no va nada bien, Kate. El Brexit solo empeorará las cosas. Inglaterra va a cortar su relación con el continente. Para la gente como yo, con empresas que dependen del contacto continuo con otros países europeos, la situación va a ser terrible. No sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Y por eso pensaste...

—Iba a darme diez mil libras. Habría sido un respiro, sí.

—Dios mío. ¡Cómo pudiste!

En los ojos de David apareció de nuevo esa distancia que le daba escalofríos.

—Esto quedará entre nosotros, ¿verdad? Cuento con ello. Si no, lo negaré todo.

—Tu amistad con Barnes puede probarse —le recordó—. Seguro que hay registros que demuestran que participó en aquel viaje por Escocia.

La mirada de David se enfrió aún más.

—Vaya, hay que tener cuidado contigo... —dijo muy despacio—. Escucha, no te haces ni idea de lo difícil que lo tengo. Tú eres una periodista muy solicitada, nunca te faltarán encargos. Pero si la economía empeora, la gente dejará de darse caprichos caros como navegar y... ¡Joder! Mi vida es muy distinta de la tuya. Scarborough no es Londres. Mira a tu alrededor, está todo medio abandonado. Aquí no llega el dinero.

Seguía pensando que era periodista. Había temido que la buscara en Google y la pillara en un abrir y cerrar de ojos. En realidad, le resultaba extraño que no lo hubiera hecho. Le contó lo del asesinato de su padre y ni siquiera eso le interesó lo bastante como para buscar algún detalle más por internet. Todo le daba igual. Por eso su desaparición no lo alteró lo más

mínimo. Se la tragó la tierra y la policía le requisó el móvil para analizar su último mensaje. Con esas señales deberían haber saltado todas las alarmas. Lo normal habría sido que atosigara a la policía y a su vecina. Que se apostara ante su casa esperando que regresara.

En lugar de eso, salía tranquilamente a comprar para el fin de semana. Si ella no hubiera ido a su piso, ¿qué pensaba hacer? ¿Cocinarse algún plato rico y descansar el resto del día?

No quería formular la siguiente pregunta. Él se había distanciado. Le irritaba profundamente que ella conociera la verdad. Pero, sobre todo, detrás de esas emociones había una total indiferencia. Hacía tiempo que Kate lo sentía. De ahí su miedo y su inquietud crecientes.

Se encontraba al borde de un abismo. Si daba un paso más, caería. Pero si no lo daba, el abismo no desaparecería. Algunos trozos de su alma estaban ya en caída libre.

—Nuestra relación... —comenzó, despacio. El miedo casi le cortaba la respiración—. ¿Nuestra relación era real o no?

La contempló en silencio. La miró de arriba abajo. Kate fue muy consciente de sus ojos enrojecidos, de su palidez, de su cansancio y agotamiento. De que era varios años mayor que él y, sin duda, aquella mañana parecía muchos años mayor.

Él esbozó una sonrisa maliciosa. Kate no se había dado cuenta antes, pero ahora se percataba de que, debajo del tipo simpático y comprensivo, había algo más. Un lado desagradable que lo había llevado a hacer tratos con Alex Barnes. A desear el dinero de los padres de Amelie.

«¿Cómo no me fijé antes?», se preguntó confusa.

—Bueno, solo tienes que mirarte —contestó él.

Le empezó a latir muy fuerte el corazón.

—Solo querías...

—Información —completó él, impasible—. Estabas al corriente de la investigación. Alex necesitaba saber cómo iban las cosas. Y yo también, porque al final me había metido en todo aquello. Pensé que tú me mantendrías al día. Además, después descubrí que eras amiga del comisario Hale. Mejor, imposible.

Kate sintió que el semblante se le apagaba y el corazón se le rompía en mil pedazos.

—Pero... ¿no habría bastado...? —Apenas conseguía hablar. El futuro, todo lo que había imaginado y soñado, se perdía en un mar de dolor y humillación—. ¿No habría bastado con una amistad? ¿Por qué fingir...?

—Porque así era más divertido —repuso brutalmente.
—Solo querías información y sexo...
Él la contempló de nuevo y luego contestó, con repulsión y desprecio:
—Al fin y al cabo, siempre apagábamos la luz.

Se quedaron callados uno frente al otro. Fueron tan solo unos minutos, pero a Kate aquel silencio le pareció eterno. Pensó que la muerte debía de ser algo muy parecido. La extinción de toda alegría, de todas las fuerzas. Sentía como si la hubieran derribado y fuera incapaz de levantarse de nuevo.

Intentó descifrar la expresión del rostro de David y reconoció algo vagamente parecido al remordimiento. Quizá no pretendiera tratarla tan mal. Se había visto acorralado, descubierto y obligado a dar explicaciones. Se había defendido como un animal atacado, de forma instintiva; en condiciones normales no habría elegido aquellas palabras. Pero eso no cambiaba en nada lo que había dicho: que para él su relación se reducía a descubrir si la investigación avanzaba en su contra. Quizá en algunos momentos había disfrutado de su compañía. Pero quizá no. Su desaparición no lo había inquietado lo más mínimo. Le daba igual lo que sucediera con su casa o que trabajara en Londres. Jamás se había planteado un futuro común, por eso no podían importarle menos las cuestiones que agobiaban y abrumaban a Kate.

Lo más seguro era que deseara cortar con ella desde que Alex Barnes había sido descubierto y detenido. De ahí surgía la inquietud que la había atormentado los últimos días.

A pesar de la conmoción, Kate comprendió una cosa: todo había acabado. Para ella. Para él nunca había comenzado.

David rompió el silencio:

—Kate... No quería decirlo así... Pero ¿no pensarías que...?

Cada palabra era como una bofetada. ¿Y qué demonios debía pensar? ¿Que ella era una mujer fea y él un hombre atractivo que jamás podría tener intenciones serias? ¿Que se habría dado cuenta de no haber estado cegada por el amor y la fantasía? ¿Y qué había creído él? ¿Que sabía que la despreciaba y que no iba en serio con ella? ¿Y que, a pesar de eso, le parecía de maravilla acostarse con un tipo que solo la soportaba a oscuras? ¿Que ella le hablaba de vender la casa y del futuro solo porque no se le ocurrían otros temas?

David sabía perfectamente lo implicada que estaba en la relación. Por mucho que quisiera utilizarla como fuente de información y como pasatiempo

sexual hasta que apareciera alguien mejor, si hubiera tenido un mínimo de decencia habría puesto fin a la situación.

Pero ¿qué podía esperar de alguien que era amigo de Alex Barnes y lo ayudaba en sus perversos planes?

—¿Te acerco a casa? —preguntó él, incómodo ante su silencio—. No he visto tu coche abajo.

Quería librarse de ella lo antes posible. Acabar por fin su historia, igual que aquella desagradable conversación. Deseaba volver a meter la foto en la caja y olvidarlo todo, olvidar que Kate lo sabía, olvidarla a ella. Así era David. Qué extraño no haberse percatado antes de que esa era su manera de enfrentarse a los problemas: los ignoraba, los esquivaba o los solucionaba utilizando a otras personas que luego desechaba. Se negaba a profundizar en cualquier cosa, ya fuera en una relación, en su trabajo (que atravesaba serias dificultades), o en los acontecimientos que se presentan a lo largo de la vida y que nos obligan a mirar en nuestra alma y a enfrentarnos a lo que llevamos dentro.

Kate estaba rota en mil pedazos, le parecía imposible volver a ser feliz. Sin embargo, una parte de ella seguía funcionando: una Kate superior a la mujer rechazada, humillada y herida. Más fuerte que la persona insignificante a la que aquel hombre insensible creía poder dominar.

Aquella Kate aún existía. O, al menos, un resto de ella.

Para su propia sorpresa, logró moverse. Metió la mano en el bolso, sacó su identificación y se la puso ante la cara a David.

—Sargento Kate Linville, de la policía metropolitana. Queda detenido, señor Chapland. Se le acusa de un delito de complicidad y otro de falso testimonio ante la autoridad.

Él se quedó petrificado, mirando la placa.

—¿Cómo?

—Tiene derecho a un abogado.

—¿Eres...?

Mantuvo la placa bien visible unos segundos más. El rostro de David demostró que poco a poco lo iba comprendiendo, hasta que su expresión fue de horror absoluto.

—¿No eres periodista?

Ella guardó el estuche.

—No.

—¡Dios mío! —exclamó. Aún estaba cobrando conciencia de la situación fatal en que se había puesto al contárselo todo a una agente de policía—.

Kate... podemos hablarlo... Podemos...

Ella se dirigió al teléfono y marcó el número de la policía. David no hizo nada por impedirsele. Se quedó plantado en medio de la habitación, totalmente descolocado.

Pidió que enviaran una patrulla a la calle Sea Cliff Road. Cuando colgó, se acercó a la ventana y contempló la calle tranquila.

—¡Kate! —rogó David—. De verdad, no pretendía decir lo que he dicho. Es que estaba... Escucha, no puedes... Después de todo lo que...

Ella ni siquiera se molestó en contestarle.

Martes, 21 de noviembre

Caleb Hale se preguntaba si Kate abriría la puerta. Podía imaginarse su profundo malestar. Además, sabía que tenía tendencia a apartarse de todos cuando se sentía triste y herida. Después de lo ocurrido, sin duda se sentía mucho más que triste y herida. Caleb tenía una vaga idea de lo que había imaginado para su futuro con David. En lugar de una nueva vida, se había encontrado un montón de sueños rotos.

Durante el fin de semana, un agente del equipo había llevado su coche de Northumberland a Scarborough. Estaba aparcado ante la casa, de modo que no había regresado corriendo a Londres.

Llamó y esperó. Llamó una segunda vez. Por fin oyó pasos y Kate abrió la puerta.

Se la veía agotada, pero en absoluto hundida en la desesperación. En realidad estaba como siempre, solo que más cansada. Caleb reconoció en sus ojos una expresión nueva: ya no tenía nada que perder. Pensó que aquella idea la haría más fuerte.

Se miraron un momento y después él dijo en voz baja:

—Kate, lo siento muchísimo. Ojalá para ti las cosas hubieran acabado de otra forma.

—¿Quieres pasar? —le preguntó.

Había dureza en su rostro. No estaba dispuesta a hablar de su fracaso personal. Ni con él, ni con nadie.

La siguió al salón, vacío salvo por las dos sillas de *camping* y la chimenea eléctrica. Esta se encontraba encendida y desprendía un calor muy agradable.

—Acabo de hacer té —dijo Kate—. Siéntate.

Y se fue a la cocina.

Él se quedó de pie acariciando a Messy, que había aparecido de repente y se frotaba contra sus piernas.

«Este gato es todo lo que le queda», pensó.

No conocía los detalles de lo sucedido con David, pero, lógicamente, su relación no aguantó que lo entregara a la policía. Sin duda ella sabía que las cosas acabarían así. A pesar de todo, por mucho que le doliera, había decidido hacerlo. Caleb sintió por ella un profundo respeto. En realidad, siempre lo había sentido.

Kate regresó con una bandeja en la que había dos tazas, leche y azúcar. La colocó en el suelo.

Esa casa vacía...

—¿Alguna novedad de los viejos inquilinos? —se interesó Caleb.

Negó con la cabeza.

—No hay ni rastro de ellos, y dudo mucho que aparezcan. En caso de que los encontremos, no creo que puedan pagar los daños ocasionados.

—¿Sigues con idea de vender la casa?

—Necesito algo de tiempo. He alargado mis vacaciones hasta principios de la semana que viene, me voy a quedar aquí. Debo decidir qué hacer con mi futuro.

—¿Pasarás otra semana en esta casa vacía?

—Eso parece.

—¿Y qué hay de tu exnovio? ¿Ese Colin Blair?

Ella sonrió con amargura.

—Se cree mi salvador.

—Pues no lo es. Te salvaste tú sola de aquella pesadilla.

—Cierto. Pero por suerte la ayuda llegó pronto. En ese sentido, Colin hizo bien las cosas: comprendió que el mensaje era importante y te avisó. De todos modos, aunque le estoy muy agradecida, lo mandé de vuelta a Londres. No quería tenerlo aquí. En realidad, no quiero saber nada más de él.

—Entiendo.

Dieron unos sorbos de té y luego él comenzó:

—Venía para informarte de algunos nuevos descubrimientos, realizados a raíz de que tú resolvieras el caso.

Hasta hace poco Kate habría rechazado modestamente aquella idea. Sin embargo, ahora se limitó a mirarlo y a decir:

—Cuéntame.

—Hemos averiguado que, en efecto, Linda Caswell abandonó Inglaterra en 2003. Pero no se marchó a Australia, como creía su marido. Pasó varios años en el continente, sobre todo en España e Italia. Trabajaba en la gastronomía, en destinos turísticos, y así lograba salir adelante. No se registró en ningún sitio. En 2008 conoció a Joseph Maidows, en un puerto español donde tenía atracado su velero. Comenzaron una relación y decidieron volver juntos a Inglaterra. No encontraron ningún problema, cada día cruzan el Canal muchas pequeñas embarcaciones particulares. Como sabes, cuando vienen de regreso no es habitual revisarlos. Por tanto, nadie podía saber que Linda se encontraba de nuevo en el país. Según la versión oficial, abandonó a su

familia en 2003 y se fue a vivir con unos parientes a Australia. Esa era la información que manejábamos cuando investigamos la desaparición de Hannah, y nadie la puso en duda. Simplemente, la madre se había esfumado. Por eso no la tuvimos en cuenta en ninguna de nuestras hipótesis.

—Parece lógico, habían pasado muchos años.

—No se nos ocurrió averiguar dónde y cómo conoció Ryan a su esposa. Quizá habríamos sospechado de ella si hubiéramos sabido que estuvo interna en una clínica psiquiátrica. Como en su día no se presentó una denuncia contra Caswell, su relación con una paciente y su posterior despido no constaban en ningún sitio. En cualquier caso, debo reconocer que no investigamos esa vía lo bastante.

—Es comprensible, ¿quién iba a imaginar que la culpable era la madre?

—En casos de separación no es extraño que un progenitor secuestre a los hijos...

Kate sacudió la cabeza.

—Pero suele haber una trayectoria previa: divorcios, peleas por la custodia... Linda no luchó lo más mínimo por su niña, le era indiferente. Si hubiera querido, podría habérsela llevado consigo. De modo que no era fácil imaginar que, tantos años después, deseara recuperarla a toda costa.

—En fin, la cuestión es que se asentó con Maidows en Northumberland. Regentaban un pequeño bar merendero al borde de una ruta de senderistas, el Seagulls Cliff. Él era mucho mayor y percibía una pensión de su antiguo trabajo como ingeniero naval. Su salud empeoró muy deprisa, sufría demencia. Cerraron el negocio y alquilaron la casa de Scarborough. Imagino que fue Linda quien insistió en venir aquí, para estar cerca de Hannah.

—¿Y por qué justo en ese momento?

—Debido a la enajenación de Maidows. Linda necesita en todo momento a una persona que le pertenezca al cien por cien. Aquel hombre ya no era un compañero en el que apoyarse, capaz de ayudarla. Todo lo contrario: cada vez dependía más de ella, y su vida se apagaba. Necesitaba a alguien nuevo. Y entonces pensó en Hannah.

—¿Y se le ocurrió Seagulls Hill para encerrarla?

Caleb asintió.

—Así es. El lugar seguía perteneciendo a Maidows. No había agua ni electricidad, y Linda no los dio de alta para no llamar la atención, porque quedaría un rastro peligroso de facturas y transferencias. Quitando esa desventaja, la casa era el escondite perfecto. En el interrogatorio admitió que llevaba semanas siguiendo a su hija. El día del secuestro se disponía a

abordarla en Hull cuando apareció Kevin Bent. Los siguió a ambos hasta Scarborough y, cuando la vio sola en la estación, pasó a la acción. Se ofreció a llevarla a casa. Hannah reconoció a su madre porque la había visto en fotos; supongo que se quedaría asombrada. Y se subió al coche sin ningún temor.

Kate sintió un escalofrío.

—Pobre niña. Debió de ser espantoso comprender que se había convertido en prisionera de una enferma mental.

—Imploró sin cesar que la dejara volver a casa. Por mucho que su padre la controlara, comparada con aquella mazmorra su vida con él era un paraíso. Por desgracia, sus lágrimas y sus ruegos fueron su sentencia de muerte.

—Linda se apartó de ella...

—No puede soportar el rechazo. Sus visitas a la casa se hicieron cada vez más esporádicas, hasta que al final dejó de ir. Y Hannah murió de hambre y sed.

—¿Qué hicieron con ella?

—Ahí entra en escena Brendan Saunders, a quien Linda ordenó retirar el cadáver y enterrarlo. Nos ha indicado dónde lo hizo, en un lugar no lejos de la casa. Ahora mismo hay un equipo trabajando en la exhumación.

—¿Y Saskia Morris?

—A Saskia la dejó entre los arbustos de los páramos, cerca de un sendero. Ha confesado que actuó así pensando en sus padres. Quería que el cadáver fuera hallado para que pudieran cerrar el duelo.

—¿Cómo se convirtió en cómplice de Linda?

—Es un primo lejano, perdidamente enamorado de ella desde la juventud. Estaba sometido. A pesar de todo, le entró miedo. Fue a Chamberfield a preguntar por su trastorno, esperando descubrir algún modo de detenerla.

—Él no era la persona que Linda tanto necesitaba...

—No, es demasiado débil. Para ella solo era un mero instrumento.

—Y en cuanto a Mandy Allard...

—Fue Brendan quien la sugirió. Pensó que la cosa podría funcionar por fin con una chica fugada de casa y que no quería volver. Llamó a Linda mientras la tenía en su piso, Mandy creyó que hablaba con la policía y salió corriendo. Pero Linda la atrapó unos días después, cuando aún vagaba por los alrededores.

—Esa mujer está muy enferma —susurró Kate.

Caleb asintió.

—Está más enferma y es más peligrosa de lo que sus médicos creían. Además, ha empeorado con el paso de los años. Se obsesionó con la idea de

que su hija podía proporcionarle todo lo que necesitaba. Como no lo consiguió, probó con otra chica. Transcurrió cierto tiempo entre una y otra, seguramente el que necesitó para convencerse de que no era necesario que se tratara de su hija. Ese lapso de tiempo me impidió ver la conexión entre los casos. Tú fuiste mucho más perspicaz.

Ella no respondió. En efecto, su intuición había estado en lo cierto. Aunque también podría haberse equivocado. Caleb prosiguió:

—Sin embargo, después actuó mucho más deprisa. La urgencia por encontrar una sustituta para Hannah la cegaba. ¡Ah, otra cosa! —se interrumpió.

—¿Qué?

—Encontramos a Joseph Maidows fallecido. Atado a una cama en el sótano de su casa. Muerto de inanición. Al parecer causaba demasiados problemas y Linda se libró de él del mismo modo que se libraba de las chicas.

—Qué horror —susurró Kate.

—Los vecinos llevaban medio año sin verlo, pero, como estaba tan enfermo, pensaban que ya no podía salir de casa. Linda no mantenía ningún contacto con ellos, por eso nadie preguntó nada. Por cierto, todo el mundo la tomaba por la señora Maidows, Linda Caswell no existía. El hombre murió en el sótano y la pensión continuó llegando a su cuenta, de donde podía retirar dinero sin problemas. Utilizaba su coche y vivía en su casa. Así resultaba casi imposible dar con ella. —Entonces sonrió—. ¡Salvo que aparezca una superagente de Scotland Yard y se ocupe del asunto!

Kate escrutó su rostro. Aunque se mostraba despreocupado, estaba segura de que lo fingía. Se sentía un perdedor. Había estado dando palos de ciego, incapaz de ver la realidad.

—Caleb... —comenzó, pero él la interrumpió con un gesto de la mano.

—No pasa nada. Tú eres la mejor de los dos. No me importa reconocerlo, de verdad. —Antes de que pudiera contestarle añadió—: ¿Al final vas a presentarte a un puesto aquí? Alguien como tú me vendría muy bien.

Ella se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Ahora mismo no sé nada, ni dónde quiero vivir ni qué quiero hacer con mi vida. Estoy... —No logró seguir hablando. Se le rompió la voz y tuvo que controlarse.

«Está destrozada —pensó Caleb—. Realmente destrozada».

—Solo quedan cuatro semanas para Navidad —comentó por cambiar de tema. Al instante lo lamentó, ¿cómo podía ser tan insensible? Pero el mal ya estaba hecho, así que preguntó—: ¿Tienes algún plan?

—Si no he vendido la casa quizá venga los días festivos. Ya veremos.

—La verdad, me da cosa que pases las fiestas sola en esta casa vacía. ¿Por qué no nos vemos? La mañana de Navidad podríamos salir a pasear, desayunar por ahí, hacernos algún regalo, charlar... En fin, lo que sea.

—No me tengas lástima —le advirtió en voz baja.

—No es eso. No tengo ganas de estar solo. Siempre acabo... En fin, ya lo sabes.

Claro que lo sabía: a media mañana ya habría bebido tanto que no se tendría en pie.

—Me lo pensaré —contestó—. Aún queda tiempo. Muchas gracias, en cualquier caso.

Él dejó la taza y se levantó.

—Debo irme, falta mucho trabajo por hacer.

—¿Cómo está Mandy? —preguntó Kate mientras se dirigían a la puerta.

—Sigue en el hospital. Considerando lo que le ha sucedido, se encuentra bastante bien. Su asistente social la ha visitado ya, ahora tienen que decidir si vuelve a su casa o si le buscan una familia de acogida.

—Pobrecilla...

—Es una chica muy fuerte. —Pasado un momento añadió—: Igual que tú. No te olvides de eso, Kate. Eres inteligente, fuerte y decidida. Solo tienes que creértelo de una vez por todas.

Sábado, 25 de noviembre

Deborah esperaba no encontrarse con nadie en la playa aquel día. Los sábados por la mañana la gente tenía cosas más importantes que hacer que pasear. Además, la llovizna era muy desagradable. La arena estaba húmeda y apelmazada. Las nubes colgaban pesadamente sobre el mar, de un azul antracita y casi inmóvil.

El día estaba como su alma.

Sin embargo, vio a lo lejos una figura solitaria que avanzaba hacia ella. Solo cuando se acercó distinguió que se trataba de la agente Kate Linville. Era como si se perdiera en el abrigo, parecía haber menguado. Después se dio cuenta de que había adelgazado. Había perdido mucho peso, y eso que ya antes era más bien menuda. Tenía las mejillas hundidas, el rostro anguloso y los ojos, enormes.

«Se la ve muy triste», pensó Deborah.

Era demasiado tarde para esquivarla, de modo que se detuvo. También Kate la reconoció y se paró.

—Hola, Deborah —la saludó.

—¡Kate! Sigues aquí.

—Sí, por la casa...

—Claro...

Les habían sucedido tantas cosas... Los mundos de ambas se habían derrumbado, y aun así no sabían de qué hablar. Deborah era consciente de que su aspecto era muy similar al de Kate. También había perdido mucho peso y el dolor se reflejaba en su rostro.

Dos mujeres rotas, mirándose frente al mar.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente la agente.

Sintió la tentación de contestarle con el «bien» automático que empleaba con todo el mundo, pero luego pensó que su interés era sincero y que debía responder con la verdad.

—Pues no muy bien. Supongo que ya sabes...

—Lo sé.

Deborah apretó los puños en los bolsillos.

—He perdido la relación con mi propia hija, con una persona tan próxima... Ya no la entiendo, no puedo comunicarme con ella. Ha cerrado las

puertas. Todo lo que había entre nosotras ha saltado en pedazos.

—Amelie necesita ayuda.

—Está internada en una clínica psiquiátrica para jóvenes, por tiempo indefinido. La he visitado varias veces, pero no consigo que me hable. No contesta. Lo único que hace es repetir que quiere irse con Alex Barnes.

—Barnes está en prisión provisional. Y después pasará mucho tiempo en la cárcel.

—A veces siento que Amelie me echa la culpa —continuó Deborah, con lágrimas en los ojos—. Me trata como si hubiera destrozado su futuro con ese hombre. Como si hubiera arruinado su felicidad. Él solo quería sacársela de encima, lo repitió sin parar en el interrogatorio. Pero ella no lo entiende.

—No quiere entenderlo. La verdad le duele demasiado.

—Algún día tendrá que enfrentarse a ella. Y asumir la responsabilidad de lo que ha hecho.

—Los médicos la ayudarán, estoy segura.

—Sí —contestó sin convencimiento. Después añadió—: Nos iremos de Scarborough a principios de año. Jason se ha presentado a dos puestos, en una clínica de Londres y en otra de Liverpool. No me importa dónde acabemos, solo quiero marcharme de aquí.

—Ha sido muy duro...

—Sí. Y la prensa ha empeorado las cosas. Me parece que la gente me mira a todas horas, que somos la familia rota con la hija enajenada. Seguro que algunas de esas miradas son imaginaciones mías, pero no quiero salir de casa. Solo paseo cuando el tiempo es horrible, como hoy.

—Puede que empezar de cero sea la mejor opción.

Se quedaron paradas bajo la lluvia sin saber qué hacer.

—En fin, que tengas un buen día —se despidió Kate, y se giró para marcharse.

Deborah dudó un momento y luego dijo:

—Kate... Si en Navidad estás por aquí... Bueno, no sé si tienes planes pero ¿te gustaría pasarlas con Jason y conmigo?

Ella reflexionó un momento y Deborah vio en sus ojos lo que estaba pensando: «¿Compasión? ¡Por favor, nada de compasión!». Por eso se apresuró a explicar:

—A nosotros nos gustaría mucho. Son las primeras Navidades sin Amelie... Estamos destrozados y nos encantaría tener compañía. Pero no nos apetece rodearnos de personas que no comprenden lo que hemos pasado. O que tienen ganas de sensacionalismos, o de sentirse mejor con su vida por lo

mal que nos va a nosotros. Tú nos acompañaste desde el principio. Entiendes nuestra situación.

—Me lo pensaré, gracias —contestó ella—. Te mandaré un correo electrónico, aún queda tiempo.

Se fueron cada una por su lado.

«Qué sola está —pensó Deborah—. Pero es libre».

Levantó la cara.

En sus mejillas, las lágrimas se mezclaron con la lluvia.

«Ya van dos invitaciones», se dio cuenta Kate. Esperaba sentir algo de alegría y agradecimiento, pero no fue así. Se había imaginado las Navidades con David y nada podía sustituir aquella idea, nada podía consolarla. Era incapaz de sentir nada, más allá de su terrible pérdida.

Recorrió a pie el camino entre la playa y Scalby. Tardó más de una hora, pero le sentó bien. Caminar era mejor que estar metida en casa dándole vueltas a la cabeza y pensando en David. Cualquier cosa era mejor que eso.

Giró para entrar en su calle, vio su casa de lejos. Había un coche aparcado delante.

«Oh, no», pensó.

Cuando se acercó, la puerta del coche se abrió y Colin se le acercó unos pasos.

—Hola, Kate —saludó indeciso.

Ella suspiró y ni siquiera intentó ocultar su irritación.

—¿No te habías marchado a Londres? —preguntó, en lugar de responder a su saludo.

Él asintió.

—Sí, pero... Bueno, pensé... Verás, como es fin de semana... —Tomó aire—. No quería estar solo.

A pesar de estar tan perdida en su dolor, Kate comprendió lo extraordinario que era aquel momento. Colin acababa de confesar una flaqueza. Con sus maneras arrogantes y su aire de superioridad, lo normal sería que le dijera que había vuelto por ella. Para apoyarla después de lo sucedido en Northumberland. Querría hacer el papel de ángel salvador.

En lugar de eso, le permitía mirar en su interior. Y entonces Kate vio que, debajo de su pose habitual, había un hombre muy solo. Por su comportamiento, siempre creyó que estaba encantado consigo mismo y con su vida. Pero ahora comprendía que en realidad se encontraba muy triste. Lo

compensaba de un modo que solo servía para perpetuar su soledad. Su fachada presuntuosa impedía ver la persona que era en realidad. Esa persona existía. Kate sabía que jamás surgiría entre ellos algo ni parecido a lo que sintió por David. Faltaba la chispa. Pero quizá pudieran quedar de vez en cuando. Charlar. Hacerse amigos.

—Anda, pasa —dijo por fin.

Intuyó que Colin sería su tercera opción para esas Navidades. Poco a poco las cosas progresaban. Podría habérselo tomado como la constatación de que la vida seguía su curso. Sin embargo, odiaba aquella frase. Por manida, porque demasiada gente la pronunciaba sin pensar y porque solía utilizarse para privar a las personas inconsolables precisamente de su derecho al desconsuelo.

No obstante, Colin, Caleb y Deborah de verdad eran pasos adelante. Pasos pequeños e inseguros. Pero simbolizaban justo eso: que la vida continúa. Nunca se detiene. Ni siquiera cuando nos creemos paralizados por la desesperanza.

Cerró la puerta.

Messy saltó a recibirla.

La vida.